

TODOS EL TIEMPO
DE LOS CEDROS



TODO EL TIEMPO DE LOS CEDROS

· PAISAJE FAMILIAR DE ·
FIDEL CASTRO RUZ



· KATIUSKA BLANCO ·

SEGUNDA EDICIÓN CUBANA



EDICIÓN
Jacqueline Teillagorry Criado

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA
Alberto Díaz (Korda)

DISEÑO Y REALIZACIÓN
Alexis Manuel Rodríguez Diezcabezas de Armada
Enrique D. Medero Cambeiro

REVISIÓN Y CORRECCIÓN
Alba Orta Pérez
Herminio Camacho Eiranova
Irene Hernández Álvarez

RESTAURACIÓN DE FOTOGRAFÍAS
Alexis Manuel Rodríguez Diezcabezas de Armada
Enrique Hernández Gómez

© Katuska Blanco Castiñeira, 2009
© Sobre los documentos y fotos
que aparecen en este libro:
Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado
Alberto Díaz (Korda)
Raúl Corrales (Corrales)
Primera edición cubana, 2003
Edición Océano, México, 2006
Edición Txalaparta, País Vasco, España, 2006
Editora Nacional Política (PCV), Vietnam, 2008
© Sobre la presente edición:
Casa Editora Abril, 2009

ISBN 978-959-210-581-2

CASA EDITORA ABRIL
Prado No. 553 entre Dragones y Teniente Rey,
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba. CP 10 200
e-mail: editora@editoraabrill.co.cu
Internet: <http://www.editoraabrill.co.cu>

A Fidel
que alienta la vida.

A don Ángel y Lina Ruz,
en el abrazo siempre.

Al batey de Birán y sus gentes
que inspiraron
el ansia de una Revolución.

A Isabel, Patry y Ernesto,
mis hijos.

A Ore, contrafuerte
en este vuelo de colibrí.

A Guillermo Cabrera Álvarez,
mi maestro,
que ya es del viento.



“Como el retrato pictórico y espiritual de una casa fundadora, he sentido este libro ya memorable”.

En encuentro en Casa de las Américas: –“¡qué libro agradecible!”

Cintio Vitier:

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA.

EMINENTE ESTUDIOSO DE LA OBRA Y LA VIDA DE JOSÉ MARTÍ

“Todo el tiempo de los cedros de Katuska Blanco es un libro único. Nos entrega por primera vez, al menos para nosotros, todo el ámbito de la familia de Fidel Castro, en especial de su padre, madre, hermanos.

“No conozco sobre la materia una obra tan completa, tan amena y tan plena de humanidad. Es indispensable para situar los orígenes de la gesta que cambió la historia de América. La escritora Katuska Blanco merece todos los reconocimientos por este libro necesario, documentado y hermoso.”

Volodia Teitelboim

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DE CHILE

“...con gran admiración por su dedicado trabajo de investigación, por el amor que surge de sus letras como una fuente de agua viva.”

Eusebio Leal Spengler

HISTORIADOR DE LA CIUDAD,

CIUDAD DE LA HABANA



Exploraciones

A la sombra de los árboles rumorosos de Birán fue presentado, el 23 de septiembre de 2003, cuando Lina Ruz habría cumplido los cien años de edad, la primera edición cubana del libro *Todo el tiempo de los cedros*. Fidel confesó entonces que mientras más entrañables eran los sentimientos y recuerdos, más los guardaba. Cuando la brisa hacía resonar en la memoria, la música del viejo fonógrafo de Birán, Guillermo Cabrera Álvarez decía que en el *Paisaje familiar de Fidel Castro Ruz*, no se escuchaba el estampido del disparo en la batalla, sino el llanto silencioso de don Ángel Castro, y las lágrimas de Lina Ruz, el ir y venir de los hijos angustiados por la suerte de los hermanos. Las páginas contaban los orígenes de una leyenda.

Así comenzó este libro su camino a la vida de los lectores, con el empeño de que cada mirada fuera asombro y latir de nuestra historia. En el trayecto, las editoriales Océano de México, Txalaparta, del país Vasco y Política Nacional del Partido Comunista de Vietnam, lo llevaron en el pasado 2006 y el reciente 2008, en nuevas ediciones, a las librerías y Ferias literarias de América Latina, España y Asia. Al mismo tiempo, la autora inició una nueva e intensa expedición para atrapar y narrar vivencias e

historias aún olvidadas o desconocidas, que la llevaron a indagar sobre los vapores de la Compañía Trasatlántica Española –propios o fletados para transportar tropas para la guerra de Cuba– en que don Ángel hizo los viajes de ida y vuelta a Cuba y España; cuál fue el destino de la familia gallega en Láncara; a qué fuerzas del ejército español perteneció Ángel y en qué zona de Cuba combatió durante la contienda de 1895; cuáles eran sus ilusiones de entonces...; sobre qué espacio estuvieron afincados los horcones de árbol de granadillo en Las Catalinas, el lugar donde Lina nació; qué vestigios quedaban bajo la maleza de lo que en otro tiempo fuera un puerto en La Bahía de Guadiana en Pinar del Río; cuántas veces don Ángel se vio precisado a vender y comprar su propiedad más preciada de Birán allá por los años veinte del siglo pasado... y luego, cuanto fuera posible saber de Fidel en México y la guerra, y de Raúl y de todos los de casa con el transcurrir de los años y la historia hasta volver a detenernos el día en que Fidel firmó la ley de Reforma Agraria en La Plata.

Se incluyen documentos inéditos: las órdenes que Fidel dejó en México para que fueran cursadas por telégrafo a Cuba, cuando ya el Granma hubiese zarpado. También se habla por primera vez de la valiosa colaboración de Carlos Maristany –en relato de su señora Julieta Maristany– al contar con una planta de radio secreta que facilitaba las comunicaciones con Cuba; y de los recuerdos de Enma Castro Ruz y Antonio del Conde (El Cuate).

Aparecen –reveladoras de ternura– cartas del Comandante a Fidelito desde la Sierra Maestra. Se incorpora la misiva que escribiera Raúl a su mamá desde el Segundo Frente y amplía la información sobre el Combate de La Plata.

Ciento cuarenta y cuatro páginas resultan completamente nuevas. Fueron escritas para abarcar el intervalo de tiempo obviado en la primera edición entre el 31 de diciembre de 1958 y el 17 de mayo de 1959.

En esas cuartillas se adelantan acontecimientos importantes de la Revolución como la Victoria de Girón, la Campaña alfabetizadora, las nacionalizaciones y la Crisis de Octubre.

Los capítulos enuncian que Fidel vivió muy intensamente desde el final de la guerra hasta diciembre de 1962; en su propio Paso de las Termópilas, experiencias humanas profundas.

Los hallazgos fueron anotados y recreados. Es lo que entrega ahora esta segunda edición cubana de *Todo el tiempo de los cedros*, fin y a una misma vez comienzo de otras muchas exploraciones.

Como enamorados del libro apunto a Enrique D. Medero Cambeiro y Alba Orta Pérez, quienes callada y eficazmente pusieron todo su noble empeño para que esta obra viera la luz.

A todos los que abrazaron este libro, heredero de otras páginas, en su camino de sueño a realidad, y a los que lo hagan suyo cuando lo lean, nuestra infinita y cálida gratitud.



La vida en las palabras y en el aire del tiempo

La historia y la imaginación se dan la mano en este libro, y limpian de toda duda sus aparentes discrepancias tradicionales.

No se trata del inventario acucioso de la realidad, ni siquiera un relato a pie juntillas de la vida de un inmigrante gallego fundador de un pequeño batey y de una familia numerosa, dos de cuyos hijos forjarán después una leyenda.

Mirar la vida de los hombres requiere siempre de una dosis enriquecida de imaginación, porque ni la palabra que evoca un recuerdo, ni el documento amarillo que testimonia un tiempo, bastan por sí mismos para recrear y traernos en toda su maravilla y dramatismo un trozo de lo real.

De cosas invisibles se hace lo visible. Mas para aportarle la mirada se necesita la sensibilidad de quien mira a la distancia una época y columbra el tiempo para entregarnos la factura de un episodio situado en la retaguardia de los acontecimientos y es capaz de alimentar y sostener a los tenaces luchadores.

Los libros de historia superan generalmente a las novelas más desbordantes de imaginación, porque una historia es, simultáneamente, muchas historias.

La primera obra literaria escrita sobre aguas cubanas la trazó el almirante en 1492. Puesto a redactar un diario prolijo dotó al continente de lo que después conoceríamos como real maravilloso.

Katuska Blanco se adentra en lo real sin perder lo maravilloso del relato. Evoca a una familia poco común que dio hijos extraordinarios. Las palabras no pueden sustituir la vida, pero al expresarlas sobre el papel impiden que se disuelva en el aire del tiempo.

No puede encasillarse a esta periodista de raíz, como una historiadora. No tiene el propósito de historiar lo que narra. Ha tocado puertas, caminado caminos, soñado sueños, hurgado en papelería de muchas hojas inéditas y dispersas en juzgados de instrucción, gavetas y fajos anudados cuidadosamente en estantes recónditos.

Algún que otro custodio quedó sorprendido de lo que custodiaba y otros, ya habían palpado los sucesos que guardaban las páginas y con redoble de celo dificultaban el acceso.

Soy testigo de la pasión y ser testigo de pasión obliga. Doy testimonio de la solidaridad silenciosa entretejida alrededor de la autora. Uno prestó la computadora, otro el papel, aquel su transporte, más allá un consejo, acullá un pedacito de sueño y quien no tenía más, un aliento.

No voy a hacer el juicio del libro. No me es posible. He visto nacer su primera obra *Después de lo increíble*, publicada por la Casa Editora Abril en 1994, y de esta que leerán a continuación, recibí capítulo a capítulo en un serial intermitente. No podría objetivamente, ser imparcial.

Sí doy fe de algo esencial: este libro es fiel a la historia que cuenta. Algunos de los personajes secundarios escaparon a la realidad aunque existieron. Siempre hubo, por ejemplo, ante cada cartulina fotográfica, una cámara y

alguien que escogiera el ángulo y apretara el obturador. Ese humano, desdibujado, y sin nombre, asume aquí rostro y estampa, como un pequeño homenaje a quienes han preservado tanta valiosa imagen sin trascender. Tal vez, la autora rinde de este modo homenaje a los fotógrafos, sus inseparables compañeros de batallas periodísticas.

Lo notable del relato que tienen ante sí es el ángulo poco usual de la narración: desde el dibujo de los primeros años de vida y los primeros asombros, hasta cómo repercuten las acciones de los hombres en la intimidad de su familia, en la atmósfera del hogar, en el natal batey donde jugaran.

Aquí no se escucha el estampido del disparo en la batalla, sino el llanto silencioso de don Ángel Castro y la entereza de las lágrimas de Lina Ruz, el ir y venir de los hijos angustiados por la suerte de sus hermanos.

El protagonista principal es el aparentemente imperturbable batey de Birán.

A él llegan los acontecimientos que estremecen el país y terminan por transformarlo al igual que a sus pobladores.

Asumo con placer la ocupación de portero de este libro, algo así como abrir la puerta de la calle para que pasen los lectores hasta la cocina de la casona de Birán. Entren.

GUILLERMO CABRERA ÁLVAREZ
SEPTIEMBRE, 2003



Ángel

Ella olía a cedro como la madera de los armarios, los baúles y las cajas de tabaco, con el aroma discreto de las intimidades que, en su tibia y sobria soledad, recuerda los troncos con las raíces en la tierra y las ramas desplegadas al aire. Su olor perturbó los sentidos de don Ángel. No supo si era el pelo de la muchacha recién lavado con agua de lluvia y cortado en creciente de luna para los buenos augurios, o tal vez su piel de una lozanía pálida y exaltada. Quizás era él. Imaginaba cosas, las inventaba o las sentía sin buscarse pretextos o razones válidas.

Clareaba cuando la vio como era en ese tiempo: una joven crecida, de esbeltez de cedro, ojos negros y energía como la de ninguna otra campesina de por todo aquello. La observó de lejos con el cuidado de no espantarla con su apariencia hosca, sus cejas ceñudas y su porte de roble. Tenía la fusta entre las manos para aliviar su impaciencia, dándole imperceptibles avisos a la cabalgadura, mientras ella pasaba de largo, en silencio.

Era la época de los temporales y las sombras del monte rezumaban humedades y rumor de alas. Lina tendría entonces unos diecinueve años y él rebasaba los cuarenta y cinco. Por un instante, solo por un instante, pensó

que estaba viejo y pesaban demasiado el compromiso de antes, las tristezas del alma y las marcas del cuerpo.

Había llovido mucho desde que partió de San Pedro de Lán cara, un pueblo de inviernos rudos y colinas tenues, en Galicia, donde nació el cuarto día del último mes del año de 1875. Sin cumplir aún los veinte años ocupó por mil pesetas y el deseo de probar suerte, el lugar de alguien que no estaba dispuesto a correr riesgos en Cuba, aquella isla maldita al otro lado del mar, donde la Guerra del 95 y las fiebres asolaban a la gente como una epidemia de cólera.

Resolvió así convertirse en un recluta sustituto, uno de los tantos jóvenes que posibilitaban la redención militar a los hijos de quienes poseían recursos económicos suficientes como para no embarcarlos en los vapores de la Compañía Trasatlántica, con rumbo a la guerra en las tierras ásperas y desconocidas del trópico. Dos mil pesetas era el precio por librar el servicio militar en Cuba. También se podía eludir la guerra con una cantidad entre quinientas y mil doscientas cincuenta pesetas si se aportaba un soldado sustituto, alguien que no hubiera salido en el sorteo de la quinta parte de los seleccionados cada año para el ejército, o uno de aquellos cuyo destino no fuera ultramar.

Desde 1764, el correo marítimo establecido entre España y las Indias Occidentales había facilitado la emigración gallega a las tierras americanas, pero por fortuna ya no eran los veleros de transporte de pasajeros los que cubrían la ruta entre España y Cuba, cuya travesía demoraba entre ochenta y cien días, durante los cuales la mordera y la sal invadían el maderamen del barco y el alma

de los viajeros con una obstinación aburrida y poco menos que pecaminosa. Ahora eran buques de otro calado y velocidad los que atravesaban el océano, mientras dejaban una nube de hollín entre las olas y el viento.

El joven Ángel había permanecido en silencio, mientras el vapor *Santiago* avanzaba vapuleado por el mar con una cadencia de vals propicia a las meditaciones, desde que zarpara del puerto de *A Coruña*, el 24 de agosto de ese año de 1895. Mientras subía la escalerilla de embarque pensó que aquel navío era como una fábrica: tenía en medio de su largura, una alta chimenea coronada por una espiral de humo persistente, densa y oscura. Ángel reparó en los comentarios de los tripulantes. Ellos aseguraban que el buque había salido de los astilleros apenas cinco años atrás, pertenecía a la *British India Associated Steamers*, y había sido fletado por la *Compañía Traslántica Española* para la transportación de tropas con motivo de la guerra en Las Antillas. Por eso había hecho sus navegaciones con varios nombres: unas veces surcó los mares como el *León XIII* y otras como el *Jelunga*, hasta que lo denominaron *Santiago* por el Apóstol de quien se guardaban los restos en una cripta húmeda y oscura de la Catedral de la Ciudad de Santiago de Compostela, edificada en el lugar de un sepulcro santo, y sitio de peregrinaciones perennes desde todos los rincones de Europa hasta Galicia que poco a poco se perdía en el horizonte. Recordó los *Cantares Gallegos* de Rosalía que los niños y niñas entonaban por los caminos y se habían hecho tan populares: «*Adiós, ríos; adiós, fontes;/adiós, regatos pequenos;/ adiós, vista dos meus ollos:/ non sei cando nos veremos...*»

En medio de todos esos pensamientos subió a bordo entre alegre y nostálgico. Con el transcurrir de los días, la calma no consiguió borrar en Ángel la inquietante

sensación que lo embargaba, no resistía la pestilencia que despedían los cuerpos amontonados durante días, como blasfemias insultantes con un desenfado aterrador. Fue en medio de aquella atmósfera densa que escuchó hablar por primera vez de la Trocha de Júcaro a Morón, una barrera con puestos de observación, alambradas y pequeñas fortalezas militares levantadas por tramos al borde del oriente del país, para evitar el paso de los cubanos en armas hacia el occidente. Alguien aseveró que los destacarían allí, en pleno vórtice del huracán y mencionó la primera carga al machete dirigida por Máximo Gómez, cuando aún no era el General en Jefe de las tropas cubanas y apenas concluía un mes de iniciada la primera guerra. La historia era contada como una leyenda espectral en las noches de los fortines rodeados por la manigua con toda su espesura de enredaderas, susurro de grillos, pájaros, o avisos del enemigo. Mientras Ángel escuchaba, el hombre pormenorizaba los detalles de aquel pasaje de la Guerra del 68, cuando los españoles constataron la definitiva resolución de los mambises por alcanzar la independencia. Los cubanos ponían la piel a las balas del máuser y terminaban venciendo por la pujante decisión con que embestían, inspirados en la pasión libertaria y el desprecio a la opresión.

Quien evocaba, lo hacía casi en un murmullo, recreando cada detalle, gesticulando despacio. Sabiéndose conocedor de una realidad desconocida por los otros, provocaba de una manera sutil no solo la expectación, sino también el miedo en los demás. De pronto hizo un alto, respiró profundo y se adentró en la memoria más estremecedora. Don Ángel seguía con interés cada palabra.

«Cuando hallaron al joven soldado español, tenía los ojos desorbitados y el uniforme hecho jirones de andar desenfrenado por la manigua sin fijarse si de veras alguien lo seguía. Con la mirada perdida, balbuceaba unas pocas palabras, la memoria anclada en el día que avanzaba por el camino polvoriento y sombreado, como infante de la columna del coronel Quirós, integrada por setecientos hombres y dos piezas de artillería. Hablaba entrecortado y apenas si se le entendía algo. No se sabía a ciencia cierta si aquel divagar de la mente tenía algo que ver con las calenturas que la isla encendía en los hombres acostumbrados a otro clima, o si eran los temblores del miedo. Se refería a los cubanos como una aparición fantasmal y arrolladora. Estaban semidesnudos cuando se cruzaron en el camino para cercenar vientres, cabezas y brazos, con una rapidez de vendaval, en medio de la confusión y la sorpresa.

»Maldecía a “esta tierra de mil demonios adonde no debía haber llegado jamás” mientras se le despertaban los temores y se le desfiguraba el rostro ante las imágenes que solo él veía. Regresaba de la inconsciencia, aclaraba algunas dudas y luego caía de nuevo en una especie de sopor, rodeado de alucinaciones.

»Era noviembre de 1868 y no se hablaba de otra cosa en las cercanías de Baire, en Oriente. Se mencionaba a Gómez, un dominicano de treinta y tantos años, con experiencia militar de la guerra contra los franceses, en la frontera con Haití, poco antes ascendido a Sargento del Ejército Libertador cubano por un poeta mambí.

»El coronel Quirós pasó la Venta de Casanova y ocupó Baire; allí las fuerzas insurrectas lo hostigaron hasta propinarle un golpe demoledor con la carga al machete, en la Tienda del Pino, el 4 de noviembre. Cerca de cuarenta hombres lo atacaron sin darle tiempo más que a dejar el sendero poblado de cadáveres.

»—¡Parece cosa del diablo! —blasfemaba Quirós.

»Apenas lo podía creer, porque los cubanos no poseían armas de fuego suficientes como para enfrentarlos sino de aquella manera suicida; presentía que los efectos de esa acción harían más daño al ejército peninsular que los disparos ensordecedores de una descarga de fusilería a quemarropa. No se olvidaba, no podía olvidar, la increíble acometida a golpes secos, silenciosos, de tajazos profundos.

»Nadie pudo regresar al soldado de aquella confusión de gritos y convulsiones que padecía mientras dormía, agotado de batallar contra los recuerdos. Pasaba horas entre lamentos y sudoraciones, en perdurable letargo e infinita soledad, lejos de su pasado. Maldecía el servicio militar una y otra vez, en destellos fugaces e intermitentes de lucidez, sin importarle ya nada.»

Todo ese espanto permanecía casi treinta años después de las aprensiones del coronel Quirós. La posibilidad de que las tropas cayeran en emboscadas de machetazos se temía en todas partes: en los despachos de la Capitanía General, en los aposentos de las esposas de los altos

oficiales, en las oficinas de telégrafos, cuarteles, convoyes y acampadas, en los fortines de las tropas peninsulares e incluso, en las bodegas, la cubierta, los camarotes de la tripulación y hasta en la brisa del mar que respiraban los hombres en viaje hacia la Isla para cumplir el servicio militar. El primer batallón de la fuerza de la que formaba parte don Ángel, se había organizado al pie de guerra por Real Orden del 27 de julio de 1895 y orden del día 29, destinado al ejército de operaciones en Cuba y nombrado Batallón Expedicionario de Isabel Segunda No. 32, con Puesto de Mando y seis compañías, con treinta y nueve oficiales y mil tres de tropa. Se constituyó en Valladolid, con su propia fuerza y la del Segundo Regimiento, más quinientos setenta reservistas procedentes del regimiento de Monforte, de los de Huesca y Ontoria, Madrid, el Bruch y Ávila, Teruel, Astorga, Filipinas, Salamanca, Castrejana, y Coruña. Embarcaron el mismo 24 de agosto con cinco jefes, treinta y cuatro oficiales y novecientos cincuenta y cinco de tropa y la aureola de un nombre resonante pero infortunado, de reina llamada «de los tristes destinos», desterrada a Francia y no regente desde que abdicara en 1870 a favor de su hijo Alfonso XII. Tras un viaje borrascoso por el Atlántico, desembarcaron el 8 de septiembre de 1895 en el puerto de Cienfuegos, al centro sur de la isla de Cuba. Inmeditamente salieron a operar por Vueltas, Taguayabón, Caibarién, Zulueta, Vega de Palma, Dolores y Jinaguayabo. Lo hicieron desde Remedios, una ciudad de viejos aires señoriales que la prosperidad económica y el título de urbe concedido por su fidelidad a la corona convirtieron durante los diez años de la guerra pasada, en una importante plaza militar del Ejército Español. Aunque conservaba con prestancia la Plaza Isabel II, la casa del Alférez Real y la de Las Arcadas, la ciudad ya no

era la misma de antes, había venido a menos a causa de la aparición de cinco municipalidades en el período de la sobresaltada paz que siguió al Pacto del Zanjón, lo cual restó allí fuerzas al integrismo. Al llegar, las tropas españolas no recibieron de la población la efusiva acogida que quizás esperaban o probablemente hubiere acontecido unos años atrás. Ángel era infante de la sexta Compañía del Bon. de Infantería Isabel II No. 32. Esta fuerza organizó en Remedios la guerrilla montada y por orden del Capitán General del 27 de febrero de 1896 y circular de la Subinspección de Cuba, del 9 de marzo, se reorganizó en abril en cuatro compañías ordinarias, una montada –la quinta o guerrilla–, y la sexta, formada por los enfermos, convalecientes y menos aptos para operaciones y para cubrir destacamentos. Así, las comunicaciones entre los mandos ponían al tanto de los desplazamientos, relevos y misiones. Al final de las partidas de dominó, tendido en el camastro incómodo, sin nada más que hacer, ni conversar y envuelto en la penumbra demasiado densa para la frágil luz de los candiles, Ángel sentía nostalgia por su pueblo de España.

Antonia Argiz, la madre, era una referencia vaga de la niñez. Su figura adquiría perfiles nítidos en un daguerrotipo. En la fotografía vestía traje largo y oscuro, adornado con lazos, encajes y vuelos. Llevaba el pelo recogido por encima de la nuca, una sombrilla en la mano y apoyaba el cuerpo en una columna tallada sobre la que descansaba un búcaro de porcelana con flores.

Así la recordaba, compuesta y elegante, aunque todos esos atavíos fueran el traje de ilusión de una mujer pobre que por temporadas era contratada como ama de cría en la casa de una familia rica. Cuando no estuvo más, cuando murió pocos días después de su último alumbramiento,

miento, dijeron que Antonia se había gastado. Aquella frase lo hizo pensar en la lenta agonía de las mechas y también en los súbitos golpes de viento. No imaginaba cómo podía ser que una persona languideciera como las velas de cera o la luz de las lámparas de aceite.

La casa de Láncara, rodeada por el fondo de una cerca de piedras, se cuidaba de los inviernos y las ventiscas con gruesos muros, y pequeñas ventanas de cristal como postigos. Durante la noche, se refugiaban, en el cobertizo, el ganado y las aves de corral; en la cornisa, las palomas y los murciélagos. La costumbre de ubicar el hogar a un lado de la única habitación era tan antigua como los castros, o como el calor que despedía el chisporroteo de las llamas sobre las piedras. Los resplandores fulguraban a la hora del descanso y cascabeleaban en la mirada despierta de sus hermanos más pequeños hasta que los vencía el sueño.

La gente apreciaba como algo natural la persistencia de los zócalos de piedra de los castros en la geografía gallega. Un castro era un recinto casi siempre circular rodeado de murallas, parapetos y fosos, que podía servir al mismo tiempo de casa o refugio. Sus antiguos solares servían de cimiento a numerosos pueblos de la región, apellidos de familias y tradiciones.

En las tardes de invierno, las fiestas o los tediosos mediodías de domingo, Ángel atendía absorto las historias de los viejos de la aldea, que también eran narradas en casa mientras toda la familia se apretujaba en el banco o *escano*, en torno a la lumbre para olvidar el frío.

Sebastián formaba parte de aquella legión olvidada. Ya no tenía dientes y palidecía por momentos, solo el brillo

intenso de sus ojos azules desmentía su debilidad y senectud. Con una copa de vino en la cabeza y una cola de zorra en el pantalón insinuaba unos pasos de baile en las fiestas o se tumbaba en un banco a repetir, en tono de confidencia, las murmuraciones de las comadres, las visiones de aparecidos en las ventanas, lobos con dos cabezas, búhos de un solo ojo y los leves resplandores del cementerio.

Viejos como Sebastián, eran también el hórreo para almacenar los granos y el camino empedrado que pasaba por la propiedad de Manuel, el padre, establecido allí para compartir su vida con Antonia, después de celebrar la ceremonia de matrimonio, en la Iglesia Parroquial de San Pedro de Lán cara. Entonces, ella se encomendaba a Dios y él desesperaba ante la interminable letanía del parsimonioso cura, que oficiaba con un tedio inaudito.

Aquella mañana del 16 de agosto de 1873, la iglesia hacía resonar las campanas de sus torrecillas, rompiendo el silencio de la casa rectoral contigua y la paz de los sepulcros cercanos, donde las viudas depositaban llorasas las flores silvestres de las riberas del Neira. Ese día, con los lentes rodándosele hasta la punta de la nariz y secándose con un pañuelo de seda el sudor de los calores en la sacristía, el cura escribió en el registro de matrimonios: «Manuel de Castro Núñez, de 24 años de edad y oriundo de la parroquia de San Pedro de Armea, (...) con Antonia Argiz Fernández, de 18 años, y natural de las casas da Piqueyra; los dos vecinos de Lán cara y de oficio, labrador y su casa».

De los ardores y la calma de sus amores nacieron seis hijos: María Antonia, Ángel María, Petra María Juana, Gonzalo Pedro, María Juana Petra y Leonor. Ángel María apenas recordaba a María Antonia porque la niña

murió con pocos años y cada vez que pensaba en ella o en su madre no podía definir con claridad los rostros, eran como rastros de viento o la impresión lastimosa de unos ángeles sin alas.

Con la muerte de Antonia sobrevino también la tristeza por la pérdida de la recién nacida Leonor. Manuel envió a sus hijas hembras a San Pedro de Armea, a la casa del abuelo Juan Pedro de Castro Méndez y con los tíos de las niñas, sus hermanos José y Pedro. Allí estarían bajo el cuidado amoroso de Juana, la esposa de Pedro, que llegaría a ser para Petra y Juana como una madre. Junto a Manuel de Castro permanecieron Ángel María de once y Gonzalo de seis. Entonces, Manuel dedicó sus esfuerzos a fabricar carretas, arados y otros instrumentos de labranza para salir adelante y más tarde, el 6 de octubre de 1888, volvió a casarse con el afán de rehacer sus años. Lo hizo con María Fernández López en la propia parroquia de Láncara. Sin embargo, esa segunda unión bajo las torres de la misma iglesia, no dio hijos al nuevo matrimonio y la única descendencia de Manuel de Castro Núñez fue la que la difunta Antonia Argiz Fernández trajo al mundo entre sudoraciones y buenos augurios en un tiempo que, después, le parecería a Manuel distante e irreal.

Manuel murió prematuramente con la estampa ancestral de los Castros. Las manos y los dedos de acentuada largura, se nublaron de pequeños y numerosísimos lunares. Miraba profundo desde sus indagadores y acuciosos ojos con una vivacidad solo opacada por su muerte el 13 de junio de 1903, a los cincuenta y cuatro años de edad, cuando aún podrían presumirse en él los ímpetus de un hombre joven. Sin embargo no era así, el dolor abatió su espíritu de tal manera que no

logró recuperarse nunca tras la tragedia de su hogar deshecho. La nueva unión fue alivio, remanso en que ahogaba su desconsuelo.

Ángel María se fue a San Pedro de Armea por un breve período y en Láncara solo quedaron el viejo Manuel y su hijo Gonzalo. Petra, Juana y Ángel permanecieron, bajo la estricta tutela del tío Pedro y sin otros horizontes que no fueran los de trabajar la tierra para nada, sin esperanzas de mejoría, ni conocimiento de otros mundos.

Hacia 1890 y 1891, Madrid prometía prosperidad e independencia a los ojos de los muchachos de la aldea, la ciudad presumía de su condición de capital metropolitana. Todavía le quedaban al país territorios en ultramar, en las Indias Occidentales, el Pacífico y África. Aunque la decadencia era evidente, España aún sostenía sus ilusiones, se obstinaba en su conservadurismo hacia las colonias, alentaba sin esperanzas el autonomismo en la «Siempre Fiel Isla de Cuba» y cerraba los ojos al previsible desastre.

Aún no tenía edad para el servicio militar, cuando con catorce o quince años, Ángel María decidió conquistar su propio mundo y se fue a vivir con su tía Justina Ángela María, donde el bullicio de los edificios de inquilinato, los bodegones, las vendutas y los cafés de la Puerta del Sol. En las amplias avenidas y las calles estrechas, la luz eléctrica ya no era una novedad y los coches inflaban al pasar los toldos de los balcones bajos y los comercios. Las muchachas no vestían los trajes como en el viejo daguerrotipo en que su madre aparecía rodeada de velos y encajes. El cuerpo del traje femenino era muy ajustado y sin adornos: escotado al frente; las mangas amplias en los hombros y

ceñidas en los brazos hasta las muñecas; la falda estrecha en las caderas, amplia bajo las rodillas y recogida por detrás para estilizar la apariencia.

Esas figuras delineadas llamaron la atención del joven, por considerarlas demasiado voluptuosas y provocativas. Casi perdía la cabeza ante aquellos maniqués de la capital atrevidamente vestidos. Las muchachas de su aldea eran más discretas y tímidas, usaban blusa y saya holgadas y un pañuelo en la cabeza. Los hombres vestían igual en todas partes, como cuando él se arreglaba para la Nochebuena o la misa del domingo en la iglesia: camisa de mangas largas, chaleco, saco, pantalón de franela y sombrero o boina de fieltro, incluso con un atuendo más sencillo si se trataba de ir al trabajo.

En aquella época no descansaba hasta el oscurecer y siendo ya un joven, sus amores tenían que ser desahogos intensos y fugaces al filo de la madrugada. Era un muchacho fuerte, de estatura más bien mediana que había dejado atrás su timidez para habituarse a la vida desenfadada de Madrid, sin abandonar sus reparos por los «excesos liberales».

Durante los aproximadamente tres años que pasó en la capital, despertaba mucho antes del amanecer para irse a una panadería o a cualquier oficio probable que le asegurara dinero hasta su reclutamiento por el ejército. A pesar de los desvelos reiterados no pudo hacer fortuna y, cuando lo destacaron en Galicia, regresó a San Pedro de Armea de Arriba y a Lán cara para salir poco después rumbo a Cuba.

El sorteo de quintos se hizo, bien temprano en la mañana, en el portal de la Casa Consistorial en Carracedo, bajo la presidencia del alcalde y los concejales. Lo recordaba muy bien porque todavía, muchos años después, sentía el frío

agrietándole los labios, mientras se acercaba las manos al aliento y veía llegar a los mozos acompañados de sus padres. El alcalde declaró abierta la sesión al leer el Artículo Séptimo de la Ley de Quintos y la lista definitiva de los muchachos a sortear, confrontada con las papeletas que luego los concejales estrujaron en pequeños rollos o bolas de papel y echaron en un globo de madera donde se leía «nombres». Igual procedimiento se realizó con los números del sorteo. Dos niños se acercaron a los globos y comenzó a dar vueltas el destino de todos, su ventura o desventura, su fortuna o su desgracia, su vida o su muerte.

No lograba conciliar el sueño. Lejos de la aldea añoraba sus valles, planicies, montañas, el frío intenso y la visión del cristal nublado de las ventanas el día de la primera nevada. Recordaba como una fiesta, la matanza de los cerdos para preparar tocinos, jamones y chorizos; la costumbre de reunirse todos en torno al cocido de garbanzos, oveja y patatas con que entraban en calor en la temporada de invierno. Una temperatura a la que estaba acostumbrado, y no esta, plomiza y sofocante, de Las Antillas. No se movía una hoja. El tiempo, cargado de nubes, a punto de romper el diluvio. Ángel María miraba a su alrededor. Había poco lugar allí para tantos soldados. Todos dormían plácida e inexplicablemente. Pensó que lo hacían apurados, la mayoría descansaba sin desvestirse del todo, con la incomodidad del uniforme, el cinturón, las botas puestas, los temores y el deseo de mujer bajo el sombrero de almohada. Llevaban algún tiempo destacados allí, lejos de las poblaciones y las noticias importantes. Los avatares y rigores de la guerra comenzaron a hacerse sentir en su cuerpo y en su espíri-

tu poco más de un año después de salir por primera vez de operaciones. Sentía todos los temporales de la Isla en los huesos, era como si lloviera dentro de sí y, a partir de noviembre de 1896, el reumatismo muscular agudo lo tumbó muchas veces en una cama de la clínica de Placetas perteneciente al hospital de Remedios, del Cuerpo de Sanidad Militar, donde también fue recluido por padecer paludismo, ulceraciones, fiebre tifoidea, entre otras enfermedades.

Realizada la Invasión, la contienda abarcaba toda la Isla. Las fábricas de azúcares y los campos de caña habían sido arrasados por la tea incendiaria de los mambises con el propósito de destruir el sostén económico de la Metrópoli en la Isla.

Los más entendidos ubicaban a los españoles a la ofensiva desde Pinar del Río hasta Las Villas, y a la defensiva, en Camagüey y Oriente.

Valeriano Weyler, el capitán general, lanzó, sin resultados, más de cincuenta mil hombres contra el Generalísimo mambí Máximo Gómez. El viejo dominicano cumplió con éxito la Campaña de La Reforma, con la cual batió y desconcertó a las tropas peninsulares, en una zona de apenas diez leguas cuadradas, hacia el oeste de la trocha. Allí consiguió que sus fuerzas tirotearan durante la noche los campamentos enemigos, se hicieran perseguir en angustiosas marchas y contramarchas, y luego establecieran emboscadas temibles como aquella del 4 de noviembre de 1868.

Los soldados españoles enfermaban de las fiebres del trópico, el desconcierto, el miedo, y los disparos, como

una maldición irremisible. Padecían disentería, paludismo, fiebre tifoidea, tuberculosis pulmonar, enfermedades para las que no tenían defensas, y también, espasmos reiterados, insomnio o adormecimientos agotadores.

Aquellas dolencias insólitas, los tumbaban durante días en los improvisados camastros de los hospitales de campaña y muchos no sobrevivían a la frialdad de las amanecidas o a las calenturas del cuerpo en los días reverberantes de la manigua. Otros, no soportaban la impúdica indolencia y los maltratos de sus superiores. Los soldados de alma noble no podían justificar a España por el hambre de tantos infelices pobladores, ni la destrucción del país, ni los incendios de los montes, ni el olor a cadáver que se respiraba en los territorios de la Isla.

Los más audaces se encaraban a los mandos y se resistían a la fría crueldad a la que los obligaba la política española en Cuba, otros desistían: no avanzaban un paso más en el camino o aprovechaban la noche para desertar y perderse de aquel manicomio.

Los diarios de la península recordaban la tragedia algún tiempo después:

(...) se habían enviado 200 000 soldados; luego triunfaríamos. ¡Y no eran 200 000, ni eran soldados! Eran un rebaño de muchachos anémicos sin instrucción. Y así, en la tragedia de la guerra, ocurrían escenas como la de la acción de Mal Tiempo, en que varias compañías fueron macheteadas por no saber cargar los Máuser.

Los quintos murmuraban y las terribles historias diezmaban la moral. Se decía que aquellos pobres muchachos solo habían atinado a arrodillarse y rezar, mientras recibían

impávidos el torbellino de abanicazos mortales. Aún no conocían que dentro de los cubanos que los habían enfrentado, muchos no tenían armas y el sonido que los acompañaba, cuando avanzaban era el del roce de la cuchara y la vasija, atadas a la cintura.

Una disposición de la superioridad militar española concentró todas las fuerzas de Camagüey en las poblaciones de Puerto Príncipe, Nuevitas, Santa Cruz del Sur y en la línea de la trocha, reconstruida para obstaculizar el paso de Camagüey a Las Villas y viceversa. El resto de la provincia y Oriente estaban en poder de los mambises, quienes podían moverse con libertad y vivir allí en sus prefecturas en el monte. Los partes militares no lo reconocían, pero lo comentaban los quintos en voz baja, después de adivinar el pesimismo en el rostro de los jefes reunidos para examinar los mapas y los acontecimientos.

En diciembre de 1897 terminaba un año convulso y cambiante para España: el presidente del Consejo de Ministros, el conservador Antonio Cánovas del Castillo, fue asesinado en agosto por un anarquista. En su lugar, el jefe del Partido Liberal, Práxedes Mateo Sagasta, como ensayo de una solución al daño irreparable y para evitar pretextos que pudieran ser utilizados por los Estados Unidos con el propósito de intervenir en la guerra, dispuso el relevo de Weyler por el general Ramón Blanco y presentó un decreto para el establecimiento de un régimen autonómico, que se estrenó en enero de 1898 con el rechazo manifiesto de los cubanos en armas.

Sin comprender bien lo que ocurría a su alrededor, ni estar al tanto de los intereses que se movían en aquella contienda de mil demonios, Ángel María intuía el final.

«Esto se acaba», decía para sí, sin atreverse a compartir sus meditaciones. Lo percibía con mucha claridad,

mientras buscaba entre sus cosas la última carta de la península, llegada en uno de los vapores de la Compañía Trasatlántica Española, una empresa naviera que inició sus operaciones en 1881, cuando don Antonio López y López y don Manuel Calvo y Aguirre se unieron para fundarla.

La Compañía Trasatlántica Española heredó de Vapores de A. López y Cía., el transporte de la correspondencia entre España y las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, adquirido por esta última empresa en el año de 1861. La Trasatlántica alcanzó crédito y fama tan envidiables, como las de su buque insignia, el correo *Alfonso XII*.

Ángel María releía la carta, manoseada tantas veces, con la sensación de siempre. Pensaba que las aldeas de Armea de Arriba y la cercana Láncara se morían sin remedio e iban a terminar por quedarse vacías. Las noticias llegadas desde lejos eran aciagas; invariablemente, al recibir un sobre, le daba un vuelco el corazón. La primera que lo abrumó fue la del fallecimiento de su hermana Petra María, sepultada el 4 de noviembre de 1896. Ella habría cumplido, precisamente el día 21 de ese mes del propio 1896, dieciocho años. También en noviembre, pero de 1897, murió el abuelo don Juan Pedro de Castro Méndez, otra pérdida que Ángel sufrió en la distancia, cuando se encontraba hospitalizado. De San Pedro de Armea de Arriba eran los acaecimientos tristes, y aunque en Láncara, por lo pronto todo iba bien, él intuía que en Galicia, al final, solo permanecería su hermana María Juana, con sus hábitos, su fuerza y su bondad perdurables. Ángel María no lograba sustraerse de la realidad: lejanía y progreso eran sinónimos. La certeza lo desconcertaba tanto, como el final de una guerra y la repatriación forzosa de civiles y militares, la mayoría campesinos olvidados

de Dios. Ese era el motivo real de sus insomnios a principios de 1898, y no el calor sofocante al que sin percatarse se habituaba.

Era una sensación contradictoria, por un lado la posibilidad de la paz le salvaba la vida y significaba el pronto reencuentro con su novia, con su familia; pero también la vuelta a la nada.

Descubrió la verdadera razón de su desasosiego el 11 de agosto de ese mismo año cuando alguien hizo a un lado su fusil, se despojó del cinturón con el parque, y le dijo sin inmutarse:

—Estamos solos. No hay nada que hacer. España acaba de firmar la suspensión de las hostilidades.

El 16 de febrero de 1898, la noticia de la voladura del acorazado norteamericano *Maine*, fondeado durante tres semanas en la Bahía de La Habana, ocupó los titulares de primera plana en los diarios de Nueva York, Madrid y la capital insular, y desató, de una vez, los desafueros de los Estados Unidos, apenas contenidos hasta ese momento, en sus ambiciones por Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

La noticia elevó al millón de ejemplares, las tiradas de las ediciones de la mañana y la noche del *World* de Pulitzer, y del *Journal* de Hearst, que exigían el inicio de las contiendas militares. En Madrid, los vendedores de *El País*, *El Imparcial* y el *ABC*, voceaban inconscientes y con cierto aire fanfarrón, en el mismísimo espíritu de las crónicas y artículos, la guerra de España con los Estados Unidos por todas las calles y ante todos los portones de la capital. La desavenencia no era nueva. Norteamérica venía presionando desde hacía mucho tiempo para apropiarse de esas colonias.

España se precipitó entonces a conjurar la catástrofe, dispuso el cese tardío de la reconcentración y las

acciones militares en Cuba, pero ya el presidente norteamericano William MacKinley solicitaba al Congreso la autorización para intervenir en el conflicto.

El paisaje a la entrada del puerto sobrecogía y las naves parecían cementerios. Cuba se estremeció con lo ocurrido a las unidades de la escuadra española del almirante Pascual Cervera, arrasada por la artillería de la poderosa escuadra norteamericana del almirante Sampson, a la salida de la Bahía de Santiago, el 3 de julio de 1898. Todos los marineros del *Vizcaya*, murieron en aquella batalla.

Nadie podía imaginar entonces que al mismo tiempo, más de mil cien cadáveres de personas y animales permanecieran abandonados en casas, fondas, almacenes y solares de una ciudad condenada a los aires malolientes del olvido y la ausencia de los sarcófagos.

Las pérdidas españolas sumaban trescientos cincuenta muertos, ciento sesenta heridos y mil seiscientos sesenta prisioneros. La capital provincial de Oriente resistió el sitio durante varias semanas pero al final depuso las armas. Los destacamentos cubanos cortaron los abastecimientos por el oeste y apoyaron el desembarco estadounidense por el este. Los mismos cubanos a quienes luego las fuerzas norteamericanas impidieron la entrada a la ciudad de Santiago de Cuba en el momento de la victoria, lo que fue una frustración y una injusticia histórica.

Las derrotas navales en el Pacífico y el Caribe forzaron a España a capitular. En agosto se hizo público el protocolo preliminar para la suspensión definitiva de las hostilidades y comenzó a tramitarse la evacuación de sus tropas en Cuba como condición ineludible para los tratados de paz que habrían de firmarse sin la merecida presencia de los cubanos, ese diciembre, en París.

Los médicos yanquis solicitaban con empeño curar a los heridos españoles para anotar sus observaciones sobre los efectos de los proyectiles norteamericanos, en informes dedicados a conocer y estudiar las ventajas del armamento Winchester. Para los soldados españoles no había algo mejor que el Máuser. Doscientos fusiles Máuser se entregaron en la capitulación de Santiago y todos fueron enviados a Nueva York para su análisis. Cada aciaga incidencia la conocían a pie juntillas los desventurados militares españoles, a quienes las noticias de tanta humillación abrumaban aún más en la derrota.

—Lo presentía —dijo Ángel María, la tarde desolada en que llegó la orden de partida.

El vapor correo trasatlántico *Ciudad de Cádiz* se bamboleaba levemente en las aguas del puerto de Cienfuegos, poco antes de iniciar su travesía con destino a La Coruña y Santander. Ángel pensó que la ventisca fría de ese 26 de enero de 1899 era preludio del invierno de su tierra. Viajaron sin los vaivenes del mar turbulento, en medio de una serenidad de olas y cielo a ratos exasperante, en una travesía larga y lenta. La mayoría de los pasajeros iban heridos, enfermos y abatidos. No sabían adónde los llevaría la providencia esta vez. Una dolorosa peregrinación de barcos llegó a La Coruña y a Vigo, y allí depositó los despojos de la guerra, el orgullo maltrecho de España y toda la amargura posible de la derrota. Eran más de ventiocho mil, entre civiles y militares, los desembarcados en los puertos al norte del país.

El periódico *El Mundo* publicó una crónica de la llegada de los barcos *Isla de Luzón* y *Montserrat*, el día 28 de agosto de 1898:

A las 7 de la mañana de hoy es avistado en Vigo el vapor *Isla de Luzón*, que conduce el segundo gran contingente de repatriados de Cuba. A las 8:30 horas gana su costado la falúa de sanidad, con los gobernadores civil y militar, el comandante de marina, el alcalde y el director de sanidad. A las 10 el barco fondea en Punta de San Adrián, en la orilla derecha de la ría, donde está preparado el lazareto de San Simón. Un inmenso y silencioso gentío observa sus maniobras.

Los médicos informan que el estado del pasaje es «regular» y seleccionan a los repatriados que pueden desembarcar tras la preceptiva cuarentena y los que han de permanecer en el lazareto, que ha sido dotado para albergar a 1.100 individuos. Durante la travesía han fallecido 32 hombres, y otros dos al entrar el barco en el puerto. Trae un centenar de enfermos graves.

En el *Isla de Luzón* llegan los generales Escario y Rubín, 153 jefes y oficiales, y 2.057 individuos de tropa (...) Hoy también fondea en A Coruña, procedente de Matanzas el vapor *Monserrat*, con varios centenares de militares repatriados. Inmediatamente es admitido a libre plática, pues la salud a bordo es buena. Al *Monserrat* se le impone la cuarentena reglamentaria de siete días para el desembarco del pasaje y de la correspondencia. Los periódicos recuerdan la gesta de su capitán, Manuel Deschamps, que rompió el bloqueo yanqui hace cuatro meses y desembarcó en Cienfuegos con más de 500 soldados y abundantes víveres.

El pasado 16 de julio salió de nuevo de Cádiz, volvió a eludir el bombardeo enemigo y recaló en Matanzas, donde hacía días que no se veía el pan, con 8.000 raciones, 1.399 cajas de tocino, 805 sacos de habichuelas, 602 de garbanzos, 500 de harina, 213 fardos de bacalao y 25 cajas y barricas con medicamentos. La población como hoy en A Coruña, les hizo un recibimiento incomparable. El presidente norteamericano MacKinley llegó a ofrecer una recompensa de 80.000 duros, más el importe de la venta del barco, a quien lograra apresar al *Monserrat*.

Manuel Deschamps, condecorado ya por la reina con la Cruz del Mérito Naval pensionada, es el héroe de la ciudad gallega. En los próximos días llegarán a la Península el *Isla de Panay*, el *Covadonga* y otros barcos, con lo que el número de repatriados rondará los 10.000 hombres. Son el contingente principal de nuestro ejército en Cuba, y en breve vagarán por los caminos de España, dejando su estela de remordimiento y dolor.

Para albergar al ejército de repatriados se han dispuesto los lazaretos de Pedrosa, en Santander; de San Simón, en Vigo, y de Oza, en A Coruña. Cuando atraca un barco, tanto el pasaje como su carga es desembarcado en el llamado lazareto sucio, donde se desinfectan y queman las ropas que pudieran traer gérmenes perniciosos. Se impone una cuarentena, más o menos larga, según los casos de enfermedades y fallecimientos que se hayan registrado durante la travesía (...)

Ángel María Bautista Castro Argiz se encomendó a Dios al desembarcar el 9 de febrero de 1899, en *A Coruña*. Estaba a salvo como un milagro del destino. Lo vieron llegar por el camino polvoriento de las aldeas de Lánchara y Armea, ostensiblemente cambiado en corto tiempo. Los paisanos lo esperaban como un indiano de éxito, vestido de guayabera de hilo, sombrero de pajilla y con un brillante en el anillo. El hombre que tenían delante tenía una apariencia lamentable. Se le notaba el ánimo contrariado y la salud endeble aunque hiciera un gran esfuerzo por disimular. A todas las desgracias se sumó su decepción por el olvido de la novia del pueblito de San Juan de Muros. Llegó de la guerra con la esperanza de encontrarla y casarse, pero todo se derrumbó de un portazo. En una noche de suerte le ganó todas las partidas de naipes a don Osorio, su vecino en Lánchara, dueño de un comercio y una cantina, y que había empeñado en el juego hasta su propia casa. A la mañana siguiente, el deudor le ratificó su palabra a Ángel, pero este con una palmada en el hombro le aseguró que no le debía nada, que únicamente le pediría dos trajes para su novia. Después supo que ya no tenía sentido, ella no lo esperaba. Con los pocos ahorros que tenía decidió reponer fuerzas, alejarse e intentar fortuna por segunda vez, más allá del mar.

Durante los primeros días se dormía delante de las visitas que le disculpaban el agotamiento repentino provocado por el alivio de las tensiones. En sus cavilaciones, se consideraba un hombre afortunado, aunque recordaba a los difuntos de la travesía como recurrentes sábanas pálidas que la memoria izaba entre el viento y la penumbra del océano, aún tenía la cabeza sobre los hombros y no desvariaba. Las crónicas del diario *El Mundo* publicaban las tristes historias de los repatriados –él, como tantos

otros, lo había sido porque no tenía familiares en la isla que lo acogieran— historias que le confirmaban su ventura y la fatalidad de los otros. Antonio García, de Huelva, sufría accesos de locura y al menor descuido de sus familiares se echaba a la calle dando espantosos gritos. El sargento de Ingenieros, Adrián Samaniego, procedente de un desembarco en Barcelona, llegó en tren a Torredembarra, y en la estación misma, murió de la emoción al abrazar a su padre.

De tiempo en tiempo, Ángel María callaba. Pensativo, trataba de explicarse por qué habían llegado hasta ese punto irreconciliable las relaciones entre Cuba y España.

En la Isla, la guerra había costado más de doscientas mil almas, los faros no funcionaban; los caminos resultaban intransitables; la economía se encontraba devastada; existía una terrible ausencia de niños y mujeres embarazadas y una nostalgia enfermiza de pueblos prósperos.

En la península ya casi nada tenía sentido, a pesar de que alguien como el viejo liberal Sagasta, presidente del gobierno, repitiera hasta el cansancio, con la esperanza de atenuar las decepciones, la célebre frase del monarca francés Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor.» Los generales derrotados, arrastraban su fracaso en silencio y los soldados repatriados cargaban su miseria por todas las calles y los caminos de España. Lo decían los diarios: «¡qué soldado el nuestro de Cuba...! desarmado, triste, con su juventud herida de muerte por cruel enfermedad y por el desengaño del vencimiento (...) ¿qué es lo que queda aquí para rehacernos como nación?»

Esos malos pensamientos ensombrecían a veces su determinación de volver, pero no lo hacían desistir, sobre todo porque Cuba, a pesar de la ruina por la guerra,

seguía siendo un país nuevo con muchas posibilidades, que la fatiga y el escepticismo tremendos de España ya no podían ofrecerle, después que desapareciera, con los últimos cien años, la presunción del imperio. Por aquellos días volvió a la casa de Láncara, para despedirse de su padre y de su hermano Gonzalo que como siempre habitaban el espacio de su infancia y de los recuerdos aún nítidos a sus veintitrés años. Pasó por San Pedro de Armea de Arriba, a ver a María Juana. La muchacha, a punto de cumplir los quince años, quería irse con él; se le colgó al cuello repitiéndole: «Llévame, llévame». Primero sintió grandes deseos de que su hermana lo acompañara en su segundo viaje a Cuba –vivir juntos sería como habitar el hogar de la niñez otra vez; no faltaría en la distancia la charla sobre los viejos tiempos, la mano femenina en las cosas y el cariño familiar cerca de sí; pero el llanto y la desolación de los tíos Juana y José, ya *viejitos* y descorazonados ante la posibilidad de quedarse solos, le hizo recapacitar y convencerla de que debía quedarse allí. Tenían que separarse. Le prometió no olvidarla nunca y ayudarla por muy lejos que estuviera y escribirle, escribirle sin falta todos los pormenores de su vida.

A Cuba, en sus conversaciones íntimas la llamaba la Isla de los Asombros y quienes conocían bien al joven no suponían desvaríos y encontraban fundamento a sus sueños.

Las olas rompían primero en la llanura de los arrecifes y luego alcanzaban el abrupto promontorio y las paredes altas del Morro, iluminado a ratos por los espejos del faro de la bahía. El vapor *Mavane* de la Compañía

Francesa de Navegación, bordeó el litoral al oscurecer y echó ancla en el puerto, bien entrada la noche.

Habría que esperar al día siguiente para realizar los trámites de inmigración y el control sanitario, establecidos por las autoridades norteamericanas, que asumieron la gobernación de la Isla a las doce horas del primer día del año de gracia de 1899, cuando cesó en Cuba el señorío de España y comenzó el de los Estados Unidos.

La mayor parte del tiempo, el barco hizo la ruta con la mar en calma y el cielo despejado, solo al dejar atrás las Bahamas se sintió la cercanía de los temporales y abajo, en el fondo, la fuerza de la corriente del Golfo de México, halando como un imán hacia rumbos desconocidos. La gente de a bordo pretendía alejar el naufragio con plegarias. Casi todos eran gallegos de pantalones gastados, sacos raídos, alpargatas y boinas negras, que soñaban con espantar la pobreza de sus bolsillos.

Si los rezos no consiguieron despejar del todo la nubosidad de la tormenta, al menos acercaron a los viajeros con palabras y sonrisas afectuosas. Al llegar, todos sentían un poco el despedirse.

Desde la cubierta de proa, Ángel María observaba las luces del alumbrado de la ciudad en una madrugada lluviosa y fría.

«Señal de buena suerte» se dijo, mientras recogía sus pocas pertenencias y reparaba en su cumpleaños veinticuatro, justo el día de bajar a tierra. Las formalidades de aduana se cumplieron con prontitud y pocas horas después figuraba como pasajero sin familia en la lista de inmigrantes que arribaron al puerto de La Habana, el 4 de diciembre de 1899.

Por los muelles pululaban a esa hora los vendedores de pescado, las mujeres trasnochadas y los «marines» borrachos, con su uniforme azul intenso y las insignias blancas: U.S. Navy. Sin prisa y con equipaje ligero, recorrió despacio la parte antigua de la ciudad hasta llegar a un hotel pequeño y acogedor, cerca de la estación ferroviaria de Villanueva, donde probó por primera vez el café Caracolillo.

Ni árboles copudos ni canto de pájaros en las calles apretadas, de balcones pequeños y adoquines gastados. Con la colocación de las piedras pulidas por las aguas de los ríos, la calle Empedrado, había dejado atrás la humedad del barro y las maldiciones del vecindario por el fanquizal sin chinas pelonas; en la calle de los Oficios nadie anunciaba servicios de escribanía de cartas o documentos oficiales, y en la calle Baratillo se vendía con premura lo que hacía falta, mientras perdían espacio las fantasías.

Durante años y años, la capital acumuló discreta sus transiciones hasta presentarse un día diferente, como una ciudad moderna que ya conocía el cinematógrafo de los hermanos Lumiere y había visto rodar el primer automóvil, un ejemplar de la fábrica francesa Le Parisienne. Él no lo notaba, era uno entre tantos forasteros: agentes comerciales, promotores, inversionistas e inmigrantes pobres, a quienes se reconocía pronto por su ignorancia en los problemas del país y su casi total indiferencia ante la frustración del ideal independentista que, más que flotar, pesaba en el ambiente cargado de malos presagios. En la calle Baratillo, una mujer le preguntó:

—¿Gallego?

—¿Cómo lo sabe?

—Es fácil, todos buscan algo, se les ve en la mirada—dijo, y añadió sus lamentaciones.

Sentada a la puerta de un oscuro local, ofrecía a sus clientes, entre promesas y buenos deseos, todo tipo de abalorios falsos. Hundía el cuerpo en el fondo de un sillón de mimbre agujereado, las manos le sudaban copiosamente y estrujaban un pañuelo mientras miraba con envidia la proliferación de comercios espaciosos y modernos a un lado y otro de su oscuridad. Cada día la gente se interesaba menos en sus cristales de colores, amuletos de piedra, collares de semillas y espejos.

Tampoco seducía la visión del pasado; en realidad importaba el futuro. Un hombre joven abrió muy cerca y con rotundo éxito, una tienda donde vendía faroles, candiles, velas de cera y lámparas, transparencias bordadas y vitrales que convertían en arco iris los fulgores del sol y los repartían a las habitaciones interiores, por el suelo, las paredes y las columnas.

Otro comerciante estableció una tienda con telas rudas y delicadas, propias para alforjas y refajos, según la necesidad. Prosperaban una quincalla surtida de tijeras, dedales y agujas de coser de todos los tamaños; una venduta de infusiones importadas y yerbas para las calenturas; un comercio de auténticas reliquias árabes; un local que exhibía fustas, monturas y espuelas de plata y otro con materiales de oficina. Los establecimientos conferían al lugar una apariencia abigarrada y festiva. La mujer miraba a su alrededor con tristeza y cansancio. El tiempo de vender ilusiones pasaba. El desconsuelo hacía más frágil y tenue su silueta aquella mañana en que Ángel María se detuvo ante el bazar.

En su segundo viaje pensó establecerse en Camajuaní, un pueblo pintoresco de Las Villas, que debía su existencia al tendido de la línea ferroviaria para conectar las zonas azucareras con los puertos de la costa norte. Allí,

un pariente suyo poseía una finca. En realidad estuvo poco tiempo en ese lugar; se trasladó primero a Cayo Romano y luego mucho más lejos, a las minas de hierro y manganeso de Daiquirí y Ponupo, en Oriente, bajo la jurisdicción de Santiago de Cuba como capital provincial, donde prometían empleo y pagaban en moneda norteamericana, un verdadero privilegio en medio de la situación económica del país.

El calor era insoportable en la apartada zona. Los hombres contratados, solos como ermitaños, se comunicaban con el mundo por los motores de línea que transportaban el mineral hasta Daiquirí, para embarcarlo hacia los Estados Unidos.

Ángel María compartía con los otros trabajadores la barraca pestilente y las partidas de naipes o dominó, sentados sobre cajones de bacalao importado de Noruega, en una mesa forrada de viejos ejemplares del *Diario de la Marina* manchados de grasa. Aquellas reuniones cordiales duraban hasta tarde y en el ruedo de la conversación caían todos los temas imaginables: los bandoleros, el desprendimiento de rocas en uno de los túneles, la llegada de un vagón de muchachas como sombras trashumantes y marchitas, o del único capataz cubano de por todos los contornos que, al escucharlos hablar de holganza y futuro, repetía a manera de epitafio unas palabras del coronel mambí Manuel Sanguily: «Parece que Cuba puede ser un paraíso para todos menos para los cubanos.»

Por último, hablaban del casorio del hijo menor de una familia de inmigrantes ingleses establecidos por más de cuarenta años en la región, después que el padre llegó como empleado de La Consolidada, una de las primeras empresas dedicada a la extracción del mineral en Oriente, cuando Cuba era la principal abastecedora de cobre

de la industria británica y los barcos iniciaban la ruta regular de la mayor de Las Antillas a Liverpool.

A finales del siglo XIX, a Londres se le iban los ojos y las apetencias tras el oro del África Austral, y los norteamericanos aprovechaban los espacios vacíos.

La Spanish-American Iron Corporation operaba en Daiquirí desde 1892. Durante los tres años de guerra, su neutralidad le permitió continuar los trabajos.

La Ponupo Manganese Corporation, activa desde 1894, interrumpió sus exportaciones en el transcurso de la contienda y las reanudó en 1898. Entre 1902 y 1903, la empresa consiguió exportar grandes cantidades de mineral, sin preocuparse en lo absoluto por la seguridad de los obreros ni por la enfermedad de sus pulmones saturados de humedad.

Si Ángel hubiese decidido escribir entonces a casa, la carta hubiera dicho: Estoy bien, a Dios gracias, hago ahorros y paso el tiempo leyendo en periódicos viejos sobre historia y geografía. No me acostumbro al calor y a esta vida sin hogar.

Se decía que el clima era más fresco en las tierras de la Nipe Bay Company, y que todo marchaba «viento en popa y a toda vela» con las inversiones de la United Fruit Company.

Era una historia larga la que había llevado al propietario de esa compañía a establecerse primero en Banes y después tierra adentro.

Hipólito Dumois, joven cubano descendiente de una familia francesa de Nueva Orleans, emigrada a Santiago de Cuba cuando la Louisiana pasó a ser territorio estadounidense, desarrolló plantaciones de «guineo» en la costa norte oriental y fundó en 1885 el pueblo de Banes. En goletas suecas y noruegas, sacaba por ese punto de la Bahía de

Nipe, los embarques de la fruta hacia Nueva York donde abastecía aproximadamente un cuarenta por ciento del mercado. Alcanzaba tal volumen su negocio que el gobierno de Suecia-Noruega decidió bautizar una flotilla de sus buques con el nombre de *Hipólito y sus hermanos*, y así existían el barco *Hipólito*, el *Ernesto* y otros tantos hasta donde alcanzaron las naves y los nombres de la familia.

Con la tea incendiaria de los mambises, quedaron arrasadas las plantaciones en 1895. Además, la gente hablaba de una maldición que perduraría por más de cien años y no permitiría nunca la prosperidad del plátano en la zona.

Dumois marchó a Manhattan y conoció allá al magnate de la Boston Fruit Company, Andrews Preston. Este controlaba el mercado del banano en el nordeste de los Estados Unidos y traía cargamentos desde Centroamérica y Jamaica para abastecerlo sin interrupciones. Preston le compró tierras a Hipólito Dumois para abrirse camino en la producción de azúcar y sustituyó la antigua compañía por la United Fruit Company.

En 1900 fundó el central Boston y en 1907, el Preston, no muy lejos de Guaro, donde el 28 de noviembre de 1906, don Ángel Castro Argiz abrió las puertas de *El Progreso*, un establecimiento de fonda y bodega de su propiedad, que giraba con un capital de doscientos pesos y contaba por adelantado con la presumible buena fortuna que un nombre como ese podía conferir a un sueño.

La fonda estaba en el portal, unas pocas mesas con manteles de cuadros y taburetes de cuero bastaban para que fuera un espacio acogedor, abierto a la brisa de los árboles, bajo la sombra del techo de tejas y con el atractivo del ir y venir de la gente y las noticias al alcance de la mano; al fondo, la bodega, ofrecía

un variado surtido, con la estantería repleta de importaciones de España: quesos, aceitunas, turrone, chorizos, harinas, aceite de oliva y vinos en portentosas botellas y porrones.

Después del almuerzo, todo el pueblo se detenía y se refugiaba al amparo de los patios y las habitaciones interiores. Los mediodías insufribles por el calor, con la luz vertical y el polvo fastidioso, penetraban por los resquicios de las persianas francesas. Los hostales al borde del camino, daban vida al comercio de don Ángel, quien lo mantenía siempre a disposición de los clientes. A esa hora tediosa y casi inoportuna, conoció a María Luisa.

Leía los periódicos de la capital y se enteraba de la subasta pública de la administración local de aduana, que no podía almacenar tantos bultos: dos cajas rotuladas que contenían comestibles y ropa usada, otras dos de vino de Jerez, quince barriles de alquitrán... una lista interminable. Lo más interesante de las noticias era lo relativo a la jornada de ocho horas establecida para los mecánicos, operarios y jornaleros. La disposición exceptuaba a los maquinistas, fogoneros, marineros, vigilantes, mensajeros y carreteros, cuyos servicios se consideraban necesarios a toda hora. El olvido de los empleados no públicos encendía la polémica con mil y una sugerencias de solución y alguien proponía cerrar todas las instalaciones a una misma hora.

«¿A quién se le ocurre que los restaurantes, los cafés, las droguerías, las boticas y los hoteles cierren a las seis?», censuraba contrariado el novato comerciante, disgustado por la falta de visión e insensatez de las opiniones, y pensaba: «Hay que hacer algunas excepciones.»

Meditaba cuando sonó la campanilla del portón. María Luisa dio las buenas tardes y solicitó una caja de bombones.

—Es para un regalo —dijo.

Él envolvió el estuche y la siguió con la vista hasta la calle. A un lado y al otro se alzaban las construcciones de estilo francés *balloon frame*, que los norteamericanos introdujeron en Banes, Antilla, Preston, Cueto y Guaro: casas tipo chalet con techo a cuatro aguas, portal a la avenida y corredores alrededor, paredes de madera machihembrada, el piso entablado de pinotea y una profusión de puertas y ventanas.

La silueta de la joven se recortaba en el paisaje con la nitidez reverberante de la claridad del mediodía y armonizaba con la apariencia altanera de la avenida.

Mientras más se alejaba, mayor atención ponía él en conocerle el rumbo. No necesitó saber donde vivía porque sus visitas se hicieron frecuentes y, al encontrarse, no era el único con aquella sensación desconcertante.

Ella era de Fray Benito, en Gibara. Su familia se había instalado en Guaro tiempo atrás. Marcos Argota, el padre, trabajaba como funcionario de la United Fruit Company, y Carolina Reyes, la madre hacía los quehaceres de la casa como era la tradición.

Don Ángel tenía treinta y cinco años y pensó que María Luisa sería su amor definitivo; pero no fue así.

Muchas personas del pueblo le auguraron poco tiempo a la unión y algunos, adjudicaban después su final al maleficio de la casa que había sido adquirida por don Ángel en Mayarí. Edificada sobre recios horcones por el doctor en farmacia Evaristo del Campo, quien vivía alucinado con su futuro matrimonio, nunca pudo ser habitada por él, porque murió casi a las puertas de su

casamiento. Los familiares, consternados, vendieron el inmueble sobre el que recayó una nube de presagios, conjeturas, profecías, presentimientos.

Don Ángel era un hombre dispuesto a los esfuerzos y renunciamientos, a la sencillez. María Luisa, sin embargo, tenía ambiciones y vocación por la vida de ciudad. Muy a pesar de que don Ángel también cobijó su amor en aquella amplia casa de maderas machihembradas y pisos de mosaicos como tableros de ajedrez que al trasponerla daba por el fondo a las riberas del río Mayarí en la ciudad de ese mismo nombre, no fue feliz el matrimonio, celebrado a las siete de la noche del 25 de marzo de 1911, entre el señor Ángel Castro Argiz y la señorita María Luisa Argota Reyes. Fueron testigos de aquella unión efímera Pedro Gómez y José Álvarez, quienes ya se contaban entre los amigos cercanos de Castro.

Manuel, el primer fruto de esos amores, nació en Guaro unos diez meses después de la boda y se fue con la misma prisa con que había llegado, apenas un año después de su nacimiento. En mayo de 1913, ya María Luisa estaba embarazada otra vez y a punto de nacer María Lidia. Le siguieron Pedro Emilio en 1914, Antonia María Dolores en 1915 y Georgina de la Caridad en 1918. Las niñas más pequeñas pasaron por la vida como una bendición huidiza. Ninguna de las dos se quedó por mucho tiempo, a pesar de las cataplasmas y las precauciones con encierros a cal y canto.

Era una época de fiebres, convulsiones y flujos incontrolables. A los doctores de la jefatura local de sanidad, no les quedaba otra alternativa que sentarse a esperar en los vestíbulos, el desenlace fatal o el milagro de Dios, como

si fueran sacerdotes ordenados en una parroquia mucho tiempo abandonada y en cuaresma.

Las niñas murieron en la casa de la calle Leyte Vidal en Mayarí, donde vivía el matrimonio Castro Argota. Dejaron una impresión de flores secas en la pareja, un sentimiento de sudores estériles y amores irremediablemente en fuga. Con ellas, se marchó de una vez toda esperanza de cercanía entre aquellos dos seres distantes. Ángel pasaba largas temporadas en el barrio de Birán, donde explotaba unos terrenos cerca de los pinares. Siempre insistió en llevar a María Luisa con él, pero nunca pudo convencerla, entonces se olvidó de su ilusión y desistió para siempre.

Durante ese tiempo de ausencias frecuentes vivía de manera itinerante, como contratista de la United Fruit Company, cuando llegó a tener unos trescientos hombres bajo su mando. Con los ahorros de *El Progreso* empleó a un grupo de hombres y se hizo de una cuadrilla de bueyes para transportar caña y leña hacia los centrales azucareros de la zona. Tiempo amargo en que las maderas recias y preciosas fueron a parar a las calderas de vapor de los ingenios. Tumbaba montes que la compañía convertía enseguida en plantaciones de caña. Llenaba hasta setenta carros de dos mil cuatrocientas arrobas cada uno, lo que como promedio resistían las bestias. Aceptaba contratas en terraplenes de línea y fomentaba las colonias de caña y la ganadería en la finca Manacas, donde inició la construcción de una casa para establecerse.

El paisaje le recordaba a Láncara, ese era el signo de que podría vivir una vida nueva. Su capital se incrementó con las zafras de la Primera Guerra Mundial, cuando los azúcares cubanos aseguraron las ventas a los aliados. Logró salir airoso de los enfrentamientos entre liberales y conservadores, durante La Chambelona, la protesta

armada contra «el cambiazo» en las urnas y la reelección del presidente conservador, Mario García Menocal.

De un lado, los alzados con las ropas deshechas, hambrientos y descalzos recorrían los campos como una epidemia; del otro, el ejército sin paga, seguía el rastro y amenazaba a los pobladores. Las partidas de uno y otro bando incendiaban propiedades, se batían a tiro limpio, sin importarles si en la trifulca mataban a un infeliz ajeno a la pugna por el poder. Todo terminó con el despliegue del ejército y el desembarco de marines yanquis por los puertos de la Isla.

Don Ángel tendría que resistir los embates de la crisis de los años 1920 y 1921, cuando el precio del azúcar descendió en picada y se arruinaron hacendados y colonos, propuso un convenio para la suspensión del pago a sus acreedores por tres años y, la moratoria le fue concedida sin dilaciones. Respiró profundo cuando los abogados le entregaron los papeles; pero aún así, en los años subsiguientes debió desplegar toda su astucia y habilidad para conservar su patrimonio. Continuamente y en un período de fugacidad abrupta, don Ángel hipotecó sus propiedades, las vendió, las adquirió de nuevo, se reconoció deudor y pagó compromisos pendientes. En 1922, vendió sus fincas a don José Reyes y Hernández, quien las refundió en una sola titulada Manacas. En 1923, don Ángel las recuperó y luego, contando con ellas, en 1924, firmó con la Warner Sugar Corporation, un convenio o contrato de servidumbre de paso, molienda de caña, refacción agrícola y otros actos, y además, contrajo una deuda con don Fidel Pino Santos y volvió a constituir una hipoteca sobre su posesión más preciada.

Con todo ello logró sobreponerse a las dificultades y las preocupaciones, pero los sobresaltos habían fatigado su espíritu y nunca conciliaba el sueño en la casa vacía, únicamente habitada por su imagen en los espejos.

La lluvia de la madrugada permanecía en la frialdad del campo y el rocío incesante de las hojas al rozarlas. Todo era un murmullo de alas mojadas y libélulas indiscretas, la mañana en que don Ángel vio a Lina y quedó fascinado ante la magia de aquella aparición que lo hizo evocar todo su tiempo largo y triste. Hasta ese día no la había visto pasar, pero a partir de entonces, cómo mantenerse impasible ante su presencia, si lo primero que había sentido era su olor a cedro.

Lina

Las imágenes desconocidas aparecían a través del cristal de la ventanilla del tren. Lina Ruz González, espigada como un junquillo, pegaba la nariz al vidrio transparente. Hasta entonces, la niña de siete años, solo tenía idea del monte y la casa de recios horcones de granadillo con el techo alto de tejas españolas en Las Catalinas, lugar donde nació el 23 de septiembre de 1903: un barrio fundado en 1900 a orillas del río Cuyaguaje, entre yagrumas y vegas de tabaco, aireado con olor a condimentos, aceites esenciales, mieles y café, a unas leguas del Camino de Paso Real de Guane, en la provincia de Pinar del Río, por donde Cuba mira al Golfo de México.

Pinar del Río fue el nombre con resonancias de aguas sobre piedras y árboles de alto vuelo, que sustituyó al de Nueva Filipinas, que era como se conocía toda aquella región del occidente del país, cuando se creó la primera tenencia del gobierno en el territorio, por el año remoto de 1774. Hasta allá se llegaba, desde La Habana, por el Camino de Vuelta Abajo que se adentraba por entre las vegas de tabaco, cuyo cultivo y cuidados, los inmigrantes canarios habían transformado en arte y prodigio, hasta conseguir la hoja más preciada para la torcedura de los puros habanos.

Las Catalinas pertenecía al término municipal de Guane, la ciudad de mayor importancia al suroeste de la capital de provincia, crecida desde 1596 hasta 1896, cuando las fuerzas cubanas al mando del Lugarteniente General Antonio Maceo, incendiaron el pueblo y solo quedaron, erguidos en el paisaje, algunos troncos humeantes y un campanario en silencio estremecido por la guerra.

La niña nunca imaginó una habitación tan espaciosa, animada y azul como la estación de ferrocarriles. Las casas de tabaco tenían esa apariencia, pero como las hojas ensartadas en los cujes debían estar a la sombra, terminaban siendo salones oscuros y deshabitados.

Según su madre, doña Dominga del Rosario González Ramos, las iglesias también alcanzaban la altura y la claridad del cielo. Doña Dominga se casó entre lirios y olor a incienso en la iglesia de la Parroquia de San Idelfonso de Guane, Inmaculada Concepción del Sábalo, el 26 de febrero de 1900, después que pasaron los temores sin que llegara el juicio final ni la destrucción del mundo como se anunciara tantas veces para cuando el siglo muriera. Don Francisco Ruz Vázquez contaba entonces treinta y dos años y ella veintiocho. Ella era descendiente de Domingo Marcos González Arenas, un español de San Andrés de los Tacones en Oviedo, Asturias; y de Isabel del Rosario Ramos y Ramos, una cubana de Guane, cuya familia llevaba tantos años allí que no existía quién pudiera afirmar entonces, de qué lugar de la península habían llegado sus primeros antepasados. En el libro de blancos de la iglesia parroquial, las inscripciones de nacimiento se remontaban muy atrás y nadie había sentido entonces suficiente curiosidad por el pasado, como para buscar con vehemencia en la complicada madeja de uniones y descendencias hasta los mismísimos comienzos del asentamiento en aquellas tierras del oeste isleño.

Doña Dominga había quedado huérfana de pequeña; a ella y a su hermana Nieves, las educó y cuidó con esmero una tía, quien llevaba siempre vestidos de hilo de colores claros. En su casa, de geranios en tiestos, sombras y helechos frondosos en el patio interior, aprendieron a descontar las horas en calma, mientras bordaban pañuelos o tejían calcetines. La tía era la dulzura en persona y su posición, sin retumbante abolengo, lo suficientemente holgada como para sostener a sus sobrinas. Doña Dominga agradecía siempre la vocación maternal de la tía y no sabía por qué vericuetos inmemoriales de la sensibilidad, al ver a alguna mujer mayor con blusas y vestidos de hilo, sus recuerdos retornaban a la ingenuidad y despreocupación de su infancia. Cuando doña Dominga ya era una anciana y su cuerpo encorvado y delgado resistía las incertidumbres y la ansiedad por la suerte de sus nietos que peleaban en la Sierra Maestra, buscaba, entre sus más entrañables reliquias, una estampa de daguerrotipo de la tía, a quien pedía protección mientras rezaba y miraba al cielo.

Don Francisco Ruz Vázquez, fue robusto desde su nacimiento en 1867, un año antes de que estallara la contienda, en un ingenio del Oriente del país, donde el hacendado Carlos Manuel de Céspedes declaró la guerra a España y concedió la libertad a sus esclavos, aquella partida de fieles que escucharon sus palabras sin comprenderlo del todo, sin saber qué hacer sin las rutinas de la finca La Demajagua, pero se echaron a la manigua con la excitación y el arrebató de los libres.

Francisco nació de la unión sacramentada entre Rafaela Vázquez Rivera y Francisco Hipólito Ruz Acosta. Su madre, según las partidas de bautismo de los hijos, era originaria de Candelaria un nombre evocador de

luminosidades, que remontaba a las personas más allá del océano, a las Islas Canarias. Años después la declaración jurada que se hizo al inscribir a una nieta que ella no conoció confirmaría su ascendencia canaria. El dato fue registrado en la certificación de bautismo de Agustina Isabel Ruz González, *Belita*, en el Libro 13 de bautismos, Folio número 155, que se encuentra en los archivos de la Parroquia de San Antonio de Sibanicú.

Rafaela era una mujer indómita y enérgica, que solo las penurias causadas por la reconcentración a tantos inocentes, lograron abatir como un cazador a un ave en pleno, alto y casi inalcanzable vuelo. Ver las procesiones de gente abandonada a su suerte, la abrumaba y entristecía. Murió de bronconeumonía el 6 de diciembre de 1897, a la edad de sesenta años, y nostálgica de los tiempos en que su esposo vivía. Fue sepultada ese invierno de guerra en el cementerio de una zona remota de la provincia, donde se habían establecido hacía ya muchos años.

El capitán general de la Isla, Valeriano Weyler, para desarticular la red de abasto al ejército independentista, en hombres, armas, alimentos y provisiones emitió varios bandos; primero ordenó el cierre de todas las tiendas situadas a más de quinientos metros de los poblados de las provincias de La Habana y Pinar del Río, y como si ello no fuera suficiente calamidad excluyó después, de las raciones alimenticias, a mujeres e hijos de insurrectos, dispuso la requisa de todos los caballos que había en los campos y el traslado del maíz a las ciudades de La Habana, Matanzas y Pinar del Río, y el 21 de octubre de aquel infausto 1896 dispuso, en un plazo de ocho días, la reconcentración en los pueblos ocupados por las tropas, de todos los habitantes de los campos dentro o fuera de la línea de fortificación de las poblaciones.

Los seres más endebles no resistieron los rigores de los caminos, las calenturas y el hambre, al vivir en las villas, o en las calles de los poblados. Los viejos sintieron un peso abrumador en el alma y murieron de pura tristeza, los niños enfermaron, las mujeres decidieron no procrear después de perder a sus hijos, y los hombres prefirieron sumarse a las filas insurrectas, antes que hundirse en la humillación de ser enrolados en la leva del Ejército Español. Stephen Bonsal, corresponsal del periódico *The New York Herald Tribune*, contaba en sus crónicas de 1897 aquellas desgracias del infierno:

En Pinar del Río estas estaciones de hambre se concentran en su mayoría a lo largo de 180 kilómetros del ferrocarril occidental, que va desde La Habana al pueblo de Pinar del Río. Sólo las estaciones de Guanajay, Mariel, Candelaria, San Cristóbal y Artemisa albergan a 60 000 personas hambrientas y sin hogar, y el número de aquellos que han encontrado la muerte, según los más conservadores de esta colosal masacre autorizada, se estima que llegue a 10 000, desde principios de este año.

Rafaela demostró toda su fuerza y firmeza de carácter, hasta que el ánimo y la disposición se le escabulleron y nunca más logró recuperarse. Los hombres de la familia se habían dedicado siempre a la transportación de mercancías en las carretas que transitaban los caminos de polvo y lodo, arrastradas por la cadencia paciente y esforzada de los bueyes. Cada uno de sus hijos tenía su propia carreta y juntos, recorrían el barro y la arena de los senderos entre matorrales y riesgos, en temporada de lluvia y de seca.

En plena contienda de 1895, un oficial de la Corona decidió que ellos estaban obligados a llevar los suministros del Ejército Español de uno a otro lugar en la zona, y como Quintín, uno de los hijos de Rafaela, se resistió y logró escapar cortándole los tendones a los animales, el Coronel detuvo a sus otros dos hermanos: Nieves y Francisco, a quienes la osadía de Rafaela sacó del encierro casi al instante.

Aquel atardecer, el puesto español fue sacudido como por un temporal. La madre llegó con un estruendo de mil demonios que amilanó al militar, invadido de pronto por los temores de la reclamación que la mujer vociferaba a los cuatro vientos, si no ponía en libertad en un suspiro a sus hijos. Ella pudo vencer la arbitrariedad en aquella escaramuza fugaz, pero poco después no se sobrepuso a la tristeza y el desamparo aterradores que la política despiadada de Weyler sembró en el destino de aquellos parajes, de los vecinos y de toda la gente que, diezmada, erraba perdida en su propia tierra. El color cetrino fue invadiendo los rostros y secando las miradas de los inocentes que deambulaban con la esperanza de conjurar el abismo y el dolor. Al morir, Rafaela tal vez ya no recordaba nada, ni siquiera la resonancia de fulgores que el nombre de Candelaria, el lugar donde nació, despertaba al mencionarse.

Francisco Hipólito Ruz Acosta, el esposo, se reconocía descendiente de unos gaditanos establecidos en San Juan y Martínez, otra pequeña ciudad pinareña, en el camino de Vuelta Abajo. La ascendencia de Francisco Hipólito, pertenecía a la memoria familiar, lo aseveraban los padres de los hijos y los hijos de los hijos, en una historia de recuerdos de Cádiz, que aludía a la vocación de comercio, al espíritu marinero de la urbe y a los sudores que los

cuerpos transpiraban durante los días más cálidos, en la ciudad andaluza asomada al Atlántico.

Desde su casamiento con Francisco Ruz Vázquez, hijo menor del matrimonio de Francisco y Rafaela, doña Dominga, cuya estirpe era menuda, firme y devota, apenas podía asistir a misa ni rezar sus oraciones ante el altar mayor, porque la finca quedaba lejos de la iglesia de Guane, de modo que debió conformarse con asistir los días en que iba a bautizar a sus hijos y con llenar la casa de estampas de papel para encenderles sus luces al Corazón de Jesús y a otras imágenes de santos.

Apasionada en sus creencias, sabía de memoria las oraciones y guardaba como una verdadera reliquia la *Santa Biblia*. Llevaba su religión con una pasión intimista y fervorosa que la hincaba de rodillas ante el pequeño altar, esquinado en un rincón de la casa, donde no faltaba nunca una orquídea. Doña Dominga empezaba el día con su «Creo en Dios Padre todopoderoso, / Creador del cielo y de la tierra. / Y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor (...) Amén». Al persignarse, llevaba su crucifijo a los labios. Luego continuaba largo rato absorta frente a las imágenes, rodeada de los niños a quienes hacía repetir sus palabras y respetar la solemnidad del momento con premoniciones de tragedia y castigo.

A falta de un parque en el pueblo, el andén resultaba el paseo preferido de los pequeños, allí veían la llegada de los trenes y adivinaban por los pitazos, la cercanía de las locomotoras traqueteantes y ruidosas, que irrumpían en la quietud de Guane desde 1898, cuando la Compañía de Ferrocarriles del Oeste extendió, de tramo en tramo y avanzando con lentitud por toda la provincia hasta esos confines, las líneas de hierro.

Poco antes de subir al tren, Lina, sentada en uno de aquellos portentosos bancos de madera de caoba alistados uno tras otro en la sala, se alisaba el vestido de algodón y sonreía al recordar lo que su madre le susurrara al oído al comprarle la tela a los viajantes: «es un paño de los dioses». Por su suavidad y transparencia fina, resultaba muy apropiado para vestirse en medio de los tórridos calores de la Isla.

En la casa, y a pesar de no ser como el algodón, sino más calurosa, preferían también la muselina, que empleaban para las blusas por su apariencia delicada y los predominantes tonos pastel en las disponibilidades del comerciante. De las mil cosas que los vendedores extendían ante sus ojos al abrir sus maletas repletas de mercaderías, Lina se maravillaba con las puntas bordadas y los alfileres de cabecitas perladas. Sus hermanas, primas y amigas, sin embargo, ponían con avidez sus ojos en las cintas de seda, los pendientes, los perfumes, los potes nacarados con polvos de arroz y las sayuelas de satén. Las compras eran una fiesta inusual porque los comerciantes de los caminos pasaban por Las Catalinas de tiempo en tiempo, y en el pueblo no abundaban aquellos primores que causaban revuelo entre las niñas de la pequeña escuela rural, donde se enseñaba con insuficiencia, y Lina aprendió a leer y escribir a duras penas.

Ella evocaba la Casa de Dios siempre silenciosa y en paz, como un campo santo. Allí las horas pasaban lentas y cualquier ceremonia demoraba una eternidad. En la estación ferroviaria, en cambio, las horas transcurrían apresuradas y palpitantes; la gente entraba y salía, reclamaba boletos en la ventanilla del expedidor, preguntaba los horarios y los rumbos de los trenes, despedía a sus familiares o leía periódicos, sin prestar atención a los

perros vagabundos o a los miserables en el portón de la entrada.

En su mundo de la niñez más temprana, Lina solo se impresionaba ante el viejo tinajón de la abuela. El barro siempre húmedo mantenía el agua fresca, y ella, mientras comía tamarindos, apoyaba la espalda a la frialdad de la tinaja. No había nada como aquel recipiente de boca estrecha y barriga ancha, tan antiguo y cuidado.

El día de sus asombros en la estación ferroviaria, observaba el ambiente a su alrededor con expresión desconcertada. Su mirada inquieta permanecía suspendida en las horas de exaltación ante el viaje y lo desconocido. Un grupo de mujeres lavaba las paredes enlodadas por la última crecida del Cuyaguaje, que cada cierto tiempo se desbordaba. El calentamiento plomizo del medio día terminaba por secar los muros que después alguien embadurnaría con brochazos de cal. Lina pensaba con tristeza que quizás nunca más volvería a Las Catalinas de su niñez. El polvo que la carreta de su padre alzaba, flotaba y giraba en sus recuerdos, disipaba los vestigios de techos y empalizadas en el horizonte.

Unos años antes, Las Catalinas, tenía el ánimo y la prestancia floreciente de las localidades que lograban, a pesar de las adversidades, prosperar. Surgió tras los años duros de la guerra, en el 1900, junto al embarcadero del río Cuyaguaje, por donde arribaban los barcos cargados de mercancías que transportarían después los convoyes hacia el interior de la provincia o hasta la Bahía de Guadiana, para luego cargar sus espacios vacíos con tabaco, en un espléndido trasiego de economías y futuro. Las casas se agruparon en torno al promisorio destino y a las ansiedades de progreso. Sin embargo, la buena fortuna no le acompañó un largo período, porque en 1910 los

vientos huracanados del ciclón de los cinco días con sus cinco noches, inundaron todos los terrenos, sumergieron en la nada setecientas almas, y arrastraron las reses de los rebaños, los arados y las carretas, entre el 13 y el 17 de octubre, el mes de las ventiscas y las lluvias torrenciales, temido por los habitantes de toda la Isla.

Los aires violentos del ciclón se llevaron la ilusión de la prosperidad. El río dejó de ser navegable, y los barcos no pudieron adentrarse nunca más hasta allí. Las carretas perdieron su rumbo hasta la Bahía de Guadiana, el puerto más al oeste, en la costa norte, adonde se encaminaban los mercadeos, y no quedó otro remedio que hundirse en la miseria o partir. Antes de la decisión definitiva, vivieron y probaron suerte por un breve período en El Cayuco, un lugar mucho más remoto que Las Catalinas, en una zona de explotación forestal, pero tampoco allí las cosas prosperaron y no quedó otra salida que esperanzarse con las ofertas de los contratistas recién llegados de Camagüey y Oriente. El recuerdo de El Cayuco, aquel lugar recóndito entre florestas, era tan vago que llegaba a ser casi inexistente en la memoria de Lina.

Era la primera vez que emprendían la marcha con la intención de no volver. Por eso iban todos hasta el recién nacido Alejandro, que no dejaba de llorar en medio de tanto ajeteo. No hubo tiempo siquiera para inscribirlo en la parroquia, lo que Francisco y Dominga harían después. De los niños, solo Alejandro acompañaba a Lina en el desvelo. Ella compartía el asiento con su padre, quien llevaba ropa dominguera y al adormecerse, el sombrero, que sostenía entre las manos, rodaba al suelo una y otra vez. Lina se lo recogía sin que él lo percibiera.

Panchita, la hermana mayor, descansaba plácidamente, quizás como nunca antes lo había hecho. En la casa, todos

desistían de acompañarla en sus insomnios reiterados con la luz de la chismosa encendida hasta muy tarde, tanto, que a veces amanecía asomada a la ventana o deambulando como un fantasma por el patio y ahora, sin embargo, dormía en medio del traqueteo y el calor infernal. Más tarde, en la parada del almuerzo, Panchita despertó y grabó en su memoria aquella escala en Santa Clara para después seguir sin paradas hasta Tana, en el Camagüey, donde cifraban las esperanzas de una vida más holgada y cómoda, según las promesas de empleo y casa.

Panchito, Antonia y Enrique ocupaban el asiento de enfrente, recostados uno sobre otro y bañados en sudor por el recalentamiento del sol sobre el techo metálico del tren. Doña Dominga consolaba a Alejandro, agotada de luchar contra la pereza de las horas y la incertidumbre.

Lina permaneció en su puesto atenta a todos los detalles: la casilla de la correspondencia cerraba la fila de vagones, un hombre no pagó su pasaje y lo iban a bajar sin falta en medio del camino, en la próxima casa habitada... ¡poco le faltaba para llorar al pobre! En el fondo del vagón, viajaba una muchacha de ojos azules y piel muy blanca, con un sombrero de pana y ropa tan calurosa que le enrojecía el semblante. Con bastante dificultad y evidente acento extranjero, pronunció algunas palabras en español al entregar el ticket. El conductor, chequeó su boletín y comentó con otro pasajero:

—Se trata de una joven noruega... desea reunirse con su familia en Oriente, donde los padres se han establecido para plantar naranjales.

—Quienquiera que sea, que Dios la acompañe —dijo su interlocutor y sonrieron.

Al otro lado del pasillo, una mujer escuchaba con expresión incrédula a un joven sentado a su lado por

casualidades del destino. El campesino gesticulaba excesivamente y hablaba de ríos fugados hacia atrás, troncos torcidos, animales muertos y gente desaparecida en el viento de las lluvias por todo Pinar del Río. La culpa era del cometa Halley, «una luz fulminante en el cielo que había traído juntas todas las desgracias».

La mujer no había hecho hasta el momento ningún comentario. Vestía con la sobriedad de una institutriz y su carácter parecía ser demasiado frío e inflexible. De pronto se volvió hacia el joven y le dijo:

—¿Quién va a creerle a usted esos cuentos de camino?

Lina no pudo aguantarse y recordando el ciclón expresó:

—¡Si será verdad, yo vi las lechuzas cerca de la casa la noche antes, y oí que aullaban los perros...!

Doña Dominga la interrumpió, visiblemente molesta:

—Mire que usted es atrevida. Cállese la boca. Los muchachos hablan cuando las gallinas mean.

La niña bajó la cabeza y por su mente pasó al instante el temporal de los cinco días, cuando muchos comenzaron a tener miedo: afuera el viento silbaba aterrador, los pájaros morían sin levantar el vuelo, las cobijas de guano se perdían en el infinito de las nubes, caían con estrépito las paredes de las casas, la humedad invadía los cuerpos y calaba los huesos de la gente, las vegas de tabaco parecían ciudades sumergidas, los cadáveres flotaban como promontorios y el dolor iba invadiendo familias y parajes.

La niña guardó silencio y prestó atención al paisaje más allá del cristal polvoriento de la ventanilla. Primero intentó limpiarlo con un pañuelo y después con su propia respiración hasta que se dio cuenta que estaba empañado por fuera y no lo podía remediar. Se conformó con la visión nublada del tiempo y de las cosas. El tren se detenía en las estaciones de pueblos olvidados, decía

adiós a los bohíos distantes y solitarios, a un lado y otro de la vía de raíles de hierro y troncos de ácana, pasaba por el lado de una cuadrilla de obreros cansados, cruzaba puentes y al mediodía llegó a Santa Clara, la ciudad que Pan-chita nunca olvidaría. Allí almorzaron para después seguir hacia Tana, en Camagüey.

El camino de Santa Clara a Camagüey y de allí hasta Santiago de Cuba, lo controlaba otra empresa. La Compañía de los Ferrocarriles Consolidados había concluido la línea central, entre 1900 y 1902. William Van Horne, audaz hombre de negocios y constructor del Canadian Pacific –Ferrocarril Interoceánico de Canadá–, promotor de la iniciativa para sacar de su incomunicación vastas porciones de los territorios de Camagüey y Oriente, previó la fundación de nuevos centrales azucareros. Van Horne realizó sus proyectos en solo dieciocho meses, apoyado por el gobierno de ocupación militar norteamericano, interesado en apoderarse de Cuba.

En Tana descendieron del tren porque había empleo en la zafra azucarera. El contratista que los esperaba, les indicó el sendero hasta la pequeña casa donde iban a vivir. Los proveedores de fuerza de trabajo veían en Camagüey y Oriente la tierra de la promisión, y restaban posibilidades a occidente, mucho más después de la ruina casi generalizada de los cosecheros de tabaco, tras el ciclón de 1910 en Pinar del Río.

A pesar de sus esfuerzos descomunales, durante los años de 1912 y 1913, de nada le valió a don Pancho afanarse por su familia, los recursos seguían escasos y no veía la hora bendita de la prosperidad. La entrada de braceros haitianos y jamaicanos complicaba la situación,

porque ellos aceptaban bajos salarios y los cubanos terminaban desplazados si no se resignaban a los pagos de miseria.

Con la epidemia de paludismo en Tana decidió trasladarse de una vez para Ignacio, donde quizás podría mejorar. Pero tampoco allí cambió su suerte y se marchó con toda la familia a Hatuey, otro pueblo de casas alineadas bajo la simetría de los tejados y las propuestas de los contratistas. La alegría por los nacimientos de María Julia y María Isabel, al igual que el de Alejandro en El Cayuco, compensaron la pena de andar sin rumbo ni esperanzas. A las niñas las inscribieron en la Parroquia de Sibanicú con la melodía usual de los nombres compuestos. Los calígrafos apuntaron los datos en los libros de bautismos de blancos con la letra cursiva desparramada, con la formalidad y la rutina acostumbradas. Allí, en el pequeño poblado de Hatuey, las hijas mayores de la familia serían ejemplo por su buena educación y sus hábitos correctos.

Todo ese tiempo don Pancho tiró caña con yuntas de bueyes. A veces se fatigaba tanto que el cielo se le cerraba en los ojos, los oídos le zumbaban y el estómago quedaba suspendido en el vacío de las angustias y náuseas sin conseguir alivio a sus desdichas económicas. Mientras, doña Dominga y las niñas mayores dejaban impecables las sábanas, los pantalones de montar, las camisas de trabajo y los trajes ajenos. La madre terminaba la faena con las piernas hinchadas y los huesos adoloridos de estarse horas y horas frente al anafe para calentar todas sus planchas; limpiarlas y luego pasarles un paño con sebo de modo que no se pegaran a las ropas y quedaran brillantes las telas almidonadas. Lina no sabía el porqué, pero un día cargaron todos sus bártulos y se fueron a las nuevas plantaciones de caña

de azúcar, donde su padre y su tío Perfecto Ruz Vázquez, comenzaron a trabajar con don Ángel Castro Argiz, un español propietario de una fonda y algunas fincas por la zona de Birán, en Oriente.

Lina miró por entre las rendijas de las tablas de palma con la exaltación propia de quien ve venir los peligros y se dispone a enfrentarlos con temeridad pasmosa.

En la familia la creían capaz de cualquier cosa porque con sus catorce años no se le descubría el miedo. Su cuerpo flexible y su mirada de niña no denotaban su entereza de carácter, su vocación de audacias.

—Esta muchacha, cará, si parece que tiene la fuerza de un rabo de nube, —decía el padre mientras fumaba tabaco, un domingo de 1917 por la mañana, cuando acababan de pasar por allí los alzados de La Chambelona con amenazas de arrasarlo todo. La gente llamaba así al movimiento levantisco, por recordarles cierta conga de igual nombre, cantada por los liberales en sus mítines políticos. En las elecciones de La Habana, ante las grandes sumas de dinero gastadas por el candidato conservador, era usual el siguiente coro: «Aspiazo me dio botella y yo voté por Varona, aé, aé, aé, La Chambelona...»

Ella había permanecido serena, imperturbable, y sorprendió a todos con su temeridad.

Llevaban algún tiempo viviendo en las tierras de don Ángel Castro cuando aquello ocurrió. Primero, se alojaron en los bajos de la casa grande cuando aún se levantaban paredes y afincaban pilotes, luego, un poco más lejos. El propietario les propuso regresar a Guaro Tres por un breve período, porque las cosas se habían complicado y era preferible evitar males. Lo

mismo pasaba un bando que otro con los ánimos violentos, encendidos.

En el pueblo, la gente comentaba que don Ángel era un hombre valiente, con ascendencia en ambos partidos, lo cual le permitió evitar el enfrentamiento inminente en las cercanías del cementerio de Guaro. Nadie sabía si era cierto, pero también le atribuían una frase lapidaria: «No podía dejar que esos hombres se mataran.»

Él, en voz baja y con una sonrisa de ironía, confesaba a sus allegados que tenía salvoconductos de ambas partes, cartas de presentación de uno y otro lado, que le permitían trasladarse sin preocupaciones.

Quienes lo escuchaban lo advertían y le aconsejaban cuidado, sorprendidos de su atrevimiento.

Por las conversaciones de los mayores de la casa, Lina admiraba a don Ángel. Lo respetaba con una devoción casi religiosa. Cuando lo contemplaba de lejos, sentía una sensación extraña, inquietante y alegre a la vez. Ella era una joven de diecinueve años y él era un hombre maduro con ímpetus juveniles, a quien los paisanos ponderaban por su rectitud de eucalipto y su callada bondad.

Las jóvenes del lugar lo reconocían atractivo con su estampa imponente, vestido de traje y con sombrero de fieltro, montado en el caballo. La aureola de hacendado generoso propiciaba las cercanías. Todos iban a verlo porque escuchaba siempre y no era difícil hablarle donde fuera, a mitad del camino, en la oficina o en el portal de la casa. La espesura de las cejas negras ungían de fuerza la mirada clara. Ellas murmuraban sobre su soledad y le sonreían al saludar. Lina no. No podía explicarlo. Era un sentimiento

nuevo, la aturdía sin saber qué hacer en su presencia. Verlo le dejaba un alborozo galopante en el pecho, que se le salía por los poros y le costaba disimular. A ratos hacía entregas en la casona pero siempre intentaba no dejarse ver desde las habitaciones y los corredores para no encontrarse con él.

Don Ángel Castro Argiz no había reparado en ella. La conocía ¿cómo no?, desde que era casi una niña, pero no había percibido el cambio hasta el amanecer aquel, cuando aspiró de cerca su aroma a madera y reparó en la turgencia leve de los senos y en el contorno delicado de las caderas que la blusa y la falda anchas ocultaban.

Si don Ángel representaba la autoridad severa y la humanidad personificadas, Lina era el vendaval, el genio y la energía. En silencio, el gallego escuchaba a don Pancho hablar de la muchacha con orgullo, como ejemplo evidente de la valía de su estirpe. La joven montaba con destreza, dominaba los caballos de mejores condiciones. La gente la buscaba para curarse las heridas o los malestares y ella siempre ayudaba dispuesta sin que le temblaran las manos. Era decidida y solo conocía la timidez y la zozobra en asuntos de amor.

Para llevarse a la muchacha, desplegó todas sus ternuras, insistió sin desesperar, recurrió a los misterios de la fascinación, ideó sorpresas, enfrentó los prejuicios y rumores, demostró su filantropía, la acarició con una suavidad inimaginable en aquellas manos ásperas y la condujo por entre el gorjeo susurrante de los tomeguines y los zorzales que tejían el nido en los vericuetos y entrepaños de la escalera hacia el atillo, donde se amaron por primera vez una noche de luna creciente, en el silencio de la casa de madera de pino.

Escenario

Durante mucho tiempo don Ángel se dedicó, como contratista de la United Fruit Company, a sacar de las montañas todos los colmenares con abejas de España en cajas de palos huecos a como diera lugar; pero desde que las fincas, Manacas, La Española, María, Las Palmas y Rizo le pertenecían, tenía el firme propósito de fomentarlos en su propiedad, porque siempre harían falta en aquel sitio aislado del mundo, la cera para las velas y la miel para endulzar el café o mezclar con el ron o el aguardiente, un preparado que los cubanos veteranos de la guerra de independencia, vecinos de por allí, reconocían como el mejor remedio para los constipados y las fiebres, en temporada de lluvias.

Manacas era su posesión más antigua. La adquirió por refundición de dos lotes de terreno, que «los hubo por compra hecha a don Alfredo García Cedeño», según escritura otorgada ante el notario de Holguín doctor Pedro Talavera Céspedes, el 22 de noviembre de 1915. Allí levantó su ilusión y las edificaciones con el mismo estilo *balloon frame* que tenían los poblados cercanos: el almacén de víveres y ropas, la fonda para los trabajadores, el barracón para los cortadores de caña y la casa principal, justo al

borde del Camino Real a Cuba, poco tiempo atrás, la única vía de comunicación hacia el sur.

Las carretas cubrían el viaje por etapas, desde Mayarí, con una parada para hacer noche en el barrio de Birán, pasando por Palmarito y San Luis hasta llegar a Santiago, la escarpada ciudad, fundada por el conquistador Diego Velázquez en 1515, junto a la desembocadura del río Parada, en una bahía de bolsa, en la costa sur del país.

Don Ángel Castro compró las dos caballerías de La Española a don Genaro Gómez y Vilar en 1917 y, en octubre de 1918, la finca María, con otras treinta caballerías de tierra, a don Aurelio Hevia Alcalde y a Demetrio Castillo Duany, veteranos de la guerra independentista, quienes vivían en espaciosas mansiones del Vedado en La Habana, lejos de todos los terrenos conseguidos a muy bajo precio durante la ocupación militar de la Isla, a comienzos del siglo XX, desde sus convenientes y ponderables posiciones en la sección de Estado y en el gobierno civil de la provincia de Oriente en Santiago de Cuba.

En noviembre de 1918, don Ángel adquirió la finca Las Palmas del señor Herbert W. Thonson, y por último, a mediados de 1919, poco más de una caballería a Sixto Rizo Nora. Fue don José Reyes Hernández, por muy breve tiempo dueño de la propiedad, quien oficializó la refundición de las fincas en una sola, bajo el título de la propiedad más antigua y preciada: Manacas; por Escritura No. 46, firmada ante el Notario de Mayarí doctor Mariano Dou Pullés, el 1.º de julio de 1922. La descripción de la propiedad perfilaba la finca en los siguientes términos:

«Finca Rústica Manacas», en el Barrio de Birán. Capacidad: -65 caballerías de tierra y 664 milésimas de otra. Lindero: -Norte: Finca «Sojo» de la que está

separada por una faja de 5 varas de ancho; Sur: Finca «Sabanilla» de los Señores Aurelio Hevia y Demetrio Castillo Duany y con el Señor Emiliano Dumois, de la que está separada por el Callejón Dumois, denominado antes Alto Cedro; Este: con resto de la Finca «Sabanilla», y Oeste: Finca «Hato del Medio», de la que esta separada por una faja de 5 varas de ancho por 22 metros 80 centímetros de largo, pertenecientes a los Señores Hevia y Castillo Duany.

Se decía que Thonson y don Ángel habían decidido hacerse hacendados a la vez. El norteamericano pronto desistió de sus afanes y se marchó lejos sin que nunca llegara a conocerse nada más sobre su paradero. La gente afirmaba que habían aparecido en su memoria, los fantasmas familiares, que lo llamaban una y otra vez para que regresara de aquellos parajes del trópico, la manigua, los azares y las desventuras alucinantes, a las frías, nevadas y consistentes propiedades de sus antepasados, pero esas afirmaciones no pasaban de ser pura imaginación, fábulas de noches largas y cuentos de camino.

Cuando la claridad era opalina, los hombres de Birán aseguraban que por Las Palmas el día parecía noche de tan tupidos que eran los palmares y que don Ángel Castro los protegía con la misma devoción con que plantaba cedrales, o madrugaba para repartir el desayuno a los peones al pie del trabajo, en los potreros, los corrales o las colonias de caña. Le apasionaban los cedros, disfrutaba su altura y las sombras bajo su copa redondeada y densa. La corteza le recordaba las láminas finas de madera con las que se alfombraban de fragancia las cajas de puros habanos, y los preparados medicinales con trocitos de árbol y hojas maceradas. A don Ángel le gustaba montar

caballos buenos, adquirir los mejores gallos jerezanos que entraban a la isla por el puerto de Santiago de Cuba, y mantener limpios los campos de caña bajo su jurisdicción. Sus aficiones no eran desmedidas, jugaba a las cartas cuando era joven pero después hizo un juramento a Dios por qué razones y las abandonó definitivamente. También leía mucho y en los oscureceres en Birán, siempre jugaba partidas de dominó con sus paisanos.

Los Rodríguez, García, Gómez, Silveira, Gallo, Guevara, Rizo, López y Martínez, se contaban entre sus empleados, casi todos ellos pertenecían a familias cubanas insurrectas, empobrecidas después de tres años de guerra contra el despotismo español, a quienes no les quedó para legar a sus hijos más que la hidalguía de la honradez, la limpieza de sus ropas y la cobija de guano de sus bohíos, abiertos de par en par a la indulgencia y la hospitalidad por muy modestas que fueran sus condiciones. La gente del país sufría muchas calamidades, sin felicidad y sin fortuna.

Algunos inmigrantes españoles, llegados de la península con la eterna ansiedad de los buscadores de fortuna, fundaron allí una cofradía para los recuerdos, las discusiones, y la compañía durante los insomnios más largos, en las noches despejadas. Entre ellos se encontraban sus primos Manuel y Ramón Argiz, y los amigos: César Álvarez, Manuel García, Nono Cid, Pedro Lago Vázquez y José Soto Vilariño.

A los haitianos y jamaicanos los traía la Nipe Bay Company y ellos se escapaban de allí, para asentarse donde don Ángel. Entre la memoria y el olvido, pronunciaban las palabras de su pasado, lejano como una goleta que los llevaba de regreso a los orígenes, mientras cargaban agua en cántaros y encendían mecheros de pálidos y temblorosos

destellos, cuya humareda espantaba los malos espíritus, el frío o la inobjetable soledad del desamparo.

En enero de 1913, se abrieron las puertas del país a la inmigración antillana, por un decreto presidencial que autorizó a la compañía Nipe Bay Company para traer mil trabajadores con destino al central Preston, sin embargo, desde hacía años, la contratación ilegal y la entrada clandestina de haitianos, tenían lugar en Oriente.

El griego Constantino se dedicaba a esos menesteres con la evidente complacencia de las autoridades. El dueño de la goleta *Atlantic* también participaba de los jugosos dividendos que proporcionaban el reclutamiento y cesión de braceros de Jamaica y Haití.

Aquellos hombres jóvenes dejaban atrás sus familias, Saint Domingue, Cap Haitien o Kingston, arriesgaban el pellejo por irse a las plantaciones de la Isla Grande, e iniciaban sin saberlo, con la ingenuidad de los adolescentes, una vida de pesadilla perdurable y densa como los fardos de un arria que avanza entre los trillos y barrancos de una montaña empinada sin final hacia el cielo.

Nadie podía imaginar entonces hasta qué punto llegarían las cosas. En un telegrama del señor E. Turner, miembro de la colonia jamaicana de residentes en el central Miranda y sus alrededores, podía leerse: «Súbdito inglés Oscar Taylor, de Jamaica, fue paleado y mortalmente herido por arma de fuego, por Guardia Gorit... (punto); –Súbditos ingleses este Central piden justicia (punto) Sírvase actuar enseguida.»

El señor E. Brice, cónsul de su majestad británica, puso en conocimiento del Gobierno Provincial de Oriente, los hechos para «los efectos que estime convenientes, no dudando que los súbditos de S.M.B., recibirán como siempre, la mayor protección de las autoridades en esta provincia».

El escándalo fue solo eso, y la mejor prueba de que la situación de los antillanos permaneció inalterable fue la comunicación del encargado de negocios de Haití en La Habana, que un año o dos después de aquella tragedia participaba:

a este Gobierno que había sido designado el Sr. Antoine Ferrer, como delegado de Haití con el propósito de que se dirigiera a los centrales Preston, Cayo Mambí y Miranda, a fin de observar si cumplen dichos centrales los compromisos referentes al trato que se les da a los inmigrantes haitianos (...)

Esa embajada tampoco dio resultados visibles y la mayoría de los infortunados corrió la misma suerte de la desesperanza.

Por ese camino de penurias llegaron al Birán de don Ángel Castro: Vicente Poll, Comparal, Luis Martínez, Pablo, José María, Mulo, Serrucho, Luis Cilón, Pití, Castillo, Eduardo Benjamín y tantos otros. Como en cualquier parte, trabajaban sin descanso y vivían sin familia, muchos compartían una misma mujer de dientes carcomidos, piel mustia y fiereza en la mirada, mientras deshacían u olvidaban el amor en chozas con piso de tierra y paredes de guano de palma, renegridas por el tizne de las farolas de kerosene, que se encendían durante la penumbra de los zarzales y las nubes. Su vida era igualmente dura en Birán, sufrida y abnegada, pero también diferente. El propietario les ofrecía su consideración respetuosa y se compadecía de ellos. Podían verlo y hablarle sin temores, sin que importara el sudor de la camisa gastada o el fango en las alpargatas. Siempre tenía labor para ellos, accedía a sus peticiones y los amparaba de los excesos violentos de la guardia rural o los

vaivenes del tiempo de hacer o no, los azúcares en las fábricas de la United Fruit Company, el emporio norteamericano dominante en las inmediaciones de la Bahía de Nipe, con ciento treinta mil hectáreas de tierra dedicadas a plantaciones cañeras, algunas arrendadas, que limitaban las tierras del activo inmigrante español, de indudables dotes organizativas y suficiente carácter como para disponer, para asumir la dirección de una empresa y hacerla prosperar con éxito.

Se decía que don Ángel había logrado refrenar el forrajeo impúdico de la empresa norteamericana. La United Fruit Company acostumbraba no solo a la despiadada explotación de los braceros, sino también a las expropiaciones forzosas de campesinos, al usufructo de tierras ajenas y a los desplazamientos subrepticios de linderos, que le valieron siempre una execrable reputación entre los trabajadores y sindicatos, y otra, de incontestables poderío e influencia entre hacendados, leguleyos, políticos y militares.

El batey había ido poblándose copiosamente y apenas quedaba el recuerdo del rancho desolado de la familia Astorga, vecina de allí, en época anterior al asentamiento de don Ángel, cuando en las veinte caballerías de Manacas, solo vivían cuarenta y cinco personas en casas de guano muy distantes. Según la memoria de doña Giralda y Juan Martínez, vecinos del lugar desde finales del siglo XIX, don Ángel, después de comprarlas a los dueños, tuvo que pagar otra vez las tierras a los campesinos asentados en aquellos lugares perdidos de Dios: Genaro, Monterroso, Astorga, Quintana, López, Gallo, y otros, cuyos apellidos dieron nombre a muchos potreros de la finca.

La finca se encontraba situada en Birán, un barrio perteneciente al término municipal de Mayarí, cuyos límites habían sido fijados el 14 de septiembre de 1912, según lo

dispuesto por el Ayuntamiento en 1908. Debía su nombre a un vocablo de origen aruaco; tal como Baní, Barajagua y Bitirí, entre otros, en la misma región. Contaba con los caseríos de Birán, Manacas, Colorado, Sabanilla y Sao Corona. Tenía colegio electoral en la Escuela Pública Mixta No. 15, una estación telegráfica sin servicio de correo, tres colmenares con cuatrocientas y tantas colmenas de abejas de España en cajas de palos huecos, minas sin explotar en La Juliana, Cedro, Guaro y Nipe –concesiones de la Spanish American Iron Co.–, montes vírgenes y unas pocas caballerías de tierra cultivada.

El ferrocarril particular de la Nipe Bay Company recorría cuatro kilómetros dentro del barrio, el puesto de la guardia rural estaba en Guaro, distante a unos veinte kilómetros, y un poco más cercano, a doce kilómetros, el paradero de la Cuban Rail Road Company, en Alto Cedro.

El 19 de febrero de 1913, poco antes de que don Ángel decidiera comprar terrenos en el paisaje cercano a los pinares, el alcalde era Eulogio Vega y el suplente, Amado Mendoza.

Sin levantar la vista, el fotógrafo colocó su equipaje en el terreno rocoso y polvoriento y buscó la manera de apoyar en el suelo irregular el trípode de la cámara fotográfica. Apresurado, desmontaba de la carreta todas sus pertenencias, porque ya se habían secado los goterones de rocío en las hojas de los árboles y el sol empezaba a fustigar a los viajeros, poco acostumbrados como él a la largura de los caminos del campo.

Mientras se sacudía el polvo de los pantalones, alzaba la mirada pensando que en ningún otro lugar captaría las imágenes rústicas, abigarradas y discretamente elegantes que

contemplaba en ese instante. Terminaba el mes de diciembre de 1922 y a mitad de esa mañana, el bullicio traía las voces españolas, cubanas, haitianas y jamaicanas confundidas con la brisa de las montañas. Eran seis las casas de madera y zinc, levantadas en el estilo *balloon frame* de techos a cuatro aguas y corredores alrededor de las viviendas, circundadas en torbellino, por las acequias que bordeaban los tejados, invadidos de campanillas moradas y blancas, silvestres, inquietas y danzarinas en el aire de las tardes.

Don Ángel Castro, vestido con traje blanco de dril cien y un revólver de dieciocho tiros a la cintura, se presentó con un aspecto patriarcal. Eran imponentes su prestancia y autoridad. La gente lo saludaba y él respondía levantando el sombrero de fieltro con sus dedos larguísimos y huesudos, que contrastaban con su figura corpulenta. Su aire era capaz de refrenar los embates de los bandoleros refugiados en los maniguales y las cuevas del lomerío.

Lina, su mujer, se perfilaba esbelta a pesar de sus casi seis meses de gravidez. Llevaba un vestido malva de talla largo, falda a media pierna, con un fajín en la parte más ancha del cuerpo. Tenía puestos zapatos de horma ancha, punta redondeada y tacón semibajo, su estatura apenas se alteraba. Como las estrellas del cinematógrafo que imponían la moda en los ambientes de la capital, llevaba el pelo en una melena breve y ondulada. Parecía como si se alimentara de pétalos de flores para conservar la delgadez, que en ella era tan natural como la intrepidez en asumir los atrevimientos de la época. Manejaba el ruidoso coche de cranque y pedales de la finca y resultaba una verdadera atracción el pasar del coche resoplando en la celeridad de su carrera con sus bocinazos que espantaban a los perros, los pájaros y las mariposas.

Asentada sobre horcones de caguairán, algunos más altos que un hombre, la casa principal parecía un roble que daba sombra y vida a todo cuanto la rodeaba: el almacén de víveres y ropas, la valla de gallos, la fonda, la escuela pública y los barracones de los cortadores de caña.

—¿Sabe qué no me explico? —preguntó el fotógrafo a don Ángel. ¿Cómo es que usted se estableció en un lugar tan apartado del mundo?

—En Birán nunca hay seca, siempre llueve —respondió sin dejar de observar el humo del tabaco mientras brindaba al artista una copa de coñac Pedro Domecq. El saborcillo a uvas y alcoholes añejados en las maderas de los barriles y en la alquimia poderosa del tiempo surtió sus efectos y la conversación se animó; versó durante un rato largo sobre los sabores, las fragancias, el color y la espuma de ola de las bebidas españolas.

El recién llegado no conocía mucho de otra cosa que no fuera su arte y toda su presencia daba esa impresión. Pulcramente vestido, con la sobriedad de un traje inglés, tenía el pelo engominado, el rostro bien rasurado y su anatomía descansaba en un bastón de madera, enhiesto y ligero, con empuñadura de plata. Se asombraba con las noticias de economía comentadas en su presencia y por momentos parecía que él no era de este mundo.

La finca prosperaba gracias a la dedicación de don Ángel y a su buena estrella, cuando se decidió a comprar los billetes con los que, en dos oportunidades, ganó el premio gordo de la lotería. El pasto de los potreros cubría cuarenta caballerías de tierra y las colonias de caña en producción, catorce. El ganado se reproducía bien y mejoraba la raza. Su rebaño tenía ochenta bueyes de trabajo, veintidós toros y noventa y cuatro novillos, noventa y ocho vacas, cuarenta y cuatro crías y cuarenta y siete novillas, siete

caballos, cinco yeguas y dos mulos de monta. Además, crecían en los corrales ciento cuarenta cerdos y quince carneros. Los guineos, las gallinas y los patos abundaban desperdigados por los matorrales.

—Con la crisis de los años veinte —explicaba don Ángel— solicité una moratoria para el pago a los acreedores.

Atrás habían quedado los días de bonanza que sobrevinieron para la venta del azúcar, tras el final de la Primera Guerra Mundial, conocidos por los diarios, los comerciantes, y hasta los pobres con los bolsillos vacíos, como «La Danza de los Millones».

No tuvo paz hasta solucionar los problemas, con lo cual evitó perderlo todo de una vez, como en uno de esos naufragios repentinos cuando un vapor transoceánico tropieza, en medio de una mañana soleada y serena, con un arrecife inesperado, y se va a pique sin importar para nada la calma o la belleza aparentes del día.

—A Dios gracias, el peligro mayor fue conjurado —exclamó don Ángel con alivio y sin poder prevenir los infortunios o depresiones, con una ingenuidad alentada por sus deseos.

Después del almuerzo y el café amargo de la sobremesa, el fotógrafo realizó su trabajo con la delicadeza propia de los artistas trashumantes. Buscó en la luz y las sombras de las habitaciones interiores, la auténtica expresión de los rostros y los ángulos más elegantes y armoniosos de la casa: los muebles de mimbre y respaldar alto, los atriles estilizados de antaño, y de fondo, como si fueran obras de una galería de arte, las paredes ribeteadas por cenefas de florestas, torcazas y aves reales.

Luego, cuando ya no castigaba tanto el sol del mediodía, don Ángel lo invitó a recorrer el paisaje.

—Ensíllame el caballo moro —solicitó a Julio Rodríguez, trabajador de Birán desde los inicios, cuando los terrenos llanos del batey aún no estaban sembrados de paraná y don Ángel Castro no había decidido, como ahora, trasladar los potreros hacia la zona alta y dejar el valle para el cultivo de la caña de azúcar.

—Ya usted ve —le dijo a su invitado—, aquí el terreno es muy fértil y crecen bien los cedros, los algarrobos, los cocos y las palmas. Por eso me gusta. Además, ¡esto se parece tanto al lugar donde nací...! —afirmó con una nostalgia que se prolongó en breves silencios durante el recorrido; un silencio que la timidez y la amabilidad del retratista respetaron sin palabras, sin frases innecesarias.

Lina observaba las fotografías, sentada en una comadrita en el corredor de la casa, regocijada por las estampas en sepia. No tenía costumbre de bordar ni de tejer. Su tiempo era todo de don Ángel, se esmeraba en su amor y sus atenciones, vivía para él. En el espacio reducido y acogedor de la oficina de su esposo, lo rasuraba y le mantenía el pelo según su costumbre, también le servía el almuerzo y la comida, lejos del bullicio grandilocuente del comedor a no ser en días de visita o grandes ocasiones, cuando don Ángel cumplía las formalidades de anfitrión. En los horarios de siesta mientras él reclinaba la cabeza, Lina lo observaba encandilada por la atracción que ejercía sobre ella, aquella presencia de cedro formidable de un hombre que alentaba pasiones y ternuras insospechadas. Cuando no estaban juntos, dedicaba sus energías a la administración de las instalaciones del batey y a otras faenas importantes para él.

Durante los días finales del embarazo, sin todas esas ocupaciones, soportaba a duras penas el tedio, sentía

pasar con lentitud las horas preguntándose si el fruto de sus amores sería hembra o varón, si heredaría la fortaleza de árbol de su padre. Por eso, mientras miraba las fotos, deseaba tener un buen parto y una criatura saludable para constituir una familia y verla crecer plena de dicha al lado de don Ángel. Sin saber por qué, esa tarde se retiró más temprano que de costumbre a descansar, toda la noche se sintió incómoda y estremecida, pero no dijo nada y se dispuso a salir al portal con el amanecer.

El día transcurría despacio, demasiado pausado para su deseo de que llegara el alumbramiento de una vez y por todas. Al oscurecer, sintió un flujo caliente y viscoso deslizándose por entre sus piernas.

Cuando Justina, la recogedora que vivía en El Jubal, confesó su escasa competencia para salvar a la madre y a la criatura, don Ángel, angustiado, envió por el doctor Strong, un norteamericano empleado en el hospital de la Altamira Sugar Co., del central Alto Cedro, en Marcané, en quien puso todas sus esperanzas. La congoja de don Ángel no tenía límites. En medio de su aflicción, pensaba en Lina como la única mujer capaz de despertarle aquel susurro de viento desbordado que habitaba en él al verla, rozarla, escucharla, amarla en la penumbra del altillo. Ella era su otro yo y no podía creer que en una circunstancia feliz como aquella, la muerte pudiera abrazarla. Vueltas y vueltas daba el sombrero entre sus manos temblorosas, cuando se sintieron pasos cortos, precipitados, y alguien asomó la cabeza por una de las entrepuertas y anunció que la madre y su pequeña hija estaban fuera de peligro.

El día 2 de abril de 1923, nació Ángela María Castro Ruz, en una de las habitaciones de la planta baja de la casa, envuelta en los vapores del agua hirviente de las palanganas y la suavidad pulcra de las toallas

blanquísimas, el olor a alcanfor, los temblores de Lina, los paseos apurados de la mujer que hacía la limpieza, la presencia circunspecta del médico y el revuelo del padre, pleno de alegrías después de tantas inquietudes y sobresaltos de espíritu.

La niña de ojos negros y labios finos como los de su madre, heredó el nombre de su padre, pesó catorce libras y la gente más vieja aseguraba que eso se debía a que Lina había tomado vino durante el embarazo; aunque otros lo atribuían a la leche recién ordeñada del desayuno antes del amanecer.

Tras el parto, Lina no permaneció en cama durante cuarenta días, ni cumplió el fastidio de no lavarse los cabellos, como se recomendaba entonces. Se incorporó pronto para alimentar a la recién nacida con una disposición que tendía a la luz y al aire, se esforzaba por olvidar los encierros, la quietud y el sereno retiro que solía aconsejar la costumbre. Doña Dominga recomendaba la sopa de gallina, la maltina, el cocimiento de bejuco de boniato y la horchata de ajonjolí para la abundancia de leche en los pechos.

Diecinueve meses después volvió a repetirse la historia con el nacimiento de un varón de trece libras a quien llamaron Ramón Eusebio, a la hora en punto de las siete de la mañana del día 14 de octubre de 1924.

La familia crecía y con ella la casa. La añoranza de don Ángel por las viviendas de Galicia lo llevaron a plantar una higuera cercana y a abrir espacios bajo el entablado del primer piso como refugio insólito para el ganado y las aves de corral, por el instinto de guardarlos de los soplos invernales de la península. Muchas veces repetía a quienes le preguntaban extrañados: «aquí también hay que abrigoarlos pero de los huracanes, los tornados, y las crecidas».

En esa época, la vivienda con una planta principal y el mirador en la segunda, un poco más pequeño que el resto de la casa, comenzó a extenderse por uno de sus lados. Se construyeron: la botica, el baño, la alacena, un comedor más espacioso que el anterior y la cocina. Por el otro lado también se alargó cuando levantaron el local de la oficina donde el asturiano César Álvarez llevaba meticulosamente las cuentas de la propiedad. La casa ganó en amplitud y comodidad y por el este, miraba a las montañas de los pinares. Todos esos cambios indicaban los aires de prosperidad que soplaban en Birán.

Ese mismo año de 1924, don Ángel viajó presuroso a la ciudad de Santiago de Cuba, para firmar el día 26 de abril, en compañía de su amigo don Fidel Pino Santos, en el bufete del doctor Ernesto Gavinet Horrunitiner, un contrato ventajoso de servidumbre de paso, molienda de caña y refacción agrícola, recogido en la Escritura No. 382, y establecido con el señor Rogelio de Armas y Herrera, apoderado sustituto de la Warner Sugar Corporation, una sociedad anónima constituida y domiciliada en Nueva Jersey, en los Estados Unidos, según constaba en la escritura de sustitución de poder otorgada por el señor Arthur L. D. Warner que le transmitía facultades bastantes para el otorgamiento.

La Warner Sugar Corporation era propietaria de la finca central Miranda, a unos veintisiete kilómetros de Birán. La descripción de la propiedad refería:

Finca Central Miranda, ingenio de fabricar azúcar, situada en el antiguo cuartón, hoy barrio de Cauto Abajo, Término Municipal de Palma Soriano, con sus edificios, maquinarias y demás anexidades, y su área de trescientas setenta y una caballerías de tierra

y ochenta y cinco centésimas de otras, equivalentes a cuatro mil novecientas noventa hectáreas, treinta áreas y trece centiáreas, que lindan al Norte con la finca de Cayo del Rey, al Sur con la denominada Ingenio Palmarito y la nombrada El Abejal o Mijial, al Este con las otras Piloto Arriba y Bucuey, y su anexo Mijial, y al Oeste con la nombrada La Güira. Este inmueble es la finca matriz de la que con el nombre de Warner Sugar Corporation resulta de la agrupación legal, pero no real, hecha de ella y varias otras, en escritura otorgada ante el notario de La Habana, señor Mario Recio y Fons, en veintiuno de marzo próximo pasado, y la adquirió la Warner Sugar Corporation por aportación hecha por escritura otorgada ante el mismo notario señor Mario Recio en diez y siete de marzo último.

De acuerdo con los convenios, don Ángel constituía sobre su propiedad y por un período de veinte años, una servidumbre de paso a favor de la compañía norteamericana, para que cruzara la línea del tren entre sus colonias e instalara dos puntos de pesaje o chuchos, con las romanas y grúas indispensables para esa labor.

El ferrocarril, con una doble vía ancha y la extensión adecuada para el tiro de la caña del señor Castro, estaría disponible para la zafra de 1924-1925. El hacendado podría emplearlo también para la transportación de mercancías y frutos hasta el ferrocarril público o desde este.

El contrato de molienda establecía su obligación de entregar a la Warner Sugar Corporation por veinte años, todas las cañas sembradas y por sembrar en terrenos destinados para ese cultivo en su finca. Al ser recibidas, debían cumplir una serie de requisitos: «estar en perfecto

estado de madurez, limpias de pajas, cogollos, raíces y renuevos, según costumbre, y bien estibadas, sobre los carros del ferrocarril (...) las cañas no podrán estar secas, ni ácidas, ni quemadas (...)»

Don Ángel contraía la obligación también de iniciar el corte y tiro, el día fijado por el administrador del central Miranda, el cual se lo comunicaría con quince días de anticipación, al comienzo de la molienda industrial. El número de arrobas de caña de la entrega diaria durante la zafra, sería fijado de conjunto, según la demora del proceso fabril. En la escritura se establecía como precio, el importe en efectivo de cinco y media arrobas de azúcar de noventa y seis grados de polarización por cada cien arrobas y se especificaba, además, que el precio del azúcar que regiría para la liquidación del de la caña, sería el determinado por las cotizaciones quincenales del Colegio de Corredores de La Habana.

La escritura, muy extensa, contenía hasta los más pequeños detalles, incluso los referidos a la refacción agrícola: los préstamos o anticipos que la Compañía se comprometía a facilitar para los gastos de la producción, recolección y entrega de la cosecha al central.

En virtud del convenio, el colono declaró que la Warner Sugar Corporation le había entregado con anterioridad al otorgamiento de la escritura, la cantidad de veinte mil pesos en moneda de los Estados Unidos de Norteamérica, unos dos mil pesos por cada una de las diez de treinta caballerías que hiciese sembrar y cuya siembra se comprometía y obligaba a realizar dentro del plazo de cuatro años, desde esa fecha, hasta el 1ro. de julio de 1927, cuando debía concluir el pago de la deuda.

El documento se extendía en numerosos asuntos de índole económica. Don Ángel pensaba, mientras el abogado y notario leía toda aquella papelería, que los

tiempos más duros habían pasado porque el contrato constituía de cualquier modo una garantía, aunque se encontrara obligado a hacer la entrega de sus pagos de la deuda al señor Fidel Pino Santos, en la oficina del central Miranda.

Había quedado firmada una hipoteca que a favor de don Fidel Pino Santos gravaba su inmueble. Confía- ba en que no habría problemas, don Fidel Pino Santos era su viejo amigo, desde que trabajaban para la United Fruit Company, uno como contratista y el otro como co- merciante. Hombre bajito, regordete, de ojos saltones, muy expresivos y gran astucia para los negocios, iba en ascenso como la espuma, lo cual resultaba visible en la cérea pulcritud del traje almidonado y la leontina de oro reluciente. Su padre, Miguel Pino, atraído por el co- mercio creciente de los Dumois, se avecindó por el año 1887, en Banes, un poblado fundado con la prosperidad de las plantaciones de «guineo», y convertido a princi- pios de siglo en el primer enclave en Cuba de la United Fruit. Allí, en un lugar tan distante de las capitales del país y la provincia, se hablaba inglés en cualquier es- quina, llegaban las publicaciones más recientes de todo el mundo, se despachaban envíos hacia Nueva York, y se organizaban los sindicatos obreros con una fuerza inusitada debido a los atropellos y los desmanes de la compañía norteamericana.

Miguel Pino, de origen canario, triunfó en Banes como comerciante. Puso sus ojos en Caridad Santos, quien lo sobrevivió muchos años ataviada por dentro y por fuera con los rigores tristes del luto y la bendición para sus nietos entre labios.

De ese matrimonio nacieron diez hijos. Don Fidel Pino Santos, ocupaba el lugar del cabeza de familia y

aprobaba o no los pasos en la vida de quienes lo rodeaban con una autoridad aceptada e incontestable.

A pesar de sus esfuerzos por inducirlos a todos al mismo camino de la fortuna, cada uno tomó un sendero diferente. Ernesto, a causa de su eficiencia como funcionario de la United Fruit en Cuba, acabó siendo un reconocido ejecutivo. Trabajaba en Boston y venía a la Isla cada dos años a ver a sus familiares.

Juan, Arturo y Miguel casi siempre disponían de la buena voluntad de don Fidel Pino Santos, quien les procuraba empleo en instituciones públicas; y así sobrellevaban las inconstancias de sus economías.

Teresa no hizo otra cosa que atender el hogar. Antonio sobrecogía por su irresponsabilidad, mezclándose en juegos prohibidos. Su temida figura, andaba siempre con un revolvón y la gente le conocía el hábito de disparar sin miramientos.

Domingo era el espíritu aventurero de la casa y conmovía por su bondad. Se fue a Centroamérica, trabajó en un circo de los tantos, deambulantes y pobres, que recorrían los caminos y llegaban donde nadie. Hizo amistad con el General de Hombres Libres, Augusto César Sandino, y volvió a Cuba sin mucho dinero pero con todas sus fantasías y verdades predisponiéndolo para las causas nobles y progresistas, con un sentido antiimperialista. No tenía nada y nada podía perder.

Oscar, el más joven de los hermanos, de inteligencia abarcadora, capaz de hacer el bachillerato y la carrera de abogacía en cuatro años, murió a los veintiocho años de edad. Vicente, también abogado, heredó el bufete y la notaría financiados por don Fidel Pino Santos para su hermano menor, a pesar de su exigua generosidad y la paciencia de que se debía disponer si se esperaba algo de sus bolsillos.

La historia la iría conociendo el amigo de las conversaciones con don Fidel Pino Santos. Se decía que don Ángel Castro lo salvó de la ruina total y el suicidio, cuando la crisis de la banca en el año 1921, al prestarle cincuenta mil pesos, cincuenta vacas y un toro padre. A pesar de los rumores reiterados, don Ángel nunca lo confirmó, tal vez porque valoraba el silencio como un gesto imprescindible que completaba su altruismo, y demostraba amistad.

Lina aguardaba ansiosa a la entrada de la casa. Conocía la importancia de aquellas conversaciones y papeleos que debían concluir con un pacto en Santiago, pero aún no estaba al tanto de los resultados, y se desesperaba por recibir buenas noticias. Él llegó agotado del viaje, conforme y feliz con lo acordado. Luego conversaron hasta bien entrada la noche, cuando se retiraron a dormir con la certeza de que podrían sobrellevar los temporales si se mantenían juntos.

Don Ángel no imaginaba entonces que los tiempos de dificultades severas estaban por llegar. Nadie podía concebir la política oficial de restricción azucarera que sobrevendría como una maldición y mucho menos, adelantar los acontecimientos que desencadenaría después la dictadura machadista en todas partes. Aunque aquel día de los convenios, compartió la alegría anticipada de don Ángel, Lina no pudo sustraerse al sentimiento que refrenaba su euforia, o al menos le ponía bridas al entusiasmo con que su esposo celebraba los negocios con don Fidel Pino Santos. En realidad, ella misma no se explicaba sus razones para tanto sigilo, para tanta suspicacia, sentía algo así como una corazonada, como llamaban los viejos a los avisos del alma. Antes de apagar la luz en la habitación, rezó algunas oraciones y luego, con cierto escepticismo que no conseguía evitar, musitó para sí: «Ojalá todo salga

bien, ojalá no se olviden estos compromisos que no se firman en la casa de Dios.»

Ramón Eusebio, el segundo hijo de los amores de Ángel y Lina, resultó ser una criatura enfermiza hasta la edad de los siete años. Si la brisa traía olor a hierba mojada y humedad de sombras, cambiaba de color y respiraba con unos silbidos roncós y entrecortados que solo se calmaban después de las inhalaciones de mentol y el aceite tibio de bacalao que la madre le frotaba en el pecho en sus noches despabiladas de presentimientos angustiosos al verle el semblante exhausto y una coloración azulada en los labios finos.

Tanto afán puso ella en las atenciones, que cumplido el año y a pesar de los ataques de asma, el niño crecía sano y animoso.

Cuando esos episodios de desesperación transcurrían y la calma volvía otra vez, ella desahogaba sus sobresaltos en diálogos con el Sagrado Corazón de Jesús. Para ese tiempo, y encinta de nuevo, aquellos desvelos agotaban su sensibilidad, para dar paso después al alivio y la alegría de ver a Ramón Eusebio correr por las habitaciones, recuperado de sus dolencias. Entonces la dicha desbordaba a Lina, y su risa jubilosa se expandía por los aposentos de la casa, los pasillos y la naturaleza frondosa de Birán.

Aún permanecían en vela los rumores de la manigua y estaba por agotarse la luz de los candiles cuando a las dos en punto de la madrugada del 13 de agosto de 1926, nació Fidel Alejandro Castro Ruz, un niño

vigoroso de doce libras de peso, que ensanchó sus pulmones a la primera bocanada del aire de los pinares y se dispuso a sus días con la misma vehemencia de vida, pasión de hacer, y exuberancia natural que lo rodearon cuando los haitianitos del batey se apresuraron en la maleza por hojas de yagruma y verbena con que enjuagarlo a esas horas, para la tersura de la piel y los buenos augurios.

Memoria

El niño no rebasaba el borde superior de la baranda del corredor. Al asomar la mirada por entre las tablas en cruz distinguió al vaquero y reparó en sus esfuerzos al arrastrar a duras penas a Ballena, una vaca que se resistía a andar con todo el peso de su portentoso vientre y la paciencia de su estampa amenazante.

Desde lejos, los muchachos de la casa se divertían haciendo señas para provocar la agresividad del animal, que resoplaba su coraje contenido y tenía los ojos vidriosos y las ubres hinchadas de leche. Bastaba que Ballena reiniciara sus pasos para que los niños salieran corriendo hacia las habitaciones interiores, escapando de un peligro que en realidad no existía. Las gallinas, los patos, los cerdos y las vacas dormían la noche entera en el sótano, como en un arca de Noé, entre pilotes de caguairán.

Los peones ordeñaban el rebaño por la madrugada, luego, al despuntar el día, lo llevaban a los potreros, a unos cien metros de allí. A Fidel nunca lo asustaron el cantar de los gallos, el ronronear de los puercos, el mugir de la vacas, el relinchar de los caballos, ni los ladridos de los perros. Para él eran sonidos familiares, cercanos. Pasaba las horas mirando en derredor como si con los ojos

podiera descubrir el secreto de todas las cosas, con una avidez de conocimiento natural y paciente, y una insistencia pertinaz para saber sobre cualesquiera de los misterios del mundo.

Detrás de las mamparas de la sala y transponiendo el umbral, la casa se descubría espaciosa y fresca con los portones y los ventanales abiertos al paisaje de la finca. Fidel la recorría hasta la cocina para pedir agua de la nevera de madera, donde conservaban el hielo transportado desde Marcané, el batey del ingenio a unos cuatro kilómetros de allí, propiedad de la Altamira Sugar Company. Le llamaban extraordinariamente la atención el frío de aquellas piedras blancas y el aparato singular para conservarlas. Del manantial del río Sojo, un arroyo al que los pobladores atribuían propiedades curativas y hasta milagrosas, traían el agua de beber para la casa. El líquido se pasaba por un filtro de loza con apariencia de bombilla invertida.

El niño husmeaba por los rumbos de la alacena donde ponían a refrescar, bajo una tela metálica, el pan de harina de Castilla, los pasteles, la natilla con canela o el dulce de leche, cocidos a fuego lento. Por ese mismo rumbo se encontraban el comedor y las grandes vitrinas de cedro y cristal donde se guardaban como tesoros, vajillas de loza y porcelana, cubiertos, servilletas y manteles de hilo bordados.

Antes existía un solo baño, pero después hicieron un pasillo hacia uno de los lados y construyeron el rural, un poco más apartado, sobre un foso oscuro, insondable y pestilente. El otro, junto a la cocina, olía a colonia, hierbas aromáticas y esencias de jazmín. Llenaban la bañera con agua de lluvia, recogida en el aljibe adonde iba a parar la canal que bordeaba los techos cubiertos de campanillas silvestres. De un pozo, los trabajadores bombeaban

agua para un tanque más alto, gracias a una turbina manual que utilizaban una vez y otra, hasta el cansancio.

Desde entonces Fidel prefería la parte más habitada de la casa, donde la vivienda se alargaba hasta la cocina. Su padre andaba por ese lado después de su recorrido a través de la finca. Allí, sentados a una mesa larga, almorzaban y comían los españoles del batey, a quienes su padre protegía como paisanos. La gente se agolpaba, entraba, salía, conversaba. Existía en el comedor y sobre todo en la cocina, un constante trajinar, algo inusual en la sala y las habitaciones del frente, estas últimas demasiado vacías, de muebles grandes, espejos como lunas apagadas y silencios frecuentes. El cuarto de las medicinas, poseía el poder influyente de la magia verdadera, el encanto de los olores diversos, los potes de varios tamaños y el misterio de las emulsiones y los jarabes para remediar indisposiciones.

Mucho más acogedora era la habitación del segundo nivel, donde soplaba con fuerza la brisa y el paisaje inspiraba. Allí dormían todos reunidos. Para llegar era imprescindible subir por una escalera estrecha de recios tablones que atravesaba un breve intersticio, donde los pájaros aleteaban su sorpresa.

Los hijos dormían junto a los padres en el altillo, donde prevalecía el frescor, el silencio y existía una quietud de modorra, una calma bienhechora, saludable. Desde los ventanales recubiertos de tela metálica, se veía el techo de zinc de la planta principal de la casa. Al nacer Angelita, Lina la llevó con ellos a la habitación de los altos; lo mismo hizo con Ramón y después con él, hasta que los tres crecieron y la casa se pobló de otros ángeles.

Fidel no tenía ya la estampa de la primera fotografía de su vida: de pie sobre una silla de mimbre con melena

de rizos, la cara redonda y los ojos pequeñísimos, apoyaba un brazo en el espaldar de la silla, vestido con un traje oscuro de cuello y puños claros, zapatos de cordones y medias blancas. Una de sus piernas descansaba y la otra permanecía firme. Para entonces, la tía María Isabel, *Belita*, había pasado el susto más grande de su vida: él tendría unos ocho meses de nacido y toda su robustez rodó desde uno de los hombros de la muchacha de doce años. La tía Belita quería morir, pero al niño no le ocurrió nada y el desasosiego pasó. Siendo ya una joven casadera, ella se marchó de Birán, porque su madre doña Dominga reprobó sus amores con Prudencio Estévez, un cubano muy humilde, machetero en las colonias de caña, con quien Belita fue siempre feliz a pesar de las calamidades y las carencias del hogar, fundado sobre esa volátil y sólida materia que es la comunión de las almas. El tiempo se encargó de acercar las lejanías y la tía Belita, su esposo y sus hijos fueron muchas veces a Oriente para visitar a doña Dominga y a toda la familia.

Las imágenes fotográficas de 1929 captaban a Fidel como un niño fuerte, el pelo corto peinado al lado y embadurnado de gomina. La camisa blanca de cuello redondo, por encima del traje de mangas largas, y el pantalón corto, almidonado. Arqueaba la ceja izquierda y observaba como una maravilla la ceremonia y los mecanismos de aquella caja de fuelles, un acordeón, detrás del cual, se asomaba a ratos, el fotógrafo. Sostenía un cuaderno o un libro y llevaba una flor en el ojal del traje.

Los tiempos de la cuna de hierro habían quedado atrás. Cumplidos los cuatro años, situaron su pequeña cama a los pies de la del padre, donde llegaba la frágil claridad de las velas o de la lámpara de gas, encendida hasta altas horas de la noche, mientras el viejo leía libros

voluminosos o periódicos atrasados que abandonaba a su suerte en la mesa de noche, en cuanto comenzaban a cerrársele los ojos. A un lado estaban las camas de Angelita y Ramón y más distante la de Lina, donde los santos miraban con expresión candorosa y apacible desde las paredes. Por la noche, los padres permanecían separados y se reservaban sus ardores de amor en presencia de los niños, con una corrección y prudencia notorias, distintivas y tradicionales, de acuerdo con las buenas costumbres.

No faltaba en el dormitorio el aparato con que se difuminaba el insecticida antes del oscurecer, para evitar la incomodidad de las telas o gasas de mosquiteros extendidas sobre los lechos.

Luego de la Navidad, los Reyes Magos viajaban desde el lejano Oriente, hasta la casona del batey, y entonces, las uvas, las manzanas, los caramelos y algún juguete sencillo, ocupaban un lugar junto al árbol de fulguraciones y copos de nieve, en la sala, como sorpresa para el amanecer siguiente: 6 de enero de leyendas y narraciones fantásticas. A Angelita le trajeron un juego de yaquis, con el que sus manos adquirieron una movilidad asombrosa para atajar, al vuelo, la pequeña pelota.

Al levantarse, don Ángel siempre comía naranjas. Era su costumbre inviolable pelarlas, polvorearlas con bicarbonato o glucosa y ponerlas la noche anterior en una repisa, por fuera de las ventanas, al rocío de los amaneceres. De ese modo, a la mañana siguiente, eran una verdadera delicia, bien frías y jugosas.

El padre demostraba su ternura sin palabras. Algo significativo en él, siempre abrumado de trabajo y preocupaciones. No regañaba ni discutía con frecuencia. Su mal genio y prestancia de hombre de carácter, inspiraban respeto. Sin embargo, alisaba el pelo a los niños con una

delicadeza fina y acariciante de flor, y cuando ellos sentían la necesidad de ampararse de algún regaño, no dudaban en refugiarse tras él, en quien reconocían una protección segura.

Según los trabajadores del batey, una vez Angelita, Ramón y Fidel enfermaron de la misma dolencia y don Ángel revivió sus temores con el recuerdo de los hijos difuntos. Alguien recomendó jugo de naranjas o cocimiento de la corteza, para aliviar las calenturas y los ahogos, pero no había dónde conseguir la fruta y precisaron esperar la llegada de un envío lejano: una demora, un retraso insoportable que don Ángel sufrió con una zozobra desbocada en el pecho y considerándolo una imperdonable falta de previsión de su parte. Cuando los muchachos sanaron, el gallego ya lo había decidido: plantaría quince mil naranjos, en una profusión desmesurada de lo que podría significar un remedio infalible para aliviar y curar los resfriados, eludir las neumonías u otras enfermedades. Ahora, al fondo de la casa se extendía un bosque de árboles espinados y azahares olorosos, al que la pareja prestaba los mayores cuidados. La historia puede ser real pero también una leyenda, porque en Oriente existían naranjales desde que los inmigrantes rusos y noruegos establecieron allí sus haciendas para fomentarlos.

La madre regañaba, peleaba o castigaba. Los niños la sentían más cercana. Al viejo lo envolvía una aureola de autoridad, aunque no impusiera la disciplina ni las prohibiciones.

A ella, los hijos la trataban con mayor naturalidad y confianza. Establecía el orden y los horarios, los arropaba bajo la frazada a la hora de dormir, los bañaba y vestía, adivinaba sus ánimos, y hasta corría tras ellos o daba unas palmadas cuando se habían excedido en sus diabluras, pero

esto ocurría si lograba darles alcance, si lograba capturarlos, porque los muchachos, sobre todo Ramón y Fidel, ya la conocían y escapaban a la más mínima evidencia o amenaza de castigo.

Toda su bondad, Lina la volcaba en cuidados amorosos y desvelos, sin olvidar sus obligaciones al frente de la casa. Además, sabía curar malestares y padecimientos. Lo mismo indicaba un purgante de agua de Carabaña, que unas cucharadas de aceite de ricino, tan espeso y desagradable, que era preciso mezclarlo con malta de cebada y taparse la nariz para poder tomarlo sin chistar. Cada día les suministraba vitaminas, y de vez en cuando, emulsión de Scott, un medicamento de marca norteamericana, blanco y denso, elaborado con aceite de hígado de bacalao y azúcar, comprado en la farmacia de Castellanos, en Marcacné, siempre al tanto de la última novedad y fiel a la tradición de las mejores y más distinguidas droguerías del país.

Castellanos, el farmacéutico, venía de San Andrés, en Holguín. Los hombres de la familia pertenecieron a las fuerzas cubanas del Ejército Libertador y las mujeres y los niños vivieron en las prefecturas insurrectas, improvisadas en la manigua. El padre del propietario de la farmacia salió con la tropa de Menocal y regresó con los pies deshechos. Era un hombre de autoridad severa y tenaz personalidad que, después de la guerra, volvió al trabajo de la finca y fue juez de paz.

Uno de sus hijos, todavía adolescente, recibió una beca de la Iglesia Bautista Americana y viajó a un pequeño pueblo en Illinois, donde cursó estudios secundarios, el bachillerato y el nivel superior. Se graduó en Farmacia y Química Farmacéutica, por el año de 1916, en la Universidad de Valparaíso en Indiana. Al llegar a la Isla, revalidó su título en La Habana y se fue a vivir a Preston, el

central de la United Fruit Company. Allí conoció a la que sería su esposa, luego marcharon a Marcané, donde estableció la farmacia y le nacieron los hijos.

La botica se encontraba en un edificio de dos plantas, el establecimiento en los bajos y la vivienda en los altos. Resultaba una maravilla pasear la mirada por la estantería y el mostrador de cedro, por los albarellos, tubos de ensayo y jarrones de cristal de Bohemia llamados Ojos de boticario.

La mayor parte de los medicamentos de la casa de Birán se adquirían en la farmacia de Castellanos. Los niños se deslumbraban por la variedad de frascos, el juego de luces en la cristalería de los estantes, el orden impecable y los olores a esencias medicinales. A Fidel le llamaba la atención la etiqueta del frasco de emulsión de Scott, donde aparecía dibujado un pescador con un bacalao grandísimo a la espalda.

Lina atendía con esmero a don Ángel y le indicaba el guisaso de Baracoa, una pequeña planta muy buena para los riñones, tanto como el agua de coco, según aconsejaban los campesinos acostumbrados, por la ausencia de los médicos, a curarse con los palos, los frutos y las raíces del monte.

Segura de sí, activa y de mucho carácter, a veces se inquietaba porque no siempre dependía de ella el restablecimiento de los hijos y el esposo, entonces apelaba al Señor y le rezaba oraciones desesperadas, sin renunciar a los curativos, las abluciones, los cocimientos, o los masajes que alguna campesina diestra en esos menesteres, aplicaba concienzuda, en los vientres aventados y en las inflamaciones tras las rodillas.

A los niños, aún pequeños, los vacunaron contra la viruela. A Fidel la úlcera se le puso tan purulenta, que la marca le quedó para toda la vida en el pie derecho.

No existía ninguna posibilidad de evitar la poliomielitis, el cólera o el tétanos. Algunos aseveraban que tal vez las pequeñas, múltiples y recurrentes heridas iban como inmunizando al cuerpo de los peligros de la rigidez, pero nadie había podido demostrarlo.

Las desgracias solían llegar con las epidemias. Para el sarampión tomaban un jarabe de pelusa de maíz. La varicela requería un tratamiento interminable de lavativos. Algunos decían que el paludismo se sudaba al sol. Las heridas se curaban con miel y emplastos improvisados, pero muchas veces esos remedios no lograban conjurar el tétanos.

Lo mismo ocurría con las parturientas. De nada sirvió implorar a las vírgenes, a los apóstoles y a los mártires, para salvar a la hermana de Lina: Antonia, casada con José Soto Vilariño, un español de Valladolid, mayoral principal de don Ángel en la finca. Antonia, la madre de Luis, Ana Rosa y Clara, murió estremecida por las fiebres puerperales poco después de dar a luz una niña a la que nombraron María Antonia, quien envuelta en la lencería de los recién nacidos, llegó a la vida de sus abuelos doña Dominga y don Pancho cuando ya eran viejos. Ellos educaron a la pequeña en los rigores familiares y la estricta conducta de otro tiempo.

El 8 de junio de 1929, Fidel sin cumplir los tres años, miró con asombro las fotografías en las paredes, las estampas religiosas y las velas encendidas del funeral. No sabía qué significaba toda aquella tragedia, el llanto y la tristeza en la casa de los abuelos y los tíos, junto al cañaveral, adonde llegaron, después de caminar largo rato, por una vereda estrecha, monótona e infinita.

No imaginaba la muerte en aquellos momentos de pena, lágrimas y olor marchito de azucenas en agua.

Nadie se molestó en explicarle, se invocaba a Dios y se creía en malos presagios y santos. Los niños no sabían nada, nadie conversaba con ellos. Aprendían de la vida por intuición y experiencia.

Entonces llegó Clara a la casa grande, como una iluminación en quien se recordaban los días más felices de Antonia. Clara tendría tres años y Lina la llevó a vivir a Birán junto a María Antonia, la pequeña recién nacida a quien Nemesia Vargas alimentó las primeras semanas como ama de leche. Lina consideraba justo ayudar a su familia en la crianza de los sobrinos huérfanos, pero poco después tuvo que marcharse a Santiago e internarse en la clínica Los Ángeles para someterse a una operación de apendicitis y a María Antonia, aún de meses, decidieron enviarla con la abuela doña Dominga porque era muy pequeña y requería una esmerada atención.

En ese tiempo los abuelos se acercaron al batey. Don Ángel ayudó a don Pancho a establecer su nueva casa, donde la familia Ruz rezaba por el alma de Antonia que Dios se había llevado a los cielos.

Clara permaneció en la casona hasta el día de su matrimonio más de veinte años después. Fidel que entonces apreciaba muy inclinados los escalones hacia el altillo y miraba a lo interminable desde el primer piso de la escalera a lo alto del techo, no reparaba en el llanto de Clara ni en sus insomnios; tampoco en su tristeza, solo en el revuelo de su llegada y el agrado con que recibió como golpe de fortuna, la presencia de alguien de su misma edad.

Lina no dejaba de orar por todos ante la imagen del Santísimo Corazón de María. El gobierno de Machado había decretado desde mayo de 1926, la restricción azucarera y con la adversidad económica sobrevinieron también todas las calamidades inimaginables.

Para don Ángel resultaba imposible negarse a una solicitud apremiante, siempre se compadecía y daba alguna orden para la tienda o proporcionaba trabajo donde no existía, porque los pedidos en las zafras de 1926 al 1927, del 1927 al 1928, y de 1928 al 1929, se redujeron drásticamente. Aunque por lo regular lo hacía en las tierras arrendadas a Carlos Hevia, casi como una previsión ante futuros reclamos, siempre ofrecía su consentimiento para que los campesinos se establecieran allí y laboraran en una pequeña parcela de tierra para el autoabastecimiento de sus familias. En Manacas, que era su propiedad, vivía solo Marcelo López, que era compadre de mucha confianza de don Ángel, y llegó a ser alcalde de barrio y a inscribir a un numeroso grupo de guajiritos de por todo aquello.

Don Ángel era un hombre espléndido a pesar de su delicada situación económica. Entre los peones, los vaqueros y los agricultores, lo reconocían como un «dueño sentimental». Su mujer percibía los peligros y actuaba con mayor rigor, quizás con el instinto maternal de preservar la holgura para sus hijos. Lina defendía la estricta administración del dinero, aunque también ella terminaba corriendo con los enfermos, asumiendo los gastos de los infelices y ahijando a los niños de la localidad.

Don Ángel viajó a Santiago de Cuba en noviembre de 1928, para reconocerse ante el abogado y notario público de esa ciudad, doctor Eduardo Vinent y Juliá, como deudor del señor don Fidel Pino Santos por la cantidad de ciento veinte mil pesos oro, moneda acuñada de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya suma se comprometía a devolver al vencimiento del término de cinco años —a contar desde aquella fecha y prorrogable a cinco años más— y a contribuirle, mientras no efectuara su devolución, con

el interés convenido del ocho por ciento anual, pagadero por mensualidades vencidas en el domicilio del acreedor donde se pactó el cumplimiento del contrato.

Hipotecaba por segunda vez su finca, en garantía de pago del principal de sus intereses y de cuatro mil pesos más que se consignaban para gastos y costos en caso de litigio.

Ambos, don Ángel y don Fidel Pino Santos, eran reconocidos como amigos íntimos y conversaban sin que otros participaran de sus planes o acuerdos. Nadie sabría con rigor qué vínculos los unían ni cuáles eran sus propósitos. Lo cierto es que se visitaban y su trato era cordial y familiar. Don Fidel Pino Santos siempre fue bien recibido en Birán, e incluso, el tercer hijo de don Ángel y Lina, se llamaba como el señor apoderado porque alguna vez se pensó que este sería su padrino de bautismo. Don Ángel visitaba con frecuencia al matrimonio de don Fidel Pino Santos y Exuperancia Martínez Gandol, en su casa de la calle Corona No. 32, en Santiago de Cuba. Una década después, cuando don Fidel Pino Santos enviudó, Lina Ruz asistió al velorio con Angelita, que entonces tenía catorce años de edad.

A pesar de las excelentes relaciones que primaban entre don Ángel y don Fidel Pino Santos, la situación mantenía tenso al deudor y solo se le notaba expresivo cuando recorría la finca o salía de viaje para resolver los asuntos de negocios con sus proveedores de mercancías, los propietarios de grandes almacenes en La Habana Vieja.

En la capital, de una sola vez, resolvía varios asuntos: verse con el médico el problema de la vesícula y pagar sus contribuciones al Centro Gallego de La Habana, al que pertenecía desde 1909, cuando contaba treinta y tres años de edad y aún no se había casado por primera vez. En la

fotografía del carnet, su expresión adusta revelaba la soledad de un hombre sin hogar, llevaba rapada la cabeza, un saco a cuadros y una camisa abotonada hasta el cuello. Fue en ese tiempo que recibió por correspondencia, la noticia del casorio en 1908, de su hermana María Juana Petra con su paisano Antonio López. Gonzalo Pedro, su hermano, quien aún vivía en Láncara, presenció la ceremonia en la iglesia y apadrinó la unión. Al saberlo, Ángel sintió felicidad y a su vez nostalgia. Recordó cuando ella quería acompañarlo en su viaje a Cuba en 1899, y reparó en lo diferente que habría sido su vida si María Juana estuviera a su lado. La añoranza se reflejaba en su rostro.

Las disposiciones reglamentarias del centro constituían un extenso pergamino. Para ejercitar los derechos sociales, incluso los sanitarios, era requisito indispensable presentar el recibo. Los asociados que ingresaban con más de cincuenta años, no tenían derecho a la asistencia sanitaria.

El recibo incluía al dorso una guía con las direcciones del Palacio Social, la Casa de Salud La Benéfica, el plantel Concepción Arenal, las consultas de los médicos y especialistas, los laboratorios clínicos y los abogados.

La Nochebuena del año 1929, don Ángel dispuso la entrega de alimentos para todos los campesinos de por allí. De no ser así, la mayoría no tendría nada especial para la ocasión, solo un plato de harina de maíz y unas viandas, porque con la caída brusca del precio de los azúcares, se encarecieron las mercancías, sobre todo el jabón, los aceites, la carne y las harinas, acaparadas y revendidas por los especuladores a precios inaccesibles.

Había quien no deseaba endeudarse y otros no se atrevían a llegar hasta el portal de la casa para solicitar a don Ángel Castro otro anticipo. Él solía acomodarse en su sillón de palma y pajilla de mimbre, en el corredor del frente de la casa, donde acostumbraba prodigar su generosidad.

Su hijo Fidel lo recordaba bien, recién pelado y afeitado por Lina en el sillón de barbería que había en la habitación contigua a su dormitorio, allí, en la oficina donde el viejo ventilaba asuntos electorales y de impuestos con todas aquellas autoridades recién llegadas de la municipalidad o la provincia. En ese lugar almorzaba, comía y disputaba las partidas de dominó por las noches. En Navidad, el niño veía su rostro complacido, aunque aquella vez no se escucharan las castañuelas y los taconeos de las españolerías, ni la voz potente del tenor italiano Enrico Caruso, en los discos del fonógrafo RCA Víctor, que sobre la repisa del comedor de las visitas era una verdadera atracción a pesar de la cuerda imprescindible al final de cada melodía.

Habían transcurrido muchos años desde que en 1877 Thomas Alva Edison grabara la canción infantil *Mary had a little lamb* en el primero y más rústico de los fonógrafos inventados. Luego se expandieron por las ferias, los circos, los cafés y los bares, donde la gente echaba sus monedas en la ranura, se colocaba los auriculares y escuchaba la maravilla de la música guardada en aquellas cajas sonoras, de primorosos grabados florales, historias de hadas y duendecillos.

Para 1904, Caruso era artista exclusivo de la Compañía RCA Víctor y ese mismo año, la firma puso en venta el primer fonógrafo con bocina tipo trompeta llamado Victrola, muy parecido al que guardaba silencio en la sala de la casona de Birán, la noche del 24 de diciembre de

1929, cuando hasta el aire estaba de luto por la ausencia de Antonia Ruz.

La fecha en la pizarra indicaba el mes de septiembre de 1930. Fidel asistía a la Escuela Rural Mixta No. 15 de Birán y sus ojos revelaban la íntima sensación de sorpresa, de fascinación ante la posibilidad de aprender. Ocupaba un puesto en la primera fila de los pupitres de hierro y madera con apariencia de ola. El espaldar de uno, servía al de atrás como sostén de la paleta y solo el primero carecía de esa especie de repisa volada donde apoyarse para escribir. Como se trataba de un aula multigrado, prestaba atención a todos los asuntos con independencia del nivel y la edad al que iban dirigidos, su memoria registraba de modo apresurado e indeleble los nuevos conocimientos.

La escuela funcionaba en una casa de madera y techo de zinc, asentada en troncos de árbol sobre el terreno ondulado de piedras y fanguizales. La pequeñez de la pizarra cabía entre las ventanas, a la altura de los veinte o veinticinco alumnos en el ala izquierda de la construcción, donde se encontraban los estantes de libros y el escritorio de la profesora; atrás el escudo de la nación y una galería de fotografías de patriotas cubanos: José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez, Calixto García e Ignacio Agramonte, entre otros tantos héroes de las guerras independentistas.

Angelita y Ramón, sus hermanos mayores, debían asistir a clases y como no había lugar para él en otra parte, permanecía allí, durante las mañanas y las tardes, junto a Carlos y Flores Falcón, Pedro Guevara, Luis Soto, Pedro Pascual Rodríguez, Dalia López y otros niños de edades diversas, casi todos descendientes de familias campesinas del batey. Luego, se incorporaron Norberto Gómez, hijo del mecánico

Antonio; Melba Valero, hija del telegrafista de Birán y por último, Clara, cuyo nombre tenía para todos resonancias de farol o amaneceres. Cuando el curso avanzó, también se sumaron al grupo, Luis y Rolando Lid Colón.

Al atardecer iban todos a bañarse al cauce estrecho y poco profundo del río Manacas, en una charca de piedras pulidas casi a flor de agua. También formaban parte del grupo, los primos Ana Rosa y Luis, a quien doña Dominga permitía ir a casa de la tía Lina con la advertencia de regresar pronto y comportarse bien.

Era una cuadrilla bullanguera y feliz, enrolada en aventuras y complicidades. No importaba que unos fueran hijos del hacendado y otros de los trabajadores, ni si eran blancos, mestizos o negros. Se desenvolvían con una libertad que respiraban a sus anchas, en una vivencia pródiga en aires puros. Eran amigos y no había distinciones ni racismo.

Don Ángel y Lina eran de origen humilde, trabajaban y convivían con la gente, a pesar de que alcanzaron una posición de mando y adquirieron la propiedad sobre aquellas tierras, continuaban siendo accesibles, sin la cultura excluyente de los terratenientes de cuna, y sus hijos crecían junto a la gente sencilla.

Los niños de la casa, se criaban rodeados de las atenciones y los halagos con que se solía tratar a los herederos de una familia rica, pero nunca se les prohibía jugar, correr, cazar pájaros, bañarse en el río, entablar amistad y crear afectos perdurables con los muchachos del batey. Como no existía una persona dedicada a ellos, eran libres todo el tiempo, con la única obligación de presentarse sin falta a las horas señaladas de almuerzo y comida. Se mezclaban con todos y en cualquier parte, en la naturaleza restallante de los

algarrobos, anacahuitas, jiquíes, mangos, caimitos, naranjos, almácigos y cedros.

Desde entonces, existía la diferencia de que unos calzaban zapatos, vestían bien y eran inapetentes, y otros, sin embargo, andaban descalzos, con ropas gastadas y siempre tenían un apetito voraz; pero aún, nadie se preguntaba por qué las cosas sucedían de ese modo, mucho menos los niños, para quienes todo resultaba natural.

Engracia, su primera maestra, poseía modales finos y ternura inacabable. Era una muchacha muy joven y cariñosa con los alumnos. Fidel se enamoró de ella con el amor candoroso e ingenuo de la infancia; se comportaba bien, permanecía tranquilo, casi alelado, sin perder una palabra, ni una sola historia o anécdota, atento a clases. Después pasó Miguelina y luego Pepe Sánchez, un reparador de líneas telefónicas, habilitado como sustituto hasta la llegada de Eufrasia Feliú Ruiz, solterona, de estricta educación francesa y carácter amargado, que imponía rigores. Ella era exigente con sus alumnos y con ella misma; su vida era solitaria y triste. Los años y la crianza de un sobrino transformarían su presencia; su voz sería más tenue y la expresión de su rostro, aún serio, mucho más dulce y tierna.

Quizás porque aún era pequeño, Fidel sentía allí la impaciencia y excitación propios de sus cuatro o cinco años y como no le gustaba Eufrasita, porque los castigaba, poniéndolos de rodillas o los hacía permanecer de pie contra una esquina, se rebelaba, soltaba una sarta de malas palabras aprendidas con los haitianos y los vaqueros y escapaba por la ventana del fondo o por el corredor. Saltaba la baranda y ¡adiós reglazo de castigo! Un día no le sonrió la suerte y cayó sobre una pequeña caja de madera y se clavó una puntilla en la lengua, la misma lengua con la que antes había pronunciado un amplio repertorio de insultos.

Suspendió la escapada y se fue directo a casa. Lina no lo consoló.

—Dios te castigó.

Y él lo dio por seguro, Dios era un señor que miraba desde allá arriba y decidía los destinos, el paraíso o el infierno, también para los niños.

Aunque asistía a clases desde antes, el 5 de enero de 1932 lo inscribieron por primera vez y con carácter oficial en la pequeña escuela, donde aprendió los números y las letras y comenzó a leer casi sin darse cuenta. Transcurría el segundo período del año escolar. En el registro, una libreta de tapas de cartulina anaranjadas y cuartillas en sepia, aparecían anotados, su nombre y la edad de seis años, aunque en realidad tenía cinco, pues cumpliría los seis en agosto. El 28 de abril del propio 1932, inició el tercer período del año escolar y en el registro, enmendaron el error: apareció entonces su nombre y al lado la edad de cinco años.

Si la clase no era interesante, su vista recorría los trajes del batey, más allá de las ventanas y el portón. Sus pensamientos se perdían por el rumbo de la valla de gallos donde los hombres rociaban de alcohol a sus ejemplares para reanimarlos en medio de la pelea. En ese instante, imaginó el revuelo colorido de alas y crestas y la exaltación del público ante cada picotazo, a cada salto de ataque. En sus meditaciones llegó hasta el comercio en el Camino a Cuba, desde donde siempre se escuchaban las pulsaciones del telegrafista Valero sobre los tipos de la máquina de escribir Underwood o las sonoridades indescifrables del telégrafo que unos años más tarde atendería con esmero tenaz Pedro Botello Pérez.

Otras veces recordaba ensimismado las emociones vividas en casa, cuando el nacimiento de Raúl Modesto,

que evocaría con sentimientos de angustia y felicidad. En su imaginación, Fidel volvía a vivir aquel día 3 de junio de 1931, cuando don Ángel aquietaba su alarma dándole vueltas entre las manos al sombrero. Ya había aclarado y aún Lina no había dado a luz. Con la misma lentitud del goteo de rocío, el alumbramiento demoraba. Despertaban los ruidos cotidianos del batey. Isidra Tamayo pasaba a ratos con las sábanas empapadas de sudor, envuelta en el olor de los alcoholes y las lociones desinfectantes, y con una expresión de desconcierto en el rostro.

Fidel, sin comprender la dimensión de lo que ocurría, permanecía expectante en el corredor y tal vez junto a él, Ramón y Angelita. A la una en punto de la tarde, escucharon el llanto del recién nacido. Isidra dio la buena noticia con una sonrisa amplia en la que Fidel adivinó la alegría: «Ambos estaban a salvo.» En el aula, el alumno sonrió y de repente, escuchó una voz de trueno. «Atienda de una buena vez, le estoy hablando a usted», vociferaba la profesora intempestiva. Eufrasita interrumpió sus «regresos». Lo reprendió por estar en los celajes o en sabe Dios qué mundos y habló insistente de los estudios en Santiago de Cuba, donde consideraba mayores las posibilidades para su desenvolvimiento, donde tendrá que aprender de veras a escuchar a sus profesores, donde no podrá darse el lujo de tantos ensimismamientos.

El 3 de junio de 1932, el mismo día en que Raúl, su hermano más pequeño cumplía un año de nacido, Fidel concluyó sus estudios de primer grado en la Escuela Rural Mixta No. 15. Para entonces, cantaba con gesto severo y solemne el *Himno Nacional*, entonaba las estrofas de un modo palpitante, conmovido. También recitaba algunos versos del Apóstol José Martí, y su declamación tenía la exactitud de los relojes y la emoción de los sinceros.

Cubierta por un blanquísimo mantel bordado y rematada al centro por un frutero de cristal, la mesa del comedor de la casa grande reunió en torno suyo a los dueños de la finca, los hijos y los invitados. Allí se trataron asuntos importantes de la familia y la propiedad; el futuro de los niños por ejemplo, ya se había decidido tras una larga conversación con la maestra, en el ámbito del almuerzo de aquel día. Tanto insistió Eufrasita en las bondades, en las posibilidades de los estudios en la ciudad, que consiguió convencer a la familia sobre la conveniencia de enviar a los hijos allá, adonde vivían su padre Néstor Feliú y su hermana Belén, que era maestra de piano. Ella aseguraba que sería lo mejor para los niños y no la vida en el batey aislado y rústico. Angelita había llegado a una edad, en que lo aconsejable era cursar estudios superiores y ello no era posible en Birán, donde la escuela, a lo sumo, podía cubrir hasta el cuarto grado; allí ya no existían perspectivas para ella. Sobre todo sería una gran oportunidad para Fidel, tan despierto e inteligente. Allá podrían ir a los colegios Spencer y La Salle, y acostumbrarse a la vida de la gran urbe, explicaba la maestra de Birán.

Ante tanta disposición, don Ángel y Lina dieron su consentimiento, lo hicieron con el admirable deseo de que sus hijos estudiaran y progresaran en la vida. Para ello, hicieron grandes sacrificios, sin sospechar que las personas a quienes confiaron el cuidado y la educación de los niños no tenían vocación ni amor suficientes como para aliviar la inmensa y dolorosa nostalgia del hogar.

En diciembre de 1932, en los festejos de las Navidades ya todo quedó decidido, pero aún para que los niños partieran con rumbo a Santiago, habría que esperar que en mayo próximo concluyera el curso escolar en Birán.

Poco después, para los últimos días de mayo o los primeros de junio de 1933, Angelita y Fidel emprendieron el viaje acompañados por Belén, la hermana de la maestra. Al llegar, las luces eléctricas, los arcos de madera y el bullicio de la Estación de Ferrocarriles de Santiago suscitaron en el más pequeño un deslumbramiento absorto y callado. Sus ojos se perdían en las paredes altas y la luminosidad de las bombillas, mientras pensaba en la lejanía de Birán y de los amigos. Sentía añoranza de los árboles, y la luna, de la libertad de jugar, correr y galopar, de la compañía de los monteros, los campesinos y los haitianos, de la frescura de los aguaceros copiosos, del sol intenso de los mediodías y de la vegetación tupida al alcance de la vista y de las manos. Él aún no podía nombrar esos sentimientos, no conseguía explicar lo que le ocurría, no tenía palabras suficientes para tal confusión. La primera noche en Santiago, en casa de una prima de la maestra Feliú, a la que todo el mundo llamaba Cosita de un modo paradójico porque su anatomía gruesa y alta le parecía a Fidel una presencia descomunal, se orinó en la cama, quizás debido al nerviosismo o la agitación por el viaje, o al hecho de que sentía una profunda tristeza tan lejos y entre personas extrañas. Esa noche, su hermana Angelita estuvo a su lado, se ocupó junto a Belén de cambiarle las sábanas, arroparlo y darle un beso para tranquilizarlo, pero ya no había remedio, él no lograba conciliar el sueño y aún con los ojos cerrados, en aparente sueño, se sentía infeliz, confundido y solo.

Las horas transcurrían aburridas, desoladas, en medio de una aflicción que lo espantaba y pesaba en el ánimo, lo fatigaba y adormecía para después desvelarlo sin remedio. Mas adelante, en ciertas ocasiones alcanzó a consolarlo Esmérida, una guajirita que los acompañaría poco

después, para hacer labores domésticas y que no comprendía tampoco las razones de lo que estaba sucediendo.

El niño sentía profunda su soledad, lo embargaba una sensación de desamparo y de inseguridades, y una zozobra pertinaz en el alma. Durante las noches, ese desasosiego se tornaba aún más agobiante. Al irse a la cama, preguntaba insistentemente por sus padres y siempre le respondían lo mismo: «están lejos». Se aferraba a la compañía de su hermana mayor, sin saber todavía las vicisitudes, los pesares y la incompreensión que sobrevendrían, como un cambio brusco, triste y abrumador en sus vidas.

Al principio se instalaron todos en la calle Santa Rita No. 51, cerca de la Alameda, donde vivía Osoria, *Cosita*. Más tarde, la familia Feliú se trasladó con los niños a la parte alta de la misma calle; con mayor exactitud, ya en lo alto de la Loma del Intendente, había que doblar a la derecha para llegar al portal de enrejada baranda. En el breve y concurrido callejón General Jesús Rabí, en el No. 6, estaba situada la casa; era estrecha, oscura y húmeda, de paredes de tabla y techo de tejas rotas y descoloridas, sobrecojía por la timidez de su presencia en aquel barrio viejo y pobre. Una salita y un piano casi desbordándola, dos cuartos, un baño y un balconcito con vista al imponente paisaje de la Sierra Maestra y la Bahía de Santiago, conformaban toda su endeble anatomía. Por el frente, daba a una plazoleta de tierra, sin un solo árbol; a un lado, asomaban el rostro los numerosos habitantes de una cuartería de hábitos mesurados y talante extrovertido; del otro, una casa de dimensiones mínimas, muy parecida a la primera. Enfrente, cruzando la plazoleta y enseñoreada allí, había una casa grande, de enormes muros, que pertenecía al moro Yidi, muy rico y portentoso en sus afanes

residenciales; al fondo, el Instituto de Segunda Enseñanza. En la manzana contigua, una bodeguita ofrecía delicias de turrónes de coco y azúcar negra.

La vida en la ciudad no fue motivo de regocijo ni para Angelita ni para Fidel, especialmente en él, que era tres años más pequeño, la tristeza se mezclaba con la incompreensión de lo que sucedía; lejos de Birán y rodeados de personas ajenas, ambos hermanos echaban de menos el refugio cálido de la casa, y el cariño dedicado de los padres: Fidel ansiaba escuchar la voz de Lina y sentir la mano del viejo palpándole la cabeza y alisándole el pelo en un arrullo tierno y discreto.

Santiago

Con la vista fija en las metáforas que las nubes de humo creaban en el aire, don Ángel tomó el tren en el paradero de Alto Cedro, para viajar a Santiago. Permaneció en silencio, mientras desfilaban ante su vista los campos de caña, las chimeneas de los centrales azucareros, los bohíos campesinos, las guajiras que extendían al sol la ropa recién lavada sobre las piedras de los arroyos, los hombres a caballo y los faroles apagados en plena luz del día, mientras se balanceaban colgados de la lentitud de las carretas. Abstraído en sus preocupaciones lo sorprendió la llegada a la ciudad. Apenas podía creer que había pasado el tiempo y el viaje había concluido. Se sacudió la modorra y el escepticismo, y encaminó sus pasos hacia el pequeño hotel de sus estancias habituales tras meditar y concebir las posibles salidas a su situación. Esa misma tarde visitaría la casa de don Fidel Pino Santos para llegar a acuerdos preliminares. Debían presentarse al otro día, en el bufete del abogado y notario público doctor Eduardo Vinent y Juliá. El plazo de la deuda vencía y habrían de adoptar una determinación. La familia Pino Santos vivía en una residencia de columnas espigadas y vitrales floridos. El viajero llegó al final del mediodía, cuando comenzaban a atenuarse los calores intensos

y soplaba la brisa frágil de las cuatro de la tarde. Sin que nadie los importunara, conversaron en la sala, con el propósito de hallar la mejor solución para los dos.

—Este es uno de los mejores vinos de España —aseguró don Fidel Pino Santos mientras tomaban algunas copas de Tres Ríos y el visitante sentía en las sienas y la nuca todo el peso de la incertidumbre que solo el pago definitivo de la deuda podría evitar.

Don Ángel conservaba arrendadas un número considerable de tierras en los Pinares de Mayarí y encaminó sus mayores esfuerzos a la extracción de la madera, lo aconsejable en períodos de crisis como los que corrían: el precio de los azúcares andaba por el suelo en el mercado mundial y la industria se encontraba deprimida, en medio de la debacle política y las represiones sangrientas que estremecían al país. Don Ángel presintió el estallido, lo intuyó con nitidez, como aquella vez que adelantó el fracaso de la guerra de España en Cuba.

A pesar de su perseverancia, de las diligentes iniciativas productivas y los empeños por salvar su más preciada posesión, no tendría otro remedio que poner la finca resultante de la refundición de las cinco tituladas Manacas, Las Palmas, María, Española y Rizo, a nombre del acreedor hasta que se encontrara en condiciones de satisfacer los intereses de su adeudo.

Oscurecía cuando se despidieron con el compromiso de verse a la mañana siguiente en el bufete del abogado. Esa noche, percibió condensada toda la soledad del día en la habitación del hotel, en los escaparates sombríos, las gavetas vacías, la oscuridad de las paredes y la desolación de la luna del espejo, donde se reflejaba la inquietud de su espíritu, a pesar de las garantías ofrecidas de que todo continuaría igual para dar tiempo al tiempo.

Sobre el escritorio de caoba se amontonaban los expedientes y la papelería, el timbre para detener las discusiones, las carpetas de piel, el tintero. El notario, reclinado hacia delante, leía en voz alta la escritura de cesión en pago. Transcurría el 20 de julio de 1933.

La finca hipotecada abarcaba sesenta y cinco caballerías y seiscientos sesenta y cuatro milésimas de otra, según plano levantado por el agrimensor Felipe Xiqués, y estaba sujeta en su totalidad a un contrato de molienda de cañas celebrado entre la Sociedad Anónima Warner Sugar Corporation y el deudor, así como a una servidumbre de paso, para el uso de una línea de ferrocarril.

Al no satisfacer don Ángel los intereses de su adeudo, el acreedor acudió a las autoridades judiciales y estableció el procedimiento sumario hipotecario. El juicio se encontraba en el trámite de segunda subasta y para el acto se había señalado el día 31 de julio del corriente. Tendría lugar a las nueve de la mañana, en la Sala de la Audiencia del Juzgado de Primera Instancia de Mayarí, el poblado al norte de la provincia, resurgido una y otra vez de las inundaciones, donde radicaba la cabecera municipal a la que se adscribía el batey de Birán, hacia donde miraban sus pobladores si había que hacer efectivas las disposiciones oficiales o acudir a la iglesia. El deudor cedía en pago la finca al no poder satisfacer a don Fidel Pino Santos el importe de su acreencia. Al final del documento firmaban ambos y el notario daba fe del convenio.

A pesar de la escritura, al menos en apariencias, nada cambió en el batey ni en la finca; tal vez, el tiempo para recuperar la propiedad, formaba parte del pacto silencioso entre caballeros que la antigua amistad sellara entre don Ángel y don Fidel Pino Santos, pero la adversidad no dejaba de inquietar, mortificar y alarmar al hombre

batallador que desde su llegada a Cuba soñaba con la estabilidad de su economía y un futuro promisorio para los suyos.

Desde que Eufrasia Feliú consiguió que sus alumnos viajaran a Santiago, el padre enviaba por cada uno de ellos cuarenta pesos de mesada, una verdadera fortuna, suficiente para una enseñanza adecuada y buenos cuidados en tiempos de escasez. En realidad, el dinero apenas se empleaba en los niños y se economizaba demasiado. Don Ángel, ajeno a todo, no imaginaba las privaciones que vivían sus hijos, porque él había enviado puntualmente el dinero para que tuvieran una vida holgada y excelentes atenciones.

Como don Ángel pagaba desde hacía unos dos meses la presencia de los niños en Santiago, en el momento de su visita ya la familia Feliú había conseguido mudarse para una edificación contigua a la anterior y a la que se accedía por una escalera de húmedas sinuosidades, en un patio interior. Allí las condiciones eran más confortables pero persistía el hambre.

El niño abrió los brazos y se refugió en la corpulencia cálida del viejo. Al verlo, salió corriendo y gritando: «Ahí está Castro, ahí está Castro, ahí está Castro», y se precipitó hacia su padre con alborozo, con un entusiasmo desbordado en agitación y euforia. Belén, la hermana de Eufrasia Feliú, contemplaba conmovida el encuentro de ambos. A pesar de la ansiedad jubilosa de su mirada, el niño tenía los ojos hundidos y los párpados de un color cetrino violáceo. Don Ángel lo notó enseguida, a pesar de las adversidades económicas que presagiaban tiempos muy difíciles y nublaban su

pensamiento; el corazón le dio un vuelco, preguntó alarmado, indagó por qué el niño tenía el semblante pálido y la estampa endeble. En la casa de los Feliú le explicaron que los niños habían enfermado de sarampión y que esa era la causa de la delgadez y apariencia ajada de Fidel y le aseguraron que al desaparecer la enfermedad ya no existía motivo para preocuparse. Con los días, su salud quedaría restablecida.

Don Ángel creyó esas palabras, confió en Belén y moderó sus temores. La muchacha se ruborizó por su propia falsedad. Ella no tenía valor suficiente para decirle la verdad, su carácter débil se lo impedía: «Dios me libre de contrariar a mi hermana», repetía para sí, para convencerse de su parquedad, y justificar su silencio cómplice. No se trataba solo de la convalecencia por la enfermedad como ella asegurara. Sintió pena por don Ángel, a quien ocultó las verdaderas razones del lamentable estado físico de Fidel. Sabía que el niño había bajado de peso porque apenas comía, porque lo tenía enfermo la nostalgia por sus padres y por Birán. Titubeó un momento, pero no se atrevió a desafiar a Eufrasia y al final se reservó sus opiniones. Belén bajó los ojos sin agregar una palabra más, cada una de las que pronunciaba se le antojaban un terrible pecado y en lo recóndito de su sensibilidad, de su alma buena, se sintió avergonzada.

Eufrasia permanecía en Birán durante las clases y solo visitaba la ciudad de vacaciones o en alguna otra ocasión, pero desde la distancia, llevaba las riendas de la casa y no permitía gastos «excesivos», de acuerdo con la desmesura de sus ahorros, gracias a la oportunidad que le

habían traído la providencia y la buena fe de don Ángel y Lina. Podía presumirse que, desde el principio, la precariedad económica de su familia, determinó la insistencia de la maestra por enviar sus alumnos a Santiago, con lo que aseguraba remediar las dificultades.

Néstor, el padre, enfrentó solo la crianza y educación de sus tres hijas, huérfanas de madre desde pequeñas. Ellas estudiaron en Haití o en Francia, nadie podía asegurarlo con certeza, pero su exquisita dicción al hablar el francés y la fineza de sus modales, así lo indicaban. Tal vez eran descendientes de franceses, de los que emigraron a Oriente cuando la revolución de Toussaint Louverture, en 1791, y fomentaron sus haciendas de cafetales y cacao, gracias al conocimiento avanzado de las técnicas agrícolas en sus plantaciones. Los franceses sabían cómo aprovechar las humedades y las sombras, la cal para la fertilización y el trabajo de los esclavos, y difundieron sus apellidos también entre los descendientes de las dotaciones de esclavos, que asumieron los de sus amos. Al menos se sabía que Eufrasia Ruiz, la madre, había llegado a Cuba procedente de Haití en el remoto año de 1872, pero la certeza era relativa pues no se sabía si era la primera vez que llegaba a la Isla o regresaba de algún viaje.

Belén era maestra de piano, Nieves médico cirujano y Eufrasia profesora habilitada. La familia disfrutó una posición holgada hasta el año de 1932, cuando Nieves enfermó de cáncer del hígado y Belén quedó sin empleo, con lo cual, la situación se tornó muy embarazosa en medio de la depresión económica y las convulsiones políticas del país. El salario de Eufrasia era el único ingreso posible y era usual que el gobierno del dictador Gerardo Machado olvidara pagar a los maestros.

A principios del año 1932, Lina había llevado a Raúl y a Angelita a la consulta de Nieves, en su casa de la calle baja de Princesa No. 50. Raúl tenía seis meses de nacido y Angelita nueve años de edad. La niña padecía de la vesícula y Nieves, la hermana de la maestra, le indicó un tratamiento que consiguió aliviarla de las molestias que siempre experimentaba tras ingerir alimentos, y a la que muchas personas atribuían su delgadez, su aspecto de «vara de tumbar gatos». Angelita cumplía el método rigurosamente, atenta a los horarios y las proporciones de los medicamentos, incluso después que Nieves muriera, a los treinta y ocho años de edad, el día 30 de enero de 1933, de aquella terrible enfermedad de piel mustia y cansancios irreparables. Sobre la losa de su tumba, en el Cementerio General de la Ciudad, en Santa Ifigenia, Belén y Eufrasita Feliú colocaron una jardinera de mármol provista de crisantemos y gladiolos. Junto al símbolo de la medicina, tenía la inscripción del dolor en palabras: «Nunca serás bien llorada. A quienes amaste tanto, tardarán en olvidarte. Tus hermanas Belén y Eufrasita».

Toda la tristeza de la tragedia pesaba en la vida familiar y los niños, casi recién llegados de Birán, escuchaban las conversaciones a su alrededor impactados y sobrecogidos por el misterio de la muerte. No se hablaba de otra cosa en aquella casa, que de la muerte y la ausencia de la doctora Nieves.

Al comienzo solo eran Néstor, Belén, Angelita, Esmeralda y Fidel, pero después Ramón visitó Santiago y Fidel lo entusiasmó para que permaneciera allí. Ramón llevaba una pequeña bolsa con monedas que a Fidel le parecieron un verdadero capital para comprar hielo de esencias, siropes, turronec de coco y otros dulces, adquiridos casi siempre en un comercio de la esquina, frente

a la casa del Moro Yidi, un hombre a quien atribuían todos los misterios y exotismos imaginables para un niño ante alguien de ascendencia tan distante. Los fondos de Ramón se agotaron pronto y la situación empeoró.

Todos los días llegaba Marcial, un pariente de las Feliú, que hacía el recorrido diario desde la casa de la prima Cosita, y traía y llevaba la cantina para tres personas que se alargaba para seis y, además, debía dividirse entre el mediodía y la noche.

Lina los había visitado apenas establecidos en la ciudad, pero aún era muy temprano para percatarse de la situación y los niños no sabían cómo explicarse, ni siquiera comprendían bien lo que ocurría.

Eufrasia recibía ciento veinte pesos mensuales, equivalentes en dólares, según la cotización de la moneda en esos años. Era tan frugal en los gastos de manutención de los hijos de don Ángel en Santiago, que transcurridos dos años, viajó a las Cataratas del Niágara, un viaje en aquella época inalcanzable para los ingresos modestísimos de una maestra en una pequeña escuela rural.

Fidel pinchó con el cuarto diente del tenedor el último grano de arroz en el plato, sin saber qué significaba aquel apetito desmedido, una sensación desconocida para él, a quien en la casa de Birán siempre tenían que presionar para que comiera algo, después de probar todas las chucherías imaginables en la tienda, los barracones de los haitianos, la alacena de García o en los alrededores del batey: dulces de leche, empanadillas, mazorcas de maíz asado, miel, guayabas, naranjas, mangos o tajadas de fruta bomba. Lina se resistía a ese mal hábito, ante aquellas comilonas con una frase poética: «grano a grano se le llena el buche a la gallina», convencida de que siempre sus hijos desaprovecharían los almuerzos y comidas preparados con esmero.

En Santiago, a Fidel, comer le parecía una maravilla fabulosa y esperaba la cantina como una verdadera fiesta, sin dejar de pensar en eso todo el tiempo, como una obsesión compartida, porque, en justicia, allí nadie escapaba del hambre y la ansiedad.

Belén les enseñaba meticulosa, la austeridad francesa en los modales, cómo comer, comportarse y sentarse a la mesa. Entre las reglas inviolables figuraba no pedir. Era un barrio de niños pobres y todos sabían eso. Si Angelita, Fidel o Ramón pedían un poco de hielo «rallado», allá iban los otros a contarle a Belén.

Una vez Fidel quiso un centavo para comprar un dulce y ella le respondió con dulzura e impotencia: «no, no te puedo dar ni uno, porque ya te he prestado ochenta y dos». Sentado en un pequeño banco de madera, lo confinaban a la soledad, durante horas en una pequeña habitación donde se acumulaban trastos inservibles. Allí repasaba, en la parte de atrás de una libreta escolar, las tablas de multiplicar y las restantes operaciones matemáticas.

Pero no se trataba únicamente de la pobreza sobrecogedora de la mesa, la pérdida de tiempo o la lejanía de Birán. Las conmociones incluían imágenes violentas, sobre todo durante los días que siguieron a la visita de Castro, en los meses del verano tormentoso de 1933. Los soldados redoblaban el paso frente a la nueva casa en sus recorridos habituales cerca del Instituto, ocupado por la fuerza pública. Unos marinos apostados junto a los altos muros de piedra, no dejaban ni hablar, pasaba un grupo de estudiantes, alguien decía algo y lo golpeaban con la culata de los fusiles.

Llevaba el número de las conmociones con absoluto rigor, pero aún no sabía explicarse qué sucedía, ni qué pre-sagiaba la pólvora de aquel verano convulso. Nadie

indagaba, nadie acudía a los portones, nadie atisbaba por los intersticios de las persianas francesas a esas horas. Todas las prisas se diluían aquella noche que no acababa nunca, parecía eterna, renovada en sus sobresaltos callados. El pequeño corredor donde dormía era como un colgadizo a punto de desbarrancarse por la calle Santa Rita como un torrente de lodo; se estremecían los horcones al pie de la casa; trepidaban las techumbres, y las paredes; tintineaban las miniaturas de porcelana sobre los veladores, y parpadeaba la luz de los candiles. La ciudad permanecía desvelada y silenciosa, detenida en la zozobra de esperar el siguiente estallido. Él habría permanecido más tranquilo en una de las habitaciones interiores, pero allí en la breve y estrecha terraza que daba a la calle, las explosiones lo despertaban una y otra vez. El niño contó veintidós, acaso treinta bombas. Su imperturbable meticulosidad era el resultado de tanta afiebrada soledad en el peligro. Su espíritu había ido curtiéndose tempranamente, precipitado por lo adverso, y ya por siempre sería así. La fibra del cedro resistente estaba en él y las raíces lo afincarian imperecedero en la calma precisa, corajuda, febril de los valientes.

Las explosiones estremecían los crepúsculos. Fidel se desvelaba con los estruendos reiterados de la madrugada y las sirenas de los autos. Los soldados detenían a los transeúntes a esas horas que suponían inapropiadas para andar por las calles. Al pobre Antonio Gómez, el mecánico de Birán, lo encarcelaron por razones políticas, porque era comunista y su condición era un sacrilegio. El niño lo recordaba bien. Con la claridad de las imágenes grabadas en la memoria, veía llegar a la casa de la maestra en Santiago, a la esposa de Antonio. La mujer, muy acongojada, se lamentaba por lo que estaba sucediendo. Sus lágrimas interrumpían la conversación y no le

permitían tomar en calma el café de las visitas. Los labios le temblaban al borde de la diminuta taza, una descolorida delicadeza de porcelana, decorada con margaritas azules y muchachas orientales de abanicos de papel en el pecho y alfileres en el pelo.

Antonio vivía con su familia cerca de la casona de Birán, casi en la ribera del arroyo Manacas, próximo a la tienda y al correo, siguiendo por el Camino Real de la Isla. Su casa era una construcción de madera de dos pisos, ocupada por dos familias. Tenía varios hijos. Su esposa viajó a Santiago para visitarlo y confortarlo en la prisión. Fidel la acompañó a la cárcel, ubicada al este de Santiago, donde terminaba la Alameda. Nunca olvidaría aquél lugar sombrío, de cerrojos, carceleros y rejas. La mujer miró en derredor desconsolada y el niño, impactado, sintió pena por la familia de Antonio. La esposa del mecánico lloraba con desesperación entre las paredes mugrientas, y el niño lo recordaría con un estremecimiento interior siempre.

La excursión a La Socapa era el único recuerdo grato de entonces. La lancha iba más allá de la rada y salía al mar abierto. Angelita temerosa, comenzó a gritar, a desesperarse, porque las nubes anunciaban temporal y el barco oscilaba de buenas a primeras con la violencia de las aguas. Fidel, deslumbrado por el paisaje ante su vista, no se percató del peligro y no entendió a su hermana, que vociferaba y pataleaba sus miedos, su deseo de regresar a la orilla, con el mismo espanto con que vivía los temblores de tierra cada vez que Santiago se estremecía. Por primera vez, a partir de aquella mañana sobre las olas, Fidel tuvo noción de la inmensidad de los horizontes como algo impresionante, y deseó reanudar el viaje marítimo rumbo a las fortificaciones antiguas, en la ruta a la boca de la bahía, a las islas o penínsulas donde las leyendas deslumbrantes.

La batería de La Socapa, el Castillo de La Estrella y el Morro fueron edificados por los españoles para defender la ciudad del francés Jacques de Sores y de todos los piratas y corsarios que diezmaban Las Antillas. Aquella excursión a la francesa, incluida la canasta de mimbre con dulces de leche y guayaba, permanecería en él como un instante de inmensa felicidad.

Durante esa primera estancia en Santiago, los niños nunca visitaron el cinematógrafo ni salieron a pasear. El viaje en barco quedó como una experiencia insólita y fugaz, evocada en las tardes nubladas o estremecidas, por la ventolera del sur. El otro recuerdo grato de entonces era la amistad con Gabrielito Palau, con quien jugaban y compartían en la plazoleta de tierra. Los padres de Gabrielito eran propietarios de un pequeño comercio y su casa, cercana a la de la familia Feliú, era más amplia y tenía mejores condiciones.

Fidel nunca olvidaría que en la primera casita, cuando llovía, diluviaba más dentro de la casa que afuera y se colocaban palanganas bajo los techos agujereados, invadidos por los helechos y el musgo. Los aguaceros torrenciales calaban de humedad todos los rincones. Llegó el momento en que, además de usar pantalones cortos, debía andar sin medias. Los zapatos se le rompieron. Fidel pidió una aguja y los remendó por los bordes con hilo de coser y con toda la habilidad o la paciencia de que era capaz un niño.

Angelita asistía al Colegio Spencer, pero él no hacía más que perder el tiempo y escuchar de lejos las notas del piano de Belén, durante las clases de música o los desahogos de su amargura tecleando La Polonesa de

Chopin. El tiempo se escapaba y no podría determinar si fueron unas pocas semanas, o días, a él por siempre, le parecería una eternidad. La clase se iba muriendo y cada día asistían menos niños a la instrucción musical. Los padres de los alumnos insistían en el cumplimiento estricto de los horarios, porque su dinero no era suficiente como para sufragar muchas horas de tanta inútil preparación, en época de imprescindibles pragmatismos. Belén presentía que sus exiguos ingresos de quince o veinte centavos por discípulo, desaparecerían de un momento a otro y quedaría a la deriva. Ella era un alma dócil. Su apariencia concordaba con su manera de ser, tendía a la obesidad apacible y bonachona, a la dulzura del carácter y al trato afable y benévolo, era en extremo metódica y sensible, tocaba siempre el piano antes del almuerzo. A pesar de ser la hermana mayor, no enfrentaba la autoridad temeraria de Eufrasita, entre otras razones, porque dependía de ella. Además, su espíritu carecía de suficiente intrepidez, temple y resolución para tales beligerancias. Lo mismo le ocurría al padre, quien había trabajado como sastre durante largos años y ahora sentía demasiado agotamiento y pereza como para ir contra la corriente.

La maestra de Birán era la hija menor, pero imponía su carácter dominante. Delgada y estricta hasta en el vestir; lo hacía con una sobriedad adusta. Quizás tenía sus razones y resultaba incomprendida, pero al mismo tiempo, hería.

Lina, casi con la salida de Angelita y Fidel para Santiago, había parido a su quinto hijo. Juana de la Caridad nació el 6 de mayo de 1933, a las ocho de la noche, cuando los cocuyos comenzaban a encender los faroles de sus ojillos despiertos, por lo cual, la madre, no visitaría la capital de la

provincia en largo tiempo y fue don Ángel quien se presentó, con su respetable honorabilidad y suficiente nobleza de corazón como para no percatarse de lo que ocurría realmente, un ser vulnerable al engaño. No fue hasta la Navidad de 1933, que Lina pudo viajar a Santiago. Nadie la esperaba, y sin embargo, Angelita confiaba en su arribo, como única tabla de salvación.

Una noche, la maestra Eufrasita mal interpretó la presencia de la niña en la terraza, donde se «celebraban» Belén y el novio Luis Hibertt, el cónsul de Haití. Angelita solo había ido a despedirse y a desearles las buenas noches con aquellas palabras que se recitaban «hasta mañana, que duerman bien»; pero Eufrasia en su habitual predisposición creyó que estaba mirando y la reprendió sin razones. El disgusto fue tan grave, el sufrimiento de la niña tan profundo, que se sintió atormentada y pasó la noche en vela, ansiosa del amanecer. Desde ese momento, no dejó de implorarle al Cristo de un crucifijo que, por lo que más quisiera, hiciera venir a su mamá. Ponía toda su devoción en esa solicitud, con la creencia de que el Señor la escucharía y atendería sus ruegos.

A la mañana siguiente, Lina llegó en un automóvil de alquiler de la Estación de Ferrocarriles y desandó un tramo del callejón con Raúl de la mano. Se detuvo junto a un puesto de frutas, y compró un saco de mangos Toledo que sería la delicia de los niños. Angelita la observó desde un balcón que daba a la calle y salió presurosa, agitada y feliz, porque se había cumplido su deseo y, desde entonces, confirmaría su devoción con aquella prueba, considerada irrefutable.

Al cruzar el umbral y verles la estampa, la madre se estremeció, consternada ante el abandono y la delgadez

de los niños. Angelita, Fidel, Ramón y Esmérida comieron las frutas con una voracidad exagerada, que a Lina le bastó para comprender lo que sucedía.

Angelita contó con lujo de detalles todas las vicisitudes y penurias vividas. Mucho antes intentó enviar una carta a su casa, pero Eufrosia la sorprendió al salir del baño, donde se había escondido para redactar sus quejas con el sigilo y la ansiedad de no ser descubierta. La maestra se interpuso en el camino y le exigió:

—Déme lo que lleva en la mano.

La niña extendió la pequeña nota manuscrita, sin decir una palabra ni justificar su «atrevimiento».

La maestra leyó la carta y no logró mantenerse imperturbable. Nerviosa la guardó para sí y no la devolvió.

Mientras escuchaba a su hija, Lina iba dejándose caer y entristeciéndose cada vez más, hasta que rompió en sollozos. No quería afligirse en presencia de sus hijos, pero no podía evitarlo, la abrumaba una pena amarga. Levantó la mirada y los vio allí, demasiado callados para no percatarse de que habían crecido. De alguna manera ellos deseaban consolarla, pero no conseguían expresar sus sentimientos. Todo había pasado, Lina estaba cerca y esa circunstancia era su mayor felicidad, la bendición por la que Angelita había orado durante toda la noche.

Ella los llevó a pasear, les compró ropas y zapatos nuevos. Ese mismo día fueron donde el barbero y la peluquera y a La Nuviola, un café-heladería frente a la Plaza Dolores, en el centro de la ciudad, y próxima al Parque Céspedes. Al día siguiente, temprano en la mañana, salieron rumbo a Birán, en el tren de Santiago a Antilla. Se quedaron en el paradero del central Miranda y allí emprendieron el viaje a la finca en aquellos vehículos autopropulsados para avanzar como

locomotoras sobre los raíles. Los herbazales crecidos con las lluvias del pasado verano y la inactividad del tiempo muerto, obstruían las líneas de tal manera, que Quintana, el conductor, los llevó solo hasta Canapú, porque era imposible continuar por aquella ruta endemoniada.

Llegaron a la casa de Joaquín Fernández, un español, militante del Partido Comunista, capataz de una brigada de reparación de líneas, quien tampoco podía hacer nada, porque el pequeño vagón no avanzaba entre tantos matorrales sin el peligro de descarrilarse.

Almeida, compadre de don Ángel, que estaba allí, buscó unos caballos para que hicieran el recorrido antes del atardecer. Lina llevó a Raúl en el suyo; en el otro, iban juntos Angelita, Ramón y Fidel con el júbilo saliendo por los ojos en el viaje de regreso.

A la hora de la comida, la mesa servida en la casa grande de Birán era un verdadero festín para los niños, que devoraron todo en un santiamén ante el asombro de don Ángel, quien hasta ese mismo momento había permanecido incrédulo sobre la intensidad de los esmeros ahorrativos de Eufrasita, hasta el punto de dudar que los niños pasaran hambre.

En la casa nadie quería a Eufrasita, le retiraron la confianza y cuando regresó de Santiago, fue a vivir a la escuela. Ramón y Fidel bombardeaban el techo con unas doscientas piedras lanzadas desde una estiba de madera al costado de la panadería. Las piedras rodaban, hacían un ruido infernal y la maestra gritaba sin descanso, con los nervios de punta por la sorpresa que le provocaba el desafío y la maldición de no poder castigarlos por aquella grave conducta.

Desde su regreso de Santiago, Fidel dormía en una de las amplias habitaciones que se encontraban en la planta principal de la casa y que compartía con Ramón y Raúl. Allí, junto al comedor-oficina del viejo, se encontraba la caja de caudales. Únicamente Juanita, aún muy pequeña, dormía en el ático de la planta alta junto a sus padres. En la habitación que compartían los varones, fue donde años después a Fidel, mientras apuntaba con un rifle Winchester 44 como los que usaba Búfalo Bill en los filmes del oeste norteamericano, se le fue un tiro que le pasó por la frente a Ramón, sin rozarlo. El impacto abrió un agujero en el techo del cuarto y solo milagrosamente no hirió a nadie. Los padres, desde el mirador, se precipitaron escaleras abajo para saber qué había ocurrido. Ramón dijo que se le había encasquillado la escopeta. Pensó rápido y asumió la culpa porque sabía el respeto que Fidel le tenía al viejo.

A Fidel lo desvelaba el ronronear del motor de la panadería, grande y ruidoso como el molino de triturar café o maíz o el de moler carne. Hacía tiempo que vivía lejos del campo, de sus silencios y sonidos susurrantes, tan distinto a la ciudad. En la urbe, los ruidos eran prominentes, no dejaban espacios vacíos a la sensación inquietante y maravillosa de la soledad.

En la finca, no existía el bullicio vocinglero de los cafetines, las calles y los parques, allí se percibían rumoreos, roces, secreteos, insinuaciones: el viento al pasar, el movimiento leve de las hojas de los árboles, del farol crepitante que se balanceaba en el horcón del medio de los bohíos, los grillos en sus deslizamientos sigilosos, la respiración de los animales, el canto de los pájaros, el graznido de la lechuza y el aullido lejano y lúgubre de los perros. Todo contribuía a los temores, a causar cierta aprensión y desvelo.

Fidel escuchó atento después que apagaron la luz de las lámparas de gas. Debía esperar a que transcurriera esa primera noche en Birán y amaneciera para disipar de una vez, la impresión solitaria de la madrugada, acrecentada por las historias sobrecogedoras de fantasmas, aparecidos y bandidos.

Los bandoleros asolaban las serranías y maniguales. Cuando merodeaban en las inmediaciones mismas de Birán, robaban y mataban sin el menor escrúpulo. De solo mentarlos, la gente se atemorizaba. Zafrán, Arroyito, Varela, Nemesio Cortés y el Chino Majaguabo, entre otros, eran los nombres temibles que se susurraban con cautela en los oscureceres o cuando se advertía a alguien que pusiera cuidado en el sendero de regreso a casa, si para ello debía adentrarse en el monte o caminar un trecho largo y desierto. Varela se untaba el cuerpo con sebo, y no había Dios que lo atrapara si se escurría en las penumbras, sin remedio ni consuelo para los habitantes de la localidad.

A Nemesio Cortés dicen que lo envenenó Isidra Tamayo, por orden de las autoridades que lo seguían durante meses en recorridos estériles. A Isidra, la vecindad le pagó sus servicios. El bandido iba siempre a su patio buscando provisiones y ella le brindó café. El capitán de la guardia lo contempló todo, oculto en una pequeña habitación desde donde podía presenciar los detalles con el propósito de atestiguar más tarde, ante los tribunales, el proceder y la muerte del peor de los bandoleros de por todo aquello. El hombre, con la vista nublada, le disparó a la mujer que lo había traicionado, pero no consiguió dar en el blanco. El ataúd permaneció en el corredor de la tienda de Birán largo rato, un día de conmoción general que los niños nunca olvidarían.

La casa se ponía en pie antes del alba. Manuel García venía por el camino, alumbrándose con un farolito a las cinco de la mañana. Ramón y Fidel veían la luz desde la ventana de su habitación. García colaba el café del desayuno y comenzaba los trajines del día siempre cantando: «Mal rayo parta a mal rayo que mi caballo mató, si no fuera por mal rayo, caballo tuviera yo».

Aún persistía la oscuridad y el niño descendía las escaleras del frente con la mirada soñolienta y la satisfacción de sentir la frialdad y el olor a hierba mojada, a terreno fangoso.

Fidel decía que su caballo, de color dorado como un Hereford, era chico pero bastante inteligente. Lo llamaba Careto que significa el de la cara blanca y lo describía inquieto, porque le gustaba escapar; vigoroso y veloz. El niño lo prefería así, robusto, como señal de fortaleza y salud. Cabalgaba desde antes, al pelo o con montura. Se aferraba a la crin y a veces ni le ponía freno. Esa mañana lo buscó en el potrero, donde lo cuidaban con esmero sin permitir que nadie lo montara cuando su dueño no se encontraba en la finca. Le pidió ayuda a Ubaldo, uno de los hijos de Juan Martínez, que trabajaba para el viejo desde que se asentó en Birán. Se fueron a enlazarlo y ensillararlo, con maniobras rápidas y efectivas. Fidel recorría en Careto las cercanías de la casa con los aires de los indios norteamericanos de rostros pintados y cabezas emplumadas, tan célebres entonces en las revistas de historietas. Otras veces, iba con los muchachos del lugar a cazar pájaros, armado de un tirapiedras, fabricado con una horqueta de palo de guayaba y una liga.

Las guasimillas crecían en los potreros y las bandadas de torcazas y pericos volaban a posarse en sus ramas.

Ramón y Fidel, Carlos Falcón y Juan la noche, sus compañeros de aventuras, cazaban lo mismo a las tojositas, las gallinas de Guinea cimarronas que a los choncholíes. También emborrachaban a los patos con maíz y alcohol, como una ocurrencia a la que no daban importancia por su corta edad, o libraban verdaderas batallas, lanzándose naranjas podridas entre los árboles del fondo de la casa.

Los hijos de don Ángel Castro regalaban ropas y víveres de la tienda, tabacos o cualquier otra cosa, a los amigos, a los trabajadores, y sobre todo, compartían con los haitianos de los barracones las mazorcas de maíz asado y la miel.

Fidel andaba libre, con un regocijo inacabable, en medio de la naturaleza familiar del Birán-Castro, como entonces la gente empezaba a identificar la propiedad de don Ángel para distinguirla de las tierras de la United Fruit Company, de los Biranes enumerados según los chuchos de la Compañía hasta La Trocha, donde se desafiaban casi cara a cara, un comercio provisional del gallego y uno de la Compañía norteamericana, en disputa eterna por la clientela en los meses de zafra.

Cuando Ramón y Fidel no se presentaban puntuales a la mesa servida, a la hora del almuerzo y la comida, los amenazaban con enviarlos a un reformatorio en La Habana, donde internaban a los muchachos delincuentes. Al menos por un buen rato, surtía efecto la advertencia. Luego se olvidaban y volvían otra vez a las cándidas maldades; las inauguraban haciendo desaparecer las fustas y los cintos de cuero, que en la casa era costumbre dejar a la vista en uno de los corredores. Lina a veces amenazaba con utilizarlos para castigar las travesuras de sus hijos. Nunca lo hacía, pero ellos tomaban sus precauciones por si acaso, y cuando don Ángel los necesitaba para irse a

azuzar las bestias, entonces no había modo de hallarlos por toda aquella vastedad.

La familia se reconcilió con la maestra después de las vacaciones de Navidad, cuando volvió a insistir en los favores de los estudios en la gran ciudad y el futuro prometedor para los vástagos de la familia si continuaban su preparación en los colegios religiosos. Ya para entonces había pasado el enojo, como aquella vez en que Fidel decidió destruir el mapa de Oriente colgado de la pared de la escuela, porque le parecía inservible si no aparecía en él, el pequeño poblado de Birán. Eufrasia persistió en la necesidad de que los niños retornaran a Santiago para cursar un nivel superior y comprometió su palabra de que no volvería a repetirse la experiencia de antes, una realidad que eludía y negaba categórica. Lina accedió, convencida de que decidía para sus hijos lo mejor, con la voluntad de que aprendieran y llegaran a ser alguien en la vida.

Como en la primera ocasión, Ramón permaneció en la finca, tal vez porque antes había padecido asma y Lina siempre prefería tenerlo cerca. Angelita y Fidel emprendieron el viaje a Santiago sin la ingenuidad de la primera vez, con suficientes reparos como para mirar con dolor cómo se alejaba el paisaje de Birán.

La Salle

Angelita se acomodó en una butaca de madera torneada con aires de mueble de la *belle époque*, de perfiles atenuados y osadías asimétricas. El pelo negro y coposo, destacaba el óvalo redondeado del rostro y los ojos expresivos de una niña, que más parecía una muñeca de porcelana por la blancura y lozanía de su piel. Era de modales correctos y afición a las familiaridades y las conversaciones, de llana y elocuente sinceridad. Se reconocía como temerosa, pero algo en ella anunciaba la firme determinación de pasar por alto el miedo, si alguna vez en la vida resultara imprescindible. Llevaba una blusa oscura, saya plisada y medias largas hasta el borde inferior de las rodillas, con el aspecto serio de los uniformes escolares.

Fidel permanecía de pie junto a ella, enfundado en un traje de marinero que le quedaba corto y acentuaba la largura de sus brazos y piernas y el porte de su figura. Descansaba un brazo en el respaldo del asiento y el otro en el cinturón de cuero que sostenía sus pantalones. La mirada le brillaba y sonreía con una expresión pausada. Le faltaban dientes a su sonrisa. Su hermana era punto de apoyo y ternura. Ella, tres años mayor, sentía responsabilidad por él, unas veces le reclamaba mejor comportamiento,

y otras, compartía sus travesuras con la misma pueril malicia de los de su edad, sin la severidad de sus mayores para enmendarlos. El fotógrafo captó la imagen en un estudio de la ciudad capital de Oriente, la primera vez de su estancia en Santiago.

En el entorno de la casa de la familia Feliú, las circunstancias habían cambiado de manera notable. Belén y Luis Hibbert se casarían y por esa razón, el cónsul haitiano ejercía ya cierta influencia que limitaba la autoridad dominadora de Eufrasita. La maestra ya no podía disponer de la voluntad de su hermana Belén, hasta entonces muy vulnerable a sus arbitrarias disposiciones. Poco después, Néstor Feliú el padre, solo habitaría la íntima región de los recuerdos en el pensamiento de sus hijas. Su cuerpo larguirucho y escuálido claudicó definitivamente ante la lasitud de sus miembros, la fatiga y la persistente tos de sus ahogos. Murió de fiebre pulmonar, a las doce del día del 27 de agosto de 1934, cuando los niños se encontraban de nuevo de vacaciones en el distante Birán, de modo que su memoria no registró aquel momento mustio, de lamentaciones, puertas cerradas a cal y canto y riguroso luto.

Ahora Angelita no tenía que atravesar la ciudad para llegar al Colegio Spencer, al matricular en el de Belén, más próximo a la casa, para ella una bendición caída del cielo. De ese modo, se ahorraba las extenuantes caminatas bajo el ardiente sol de los mediodías. Podía emprender el camino de ida y vuelta con más calma, como un verdadero paseo, mientras detenía la mirada en los portales de las viviendas, los álamos junto al asfalto de las calles, las plazoletas y los parques, los anuncios lumínicos de los comercios, que a esas horas del día todavía permanecían apagados y el andar de los pregoneros de frutas del Caney o de los trasnochados predicadores de futuro.

Ramón aún permanecía en Birán. Más tarde, también volvería a Santiago para estudiar en La Salle.

En la casa de la escalerita, ubicada en el No. 2 ½ de la calle Rabí, no llovía adentro, pero persistía la incomodidad, sobre todo por las noches; Fidel dormía en un canapé de mimbre. Estaba ubicado en un pasillo, cerca de la calle. Santiago continuaba estremeciéndose al oscurecer. No sabía el porqué de las explosiones pero deseaba tener la tranquilidad de dormir en una habitación interior, lejos del retumbar de los tejados y las paredes. El Instituto sin embargo, permanecía en calma. Ya no lo ocupaban las fuerzas del orden público.

Después del regreso de Birán, los hermanos habían percibido aliviados todos los cambios favorables de su situación, pues ya no sufrían las privaciones de la primera estancia, sin embargo, existía algo inalterable: a Fidel tampoco esta vez lo motivaban con libros o clases, ni asistía a colegio alguno. Toda la enseñanza consistía en breves dictados y en repetir las tablas de multiplicar en interminables letanías, una verdadera lástima pues él había adelantado lo suficiente en aquella escuela rural de Birán, donde con apenas cuatro o cinco años había aprendido a leer y escribir. Las mañanas transcurrían más o menos animadas, pero las horas del mediodía eran insufribles sin tener nada que hacer, un verdadero fastidio para su temperamento vivaz, afanoso, imaginativo y dinámico. Todo iba a cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Tras la caída de Machado y el golpe militar del 4 de septiembre, en sus inicios una acción positiva y después, bajo la tutela del sargento Fulgencio Batista y la influencia yanqui, una verdadera pesadilla, porque inauguró un tiempo de represión desbocada e implacable, con los huracanedos vientos que se llevaron a bolina la revolución de 1933,

asumió la presidencia el doctor Ramón Grau San Martín, cuyo efímero gobierno, de septiembre de 1933 a enero de 1934, aprobó las leyes de nacionalización del trabajo, una demanda de la clase obrera cubana, reiterada en congresos y reuniones sindicales desde los primeros años del siglo xx. Los inmigrantes antillanos en medio de su desesperación, aceptaban al precio de su propio infortunio, empleos con pésima remuneración, con lo cual desplazaban a los trabajadores nativos, envilecían los salarios y arruinaban todas las esperanzas en los cubanos del campo por una vida mejor. La situación había empeorado aún más después de la caída de la bolsa de Nueva York, el llamado Jueves Negro de 1929, a partir del cual más de un millón de personas quedaron desempleadas en la isla. La ley se dictó para evitar que los españoles trajeran a los sobrinos o emplearan a otros de sus parientes, precisamente cuando tanta gente necesitaba trabajo en Cuba. Pero todo esto trajo como consecuencia una verdadera crueldad. Sobre los braceros haitianos -muchos de ellos vivían en el país hacía ya largos años- recayó entonces, de manera injusta, toda la responsabilidad de los terratenientes, propietarios y comerciantes.

Hasta entonces, la realidad nacional había ido acumulando desigualdades y ya desde los años veinte, resultaba evidente la total dominación norteamericana, de la que era un ejemplo ilustrativo la situación de la propiedad de las tierras, algo reconocido en pasajes escritos por estudiosos como Leland H. Jenks, con datos de tiempos que ya parecían remotos. Jenks se remitía al mismo Van Horne que había extendido el ferrocarril de Santa Clara a las inexploradas tierras de Oriente, en los tiempos en que la familia de Lina Ruz había hecho el viaje de Pinar del Río a Tana, en Camagüey, donde los contratistas ofrecían empleo en las plantaciones cañeras de

las nuevas compañías azucareras norteamericanas. Decía Jenks en sus anotaciones que para 1906:

(...) Sir William Van Horne había adquirido casi la soberanía de las provincias de Camagüey y Oriente (...). Sólo en la provincia de Camagüey había 7,000 propiedades yanquis. Siete octavas partes de las tierras adyacentes a Sancti Spíritus eran americanas (...)

En un recuento de insatisfacciones, también a los norteamericanos podía imputárseles las desgracias de los braceros antillanos, expulsados en los vapores que desatracaban del puerto de Santiago de Cuba, porque la Nipe Bay Company había sido la promotora de la entrada de haitianos por intermedio de una solicitud de su representante Florentino Rosell, en el año de 1913, a la que el gobierno del presidente José Miguel Gómez había accedido con una exasperante prontitud «por considerar atendibles las razones aducidas por la empresa».

Los niños no entendían entonces asuntos de política y economía, solo sentían pena de aquellos hombres que nutrían la fila, a punto de emprender un viaje forzado y definitivo. Algunos mascullaban su sorda inconformidad, con la frente alta y los puños apretados. Otros andaban con paso lento, los hombros caídos y la cabeza baja, como si ya nada importara. Los pequeños se alarmaron al pensar que decidieran hacer lo mismo con los haitianitos del batey. El barco, con sus dos chimeneas y su vaivén lento en las aguas de la bahía, les causó una gran impresión. Con Luis Alcides Hibbert despedían el vapor *La Salle*, desde la Avenida del Puerto.

Al matrimoniarse Belén y Luis Hibbert, cambiaron los modos y costumbres de la casa. La cocinera disponía la mesa y el servicio a la francesa. A Fidel había que obligarlo a comer los vegetales, porque no era costumbre en su casa ingerir remolachas y zanahorias. En Birán, nunca faltaban el cocido de garbanzos y la sopa de fideos, servían el arroz o el arroz con pollo, la carne, la yuca, la malanga o el plátano, las frutas, el postre y el café. La pequeña oficina era también el lugar donde el viejo almorzaba y comía porque allí, en el silencio apartado, podía escuchar la radio. Luego, don Ángel descansaba a la sombra del portal o en su comedor-oficina, mientras aspiraba con fruición y exhalaba el humo de un puro de los que conservaba en las olorosas cajas de cedro. El hijo recordaba cada detalle ceremonioso, mientras esperaba el almuerzo, sentado a la mesa en la casa de Belén. Don Ángel presionaba los tabacos para saber si tenían la humedad adecuada, después los escuchaba, al menos eso le parecía a él, porque el viejo se los acercaba al oído antes de decidirse a una de sus placenteras fumadas. A punto de encenderlos, los olía, para cerciorarse del aroma a cedro que la madera del estuche había ido infundiéndole al habano. Aquel día de sus evocaciones, habían pasado ya los meses de 1934, las vacaciones del verano y las de Navidad en Birán, el lugar eternamente añorado por los niños. Néstor Felíu ya no estaba en casa. La conversación durante el almuerzo giraba en torno a los estudios de Fidel y don Ángel anunció su matrícula en un colegio conducido por religiosos, una noticia que recibió con alegría y no sin cierto estupor.

En los inicios de 1935, Fidel matriculó para cursar la segunda mitad del primer grado, en el Colegio de los Hermanos La Salle, cuando tenía ocho años de edad.

El colegio, distante de la casa solo seis cuadras, cumplía los horarios de manera meticulosa. Por las mañanas Fidel asistía a clases, a mediodía regresaba para el almuerzo y luego volvía para la sesión vespertina. En la escuela le enseñaban el catecismo y algunos pasajes de la Historia Sagrada y sobre la vida de San Bautista de La Salle, fundador del Instituto de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Según narraban las historias, La Salle fue ordenado sacerdote en 1678, renunció a una canonjía y distribuyó sus bienes entre los pobres. El Papa León XIII lo canonizó en el año de gracia de 1900.

No solo en Santiago, donde vivían los hermanos nuevas y más gratas experiencias, existían razones para regocijarse. En Birán esperaban otro alumbramiento y el 2 de enero de ese mismo año de 1935, nació Enma Concepción, a las cinco de la madrugada, con el despuntar del alba y el rocío silvestre abundante y frío descolgándose de las hojas, las flores y el guano de palma cana de los ranchos campesinos. La niña recién nacida era muy hermosa y la dulce expresión de su rostro cautivó a los padres y a toda la familia.

En ese enero, Fidel y Angelita volvieron a soñar con los regalos de los Reyes Magos: Melchor, Gaspar y Baltazar. En temporada invernal, los niños seguían entusiasmándose con la llegada de los Reyes Magos, les escribían sus cartas con solicitudes de juguetes como para llenar un almacén y satisfacer todas las actividades imaginadas por los chicos. Ponían hierba y agua a los camellos, y se iban a la cama con la ilusión de los regalos y las confituras. Al amanecer, sobre todo para Fidel, la ilusión se transformaba en decepción: por segunda vez, los Reyes le trajeron al varón una corneta, más apropiada para las fiestas de carnaval que para conciertos, pero que de cualquier

modo, resultaba inservible a los ojos de un niño a quien jamás se le habría ocurrido anotarla en la lista de los juguetes pedidos, porque nunca había tenido buen oído para las melodías y mucho menos vocación musical. La anterior corneta era de cartón, y esta segunda que estrenaba el año de 1935 era de cartón y metal. Al año siguiente, en enero de 1936 recibiría la última corneta pero toda de reluciente metal. Este juguete no consiguió nunca maravillar o seducir al niño, quizás habría recibido con mayor emoción, una pelota, unos guantes o un bate para jugar béisbol, una espada o un traje de vaquero.

Con la ceremonia de bautismo, en la Santa Iglesia y Arzobispado de Santiago de Cuba, el 19 de ese mes de enero de 1935, los recién casados Emerenciana, *Belén*, Felíu Ruiz y Luis Alcides Hibbert, le quitaron de encima a Fidel, de una buena vez, el estigma de judío con el que lo reconocían como si fuera un pájaro de mal agüero, por no estar bautizado «como Dios manda», esperando por el potentado don Fidel Pino Santos, y una ceremonia que nunca tuvo lugar. En el acta de bautismo aparecía inscripto como Fidel Hipólito Ruz González. Fue por don Fidel que se decidió su nombre, pues el 13 de agosto es el día de San Hipólito Casiano, y el 24 de abril corresponde al de San Fidel de Sigmaringen por un mártir que nació en esta localidad alemana en 1577, fue abogado y asumió gratuitamente la defensa de los humildes por lo cual se le reconoció como «abogado de los pobres». Cuando tenía treinta y cinco años decidió entrar en la Orden de los Franciscanos y hacerse hermano menor Capuchino en Friburgo y sacerdote. Fue tan célebre como orador y predicador que lo llamaban «Demóstenes del pueblo». Fue asesinado en Seewis, el 24 de abril de 1622, fecha elegida en el calendario para recordarlo.

Mientras escuchaba la música sacra del templo de Dios, con el atuendo blanco y un tanto de indiferencia e incomprensión estampadas en el rostro, hizo su primera comunión, medio año después, el 2 de junio de 1935, poco antes de sus vacaciones de verano, la alegría más grande que entonces podía concebir.

Del automóvil de cranque que Lina manejaba en los años veinte, ya no quedaba ni el recuerdo y en la finca toda la transportación era a caballo, por entre bosques tupidos o naranjales, o por los caminos polvorientos convertidos en lodazales, debido a las lluvias.

Las mercancías se trasladaban en carretas de bueyes, desde Birán, conducidas de ida y vuelta a la estación del ferrocarril a cuatro kilómetros, o al ferrocarril cañero del central Miranda, a un kilómetro de la casa, por el cual se movía un vagoncito traqueteante que utilizaba la familia cuando debía salir de viaje o volver de la ciudad, entre plantaciones de caña y un reverberante azul de cielo.

En la casona del batey no era como en Santiago, donde las luces eléctricas alumbraban el oscurecer de las calles y las viviendas desde 1907. En Birán persistían los faroles, las lámparas de aceite, las velas de cera y los mechones de luz brillante. Resultaba mejor mirarse a la luna de los espejos bien temprano en la mañana, cuando se habían disipado las sombras y los cristales refulgían con la claridad del día.

En una de esas observaciones Lina se descubrió con un vestido de talle a la cintura y falda larga, zapatos de tacón alto y punta estrecha, medias blancas y sombrero de ala breve. Todo el conjunto acentuaba la misma delgadez de sus años juveniles, pero ya tenía algunas líneas en

la comisura de los labios y al final de la mirada de sus achinados ojos vivos. Don Ángel conocía los cambios del vientre y los pechos de su mujer cuando venían los hijos, pero en ese tiempo su figura estilizada era casi la misma que cuando se enamoraron. Él se le acercó por detrás y quedaron mirándose.

Lina detalló a su esposo en el vidrio azogado. Don Ángel Castro llevaba un saco de casimir abotonado al frente, pantalón claro y botas altas de montar. Cumplidos los sesenta años, todavía era un hombre vigoroso, de apasionamientos y sentimientos frágiles.

Ella a veces perdía los estribos, maldecía su estampa de gallo fino y sus ambivalencias. Molesta, le reprochaba sus tardanzas y preparaba venganzas pueriles cuando él regresaba tarde de andarse por ahí, con amoríos pasajeros. Sin embargo, don Ángel siempre volvía a la suavidad de su regazo y a la firmeza de su carácter lo que le resultaba imprescindible para vivir la vida, enamorado hasta el final.

Don Ángel se marchaba esa tarde a los aserríos de los Pinares de Mayarí, para supervisar el corte de la madera con los manguantes de luna, la forma de evitar más tarde, la invasión de comejenes en los horcones y las tablas. Aunque no abandonaba sus colonias de caña para no incumplir los compromisos con el central Miranda, la extracción de madera le reportaba entonces hasta trescientos pesos diarios, un importante ingreso para su economía de inversiones y adeudos. Diecisiete camiones descendían cotidianamente desde la sierra de los pinares con su preciosa y fragante carga de maderos de pino.

Iban juntos don Ángel y su hijo Fidel quien demostraba vocación de explorador durante las vacaciones en casa. A la luz de las fogatas en el campamento de los

trabajadores forestales, don Ángel narraba, siempre en español y olvidado de la lengua gallega, las historias de la guerra, de sus viajes por el Atlántico, de las minas y de sus años como contratista en la United Fruit Company. No se percataba, pero en aquellos recorridos de largas distancias, lejos de la casa, se mostraba mucho más conversador y expresivo. Fidel notaba el cambio de carácter y lo atribuía a la nostalgia, porque el viejo era de contar poco, y reservarse el pasado con el mismo recogimiento de un ermitaño. También creía que el viejo no hablaba la lengua de sus antepasados, acostumbrado al castellano de las gentes de la isla, a la compañía cubana en todos los momentos, incluso en los de amor, y así, en lo íntimo, musitaba las palabras que su mujer podía entender. La floresta restallante de los bosques de copales de resina perfumada, caobas, júcaros, carolinas, cedros, cuabas y marañones, que daban sombra durante el recorrido por las perdidas veredas del monte, o quizás el sosiego, el mutismo y la paz del camino, le transformaban a don Ángel el ánimo severo en una catarata de confesiones y anécdotas, mientras su hijo disfrutaba escuchándolo y viéndolo contento. Había frío y al hablar, el aliento era en la oscuridad, una bocanada de brisa pálida.

En septiembre de 1935, Ramón y Fidel volvieron a reunirse e iniciaron juntos el nuevo curso en La Salle. Fidel cursaba el segundo grado, con nueve años recién cumplidos, y debía volver a la casa de las Feliú cada atardecer. Sus padrinos, Belén y Hibbert eran muy estrictos, lo reprendían continuamente y lo amenazaban con enviarlo interno al colegio.

Tras los primeros meses de clases, pasaron también los días en casa por la Navidad. Después de esas vacaciones

le resultaba difícil adaptarse. Extrañaba a sus padres, no tenía libertad y se sentía solo. Decidió cambiar su vida y rebelarse para que cumplieran la advertencia: había llegado a la conclusión de que estudiar interno en el colegio sería más acogedor y divertido, así evitaría todos los sermones, las reprimendas y reproches, aquella catarata de imprecaciones reiteradas y abrumadoras.

Un día, a comienzos del año 1936 después de los Reyes Magos, por primera vez en su vida desobedeció todas las órdenes, violó los reglamentos, las prohibiciones y silencios de una manera planeada, consciente, como una gran rebelión, al punto de que, efectivamente, sin esperar más, lo enviaron pupilo a La Salle.

Para el niño representó un cambio bueno y radical. Nunca más regresó a los ámbitos de la calle Rabí y sin rencores se acercaría después a su pasado de modo indulgente con quienes lo hicieron sufrir. Se proponía dejarlo atrás; sin embargo, no lo conseguía del todo a pesar de la lejanía, porque las experiencias vividas allí habían sido lacerantes y permanecerían para siempre como un recuerdo áspero. En el Colegio La Salle, podía jugar en el patio con los muchachos a las carreras y los escondites durante el receso, y esa expansión sana, esa compañía maravillosa de los de su edad, lo hacía muy feliz, sentía una complacencia que le permitía también la calma y el sueño profundo durante las noches.

Los jueves y los domingos, la goleta *El Cateto* enrumbaba la proa desde el muelle de La Alameda hacia la península Renté, donde los hermanos del colegio poseían una casa de descanso con áreas deportivas junto al mar. La embarcación navegaba lenta por la bahía, demoraba unos veinte o treinta minutos hasta el muelle en la playa poblada de caracolas de colores, troncos de palma cana y

misterios de barcos hundidos. Hasta allí llegó Fidel con el aire y el olor del mar en los pulmones y la memoria. Sentía toda la felicidad del mundo en aquella vida libre, de pesquerías, natación, caminatas, juegos y exploraciones infinitas.

Ese tiempo se fue volando y llegaron las vacaciones de Semana Santa, una ocasión espléndida porque regresaba a la finca y podía ver de nuevo a sus padres y a sus hermanos más pequeños: Raúl, Juana y Enmita.

En el campo se guardaba un recogimiento rígido y triste ante la certeza de que Dios se moría el Viernes Santo, por eso era imposible e inapropiado alegrarse, bromear, hablar en voz alta o reírse. Aquellos eran días de unción sagrada y la abuela doña Dominga y Lina rezaban con fervor ante los altares. Don Ángel también lo hacía pero más callada y recogidamente, al levantarse y al acostarse. Él era devoto de Santa Bárbara.

Doña Dominga continuaba siendo la pulcritud en persona, lo mismo en los asuntos del cuerpo que del alma: «pobres pero limpios, pobres pero honrados», se le oía repetir como una ley irrenunciable. Lo mismo ella, que don Pancho vivían con la honorabilidad de quienes aprecian su virtud y dignidad por encima de todo, con una decencia incólume, y un orgullo propio que, sin proponérselo, trascendería a sus descendientes. Lina y también don Ángel los conocían bien, por eso, cuando decidían ayudar en algo, lo hacían de una manera discreta, que no hiriera el recato y la respetabilidad de los viejos, para no vulnerar sus escrúpulos.

El Sábado de Gloria llegaba como una compensación a las tristezas y renunciamentos. El cura venía de lejos para los bautizos numerosos y don Ángel apadrinaba una nube de niños.

Fidel se congratulaba de esos días no solo porque veía a sus familiares; la estancia en la finca acortaba más el tiempo que faltaba para las vacaciones de verano.

A partir de septiembre de 1936, Fidel recibía las clases del tercer grado y mostraba un gran interés por la historia fabulosa del pueblo hebreo y sus leyendas. Absorto, observaba las láminas de aquellos acontecimientos.

La Historia Sagrada lo fascinaba por sus crónicas de combates, luchas y guerras y la explicación sobre los orígenes del mundo, la vida, el universo, el hombre, el diluvio universal, el Arca de Noé, la historia de Moisés y las Tablas de la Ley, ilustradas de un modo mágico y subyugante. Con diez años de edad, las narraciones le llamaban la atención, sin menospreciar la Geografía, la Botánica, y otras ciencias naturales. En la lista de preferencias dejaba para el final, la Gramática, una asignatura complicada y densa, de disposiciones y normativas arbitrarias que respetaría con ahínco y concienzuda atención en todos sus textos.

La Matemática no lo preocupaba y se destacaba haciendo dibujos geométricos, una virtud que le faltaba para pintar paisajes o retratos. Se sentía a gusto en las horas de estudio o en las del almuerzo y la comida, cuando tenían lugar las sesiones de lectura para todos. Él era uno de los lectores, casi siempre se trataba de textos religiosos, historias de santos y mártires. Aquel ejercicio le agradaba y sin percibirlo, dejó una profunda huella en su sensibilidad literaria, en sus conocimientos y hasta en sus dotes oratorias, por el énfasis y el tono de sus pensamientos pronunciados en voz alta.

Consideraba las oraciones religiosas una verdadera penitencia. Carecía de suficiente vocación para soportar

impasible el tedio y la demora de las misas y los cultos. Rezaba avemarías y padrenuestros cincuenta veces y al final le resultaba incomprensible lo aprendido de memoria. Las palabras iban gastándose, perdiendo sentido hasta convertirse en una frase ininteligible y vacía. Una sola oración bien pensada, pronunciada despacio, sintiéndola en el alma, valía mucho, mucho más.

Por otro lado, allí y en clases, su imaginación volaba fantásica hacia las batallas, las excursiones al mar, los partidos de béisbol o de básquet y los amores posibles o inalcanzables.

Manuel García andaba con sus lentos pasos de un lugar a otro. Primero preparó el café y luego le brindó a Fidel una taza humeante y olorosa. A continuación puso a hervir la leche, cargó el agua, ablandó los garbanzos en remojo desde la noche anterior, y peló las viandas para el cocido. El joven ocupaba su lugar de todas las mañanas, en un taburete, recostado a la pared de tablas de pino de la cocina. Comenzó a leer los titulares con la entonación que requerían los partes de guerra.

—Vamos con calma, hijo, a ver si entiendo algo —le pidió García, más para recibir explicaciones, que para aminsonar el ritmo de la lectura.

El viejo sirviente arrastraba una pierna al andar, por el reuma de sus huesos. Ya no podía montar ni ejercer su oficio de vaquero. Las articulaciones se le inflamaban al sereno o con el esfuerzo de las cabalgatas, y el dolor era insorpotable. Sentía como si los huesos fueran poco a poco volviéndosele polvo.

Desde que Fidel tenía memoria, García se perfilaba en los espacios de la cocina, quizás el lugar más acogedor

de la casa, donde olía a café, orégano y canela, chasqueaba el carbón, se enfriaba el agua en la nevera y la gente sentía deseos de conversar, de permanecer. Era una habitación cálida y el adolescente pasaba horas leyendo al cocinero en voz alta las noticias que llegaban de España y presagiaban la Guerra Civil.

Los diarios recibidos en Birán eran todos de centro y derecha. El *Diario de la Marina*, militante furibundo de la reacción y el franquismo, informaría de adversidades y derrotas en el campo republicano y el lector consolaría a García, para convencerlo de que los combates no iban tan mal. Los periódicos *El Mundo*, *Información* y *El País*, llegaban desde La Habana y por fortuna, sus noticias resultaban más objetivas. De Santiago se recibía el *Diario de Cuba*.

García era analfabeto, pero intuía certeramente, como quien ha vivido y sufrido mucho. Era un antimilitarista convencido. No quería oír hablar de un cura, por esa conjunción en que el clero y los terratenientes de España habían vivido largo tiempo. Blasfemaba contra Dios y todos los santos del cielo, pero lo hacía en voz bien baja para que Lina no escuchara sus maldiciones anticlericales.

Don Ángel afirmaba que García era comunista. Según él, todos los partidarios de la República eran comunistas. La República había impulsado la reforma agraria, y ello era un indicio radical para que don Ángel estableciera su posición de antemano. El hacendado era uno en su bondad, en su espíritu generoso, y otro en sus ideas políticas conservadoras. No le gustaban los sindicatos, según su opinión, creaban caos, desorden.

Los primeros comunistas que Fidel conoció fueron aquellos españoles, según las candidas definiciones de su padre. En el grupo figuraban el telegrafista Valero, Nono Cid, César Álvarez y García. Don Ángel los tenía

por comunistas aunque no lo fueran y sin que ellos mismos tuvieran idea de lo que significaba serlo. A pesar de su origen campesino humilde, defendía las posiciones e intereses de los propietarios de tierras, solo que ejercía su autoridad de forma patriarcal, venerable y bienhechora.

Los españoles del batey se dividían en partidarios de Franco y afiliados a la República, pero era un antagonismo amistoso por el aprecio familiar que se profesaban. Durante las partidas de dominó discutían y los ánimos se exaltaban, sin embargo, pasado un rato, había desaparecido cualquier vestigio de desavenencias.

El niño simpatizaba con la causa de García, tal vez porque lo animaba un sentimiento noble hacia el cocinero. A veces, permanecía una hora o una hora y media leyendo los despachos cablegráficos que reseñaban los periódicos. Habían seguido juntos los acontecimientos destacados por los titulares y continuarían haciéndolo cada vez que Fidel se encontrara de vacaciones en Birán. En la Semana Santa del año de 1936, el cocinero aguardaba con verdadera impaciencia las sesiones de lectura, sufría con todo aquello y manifestaba un gran interés por lo que ocurría en España. La gente hablaba de su mal genio, pero durante esas horas, reposado y sin ofuscaciones, meditaba ensimismado, mientras andaba la cocina de un lado a otro.

Para esa época ya García vivía a un lado de la casona, en una construcción que antes se utilizó como silo para almacenar maíz y frijoles, y que después, se preparó como vivienda para él.

Cuando enfermó, Lina fue su médico. Uno de los hombres de la finca aseveró: «hay personas que ni con los padres son así; pero ella todos los días le llevaba las medicinas, los alimentos, cuanto él necesitara, a pesar de sus resabios y blasfemias».

Desde comienzos de 1936, estudiaban juntos en La Salle: Ramón, Fidel, Raúl y Cristóbal Boris, un muchacho de los Pinares de Mayarí, hijo del administrador del aserrío de la Compañía Maderera de las Bahamas, dedicada a la exportación de tablones, y probablemente la misma empresa norteamericana que, desde principios de siglo y por cien años, había adquirido los derechos de explotación forestal de las islas bajo la administración de Nueva Providencia y su capital Nassau.

La aureola de familia adinerada se extendió por el colegio gracias a un comentario de Fidel, que aseguró que en su casa ingresaban hasta trescientos pesos diarios; y la noticia derivó atenciones especiales, porque las autoridades del colegio presuponían que el capital de don Ángel sería indispensable y bienvenido en las contribuciones escolares. Fue entonces que se destinó un cuarto solo para ellos, con la convicción cierta de que el gallego era un hombre pudiente.

Lina había ido a visitar a sus hijos mayores, y Raúl, como era sábado y no se impartían clases, y el ambiente del colegio era de niños jugando por todas partes, insistió en que quería quedarse con sus hermanos. Lina salió de la institución y en una tienda cercana, compró ropas y preparó una maleta con lo imprescindible para que el varón más pequeño de la casa, de unos cuatro años y medio de edad, pudiera permanecer en el colegio. Al llegar la noche, Raúl sintió que se encontraba lejos de su mamá y comenzó a llorar. No le habían dejado el biberón y a esas horas, un cura tuvo que ir a buscarle uno a una botica de turno, de aquellas que mantenían de guardia a un farmacéutico para que atendiera las urgencias durante la noche y la madrugada. Raúl era muy pequeño, era algo así como la mascota del colegio, no debía cumplir

los horarios, no asistía a misa, no pertenecía a ninguna clase o grupo, deambulaba por los pasillos, impaciente porque llegara el horario del recreo, que duraba apenas diez o quince minutos, se asomaba insistente a las aulas donde esperaba divisar a sus hermanos, o corría montado en un velocípedo por los pasillos. En una de aquellas carreras chocó contra un piano y se hirió en la cabeza, lo que ocasionó una gran alarma en la escuela. Otra vez, lo pelaron y como no le gustó, él mismo se dio tantos tijeretazos en el pelo que los directivos tuvieron que raparlo, lo que le valió el sobrenombre de Pulguita.

El paso de un camión de bomberos, animó también aquella primera noche. En la mirada de Raúl refulgían todas las picardías de que era capaz, y sobre una banqueta, gritaba:

—Oye, se está quemando Santiago, Cristobita, se está quemando Santiago.

Cristobita comenzó a gritar y a pedir auxilio y solo lograron calmarlo después de que el Hermano Enrique le dio un sedante. En el cuarto, Ramón intercedía entre Fidel y Raúl. Fidel aseguraba la malcriadez de su hermano Raúl e insistía en la necesidad de ponerle disciplina y enseñarle la rigurosidad del régimen escolar; sin embargo, él mismo se comportaba a veces como si tuviera corta edad. Ramón consentía a Raúl: lo bañaba, lo vestía, lo protegía como un padre a su hijo; lo veía aún muy pequeño para someterlo a tantas exigencias.

Con los ruidosos trabajos de construcción del tercer piso, la escuela de los Hermanos La Salle amplió su capacidad de matrícula en 1937. En el acto de fin de curso, la presencia de Raúl causó simpatía porque era bajito y delgado, y cantaba, y se movía con gracia singular en la tarima del escenario: «la puerta de mi casa tiene una cosa,

tiene una cosa, la puerta de mi casa tiene una cosa, tiene una cosa; pero qué cosa, pero qué cosa: que se abre y se cierra como las otras, como las otras».

El auditorio reía con la imagen de aquel niño-duende. Angelita no lo olvidaría nunca, porque se había divertido muchísimo desde su luneta de invitada.

Ese verano, las maletas iban cargadas de todas las estatuas de santos que les fue posible comprar en el Congreso Eucarístico celebrado en el colegio. Lina se conmovió con el gesto de sus hijos y alabó su devoción religiosa, su afán de incorporar nuevas imágenes a los altares de la casa. Hasta don Ángel lo vio con buenos ojos, sin preguntarse de dónde habían salido tantas figuras de yeso, de hábitos coloreados y rostros angelicales. La tormenta se desencadenó después, cuando llegó a Birán la cuenta excesiva, por el valor de todas aquellas esculturas de escaso significado artístico y apariencia grotesca. El hacendado, indignado por el derroche desmedido, los reprendió sin pensar en el odio de Dios ni el castigo de los cielos si los santos escuchaban sus imprecaciones.

No fue el único vendaval. El padre, preocupado porque a ratos aparecían gallinas y patos muertos, buscaba descubrir al culpable. Carlos Falcón y su hermano, a quien llamaban Tropezón; Ramón, Raúl y Fidel utilizaban primero flechas compradas en el Ten-Cents de Santiago, pero después las fabricaban ellos mismos, con corchos, clavos de seis pulgadas y diminutas plumas de ave. La ocasión propicia fue un día de competencia. Disputaban flechar un pato grande. Fidel, diestro ya en el tiro, exclamó:

—¡Por ná, lo engancho!

—¡El que te va a enganchar a ti soy yo!, –retumbó a sus espaldas la voz del hombre a quien más respetaban.

Carlos Falcón creía capaz a don Ángel de adivinar el paso de un temporal. «Un día ordenó picar semilla porque iba a llover y ya el agua estaba en el viento, aunque se veía el cielo limpio. Un par de días más y ahí llegó el aluvión». Reconocía a don Ángel Castro como un agricultor completo:

No hay quien le arranque una naranja, porque se va secando, usted la corta con una tijerita y viene el retoño (...) coge y talla las matas y hay que pintarles el tronco con pintura de aceite, de óleo o zinc y retocarlas, todo de blanco y el naranjal parece abajo un cementerio con sus blancuras y sus sombras.

Durante esas vacaciones de verano, los tres hermanos varones visitaron la casa de Cristobita en los pinares. El retrato del recuerdo los mostraba después, con el mismo sombrero blanco con el que aparecía Fidel fotografiado en un tractor de la finca. El sombrero alargaba la estatura de Ramón, y Raúl sostenía a duras penas un revólver. Como siempre, habían hecho el viaje a caballo. Fidel notaba que el suelo no se volvía un lodazal por la abundancia de mineral en la tierra. El sonido metálico de las herraduras del caballo al trotar sobre el polvo de los caminos, lo confirmaba.

Llegado el tiempo de las vacaciones de Navidad no pudieron ir a casa porque una epidemia de tifus assolaba a los habitantes de Birán, y los padres consideraron mejor que permanecieran distantes, sin correr riesgos.

Por el Día de Reyes ellos mismos adquirieron los juguetes en el Ten-Cents y se convencieron de que los adultos eran quienes preparaban las sorpresas, después de leer las cartas, donde los niños solicitaban la magia de cumplir sus sueños. El espejismo se desvaneció, y quedó en su lugar un desengaño amargo, la pérdida de la primera y más ingenua de las inocencias.

En aquella oportunidad compraron pelotas, bates, guantes..., pero al final los dominó un aburrimiento inaudito en la inmensidad del colegio. Vivida esa experiencia, deseaban el vertiginoso paso del tiempo y se tornaba acariciadora la posibilidad de las vacaciones de Semana Santa, cuando podrían estar de vuelta en Birán.

Septiembre de 1937 parecía un mes de verano por los intensos calores. Al reiniciarse las clases, el claustro profesoral reconoció las buenas calificaciones de Fidel en el curso anterior y le permitieron matricular el quinto grado sin hacer el cuarto. Para entonces, tenía ya once años y en La Salle lo consideraban un buen alumno, distinguido en los deportes, con pronunciación enfática y correcta en las lecturas, disciplinado y serio. Sin embargo, los incidentes con el Hermano Bernardo, uno de los inspectores que tenía a su cargo a los discípulos internos, determinaron que no volviera a esa institución, tras haber cumplido los primeros meses del curso.

Recién llegado de las vacaciones de verano en Birán y durante una de las excursiones a Renté, tuvo lugar la primera desavenencia. Fidel discutió con Iván Losada, un muchacho muy mimado del Hermano, una riña de camisas desabrochadas y separación forzada en medio

del vaivén de la lancha en la bahía, algo muy común entre los niños de su edad.

De esas excursiones, regresaban de noche y subían de La Alameda al Colegio La Salle, por entre las calles del barrio de las prostitutas, que se asomaban a los ventanillos y portones con los rostros embadurnados de pintura, su olor a burdel y sus comentarios mordaces e insinuantes.

Los muchachos iban en dos filas: unos por una acera y otros por la otra. Cada vez que pasaban por allí, aquellas siluetas marchitas, que no respetaban al cura, lo invitaban; haciéndole propuestas lascivas, y parecían congratularse al hostigar a los que llevaban sotana, como si los hábitos fueran una maldición. Tal vez veían en ellos la beatería que las despreciaba, y esa actitud descarada no era más que la furibunda y vana venganza de que eran capaces.

Al llegar del recorrido, Fidel e Iván volvieron a enredarse a puñetazos con la complicidad solitaria de uno de los espacios del colegio, para desahogar de una vez los rencores. Iván Losada salió mal, con el párpado hinchado y una coloración azulada en la piel a un lado del rostro.

El vencedor de la pelea estaba en la Sacristía, en la ceremonia de la bendición, cuando el Hermano Bernardo lo llamó aparte, y sin preguntar razones ni permitir una explicación, le dio una bofetada con todas sus fuerzas; luego, cuando el agredido volvió la cara, lo golpeó de nuevo y lo dejó, no solo aturdido, sino muy humillado, con una dolorosa sensación de desconcierto y herido ante la injusticia.

En noviembre ocurrió el enfrentamiento final. Los alumnos aprovechaban los diez o quince minutos libres antes de la sesión de clases para jugar pelota. Se disputaban la mejor posición. Fidel discutía cuando el Hermano

Bernardo llegó por detrás y le pegó. Desafiante, Fidel respondió con una golpiza desenfrenada hasta que el profesor logró controlarlo.

Después, Fidel intentó justificar su rebeldía ante el director, pero este no quiso escucharlo. No admitió razones.

El Hermano Bernardo asumió la actitud de víctima, de persona ofendida, y las autoridades del colegio optaron por ignorar al estudiante. No le conferían notas de conducta de ninguna índole, silenciaban sus aciertos y lo olvidaban, desconociéndolo. Faltaban cuarenta y cinco días para las vacaciones de Navidad. El tiempo andaba con pies de plomo para él, sentía que aún faltaba una verdadera eternidad para encontrarse de nuevo entre los suyos, donde quizás consiguiera explicar su acalorada reacción, su sensibilidad ante el abuso, su inconformidad con las represalias docentes, su indignación ante el ultraje desmedido y violento del Hermano Bernardo, quien se suponía debía mostrar una conducta madura, serena y comedida al mediar entre los pupilos.

Don Ángel vestía su traje de dril cien con botonadura de nácar, impecablemente limpio y planchado, mientras Lina lo acompañaba a merced de la brisa desde la altura de sus tacones y la levedad de su vestido largo de muselina. La presencia de ambos en la escuela, donde esperaban recibir excelentes referencias de los hijos, causó gran revuelo.

Al final del viaje en tren, ella había sentido náuseas y fatiga. Detenida en medio del vestíbulo, no sabía qué hacer con sus malestares, con aquellas sudoraciones copiosas que le empapaban todo el cuerpo «de pies a cabeza», al decir de doña Dominga cuando alarmada

secaba a sus hijos y los frotaba con alcanfor para evitar los constipados y las neumonías y «no se sabe cuántos demonios más que podían llegarles después de bañarse en el aguacero», una «mala muerte», que los guajiros concebían casi segura si no se conseguía sacar toda la lluvia de los huesos.

Al ver llegar a sus padres en un automóvil de alquiler, Ramón, Fidel y Raúl acortaron el paso por los corredores del colegio con alegría y bullicio dominguero, sin esperar la tempestad que se les venía encima.

Lina, no pensaba en los demonios por exorcizar, sino en un nuevo embarazo, un presentimiento aún sin confirmar, que los niños, por supuesto, no imaginaban. Ellos le vieron el semblante pálido como a punto de un desmayo, se le acercaron para sostenerla y preguntaron si se sentía mal.

—No es nada, solo el agotamiento del viaje y este calor húmedo de Santiago —respondió evasiva, al tiempo que respiraba profundo y alzaba la cabeza, con los ojos cerrados que pronto volvió a abrir, recuperada con la solícita actitud de sus hijos y la dicha de verlos fuertes y cada vez más crecidos.

En el despacho amplio y sobrio del director del colegio, recibieron con todo merecimiento y protocolo a la pareja, pero les presentaron un catálogo de lamentaciones, quejándose del calamitoso proceder de sus hijos. Las autoridades colegiales consideraban indisciplinada, desafiante e inaceptable la conducta de los discípulos: «dejan mucho que desear su corrección, su apego a las normas, a la obediencia», repetían en su furibunda defensa con preceptos de rectitud e inflexibilidad en un gimoteo mezquino y poco comprensivo hacia los niños. Pero para los padres de un peso incontestable.

Lina y don Ángel escucharon en silencio, porque no podían dar crédito a lo que ocurría y además, se sentían avergonzados ante aquella andanada de versiones que presumían fundamentadas.

La conversación se prolongó sin que don Ángel y su esposa supieran qué hacer o cómo disminuir las molestias que sus hijos habían ocasionado. Mientras el director refería su contrariedad por la conducta de los Castro Ruz, don Ángel demostraba aparente aplomo sin dejar de fumar, con una lentitud que contenía su enfado.

Los niños se percataron del disgusto que fruncía el ceño de don Ángel y Lina al salir de la entrevista. La expresión presagiaba reprimendas y sermones, aunque sus padres guardaron silencio durante el viaje de regreso a la finca.

Todavía no sabían con certeza qué habían informado a sus padres pero, a juzgar por la severidad del castigo y las palabras de don Ángel, las autoridades de la escuela contaron la versión más conveniente a sus intereses. Fidel sentía que en su casa creyeran esos comentarios tan injustos.

Más tarde, sentado en el portal de la casona, don Ángel contaba a todas las visitas lo que el director aseguraba de sus hijos: «Son los bandoleros más grandes de la escuela.»

Quienes lo escuchaban no conseguían discernir a ciencia cierta si narraba las historias con enfado o si por el contrario, don Ángel sentía algún regocijo interior, apenas insinuado en el tono de las frases que paladeaba en el recibidor una y otra vez. Quizás lo asombraba el desafío de los varones de la casa ante la rigidez del colegio y no podía reprimir íntimamente, la sensación ambivalente e inconfesable de repulsa y aprobación. Sin embargo, no

importaba mucho lo que meditara o sintiera, estaba convencido de que resultaba una pérdida de tiempo enviarlos a Santiago, separarse de ellos para nada, si en realidad no progresaban en los estudios. Había adoptado la decisión de que permanecieran en Birán, donde el trabajo los haría hombres, como lo habían formado a él los sufrimientos y esfuerzos a lo largo de la vida. Ninguno de sus hijos volvería a estudiar porque emplear dineros con ese propósito, resultaba un verdadero derroche.

A César Álvarez, el tenedor de libros, don Ángel le encargó imponer una larga lista de cuentas matemáticas a Fidel y a Ramón para que las resolvieran, como sanción merecida a tantos atrevimientos y beligerancias. El oficinista utilizó un libro de tareas de la escuela como guía para aplicar el correctivo. Por fortuna, Ramón poseía también el folleto de respuestas. Lo había conseguido antes, con el Hermano Miguel, en el propio colegio de La Salle, donde, por oficiar como monaguillo, tenía amistad con algunos sacerdotes y profesores.

Por el cuaderno de las soluciones copiaban los resultados para disminuir el tiempo de cálculo y salir pronto al campo, a divertirse, a saciar su ansiedad de sol y libertad. A pesar de ello, no siempre podían escapar; la tarea asignada consistía en trabajar durante horas en la tienda y la oficina, lo cual los retenía casi toda la mañana, cuando el clima era más benevolente con las bestias y resultaba posible transitar las veredas del monte con la fresca humedad del rocío como una bendición que acortaba las distancias. Al írseles la mañana en la contaduría, ya no era atrayente la idea de perderse por ahí, entre los naranjales y los potreros a la búsqueda de aventuras nuevas.

César Álvarez, asturiano inteligente, de escasa estatura y complexión gruesa, usaba pantalones de montar tan amplios que lo hacían parecer aún más bajo y robusto. Buen amigo de Fidel, le narraba historias de Grecia y Roma y despertaba el interés por los personajes de la literatura y la vida con una asombrosa locuacidad al narrar, como si tuviera el don de los juglares, aquellos contadores de historias que iban cantando de pueblo en pueblo. Fue él quien primero le habló a Fidel de Demóstenes, el gran orador, que se ponía en la boca una piedrecita para enmendar su fastidioso tartamudeo. César impresionaba por sus nociones de inglés, italiano, griego, alemán, latín y francés. Fidel lo escuchaba traducir frases completas, pronunciarlas con fluidez y charlar con la maestra Eufrasita en el francés de la casa de Santiago, tan depurado y melodioso como aquel que conversaban las hermanas Feliú y del que ellos no comprendían una sola palabra. La letra gótica de Álvarez admiraba a Ramón. Nunca antes había visto rasgos tan depurados, delineados y perfectos. Los trazos parecían dibujos o jeroglíficos antiguos.

El contador llegaba al amanecer. Día tras día, a la misma hora, abandonaba el lecho cálido de Emiliana, su mujer en la viudez, una mulata espigada y recelosa que no permitía a don Álvarez tomar el café de los peones, porque «sabe a flor de muerto».

Cuando terminaba la jornada en la oficina repleta de libros de contabilidad, vales y solicitudes, se iba apurado a donde Emiliana, a la casa situada un kilómetro más allá, en un promontorio leve del terreno, donde toda la rutina de sus días se volvía polvo, ante la seducción de las transparencias que Emiliana vestía en los atardeceres y el galanteo del café recién colado.

Fidel agradecía las horas de conversación fascinante con el oficinista. No olvidaba su deferencia al hablarle y estimular su curiosidad, en medio de tantas ocupaciones y papeleos, y defendía el criterio de que debía ser abogado, una carrera para la cual, César Álvarez consideraba que Fidel tenía todas las condiciones.

Jesuitas

El 7 de enero de 1938, cuando debían viajar a Santiago, don Ángel no los envió de regreso a la escuela. Raúl con seis años, permanecía ajeno a todo. Ramón, en cambio, estaba feliz porque quería ser tractorista y mecánico y eso era posible en la vida del campo, en la finca de su padre. Fidel, por el contrario, no se resignaba a esa decisión, sobre todo porque lo castigaban sin razones válidas, sin escuchar su versión de los hechos. Había sido víctima de la agresión física, de la violencia, de la barbarie y la inhumanidad y lo consideraba una humillación muy grande.

Decidió hablar con su mamá, confiar en su sensibilidad y preocupación por la educación de los hijos, porque ella no quería para ellos una vida de escasos conocimientos, de poca preparación. Ella tenía suficiente luz natural y lo veía con claridad: el futuro de sus hijos no dependía solo de la fortuna, también eran imprescindibles los estudios. Fidel explicó primero y luego, exaltado, amenazó con quemar la casa, en un arrebato de rebeldía. Lo aseguraba para impresionar y la madre sabía que solo eran palabras, amenazas fútiles. Lina conversó con don Ángel. Insistió y apoyó su deseo de superación, sus deseos de estudiar. En realidad lo hacía por pura satisfacción,

porque intuía que el niño no mentía, y ponderaba que Fidel había sido un buen estudiante y merecía que su criterio y sus deseos se tuvieran en cuenta.

Con paciencia Lina disuadió a don Ángel, quien al final accedió y dispuso el viaje a Santiago, para matricular a Fidel en el Colegio Dolores, de la Compañía de Jesús. También visitaría a don Fidel Pino Santos, entonces en campaña electoral como candidato a representante por el partido del gobierno.

El viejo lamentaba a veces la presencia de los funcionarios estatales e inspectores, no porque exigieran el cumplimiento de las normas establecidas, sino porque eran corruptos, de cualquier modo había que entregarles dinero, sin importar cómo marchaban los establecimientos comerciales o las plantaciones agrícolas. Del gobierno profería críticas sin mucha acritud ni amargura, atribuía los problemas a los políticos corruptos y la mala administración, sin mencionar para nada las influencias y predominios de los norteamericanos, a quienes trataba con amistad y apreciaba por la capacidad organizativa y la eficiencia demostrada en el manejo de los centrales. Don Ángel mantenía excelentes relaciones económicas con ellos, a pesar de la competencia comercial y el constante forcejeo silencioso de linderos con la United Fruit Company.

Al principio, los norteamericanos que visitaron la casona no eran los que trabajaban en la United Fruit Company, sino los ejecutivos de la Warner Sugar Corporation, de la cual era una subsidiaria la empresa Miranda Sugar Company, compañía propietaria de una cadena de centrales diseminados desde la costa norte hasta la sur, y con la cual tenía contratos su padre. Fidel los observaba durante las conversaciones en la oficina administrativa, cuando definían la cuota de producción cañera con destino a la fábrica

de azúcar –un asunto de la mayor importancia–, o al degustar los vinos de España en la sala principal, al tiempo que comentaban las actualidades noticiosas para salir más tarde a recorrer la finca.

Al primero que Fidel recordaba era al administrador del central Miranda, después otros se mencionarían y recibirían en la casa, Morey, el administrador del central de Marcané, de la Altamira Sugar Co., y los de las empresas o compañías, siempre bonantes y poderosas, que invertían de importancia a los ejecutivos y los accionistas que vivían en Nueva York o en otras ciudades de los Estados Unidos. Llegaban a aquella localidad pequeña, casi perdida en las geografías, precedidos por grandes inversiones de capital, en colosales y modernas industrias o en la extensión de las líneas ferroviarias. Los puestos ejecutivos de mayor nivel los ocupaban los norteamericanos y los otros, de menor envergadura, empleados cubanos. Vivían en barrios exclusivos, en pintorescos *chalets* rodeados de áreas verdes, portales, puertas y ventanas recubiertos de tela metálica, y bendecidos por el privilegio de la luz eléctrica, con un confort inusitado y tentador que humillaba a quienes no tenían esos privilegios y los observaban desde lejos.

Era una sociedad local muy singular, donde los norteamericanos disponían también de la voluntad y el destino de la gente. A los trabajadores más allegados los distinguían con ciertas consideraciones y a los braceros antillanos y los cubanos al borde de los caminos, les reservaban una despiadada explotación –fría, calculada, y diligente– lo que les permitía mantener el orden, la eficiencia y los jugosos dividendos.

Sin desdeñar aprensiones, cualquier autoridad, norteamericana o no: alcalde, senador o representante,

merecía en casa de don Ángel todo respeto y consideración. Tampoco titubeaba al apoyar a su amigo don Fidel Pino Santos, en sus aspiraciones políticas, tal vez sintiéndose obligado o comprometido por el carácter de la relación personal y económica que siempre habían sostenido entre ellos, se adentraba febrilmente en las campañas que más parecían una empresa comercial que asunto de ideas elevadas.

En el cuarto de Fidel, Ramón y Raúl se encontraba la caja de caudales de don Ángel. Ellos, lo escuchaban andar en los mecanismos de la combinación y distribuir a los sargentos políticos, las sumas de dinero para comprar votos en favor de don Fidel Pino Santos, a pesar de los reparos de Lina, opuesta a aquellos manejos por considerarlos un derroche innecesario de las finanzas.

Durante el viaje de diciembre de 1937 a Santiago, poco antes de la Navidad, Lina asistió a los funerales de Exuperancia Martínez Gandol, la esposa de don Fidel Pino Santos, fallecida el 19 de diciembre de ese año. La acompañó Angelita, cuya memoria evocaría siempre aquel momento sombrío.

El viejo deseaba aprovechar la oportunidad de su visita a la ciudad para saludar a su compadre y confortarlo.

Ramón se quedó en Birán y a Raúl lo enviaron a una escuela cívico-militar, de las que había creado con afanes de ganar prestigio, el otrora sargento Fulgencio Batista, la figura siniestra que después del golpe militar del 4 de septiembre, tras la caída de Machado, traicionó las aspiraciones revolucionarias, y plegó la situación nacional de modo abyecto a los intereses yanquis. En cada una de aquellas escuelas del ejército, el maestro era un militar y los recursos superaban los de las pobres escuelas

públicas. Raúl estudiaba como a cuatro kilómetros, en Birán I, un lugar no muy lejos de la casa. El maestro militar, listo y complaciente con quienes ocupaban una «buena posición», confiaba en que se ganaría la voluntad del hacendado si consentía a Raúl, el menor de sus discípulos, razón por la cual le permitía todo, y Raúl se sentía a sus anchas. Poco tiempo después, el maestro militar obligó al niño a aprenderse de memoria un discurso que debía pronunciar frente a Batista, en una visita a La Habana: «en nombre de los alumnos de la escuela cívico-militar de Birán I, pedimos a usted que haga teniente a mi sargento...» Efectivamente, a Armando Núñez, lo ascendieron y lo nombraron en una escuela técnica, de un nivel superior al de primaria, en Mayarí, adonde llevó consigo a Raúl. Sin embargo, el alumno era muy pequeño y no podía permanecer allí, por lo que, Armando lo envió a Santiago, a vivir con unos parientes en el barrio de Los Hoyos, donde estuvo hasta el día en que Lina fue a buscarlo a Mayarí y no lo encontró. Enseguida, la madre fue por él, que estaba feliz en aquel lugar, donde asistía a una escuelita pública, compraba en la tienda, pedía la ñapa y jugaba pelota y bolas, con los muchachos de la casa.

Angelita viajó de nuevo con Fidel. Don Ángel los encomendó en Santiago al cuidado de una familia amiga, que vivía en una casa esquinada en la calle Calvario. Ella ingresó en el bachillerato y él externo en Dolores, para concluir el quinto grado. Ese mismo día, el 11 de enero de 1938, matriculó en el nuevo colegio y lo inscribieron por primera vez en el Registro Civil de Cueto, provincia de Oriente, con el nombre de Fidel Casiano Ruz González, Folio No. 258, Tomo No. 10.

El dueño de la casa, don Martín Mazorra, propietario de una tienda llamada La Muñeca, donde don Ángel compraba ropa masculina para su almacén en Birán y para su familia, era un hombre bajito y menudo, de aspecto flexible y reposado. Conservaba su autoridad a la sombra, sosegado y hermético, solo sobresalían su carácter y mal genio si debía imponerse en algo. Carmen Vega, su mujer, una mulata de origen humilde, vistosa y emprendedora, vivía pendiente del orgullo social, las buenas costumbres y las vanidades de figurar entre lo mejor de lo mejor, por lo cual, la familia tendría pronto una casa nueva en el barrio alto de la ciudad, en Vista Alegre. Carmen tenía tres hijos, el mayor de un primer matrimonio, el segundo era Martín que estudiaba para piloto en los Estados Unidos, y Riset, la más pequeña de la familia.

De los hijos con don Mazorra, la muchacha era la más avispada. Riset cursaba el tercer año del bachillerato. Fidel lo sabía por las listas blancas en la saya de tachones azules. Trigueña, con la piel cobriza y lozana de las mestizas, algo gruesa, se le notaban las protuberancias sinuosas del cuerpo. Su presencia animaba el ambiente como un carrusel, era alegre, bulliciosa y natural. El adolescente la amaba, con ese amor platónico de la edad en que los muchachos se fijan en una joven mayor y le siguen los pasos con la mirada, se ruborizan solo de verla o callan en el momento ideal para las declaraciones.

Los anfitriones adoptaron desde el principio una actitud severa, y le exigían lo imposible, sobre todo por quedar bien con el hacendado de Birán. Aspiraban a que las calificaciones de Fidel fueran sobresalientes, sin tener en cuenta el problema vivido antes en el Colegio La Salle, el rigor superior de los jesuitas, el atraso con que se había incorporado a clases, y mucho menos, el período

de adaptación a las nuevas circunstancias. Ellos no se conformaban, no se resignaban a la existencia de ese período imprescindible para el alumno, durante el cual, le resultaría difícil despuntar como destacado del curso.

Fidel sentía atracción por algunas de las asignaturas, como la Geografía General, referida a los viajes a la Luna y a Marte, los astros y el espacio cósmico, pero a pesar de su fascinación, sus notas eran más bien bajas.

Si no lograba buenos resultados en las evaluaciones cotidianas, le retiraban el dinero para ir al cine, tomar helado o comprar la revista *El Gorrión*, una publicación argentina de historietas, que llegaba con puntualidad a los estancillos y se vendía por cinco centavos. Leía *De tal palo tal astilla*, una novela del oeste, inspirada en los éxitos del cinematógrafo. La sala oscura lo embelesaba. Permanecía horas ante la pantalla donde rodaban vertiginosas, las imágenes de las películas de vaqueros como Tom Mix y Buck Jones, enfrentados a disparos y puñetazos en las áridas regiones y los bares de la América del Norte.

Por ese tiempo vio el filme *La carga de los seiscientos* que se desarrollaba en el siglo XIX, en la India. Disfrutaba las películas cómicas, como las de Cantinflas, o las de aventuras en la selva, como las de Tarzán. Lo fascinaban también las maravillas de Charles Chaplin, con su Charlot, hombrecillo frágil, dinámico, de una elegante y tierna comicidad, convencido de la gran belleza del silencio, apoyado en su bastón, enfundado en su viejo y raído traje, bajo el amparo de su sombrero hongo, su generosidad y su tristeza.

Una victrola cantaba en los portales los tangos de Carlos Gardel, la voz portentosa de Río La Plata, que se

esfumó en el viento por un accidente de aviación en junio de 1935 y era, desde entonces, una presencia poética y legendaria. Las grabaciones de la RCA Víctor reproducían sus canciones con una nitidez de cristal, entre acordes de bandoneón, guitarra y leyenda. Aquel aparato sonoro le recordaba siempre el viejo fonógrafo de Birán. En realidad disfrutaba mucho las mañanas de domingo y los atardeceres de cine, cuando la sonrisa de Libertad Lamarque inundaba la sala del cine los fines de semana.

Toda esa alegría se desvanecía el lunes. Inconforme con tantos requerimientos, indagó y descubrió la manera de eludir las prohibiciones, aunque sus calificaciones no fueran altas. Inventó en la escuela que había extraviado la libreta donde registraban las notas, como constancia para los tutores. Fidel buscó un nuevo cuaderno donde los profesores anotaban las puntuaciones verdaderas y él firmaba en el lugar que correspondía a los tutores. Otro cuaderno, donde el alumno anotaba resultados muy buenos pero falsos, era el que mostraba en su casa.

El problema se desató al final del curso, cuando los tutores asistieron a la ceremonia con la esperanza de que él figurara entre los mejores alumnos. Tuvo que idear en el momento una explicación válida:

—¡Ya sé lo que pasó! Como ingresé después del mes de diciembre, me faltan tres meses, y al computar lo obtenido, el total es menor que el de los demás. Por eso no puedo alcanzar los premios.

Desde un inicio, la profesora Emiliana Danger Arignan, impresionó a Fidel. Corpulenta, de nariz ancha, cejas pobladas, labios carnosos y ojos pardos más bien saltones, su estampa vigorosa no compaginaba con la

delicadeza de su voz y la distinción de sus ademanes. El día que la conoció llevaba un vestido negro de flores malvas, y al cuello una cadenita con la medalla de la Virgen de la Caridad del Cobre. La profesora había nacido el 26 de julio del año de 1900 y aunque era joven, parecía haber perdido la esperanza de tener hijos propios, quizás por esa razón, más allá de su rigor profesional y sus virtudes pedagógicas, se compenetraba de un modo especial con los discípulos, los escuchaba con apacible interés y los alentaba en sus progresos, apuntaba ideas, sugería títulos, proponía laminarios o indagaciones en los libros y diccionarios. La educación y la cultura se desbordaban en su hablar, su actuar y en el porte de toda ella. Su familia haitiana era de ascendencia francesa, pero los hermanos habían nacido todos en Santiago de Cuba, la ciudad del Caribe con balcones moriscos, enrejados coloniales y calles sinuosas, empinadas y a la vez, despeñadas al mar abrupto y profundo, en el límite cercano de la fosa de Bartlett.

Maestra de extraordinarias virtudes, trabajó primero en la Academia Spencer y luego, como profesora de primaria superior y de preparatoria en el Instituto de Santiago. Durante esas vacaciones, Angelita debía aprestarse para el curso de ingreso y luego pasar al bachillerato, lo cual requería vencer varios exámenes, por eso no viajó a Birán, y junto a ella permaneció su hermano.

Aquella mañana memorable, la profesora abrió sobre la mesa un libro voluminoso, de unas mil quinientas páginas, y comenzó la maravilla. El texto, como una enciclopedia ilustrada, trataba sobre todos los asuntos y temas imaginables. Emiliana Danger impartía clases a domicilio e iniciaba las sesiones correspondientes a la instrucción de Angelita. Fidel quedó suspendido en el

aire, absorto ante las amplias, minuciosas y deslumbrantes explicaciones de la maestra. A partir de entonces, conoció el ansia de saber, mostró interés y vocación ardorosos para el estudio. Durante las conversaciones, se sentía encandilado por aquella catarata de conocimientos, y por el encantamiento en que lo sumergía la voz pausada y sabia de la profesora, a lo cual, él respondía con esmero en el repaso de los asuntos y haciendo numerosas y sustanciales preguntas.

Impresionada, la profesora propuso al discípulo voluntario, un plan para que hiciera el ingreso y el primer año del bachillerato simultáneamente, de tal manera que cuando alcanzara la edad estipulada pudiera presentarse a los exámenes.

A los ojos de la maestra, él era un niño avisado, atento y de nobles sentimientos, de una inteligencia proverbial. A veces se incomodaba, pero enseguida iba con cariños y besos a pedir disculpas y a reconocer que se había excedido. Esas buenas acciones conquistaron a Emiliana, a la que siempre tendría presente porque fue quien por primera vez lo estimuló en los estudios, despertó su curiosidad y su interés por saber, lográndolo además, con cariño, como el orfebre con una de sus piezas preferidas a la que debe pulir no solo los perfiles, sino también el alma.

En septiembre de 1938 comenzaron a deshojarse los árboles y la radio presagió muy activa la temporada ciclónica, especialmente para ese mes y el venidero octubre. A Fidel se le acentuaron las molestias de un lado del vientre. Los doctores lo examinaron y decidieron el ingreso en la Colonia Española, donde los enfermeros vestían batas blancas y abultadas sobre los pantalones largos.

La intervención de apendicitis concluyó con éxito, pero la herida se infectó y el paciente permaneció hospitalizado durante tres meses.

Todo era blanco y triste. Olía a alcoholes, jarabes y ungüentos, un olor penetrante, nauseabundo. Eran ajenos los rostros que murmuraban algo junto a él después de que concluyera la intervención quirúrgica con anestesia local. Reparó en la luz que de soslayo penetraba por los altos y estrechos ventanales. Intentó incorporarse y un dolor agudo lo quebró hacia atrás. Giraban el techo, las paredes y la gente, los mosaicos del suelo, el sopor intenso de la habitación ascética y la bombilla de luz eléctrica en lo alto. Extenuado, se dejó caer sobre la cama de sábanas blanquísimas. Así, acostado y casi sin moverse, tendría que permanecer durante siete días. Pensó en su familia y la echó mucho de menos.

La primera noche de convalecencia, lo atendió Riset Mazorra Vega, la joven diligente que él amaba y a quien nunca se atrevió a confesar sus sentimientos. A pesar del dolor en la herida y los malestares de la operación, el niño se sentía complacido de tenerla tan cerca y preocupada por él. Durante los días que siguieron, Ramón lo visitaba de vez en cuando. Había pasado un tiempo con Raúl en casa de *madame* Danger y en la del comerciante Mazorra, antes de matricular en el Colegio Dolores, donde a partir de entonces acompañaría a Fidel. De Birán, Lina no podía viajar a verlo porque recién había dado a luz a Agustina del Carmen, el 28 de agosto de ese propio año 1938, a las cuatro de la tarde, cuando comenzaba a nublarse el día y el viento de los pinares presagiaba temporal de verano. El viejo se encontraba inmerso en la vorágine abrumadora y tensa del trabajo en la finca como para emprender de súbito un largo viaje por esos caminos del demonio.

La posibilidad de cumplir el plan de la profesora Danger se desvaneció del todo, aquella idea acariciada con entusiasmo voló por los aires. Matriculó con doce años cumplidos el sexto grado; sin embargo, no asistió a clases hasta reponerse.

Cuando estuvo mejor no se le vio apesadumbrado. Volcaba su natural disposición en la lectura, y a ratos, bajo el influjo de lo que le había sucedido, diseccionaba inofensivas salamandras. Casi todo su tiempo lo empleaba en visitar a los demás convalecientes, contarles historias, indagar por sus dolencias, interesarse en sus vidas, escucharlos y asistirlos con la devoción de las monjas o los buenos médicos; solo los enfermos infecciosos, completamente aislados, no estaban al alcance de sus afanes solidarios. Tenía el don de las relaciones humanas y de la comunicación, eso nadie podía dudarlo después de conocer su preocupación por los demás. Su voz era conocida y su presencia se tornaba revuelo de buen augurio en las cruciales y frías salas de recuperación, donde nunca nadie pudo predecir, al verle en solitario, la estampa desgarrada, desaliñada la apariencia y precoz su locuacidad, que viviría tan acompañada su estancia de hospital, aquel adolescente sensible, afectivo, serio, cuyas palabras animaban el recinto de paredes blanquecinas y aromas alcanforados.

Carmen Vega, la esposa del comerciante Mazorra, no previó algo así; pero el adolescente ya no soportaba tantas normas y restricciones. Después de la permanencia durante varios meses en el hospital, luego de entablar amistades y crear afectos nuevos, Fidel no se acostumbraba al castigo del encierro obligado para estudiar, a la estrechez de los

veinte centavos a la semana, la misma cantaleta en relación con las notas y las amenazas de enviarlo interno al colegio.

Solo recordaba con agrado la presencia maravillosa de la maestra Danger, los encantos de Riset y por supuesto, la audición por radio de la pelea de boxeo entre Joe Louis y el alemán Max Schmelling, a quien algún tiempo después el periodista italiano Curzio Malaparte describiría:

Max Schmelling parecía ensimismado, con la cara algo inclinada sobre el pecho, mirando a cada uno de los comensales, con una mirada a la vez tímida y firme. Tenía una estatura un poco más elevada que la normal, de formas suaves, de espaldas redondas y de modos casi elegantes. No se percibía que bajo aquel traje de franela gris, de buen corte, que seguramente procedía de alguna sastrería vienesa o neoyorquina, se hallaba oculta toda su gran fuerza. Tenía una voz grave y armoniosa y hablaba con lentitud, sonriendo, no sé si por timidez o por ese inconsciente sentido de confianza en sí mismo que poseen los atletas. La mirada de sus ojos negros era honda y serena. Su rostro se mostraba serio y amable. Estaba un poco echado hacia adelante, con los antebrazos puestos en el borde de la mesa, mirando con fijeza ante él, como si se hallara en el «ring» listo para la defensa (...)

Joe Louis era conocido como El Bombardero de Chocolate y echó por tierra con sus puños el predominio blanco en el boxeo, frente a ochenta mil espectadores en el Yankee Stadium de Nueva York, donde también se dilucidaba la supremacía de los Estados Unidos de Norteamérica

o de la Alemania hitleriana. Los angulosos hombros de Louis y su proverbial musculatura adosada al espíritu profundo y a las angustias de sus ancestros, se impusieron a Schmelling, aquel 22 de junio de 1938, cuando logró propinarle una contundente derrota, en una pelea revancha, con un nocaut de leyenda en el primer asalto, una contienda que se esperaba como fatigosa y larga, con no menos de quince rounds. El salvaje y frenético impulso de Louis en las golpeaduras, le quebró dos vértebras al alemán, en el combate fugaz de dos minutos y treinta y cuatro segundos, un empuje que le llegaba quizás de la frustración de 1936, cuando Max lo había vencido y él era aún solo un aprendiz del cuadrilátero.

La audición de aquella pelea histórica, despertó las expectativas de todo el mundo y atrajo la atención de Fidel, que lo mismo acercaba el oído a la radio, que propinaba golpes al aire, se detenía o reanudaba sus paseos de ansiedad y exaltación de uno a otro lado de la pequeña pieza, donde todos vivían el acontecimiento singular e irreplicable, grabado para siempre en los recuerdos de una manera grata y cautivante, al punto de que por un buen tiempo, él y su hermano Ramón animarían con pasión el boxeo en la valla de gallos de Birán, durante las vacaciones subsiguientes.

Un buen día, con una serenidad pasmosa se negó de manera rotunda a cumplir lo que le ordenaban en casa de Martín Mazorra: «no voy a estudiar, no voy a hacer nada, estoy cansado, ya no resisto más», afirmó de forma tan categórica y convincente, que al día siguiente lo internaron en el Colegio Dolores y volvió a experimentar la felicidad de participar en las competencias deportivas, en las exploraciones, las pruebas de laboratorio y los desvelos en la biblioteca, con entera libertad para sus movimientos y sus sueños.

Tras la ausencia larga y la convalecencia de la enfermedad, el primer día de las vacaciones navideñas en Birán pasó al vuelo. Lina despachaba en la tienda y salió apresurada a abrazarlo, contenta de su regreso a casa, después de tanto sufrir, por la forzada separación, pues al coincidir su enfermedad con el nacimiento de Agustina, no había podido ir a verlo. La niña a quien más tarde Fidel pudo ver y cargar, era pequeña y delgada, andaba por el cuarto mes de vida y mostraba gran vivacidad. En sus hermanas Juanita y Enma no percibió cambios significativos, estaban solo un poco más espigadas. Se reencontró con su prima Clara, una adolescente robusta, de piel muy blanca, melena sobre los hombros y tamaño mediano, que quedó sorprendida con su estatura desgarbada.

Don Ángel llegó a la hora del almuerzo, después de recorrer los campos y le sugirió a Fidel que no montara caballo a esas horas, sino que reposara el mediodía a la sombra del portal. Allí, ambos tuvieron una espléndida y larga conversación sobre todos los asuntos imaginables, supremos y triviales, olvidados o memorables. Entró Alejandro, uno de los hermanos de Lina, y la charla tomó el rumbo del pasado. Por el año 1931 había enamorado a una adolescente huérfana de madre y padre, que lo cautivó con efluvios de monte en la piel. Alguien denunció a la Guardia Rural sus amores, a causa del embarazo y solo don Ángel pudo sacarlo del atolladero:

—¿Quién ha visto condenar a un hombre que se quiere casar? Lo que se debe hacer es liberarlo para celebrar el matrimonio.

Alejandro temió que la muchacha muriera, pues ella vivía con un hermano y eran muy pobres. Provisionalmente, la joven permaneció con doña Dominga y don Pancho, pero si a él lo condenaban no se sabía qué iría a

pasar después. La desgracia no ocurrió gracias al cuñado, quien intercedió a su favor y prestó ayuda de nuevo «cuando el paritorio de la muchacha», en una «cuestión de honor» como afirmaba categórico don Pancho.

Ahora vivían por la vuelta del Treinta y uno, camino al Perico, como quien iba a la casa de don Manuel Argiz, primo de don Ángel. Alejandro había visitado a don Pancho y doña Dominga en la mañana y en la tarde, traía a Lina noticias de los viejos y los sobrinos Ana Rosa, María Antonia y Luis. Pidió permiso y se adentró en las habitaciones hasta la cocina, donde sorbió apresurado el café y conversó con su hermana.

Al caer la tarde, quizás por primera vez, Fidel se percató del esfuerzo de sus padres por aprender. Nunca les escuchó decir que hubieran ido a la escuela, pero ambos lo habían hecho en instituciones precarias y de educación elemental. Don Ángel había recibido cierta instrucción en Madrid y en el ejército, que la establecía como obligatoria para los reclutas del Servicio Militar, y Lina, en la escolita rural de Las Catalinas, donde comenzó cuando tenía al menos seis años de edad, y en la de Hatuey, por donde pasaron en su peregrinar de Camagüey a Oriente.

Don Ángel leía los periódicos, después de aprender por sí mismo el significado de las palabras. Lo hacía con lentitud pero comprendía bien las interioridades de los asuntos comerciales desplegados en las páginas, los vaivenes políticos y los acontecimientos de la guerra en Europa; apreciaba los hechos trascendentes en la vida de un país; se reconocía aficionado a la geografía y hablaba con admiración de los personajes históricos.

Lina reclinó su figura sobre los libros y las cuartillas en la mesa. Repasaba las líneas con mucha dificultad y

mientras practicaba, casi deletreaba a la luz de la bombilla de gas. Si necesitaba escribir manejaba con torpeza el lápiz y la letra temblaba, vacilante. Solo cuando la oscuridad fue demasiado densa y agotadora, desistió de sus estudios, recogió las publicaciones, libros y cuadernos y subió al mirador, donde su esposo continuaba la lectura hasta bien avanzada la noche.

Fidel pensó en la hidalguía de gallo fino de sus padres que no se dejaban vencer. Él había visto las peleas los domingos durante la temporada de zafra, la única oportunidad en que los haitianos y el resto de los trabajadores disponían de algún dinero para gastar aunque luego se murieran de hambre o desconsuelo. La valla, diseñada por don Ángel, permanecía arrendada por alguien. El taquillero, Epifanio Gómez, cobraba cincuenta centavos por la entrada.

Las lidias eran emocionantes. La atmósfera tensa radicaba en las apuestas. Se reunían entre ochenta y cien hombres, gente de varios kilómetros a la redonda. Llegaban con el gallo en una bolsa blanca o azul: gallo fino lo era en todo. Los campesinos criaban sus ejemplares con sacrificio. Había que darles alimentación y entrenamiento especiales y entre otras cosas no los dejaban tener gallinas, para evitar que se debilitaran en las «lides amorosas». Todo eso estimulaba su espíritu guerrero: morían en combate con valentía.

Las apuestas eran de cinco pesos casi siempre, a lo más diez y rara vez quince pesos. Y no se apostaba a uno solo, existía una lista. Fidel jugaba cincuenta centavos a un gallo, a otro un peso, al de más allá dos...

Unos se arriesgaban por el canelo, otros por el giro, el pinto, el indio o el bolo. Este último no tenía plumas tan altas atrás. Al gallo gallina le faltaba la prestancia de

los machos... Había de todos los colores y razas y se distinguían en la pelea.

Para él no solo eran importantes las apuestas. En realidad valía más la simpatía por el gallo, si era un ejemplar conocido, o prevalecía la amistad con el dueño. También observaba a quienes apostaban en medio de la pelea, al que iba ganando; cinco a uno, cinco a dos; o al revés.

Las mujeres no aprobaban las lidias. Sus razones varían. Con la victoria, los hombres bebían toda su buena fortuna. Si eran derrotados perdían el dinero de la familia. Ganar o perder, no importaba, de cualquier modo aumentaba la pobreza de los hombres del batey.

Al muchacho le causaba pena aquella circunstancia infeliz, pero entendía que se trataba de la única distracción de los trabajadores para olvidar sus desgracias. No existía feria, ni acordeoneros, ni iglesia, ni gitanas adivinas. En todo caso, algún circo de mala muerte, con unos pocos artistas de trajes deslucidos, llegaba de vez en cuando. Las funciones eran aburridas. Para ver uno de verdad había que ir hasta Marcané y coincidir con sus visitas fugaces.

Ramón, Angelita y Fidel fueron una vez, hacía ya algún tiempo, a casa de Pablo a averiguar lo del baile donde los haitianos tocaban tambores y bebían tafei con unas mujeres recién llegadas de lejos, para vivir la alquimia rara de los sudores y espasmos del amor fingido, después de probar el dulzor del liqué, una bebida suave preparada con almíbar, ron y esencia de fresa. Sin embargo, y a pesar de desearlo con vehemencia, el día tan esperado no les permitieron asistir a los festejos.

—Es un baile indecente —advirtió Lina a su hija Angelita, una muchacha alta, parecida al padre en lo de dar.

Iba siempre a casa de Piadosa, la campesina cargada de hijos, que no sabía qué hacer con el esposo lejos. Él, era desmochador de palmiche y andaba todas las palmas de la región para ganar unos pocos centavos. La hija mayor del propietario le llevaba provisiones de la tienda: ropa y víveres. También sus hermanos obsequiaban a la pobre mujer, con la misma afectuosa atención que demostraban por doña Alberta, la madre de Carlos Falcón, que vivía en los Altos de Birán. En una ocasión, todos invitaron a Lina a almorzar en el rancho de Piadosa, sin que supiera que ella misma era la suministradora principal del almuerzo.

A los varones no les decían nada sobre las fiestas haitianas de Birán 7, en La Trocha; debían escapar para mirar entre las rendijas el voluptuoso frotar de los cuerpos cuando los hombres llevaban horas en el ambiente de las bebidas y el resonar de las tumbas, junto a aquellas mujeres de comentarios mordaces, gestos artificiosos y efímeras estancias.

Las fiestas en Birán 7 eran muy esporádicas y por eso, la valla de gallos resultaba el único entretenimiento, todo un acontecimiento cada domingo. La lidia empezaba a las ocho de la mañana y ya habían transcurrido las seis de la tarde cuando terminaba.

El escándalo de la gente dando contra las tablas, atravesaba los ciento cincuenta metros que los separaban de la casona. En la valla de madera y techo de zinc, con los asientos escalonados alrededor del ruedo de diez metros de diámetro cubierto de aserrín, se agolpaban los dueños de los gallos o quienes los dirigían en la pelea. Fidel los veía azuzarlos, chuparles la sangre de las heridas, echarles agua o rociarlos con alcohol. Por momentos se detenía el combate y los que apostaban daban

aliento a uno u otro gallo o todo terminaba cuando otro ejemplar ciego, se escapaba hacia los bordes dando tum-bos y picotazos al aire.

El adolescente recordaba casos inusuales. Un gallo perdido que de pronto aleteó, saltó y liquidó de un solo golpe al oponente. ¡Escándalo! De lejos todos sabían lo acontecido en la valla. En ocasiones, los dueños los dejaban morir en la pelea; en otras, los recogían ya ciegos para pie de cría.

Ramón y Raúl tenían varios ejemplares, Fidel uno solo. Pensaba que el suyo era el mejor, el más valiente. No lo entrenaba porque no sabía hacerlo; siempre encontraba galleros dispuestos a cuidárselo. Permanecía allí dos semanas en fin de año, por Nochebuena y contadas eran las veces que asistía al espectáculo, tomaba cerveza bien fría y comía de las empanaditas y dulces que los haitianos vendían en las tarimas y las vendutas frente a la valla.

Cuando aún no estaba interno en el colegio, Ramón peleaba el gallo. Siempre que ganaba le giraba el dinero y la noticia de la victoria; en cambio, nunca le extendía la cuenta si el gallo perdía.

El ómnibus sorteó las calles angostas e inclinadas de El Cobre, dejó atrás la iglesia, recortada en el paisaje de palmas en las laderas, y se detuvo muy cerca de un abrupto desfiladero.

Más cultos, con mayor vocación y disciplina que los franceses de los Hermanos La Salle, los miembros de la compañía de Jesús –orden religiosa de la Iglesia Católica fundada en 1540– conjugaban las tradiciones jesuitas inspiradas en Ignacio de Loyola, con la organización militar y la idiosincrasia española.

Los discípulos del Colegio Dolores iban con frecuencia de exploración, con rumbos desconocidos y apartados. Antes habían viajado a Puerto Boniato y a la zona del Caney. Con René Fernández Bárzaga y Balbino Pérez, mantenía Fidel una relación cercana, de buena amistad. Alpinista por excelencia, Fidel desafiaba los torrentes desbordados y la naturaleza tortuosa y pendiente de las montañas. Conocía que los profesores jesuitas hacían estas exploraciones para formar el carácter de sus alumnos y animaban el esfuerzo denodado, la resistencia pertinaz, el reto a los riesgos y el espíritu emprendedor. Eran muy rigurosos, gente de disciplina, austeridad, trabajo y sacrificio.

El alumno Fidel conocía los intersticios del pensamiento de sus profesores y responsables jesuitas, y su modo de proceder. Tenía la certeza de que nunca lo reprimirían por la demora al escalar la elevación más alta de los contornos. Empezar el ascenso y llegar hasta arriba era un reto y ellos lo alentaban. Para lograrlo empeñó sus fuerzas, su arte y destreza.

El verdor restallante de los helechos y la humedad del suelo le recordaban Birán. Esa sensación le inspiraba felicidad. Con idéntica voluntad cruzó corrientes embravecidas y vadeó barrancos, empleó su temeridad perfilada por tantas pruebas, en las competencias deportivas, donde continuamente se destacaba.

El día de la exploración al Cobre, llegó al punto de partida cerca de dos horas después de la hora fijada para el regreso. De vuelta, traía la camisa rasgada y sudorosos los brazos largos, el pecho y el rostro. El pelo como acabado de lavar y los labios sin sangre, con el color pálido del desmayo. El profesor le brindó la cantimplora y lo animó a beber un sorbo de agua:

—¿Llegaste?

—Sí. Desde lo más alto, las nubes parecían un colchón de hojas a nuestros pies. Parece que va a llover, —preludió.

—Tienes razón. Al oscurecer caerá un buen aguacero. Vámonos.

De enero a junio de 1939, el joven se sintió a sus anchas en el ambiente de la escuela. Un poco escéptico de todas aquellas verdades establecidas por la religión, le confería gran importancia a las leyendas del «Antiguo Testamento», que le permitían a su imaginación volar lejos. Mostraba interés por los deportes y las ciencias naturales.

Escuchó hablar de Darwin como un señor profano de quien aún no se explicaba con claridad la teoría de la evolución de las especies. Pero ¿hasta dónde merecía el peor sitio de los infiernos? Desde el siglo XIX, José Martí, en una conversación familiar, lo había defendido de una manera suave y comprensiva para con la persona incrédula: «¡Ese inglés a quien usted se refiere se llama Carlos Darwin, y su frente es la ladera de una montaña!» Fidel se distanciaba cada vez más de la mística y la vocación de los devotos, pero al final de curso sus calificaciones eran excelentes en las asignaturas del espíritu y las doctrinas. En ese período, se modeló su carácter con las constantes pruebas y las rebeldías, subiendo montes y estudiando con ahínco por los libros.

Armado con un Winchester 44, avanzaba solitario por un sendero entre montañas, conocedor palmo a palmo de la región boscosa y despoblada. No sentía miedo de la noche próxima. Con el arma experimentaba la sensación de poder luchar contra los vivos y los muertos. Existían dos

caminos para llegar a los Pinares de Mayarí, uno largo, menos inclinado y extendido entre lomas; otro breve y peligroso, que serpenteaba por las elevaciones. El joven prefería este último, por allí debía subir una montaña encumbrada donde el caballo, a punto de reventar, sudaba mucho y se agotaba. Andaba el camino de los pinares y durante el recorrido a floraban sus emociones y el deseo anhelante de llegar a los campamentos de trabajadores forestales cuando aún las fogatas estuvieran encendidas.

Luego de un gran esfuerzo llegó a la meseta, a unos setecientos metros de altura y la frialdad de musgo y la brisa intensa, le secaron en pocos minutos el sudor a la bestia. Se olvidó del terreno escarpado y de los riesgos, deseaba reunirse con Ramón que estaba en La Casimba. En el aserrío vivían un alemán y sus cuatro hijas, probablemente una de aquellas familias inmigrantes, llegadas a la Isla después de 1906.

Los había visitado por unos días. El 15 de junio se habían fotografiado con una cámara Leika de mecanismos pequeños y efectivos. En uno de los retratos aparecía sentado en un tronco de árbol, junto a su hermano Ramón y unas muchachas de la zona; en otro, montaban a caballo y las damitas sujetaban las riendas. Ramón llevaba sombrero de ala ancha y él gorra de marinero.

Las imágenes eternizaban la nitidez de un día sin nubes. Conversaba con una jovencita, recostado a los listones de madera del aserrío. Él la miraba hechizado; ella le sonreía. Disfrutaban pasear por el campo, detenerse ante los alineados pinares o sentarse algunas horas a la orilla de un cauce estrecho en una ladera alfombrada por musgos y helechos.

Por entonces, los varones no sabían de la *Venus de Milo*, sin embargo, fijaban sus ojos en las jóvenes de caderas pronunciadas y cimbreantes.

Una vez, aislado del mundo, escribió para una joven, los que fueron también sus últimos versos de amor, envuelto en la magia de las palabras, buscaba una vez y otra, las ideales para nombrar sus sentimientos.

Su expresividad no alcanzaba vuelo poético, pero aun así participaba en los concursos auspiciados por la escuela. Un atardecer mientras escribía ensimismado, el inspector lo sorprendió, esperó a que terminara, le arrebató el papel y lo retuvo durante largo rato. Sentado en el estrado leía y releía los versos, sin importarle su intromisión ni la vergüenza por la que atravesaba el joven. Tras aquella enojosa experiencia jamás volvió a poetizar.

El Padre García, un jesuita español muy activo, persistía en convertir los sueños en realidades palpables. Animaba en los estudiantes la vocación literaria y el espíritu aventurero. Convocaba concursos de poesía a través de una pequeña estación de radio de onda corta, donde los propios estudiantes de Dolores, realizaban programas. La emisora resultó un éxito, se comunicaba con las familias de los alumnos en el mismo Santiago y promovía su participación en las votaciones para determinar quién sería el ganador.

Fidel cursaba el séptimo grado con trece años. El 1ro. de septiembre de ese año de 1939, justamente el primer día de curso, empezó la Segunda Guerra Mundial de la que él seguiría todos los acontecimientos, uno tras otro: la toma del Ruhr, la anexión de Checolovaquia, la toma de los Sudetes, el pacto Molotov-Ribbentrop, la invasión de Rusia; sin mucha conciencia, fue enterándose de toda la historia pasada y por venir en la distante Europa.

Iniciaba un grado superior de enseñanza y su vida de adolescente. Aún no le habían perturbado la inspiración

lírca y sus versos competían junto a los de Elpidio Gómez, un muchacho de Bayamo, cuyas hermosas composiciones respondían a la tradición artística de la ciudad.

Fidel, que mantenía buena amistad con todos los alumnos les pidió que influyeran en sus casas para que los padres votaran a su favor. Al final del certamen el veredicto fue inesperado: «Las poesías de Elpidio son maravillosas, pero nuestro voto, naturalmente, es para Fidel.»

Ramón se revolvía una vez y otra entre las sábanas sin conciliar el sueño, y Fidel pensó que tenía los pulmones saturados de aire. Se incorporó y avisó a la madre. Ella obligó a Ramón a tomar efedrina y le embadurnó el pecho con aceites tibios para aliviarlo, pero dijo que no había de qué preocuparse: era solo la congestión de flemas en el pecho por un constipado y no un ataque de asma. En aquella época el asma era muy peligrosa, porque no existían aún los inhaladores, y lo único que podía hacer quien la padecía era someterse a las vaporizaciones de eucalipto al acostarse, en una habitación cerrada a cal y canto, lejos de las corrientes de aire y la frialdad del sereno. Lina atribuía las alergias frecuentes a las humedades del campo, los cítricos, los olores, las comidas, el polvo o el clima.

Al día siguiente, los muchachos se reunieron en la valla para boxear, influidos todavía por la mítica pelea entre Joe Louis y Max Schmelling cuyo recuerdo perduraría largo tiempo. Ramón actuaba como árbitro. Las peleas iban en serio y duraban toda la mañana. Un contrincante frente a otro. Retiraban una espiga seca del terreno y comenzaba el combate. A Fidel, a pesar de su agilidad y ligereza, casi lo noquean, en una ocasión. Los guantes de boxeo profesional

cortaban, pero por suerte ellos utilizaban guantes de entrenamiento, más abultados y que atenuaban los golpes.

Gilberto Suárez Spencer, un descendiente de jamaicanos, empleado de la United Fruit Company, más alto que él, le propinó en la cabeza un golpe fortísimo, que lo aturdió: se sintió a punto de caer como los troncos nervudos de los pinares al golpe del hacha.

Al mediodía, aún le dolía la cabeza, pero decidió leer el borrador de una carta que su padre había escrito el 5 de diciembre de 1939, al tío Gonzalo, establecido en Buenos Aires, Argentina.

Muy querido hermano:

Recibimos oportunamente vuestra atenta de 18 de octubre ppdo. la que ha sido para todos en esta casa motivo de muy grata sorpresa y deseándoles que al recibo de ésta disfruten todos Uds. de una perfecta salud. Por acá todos bien; a Dios gracias. Me dices en la tuya que ya has cumplido 59 años y ayer precisamente he cumplido yo los 64 y que Dios nos permita a todos el cumplir algunos más hasta ver criados a todos nuestros hijos. Me preguntas que cuántos tengo y te diré que son nueve. Cuatro son varones y cinco son hembras. Y tú ¿cuántos tienes? De España recibimos carta hace poco y también las contestamos, congratulándonos de que hayan salido con bien de la guerra. Esperamos que ahora que sabemos unos de los otros no habrán de demorarse sus cartas y que nos dejarán conocer a menudo cómo andan ustedes por esa República hermana.

Saludos muy afectuosos de todos los de esta casa para Uds. y recibe tú el más atento saludo de tu hermano.

Con su letra desparramada y vacilante, don Ángel estampó su firma y con ella el deseo de que fuera alguna vez posible el reencuentro con su hermano y también con María Juana, su hermana del alma, con quien mantenía una correspondencia perseverante. A ella le había cumplido su palabra de ayudarla por muy lejos que estuviese.

Al leer la misiva, Fidel pensó en la diáspora familiar y recordó el destino de los personajes de la *Biblia*. Evocó los sufrimientos del pueblo hebreo en el camino a la tierra de la promisión e intentó figurarse cómo sería la vida en la aldea de España.

Fidel solicitó ingreso al Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba, el 15 de mayo de 1940. A fin de curso venció no solo el séptimo grado, sino además las pruebas rigurosas que los profesores de los institutos aplicaban a los alumnos de las instituciones privadas, interesados en oficializar sus estudios secundarios.

Con mucha serenidad se presentó a los exámenes y logró ubicarse entre los mejores de la clase. Sus calificaciones eran consecuencia del estudio por los libros de texto; en clases apenas prestaba atención a las explicaciones de los maestros.

Su imaginación se detenía, durante horas interminables, en las grandes batallas de la historia. Sus héroes de entonces: guerreros como Alejandro, Aníbal, Napoleón y Bolívar. Admiraba a los conquistadores, y en especial a Colón por su intrepidez transoceánica, sus conocimientos de navegación, su disposición aventurera. No los enjuiciaba críticamente. Y en los recreos y las vacaciones, ubicaba bolitas de tierra, como fuerzas de ejércitos contrincantes, en los escenarios que improvisaba su imaginación.

Las lecciones amenas, relataban aventuras maravillosas e historias de proezas casi inimaginables. Aún guardaba su álbum de postales sobre la vida de Napoleón, conocía la batalla de Austerlitz, las campañas de Italia, la batalla de Bailén. Lo admiraba hasta en la adversidad del invierno ruso, cuando la nieve y el hambre hicieron estragos en sus tropas y la retirada adquirió el dramático aspecto de una humillación.

En una galería entrañable, más cercana, aparecían Simón Bolívar, Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí. Su memoria nunca dibujó las dos horas de reclusión forzada para estudiar; él las empleaba en organizar ejércitos de papel sobre planos improvisados, soñados.

Otras veces pensaba en las muchachas con la misma dosis de idealismo y la misma tendencia romántica de siempre, con la precocidad propia de los muchachos que crecen en la naturaleza sana y desprejuiciada del campo. En cuanto a los deportes, antes de celebrarse los partidos de fútbol, básquet o béisbol; se preguntaba ¿quiénes integrarían el equipo contrario? ¿Cómo serían? ¿Cuántos goles anotarían frente a ellos? ¿Cuántas pelotas encestaría? ¿A cuántos bateadores poncharía? En realidad poco aprovechaba el tiempo en el aula y sus vuelos imaginativos resultaban incansables.

Recorría los caminos polvorientos de Birán durante los primeros días de vacaciones. En su caballo Careto, acudía a las casas de los campesinos, para enseñarles cómo votar y convencerlos de que lo hicieran por Pedro Emilio, que aspiraba a representante a la Cámara de Diputados por el partido de oposición, y siempre había sido amistoso con él. Lo mismo ocurría con María Lidia.

Los hermanos del primer matrimonio, nunca vivieron con ellos y siempre existió por parte de algunos miembros de ambas familias una sutil y callada rivalidad, pero de un tiempo en otro visitaban la casona de Birán.

Lidia vivía en Santiago desde su casamiento con el doctor Montero, un médico con cierta posición y laboratorio privado. Su casa cómoda y amueblada sin lujos, resultaba acogedora. Cuando estudiaban en el Colegio La Salle, ella invitaba a Ramón y a Fidel a almorzar los domingos, les preparaba comidas especiales y postres. A los niños les agradaba la charlota rusa, una exquisitez de gelatina y frutas. Luego, con el tiempo, en el año de 1943, cuando ya tenía ocho años, Enma fue a vivir con ella cuando comenzó estudios en el colegio de señoritas del Sagrado Corazón, en Santiago de Cuba, donde Madame Duplecí era la directora y muchas de las monjas procedían de Francia. Enma nunca olvidaría el uniforme de alpaca, de color azul marino, con blusa de algodón, pues resultaba irresistible en los calores de la ciudad.

Fidel admiraba a Pedro Emilio como intelectual y políglota. Su hermano conocía el francés, el inglés y el italiano, conversaba con él, narraba historias, prometía regalos y escribía versos: «Italiana divina, yo te amo/por el amor de tu alma placentera,/haz que nazca en mí la primavera/haciéndome tu amo (...)»

Pedro Emilio presumía de político demócrata y antibatistiano, pero en la casona de Birán tenía fama de díscolo y botarate y le criticaban las amistades de cafetín y tertulia. Aún así, el padre lo apoyaba en sus aspiraciones políticas, y el adolescente confiaba en sus promesas electorales porque creía que le regalaría un buen caballo, si de veras salía electo.

Ocurrió lo imprevisto: los soldados de Batista bien armados no permitieron la votación de los opositores al gobierno en los colegios electorales de Birán. Por supuesto, Pedro Emilio no resultaría vencedor. Todos observaban la maniobra con indignación. Los soldados atropellaban a la gente, con un odio prepotente y sin sentido. Apuntaban indolentes con la mira de sus fusiles, o levantaban la fusta y la dejaban caer con fuerza sobre las espaldas de los campesinos y los antillanos. Fidel sintió mucha amargura con aquel maltrato visible, con aquella andanada de planazos para avasallar a la gente y no podría olvidar desde entonces lo que significaba una farsa política y unas elecciones resueltas a golpe de plan de machete.

Desde que tenía diez años veía las actitudes de fuerza del ejército y sobre todo, de la rural, vestida con los uniformes de la guardia montada de los Estados Unidos y el mismo sombrero *Stetson* de aquella. Asentada en los puestos militares cerca de los centrales azucareros, la rural respondía siempre a las administraciones norteamericanas, los altos funcionarios en contra de los obreros cubanos, una situación que Fidel comenzó a entrever con más nitidez y una indignación creciente.

Ese mediodía, al regreso del recorrido, don Ángel le comentó las noticias. Su padre consideraba a Roosevelt como un gran estadista, criticaba sus «excesos liberales», pero no le parecía mal su política anticrisis. Roosevelt había propiciado la recuperación económica de los Estados Unidos, al adoptar como política económica oficial el keynesianismo, y con ello también la de los países latinoamericanos, especialmente la de Cuba, dependiente no solo del precio de los azúcares en el mercado mundial, sino también del que se había acordado previamente con Norteamérica.

Las presiones económicas no abrumaban al padre como antes. Aunque aún no había recuperado la propiedad de su finca continuaba explotándola, de conjunto con unas diez mil hectáreas arrendadas a los veteranos de la Guerra de Independencia. Por ello, el viejo presumía que muy pronto se encontraría en condiciones de reordenar sus asuntos, y que la finca Manacas volvería al patrimonio familiar.

Las resonancias del tambor de la banda de música del Colegio Dolores, se debían a Fidel que vestía uniforme militar y marchaba en el desfile. Él mismo se asombraba de esa circunstancia, porque nunca antes había tocado en serio ningún instrumento musical. En la enseñanza primaria, acaso entonó algunos himnos o cánticos religiosos, y en tercer grado integró por muy poco tiempo el coro de la escuela. Cuando se percataron de que alguien desentonaba, evaluaron uno a uno a los discípulos y confirmaron su escaso oído musical y sus notas desafinadas. En cambio, ahora no lo hacía tan mal en la banda de música, quizás porque la sonoridad le recordaba los toques de tambor de los haitianos del batey, cuando danzaban por la muerte de uno de los suyos como fórmula para la salvación del sufrimiento y el ascenso a los cielos.

En septiembre de 1940 inició el bachillerato, matriculó en el Colegio Dolores y también en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba. Estaba impresionado por los acontecimientos internacionales y el prestigio del presidente Franklin D. Roosevelt, de acuerdo con la autoridad y el respeto de que eran merecedores los norteamericanos por su papel de benefactores

en relación con la independencia de Cuba, según las historias oficiales que desconocían cómo había sido arrebatada la nación a los cubanos y con qué métodos, algunos sutiles y otros no tanto, fueron penetrándolo todo, como pulpos ávidos y abusivos.

Como hacía algún tiempo estudiaba el idioma inglés se decidió a escribir para saludarlo y practicar sus conocimientos, el 6 de noviembre de 1940:

(...) Tengo doce años de edad, soy un niño y pienso mucho, (...) yo no pienso que le estoy escribiendo al Presidente de los Estados Unidos (...) Yo no sé mucho inglés, pero sé mucho español, y supongo que usted no sabe mucho español; pero sabe mucho inglés porque usted es americano, pero yo no soy americano.

El idioma inglés resultaba más sencillo que el francés de los Hermanos de La Salle, su gramática más simple y menos complicada la pronunciación.

En la *Biblia* aprendió que los idiomas eran el castigo de Dios para crear la confusión entre los hombres, por el intento de querer construir la Torre de Babel y llegar al cielo. Así se explicaba la existencia de tantas maneras diferentes para expresar lo mismo. De cualquier modo, Fidel consideraba difíciles aquellas asignaturas en las que casi siempre obtenía buenas calificaciones y las que, a pesar de todo, le agradaban.

Poco después de escribir a los Estados Unidos, le sorprendió un revuelo, un murmullo creciente en los pasillos del plantel. Se afirmaba que Roosevelt le había respondido la carta. En realidad, la respuesta venía de un departamento o una sección de la Embajada. Contestaron como norma

de cortesía y el hecho se convirtió en un gran acontecimiento dentro del colegio.

Fidel volvió a inspirarse y a escribir. En esa segunda ocasión hablaba de los minerales indispensables a la industria naviera para la guerra y de su disposición de combatir en el frente como voluntario contra el fascismo. También solicitó un billete de cinco dólares. El libro de la escuela hablaba de las monedas y los billetes y él deseaba guardarlo de recuerdo, como las viejas postales sobre la vida de Napoleón.

Las colonias de caña extendían su verdor hasta las laderas de los pinares y nadie imaginaba que existían campos limpios con más de treinta y cinco años sin fertilizantes. Don Ángel mantenía el empleo a sus obreros, aunque para ello acarrearán agua desde el río en temporada de sequía. Los hombres de don Ángel trabajaban por el doble del salario que pagaban en otros lugares. Estaban organizados en cuadrillas, con un capataz al frente.

Sin restricción azucarera, permanecían altas las cuotas para cada uno de los cultivadores. Las producciones de don Ángel Castro ascendían a unos cuatro millones de arrobas de caña. Según los contratos, si el colono era dueño de la tierra, el central le entregaba en azúcar el seis por ciento y si no lo era, se le descontaba el cinco por ciento para el propietario de los terrenos.

Con el aumento de precio por la guerra en Europa y las zafras grandes, el hacendado recibió unas dos mil setecientas toneladas de azúcar, que a unos tres centavos, significaban unos ochenta mil pesos. Debía descontar los gastos de corte, transporte y cultivo, pero aún así, los ingresos no eran

bajos. También obtenía recursos del ganado, los comercios y la madera. Con seguridad la cifra total rebasaba los cien mil pesos, pero todo ese dinero se quedaba allí, se repartía en el batey, porque ni él ni Lina sabían decir que no y resolvían los apuros, no solo de las familias de por allí, sino también de los braceros de la United Fruit Company o de la gente que atravesaba por Sao Corona en tiempo muerto, para irse a buscar trabajo en los cafetales de Mayarí Arriba.

Carlos Falcón recordaba el gesto del viejo con unos campesinos de Benítez que caminaban rumbo a la Sierra, ya casi muriéndose el día. Don Ángel los mandó a buscar:

—Miren, ya es muy tarde ¿cómo esos niños van a caminar a estas horas? Ahí hay una valla, quédense hasta la mañana.

Extrajo del saco de casimir su talonario y apuntó diez pesos. Después se dirigió a Carlos:

—Avísale a Antonio que les despache.

Antonio Castro trabajaba como administrador del almacén. Don Ángel fue un día hasta el mostrador y le indicó que no despachara los pedidos de sus hijos. El dependiente no lo aceptó:

—Si yo debo dejar de trabajar aquí, lo hago, pero no puedo estar de acuerdo. Ellos son los herederos ¿cómo les voy a negar algo? No señor.

El hacendado accedió.

—Está bien —le dijo y dejó las cosas así, sin cambiar la antigua costumbre de que Angelita, Ramón, Fidel y Raúl, se despacharan por sí mismos, pedidos para los demás.

Antonio Castro continuaba viviendo en la pequeña construcción frente a la casa grande de Birán que algunos años después ocuparía doña Dominga.

Fidel observaba el trasiego de carretas al entrar y salir y el hormigueo incesante de sus padres para distribuir las mercancías por Navidad. El viejo mandó a buscar «los machos» que iban a sacrificar a los potreros por allá por lo de Hevia. Luego, Nené Sánchez despachaba de acuerdo con sus indicaciones y ponía en cajas las importaciones: los turrone de Jijona, las uvas, las manzanas, las latas de cóctel de frutas y de chorizos en aceite, el moscatel y la sidra, para entregar según los pedidos al almacén.

Durante los quince días de vacaciones en esa temporada del año, Fidel permaneció cerca de la casa. Con el invierno no podía adentrarse en los pinares, donde las bajas temperaturas congelaban el aliento. El aparato de radio era un armatoste de madera, que solo podían encender su padre y él: una previsión justificada para conservarlo como único medio que les permitía estar al tanto de las noticias, vivirlas al día y, una deferencia que el viejo tenía con él, a quien confiaba tareas y meditaciones. Para entonces, Fidel cursaba el bachillerato como un acontecimiento extraordinario en la familia.

Desde los doce años se iba lejos, a los campamentos forestales o a la casa del abuelo don Pancho, a unos cuatro kilómetros, y decidía por sí mismo, y en casa, desde don Ángel hasta el último de los empleados de la finca respetaban su independencia. A veces salía acompañado de los perros que Ramón y él tenían en la finca nombrados de modo sugerente: Huracán, Napoleón y Guarina.

Disparaba con armas de las que se había ido apropiando con el consentimiento silencioso de don Ángel. Nadie le decía qué hacer, iba y venía a cualquier hora, andaba libre y solo, amparado por su creciente

prestigio en vísperas del año nuevo de 1941, un año de indiscutibles resonancias en el ámbito familiar.

Fidel sería inscripto por segunda vez, tras el paso de apenas cuatro meses, el 10 de mayo, en el Registro Civil de Cueto, con el Folio 129, No. 14, donde se afirmaba: «se procede a inscribir el nacimiento de un varón, ocurrido a las doce de la mañana el día 13 de Agosto de 1926 (...)», con el nombre de Fidel Alejandro Castro Ruz. Seguramente se refería a las dos de la mañana y el escribano se confundió al anotar. Lo cierto es que la memoria familiar y las primeras inscripciones en el Registro Civil registran un nacimiento madrugador para Fidel.

El 12 de agosto de 1941, don Ángel compareció ante el doctor Rafael Legrá Heredia, abogado y notario público del colegio de Oriente, con residencia fija en la ciudad de Holguín, para certificar que:

(...) confiere poder especial, amplio, cumplido y bastante, a sus abogados (...) para que con arreglo a la vigente Ley sobre el divorcio, establezcan y sigan por todos sus trámites el juicio que corresponda hasta que por los Tribunales de Justicia se dicte la resolución que proceda hasta obtener la disolución del vínculo matrimonial existente con la Señora María Luisa Argota Reyes (...)

Dicha gestión jurídica aparecía registrada a la Escritura No. 152, y en su texto se confirmaba entonces que don Ángel aún ostentaba la ciudadanía española y exhibía carnet de extranjeros No. 213 797 vigente.

Unas semanas más tarde, en Mayarí, Oriente, a los 29 días del mes de septiembre de 1941, el doctor Félix Barraquizo Díaz compareció ante el Juzgado y conforme a

derecho dijo que establecía la demanda de divorcio de don Ángel contra su esposa que entonces vivía en Santiago de Cuba. El letrado fundamentaba como razón esencial que:

Mi referido poderante y su esposa la demandada, están separados hace más de veinte años, cuyo lapso de tiempo excede de seis meses que se refiere la causal número 13 del Decreto-Ley que rige la materia. Tal separación ha roto la vida conyugal y fue motivada por la voluntad de mi referido mandante, que se niega a continuar la vida en común.

Luego explicitaba otras consideraciones y concluía con una solicitud al juzgado para que: «se sirva tener por establecida demanda de divorcio con disolución del vínculo matrimonial contra Doña María Luisa Argota Reyes (...)» con lo cual el abogado ponía en marcha una larga serie de trámites jurídicos, demorados todo cuanto fue posible por María Luisa.

La mesa del comedor de la casona grande de Birán se extendía casi hasta la cocina. Manuela Dupont, una haitiana «aperfilada», de mediana estatura, educación discreta y respetuosa, se encargaba de la limpieza de la casa, mientras su madre Alicia trabajaba como lavandera.

Manolita Dupont ayudaba ese día a Lina y al cocinero a poner el mantel, las fuentes, los cubiertos y los platos y a descorchar las botellas de vino. Como todos los años en las grandes ocasiones, la familia se reunía a la hora del almuerzo con la misma disciplina y sobriedad, en torno al cocido de garbanzos con oveja. A un extremo de la mesa, el padre; al otro, Fidel; por los lados: Lina,

Ramón, Raúl, las niñas de la casa, la prima Clara y la tía María Julia Ruz.

El viejo interrumpió un instante la conversación y parándose de la mesa, encaminó sus pasos a la oficina-comedor, registró en su papelería y regresó con la copia de la solicitud de ciudadanía cubana firmada el 2 de enero de 1941, y con el documento expedido por el Ministerio de Estado el 19 de septiembre del propio año.

—Ya ves. Ahora soy ciudadano cubano.

La solicitud de ciudadanía era una maravilla. Fidel y sus hermanos, conocieron por ese documento el recuento de los viajes y las estancias de don Ángel desde que saliera por segunda vez con rumbo a Cuba. Leerlo era como escuchar la voz del viejo narrando su propia historia.

A Fidel, la miopía acentuada sobre todo en el ojo derecho, lo obligaba a fijar y acercar la mirada al disparar con el fusil, leer la traducción de las películas en el cinematógrafo u observar el paisaje. Sin embargo, aún no usaba espejuelos, el problema en la vista era apenas perceptible para él. En 1943, iría por primera vez al oftalmólogo, que entonces le recetó lentes para leer los diarios, escribir detenidamente sus pensamientos o revisar documentos, fotografías o libros. A pesar de esa advertencia, no fue hasta alrededor de siete años después, que Fidel comenzó a usarlos, cuando ya le eran imprescindibles.

El padre de Fidel le demostró su consideración cuando el joven tenía quince años. Como una deferencia delicada y una prueba de amistad, le sirvió vino y después de la humeante taza de café amargo, le brindó tabacos de sus estuches olorosos de corteza de cedro, un gesto que lo estrenaría en el ceremonioso hábito de las humaredas.

Belén

La brisa provocó un portazo y por el pasillo interior de la casa fluyeron los olores de la despensa y la botica con los anaqueles repletos de medicinas y el recuerdo del ronquido acompasado de José Soto, matrimoniado tres veces en su vida, la última, con Herminia Pereira una muchacha de Guaro.

Fidel pensó en qué sería de los amores de su tía María Julia y Martín Conde. Llevaban más de diez años de relaciones. «Se celebraban» los domingos en la tarde, sentados en unos taburetes de piel áspera, rozándose los dedos con la mirada paciente, a la espera de la fortuna del novio, siempre puntual y compuesto al desensillar el caballo, después de andar un buen rato los caminos, con el pensamiento puesto en los ahorros imprescindibles y el ansia de llegar al matrimonio de una buena vez.

Para el sobrino, el amor de María Julia y Martín Conde era un gran amor, solo comparable con el que reconocía entre sus padres, una unión sublime que había traído al mundo siete hijos y parecía eterna.

Pocos días después de sus reflexiones, un gran revuelo recorrió la casa: se rumoraba el pronto casorio de la tía e iniciaban los preparativos del ajuar y la ceremonia, cuando ya todos creían que se quedaría para vestir

santos. María Julia, una mujer alta de porte singular, peinaba hacia atrás el pelo oscuro y abría, sorprendida ella misma, sus profundos ojos negros. Con la esperanza de conservar la lozanía de la piel, tenía la costumbre de tomar baños de fragancias, se esmeraba en la limpieza del cutis, con cremas, y se maquillaba con cuidado, para luego sentarse a la brisa de su abanico, en el portal desde donde oteaba horizontes soñados y se sentía admirada por todos, como si fuera una diosa. Sin embargo, seguía soltera, noviendo de aquella manera monótona que todos consideraban sin fin, en un largo y persistente tedio que no le proporcionaba sentido suficiente a cada una de sus mañanas y la hacía detenerse en detalles mínimos e intrascendentes o interferir con tan desproporcionado denuedo como poco éxito, en los asuntos de otros. Pero más allá de esos afanes pueriles, se la reconocía como una verdadera prueba de que aún existían almas románticas, tenaces, sufridas, ecuánimes e idealistas como para esperar años y hasta siglos, al gran amor de su vida.

La noticia del matrimonio circuló por todo el batey. La felicitaron Pedro Pascual, el dependiente de la tienda; Santa Martínez y Marina, que lavaban las sábanas, las fundas de hilo y los manteles bordados; el carnicero Previsto Peña; Hipólito López, *Polo*, primero ordeñador y entonces, a cargo de la lechería y la fábrica de quesos; los hermanos Marcos, Tino y Carlos Cortiña; el agricultor Ponciano Rodríguez; Cándido Martínez, el carpintero; Epifanio Gómez, capataz de la United; Siso Segura y Luis Álvarez Gallo, boticario y dentista, respectivamente; los haitianos del barracón; el numeroso grupo de españoles de las partidas nocturnas de dominó con don Ángel; y por último, Benito Rizo, a quien Lina acogió en la casa desde niño, cuando le vio el rostro enjuto y el cuerpo

escuálido de quienes se quedan sin crecer y se les muere la sonrisa, envejecida en plena adolescencia.

—Viejito, ten cuidado con Raulito, —le advertía ella, cuando él se llevaba hasta la charca del Jobo, al niño, montado en el caballo Revolisco, al que todos llamaban Revolico.

Benito vivió allí desde pequeño. A los veinticuatro años se enamoró de la hermana de Ubaldo Martínez, Regina, que se le metió por los ojos como una obsesión ineludible y lo decidió a fundar su propio hogar. Raúl lo recordaría siempre con mucho cariño, como un muchacho mayor que él, alguien que lo protegía.

Clara Soto se contentó como nadie con la boda de la tía. A partir de entonces tendría mucha mayor libertad, sin los constantes sermones de María Julia, y sus caprichos y veleidades dominadoras.

La muchacha había cumplido los dieciséis años y desde hacía tres, novió con Santiago Estévez, un joven de Sao Corona que le vendía a Castro posturas de injerto para su naranjal y trabajaba en unas plantaciones más allá de lo de Hevia, por la vuelta del rancho del primo de don Ángel, don Manuel Argiz, cultivador de hortalizas que sufría el hábito de la soledad y vivía casi como un ermitaño. Solamente de Pascuas a San Juan, tomaba el pariente el rumbo hacia la casona para animarse un poco, beber algunas copas de buen vino y olvidar con las conversaciones durante el dominó, la incurable morriña del desarraigo, pues su mujer y sus hijos habían quedado en las *casas da Piqueyra*, muy cerca de Lán cara.

En un principio, los primos de don Ángel, Manuel y Ramón se instalaron cerca del batey, hasta el día en que Ramón salió a probar suerte en Santiago de Cuba, y decidió fundar un establecimiento comercial. Manuel se

sintió aún más solo y siempre que el tema a floraba en las tertulias repetía su mayor deseo, con aires de escepticismo: «regresar al terruño, eso es lo único que quiero hacer cumplidamente antes de morirme». Con suficiente dinero como para pagar el viaje, años después, al sentirse viejo y enfermo, emprendió la vuelta definitiva. Ramón Argiz se le reunió en el retorno, los dos murieron allá, sin olvidar los sofocantes calores de la Isla y la calidez de su gente.

Santiago Estévez quería permanecer cerca de Clara, la muchacha alegre y responsable, siempre amorosa y atenta a las niñas pequeñas de la casa grande.

El día de la boda de María Julia y Martín Conde, Fidel no apartaba los ojos de Georgina Estévez, la hermana de Santiago, cuya piel rezumaba los mismos olores del rosal que cultivaban sus padres, con el esmero de los campesinos fieles a la tradición familiar en el arte de los injertos y la cosecha de los pétalos.

Decidido a estudiar los años finales del bachillerato en el Colegio de Belén de los jesuitas en La Habana, Fidel conversó con los viejos, los que consintieron tras escuchar las ventajas de estudiar en la capital. Más adelante lograría persuadirlos para que también Angelita estudiara en La Habana y se matriculara en el Colegio de las Ursulinas.

Por ahora, se disponía a comprar en Santiago de Cuba lo necesario para el viaje: maletas, alguna ropa, zapatos, toallas y sábanas. Lo más notable de su compra era el traje color rojizo, largo y de doble botonadura, adquirido por recomendación del hijo de Mazorra, el comerciante español amigo de don Ángel, en cuya casa –nunca lo olvidaría– conociera a la maestra Danger, se enamorara de Riset y

escuchara por radio la pelea de los boxeadores Joe Louis y Max Schmelling.

Durante aquella breve estancia en la capital de Oriente, el doctor Francisco López Rosa, de la Clínica Los Ángeles, lo había examinado con detenimiento por un malestar repentino que Fidel auguraba pasajero. El doctor López Rosa escribió en la historia clínica: «11 de agosto de 1942. Muy mejorado. No hay dolor. No ha tenido que tomar calmantes. Se va para el campo. Volver si hay dolor o fiebre». Fidel había asistido setenta y dos horas antes porque tenía dolor en el oído izquierdo desde hacía unos días. El médico anotó «parece que el dolor se presentó después de bañarse en el río (...)» Pero el joven determinó que aquella indisposición no podría retrasar sus planes.

Deseaba pasar en familia el día de su aniversario dieciséis, así que esa misma tarde tomó el tren a Miranda y luego el motor de línea hasta el chucho donde pesaban y embarcaban con destino al central, las cañas de las plantaciones de Birán. Los últimos días de las vacaciones pasaron vertiginosos para todos, pero para él, ansioso, entusiasmado y expectante, las horas transcurrían con demora. Anhelaba conocer cuanto antes, la capital y el nuevo colegio.

El día de la partida, la madre, su hermano Ramón y Carlos Cortiña lo acompañaron hasta el ferrocarril de Alto Cedro, en un recorrido a caballo, porque el chofer Arsenio Navarro aseguraba que el pisicorre de la finca no podía andar sin el peligro de atascarse por aquellas veredas fangosas, convertidas en ríos de lodo, debido a los temporales del verano.

Las lluvias colorearon de verde intenso la vegetación y aplacaron la polvareda infernal de la sequía. El joven llenó con aire del campo sus pulmones y la vista del paisaje propio

y cercano, como para que lo acompañaran en su exploración de un mundo nuevo. En la tienda de Alto Cedro completó su equipaje y se despidió con naturalidad en el andén. A la una de la tarde, tomó el tren bajo el sol reverberante del mediodía lo que le recordó a Lina el viaje de unos treinta años atrás, cuando junto a toda su familia había dejado lejos en la memoria su natal Pinar del Río. En el vagón, se había desvelado todo el recorrido: desde Guane hasta Camagüey, mientras sus hermanos se perdían la maravilla de mirar las novedades a lo largo de la línea.

El trayecto que debía cubrir Fidel abarcaba unos ochocientos kilómetros por entre bateyes y pueblos olvidados, estaciones descoloridas, andenes breves y salones que sacudían su modorra cuando los pitazos de la locomotora anunciaban la proximidad del arribo y unos pocos vendedores ambulantes se congregaban a pregonar el dulce de leche, las panetelas, las raspaduras y el coco rallado con miel. Almorzó a la carta por primera vez en su vida, en medio de la solemnidad traqueteante de un coche *pullman*, acontecimiento inolvidable que se convirtió en suceso rutinario a la hora de la comida.

Al amanecer, cuando los vagones se deslizaban sobre los elevados de Tallapiedra, despertó en un sobresalto, se acomodó y dispuso sus sentidos al deslumbramiento. Ante la gran estación, el apuro bullicioso de las personas y la indiferencia de un empleado que escuchaba absorto a Lily Marlem, con el oído pegado a la bocina de un viejo radio destartado, sin molestarse en responder las preguntas de los provincianos, pensó que todas las cosas tenían su insólito encanto o tedio abismal. La Estación Central de Ferrocarriles sobresalía por los vitrales de la arcada, el reloj en la torrecilla y el barullo de los pasajeros que se agolpaban a la salida y a la entrada, en idéntico frenesí de premuras.

En la sala espaciosa lo aguardaba don Fidel Pino Santos, el padrino que nunca llegó a serlo, vestido con traje blanco de dril cien y apariencia de potentado magnánimo e industrial. El maletero acomodó el equipaje en el baúl y ellos abordaron el automóvil. El auto avanzó rumbo al Malecón habanero por la calle de Montserrate, entre edificios de cuatro y cinco plantas, a una velocidad nunca antes imaginada por Fidel.

En el exclusivo reparto Miramar, al lado oeste de la ciudad, frente por frente al aristocrático Club Cubanaleco, tenía su mansión de dos pisos y altas columnas, don Fidel Pino Santos, que seguía siendo un prestamista despiadado y un amante volcánico de la doctora en Farmacia Ana Rosa Sánchez, un politiquero de mil espuelas y un viejo amigo del gallego don Ángel Castro Argiz. El nuevo discípulo del Colegio de Belén hizo una breve estancia allí, donde reposó un buen rato del largo viaje y de la pesadez que las innumerables paradas del tren ocasionaban en el ánimo. Poco después lo condujeron, otra vez, por entre las amplias avenidas, a una velocidad cosmopolita, hasta el Colegio de Belén, de impresionante frontón neoclásico, altos muros, vestíbulo de paredes de mármol y suelo de mosaicos encerados.

En el umbral del colegio se sintió feliz. Aquella institución era la mejor del país por sus magníficas instalaciones y el prestigio del claustro profesoral, y él se encontraba allí con la euforia de quien consigue realizar un sueño. La primera noche en La Habana descansó de la fatiga del viaje y de la ansiedad que lo desconocido solía despertar en su espíritu. Como aún faltaban dos días para el inicio del curso, a la mañana siguiente preguntó qué tranvía lo llevaba

al centro y salió a explorar, solo que esta vez no se trataba de la loma de La Yaya o La Mensura, en las cercanías de Birán, sino de las calles desconocidas y pobladas de la vieja Habana.

El tranvía demoró cuarenta o cincuenta minutos hasta el Parque Central, la plaza circundada de palmas en torno al Monumento a José Martí. Atrás la afamada Acera del Louvre y el Hotel Inglaterra donde una vez el Maestro fijó públicamente su posición separatista, en el banquete que el Partido Liberal ofreciera a don Adolfo Márquez Sterling, quien confiara al joven elocuente, apasionado y sincero, el discurso de agradecimiento. El hotel difundía con orgullo sus glorias. El General Antonio Maceo también se había hospedado allí, durante su corta estancia en La Habana, en el período de entreguerras que siguió a la frustración de 1878.

Fidel recorrió a pie toda la zona. Dejó la mirada suspendida de asombro, en los ángeles del Centro Gallego y del Teatro Tacón, paseó por los jardines del Capitolio, se reclinó en los bancos de mármol blanco en la plazoleta de la Fuente de la India, anduvo bajo los laureles copudos, pasó por la calle Reina, siguió por la calle Monte hasta el final, muy cerca del Convento de las Ursulinas, y enrumbó sus pasos hacia la calle Muralla, donde se encontraban los grandes almacenes y las ventas al por mayor. Necesitaba aún hacer algunas compras. Los almacenes Ultra, en la calle Reina frente a Galiano, reconocidos como *La Casa de Belén*, habían puesto en oferta el uniforme del escolar que, según el anuncio publicitario, tenía «el rango de un traje de vestir y era por tanto inexcusable en él la línea moderna, la confección de primera, el color firme, la tela inarrugable», pero aún quedaban pendientes en su lista algunos libros y materiales de escritorio que deseaba conseguir. Deambuló por los callejones y las alamedas hasta el

oscurecer, cuando decidió regresar a la escuela, cargado de paquetes y experiencias.

Recién llegado del provinciano Colegio de Dolores, unos días después del inicio del curso, quizás por candidez o tal vez por no reparar en asunto tan poco grato como la moda en el vestir, se presentó con aquel traje de color indefinible adquirido en la tienda del comerciante Mazorra. A la vista de los alumnos belemitas –hijos de las familias acaudaladas de La Habana y otras ciudades del país, algunos demasiado soberbios o presumidos–, aquel atuendo era un desastre. Unos disimularon una sonrisa de burla y otros pronunciaron sus mordaces e hirientes comentarios en voz alta, con el propósito de ruborizarlo y humillarlo. Fidel no dio importancia a las sonrisas, pero prestó atención al criterio de que aquel traje, sugerido por el hijo del comerciante Martín Mazorra, era una calamidad y nunca más volvió a usarlo.

Cada vez que uno de los jugadores del equipo de Belén se alzaba y colaba una canasta, la bancada vivía la animación del partido de una manera desbordada y vocinglera. Fidel Castro fue la revelación como efectivo *guard* en los equipos de menores de dieciséis y dieciocho años, tal como se reseñaba en la sección de Deportes de la revista *Ecos de Belén*, donde aparecieron las fotografías de los equipos de baloncesto. Se le veía erguido, enfundado en la camiseta y el short distintivos de Belén y se le reconocía una «impetuosidad indomable». Entonces nadie adelantaba que llegaría a ser el jugador en el que descansaría toda la esperanza de triunfo del colegio.

Al final del tercer año de bachillerato figuraba como miembro del equipo de fútbol, participaba en competencias de *track*, establecía récord de 5,8 pies en salto alto, y

sobre todo, era excelencia de su año con premios en las asignaturas de Español, Inglés e Historia.

Acostumbraba a estudiar duro en períodos de exámenes porque consideraba una cuestión de honor alcanzar buenas calificaciones, lo que no siempre dependía de su esfuerzo. El profesor Belaúnde San Pedro escribía por encargo los libros de texto de las asignaturas de Filosofía, Lógica, Economía Política, Psicología y Cívica, y lo hacía profusamente quizás con el interés de cobrar comisiones según el número de páginas.

En el examen de Cívica, del primer parcial evaluativo, el estudiante consideró bueno su trabajo, sin embargo la nota no rebasó los sesenta puntos. Llegado el momento de la segunda evaluación decidió aprenderse de memoria el tomo de unas trescientas o cuatrocientas páginas para responder al pie de la letra las exigencias del profesor. Repetía la lectura unas cuatro o cinco veces y en la última, molesto, arrancaba una a una, las insulsas y abstractas páginas del volumen de respuestas.

Otros estudiantes, sin detalles de lo sucedido, convirtieron la historia en leyenda, para demostrar la memoria privilegiada de Fidel Castro Ruz. Él seguía un programa, confiaba en su sistema. Llevaba el ritmo de lectura, unas veinte o treinta cuartillas por hora, y luego sacaba sus cálculos: treinta cuartillas, diez horas; tres lecturas, tres días.

Poseía una buena retentiva, no tanto una memoria fotográfica como la capacidad de recordar durante mucho tiempo un dato o un tema de interés. Si alguien le informaba en el formidable observatorio del colegio, equipado para las contemplaciones cósmicas y las predicciones meteorológicas, por ejemplo, nunca se le olvidarían las distancias de la Luna al Sol y del Sol a la Tierra, como tampoco

la velocidad de la luz, las geografías naturales del planeta, los países del mundo, sus capitales y los sistemas políticos de sus sociedades desde la antigüedad. Recordaría las lecciones del observatorio donde conoció la utilidad de la meteorología en la Guerra Mundial de 1914-1918, durante la cual el General en Jefe de los Ejércitos de Italia escribió:

En la preparación de las batallas y maniobras de guerra, el conocimiento de las futuras condiciones de la atmósfera puede constituir un elemento especial. Los medios de guerra, la visibilidad a gran distancia, la rapidez y la posibilidad de ciertos movimientos, hasta el estado mismo de las tropas tienen valor distinto, según sean las condiciones atmosféricas de borrasca o calma transparente o nebuloso, sereno o de lluvia. Un ataque calculado y preparado con mucho cuidado, pero echado a perder por un mal tiempo puede resultar comprometido y hasta imposible.

El clima podía influir en todo, el lento o rápido avance de una fuerza o la desviación de los proyectiles, y esa circunstancia de conexión directa entre dos aspectos en apariencia separados, era algo como para registrarse definitivamente en la memoria. Y todo, porque se trataba de conceptos, realidades tangibles o temas de interés.

Al estudiante Fidel, no le resultaría difícil recordar de inicio a fin el poema de Lope de Vega, que la página literaria de la revista *Ecos de Belén*, dirigida por el Padre Francisco Barbeito, publicara en el número correspondiente a los meses de septiembre a diciembre de 1942. Conmovían los versos de aquella «Canción de cuna de la Virgen madre», porque era hermoso imaginar la estampa de una mujer que le pedía silencio al viento

mientras arrullaba a su hijo: «Palmas de Belén que mueven airados/los furiosos vientos que suenan tanto,/no le hagáis ruido,/corred más paso;/Que se duerme mi niño/ tened los ramos.»

Toda la literatura que estudiaban era la española. Un libro de Shakespeare era mencionado solo al vuelo, pues no se dictaban conferencias sobre literatura francesa, inglesa, o de las Américas. Libros como *La cabaña del Tío Tom*, por ejemplo, fueron leídos por él algún tiempo después de graduado. Los alumnos apenas recibían nociones de pintura, música y arte, en general.

En la segunda prueba aplicada por el catedrático Belaúnde San Pedro, Fidel utilizó los giros rebuscados y las palabras vacías del profesor, como si redactara las respuestas con el libro delante. Sin embargo, la nota volvió a ser baja, porque el profesor concedía las calificaciones según sus conclusiones anticipadas y ni siquiera revisaba los manuscritos.

Fidel no se consideraba un modelo de estudiante. Su imaginación solía escaparse de clases hacia todos los mundos y aventuras posibles y además, dedicaba una gran parte del tiempo a la preparación deportiva. Aún así, asistía con puntualidad y disciplina a las sesiones docentes y cuando se acercaba el fin de curso estudiaba a toda hora y en cualquier lugar: en el dormitorio, en las aulas, los corredores, bajo los árboles y sobre todo, en el salón principal de estudio, donde a las diez de la noche, debía apagar las luces y cerrar las ventanas y los portones, como encargado designado para esas labores.

A pesar de que no era lo habitual, se retiraba tres o cuatro horas más tarde de lo establecido por los horarios para irse a descansar, pero nadie le llamaba la atención. Desentrañar por los libros los misterios de la física, la

geografía, las matemáticas, la botánica y la química, e intentar la creatividad y la imaginación para expresarse, se convirtieron en ejercicios imprescindibles del pensamiento, si deseaba vencer con buenas calificaciones los exámenes.

Su fantasía era un duende inquieto que recorría los caminos casi siempre distantes del aula y solía desaprovechar el tiempo, en medio de aquellas lecciones aburridas parecidas a un sermón. En Inglés se mantenía atento, como el único modo de conocer el significado de los vocablos, las estructuras gramaticales y sobre todo, la pronunciación.

Desde la antigua Ermita de Montserrate se apreciaba el verdor del Valle del Yumurí, con el río serpenteante que fertiliza la región, y las elevaciones, de un azul brumoso cuando cae la tarde.

Habían acampado en la hondonada durante dos días, para luego ascender hasta la Ermita de Montserrate. El grupo de exploradores del Colegio de Belén, descansó por el suelo, entre las esculturas, a la entrada de la capilla, después de acarrear leña suficiente para mantener la luz de la fogata durante doce horas continuas, y montar por los alrededores casas de campaña, construidas con lo que pudieron conseguir en las inmediaciones, algunas más sólidas y otras tan endeblas que de respirar en su interior se derrumbaban o deshacían. Los exploradores comieron a las once de la noche debajo de un cobertizo improvisado, al abrigo del cual, también tendieron las camas de tablas en apenas diez minutos de constante trajín y esfuerzo. Aún no era invierno, pero en la cumbre se sentía la frialdad húmeda del monte y batían fuerte los soplos de brisa que venían de la bahía.

Un joven de Matanzas, estudiante del colegio, comentó que desde 1530, la entrada marítima era bien conocida entre los marinos españoles y que el cartógrafo italiano Benzoni aumentó su celebridad al incluirla en 1541, en un mapa de Cuba, como uno de los principales puertos de la Isla. El muchacho hablaba despacio y narraba la historia con la cálida pasión del que ama su lugar de origen.

Fidel escuchaba abstraído y evocó las epístolas maravillosas del hermano del Padre Amando Llorente, misionero en Alaska. Sus cartas llegaban a la escuela, bajo el título de «En el país de los hielos» y describían la vida de los esquimales, la naturaleza de la región, los inviernos larguísimos, los veranos frágiles de las estepas, el deslizamiento fugaz de los trineos, el aullido confundido de los perros y los lobos y el eco perdurable de los disparos en aquella inmensidad de horizontes.

Las misivas de Segundo Llorente, el Padre misionero en Alaska, se publicaban bajo el epígrafe *Narraciones de Tierras Lejanas*, por El Siglo de las Misiones, una editorial de Bilbao, cuyo logotipo era una carabela en un mar y un cielo vivamente azules. La imaginación podía recorrer los paisajes en las maravillosas descripciones:

Aquí en Alaska el tiempo no vale nada. Cualquier vaporcillo, cualquier trineo, cualquier aeroplano, cualquier cosa le hace a usted esperar una semana más de lo convenido. Aquí todos los compromisos son condicionales, como son condicionales todas las respuestas.

No creo que haya nada tan extraño para un europeo como viajar hora tras hora sobre lagos helados, sentado en las barras de un trineo, y dominando una

llanura sin fin. Sin una vocación más fuerte que un puente romano, y sin un temperamento muy sui géneris, esto sería insoportable. La soledad de la campiña gravita sobre el alma de modo abrumador. Una brisa persistente de 20 grados centígrados bajo cero lo envuelve a uno (...) El aliento cálido se pega a las cerdas de la capucha que envuelve el rostro, y cada cerda es un carámbano, formando todo el conjunto un bloque de hielo que azota el rostro e impresiona mucho la primera vez. (...) Hay que refregar continuamente con un pañuelo los pómulos y la nariz. Si se hielan, se los resucita restregándolos bien con nieve hasta que queden en carne viva o despellejados.

Entro en un bosquezuelo y sentado sobre un tronco, escucho el silencio más absoluto que se puede dar en el punto más solitario del globo. (...) Sigue de nuevo un vacío perfecto. El tímpano, en vez de descansar, se inquieta y al poco rato el silencio es rumoroso y un zumbido persistente le quiere dar a uno la impresión de que hay vida alrededor y la tierra se mueve y no está uno en la tumba. Es el silencio de la pampa alaskanana o de la tundra (...)

Ni espejos, ni sillas, ni dentífricos, ni duchas, ni libros, ni nada. Una red, un rifle, una docena de perros (...) y ahí se terminó el ajuar doméstico (...) Es decir, que a fuerza de escarmientos y experiencias, se ha ido extendiendo por Alaska una tradición muy conservadora y muy en armonía con las necesidades locales. El que crea que sabe más que los demás y se lance por su cuenta y riesgo, sin parar mientes en los dictados de la tradición, ese tal sencillamente juega con la vida y la

puede perder lo mismo en una selva enmarañada que en una llanura nevada de horizontes infinitos; porque es un hecho que el que pierde el rastro camina en círculos, hasta que ya no puede caminar más y adiós (...).

Los jesuitas para ordenar a un sacerdote exigían años de estudios, distintas pruebas y el cumplimiento de una misión como profesores de las escuelas religiosas, durante tres o cuatro años. El Padre Llorente ocupaba el cargo de Segundo Inspector, encargado de la disciplina en el Colegio de Belén, animaba, entusiasta, las exploraciones y compartía las lecturas de Alaska. Los alumnos lo circundaban en incontables ocasiones para escucharle las historias sobrecogedoras de la guerra civil española, y de los tiempos que sobrevinieron después, afirmado el triunfo nacionalista, con la paz como una débil apariencia y el fusilamiento de miles de republicanos. El Padre Llorente era sanitario entonces. Después de las ejecuciones andaba entre los cuerpos desvanecidos y amontonados comprobando si estaban vivos o muertos. De aquella época le quedaban las palabras de espanto y el relato triste de la tragedia, algo que perviviría en el recuerdo del alumno Fidel, impresionado por las imágenes lacerantes que sugería aquel pasaje tremendo.

El Padre Amando Llorente simpatizaba con Fidel, a quien designó general de exploradores después de una excursión a las montañas de Pinar del Río. El discípulo cruzó el río Taco-Taco crecido, para asegurar del otro lado una soga y lograr que el resto de los muchachos pasara sin ser arrastrados por la corriente.

Al caer la tarde, organizaron los equipos de guardia. Fidel vigilaba mientras el campamento dormía. De aquella

expedición a Montserrate se leería después en las crónicas de *Ecos de Belén*:

(...) se organizó la terrible «lucha» en la que Elmo y Fidel mostraron habilidades que con el tiempo han de dar que hablar y (...) Hay que hacer resaltar la conducta de los jefes de guardia Fidel y Trueba que tan alto dejaron su espíritu de vigías y de todos los demás que de dos en dos horas fueron vigilando el sueño del campamento y atizando las hogueras bienhechoras (...).

Fidel aún no imaginaba que él mismo organizaría en cuarto año la escalada al Pan de Guajaibón.

En lo alto, Antolín Reyes le ofreció agua fresca de bejucos de parra y curujeyes de la manigua. La subida dejaba sin aliento a los escaladores, como si agotadas las fuerzas resultara imposible reponerlas; sin embargo, allá arriba, no hacía falta más que levantar la mirada y observar el paisaje para recuperar el ánimo, el color de los labios y la disposición de continuar las caminatas.

Los excursionistas habían dejado atrás el campamento de exploradores de Belén, y se adentraron en la sierra, con el ansia de alcanzar la cima. Siguieron camino por Inclán, Sumidero y Mameyal hasta el batey de Manacas.

Manacas era un nombre recurrente. Al llegar, Fidel intentó ayudar a un campesino en la recogida de arroz, pero aún las vainas estaban muy verdes. Después de almuerzo arrimó un taburete a la pared del bohío y conversó con Antolín. Tarde, sin dejar de mirar al cielo, contó de los viejos y de la finca en Birán. Si se nublaba temprano,

al otro día no alcanzarían a ver el horizonte ni podrían fotografiar las cercanías. Por suerte, cuando cayó la noche, las estrellas fulguraban.

—El cielo es una cobija repleta de cocuyos —comentó el guajiro Antolín, en el tono más natural del mundo, sin imaginar la poética de aquella frase, que acababa de pronunciar mientras lo miraba.

Después de la escalada, decidieron el regreso, para aliviar el sobresalto. Tenían que avisar desde la estación telefónica del batey de Manacas al colegio, porque nadie sabía sobre su paradero, desde hacía varios días.

Solo la excursión a la Sierra Maestra y el ascenso al Pico Turquino podían superar aquella experiencia juvenil, pero no pudo ser. El Padre Llorente lo tenía todo previsto, se encontraban ya en Santiago, listos para embarcarse en una goleta de travesía regular, cuando la embarcación se averió y debieron suspender el viaje. El profesor, sin palabras, lamentaba la decepción de sus alumnos, y su rostro apesadumbrado era la prueba fehaciente de su contrariedad.

A la sombra de la casa, don Ángel Castro revisaba los diarios. El sillón se mecía al ritmo lento y acompasado que él seguía con los dedos, mientras sostenía el tabaco aún sin encender, le daba vueltas, lo amasaba, lo olía, lo distanciaba para observarlo, hasta que lo prendía, sin apartar la vista de los titulares y las fotografías impresas en el papel de los diarios. Desde principios de marzo, el periódico *Información* comentaba los debates sobre la propuesta de Juan Marinello, —presidente del Partido Socialista Popular, senador de la República, profesor y miembro del Consejo Nacional de Educación y Cultura—, a favor de que desapareciera la enseñanza privada. Respaldaban esa idea, intelectuales

progresistas, maestros rurales, artistas y obreros ilustrados, entre otros sectores. Se escandalizaban el clero y la derecha, y don Ángel lo consideraba un verdadero sacrilegio.

El viejo permanecía pensativo aquella tarde. Su hijo casi terminaba el bachillerato en Belén y oficializaba sus estudios en el Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana. Habían transcurrido tres años desde que partiera por el camino fangoso de Alto Cedro y desde entonces, solo durante los meses de vacaciones había visitado la casa.

En ese largo tiempo, Birán y don Ángel habían vivido de un modo abrupto, la tormenta y la calma. Primero fueron las desavenencias con Pedro Emilio, que apurado en dineros, no obró bien con los de casa; luego, el proceso demorado del divorcio de don Ángel con su primera esposa María Luisa Argota, un desenlace irrevocable y contundente facilitado por la Ley de divorcio vincular de 1918, que la constituyente de 1940 asumía para brindar esa posibilidad a los ciudadanos cubanos, quizás la razón esencial por la que don Ángel, tantos años después de establecido en la Isla, decidió asumir la ciudadanía antillana y hacer dejación de la española. Apenas un año después, la felicidad nunca soñada a los sesenta y siete años: en la mañana del 26 de abril de 1943, Lina y él se presentaron ante el doctor Amador Ramírez Sigas, juez municipal y encargado del Registro Civil en Cueto, para formalizar su unión de tantos años en una ceremonia discreta y sencilla. Ella permaneció serena. Él, mientras la miraba en silencio, recordaba la primera vez que la había sentido cerca, con aquel olor a cedro de las mamparas, los armarios, los baúles y la delicadeza de las cajas de estampas floridas para guardar pañuelos de seda. La ceremonia religiosa tuvo lugar en la iglesia de Mayarí; porque para Lina el que se celebraba ante Dios era el casorio verdadero.

Después, habían llegado los hijos de esa, su segunda unión, quienes al paso de los años crecían como cedros, con la firmeza y la ternura de los troncos de árbol, los hijos fueron inscriptos ante notario de manera oficial por don Ángel en los finales de aquel propio año de 1943. La tercera inscripción de Fidel Alejandro remitía al 11 de diciembre de 1943, la mañana cuando don Ángel certificó el nacimiento de un varón ocurrido el 13 de agosto de 1926. La escritura fue registrada con el Folio 279, Tomo No. 16.

Ya se habían matrimoniado Ramón y Aurora de la Fe Castillo, a quien todos llamaban Zuly; y Angelita y Mario Fraga, un militar de carrera. La casa iba poblándose de la alegría de los nietos. Primero fueron las niñas: Dulce María, de Ramón; y Mirtza, de Angelita.

Ramón, junto a Zuly, una joven que tenía la estampa de una adolescente, vivía entonces en El Perico, y tal como lo había dispuesto don Ángel, Ramón atendía las colonias de Hevia y Panuncia. Raúl y Juanita trabajaban en la oficina, y Enma y Agustina estudiaban. Fidel había llegado lejos, donde nunca su padre soñó y era, a todas luces y confesiones, el orgullo de la familia.

El *Diario de la Marina* publicaba en la página nueve, un comentario sobre el Debate Científico-Pedagógico «realizado en Belén, el sábado 22 de la semana pasada, en relación con los problemas de la enseñanza». Don Ángel recibió una grata sorpresa, el periodista mencionaba a su hijo, decía que había disertado –desde las conservadoras posiciones del colegio, por supuesto–, sobre las relaciones que mediaban entre la enseñanza oficial y la privada en los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, Holanda, Turquía, Alemania, Rusia y Cuba.

El viejo Ángel se incorporó, apuró sus pasos al almacén con el periódico en alto y llamó a su mujer con gran

revuelo. Por la noche lo comentó con sus amigos de las partidas de dominó. Sentía satisfacción y una alegría interior que le chispeaba en los ojos claros. La tertulia olvidó ese día abordar los temas que casi siempre animaban las discusiones: algunos aseguraban que Cuba saldría bien de la guerra; otros no lo consideraban así y mencionaban el hundimiento, en 1942, de los vapores cubanos *Santiago de Cuba* y *Manzanillo*, lo cual fue posible por las acciones de espionaje del alemán Heinz August Lunin, fusilado el 16 de noviembre de 1942, en el castillo habanero del Príncipe. Lunin, que había llegado a Cuba en 1941, utilizaba sus habilidades como telegrafista y radiomecánico, bajo una impecable e insípida apariencia de comerciante de origen latinoamericano, para enviar mensajes e informaciones a varios agentes nazis en Latinoamérica y Europa. El día que lo detuvieron, llevaba en el bolsillo del traje un singular objeto: una pistola lapicero, fabricada en “Cleveland”, en los Estados Unidos de América, con calibre de doce milímetros, posibilidad de un solo tiro y disparador en forma de botón, un verdadero prodigio de la inventiva a pequeña escala, muy de moda entre viajeros, jugadores profesionales, mujeres licenciosas y espías de todo el mundo.

En las conversaciones recientes, los contertulios recordaban el desastre de los años veinte, después de la Danza de los Millones y algunos preveían, con la paz en Europa, una caída en picada de los precios del azúcar.

Las promesas de los auténticos se habían esfumado en unos meses de gobierno, ¿quién podía confiar si se habían olvidado ya de la diversificación de la economía y de la industrialización del país? El Partido Comunista tenía células en Preston, Cueto y Marcané, y cada vez se inflamaban más los ánimos a medida que se aproximaba el tiempo muerto o las compañías

norteamericanas intentaban desalojar a los campesinos. En Birán vivían algunos comunistas. Paco, el dependiente del almacén y casi todos sus hermanos, eran miembros del Partido. Alguien había traído a colación las semanas turbulentas, cuando la compañía Altagracia trató de expulsar a los campesinos de los cuarterones de Orozco y Pontezuelo. Fue por 1923 ó 1925 y no lo consiguieron, especificó otro. Mientras los pronósticos colectivos estudiaban las probables reacciones de la población, algunos se mostraban optimistas y otros se adherían al vaticinio terminante de quien con frase lapidaria, dramática y augural aseveró: «Si las cosas siguen así, la gente va a luchar».

Lina aleteaba como una mariposa por toda la casa, con una exaltación feliz. Andaba ocupadísima con los preparativos del viaje a La Habana porque su Fidel se graduaba y hasta traje de noche largo debía vestir en la ceremonia, según la costumbre de aquel colegio, donde cursaban estudios los hijos de la aristocracia cubana. Irradiaba contento por el primer bachiller de la familia «en cien, doscientos o hasta trescientos, sabe Dios cuántos años».

Lo que no podía soñar era que su hijo sería el estudiante más aplaudido en el escenario de gala, colmado de autoridades, profesores, familiares y estudiantes. Fue su mayor orgullo en medio del estupor de ambos, porque ninguno lo esperaba.

Durante el cuarto año del bachillerato el estudiante procedente del lejano y pequeño Birán, aquel caserío oriental que apenas figuraba en los mapas, fue designado el mejor canastero de básquet, premio de conducta y excelencia en las asignaturas de Español y Agricultura. De septiembre de 1944 a junio de 1945, «por su amor al Colegio y

el entusiasmo con que defendió el Pabellón Belemita, en casi todos los deportes oficiales del Colegio» resultó proclamado como el mejor atleta del curso, destacado como *coach* del equipo de béisbol y premio en Sociología.

La ovación cerrada, tenía que ver con todos sus éxitos docentes y deportivos, pero también con la personalidad distinguida, noble, justa y valiente que se adivinaba ya en él. Tres años atrás, el adolescente provinciano recién llegado a la capital, estrenaba un saco largo, anticuado y escandaloso. Ahora sobresalía como as del deporte, estudiante, explorador, amigo, como excelencia en las asignaturas, por sus conocimientos generales, y como joven discutidor con los inspectores, si existía una razón justa que defender. Al pie de su fotografía en *Ecos de Belén* y en el expediente escolar tras su graduación, el Padre Llorente escribió:

Fidel Castro Ruz (1942-1945). Se distinguió siempre en todas las asignaturas relacionadas con las letras. Excelencia y congregante, fue un verdadero atleta, defendiendo siempre con valor y orgullo la bandera del Colegio. Ha sabido ganarse la admiración y cariño de todos. Cursará la carrera de Derecho y no dudamos que llenará con páginas brillantes el libro de su vida. Fidel tiene madera y no faltará el artista.

Contaba con la simpatía natural y espontánea de los condiscípulos. Hasta ese día en que se iba definitivamente de Belén, no lo había percibido, pero no podía negar que aquella ovación no solo había sido sorprendente, sino también halagadora. Sin embargo, sus compañeros más cercanos y entrañables de ese tiempo no estaban entre quienes lo aplaudían allí, en el solemne acto de graduación.

Al final del día, al acostarse, pensó en los hermanos Manuel y Virginio Gómez Reyes, en Gildo Miguel Fleitas y en José Luis Tassende. Ellos eran sus verdaderos y más cercanos compañeros; los más leales y sinceros de entonces. Los tres primeros, trabajaban como empleados en Belén. Virginio Gómez, de carácter serio y apariencia adusta, era cocinero y su hermano Manuel, el ayudante de cocina, la jovialidad en persona.

Gildo Fleitas estudió en el Colegio La Salle, del Vedado, y luego, en la Academia de Comercio Habana Business, que no llegó a terminar, pero le permitió el conocimiento de la taquigrafía y la mecanografía, oficios que le abrieron las puertas de la Secretaría del Colegio de Belén, donde también impartía clases de Inglés, en la Escuela de Electromecánica. A José Luis lo había conocido en un partido de béisbol contra los alumnos del Instituto Inclán, de los Hermanos Salesianos de la Víbora, equipo al que pertenecía Tassende como estudiante de Electromecánica. Con ellos, en aquella ciudad alejada de los espacios de Birán, estrechó relaciones como si fueran de la familia.

Cuando regresó a Oriente, recibió muchas felicitaciones. Lina contaba del viaje y los méritos del hijo a todas las comadres del batey y a los clientes en la tienda. El viejo no. Él demostraba sus sentimientos con respeto y confianza, aunque quizás sin disimular demasiado su admiración. Le regaló los yugos, la hebilla del cinto, el reloj y la leontina de oro, todo lo que consideraba sus pertenencias más valiosas, no por su valor en sí, sino por su esencia afectiva, por su costumbre de usarlas; eran como anclas en su pasado. El reloj marcaba su tiempo desde hacía muchísimos años y nunca se había detenido.

Tempestad

El bachiller espigado, en el desconcierto feliz de la primera noche en casa, no había percibido el silencio de las voces familiares. El viejo, arriba, en el altillo donde revoloteaba más próximo el rumor de los tomeguines y la frialdad era mayor, leía los diarios que le alcanzara en la tarde de modo invariable Juan Socarrás, el nuevo mensajero del telégrafo que venía de Yara, recomendado por el telegrafista Pedro Botello Pérez. A Yara, apenas le alcanzaban las casas, plazas y calles, para dar cabida a tanta historia, desde que el hacendado Carlos Manuel de Céspedes levantara la República en su territorio, al inicio de los combates de la Guerra Grande y Máximo Gómez colmara de aprensiones a las tropas peninsulares con la primera carga al machete. El poblado aparecía mencionado en *Espejo de paciencia*, y aunque muchos de sus habitantes no recordaran los versos como para repetirlos a pie juntillas, vivían de la hidalguía de una circunstancia como esa, reiterándola a los viajeros y los recién llegados con gran orgullo. Juan Socarrás era «gente de ley». Ubaldo Martínez lo afirmaba con frase rotunda y convincente «un hombre se acredita por su vergüenza» y ya no decía más, porque esa definición de ser y actuar era algo incontestable, aprendido con la solemnidad y el rigor de un rezo.

Don Ángel Castro entregaba a Ubaldo, los pagos de los trabajadores forestales: unos fajos envueltos en papel de periódico y, bolsas con «miles de pesos, reales y pesetas», que el campesino disimulaba bajo unas alforjas repletas de tasajo, harina o bacalao, y transportaba en su caballo por los senderos entre lomas, hasta los aserrios del alemán y de Cristóbal Boris en los Pinares de Mayarí. Comenzó a trabajar en el batey a los veinticuatro años, cuando decidió casarse con Jacinta Martínez. Desde entonces, se había ganado la confianza de don Ángel y le hacía otros favores: llevaba y traía recados confidenciales a los «cortejos» del viejo, siempre con una discreción de sombra. Generosa era una de ellas, la mamá de Martín –el hijo nacido entre Fidel y Raúl–, que cada vez se parecía más al padre, sobre todo en la tímida mirada de sus ojos claros.

En una ocasión, Lina invitó a Martín a cenar en Nochebuena. Servida la mesa, llamó a su esposo, quien abstraído conversaba con don Fidel Pino Santos en el portal, sin imaginar el impacto de la escena en torno a la amplia y ceremoniosa mesa del convite. Cuando don Ángel Castro vio a Martín, todo compuesto entre sus hijos, se ruborizó y de inmediato, guardando un profundo silencio y asintiendo con la cabeza, acató la decisión de su mujer. Poco antes, ella se había limitado a decir: «Ya está reunida toda la familia, pueden pasar al comedor».

La mulata Generosa hizo honor a su nombre, jamás importunó a Lina ni aspiró a ocupar su lugar, le tuvo consideración y estima y se mantuvo siempre lejos, después de aquellos arrebatos fervientes del amante, que se esfumaron con la misma levedad del humo de los tabacos que aspiraba con aire pausado.

Ubaldo nunca había ido a la escuela, lo que era una verdadera lástima porque demostraba una retentiva

asombrosa. Si le ponían a llevar las cuentas junto a las grúas llamadas chuchos donde se pesaban los alijos de caña, no hacía falta anotar en los papeles. Su cabeza almacenaba el número de carretas y el volumen de carga de cada una, como si el libro de las contadurías estuviera impreso en su memoria.

A Fidel le parecía verlo salir en su jumento hacia los pinares. El empleado enrumbaba aproximadamente a las diez y media de la mañana y a la una estaba llegando, después de vencer catorce pasos de río y esquivar la presencia probable de los bandoleros que andaban por todo aquello.

Fidel miraba en ese instante la luz de la pequeña lámpara sobre la mesita del despacho de don Ángel. El destello pestañeó por unos instantes, como si el globo de vidrio dudara entre la claridad definitiva o el vacío de la oscuridad. Esa noche, la radio dejó de transmitir en la madrugada y él recordó la audición de los partidos disputados entre los equipos de Almendares y Marianao, en la época de las vacaciones de Navidad de sus años adolescentes. Sintió nostalgia de aquel desvelo animado por la incertidumbre. Apoyó los codos sobre el escritorio esquinado y concentró toda su atención en la lectura de la primera *Historia de la Revolución Francesa*, una edición con ilustraciones de la época y traducción fluida. Se trataba de la realizada por Adolphe Thiers, abogado, periodista y hombre de Estado, que también fue historiador. Después Fidel supo que Thiers había aplastado a los insurgentes de la Comuna de París en 1870 con la cooperación del Ejército alemán.

En una de las enciclopedias de la biblioteca de Belén había descubierto anotaciones sobre los estremecimientos sociales que, como un eco de lo sucedido, Thiers narraba en extensos volúmenes: «(...) el 14 de Julio de 1789,

el pueblo de París, se lanzó al asalto de la fortaleza de “La Bastilla”. La noticia dejó perplejo a Luis XVI: “¡Pero esto es una rebelión!” A lo que un cortesano que veía más claro replicó: “No una rebelión, sire, sino una revolución (...)”» Fidel leía numerosos tratados y libros, escuchaba a sus maestros sobre los enciclopedistas del Siglo de las Luces, y se declaraba ferviente partidario de ellos; en la medida que sus ojos avanzaban con avidez y leían las páginas, crecían su entusiasmo y admiración por quienes se propusieron tomar por asalto los sueños e ideales de justicia, igualdad y libertad: Camille Desmoulins, Dantón, Robespierre y tantos otros protagonistas de la revolución contra el absolutismo monárquico, en las barricadas de las calles parisienses, que Víctor Hugo, el poeta de la revolución, le permitiría recorrer en las páginas de la novela *Los miserables*, de la que recordaría para siempre la fascinante descripción de la batalla de Waterloo, una insólita y adorable proeza literaria.

El destello de la lamparita volvió a titubear y se quedó a oscuras un buen rato. Por los amplios ventanales recubiertos de tela metálica y abiertos de par en par, penetraba la brisa de los pinares cercanos del sur. Escuchó el ronco sonido de los motores de la panadería, donde su madre por poco pierde una mano que logró salvar, de puro milagro, con abluciones de aguas con permanganato. Más adelante, ella misma le aplicaría esa fórmula a la esposa de Cantala, a quien devolvió la vida cuando los médicos del hospital, tras el «paritorio», la desahucieron por infección.

Restaban solo tres horas para las cinco de la madrugada e imaginaba a los vaqueros que, con su andar despacioso y somnoliento, daban tumbos hacia el sótano para ordeñar a las treinta o cuarenta vacas recogidas durante la

noche entre los pilotes de carolina y caguairán en los cimientos de la casa. Las imágenes de la infancia volvieron a su memoria. Vio a Ballena resoplando su furia, pero Ballena ya no estaba en el rebaño desde el día que embistió a Angelita. La muchacha escapó de casualidad, el viejo no quiso correr riesgos, temía un accidente y decidió sin titubeos: «Ubaldo, dile a José María que la sacrifique».

El tenedor de libros César Álvarez continuaba su trabajo en la misma oficina. A pesar de sus vacaciones, Fidel trabajaba y atendía a la gente que venía a pedir crédito para la tienda, abastecida con suministros de Holguín, Santiago y hasta de la capital. El viejo repartía, prodigaba con una desmesura que luego no encontraba contrapartida en los ingresos. La gente llegaba de las plantaciones de la United Fruit, donde los administradores norteamericanos no contaban con potestades para adelantar fondos, todo allí era en efectivo, no había crédito posible, y mucho menos prestar ayuda a los trabajadores en tiempos desolados de silencios fabriles. Tampoco les interesaban las penurias y, el desamparo de la multitud no era su problema.

Sin embargo en Birán estaba don Ángel, al frente de numerosas hectáreas o arrendatario de todos los terrenos de las inmediaciones -serían en total unas once mil hectáreas bajo su mando-, con la posibilidad cierta de adoptar decisiones y disponer de medios y dinero para socorrer a los infelices en situación desesperada, por lo que la gente acudía a él, lo mismo para buscar empleo temporal, que un vale con que llegarse a la tienda o a la farmacia de Castellanos en Marcané.

Era un hombre accesible, a quien se respetaba mucho. Salía a cabalgar y la gente lo abordaba en el camino, iban a verlo a su oficina o al corredor que rodeaba la casa, cuando tomaba el fresco en las calurosas tardes de verano.

En el instante en que sus pensamientos retornaron a la madrugada, clareó la lámpara y Fidel volvió a leer:

Desmoullins preparó y dirigió el ataque contra la Bastilla, combatió la dictadura de Robespierre y fue guillotinado por moderantismo en 1794. Dantón púsose a la cabeza del pueblo y fue nombrado Ministro de Justicia. Instituyó el Tribunal revolucionario. Al intentar Prusia restaurar la monarquía en Francia, mediante su intervención militar, Dantón se mostró activísimo en el reclutamiento de tropas y arengó infatigablemente al ejército, lo que le valió el sobrenombre de «salvador de Francia».

Permaneció absorto en la lectura el resto de la madrugada. Siempre que leía un buen libro comenzaba a luchar contra el sueño hasta que este desaparecía de una vez y ya no era posible sino el desvelo. Pero esta vez resultaba diferente, sentía un ímpetu de ánimo al pensar en la Revolución Francesa. De seguro había sol cuando el pueblo de París desbordó un sentimiento profundo y derribó las estatuas de los reyes de la *Biblia* del frontón de Notre Dame. Las gentes pensaron entonces que se trataba de una galería de reyes de Francia y echaron por tierra las esculturas, las decapitaron y enterraron no lejos de la afamada catedral, que alzaba sus cúpulas góticas al cielo y tejía encajes de luz por el suelo con el reflejo de los vitrales.

Los periódicos publicaron ese día una noticia estremecedora: los Estados Unidos había lanzado la bomba atómica en Hiroshima, Japón. Una ola de fuego y viento

calcinó a cien mil personas. El lamento de muchas otras que sufrían aún el terrible dolor de las quemaduras, era como un augurio de que la ciudad japonesa sería por mucho tiempo un lugar maldito. Los diarios analizaban fríamente la repercusión política de aquella tragedia, pero la gente noble en cualquier lugar del mundo, permanecía anonadada y triste. Fidel se encontraba de vacaciones en Santiago y nunca olvidaría la conmoción que suscitó aquella historia remota que irrumpía de súbito, como circunstancia alarmante, tremenda y reveladora: no hubo piedad, no tembló la voz que dio la orden. Cuando aún la perplejidad de todos no se había desvanecido ante aquel acto atroz e innecesario, llegaron las noticias del lanzamiento de otra bomba pero sobre Nagasaki, y ya el horror y el miedo, se apoderaron silenciosa y definitivamente de todos los rincones del planeta y no se hablaba de otra cosa. Los portales de las casas grandes, los corredores de las tiendas, los campos, los dormitorios de las señoritas, los jolgorios campesinos, las tertulias de café, las oficinas de correos y telégrafos, las veredas, las populosas calles y los andenes, presenciaban el quebranto de muchos y las imaginaciones sobre aquel fenómeno desconocido e inclemente. Por la radio se supo después que el 15 de agosto, los japoneses escucharon la voz de su Emperador, quien, sin pronunciar la palabra «rendición», dijo que la guerra había terminado.

El central Alto Cedro primero fue propiedad de Andrés Duany y luego de la compañía West Indian Sugar Corporation y realizó su primera zafra en 1917, que se interrumpió por la violencia de los enfrentamientos entre

liberales y conservadores en esa zona, cuando el alzamiento del general José Miguel Gómez contra la reelección menocalista.

El antiguo central Alto Cedro y el batey cercano muchas veces eran mencionados con el nombre de Marcané por el abogado santiaguero Luis Fernández Marcané, quien asumió en 1907, los asuntos legales de la United Fruit Company en Cuba.

Castellanos llegó al pueblo en los años veinte, con el afán de comprar la farmacia que la compañía West Indian Sugar Corporation tenía en liquidación. Al pasar bajo el dintel de la puerta se veía el mostrador, detrás se encontraba la prebotica, donde el farmacéutico establecía las proporciones y envasaba los medicamentos. Al fondo, en el salón, preparaban las fórmulas al por mayor y destilaban los alcoholes, en la mejor tradición de los alambiques.

La construcción fue demolida casi al finalizar la Segunda Guerra Mundial, para permitir el paso del ferrocarril a una sección del central, donde debían hallarse las nuevas tolvas con la modernización e instalación de los filtros Oliver.

Para Castellanos fue levantada una farmacia nueva y al fondo, la vivienda, en el reparto de las exclusividades y los aires de preeminencia.

El boticario salía con toda su familia en un automóvil alquilado. Tomaban el camino de La Bomba y pasaban el río Nipe, hasta la hacienda de don Ángel.

Bilito, el hijo del farmacéutico, recordaba aquellos viajes de su adolescencia, la familia reunida en la sala, don Ángel lamentándose de Raúl «que es un bribón» y Fidel, «de acuerdo con las rebeldías si tienen algún sentido». También recordaba a Agustinita, la hija preferida, pequeña

y delgada, con la delicadeza de las hojas de los árboles o las flores conservadas entre las páginas de un libro.

Bilito y Agustina se conocían del Colegio Internacionales de El Cristo, adonde habían sido enviados por sus padres. El responsable de esa decisión, era un pastor bautista que recorría los caminos con sus parsimoniosas y convincentes letanías.

Durante esas vacaciones Fidel y Bilito salían juntos a disparar con los Cráquer o los Winchester 44 del armario de la casa, con los que probaban su buena o mala suerte en la cacería. En el escaparate, como una pequeña armería, podían encontrarse fusiles y rifles de diversos calibres. Cuando la charla tomaba ese rumbo se mencionaba la calidad del fusil Remington, que había sido utilizado en la guerra de secesión norteamericana y cuyo modelo procedente de los Estados Unidos, databa de 1871. El Winchester, de origen americano había surgido con gran revuelo como una de las primeras armas de repetición, se cargaba por una ventana lateral y tenía una capacidad máxima de doce cartuchos.

Sin embargo, el más renombrado y reconocido como adelanto tecnológico por su mayor precisión y alcance, era el fusil Máuser, empleado por el Ejército Español desde 1893, y con el cual, se habían disparado unas a otras, las fuerzas contendientes en la Primera y Segunda Guerra Mundial, esta última aún se libraba en los estériles territorios europeos e incluso, en Asia y el Pacífico. También había sido empleado, aunque con poco éxito, en la Guerra Civil Española, lucha encarnizada de escaramuzas y grandes batallas, que el cocinero García sufría en Birán, combate a combate y día tras día, mientras arrastraba una pierna en sus constantes paseos del fogón a la alacena.

Fidel le contaba a Bilito sobre sus expediciones a la loma de La Yaya, acompañado por el doctor Silva del hospital de Marcané y por Cándido Martínez, el carpintero hermano de Ubaldo, que en otro tiempo hacía guitarras como la de Angelita. Salían con Marquesa, una perra perdiguera encargada de rastrear el escondite a las gallinas de Guinea y recuperar las piezas abatidas.

Bilito y Fidel afinaban la puntería en las palmas o los marañones más altos. Otras veces se encontraban en el terreno de pelota del pueblo, donde se enfrentaban los equipos de Marcané y Miranda. Fidel galopaba desde Birán y ocupaba el box como pitcher, mientras su amigo lo observaba desde las gradas improvisadas, disfrutaba los partidos o intercedía en las disputas. Uno de aquellos juegos de béisbol fue reseñado por el *Diario de Cuba*. El titular desplegaba la noticia del triunfo: «Marcané conquista una victoria de 7 carreras por 4». El rival de la jornada era un equipo del Distrito No. 4 de Cueto, del que se aseguraba que había sido vencido por el brazo certero de Fidel Castro.

Los dos jóvenes ingresarían pronto en la Universidad. Primero lo haría Fidel y luego Bilito. Durante las vacaciones, jugaban billar en el bar del pueblo y conversaban sobre el futuro. Ambos recordaban la deuda de ciento setenta y cinco pesos que don Ángel tenía en la farmacia por los vales y autorizos en medicinas de muchos campesinos, que enviaba a Castellanos para cargar a la cuenta de Birán.

Bilito se lamentaba: —Hay que verlo. Es un espanto. Las guajiras traen a los niños envueltos en sábanas, deshidratados por la acidosis que mata a tantos infelices. En la finca de ustedes, está tu padre, pero en otros lugares, la gente no tiene a quién recurrir y los hijos se les mueren en un abrir y cerrar de ojos.

Casi en el mismo tono, Fidel agregaba que en temporada de verano también el paludismo hacía estragos. —He visto cómo tiemblan los hombres. —y volviendo al tema de la deuda proseguía— Vamos a hablar con el viejo, pero el dinero del cheque lo cobramos nosotros y lo llevamos para la Universidad.

Ninguno de los dos tenía sólidas ideas políticas. Bilito había participado en algunas protestas estudiantiles en el Instituto de Santiago, y aunque su perspectiva era aún muy endeble, al menos se mantenía al tanto de lo que sucedía en Marcané, donde era imposible aislarse de los acontecimientos políticos porque el sindicato era fuerte y lo controlaban hombres como Loynaz Hechavarría, un comunista con gran influencia y prestigio entre los trabajadores. Fidel, de espíritu rebelde y noble, todavía no contaba con una cultura política para explicarse los fenómenos económicos, sociales e ideológicos que estremecían los tiempos: toda su impetuosidad, pasión y energía se había volcado en la actividad deportiva y en las exploraciones. Pertenecía a la legión de almas que según José Martí «tienen sed de lo natural y quieren agua de cascada y techo de hojas».

Aquel día Fidel y Bilito hablaron mucho sobre sus vivencias más recientes y sus estudios futuros en la Universidad. El primero recordó las emociones de fin de curso en Belén, y el segundo los años en el Colegio Internacionales de El Cristo y sus responsabilidades como presidente de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Fidel escuchaba interesado los comentarios sobre la exposición de 1939 en Nueva York, adonde Bilito había viajado con su familia, y de los recorridos por la Florida, Nueva Orleans, Laredo, Ciudad México, Veracruz y Mérida, tal como si se tratara de una peregrinación a Tierra Santa.

Mientras las aspas del ventilador de techo, en el billar del pueblo giraban despacio y reciclaban el aire caliente de la habitación, Fidel pensaba cuán diferentes eran las circunstancias, cuando alguien emprendía un viaje sin boleto de regreso. Cavilaba en las travesías trasatlánticas de los inmigrantes españoles o en los días de mar de los antillanos, en la perdida ilusión del retorno, que ya no era posible porque había pasado el tiempo y pertenecían a otro lugar.

Después de las últimas vacaciones, cuando se detenía en aquel espacio breve del Patio de los Laureles para respirar bajo los árboles de hojas rumorosas, pensaba en Birán, en el verdor del monte y la frialdad de sombra de los pinares. El 27 de septiembre de 1945, Fidel matriculó en la Universidad de La Habana como aspirante al título de Doctor en Derecho y Contador Público, con el expediente No. 1 308. Vivía en la Calle Quinta No. 8, entre 2 y 4, en el reparto La Sierra, de murmurantes arboledas, espaciosas aceras, amplias avenidas y silencios, a pesar del continuo transitar de los automóviles en la capital. En agosto había cumplido los diecinueve años y sentía la sensación de que se abría un mundo nuevo para él.

En noviembre, el Comité Ejecutivo de la Unión Atlética de Amateurs de Cuba aprobó su solicitud para competir y representar a los clubes Casino Español de La Habana y Caribes de la Universidad. Tenía la intención de continuar la práctica deportiva y su participación en competencias, pero pronto se percató de que ello era incompatible con la dedicación y esfuerzos imprescindibles a la vida política de la Universidad, y por supuesto, prevaleció su adhesión a la causa estudiantil.

El 3 de enero de 1946, cuando el director del Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 del Vedado, doctor Ambrosio Aguilar Hernández certificó el traslado del alumno Fidel Castro Ruz, ya habían transcurrido los primeros meses en la Universidad, un período breve pero muy intenso que fue despertándole las preocupaciones por el estudiantado y los problemas políticos que estre mecían al país, en un momento en que ya el gobierno de Grau, decepcionaba la esperanza que la mayoría del pueblo depositara en su presidencia.

Fidel, sentado en el borde de la silla, escuchaba ensimismado las lecturas en voz alta del profesor, quien ocupaba la poltrona grande de la sala. El investigador, detallaba uno a uno los apuntes de sus estudios, informes y publicaciones sobre la materia, datos que luego dictaba en las conferencias magistrales en la Universidad.

Fidel admiraba al profesor René Herrera Fritot, por su erudición y meditaba sobre la capacidad del hombre para recordar, imaginar, fantasear o figurar, y luego escribir el resultado de sus conclusiones más o menos lúcidas.

Para él, el doctor Fritot poseía la virtud de la constancia, y no se equivocaba pues no dejaba de hacer sus resúmenes y observaciones en el diario, con la minuciosidad propia de quien lleva una vida metódica, pausada, sin importarle las largas horas de trabajo, aunque estuviese enfermo.

El patronato del Grupo Guamá, contaba con el apoyo de Fidel desde el 4 de febrero de 1946. Se trataba de una institución dedicada a la arqueología, uno de cuyos

miembros más activos era precisamente el profesor doctor René Herrera Fritot, quien impartía cursos de Antropología Jurídica en la escuela de Derecho. Las clases se desarrollaban en el laboratorio Arístides Mesare, del edificio Felipe Poey, situado en la Plaza Cadenas. El catedrático distinguía al joven no solo como alumno, sino también por sus cualidades humanas.

De la estrecha relación entre el profesor y su alumno quedaría constancia en el diario del doctor Fritot.

1946

10 de enero:

Se recibió una caja con magníficas naranjas que me envió desde Oriente el alumno Fidel Castro (...)

18 de enero:

T: Castro y José Cubeñas, alumnos derecho.

4 de febrero:

N: (Antes de comida): Castro con tres alumnos de Antrop. Juríd. y la mamá de una de ellas, a visitar el M. del Grupo Guamá: la Srta. Caignet (hija de la Sra.) abonó el primer recibo de \$1.00, los demás abonarán en la Universidad.

12 de febrero:

N: (Antes de comida): Castro y Carlos Callejas (Ayudante del Presidente y alumno mío en Antrop. Juríd.). Tiene la habilidad de escribir, pintar o realizar operaciones aritméticas dobles, simultáneamente con ambas manos y gran rapidez: nos hizo varias demostraciones. Vio detalladamente el M. Etnol. del Grupo Guamá.

13 de febrero:

T: Recibí caja con naranjas de Mayarí, regalo del alumno F. Castro.

18 de febrero:

M: (8 a.m.) a la U.: Di clase práctica de A. 2da a 11 alumnos. Me ayudó F. Castro (Delegado del curso) (...)

21 de febrero:

M.V.: Vi a Castro y a Callejas: éste abonó 1 peso por su inscripción al Patronato Pro Museo Guamá.

6 de junio:

Almorcé en «La Zaragozana», con Morales Coello y Fidel Castro, invitados por este último.

10 de julio:

M.V.: Llevé actas y notas de las que entregué varias; Fidel Castro; G. Robiou y Mestre.

Con vistas a las elecciones de la Asociación de Estudiantes de Derecho, que tendrían lugar en marzo o abril y siguiendo la tradición de Mella, se constituyó a principios de ese año 1946 un grupo de Manicatos. Fidel fue candidato a Delegado por la asignatura Antropología Jurídica. Una de sus primeras y conmovedoras experiencias como estudiante de Derecho fue la visita, con los integrantes de este grupo, al Presidio Modelo de Isla de Pinos, para estudiar los tipos delictivos y el régimen penal vigente. Allí se enfrentó a los guardias de seguridad del penal, quienes impedían a los reclusos vender objetos fabricados por ellos.

Las fuerzas progresistas de la Universidad tenían entonces algunas reservas con el joven impetuoso, egresado del colegio de los jesuitas de Belén, donde estudiaba la flor y nata de la alta sociedad cubana y donde los programas de estudio eran muy conservadores y retrógados en asuntos de sociedad, política y moral, en su modo de ver la vida.

Fidel impresionaba por la ética de sus acciones, por su espíritu de rebeldía y justicia, que se manifestaba en encendidos alegatos, pronunciados desde los bancos de mármol y granito de la Plaza Cadenas o desde las escalinatas de los edificios universitarios. Defendía la decencia de la Universidad y los derechos estudiantiles. Su estatura de seis pies, la complexión vigorosa de su cuerpo de ciento sesenta y una libras, y la fuerza con que miraban sus pequeños ojos pardos, compaginaban con la altura de esas ideas.

En todo ello, tenían mucho que ver los estudios anteriores, sus conocimientos de la obra martiana, la admiración por Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Antonio Maceo y, además, la lectura de aquellas vibrantes páginas sobre la Revolución Francesa. Su cabeza era un verdadero hervidero. Afluían a su pensamiento todas las lecturas y vehemencias justicieras, todos los recuentos épicos, todas las leyendas de la historia. Pensaba y actuaba con integridad. Su diáfana conducta y el ímpetu auténtico de hacer bien, constituían entonces sus más contundentes cartas de presentación. En la Universidad sobresalía como destacado líder estudiantil y político. Despertaba admiración y entre las jóvenes, una especie de fascinación. Tenía muchas amistades. En asuntos de amor siempre consideró que enamorarse era el fruto sublime de la inagotable sensibilidad humana.

Fidel alcanzó el éxito y fue electo como Delegado por la asignatura de Antropología Jurídica, a pesar de que era la primera vez en su vida que realizaba una campaña política para ganar apoyo personal. Su contrincante era un adulto con ascendencia en el estudiantado por sus luchas contra el dictador Gerardo Machado. Ocurrió lo inesperado en la polémica Escuela de Derecho: ciento ochenta y un votos fueron para Fidel y solo treinta y tres para el otro candidato. El ochenta por ciento de los votos obtenidos por Fidel, tuvo mucho que ver con el empeño, la constancia y la energía desplegadas para conseguir la representación estudiantil. Su objetivo era muy simple, pero poco a poco, iba preocupándose con la situación nacional, las cuestiones cívicas y políticas. Concluyó el curso con calificaciones de aprobado en las asignaturas de Teoría General del Estado, Derecho Romano e Introducción a la Carrera de Derecho, y de sobresaliente en Derecho Administrativo y Antropología Jurídica.

Cuando comenzó el curso 1946-1947 vivía en la calle 21, No. 104 apto 7, en el Vedado, el barrio más moderno de la capital. Desde los años difíciles de la dictadura machadista el asesinato del estudiante revolucionario Rafael Trejo el 30 de septiembre, era un recuerdo lacerante y convocador en la vida universitaria. Fidel estuvo entre los que avivaron la memoria solidaria, el homenaje y las demandas de los estudiantes en favor del campesinado y de la reafirmación de la revolución.

El diario *El Mundo* anunció el sábado 16 de noviembre: «Hablará el Delegado Fidel Castro el Día Internacional del Estudiante» y especificaba que tendrían lugar múltiples actividades de recordación en la pequeña plaza contigua a la Escuela de Derecho. «Apertura de la Exposición 17 de noviembre, en los Salones de la Asociación

de Estudiantes de Derecho, palabras por el Delegado Fidel Castro».

Una semana más tarde, Fidel pronunció un discurso en el acto por el Aniversario 75 del Fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina. Sus palabras –las primeras que la prensa publicó y aparecieron en las páginas del periódico *Avance Criollo*, desplegadas en la columna cinco, en la primera plana– evocaban ideas y fundamentos martianos con la convicción de que los héroes jamás serían olvidados «porque fueron los que establecieron con su sacrificio una conciencia nacional» y finalmente, afirmaba que no se podía hablar de los mártires, sin referirse al denigrante espectáculo que se estaba presenciando. Su verbo fustigó con energía: «este gobierno ha sido peor que los anteriores que ha matado la fe de todo el pueblo».

Envuelto en la vorágine de los tiempos tumultuosos que vivían la Universidad, el país y hasta el continente, Fidel era una presencia pertinaz en las protestas y luchas estudiantiles como miembro de la Comisión de Dirigentes Universitarios contra la posibilidad de reelección de Grau, como Presidente del Comité Pro Democracia Dominicana en la Universidad de La Habana y como activista Pro Independencia de Puerto Rico.

Fidel compartía sus opiniones, coincidía y se identificaba con el grupo de Humberto Ruiz Leiro, que lo apoyaba en su candidatura como Delegado de curso en el segundo año.

En marzo de 1947 tuvieron lugar las elecciones para seleccionar los Delegados de asignatura en la Escuela de Derecho Civil, donde se enfrentaban diversas tendencias. Fidel representaba a quienes defendían que los dirigentes lucharan por mantener el principio moral dentro del

alumnado y los profesores, y entre quienes se oponían a la discriminación racial. Por eso, su voz alertó contra la probabilidad de que despidieran a la profesora Ana Etchegoyen, mujer digna, honrada, conocedora y capaz, única profesora negra de la Escuela. El 24 de ese mismo mes, resultó electo Vicepresidente de la Asociación de Estudiantes de Derecho, bajo el liderazgo efímero de Federico Marín, a quien los dirigentes estudiantiles le retiraron la confianza apenas un mes después, el 23 de abril. Entre los argumentos contra Marín se contaban: incumplir con los deberes del cargo que le fue confiado por el Ejecutivo de la Asociación, vincularse a intereses ajenos a los inspirados en el Alma Máter, incapacidad para dirigir al estudiantado y el rumor de que estaba utilizando la presidencia para ocupar posiciones gubernamentales.

De ese doloroso y aleccionador proceso, resultó que la Asociación le ratificó su confianza al dirigente Fidel Castro, quien ocuparía la Presidencia de la Asociación de Estudiantes de Derecho por sustitución reglamentaria. El 25 de abril, apenas cuarenta y ocho horas después de aquella decisión, Fidel fue detenido junto a otros dirigentes estudiantiles.

Las ametralladoras y pistolas irrumpieron desde las ventanillas de tres autos a la hora en punto de la una de la tarde. La boca de las armas apuntó directamente a los jóvenes reunidos en la bifurcación de las calles San José y Mazón, en La Habana. Ellos definían su adhesión al grupo de Humberto Ruiz Leiro, que aspiraba a la presidencia de la FEU, y reconocían como única opción para lograr el adecentamiento de la Colina universitaria, y ya las consecuencias de esa decisión tenían lugar. Los hombres entrecruzaron cuchillos con la mirada y el silencio se detuvo en la esquina como preludio de un asesinato. Un ligero

movimiento de los dedos y la pólvora dejaba un ardor quemante, un rastro de muerte en la tarde terrosa. Encañonados y forcejeando, los jóvenes fueron introducidos por los policías en un automóvil que los condujo a la sede del Servicio de Investigaciones Extraordinarias Especiales de la Policía Nacional, en el Castillo de El Príncipe, una institución de altos muros de piedra y siniestros antecedentes. Se decía que entre los viejos y abundantes jagüeyes que circundaban la fortaleza habían aparecido más de una vez los cuerpos destrozados de cieguitos vendedores de baratijas despojados de los dineros del día, revolucionarios de mirada infantil, y mujeres prematuramente envejecidas bajo los influjos devastadores de las malas noches y la infelicidad; historias, trozos de lo real y lo irreal confundidos, mezclados en una maraña intrincada y hermética que pesaba en el ánimo de todos. La celda era un espacio reducido de paredes mugrientas y húmedas. Ninguno conocía qué sería de ellos, detenidos sin razón y sin posibilidad de comunicarse con el mundo exterior... La noche fue densa, impenetrable en las profecías. Poco a poco fueron saliendo todos. Únicamente él permaneció allí. A las once de la mañana del día siguiente, 26 de abril de 1947, fue puesto en libertad. En ese instante, sin una mínima cuota de temores, con la ecuanimidad de los temerarios y los desafiantes, con la pasión de los convencidos, Fidel denunció, en la misma puerta de la cárcel, la injusticia de aquella reclusión arbitraria, sin que alguien se atreviera allí mismo a acallar su palabra, su verdad encendida, proclamada y reseñada en todos los noticiarios y periódicos.

Los sucesos tenían un origen oscuro, fueron una intromisión de la Policía Secreta, en especial del jefe del Servicio de Investigaciones Extraordinarias Especiales,

Mario Salabarría, quien intimidaba y vejaba a los que no se plegaban a la corrupción y la politiquería predominantes en el gobierno de Grau, un gobierno que había sido una promisoriosa ilusión entre quienes recordaban a Ramón Grau como el dirigente principal del gobierno revolucionario instaurado tras el derrocamiento de Machado y que sólo duró tres meses, para dar paso en la historia al período infausto de once años, cuando podía ocupar la presidencia cualquiera, pero el que mandaba en la sombra y bajo la tutela yanqui, era Fulgencio Batista, a golpe de represión y muerte entre los campesinos, los obreros, los intelectuales, los estudiantes.

Grau había sido la esperanza de que todo ello tuviera un final, ilusión frustrada, cuando la Universidad se había convertido en baluarte en manos del gobierno: el rectorado, los organismos nacionales de la policía y la propia policía de la Universidad eran controlados por el gobierno ante cuyo descrédito se manifestaba y alzaba lo más valioso del movimiento estudiantil. Fidel, sin una organización o partido que lo apoyara, pero con el respaldo de los alumnos de Derecho y de otras facultades se enfrentaba, en una lucha abierta, frontal, que lo ponía en peligro y bajo constante presión.

Fue entonces que Mario Salabarría, amenazante, le dio un ultimátum a Fidel quien debía deponer su oposición política o abandonar la Universidad.

Ante la intimidación, Fidel se fue a una playa no solo a meditar, sino que incluso lloró con sus veinte años, porque iba a volver de cualquier modo y lo haría armado con una Browning de quince tiros, para enfrentar en lucha armada insólita, a toda una pandilla que tenía de su parte a las autoridades, y la policía. Pensó que tenía

que sacrificarse de todas formas, porque tras las luchas de ese tiempo en la Universidad con el apoyo de los estudiantes de la Escuela de Derecho, y de otros centros, no iba a aceptar aquella prohibición de entrar a la Universidad. Tomó entonces la decisión de volver aunque fuera solo y vender cara su vida. No titubeó nunca, ni un segundo, en regresar.

La intervención de un grupo de compañeros impidió que Fidel muriera en una batalla desigual y fiera. Un estudiante le reclamó: «no te puedes sacrificar así» y, por iniciativa propia, organizó a siete u ocho muchachos decididos a apoyarlo. Fidel los veía por primera vez y supo apreciar en ellos la temeridad de su resolución. Entonces ya no estaba solo para desafiar a la banda de mafiosos que lo amenazaba.

Se reunieron en los escalones contiguos a la gran escalinata de la Universidad. Los mafiosos se habían ubicado en los alrededores de la Escuela de Derecho y no resistieron el embate de aquellos jóvenes que los enfrentaron sin temor, aquel desafío los dejó perplejos, quedaron anonadados y estremecidos por sus propios miedos. A partir de entonces, Fidel volvió a la Universidad, unas veces armado y otras no.

Entonces tenía arma, pero surgió otro problema. Los mafiosos tenían a la policía y las autoridades de su parte, y también contaban con la complicidad de los tribunales, donde muy bien podían encausarlo por portar armas y por ese sucio rejuego, sacarlo de la política universitaria, razón por la cual, tuvo que asumir el riesgo, la mayoría de las veces desarmado. En una ocasión lo protegió de la muerte, el apoyo de los estudiantes, en especial del Chino Esquivel quien lo acompañaba a todas partes. Ellos lo rodearon durante el trayecto, desde la Universidad hasta

su casa. Fueron tiempos difíciles, de aparente calma y repentinos estremecimientos. Estaba siempre bajo los paños y los tiros, como un Quijote de la Universidad.

En la barbería de potes policromados y olor a esencias, con las que el barbero Adolfo Torres refrescaba el rostro de los clientes después del afeitado, Fidel le hablaba con la vista en la luna del espejo. Mientras Adolfo lo atendía, hacía girar el sillón y, daba los cortes requeridos al cabello, comentaba las noticias de las últimas horas, las turbulencias de la Universidad y la psicología con que debía tratar a la clientela. Ambos coincidieron: «Hay que ser un artista, pero no de las tijeras o la navaja, sino de las tertulias».

El local estrecho, con paredes de espejos, anuncio lumínico a la entrada y animación discreta, se encontraba en el barrio de Cayo Hueso.

Con el final de la guerra en 1898 y el inicio del siglo, un numeroso grupo de cubanos torcedores de tabaco, emigrados a los Estados Unidos, regresaron en los vapores que hacían la ruta hacia la Isla con la fortuna de las brisas favorables. Cayo Hueso, una derivación del Key West en inglés, llamaron al barrio donde se establecieron en La Habana, de calles delineadas y edificios de inquilinato para los estudiantes universitarios, a quienes no quedaba muy lejos la Colina del Alma Máter. Los tabaqueros tenían allí su Palacio de Torcedores donde celebraban veladas y reuniones, un verdadero torbellino de ideas sociales, donde era posible conocer utópicos soñadores, anarquistas, socialistas, sindicalistas o simplemente obreros ilustrados.

Una buena parte de las amistades de Fidel vivía allí, en las casas de huéspedes de balcones a las avenidas y tortuosos pasillos interiores. La agudeza en su mirada a

los asuntos políticos del país, se perfilaba al ritmo vertiginoso y triste de la decadencia nacional y el desencanto generalizado que el presidente Ramón Grau San Martín provocaba entre la gente.

Fidel era un decidido opositor del gobierno y un simpatizante entusiasta del Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo que dirigía Eduardo René Chibás Rivas, quien defraudado por la corrupción política y administrativa imperantes en el gobierno de Grau, lo había fundado el 15 de mayo de ese mismo año de 1947. Eddy Chibás se había postulado como Presidente de la República y a pesar de no contar con un aparato político bien organizado había obtenido cuatrocientos mil votos. Para entonces, ya su lema «vergüenza contra dinero» tenía amplia repercusión en todo el país, difundido en su espacio dominical en la emisora de radio CMQ y en sus artículos periodísticos en *Bohemia*.

Después de estudiar en el primer año de la carrera la economía política capitalista, por el libro del profesor Portela, el joven Fidel Castro había llegado a la conclusión de que el sistema era un absurdo. Construía castillos en el aire y meditaba, poco a poco, comenzaba a recibir información sobre las ideas marxistas.

Influyeron en su visión, *Las legislaciones obreras*, un texto publicado por Aureliano Sánchez Arango, un profesor de formación marxista, aunque su postura política ya nada recordara el altruismo de sus años juveniles; aún así los libros de su autoría hablaban de las escuelas políticas y eran una valiosa referencia.

La historia de las doctrinas sociales constituía otra referencia importante, un título escrito por Raúl Roa, aquel hombre-urgente, creador de utopías, amigo y compañero de presidio en tiempos de la dictadura de Machado,

de Pablo de la Torriente Brau, el periodista revolucionario que cayó en combate el 18 de diciembre de 1936, en Majadahonda, durante la heroica defensa de Madrid, quien meses antes escribiera:

He tenido una idea maravillosa, me voy a España, a la revolución española. Allá en Cuba se dice, por el canto popular jubiloso: no te mueras sin ir antes a «España», y yo me voy a España ahora, en donde palpitan hoy las angustias del mundo entero de los oprimidos. La idea hizo explosión en mi cerebro, y desde entonces está incendiado el gran bosque de mi imaginación (...) me voy a España a ser arrastrado por el gran río de la revolución. A ver un pueblo en lucha. A conocer héroes. A oír el trueno del cañón y sentir el viento de la metralla. A contemplar incendios y fusilamientos. A estar junto al gran remolino silencioso de la muerte (...) Voy simplemente a aprender para lo nuestro algún día. Si algo más sale al paso, es porque así son las cosas de la revolución.

Raúl Roa, el autor del libro que estudiaba el joven Fidel Castro, sufrió todas las angustias de soñar el triunfo de una revolución verdadera y verla eclipsarse, perderse como un papalote acuchillado.

Roa hizo un análisis clasista de la historia en aquellas cuartillas, algo que le permitió a Fidel familiarizarse con la visión marxista antes de que cayera en sus manos el *Manifiesto comunista*, cuando cursaba el segundo o tercer año de la carrera. La lectura lo impresionó por la sencillez, elocuencia y lógica con que expresaba verdades irrefutables. Sintió que comprendía la conceptualización de Marx, por sus apetitos desaforados en la infancia, durante sus

días en casa de los Feliú en Santiago, la arrogancia y los maltratos de los soldados de Fulgencio Batista y la nítida división de clases en el batey. La propia experiencia le enseñaba lo que significaba pertenecer a una familia de terratenientes, ser obrero o campesino.

Los trabajos en la oficina de la casa grande en Birán; las largas conversaciones con su padre; la amistad con los trabajadores, los haitianitos del batey y los campesinos sin tierra; los desvelos de Ramón por las colonias de caña; la vecindad de las compañías norteamericanas como la United Fruit Company; la observación minuciosa de los políticos, los terratenientes de las inmediaciones, los inspectores del gobierno, alguaciles, soldados, viajeros, clérigos, fotógrafos, vaqueros, galleros, jamaicanos, recibidoras y maestros... las historias de bandoleros despiadados o altruistas; en fin, las exploraciones al paisaje humano, geográfico, político y económico de toda aquella región cercana y familiar, convirtieron a Birán y sus gentes, en una recurrencia ineludible en la vida del revolucionario Fidel Castro Ruz.

El descubrimiento del *Manifiesto comunista* le desencadenó, lo que habría definido el poeta romántico Víctor Hugo, como «una tempestad bajo el cráneo». Su clarividencia le debía mucho al conocimiento de la historia de Cuba y al pensamiento, la obra y la vida de José Martí. La conciencia política de Fidel comenzaba su palpitar de modo vertiginoso, apasionado y radical. Después, en la librería del Partido Socialista Popular, que se encontraba en la calle Reina—y fiado, porque no tenía con qué pagar— fue adquiriendo volúmenes que leía con una ansiedad y una fiebre de conocimiento enorme y persistente, y una fidelidad segura, indisputable, firme.

Cursaba el segundo año de la carrera universitaria, tenía veinte años y aspiraba a los títulos de Derecho Civil y Ciencias Sociales. Participaba en la vida del Partido Ortodoxo con Conchita Fernández, Luis Orlando Rodríguez y el profesor Manuel Bisbé. Asistía los domingos al horario que frente a los micrófonos de la CMQ ocupaba el líder ortodoxo Eddy Chibás.

Coincidió con él en la casa de huéspedes de Filomena. También visitaba a Nicolasa Fraga, Ángel García, Armando Valle y Raúl de Aguiar, todos activos partidarios ortodoxos. Frente al Palacio de Torcedores vivía su novia Myrta Díaz Balart, estudiante de Filosofía que lo ayudaba a poner sellos en los interminables sobres de la correspondencia de las campañas políticas. Se habían conocido en los corredores y los patios de la Universidad, y desde el principio aleteaba entre ellos un colibrí.

La humedad de la brisa anunció temporal para la tarde. Don Ángel dispuso que se aseguraran los portones y las ventanas, se acopiaran leña y agua suficientes para varios días, se recogieran los animales y se trasladaran los niños para la casa asentada sobre la tierra, donde habría menor peligro. Todavía era un hombre fuerte, montaba a caballo y recorría la finca de uno a otro extremo sin importarle para nada sus setenta y dos años.

Esa mañana se veía cansado, con el rostro fruncido, como si intuyera peligros. Todavía no le había comentado a Lina las noticias de los diarios sobre Fidel. Prefería no hacerlo por ahora. Ella andaba muy ocupada, disponiendo en el almacén para que no fueran a mojarse las mercancías y garantizando, a pesar de que no era lo habitual, el aseguramiento de ventanas y portones en la casona.

Información, Prensa Libre y el *Diario de la Marina* publicaron algunas semanas antes la detención de su hijo, su conducción al Servicio de Investigaciones Extraordinarias Especiales de la Policía, así como la posterior liberación. Se afirmaba que Unión Insurreccional Revolucionaria, dirigida y orientada por Emilio Tró, apoyaba al grupo de Humberto Ruiz Leiro en sus luchas por la decencia universitaria y los derechos estudiantiles.

La propuesta de solicitar esa ayuda había sido iniciativa de su hijo, como una manera de enfrentar los atropellos y bravuconadas intimidatorias de los grupos de pistoleros del policía Mario Salabarría, quien quería hacer su voluntad en la Universidad y reprimía las manifestaciones de los movimientos revolucionarios estudiantiles. Fidel pensaba que esos grupos había que enfrentarlos sin caer en la tentación de pedir protección a Genovevo Pérez Dámera, jefe del ejército, comprometido con el gobierno de Grau. Todo eso aseguraban los diarios.

Don Ángel sabía que su hijo portaba un arma y por ello sentía un desasosiego inevitable. Conocía que el teniente Quesada, de la policía universitaria y cómplice de aquellos que atemorizaban a los estudiantes o reprimían las posiciones radicales, había intentado desarmar a Fidel y solo consiguió una respuesta desafiante y serena: «No, esta pistola no te la entrego y si la quieres coger, la agarras por el cañón».

El viejo desconfiaba de la calma. La detención repentina, en la esquina de Mazón y San José, confirmaba sus aprehensiones. En las declaraciones a la prensa, su hijo refería los hechos: «fueron encañonados a la una de la tarde, por ametralladoras y pistolas que apuntaban desde tres autos».

Fidel andaba en problemas, iba al frente en las manifestaciones estudiantiles, se solidarizaba con las demandas

agrarias de la Federación Campesina de Cuba, luchaba contra la permanencia de Grau en el poder, contra la dictadura de Trujillo en Dominicana y por la independencia de Puerto Rico.

El hacendado percibía que el verdadero temporal no era el que descendía de los pinares. Temía y desesperaba en silencio. Era una sensación ambivalente, porque ese hijo suyo era un hombre de respeto, alguien para admirar. Aún así deseaba apartarlo de los riesgos. Quizás un viaje al exterior cambiaría el rumbo a sus pasos.

Ese mismo día, mientras diluviaba, la pareja conversó, sentada en los sillones de mimbre, forzada al descanso a esas horas tempranas por la ventolera del sur. Ella se intranquilizó, pero no expresó su angustia. Para disimular su nerviosismo apuró el café que unos instantes antes sorbía despacio.

Aunque don Ángel aún era un hombre robusto, ya no era el mismo. Su corpulencia se acentuaba en algunas libras, y los párpados caían agotados sobre sus ojos, sin los destellos de antes ni siquiera para las vehemencias del amor. Llevaba la cabeza rapada como en su juventud, una camiseta abotonada en el cuello y unos pantalones muy anchos, con tirantes. Ella no deseaba verlo apesadumbrado. Lo consentía en sus caprichos y callaba los temores, haciéndole creer que ignoraba las noticias. Sin confiar en el éxito de aquella diligencia, lo alentó en la idea de escribir al Ministerio de Estado.

El 4 de julio, don Ángel solicitó el pasaporte y el siete de ese mismo mes de 1947, firmó la autorización de viaje.

Que viene a autorizar expresa y especialmente a su hijo Fidel Alejandro Castro Ruz, natural de Cueto, provincia de Oriente, de 20 años de edad, estudiante

y vecino de la calle 21 No. 104 Vedado, La Habana, para que pueda trasladarse a los Estados Unidos de Norteamérica, o cualesquiera otro país que estime conveniente.

Don Ángel intentó proteger a su hijo, pero no consiguió apartarlo de la idea de luchar contra la dictadura de Trujillo. Fidel no había participado en la organización del Movimiento, pero sintió que su deber era enrolarse como soldado. Conocía a un grupo de emigrados dominicanos, entre ellos al escritor y luchador Juan Emilio Bosh Gaviño, a quien apreciaba por su valía intelectual y solo podía expresar su solidaridad de esa manera. Hasta Holguín, sitio de previa concentración de los contingentes, llegó Lina para persuadir a su hijo de enrolarse en aquella aventura, pero su visita no valió de nada porque él había empeñado su palabra y consideraba como un deber insoslayable su permanencia allí, a pesar de que en el aire se presagiaba el naufragio.

La preparación y financiamiento estaba en manos del ministro de educación José Manuel Alemán, un hombre corrupto que, junto a los grupos que se autodenominaban revolucionarios y no lo eran de forma cabal, utilizó la noble causa dominicana como bandera y con propósitos politiqueros, que confundieron también a muchos hombres valiosos y sinceros.

Luego de algunas semanas de entrenamiento en los campamentos habilitados para la preparación de la expedición, designaron a Fidel como jefe de compañía de uno de los batallones de revolucionarios, entre quienes se encontraban algunos de sus enemigos, que lo respetaron al ver su decisión de cumplir con la misión a pesar de todo. Allí, en la aspereza del Cayo cumplió los veintiún años de edad.

El intento no resultó, el gobierno cubano retiró su apoyo oficial debido a la intervención de Genovevo Pérez Dámera, cuya gestión había sido comprada por Trujillo. Hubo deserciones, división y pugnas entre los expedicionarios, hasta el extremo mismo de la muerte..., el contingente estaba integrado por hombres de diversas tendencias y facciones y ello contribuyó al caos y la confusión; pero el impetuoso joven Fidel Castro persistía. Muchos desertaron, él no. Se decía: «hay que ir», y soñaba con la lucha guerrillera en las montañas de Santo Domingo. Ya desde entonces creía en la guerra irregular, por instinto porque había crecido en el campo y cerca de las montañas, o quizás porque había leído mucho sobre batallas y ejércitos. Pensaba bien que no se podía luchar frontalmente contra el ejército, pues disponía de diversas y poderosas fuerzas: la marina, la aviación, la infantería, todo; sin embargo, un pequeño grupo de hombres podía hacer la guerra y vencer.

Cuando el *Aurora* –interceptado casi cuando entraba en el Paso de los Vientos, por la fragata *José Martí* que le impidió continuar su travesía hacia Dominicana y obligó a rendirse a un contingente de ochocientos hombres–, se aproximó al Puerto de Antilla, al atardecer del 29 de septiembre de ese año de 1947, Fidel eludió el final aparentemente irreversible. Con la complicidad de Ramón Mejías del Castillo a quien llamaban Pichirilo, y de dos combatientes más, abandonó el barco en una balsa, y luego, ya entrada la noche, nadó un tramo en la Bahía de Nipe hasta aproximarse a Cayo Saetía, una zona de pastizales y montes explotada por la United Fruit Company. En el barco, Fidel se sublevó contra los pesimistas, los derrotados con anticipación, quienes se disponían sin remordimientos de conciencia a entregarse y abandonar

definitivamente la causa del pueblo dominicano; él no, se resistía al fracaso, era partidario de salvar las armas, ocultarlas en la región montañosa oriental de Cuba para futuros empeños y no rendirse, no regresar a puerto. Consideró en el minuto crucial que era una cuestión de honor no dejarse arrestar. Cayo Saetía era para él un lugar conocido desde niño, cuando toda la familia paseaba en el pisicorre, lo mismo para llegarse a las playas de Juan Vicente que a las de aquel lugar desolado y agreste, para despertar todos sus afanes de explorador solitario.

Allí vivía Rafael Guzmán, el farero del cayo, compadre de don Ángel. Lo recordaba con su camisa clara y los pantalones recogidos a la rodilla, cuando tiraban la caña brava a las olas para pescar, o subían las escaleras de caracol del faro, con su juego de luces y espejismos apagados durante el día.

Al escapar por mar, llegó extenuado a casa del viejo amigo. En el trayecto, cualquier quiebre de mangle, cualquier canto de pájaro, cualquier roce de culebra, era señal de alarma. Fidel le explicó que consideraba una cuestión de honor que no lo arrestaran. Llevaba el uniforme empapado de agua salobre, después de andar los manglares y el diente de perro, como un náufrago.

—Necesito ayuda, —le dijo exhausto al pescador.

Lalo Guzmán lo mandó a pasar sin evasiones. El joven se calentó con la taza de café humeante preparado por doña Librada. De allí, los hombres salieron hacia un lugar más seguro. Siguieron por el camino viejo rumbo al pueblo de pescadores, por el canal que conducía a Cuatro Caminos, un poblado sin coordenadas en los mapas ni lugar en las geografías, un asentamiento de cañeros del central Preston y obreros de la Nicaro Nickel Company.

Allí cambió sus ropas y esperó a José González Zaldivar que llegó en un ruidoso Ford de 1928. Hablaron y se fueron juntos a Mayarí. Fidel se hospedó en un pequeño hotel del pueblo y envió un aviso a Angelita, que vivía frente al cuartel militar, en una de sus intermitentes estancias, porque su esposo, Mario Fraga, era oficial del ejército, y lo destacaban lo mismo en la cabecera del término municipal que en puestos militares remotos.

Fidel acababa de regresar de aquel intento combativo y revolucionario. Se refugió en casa de los viejos, en Birán, donde todos lo sabían y permanecían en solidario silencio, con una discreción de confesionario.

En casa, Lina se llevó las manos a la cabeza al verlo. El padre después del abrazo, reiteró sus temores y el deseo de que volviera a los estudios. La casa era un imán, un ir y volver siempre. Birán, batey de brazos abiertos, era una referencia inobjetable, una entrañable cercanía en sentimientos.

Su sombra se reflejaba al fondo, junto al tanque elevado y el sótano de caguairanes. Los horcones parecían columnas a sus espaldas. Se veía más robusto, ya no era el adolescente espigado en busca de aventuras, con sombrero de colono, rifle en guardia y cuchillo de cacería a la cintura. La barba rala le sombreaba la barbilla, llevaba el pelo más largo que de costumbre y la piel bronceada.

El fotógrafo era Ramón. Encuadró la estampa de su hermano al mirar por la ventanilla del lente y pulsó el obturador desde un ángulo entre sombras y luces que opacaron el retrato.

Cuando Fidel cavilaba sobre los últimos años vividos, los percibía como una experiencia agitada y noble, donde se había mejorado a sí mismo, desde los días en que rindieron homenaje al estudiante Rafael Trejo, cuya

última mirada había estremecido a Pablo de la Torriente Brau; desde que inauguraron la Plaza Lídice para rendir tributo a las víctimas del nazismo en Checoslovaquia, o anduvieron San Lázaro abajo hasta el Monumento a los Estudiantes de Medicina, en el aniversario setenta y cinco del crimen, donde él alzara su voz contra el gobierno.

Con la Convención Constituyente Estudiantil en la Universidad de La Habana sobrevinieron más dificultades. Su discurso reclamaba unidad y transparencia en la política universitaria y los hechos se encargaron de frustrar esas aspiraciones. El 21 de julio de 1947, firmó, junto a otros dirigentes estudiantiles, un manifiesto que repudiaba las elecciones y acusaba de fraude, fulanismo y violación absoluta de los principios ideológicos a los integrantes de la mesa ejecutiva.

El manifiesto hizo constar que algunos firmantes retiraron toda aspiración de cargos electivos por considerar viciada la elección desde un principio. El diario *El Mundo*, lo reconocía con datos ilustrativos: «de 891 sólo quedaron 182, que fueron los votantes».

Con el final de esas jornadas de julio, se sumó a la expedición de Cayo Confites, algo así como una confluencia temeraria de esfuerzos internacionales y gestiones para comprar barcos y armas y reclutar hombres, que había sido traicionada. Allí aprendió la amarga lección de lo que no debe hacerse, cómo debe organizarse una fuerza rebelde, y a quiénes recurrir. La frustración, sin embargo, no le disminuyó las ansias revolucionarias; sabía que la historia se hacía a golpes y sueños y él no pensaba desistir al primer embate del viento.

Iba a volver a la Universidad. Matricularía por la libre para aprobar las asignaturas pendientes de segundo año y parte de las de tercero, aunque eso significara no tener

derechos políticos en momentos en los que contaba con una gran ascendencia entre los estudiantes, lo prefería a repetir el año y perder el tiempo. Cuando acudió a la Colina, causó gran sorpresa su presencia, era un resucitado, todos creían que había desaparecido en las profundas aguas de la Bahía de Nipe, devorado por los tiburones.

Al hablar con su padre, el viejo se sintió satisfecho. En lo más íntimo aspiraba a que desde aquel momento todo fuera diferente. Su hijo se reincorporó a los estudios pero siguió el combate en las calles de La Habana con la vehemencia de siempre. Fidel condenaría el asesinato del joven Carlos Martínez Junco, el ultraje a la Campana de La Demajagua, la corrupción del ministro de educación José Manuel Alemán y sus cómplices: Mario Salabarría, Manolo Castro y Rolando Masferrer. En carta abierta de los dirigentes de la FEU a la opinión pública, reclamarían la destitución del presidente Ramón Grau San Martín.

Fidel no se alejó del vórtice de las convulsiones sociales. Propuso a los dirigentes de la FEU, la celebración de un Congreso Latinoamericano de Estudiantes que coincidiera con la IX Conferencia Panamericana en Bogotá, donde los gobiernos de la región se proponían adoptar una serie de acuerdos reaccionarios.

En visita a su amigo Juan Bosh le confió sus sospechas. Los grupos revolucionarios estaban degenerando en gangsterismo y resultaba algo triste, algo realmente penoso. Era tiempo de conocer la situación política de América Latina, integrarse a la lucha continental.

La vida de Fidel sería una avalancha de rebeldías y agitaciones, pero en el ambiente de reposo de la casa, pensaba cuánto lo había conmovido Lina con sus cuarenta

y cuatro años y su fuerza indómita de ola en rompiente. Ella era su cómplice desde que logró que lo enviaran a estudiar, y todavía mostraba una ansiedad casi desmedida porque sus hijos se prepararan. Del viejo había recibido la vida, la posibilidad, entre tantos niños pobres en aquel lugar, de tener una educación, una instrucción que poco a poco le despejaba nebulosas en la mente y le abría un universo nuevo. Aunque preocupados, los viejos no reproban su combatividad, tenían confianza en él y respetaban sus decisiones; por supuesto, no dejaban a un lado la ilusión de apasiguar en él las inquietudes políticas.

Raúl ya era un joven de dieciséis años y a Ramón le iba bien en sus colonias de Hevia y Panuncia; además, vivía más cerca de la casa porque por El Perico asolaba el bandido Baguá y cualquier cosa podía ocurrir con ese demonio de bandolero. Angelita había concluido sus estudios de mecanografía, taquigrafía y contabilidad y tenía dos niñas: Mirtza y Tania. Pronto daría a luz al tercer hijo. Su vida transcurría de uno a otro sitio, pero siempre regresaba de vuelta a Birán en largas temporadas, como si el batey fuera el mástil de un barco. Juanita deseaba quedarse allí y trabajaba en la oficina con César Álvarez, el tenedor de libros. Enma y Agustina aún estudiaban.

La prima Clara, que tanto se había alegrado con la boda de la tía María Julia, se había casado con Santiago Miguel Estevez Bou, la mañana del 27 de diciembre de 1947, y vivía en Sao Corona, cerca de los abuelos doña Dominga y don Pancho, y del padre de Clara, José Soto Vilariño, el asturiano de Valladolid que al desembarcar en Santiago se encontrara a don Ángel mientras este esperaba en el muelle las ventas de gallos jerezanos acabados de transportar desde la península. Don Ángel tenía siempre buenos amigos que le avisaban de la llegada de

los buques que transportaban los gallos jerezanos y en algunas oportunidades, era el primero en subir a los barcos para escogerlos.

Los asuntos económicos de la finca marchaban bien, sin los aires de holgura exagerada que otros le conferían. Don Ángel invertía sus dineros en todo. No podía decirse que poseyera grandes sumas depositadas en los bancos, porque los ingresos y egresos se desequilibraban con la asistencia a los campesinos y a los trabajadores del batey, en una balanza cada vez más frágil. Las ganancias de las plantaciones, se quedaban allí mismo, en el Birán de Castro.

El viejo se mostraba entonces optimista en relación con la próxima zafra. «Será una de las grandes», afirmaba. La expansión de la industria no tenía tanto que ver con el establecimiento de nuevas fábricas como con el empleo de equipos de un alto rendimiento, y por otro lado, esta vez, los precios no sufrirían las oscilaciones desproporcionadas y abruptas de los años veinte, según sus favorables predicciones.

En la casona, los hábitos se mantenían inalterables. Lina y don Ángel continuaban profesándose el mismo amor sublime de siempre. Se cumplían los horarios de los almuerzos y las comidas. Las partidas de dominó animaban la conversación por las noches, cuando la ausencia de García, el cocinero, se hacía aún más notable, porque ya se encontraba muy enfermo. Poco después expiraría asistido por Agustinita, que aún no despegaba muchas cuartas del suelo. La niña de diez años rezó por García. Lina, que se había portado con él como una hija, pidió a los santos por la salvación de su alma. Él no sabía hacerlo por su eterna obstinación de republicano anticlerical, nunca había abandonado su hábito de blasfemar y rezongar en voz alta. Cuando Fidel conoció que García había muerto, recordó todas las horas

que habían pasado juntos mientras seguían por los diarios, la Guerra Civil Española y los acontecimientos políticos que convulsionaban al mundo; la invasión de los italianos a Abisinia, la Guerra Chino-Japonesa y la batalla de Teruel. Recordó su vieja afición de coleccionar postales sobre la Guerra de Abisinia, desencadenada tras la invasión italiana a Etiopía en octubre de 1935. Las postalitas le servían para adelantar pasos en un juego donde era importante completar la historia bélica, razón por la cual, de aquella contienda podía nombrar de memoria los combates y las batallas. Las postalitas venían como regalía en las golosinas, como para que los niños siempre insistieran a los padres en adquirirlas, aunque las empresas productoras o comercializadoras, ex profeso, no terminaran nunca de entregar las estampillas que completarían la colección, de modo que no se desvaneciera nunca el afán de comprar. De la Guerra de Abisinia, él tuvo muchas y desarrolló técnicas para intercambiarlas o ganar otras a los muchachos en cada partido, gracias a lo cual obtuvo un maravilloso álbum sobre Napoleón y todas sus proezas militares: desde la batalla de Arcole hasta la de Austerlitz. Envuelto en todos esos pensamientos, Fidel evocaba cómo García repetía en voz baja: «Puente de los franceses, puente de los franceses, puente de los franceses, mamita mía nadie te pasa, nadie te pasa/ porque los madrileños, porque los madrileños, porque los madrileños, mamita mía, que bien te guardan.» Los recitaba con un leve movimiento de los labios y un entusiasmo que primero crecería, con la llegada a España de las brigadas internacionales, y luego se iría apagando con el avance nacionalista y franquista en la guerra.

Vargas, el cartero, enlazó la bestia a uno de los postes de la entrada del correo y se encaminó al portal de la casona. Lina lo vio venir y salió apresurada a recibir la correspondencia que el hombre le entregó con una sonrisa y la frase: «¡Noticias de Fidel!», Luego preguntó por la salud de don Ángel y ella le habló de los achaques y decaimientos, pero le dijo: «¡No se preocupe hombre, usted le trae el mejor remedio!»

Cuando Lina puso la carta sobre las piernas de su esposo y le susurró al oído: «Viejo, carta de Bogotá», él abrió los ojos e inclinó el cuerpo hacia adelante, olvidado de la pereza del mediodía. La alegría le tembló en las manos, mientras rasgaba el sobre, y desdoblaba las cuartillas. Observó la letra del hijo y adivinó el cuidado al escribir para que se entendieran bien los recuerdos y experiencias del viaje. En la firma del muchacho descubrió su propia manera de enlazar la O con la tilde de la T en el apellido y le resultó imposible disimular su orgullo.

Bogotá, 3 de abril de 1948

Querido Papá:

Ya en Bogotá donde pienso permanecer algunos días, puedo sentarme tranquilamente a escribirles. En Caracas nos pasamos cuatro días. La ciudad está unos cuarenta kilómetros del aeropuerto, la carretera que conduce del aeropuerto a Caracas es verdaderamente fabulosa pues tiene que atravesar una cordillera de montañas de más de mil metros de altura. Venezuela es un país muy rico, gracias principalmente a su gran producción de petróleo. Allí se

hacen grandes negocios pero la vida es bastante cara. En cuanto a lo político actualmente el país marcha admirablemente bien. Rómulo Betancourt dejó la Presidencia con deudas personales y la administración Pública es muy honrada. El pueblo está muy satisfecho de su actual gobierno que está realizando una serie de medidas que tienden a beneficiar el país.

De Venezuela nos trasladamos a Panamá. El aeropuerto está en la zona del canal, el cual pudimos apreciar desde el avión a poca altura. La ciudad de Panamá está bastante cerca del canal y permiten visitarlo lo que no pude hacer debido a nuestra breve estancia en ese país, pues teníamos necesidad de estar en Bogotá el día 31 del pasado. Ese día temprano salimos de Panamá y volando sobre la costa del Pacífico nos dirigimos a Colombia. Hicimos escala en la ciudad de Medellín que es una de las más ricas e industriales de Colombia que está en el Departamento de Antioquia (aquí en vez de Provincias hay Departamentos). Después continuamos el viaje hacia Colombia o mejor dicho hacia la Capital. Para llegar a Bogotá el clípper de cuatro motores en que viajamos se remonta a una enorme altura. Los ríos como el Magdalena y el Cauca, muy caudalosos, lucen como rayas blancas en la superficie de la tierra. La ciudad de Bogotá está a 2 500 metros sobre la superficie del mar que a esa altura semeja un Valle rodeado de pequeñas colinas. El panorama de la naturaleza muy hermoso y la vegetación completamente distinta a la de Cuba. A pesar de estar tan cerca a la línea del Ecuador debido a su altura la temperatura es muy fría, apenas sube

15 grados y frecuentemente baja de 10, por lo que hay que estar constantemente abrigado.

La ciudad de Bogotá es muy moderna y casi tan grande como La Habana. Hay mucha actividad y constantemente hay un enjambre de personas en la calle como nunca he visto en ningún lado. Una ciudad muy culta y civilizada. Un gran porcentaje de los colombianos tiene sangre india y se caracterizan por la calma.

La riqueza principal de Colombia es el café, pero no sucede como en Cuba cuya única riqueza importante es el azúcar, haciendo depender el bienestar del país en un producto expuesto a desastrosas bajas en el mercado mundial, sino que también tienen una gran riqueza en las minas de plata y también oro. Las esmeraldas se producen en grandes cantidades y son las mejores del mundo. También tienen mucho ganado y producen además, en cuanto a alimentos, todo lo que consumen. La vida es barata. El compañero mío y yo vivimos en el Hotel Claridge que es bastante bueno, cobran \$9.50 diario por cada uno (pesos colombianos, en dólares, equivalentes a \$4.00 aproximadamente) y la comida es magnífica.

Bueno papá, no te voy a seguir contando si no nada tendré que decirte en otras cartas. En Bogotá no sé seguro que tiempo habré de estar. En este viaje que realizo estoy organizando un Congreso Latinoamericano de Estudiantes que deberá celebrarse aquí en Bogotá, contamos con la adhesión de casi todos los estudiantes de América. Tuve éxito completo entre

los estudiantes de Venezuela y Panamá, la prensa nos está respaldando y en Panamá hablé durante media hora en una de las estaciones más oídas del país. En Bogotá llevo ya casi tres días, pero apenas he desplegado actividad alguna pues me estoy orientando.

La ciudad está llena de banderas por la Conferencia. Cuando estemos reunidos los representantes de todas las Universidades pensamos tener entrevistas con los principales representantes de cada nación.

Yo llevaba cartas para varios altos funcionarios venezolanos, los que no pude ver porque era semana santa y para esa fecha hay una inactividad absoluta en estos países y estaban todos por el interior. A Rómulo Betancourt que también tenía yo una carta para él, de un buen amigo suyo, lo pienso ver acá en Bogotá. Estuvimos en la casa del Presidente actual de Venezuela y la familia nos trató muy amablemente. La hermana del presidente se comunicó con él que estaba de veraneo en el interior para comunicarle nuestro interés en verlo y le contestó que el lunes estaría de regreso a Caracas y nos podría recibir, pero era viernes y nosotros teníamos que salir al día siguiente para Panamá. ¡Qué distinta democracia a la cubana, donde las puertas de las casas de los gobernantes están vedadas al ciudadano!

Desde luego que estas gestiones yo las hago como dirigente estudiantil cubano y al objeto de obtener respaldo y ayuda a nuestro movimiento. Los argentinos han dado el mayor aporte hasta ahora pero pienso que también el gobierno colombiano nos ayude. De Bogotá

no sé qué marcha seguiré. Hoy llega a Bogotá procedente de la Habana, a reunirse con nosotros, uno de los argentinos que más está cooperando.

Puede ser que siga con él hasta la Argentina y me pase allá tres meses becado, por el Gobierno o regrese a Cuba. Si continúo para la Argentina realizaré en el mes de Septiembre mis exámenes en la Universidad de la Habana para entrar en cuarto año de Derecho, pues tengo mucho interés en terminar mi carrera. Estos viajes le aportan a uno un gran número de conocimientos y experiencias al mismo tiempo que le abren grandes horizontes y perspectivas.

Te envío con la carta una fotografía del compañero mío y yo aquí en Bogotá, al lado de la estatua del General Santander lo que no se distingue.

Por separado te envío unas vistas de la famosa Cartagena de Indias, hoy una de las principales ciudades de Colombia.

Mi dirección está arriba a la izquierda. Espero recibir noticias de ustedes pronto. A la carta deben ponerle sello aéreo.

Besos para todos y tú recibe un fuerte abrazo de tu hijo que te quiere, Fidel

Máuser

El hombre del capote militar y la gorra sin visera, recostó el viejo máuser a la pared y detuvo el ritmo vertiginoso de sus pensamientos en la vigilia de la madrugada. Era el único cubano en la estación y su estructura corpulenta destacaba por encima de los reunidos en silencio, en aquel lugar.

El ejército atacaría de un momento a otro y nadie hacía allí nada por evitarlo o adelantarse con previsiones oportunas. Intentó persuadir al jefe de aquella fuerza impávida, sobre la inutilidad de una postura defensiva. Lo aconsejable era salir en dos columnas a la calle y no esperar el desastre o la muerte entre aquellas paredes. Sin embargo, el jefe de la guarnición lo escuchó paciente e incrédulo, sin prestar atención a sus consejos.

El joven regresó a su puesto, reflexionó sobre los acontecimientos del día, en medio de la incertidumbre de un probable ataque, notó crispados los nervios de quienes lo rodeaban y vio cómo las postas disparaban a unos tanques que pasaban de largo.

Pensó en Cuba, en su familia allá en Birán, tan ajenos a cuanto ocurría a su alrededor. «¿Qué dirían sus padres? ¿Habrían recibido su carta?» En realidad, al pensar en ellos, se preguntaba si era correcto permanecer allí. Dudó

un instante. Se encontraba solo. Las ideas lo unían a Colombia y a los estudiantes de la Universidad, en su mayoría miembros del Partido Liberal dirigido por Jorge Eliécer Gaitán. Todos los jóvenes estudiantes que participaban en los preparativos del congreso estudiantil, un reclamo diverso y radical a nombre de los pueblos, que tendría lugar como un desafío a las puertas de la IX Conferencia Panamericana, donde se reunían los gobiernos de la región en complaciente actitud hacia George Marshall, secretario de Estado norteamericano, y al amparo de la hospitalidad del presidente colombiano Mariano Ospina Pérez.

La cita estudiantil ya no podría efectuarse, el encuentro habría sido una bandera por la independencia de Puerto Rico, la desaparición de las colonias en América Latina, la devolución de las Islas Malvinas, la soberanía del Canal de Panamá y contra la dictadura trujillista en la República Dominicana. Sin embargo, el sueño, casi tangible, se había esfumado con el repentino Bogotazo, aquel bramido de dolor, desesperación y rabia.

A la una de la mañana se había quedado solo en la colina fortificada con catorce balas, en una batalla perdida. Aún así decidió quedarse porque el pueblo era el mismo en cualquier parte.

Unos días antes, al llegar a Bogotá, los estudiantes colombianos habían manifestado la posibilidad de que Gaitán inaugurara el congreso en la Plaza de Cundinamarca. Creían que era una voz de trueno y leal. Aquel hombre invocaba una frase de un ministro de Francia: «Si la cosa es difícil ya está hecha, si es imposible se hará.» Gaitán enfrentaba a la oligarquía liberal y conservadora y defendía a las masas liberales perseguidas, a los desprovistos, los desnudos y los pobres de todas las

ascendencias y posiciones políticas. En mayo de 1946, Gaitán había reiniciado la lucha por la conquista del poder político y todos sabían que iba a ser presidente. Un día de la primavera de 1946 pregonó una convención de la multitud y definió un acento profundo para su lucha destinada «a la defensa de un pueblo oprimido y puesto al margen, de inmensas multitudes abandonadas y escarnecidas y burladas en todos sus intereses, a las cuales se les halaga pero no se les cumple (...)»

Por esa razón, los cubanos visitaron al líder político en su despacho, el 7 de abril de 1948, quien les expresó sus simpatías y les obsequió folletos con sus discursos, entre ellos la «Oración de la Paz» una formidable y conmovedora pieza oratoria que pronunciara Gaitán ante la gente que había llegado de todas partes para congregarse en manifestación con el brazo en alto y la expresión firme, determinada a la revolución: «Señor Presidente, no somos cobardes. Somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia.»

Para Fidel, Gaitán representaba una fuerza progresista con muchas probabilidades de éxito. Las leyes y reformas propuestas en su programa conferían una profunda ascendencia popular a su liderazgo. Recordó la fecha fijada para la siguiente cita, sería el nueve de ese mes, a las dos o dos y cuarto de la tarde. Aquel día, apenas una hora antes, caminaba por la ciudad, dando tiempo para la hora prevista de la entrevista, cuando de súbito comenzó a pasar por su lado la muchedumbre, en tumultuoso torrente, gritaban los hombres y las mujeres: «¡Mataron a Gaitán!» «Ha sido en la calle, de tres balazos.» La multitud desbordada se amotinó primero frente a la

Droguería Real, donde se había refugiado Juan Roa Sierra, a quien señalaron como asesino, y lo arrastraron en el preámbulo del desenfreno y la rebelión. El pueblo desfiló por las calles bogotanas, de balcones abarrotados y paredes estremecidas. Destruyeron las farolas eléctricas y las vitrinas, incendiaron comercios, oficinas, cines y edificios de inquilinato. El lujoso Hotel Regina quedó reducido a escombros, llevaron pianos y armarios en andas, destruyeron pasquines y vociferaron su frustración con pólvora, fuego y muerte, desde campanarios, burdeles y terrazas floridas. Un tranvía languidecía entre las llamas frente al Capitolio Nacional y la Gobernación en Cundinamarca. Un hombre la emprendía contra una máquina de escribir, mientras Fidel, que esperaba entrevistarse con Gaitán esa misma tarde, para ahorrar el esfuerzo descomunal e insólito de quien trataba en vano de destruir el artefacto, lo hizo volar por los aires.

Hasta entonces, la idea que tenía el cubano de las insurrecciones populares, era la de su imaginación al leer sobre la toma de la Bastilla o las barricadas de la Revolución Francesa. Una multitudinaria procesión pasó por su lado y se sumó como uno más al estallido, al rugido tremendo de los indóciles desarrapados y los liberales de traje.

Luego de dieciséis horas de movimientos, operaciones, y visiones alucinantes, todo terminó. El día once la radio anunció el cese del fuego tras la masacre del pueblo frente a la Presidencia. El cubano dirigió sus pasos al hotel donde se hospedaba antes del Bogotazo. Los compatriotas dispersos se reunieron y casi por milagro llegaron a la sede de la Embajada de Cuba, a pesar del toque de queda, gracias a la inmunidad diplomática del auto de un delegado argentino, alarmado por los

infundios que circulaban por la ciudad sobre la culpabilidad de los cubanos comunistas.

Fidel Castro, Rafael del Pino Siero, Enrique Ovares y Alfredo Guevara, salieron del país en un avión de carga. El viaje demoró cinco horas hasta La Habana.

Después de los sucesos de Colombia, Fidel retomó la idea de continuar sus estudios universitarios y matriculó el 4 de mayo en la enseñanza privada y lo hizo para vencer las asignaturas de Economía Política, primero y segundo curso; Derecho Constitucional Comparado, Derecho Fiscal, Derecho Romano, segundo curso; Política Criminal, Historia del Derecho, Derecho Penal primer curso y Derecho Civil que incluía Propiedad y Derechos Reales, Obligaciones, y Familia.

Quizás entonces el hijo se apartara de los asuntos políticos, las protestas callejeras, los mítines, y consiguiera librarse de las amenazas de atentado de los grupos gangsteriles como el de Masferrer.

Don Ángel depositó su esperanza en el próximo matrimonio y en el intenso plan de estudios para concluir tres carreras, optar por la beca Bustamante que daba la oportunidad del financiamiento y de ese modo, cursar Economía Política en los Estados Unidos o Francia.

El 24 de mayo de 1948, poco antes de las elecciones de junio en las que triunfó el anticomunista Carlos Prío Socarrás, cuyo gobierno fue más del nocivo y falaz «autenticismo», don Ángel había escuchado por la radio a su hijo. Fidel discursó en un mitin ortodoxo en Santiago de Cuba, donde casi emplazó al mismísimo Eddy

Chibás para que fuera leal al pueblo si resultaba vencedor. Aseguró que si trataban de arrebatarse la victoria al pueblo, las fuerzas revolucionarias tomarían los fusiles para conquistar el poder. El padre consideró incendiarias sus palabras, y escandalizado, no tuvo otra opción que reconocer la valentía del muchacho.

Aún así lo prefería apartado de los desórdenes. Mientras estudiara, él estaba dispuesto a ayudarlo en sus gastos, a servir en lo que hiciera falta: agilizar gestiones o interceder en algún asunto.

—Ojalá pase este vendaval, —comentó a Lina, la mañana en que ella se preparaba para el viaje y se componía con toda delicadeza. Él no podría asistir a la ceremonia, sus malestares y el trabajo de la finca no se lo permitían. Debía conformarse con imaginar a su hijo en el altar de la Iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, en Banes, el pueblo de su amigo don Fidel Pino Santos.

Observó a Lina con detenimiento. Aún la reconocía como una mujer hermosa. Su figura, más robusta que antes, no había perdido del todo la cimbreante esbeltez de su juventud y mucho menos la fuerza del carácter alegre, dispuesto y enérgico.

La elegante compostura destacaba los aires de belleza natural. Llevaba el pelo ondulado y por entre los rizos asomaban unos pendientes pequeños.

Estaba de moda acentuar el tono de las cejas y los labios y sombrear el rostro con discreción. Lina no acostumbraba a arreglarse sino en contadas ocasiones. Cuando lo hacía, la apariencia lozana de sus cuarenta y cinco años asomaba a su rostro, y solo la rudeza de sus manos delataba el largo tiempo de vida tesonera en la finca de Birán. No había otra mujer más dispuesta por aquellos contornos.

Si era necesario se iba a Marcané a descargar las mercancías y a contabilizar las entregas para el almacén al pie del ferrocarril. Bajo la lluvia, no la amilanaban ni el relampaguear en los cielos, ni los ríos crecidos, ni las ventoleras.

—¡Válgame Dios que estás junto a mí!, —dijo don Ángel al despedirla. Sintió la soledad, acompañada por la vejez de los espejos que una vez le desveló el alma, en la casa entrañable, de armarios, camas y baúles descomunales con el olor a cedro suscitándole recuerdos.

Plantaba cedros con la discreta e íntima ansiedad de convertir en perdurables las cortezas finas y los aromas benditos para el amor, y para que una estirpe noble y digna creciera en casa.

Myrta Francisca de la Caridad Díaz Balart y Gutiérrez estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana. Toda su familia era de Santiago de Cuba, pero los abuelos paternos se habían establecido en Banes cuando el pueblo comenzaba a florecer y se respiraban los aires de prosperidad de la empresa Dumois, primero, y de la Compañía norteamericana, después. Nació en Banes, en la Avenida de Cárdenas, en la casa señalada con el No. 36, a las diez y cuarenta minutos de la mañana, el día 4 de octubre de 1928, en la temporada del año en que se atenuaban las temperaturas sofocantes del verano.

Para entonces, su padre, el doctor Rafael José Díaz Balart, tenía bufete y ejercía como notario en la ciudad del norte de Oriente. La madre, doña América, poseía el título de maestra normalista, algo muy poco común, en aquellos tiempos en que ser ama de casa era la ocupación ancestral de las muchachas casaderas.

Cuando Myrta estudiaba en la Universidad, su madre era una ausencia dolorosa en el mundo, y el padre se había casado en segundas nupcias con Angélica Franco. En la residencia de ambos, en Banes, tuvo lugar la boda civil de Myrta con Fidel Alejandro de veintidós años, el 11 de octubre de 1948, un día antes de la ceremonia religiosa.

Entre los bancos de respaldar alto y la mirada de los asistentes, avanzaban por la senda el padrino don Rafael José y la madrina Lina Ruz González.

Fidel no tenía prejuicios, asumió el matrimonio civil y religioso como algo social que complacía a la familia, lo mismo de un lado que del otro.

Pocos invitados conocían su pensamiento más íntimo, pero al joven que contraía matrimonio aquella mañana lo aburría la liturgia pomposa y lo impacientaban la melopea y los oficios del Padre Monseñor Madariaga quien era director del Seminario del Cobre.

Después del matrimonio dedicó la mayor parte del tiempo a los estudios, sin abandonar sus luchas dentro de la Universidad contra la corrupción política y administrativa, las injusticias y el gangsterismo alentados por el gobierno.

La lectura del *Manifiesto comunista* significó la autoconversión al marxismo. Buscaba con avidez la literatura de los clásicos y estrechaba relaciones con jóvenes progresistas, antimperialistas, e incluso, algunos de ellos, comunistas; todos jóvenes valiosos como Justo Fuentes Clavel, Walterio Carbonell, Lionel Soto, Núñez Jiménez, Alfredo Guevara, Raúl Valdés Vivó, Francisco Benavides y por supuesto, Baudilio Castellanos, entre otros.

La única ventana del pequeño cuarto se asomaba al bullicio de los transeúntes y los automóviles que pasaban

por la calle 82 de Nueva York, cerca del Parque Central. La casa de huéspedes ostentaba el No. 155 en la fachada. Era un edificio de ladrillos color ocre y tejado con chimeneas. Las habitaciones baratas de vetustos aparatos de calefacción, estaban situadas en el sótano o en las buhardillas pegadas al cielo, donde se hospedaban estudiantes, familias de clase media o mujeres solas, decididos a desafiar la humedad y el frío de esos ámbitos con tal de ahorrar algunos centavos de los pagos de alquiler.

La propietaria alemana cobraba las mensualidades con puntualidad y exigía a los inquilinos: silencio, moderación en las costumbres, y limpieza en los inmuebles.

Fidel y Myrta llegaron a los Estados Unidos unas semanas antes. El viaje fue posible gracias a los fondos que don Ángel entregó a su hijo después del matrimonio, unos dos o tres mil dólares que les permitieron viajar a Miami, continuar en tren a Nueva York y permanecer allí algún tiempo.

En la ciudad del sur transcurrieron los primeros días y como no era temporada alta del turismo, los precios eran bajos.

Después de recorrer los museos, monumentos, teatros y restaurantes de Nueva York, Fidel percibió las calles entre rascacielos como desfiladeros intramontanos, le causaron la impresión de una vida dura, solitaria a pesar de la multitud en el metro, a la entrada de las industrias, en las *drugstores*, parques, plazas y clubs de la urbe iluminada y cosmopolita. Lo asombró la posibilidad de poder comprar libros de Marx, en una librería de la ciudad, donde abundaban el espíritu anticomunista y los excesos enfermizos de la guerra fría. Allí compró una edición de *El capital* en inglés.

Fidel practicaba su precario conocimiento de la lengua inglesa en los mercados y, luego, cocinaba en casa

recetas de cocina que ideaba de acuerdo con sus preferencias. Cuando ya no contaba con muchas reservas, hizo sus cuentas, decidió comprar un auto de uso y llegarse a Harvard en busca de los programas de estudio, con la idea de vencer las cincuenta y tantas asignaturas de las carreras de Derecho y Ciencias Sociales, durante el cuarto y el quinto año, en La Habana, y después cursar Economía Política, quizás en esa u otra institución prestigiosa de los Estados Unidos o Europa.

El 2 de noviembre de 1948, escuchó por la radio en inglés, los resultados de las elecciones presidenciales. Harry Truman ante la sorpresa de muchos, había derrotado a Thomas Dewey. Al día siguiente, el *Chicago Daily Tribune* publicó a ocho columnas «Dewey derrota a Truman», un titular que quedó para la historia como ejemplo de que los medios de comunicación podían equivocarse al ofrecer resultados electorales. Las encuestas previas señalaban que Truman, un presidente muy impopular entre los intelectuales y los periodistas, sería derrotado por el refinado e inteligente Dewey, un político avezado en el arte de la seducción, tanto que los deseos de que ganara la presidencia nublaron la vista y obstruyeron el tradicional olfato periodístico, que habría evitado el desastre de publicar en primera plana una información incierta, y que ponía sobre la mesa su parcialidad.

La joven pareja regresó a Miami por carretera. Guiados por un mapa, hicieron el trayecto a todo lo largo de la costa atlántica: vías desconocidas y ríos caudalosos sin puentes para cruzarlos se interponían en la ruta y los obligaban a dar vueltas o encontrar soluciones imprevistas. En una sección del recorrido, una embarcación los transportó de una a otra orilla de un río, lo cual les permitió no tener que retornar a la autopista de Miami, de la

que, entre tantas bifurcaciones, se habían desviado durante la noche.

Al descender del ferry en La Habana, Myrta y Fidel apenas tenían dinero. La bonanza había llegado a su fin y debían ahorrar hasta el último centavo. Vendieron el auto, alquilaron un apartamento en un edificio semiconstruido en el oeste de la ciudad y comenzaron una vida corriente y exaltada al mismo tiempo. Fidel se dispuso a estudiar con ahínco.

Alternaba la dedicación a los estudios con las actividades políticas de oposición al gobierno de Carlos Prío. Militaba en la Juventud Ortodoxa, pero no ocupaba ningún cargo oficial. Para las elecciones siguientes tenía cifradas sus esperanzas en la honradez de Eduardo Chibás y en su amor al pueblo. Consideraba que si triunfaba se radicalizaría y desempeñaría un rol histórico en la vida del país.

Para entonces había hecho una valoración crítica del Partido Ortodoxo porque no se proponía programas sociales y además, sus dirigentes asumían posturas y declaraciones anticomunistas.

Auguraba pocas posibilidades al Partido Socialista Popular que se desenvolvía en condiciones adversas; su influencia era importante entre los obreros, pero no abarcaba las amplias capas de la población, lastradas por el maccarthismo de la postguerra.

Cuando se aproximaban los exámenes, se levantaba a las seis de la mañana, estudiaba hasta las doce, almorzaba sin dejar de leer, seguía hasta las tres; comía, y luego continuaba sus esfuerzos durante ocho o doce horas más, según la complejidad de las asignaturas y las exigencias de los profesores.

Permanecía horas y horas absorto en los libros y los resúmenes con una perseverancia de ola desvanecida en el litoral y vuelta a levantar espumosa y ondulante. El estudio intenso no lo agotaba, sino que despertaba en él un estado de euforia y curiosidad que lo mantenían en vela.

El matrimonio estabilizó la vida de Fidel. Era más bien hogareño, estudiaba con mucho interés y cuando tenía oportunidad le gustaba cocinar. Su esposa se encargaba de las ocupaciones de la casa, de acuerdo con la costumbre y la tradición familiar, y ello le permitía a Fidel concentrarse en los estudios y las actividades políticas. Cuando supo de la llegada del hijo, toda su sensibilidad afloró en pequeños detalles, quizás porque intuía que sería efímero ese tiempo de aparente calma, y desde entonces vislumbraba una revolución.

La indignante afrenta al Monumento de José Martí por marines yanquis, el 11 de marzo de 1949, el asesinato del joven dirigente de la FEU, Justo Fuentes Clavel y del líder comunista de los trabajadores azucareros Jesús Menéndez, junto al aumento del pasaje, fueron como estremecimientos para desterrar la indiferencia. Quien tuviera conciencia debía batallar y resistirse a la represión, algo muy arriesgado con el coronel Caramés como jefe de la policía nacional. A principios del propio año 1949, las fuerzas policiales dispararon contra el recinto universitario. La agresión tenía antecedentes en el año anterior. Según la revista *Carteles* y el diario *El País*, en febrero habían tenido lugar disturbios estudiantiles, tal como la prensa denominó a la manifestación revolucionaria que denunció el intento de José Manuel Caramés de penetrar en el recinto universitario. Los jóvenes llevaban una bandera cubana y un cartel gigantesco: «Cubanos,

protestamos por la violación de la Autonomía Universitaria, por Caramés, esbirro del grausato. FEU.»

Fidel continuaba siendo un estudiante rebelde. Ahora vivía en la calle 3ra. esquina a 2, en el Vedado, frente al Cuerpo de Ingenieros, donde se hospedaba Pedro Sarría Tartabull, un joven militar que llegó a La Habana en visitas esporádicas para vencer exámenes en la Universidad. Se habían conocido en la Colina, en diálogos fortuitos y breves. Nadie podía imaginar entonces que aquel oficial de academia, por una afortunada coincidencia, evitaría su asesinato algunos años después.

Fidel matriculó el curso académico 1948-1949, como aspirante al título de Derecho, en la Universidad de La Habana, el 9 de abril de 1949. No había transcurrido un mes cuando desafió el pistolero y el gangsterismo de los grupos proclives al gobierno, cómplices de todas las villanías represivas y los escandalosos desfalcos. Fidel publicó un artículo «Contestando a Masferrer», donde desmintió sus pretensiones de involucrarlo en las disputas y venganzas propias de los mafiosos. En aquel texto, Fidel calificaba a Masferrer como digno miembro de un congreso, refugio natural de muchos delincuentes que tenían cuentas pendientes con la sociedad y la República. Decía: «ni Masferrer, ni “el Colorado”, ni los asesinos de todos los colores que integran toda esa fauna de pistoleros, podrán prevalecer sobre los que ostentan ideales sanos y desinteresados».

El 3 de agosto de 1949, en una de sus visitas a Birán, durante las vacaciones, acudió a la consulta del doctor Ceferino Ramírez Rodríguez, en Holguín. En la Historia Clínica No. 5 258 el oftalmólogo anotó los datos personales del paciente, indicó espejuelos y describió la siguiente sintomatología: «(...) que hace como siete

años, el Dr. (...) le recetó espejuelos porque dice que no veía bien y le dijo que tenía miopía del o.d. y no usó los espejuelos, y ahora nota que para ver en la pantalla del cine tiene que acercarse.»

El 1ro. de septiembre de 1949, Fidel, ajeno a que los grupos gangsteriles lo esperaban en la Universidad para ultimarlos a balazos, acompañó a su esposa, que sentía dolores de parto. El nacimiento de su hijo Fidel Ángel ese día fue una verdadera bendición y una afortunada coincidencia, no solo por su llegada aguardada con ansiedad, sino porque además salvó la vida del padre. A partir de entonces, Fidel en cada momento decisivo de su vida, pensaría en su hijo y sentiría su falta o añoraría abrazarlo, actuaría con la convicción definitiva de honrarlo.

Amanecida

Cándido realizaba su faena temprano, pero ese día, la dueña de la casa, Lina Ruz, le pidió silencio para que no despertara al matrimonio visitante. El carpintero, se acomodó en uno de los escalones de ocuje y júcaro, en la escalera a la planta alta de la casa que don Ángel hizo construir con la idea, antes soñada y casi perdida en la memoria, de que su hijo universitario viviera allí y representara los intereses de la familia después de graduado. El empleado escuchaba los chasquidos y goteos de la manigua al despuntar el alba cuando el sol como una caricia se alzaba tenue en el horizonte. Cándido sintió a sus espaldas los pasos retumbantes del joven:

—¿Qué hace usted?, ¿por qué no me llamó?

—No quise despertarlo.

—No, señor. A mí me agrada levantarme temprano. Estaba estudiando la Constitución y comparándola. No tenga pena. Cuando esto suceda, llámeme.

Fidel descendió la escalera, se sentó junto a Cándido y allí permaneció un buen rato recordando los días de su infancia y su adolescencia, en los tiempos que lo visitaba en la casa de sus padres allá por El Naranjo y conversaba durante horas con ellos. Le preguntó por su hermano Ubaldo y si conservaba intacta la memoria eficaz y

contundente de años atrás. Pasado un tiempo se incorporó y palmeó la espalda al hombre antes de marcharse rumbo a la casona sobre pilotes de caguairán, donde Flora colaba el café del desayuno.

Durante la estancia en Birán, Fidel, Myrta y su pequeño hijo, dormían en una habitación, a medio construir, habilitada por Cándido, aromada con el olor de las resinas untuosas y la madera aserrada aún sin barnizar. La presencia de la joven familia en Birán fue recibida con alborozo por todos los parientes y vecinos del batey. Al llegar, don Ángel, desde su parsimoniosa autoridad, inclinó el cuerpo, apoyándolo en el bastón en que afirmaba sus pasos, para observar bien de cerca al nieto. Lina revoloteaba, atenta al almuerzo, disponiendo la vajilla reservada para las ocasiones especiales, cuidando que las sábanas de hilo bordadas dispuestas en la habitación estuviesen olorosas y bien extendidas, que no faltaran la leche y las frutas frescas para alimentar al nieto, o al tanto de la llegada de los diarios. Arrullaba a Fidelito con la ternura de sus brazos de abuela, y hacía todo lo que estuviera a su alcance para que su hijo se sintiera cómodo y feliz.

La planta baja de la casa nueva estuvo lista algún tiempo después. Juan Socarrás, jefe de la oficina de correos, trazó en la fachada con letras grandes, el anuncio del bar La Paloma, establecimiento que según los pobladores aparecía a nombre de Raúl, quien ya era un joven de mediana estatura y complexión fuerte, con la misma estampa de la madre en los achinados ojos negros, la vivacidad, la energía y el desbordante entusiasmo que identificaba su alegría como una cascada de buenos augurios.

Después de estudiar en Dolores y cursar un año en Belén, Raúl trabajaba con Álvarez, el tenedor de libros, en la oficina, entre papeles y resúmenes contables.

Explicaba de manera diáfana las causas de su regreso a Birán. Había matriculado en Belén el mismo año en que Fidel se había graduado de Bachiller. Después de pasar por los colegios La Salle y Dolores, en Santiago de Cuba, estaba extenuado de los rigores dogmáticos, las obligaciones estrictas: ir a misa tempranito, rezar Avemarías, asistir a clases, rezar la letanía en latín durante la noche, comulgar sin falta, confesarse..., y del hábito pertinaz del padre espiritual de insinuar pecados o descubrirlos en cualquier pensamiento natural para un varón de su edad. Se alegraba de que en lugar de un elogio, le hubiesen pronosticado que nada bueno saldría de él, porque ello le había permitido regresar a la finca de sus padres. Allí se vivía una vida excitante y feliz, con toda la libertad que su carácter insumiso, jovial, sagaz, y sobre todo desprejuiciado, necesitaba. No faltaba a ningún bembé de los haitianos y mucho menos a los velorios, que consideraba sobre todo, como motivos de reunión, donde los pobladores conversaban de las alegrías y tristezas de sus vidas, y los jóvenes enamoraban a las muchachas.

Mas al contrario de lo que pudiera pensar o decir Raúl, Fidel consideraba que en Birán, su hermano menor solo perdía el tiempo.

El viejo, con el afán de aleccionar y forjar al hijo más joven, lo destinó primero a trabajar en la cosecha de papas, después lo ubicó de carretillero en la trastienda del almacén, luego como dependiente y finalmente con César Álvarez, en la oficina, donde por primera vez y tras sus protestas y rebeldías, su padre comenzó a pagarle sesenta pesos de salario, lo que era una verdadera fortuna. Lina, a su vez, decidió que una maestra de inglés le impartiera clases.

Ya en ese momento no había remedio. Raúl razonaba: «por el norte, la United Fruit Company; por el sur, la

Miranda Sugar Co; por Marcané, la Altagracia Sugar Co; y por la montaña, la Nickel Company (...) y en medio, un gallego; ¡pero qué carajo tenemos los cubanos aquí!» Compartía sus lúcidas conclusiones con los trabajadores y don Ángel, por supuesto, temeroso de las convulsiones sociales, los sindicatos, las huelgas y las insubordinaciones, ponía el grito en el cielo o expresaba su preocupación a los viejos amigos con quienes jugaba dominó todas las noches. Fidel recordaba la incredulidad con que su padre una vez levantó un brazo y le dijo: «¡ahí tienes; la dictadura del proletariado!», como alguien que se refiere a una idea descabellada.

Al filo de la madrugada, antes de retirarse a dormir, pasaba por la habitación de Raúl y allí, comprobaba su presencia con una ojeada a vuelo de pájaro, lo cual cumplió sin falta hasta aquel día, en que creía a su hijo en cama y en realidad, estaba en una fiesta. Desde entonces usaba el bastón para tocarle los pies, y comprobar que era Raúl y no un almohadón lo que veían sus ojos. Raúl debía esperar a pasar por la prueba del viejo para escabullirse.

Don Ángel poseía una verdadera colección de bastones y su presencia ya no la marcaban los pasos, sino el toc, toc, toc del implemento sobre el entablado del piso, tanto, que cuando había barullo en las habitaciones o en alguna sección de la casa, Raúl tomaba alguno, lo hacía sonar y, al instante, por la presunción de la autoridad de su padre, se hacía silencio.

Fidel, con veinticuatro años, aún estudiaba Derecho y en una de sus visitas a la casa, convenció a Raúl para viajar a la capital, vencer un programa de asignaturas, realizar tres años del Instituto en solo dos, e ingresar en la Universidad en la carrera de Derecho Administrativo.

Sin proponérselo intentaba hacer por su hermano Raúl, lo que *madame* Danger había hecho por él.

Raúl accedió a la propuesta de Fidel, motivado por sus palabras, la posibilidad del viaje y la estancia en la capital. Del tiempo que sobrevino en La Habana, Raúl nunca olvidaría el 22 de julio de 1951, cuando se casó Bilito Castellanos con Doris Simons, una muchacha de Marcané, hija de un inglés veterano de la Primera Guerra Mundial y empleado de la United Fruit Company como superintendente de agricultura por largo tiempo, ya retirado de sus frecuentes supervisiones a las colonias de caña, y quien, antes de asistir al matrimonio de su hija, había escuchado las referencias que la Embajada de los Estados Unidos daba de su yerno y de los jóvenes con quienes Bilito mantenía amistad, reconocidos como comunistas, tal como calificaban entonces a quienes tenían ideas radicales. William Simons, hombre apreciado en el pueblo de Marcané, se estableció en la Isla y se casó con una cubana, aclimatándose a los veranos reverberantes y a la calidez de la gente del país que llegó a amar con devoción, fiel hombre de honor, legítimo y silencioso caballero, que ponía el alma a los asuntos del país.

A los funcionarios de la embajada no les faltaba razón, una parte importante de los amigos de Bilito eran miembros de los Comités 30 de Septiembre, el Universitario contra la Discriminación Racial; del Partido Socialista Popular; y la Juventud Ortodoxa, gente fichada por el Servicio de Inteligencia Militar como la izquierda más radical de la alta casa de estudios. En ese tiempo, ya Fidel había puesto en manos de Raúl, muchos libros valiosos. El primero que le dio a leer fue *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels, y después otros y otros, en lo que significó una trascendente

influencia en el joven, cuyo pensamiento se radicalizó casi a la velocidad de la luz. Entre los volúmenes que para entonces prefería Fidel, estaban, además del *Manifiesto comunista*, *Las guerras civiles en Francia* y el *18 Brumario*, ambas de Marx; y de Lenin: el artículo famoso «¿Qué hacer?» cuya interrogante sugería desde el título mismo, un camino de lucha; también del escritor italiano Curzio Malaparte, *La técnica del golpe de Estado*; una novela, una fantasía en que apropiarse de las oficinas de correos, los ferrocarriles, los teléfonos, de toda la infraestructura de una nación, implicaba a su vez ser dueño del Estado.

Bilito recordó la ocasión en que Fidel le mostró el carnet de asignaturas repleto, pues estudiaba y examinaba con una constancia a toda prueba, y en brevísimo período de tiempo. Sin embargo, cuando le faltaba apenas un suspiro para acceder a la beca Bustamante e irse al exterior a estudiar Economía Política, cambió de criterio y decidió no salir del país.

Fidel presentía acontecimientos políticos decisivos en la vida nacional, predicciones que compartía en charlas interminables con Bilito, mientras detallaban la situación del país e intentaban mirarla a través de varios lentes y descubrirle oscilaciones y estremecimientos.

Cuando Fidel asistió a la Asamblea Nacional del Partido, el 28 de enero de 1950, la línea de independencia política ratificada por la ortodoxia, le descifró el signo revolucionario de los tiempos y se convenció de la posibilidad real de arrastrar la multitud a la revolución, al cambio radical y decisivo de toda la geografía entrañable y doliente del país.

Los días, las semanas y los meses transcurrieron rápidos. Había matriculado de nuevo la Universidad para

vencer solo tres asignaturas y doctorarse así en Filosofía y Letras y en Ciencias Sociales. Desafiaba las pretensiones de expulsar a los líderes comunistas de la Universidad. Para entonces ya se había presentado al tribunal docente y discutido el tema «La letra de cambio en el Derecho Privado y la Legislación Laboral», que le valió una calificación de sobresaliente y le permitió obtener después su título de Abogado, el 13 de octubre de ese propio año.

(...) acabo de concluir mis estudios en la Universidad donde he obtenido los títulos de Doctor en Derecho, Licenciado en Derecho Diplomático y Licenciado en Derecho Administrativo en cinco años académicos, sin haber perdido un solo curso, sin haber tenido jamás un suspenso; con un expediente de estudio que puedo exhibir orgulloso en defensa del concepto a que soy acreedor. Pueden dar sobre ello, cabal testimonio ilustres profesores, en los cuales no cabe sospecha de veleidad y de quienes he recibido más de una vez felicitaciones por mis exámenes (...) No me arrepentiré jamás de los nobles empeños de mi lucha universitaria sin recibir más pago que lágrimas para mis familiares, peligros para mi vida y heridas para mi honra (...).

Respondía así a las infamias publicadas en la prensa. Apasionado, escribía su verdad mientras su espíritu se debatía entre la indignación y la amargura y resumía toda una etapa de su vida.

Instantáneas de entonces, reproducían la imagen de un joven maduro, un poco más grueso, vestido con un traje holgado. El pelo hirsuto y el nudo de la corbata a veces ladeado, daban la impresión de un hombre

apresurado al tanto de aprovechar su tiempo, cada minuto, cada hora, cada día, cada noche y sobre todo, cada madrugada que culminaba en amanecida.

Fidel imantaba. Los reporteros de los diarios captaron la imagen desde atrás, sorprendidos del duelo que presenciaban. De un lado, el general Quirino Uría López, designado jefe de la Policía Nacional tras la renuncia del coronel José M. Caramés, luego del asesinato del estudiante Gustavo Adolfo Mejía, administrador del Balneario Universitario, cuyo duelo despidió el profesor Raúl Roa con palabras atronantes. Del otro, en plena manifestación contra el decreto que se proponía silenciar las constantes denuncias de Chibás y otros líderes ortodoxos, el joven Fidel Castro Ruz, desafiante, sereno, con las manos en la cintura, el saco abierto y los pies plantados en el asfalto.

En torno a las polémicas políticas y las ideas de cómo cambiar al país, fue creado el Primer Comité Pro Fidel Castro Representante, en un pequeño y acogedor café en la esquina de las calles Campanario y San Rafael. Entonces, la mayoría de los comerciantes le abrieron crédito, porque suponían al final de la campaña política, una retribución generosa. Años después, escribió que buscaba «como Arquímedes un puntico de apoyo donde mover mi mundo».

Apenas transcurrida una semana, recién egresado de la Universidad, Fidel se incorporó al Colegio de Abogados de La Habana, el 10 de noviembre de 1950, en Lamparilla No. 114 y Cuba, en La Habana Vieja de tejados descoloridos y profusión de oficinas, almacenes y vetustas iglesias.

Concluía 1950 y Fidel Castro Ruz dejaba su impronta, como líder político, más allá de los viejos muros de la

Universidad de La Habana, en el Club sindical de los Trabajadores de la Textilera Ariguanabo y en las luchas estudiantiles en la ciudad del sur. En un juicio por «agitación y desorden público en Cienfuegos», asumió su autodefensa, ante el Tribunal de Urgencia de Santa Clara. Aquella vez salió absuelto después de denunciar al gobierno priísta con la misma pasión de los discursos martianos y la prosa del novelista Emile Zolá en «Yo acuso». La proclama de Fidel tenía igual espíritu ardoroso, febril sostén, certidumbre y testimonios auténticos. Apenas se había referido a los cargos que le imputaban, su oportunidad de hablar la había dedicado a una apasionada denuncia de los atropellos del régimen de Carlos Prío. «No importa la suerte que corramos. Estas verdades había que decirlas.» Finalmente fue absuelto de la causa 543, donde los asistentes jubilosos lo felicitaron por su patriótica actitud.

Con el año despedía también su tiempo de Quijote como estudiante en la colina del Alma Máter. Vivía en torbellino y nadie podría discernir entre sus volcánicos anhelos justicieros y sus inagotables ansias de saber. Sentía como un deber el riesgo de las manifestaciones y en la vigilia a que lo obligaban las páginas de extensos y fascinantes volúmenes, estudiados con devoción en cafetines vacíos o en casa, donde su hijo crecía vigoroso y él se ocupaba de los trascendentes y pequeños detalles cotidianos, prodigando la ternura de su alma sensible. Era feliz aunque su vida peligrara pendiente de un disparo.

Siempre que don Ángel y Lina viajaban a la capital de Oriente, se hospedaban en el Hotel Venus, en la calle Hartmann de Santiago de Cuba. Sus columnas estilizadas,

la persianería francesa y los amplios ventanales daban a la acera por donde pasaba el vocerío de la gente.

Lina se apasionó con las mamparas de madera y los vitrales que aislaban el vestíbulo del restaurante, ubicado en el patio interior, entre arecas y geranios en tiestos húmedos, bajo la claraboya de cristales fulgurantes. Los pequeños balcones del frontón también daban a la calle y al paisaje de las montañas; en una presunción de miradores con aires eclécticos de altura. Para cualquier diligencia en la ciudad, don Ángel y Lina preferían el lugar céntrico de esmeradas atenciones.

Al día siguiente, el matrimonio desayunó temprano. El viejo revisó los diarios matutinos con la avidez habitual y casi a las ocho y media de la mañana, salieron rumbo a la cita en el bufete del abogado y notario público, colegiado y con residencia en esa ciudad, doctor Mario Norma Hechavarría. Había llegado el momento de recuperar y poner a su nombre la propiedad de la finca, cuyo valor superaba el de la deuda con don Fidel Pino Santos.

El potentado y viejo amigo de don Ángel andaba mal de salud, se decía que sus malestares tenían que ver con el hígado o el páncreas. Sus recaídas eran cada vez más frecuentes.

Ya no eran posibles aquellas visitas prolongadas a Birán, cuando don Fidel Pino Santos pasaba horas sentado en la mecedora del corredor, conversando con la doctora Ana Rosa Sánchez, a quien amó con locura en aquellos años de viudez. Se decía que le había comprado una farmacia, no solo para hacer realidad sus sueños, sino también, para garantizarle el futuro cuando ya él no se encontrara en el mundo de los vivos.

Don Ángel conocía el riesgo y la situación era delicada. Si aquel hombre –ingresado en el hospital– moría de repente, estaba perdido. La finca se encontraba a su

nombre sin ninguna otra garantía. No era una hipoteca, todo aquel negocio se basaba en una relación de amistad de muchos años.

Don Ángel llamó a su hijo y le encargó la solución del problema. Fidel tenía autoridad y prestigio como abogado para representar los intereses del padre, pero en realidad se trataba de hilar fino, con suma delicadeza, para persuadir al potentado de la necesidad de traspasar la finca otra vez, a nombre de su legítimo dueño.

Fidel visitó al enfermo en el hospital y la doctora Ana Rosa le permitió pasar sin dilación. El abogado se preocupó por las dolencias del amigo de la familia, conversó con él un buen rato y luego, le planteó el encargo de don Ángel Castro Argiz, la necesidad de resolver aquella situación que había perdurado por casi veinte años, desde la mañana de julio de 1933, en que su padre acudió al despacho del abogado y notario público doctor Vinent y Juliá para firmar la escritura de «cesión en pago» de la finca a favor de su acreedor. No resultó difícil convencerlo. Don Fidel Pino Santos comprendió sus razones y de inmediato impartió instrucciones para solucionar el problema.

El traspaso de la propiedad requería realizar numerosas gestiones. Fidel tuvo que ocuparse del pago de la deuda. Solicitó el dinero a la Compañía Azucarera Central Miranda antes, luego Miranda Sugar States, de quien el viejo había sido siempre un importante suministrador.

Como el central molía caña de tierras propias y de colonos como don Ángel Castro y tenía interés en mantener los abastecimientos de materia prima, concedió sin demoras el préstamo, sobre todo porque en las inmediaciones existían otras compañías norteamericanas pendientes de la posibilidad de acaparar proveedores.

Incluso, la cifra solicitada excedía la deuda que don Ángel debía pagar.

El joven abogado se encargó de los trámites en una operación que supuso el otorgamiento de poderes y la disposición de muchas personas, de don Fidel Pino Santos y de sus hijos Mario, Fidel Teofredo, Delia Vicenta, María Luisa, Esther Zenayda, Sara Alicia, Georgina Fidelina y Raúl Fabio.

Cuando los esposos Castro Ruz se presentaron en el bufete, con el nerviosismo contenido de las grandes ocasiones, el 20 de julio de 1951, los abogados y las escrituras habían recorrido un prolongado, fatigoso y complicado camino para llegar a ese punto de la negociación, en que el apoderado Raúl Pino, les vendía la propiedad: «Una finca rústica: formada por la agrupación y refundición de otras cinco, (...) con una cabida de sesenta y cinco caballerías y seiscientos sesenta y cuatro milésimas de otra, equivalentes a ochocientos ochenta y una hectáreas, veinte y tres áreas y cuarenta y siete centiáreas (...)», la misma que correspondía a la surgida el 1ro de julio de 1922.

Euforia y calma coincidían en el ánimo sobresaltado de don Ángel. Sus temores se disipaban de una vez. Volteaba el sombrero entre las manos o se aferraba al brazo de su esposa, mientras el notario leía la extensa papelería del convenio que después firmó aquella calurosa mañana, y que aparecería registrada con el No. 668 en los protocolos notariales del abogado santiaguero.

Los olores de la cocina se confundían con la brisa salitrosa del Malecón en el restaurante Frenmar, un local de espacios reducidos, ambiente modesto y pequeñas exquisiteces que Fidel prefería a los platos tradicionales de la comida criolla.

No tenía dinero, pero como el dueño era amigo suyo, le concedía crédito. Vivía en el edificio de la calle 3ra. casi esquina a 2, justo frente al restaurante. Su situación económica solo le permitía salvar las deudas y mantener el apartamento reuniendo sus fondos con lo que enviaban desde Birán para Raúl que vivía con ellos.

Recién graduado, ganaba poco con el trabajo de abogado en el bufete Aspiazo-Castro-Rasende, establecido en Tejadillo No. 57, para atender asuntos civiles, criminales y sociales. Casi siempre defendían a gente pobre, sin dinero para pagar y ellos no cobraban sus servicios. El local, ubicado en la Habana Vieja donde coincidían oficinas comerciales, inmobiliarias, almacenes y despachos de abogados, era un pequeño apartamento, amueblado con un buró y una silla, facilitados por el propietario del edificio. Necesitaron además, una máquina de escribir de uso, que compraron a plazos y que tal vez habría tenido poco que envidiar a la inventada por el periodista Christophher Latham Sholes, cuando trabajaba en el taller del alemán C.F. Kleins-teuber, en Wisconsin, los Estados Unidos, más de ochenta años atrás. Todo porque los mecanismos de la del bufete no tecleaban a la velocidad de las más modernas del momento: las Underwood.

Mientras sorbía su desvelo con café, en el Frenmar, pensó en el abultado número de cuentas por pagar. No concebía que sus inquietudes apremiantes se atenuaran por un tiempo y esto lo preocupaba porque tenía una familia que sostener. Fue entonces que don Ángel lo llamó para resolver el asunto de la finca de Birán.

Don Ángel lo autorizó para que negociara una póliza de seguros a su nombre; pero la cantidad fundamental de dinero que cambió el curso de sus vicisitudes, al menos

por algún tiempo, la recibió después del éxito en la gestión de la finca. El viejo premió su interés y premura en el asunto, pletórico de alegría y orgullo, y aunque el joven había realizado las gestiones sin pensar en pagos ni pedir nada, le dio la oportunidad de disponer de unos dos o tres mil pesos.

Fidel también recuperó otras dos sumas de dinero: una relacionada con los propietarios de las diez mil hectáreas de tierra arrendadas por su padre, pues existía una solicitud de dos mil pesos en garantía inicial por un contrato de explotación de madera, que aún no se había liquidado a pesar de que el negocio estaba cerrado y Fidel consiguió recuperar una parte.

La otra suma provenía de una reclamación a la Compañía Miranda por parte de la familia Hevia. En un viaje en el vagoncito de la familia, desde la grúa del 31 hasta el central Miranda, se percató de las intermitencias en las colonias de caña, primero una colonia de Hevia, luego otra de Miranda, y así, varias veces en el trayecto. La lógica indicaba que las fronteras de las propiedades de ningún modo podían ser tan irregulares.

En la casa consultó los mapas y descubrió que la compañía yanqui sembraba caña en terrenos de Hevia, heredero del veterano de la Guerra de Independencia avecindado en La Habana desde principios del siglo, y propietario de una considerable cantidad de hectáreas en las inmediaciones de Birán.

El joven calculó toda la caña cortada en quince años para saber a cuánto ascendía la deuda de la transnacional norteamericana con el terrateniente. Según los aproximados, eran unos diecisiete mil pesos, que pagó la compañía sin mediar pleito alguno. Del monto le entregaron unos dos mil pesos como retribución por sus gestiones.

Entre una cosa y otra, acumuló alrededor de seis mil pesos en unas semanas. Después de saldar las deudas domésticas, se trasladó a un apartamento más amplio en la calle 23, No. 1511, en el Vedado, y compró a plazos un Chevrolet nuevo de color beige y línea modesta del que pagó el seguro y una cantidad mensual por tres años. No podía invertir todo el capital, pues debía guardar una cantidad para sobrellevar los bajos ingresos de un ejercicio profesional por el que no cobraba los honorarios que exigían los otros letrados a los carpinteros endeudados con las empresas madereras y a los campesinos amenazados por el desalojo o a los usuarios de la Compañía Telefónica a quienes la empresa exigía tarifas excesivas.

El gobierno intentó desahuciar sin contemplaciones a los vecinos del barrio La Pelusa, con el pago de solo veinticinco pesos por terrenos de altísimo valor; pero él llegó a tiempo, antes de que los infelices aceptaran aquellos abusivos términos.

—No firme nadie ahí, vamos a ver.

Así comenzó la batalla campal y su posición irreductible era:

—No nos oponemos a las construcciones en este lugar, pero hay que resolver una vivienda para cada familia. —Y lo consiguió.

No libraba los pleitos de manera tradicional, alguna que otra vez defendía juicios en los tribunales, pero cuando se trataba de problemas sociales y políticos, denunciaba, movilizaba, buscaba apoyo hasta que lograba acuerdos con justicia.

Ya disponía de una hora de radio en la estación La Voz del Aire y sus encendidas alocuciones llegaban a más de setenta mil obreros y campesinos con quienes se comunicaba por cartas. Al principio pagaba unos doscientos

pesos mensuales por el espacio radial; pero muy pronto la emisora se interesó en preservar la audiencia y prescindió de sus contribuciones.

Los gastos en sobres y papel resentían los ahorros del dinero que le facilitaba don Ángel para apoyarlo en los primeros pasos como graduado y en sus esfuerzos políticos en el barrio de Cayo Hueso, donde desarrollaba su actividad con el propósito de realizar una estrategia revolucionaria, concebida desde la muerte de Chibás.

En reiteradas oportunidades había concurrido al estudio para escuchar sus palabras, como firme partidario de sus luchas. En una fotografía publicada en los diarios, se veía atento al líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), escuchándolo, observándolo. En el retrato, Fidel se encontraba detrás, concentrado en lo que Chibás decía frente al micrófono del estudio, en lo que afirmaba, mientras algunos de los presentes, en un instante de repentina displicencia, observaban directo al lente de la cámara.

Aquel día tremendo se encontraba allí, absorto y expectante. Chibás había dado su palabra de presentar en su programa *Vergüenza contra dinero*, documentos probatorios de malversación y corrupción que impugnaban a Aureliano Sánchez Arango, el ministro de educación del gobierno priísta, y a última hora, en el instante decisivo no consiguió disponer de ellos. Prometió su último alda-bonazo, y en el estudio, frente a los micrófonos de CMQ, resonó el disparo. Murió diez días después, el 15 de agosto de 1951, tras una lenta y terrible agonía.

A partir de ese momento, Batista no tenía obstáculos. Se despejaban las incógnitas: Chibás lo era, pero no Agramonte, Pardo Llada, Millo Ochoa y los otros timoratos dirigentes de la «ortodoxia». Fidel sabía muy bien que no harían nada, por incapacidad y por desinterés.

Se convenció: la única estrategia posible era tomar revolucionariamente el poder.

Pensó presentar desde el parlamento un programa que harían suyo los ortodoxos más radicales y decididos, un programa revolucionario que se convertiría en plataforma de las fuerzas sociales, políticas y de acción armada.

Su propuesta incluía una ley de reforma agraria, otra de rebaja de alquileres y de tarifas telefónicas y eléctricas, una legislación a favor de los pequeños propietarios, de los pequeños comerciantes, y un conjunto de medidas que beneficiarían a los maestros, a los médicos, y a todo el pueblo. También tendría en cuenta al ejército, a la tropa explotada en las fincas de los altos oficiales y politiqueros.

No podía repetirse la vieja historia de crear un partido nuevo, otra «ortodoxia», había que barrer con todo y tomar el poder, no constitucional, sino revolucionariamente con la propia gente, como un guerrillero en la ciudad. Era la primera vez en su vida que empezaba a soñar una revolución, después de haber ilustrado sus convicciones éticas y martianas, con el pensamiento más radical y progresista, tras haber vivido las jornadas quijotescas de la Universidad, la experiencia de Cayo Confites y por supuesto, la alucinante insurrección de los bogotanos. La revolución era el destino irrevocable, el único camino justo que vislumbraba como un atalaya que oteara el horizonte sobre un mar fragoroso y agitado.

Por el altoparlante se escuchaba la canción *Estrellita del Sur*, mientras Luis Álvarez Gallo, el dentista que vivía junto al camino de Marcané, vendía los boletos a la entrada del cine de Juanita. Era una casona grande de tablones de madera

de los pinares y bancos alargados y estrechos entre los que saltaban y jugaban los hijos mayores de Angelita.

Con la temporada de lluvia surgió la idea del edificio para el cine. Primero Juanita recorría las colonias de caña en un Buick viejo. Con una camarita de treinta y cinco milímetros y una sábana como pantalla, proyectaba las películas a la caída de la tarde.

En ese tiempo Angelita contaba veintiocho años y vivía por temporadas en la casa grande de Birán. Era la hermana mayor y no resultaba difícil notarlo a primera vista porque era muy alta, casi como sus hermanos Ramón y Fidel. Se parecía a don Ángel en lo desprendida y generosa, los haitianos la llamaban Chicha con mucho cariño y la reconocían como un ángel de la guarda.

Enma y Agustinita aún estudiaban. Se parecían en su fina delicadeza, aunque a veces discutían sobre las enseñanzas de Cristo, de acuerdo con la visión católica de una y la protestante de la otra.

Los dieciséis años de Enma anunciaban en ella la misma esbelta delgadez de su mamá. Era desenvuelta y audaz. Agustinita no, tímida, aún conservaba la silueta adolescente de sus trece años. Don Ángel la distinguía por ser la menor, la veía menuda, frágil, con vocación para el sufrimiento silencioso.

La personalidad de Juanita, en cambio, suponía un carácter fuerte y un espíritu emprendedor. Había heredado de sus padres la disposición para los negocios. Pasaba todo el tiempo ideando las maneras de conseguir por sí misma la prosperidad ansiada, pendiente de las economías y el trabajo.

Ramón vivía en Marcané, atendía con esmero las colonias de caña de la finca y se proponía fundar otros negocios, pero sobre todo, tenía sus aspiraciones filantrópicas

como aquella de construir una iglesia en el pueblo, para lo cual contaba con la buena voluntad y la fervorosa devoción de la esposa del farmacéutico, de Lina y de algunas otras señoras del pueblo.

En esa época iban hasta Mayarí en automóvil, en busca del cura italiano Gerónimo Perufo, un hombre viejo y calvo, que arrastraba los hábitos con paciencia ancestral. Llegaba, abría su maleta, sacaba el tapete de encaje y lo ponía sobre la mesa, antes de officiar la misa improvisada, en la sala de cualquier casa de aquellos feligreses perdidos sin templo de Dios, ni privilegio de asistencia a los moribundos.

Raúl vivía en La Habana con Fidel y visitaban con frecuencia a Lidia, la hermana mayor del primer matrimonio de su padre. Recién graduado Fidel de bachillerato, enviudó Lidia. Al esposo le habían diagnosticado el mal de Hopkins, y ella se mantuvo a su lado todo el amargo tiempo de la enfermedad. Cuando él murió ella heredó una pequeña pensión y alguna propiedad familiar en Santiago de Cuba. Entonces decidió mudarse para la capital. Alquiló una casa para que su hermano «habanero» viviera con ella. No solo él, también Raúl, Enma y Agustinita lo hicieron por temporadas.

Lina no se acostumbraba a la ausencia de Raúl, sentía nostalgia de su familiaridad, de su apego cariñoso y sus constantes travesuras.

Don Ángel hablaba con frecuencia de Fidel y de Raúl, y a Lina le daba la impresión de que lo hacía para sentirlos más próximos. Al mismo tiempo se obstinaba y de ninguna manera accedía para que Angelita se pudiera llevar de Birán a sus hijos varones.

—Líbreme Dios de permitirlo. Tony y Mayito se quedan. —profería contumaz.

Angelita viajaba mucho y con ella, casi siempre las niñas: Mirtza, Tania e Ileana, la más pequeña. En la tozudez de su padre descubría la ternura y la nostalgia. Deseaba la cercanía de los nietos quizás para compensar las distancias que una vez lo separaron de sus hijos.

En los últimos tiempos, Lina percibía en su esposo una disimulada inquietud. Sin confesárselo la compartía también. Los noticieros de radio y televisión hablaban de los artículos de Fidel que *Alerta* había publicado sobre las fincas de Prío, los negocios oscuros del gobierno y las cantidades de dinero entregadas a los pandilleros en el mismísimo Palacio Presidencial.

Nadie sabía cómo iba a terminar todo. Don Ángel y Lina no se interesaban en los asuntos políticos, pero se preocupaban por sus hijos, sobre todo, por el que andaba metido en mil problemas, llevaba como abogado el caso del asesinato del joven Carlos Rodríguez y había logrado que el juez dispusiera el encarcelamiento del comandante Rafael Casals y del teniente Rafael Salas Cañizares.

Las pruebas contra Carlos Prío las había conseguido gracias a la colaboración de varios amigos, viejos y nuevos compañeros de combate como Gildo Fleitas, José Luis Tassende, Pedro Trigo, René Rodríguez... Sobrevolaba las tres fincas del presidente Prío en una avioneta pequeñísima, cuyo piloto la alquilaba a cinco pesos la vuelta. Con una cámara fotográfica y una de cine, captaba las imágenes comprometedoras.

Don Ángel no perdía una sola de las alocuciones de su hijo en la radio. Sabía que retaba a mucha gente influyente, a Batista sobre todo, a quien nadie más osaba denunciar en público.

Al atardecer, cuando faltaba poco para que empezaran las noticias, don Ángel arrimaba su sillón de mimbre

al televisor marca Crosley, fabricado en Cincinnati, Ohio, los Estados Unidos, en 1940, y acercaba la mirada a la pantalla para conocer el rumbo de los acontecimientos. Recordaba a su hijo Fidel discutidor, por momentos hasta impertinente, durante las visitas de don Fidel Pino Santos a la casa. Ellos conversaban y Fidel, contenida su irritación, hacía preguntas desde un punto de vista muy diferente. El viejo se percataba de que el joven no se proponía discutir con ellos, tenía sentido común y respetaba. Luego de la fugaz interrogante, Fidel permanecía en silencio.

Don Ángel lo conocía como a la palma de su mano, por eso descubría en Fidel su contrariedad cuando debía callar lo que pensaba. Su hijo, demostraba respeto con una delicadeza irreprochable como de polvo de alas.

Despedida

Los romerillos amarillos y blancos iluminaban el paisaje del batey y la anacahuita anchurosa extendía cada vez más su sombra, al borde del Camino Real a Cuba, entre el almacén de víveres, donde Lina despachaba y administraba diligente, y el correo-telégrafo, que don Ángel logró establecer allí porque en otro tiempo solo existía un banco de pruebas. En Birán, al principio, la única persona que recibía y enviaba telegramas, era el propio don Ángel.

Si se rompía la línea telegráfica, de Mayarí a Santiago de Cuba, era muy difícil localizar la avería. Birán se encontraba justo en el centro norte de la región oriental y fue allí, en La Sabanilla, donde se estableció la estación para operar los interruptores. Si la transmisión llegaba al municipio o a la capital de provincia, se sabía en qué tramo buscar las roturas.

Las gestiones de don Ángel, en 1925, permitieron que la oficina abriera sus puertas y el telegrafista Valero iniciara su trabajo de clasificación de correspondencia, envío y recibo de mensajes.

Con el contrato de molienda de cañas entre Castro y la Compañía Warner Sugar Corporation en 1924, se instaló también un teléfono de magneto, para la comunicación

con el central Miranda y su administrador. Los niños de la casa miraban deslumbrados, como magia verdadera, aquel aparato mediante el cual se hablaba a la distancia después de dar vueltas a una manigueta.

Desde entonces la anacahuita había esparcido con profusión sus ramas por el aire y algunas niñas se divertían danzando flores de Carolina como bailarinas, sobre la piel ruda de los taburetes y otras, ensartaban maravillas para hacerse coronas de princesa o collares de hawayanas.

Fidel andaba despacio los contornos del batey. La casa gravitaba como un árbol frondoso, de hojas acariciantes, tronco firme, sombra y aires venerables, en la vida del lugar.

Sintió nostalgia de las palabras resabiosas de García y los tiempos en que se iba a ver a su abuelo Pancho Ruz allá a Sao Corona, vadeando riachuelos y desafiando bandidos. El abuelo murió en Birán a los ochenta y tres años, mientras hacía su oficio de los caminos, el 3 de febrero de 1951, un día de lluvias torrenciales y ventoleras que Tania, la segunda hija de Angelita, nunca olvidaría al ver la gente pasar como una procesión de encapuchados bajo las aguas desbordadas del cielo.

La abuela doña Dominga tenía sin él la prestancia de los antiguos relojes de péndulo. Perdidos el reflejo radiante de sus cristales y la exactitud con que daba los avisos, el mueble que cobijaba la máquina de medir el tiempo, conservaba su elegancia y solidez. Así doña Dominga. Mantenía a pesar de la avanzada edad sus costumbres, en especial las religiosas: rezaba sus plegarias con devoción y colgaba de su blusa las medallas de los santos, prendidas con alfileres. Había vivido junto a la escuela y ahora lo hacía en una edificación pequeña, casi frente a la casa grande de Birán, donde estuvo antes el hogar de Antonio Castro el dependiente del almacén. Por la costumbre de vivir

bajo su propio techo, nadie lograba convencerla de irse a la casa de alguno de los hijos.

Mientras caminaba los senderos, Fidel pensó cuánto habían crecido el número de casas e instalaciones en el batey durante todos esos años. La gente iba acercándose allí como quien permanece en un oasis.

Por el rumbo de las caballerizas, la lechería, el palomar y la fonda nueva, el taller de Ramón era un verdadero hervidero de gente laboriosa, en una nave amplísima donde se reparaban los tractores, arados y carretas imprescindibles para la zafra. De allá salía un sendero, bordeaba la escuela, la casa de la maestra, pasaba por delante del cine de Juanita y los barracones viejos de los haitianitos y se perfilaba en la distancia con rumbo a los Pinares de Mayarí.

Palmo a palmo, ocupaban un lugar en el batey, la planta eléctrica, la panadería, el bar La Paloma y un barracón alargado y dividido por tabiques, donde vivían los pocos haitianos matrimoniados y con familia.

Todo continuaba igual. En el Camino Real, de un lado: el correo, la casilla de la carne y la valla de gallos; del otro: el comercio y varias casas: la del dentista Luis Álvarez, que perteneció al boticario Siso Segura, la del mayoral principal donde vivió el mecánico Antonio Gómez, a quien en tiempos de la dictadura machadista habían apresado por comunista y recibió en la cárcel la visita de su esposa y de Fidel cuando era niño, la de Previsto Peña, el carnicero que comenzó a trabajar en el batey cuando ya no lo hacía el jamaicano Charles, y la de Juan Marchego, el papá de Esmérida, la campesinita que sufrió junto a los hijos de don Ángel los rigores en la casa de las hermanas Feliú, en Santiago de Cuba.

Por una franja de terreno paralela al Camino Real a Cuba, más allá, se ubicaban el hotelito de dos plantas, la

fonda vieja, y un poco lejos, cerca del arroyo Manacas: la casa de Ramón, el matadero de reses y los naranjales.

Sin embargo, no era la prosperidad aparente de la propiedad lo que más importaba, sino el alma de la gente, su manera de mirar y sus vidas.

Transcurría el mes de abril del año 1953. Fidel observaba con atención el espacio entrañable de su infancia. Desconocía si alguna vez volvería. Aquella era una despedida íntima, callada.

Con el golpe del 10 de marzo de 1952 todo había cambiado. Desde entonces hubo quien silenció sus temores e inconformidad y otros siguieron siendo indóciles. Fidel no vislumbraba otro camino que la rebelión. Como un verdadero vaticinio dijo tras la muerte de Chibás: «la orden de combate está dada y estamos seguros de que la cumpliremos».

Llevaba meses en el peregrinar incesante y sigiloso de los conspiradores. Anduvo clandestino, desde el primer día de la asonada militar, primero entre los ángeles y los laureles del camposanto, luego de un lugar a otro, en casas de familiares, amigos y compañeros de lucha.

Fidel no sabía qué represalias podría tomar contra él, el teniente Salas Cañizares. Fidel, en su condición de abogado, le seguía una causa criminal por el asesinato del joven Carlos Rodríguez y le solicitaba, por esa razón, treinta años de cárcel. El juez había dispuesto la detención de Salas Cañizares, cuando de la noche a la mañana, precisamente el acusado resultaba nombrado por Batista, jefe de la policía. De ese hombre se podía esperar todo, sin embargo, no ocurrió nada, fue una rara circunstancia, pero, a pesar de su odio tremendo, nunca atentó contra el joven abogado.

Cuarenta y ocho horas después de la asonada, Salas Cañizares declaró que no tomaría venganza contra Fidel Castro. Cuando ambos volvieron a estar uno frente al otro, se retaron las miradas en un duelo silencioso. Cañizares lo trató con respeto, tal vez porque tenía algún cargo de conciencia o algún remordimiento o porque al saberse policía «se quiso hacer pasar por un caballero», al menos esa era la única explicación que Fidel hallaba a aquella actitud, en un hombre de pasado tenebroso y odio tremendo hacia él. Aquello confirmaba su convicción de que no había para el peligro otra alternativa que no fuera actuar como los domadores en el circo: a la ferocidad de los leones, el látigo ruidoso que los mantiene distantes, amilanados, inmóviles.

El mismo día 10 salió del apartamento que ocupaba junto a Myrta, su pequeño hijo y su hermano Raúl, en la calle 23 No. 1511, en el céntrico Vedado, con rumbo a casa de su hermana Lidia a unas pocas cuadras de allí, en un recorrido por la ciudad abrumada, entre el ruidoso ulular de sirenas o la tensa atmósfera de la quietud aparente.

Al caer la noche partió de allí rumbo al Hotel Andino, a la Casa de Huéspedes de San Lázaro No. 1218 esquina a M, donde pasó la primera noche de aquellas jornadas que preludiaban otras, terribles, convulsas, sangrientas, de semblantes y devastación ciegas.

Como no se había cansado de denunciar al gobierno, y lo había hecho tambalearse ante tanta desmoralización en evidencia, los auténticos lo culparon del golpe del 10 de marzo.

Cualquiera con ojos avezados, se daba cuenta que el golpe de Estado de Batista conjuraba la posible victoria de los ortodoxos, y que ese había sido el propósito final. Los periodistas, los abogados, los políticos lo

murmuraban en las tertulias, los cafés y las reuniones informales: el golpe no miraba al pasado, sino al futuro, no al autenticismo fatal de los últimos años, sino a la ortodoxia de lo porvenir que se proclamaría vencedora en las elecciones anunciadas para junio de ese mismo año.

Algo que además lo posibilitó fue el hecho mismo de que no se investigara lo suficiente una sospecha expresada por Fidel. Había dado a conocer a la dirección del Partido Ortodoxo, indicios sobre una conspiración de Batista con un pequeño grupo de oficiales. Vasconcelos, no lo publicó en *Alerta* y tampoco lo hizo, temeroso, José Pardo Llada, en la hora radial del partido, que era de carácter nacional. Fidel confería trascendencia a la denuncia y había intentado gritarla a voces sin resultado. Mucho tiempo después discernía: «todo habría cambiado. Batista se hubiera acobardado sin atreverse a tanto y la Revolución no habría tenido que hacerse contra el ejército». En aquel momento crucial, apenas dos o tres semanas antes del golpe, basándose en informaciones de los profesores de las academias militares, lo convencieron de que no había motivos para recelar o suponer algo así y confirmaron: «no hay nada, absolutamente nada que lo indique», y agregaron: «hemos hablado con importantes contactos que tenemos en el ejército y nada».

Lo que sucedió después del 10 de marzo fue decepcionante. El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) con Roberto Agramonte al frente solo concibió la tímida idea de una resistencia cívica, en una ridícula exhortación a la ciudadanía.

Cuando René Rodríguez puso a Fidel al tanto de la reacción pusilánime de la dirigencia ortodoxa, este se indignó; pensaba que había que luchar por el retorno a la constitucionalidad y esto únicamente sería posible a partir de la unidad de las fuerzas de la oposición. El transcurso de los

meses lo convencería de que no existía otro camino que liderar la insurrección y batirse en las montañas. Él era entonces como un Quijote y René, su escudero.

Del Hotel Andino, con andar subrepticio salieron el 11 de marzo hacia la casa de Eva Jiménez, una militante ortodoxa decidida a refugiarlos en su hogar, un apartamento interior, en la calle 42 No. 1507, entre 15 y 17, donde, sobre una mesa ubicada en una pieza sencilla y acogedora, el joven abogado revolucionario escribió en letra precipitada y palabra enérgica la definición dramática y real del golpe: «Revolución no, zarpazo», que pocos días después circularía, en hojas impresas en mimeógrafos ocultos, gracias a las voluntades de su hermano Raúl Castro, el flaco Níco López que ponía ya, también, su aliento a la lucha y la propia Eva Jiménez, desafiante al terror.

Los volantes pasaron de mano en mano, el domingo 16 de marzo, entre los reunidos en el cementerio, frente a la tumba de Eduardo Chibás, poco antes de que irrumpieran los patrulleros y un numeroso grupo de viejos ortodoxos rodearan a Fidel para protegerlo. Esa mañana, con el énfasis y la determinación con que expresaba sus ideas en los mítines o las emisoras radiales -donde muchas veces se encontrara con otra vehemente oradora: Pastorita Núñez- auguró: «Si Batista subió al poder por la fuerza, por la fuerza hay que derrocarlo». Apenas una semana después, el 24 de marzo, presentó ante el Tribunal de Urgencia de La Habana, una denuncia contra el golpe, una verdadera impugnación a la tiranía establecida a punta de fusiles por Fulgencio Batista:

Si frente a esa serie de delitos flagrantes y confesos de traición y sedición no se le juzga y castiga ¿cómo podrá después ese tribunal juzgar a un ciudadano

cualquiera por sedición o rebeldía contra ese régimen ilegal producto de la traición impune? (...) Si es así, dígase cuanto antes, cuélguese la toga, renúnciese al cargo; que administren justicia los mismos que la legislan, los mismos que la ejecutan, que se sienta de una vez un cabo con una bayoneta en la sala augusta de los magistrados. (...) No cometo falta alguna al exponerlo así con la mayor sinceridad y respeto; malo es callarlo, resignarse a una realidad trágica, absurda, sin lógica, sin normas, sin sentido, sin gloria ni decoro, sin justicia.

Esa convicción lo animaba cuando se reunió en el local de Prado 109 con José Suárez Blanco, dirigente de la Juventud Ortodoxa en Pinar del Río. Fue una conversación intensa y fructífera, a partir de la cual, Pepe Suárez comenzó a organizar una extensa red en toda la provincia occidental. Los primeros en incorporarse fueron Ramiro Valdés y su amigo Pepe Ponce. Para junio de 1952, Raúl había adoptado previsiones, convencido de su adhesión a la lucha y de que su destino personal era incierto y peligroso, dio poderes a sus padres en relación con la propiedad de Birán, quienes por alguna circunstancia, en arrendamiento, la habían puesto a su nombre.

De aquellos tiempos en que Fidel tuvo que peregrinar con su familia de un lugar a otro, hasta que se comprobó que el peligro era relativo y que podía desenvolverse en el espacio de una precaria legalidad, conmovía su entereza y ética: en reiteradas oportunidades tuvo en los bolsillos, el dinero de la revolución y fue incapaz de utilizarlo aun en las más duras adversidades.

Durante las semanas que siguieron al golpe, todavía confiaba en que el Partido Ortodoxo desempeñara un rol

fundamental en la lucha, pero sus ilusiones fueron deshojándose como un árbol que entra de súbito en el invierno. Por eso, ya el 16 de agosto de 1952 publicó en uno de aquellos periódicos realizados secretamente:

(...) el momento es revolucionario y no político. La política es la consagración (se refiere a la política tradicional) del oportunismo, de los que tienen medios y recursos. La revolución abre paso al verdadero mérito, a los que tienen valor e ideal sinceros, a los que ponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.

A Jesús Montané y Abel Santamaría los conoció casi al unísono. Primero se topó con Montané, que trabajaba en la Compañía General Motors y fue quien le presentó a Abel que era contador de la Agencia de Autos Pontiac y amigo de Boris Luis Santa Coloma. En Guanabo, poblado al este de la capital, donde estuvo refugiado en esos primeros tiempos tras el golpe, organizó un círculo político con Montané y Abel. Utilizó como material para la prédica, la biografía de Marx de Franz Mehring, un libro que narraba la vida del pensador y luchador revolucionario de una manera muy hermosa, proclive a despertar fascinación, deslumbramiento admirado y noble. Fidel empezó a organizar a la gente, sumó a jóvenes valiosos como Raúl de Aguiar, su compañero de barrio cuando aspirara a delegado del Partido Ortodoxo por Cayo Hueso, y también a Níco López, y a Tassende, los hermanos Gómez y Gildo Fleitas, los cuatro últimos, amigos de los viejos tiempos de Belén.

En pleno apogeo de la conspiración, matriculó el 4 de noviembre de 1952, en la Escuela de Derecho, las asignaturas correspondientes para aspirar al título de Doctor en Ciencias Sociales y Filosofía y Letras; lo hizo con el objetivo táctico de despistar al gobierno, confundirlo, desorientarlo, en un momento en que todos sus sentidos estaban concentrados en la lucha, dedicados a la revolución, y por supuesto no tenía interés en el latín, el griego o el estudio de las letras, profundizaba en el conocimiento de las filosofías, las doctrinas y las revoluciones, y llevaba los libros de José Martí, Carlos Marx, Engels y Lenin de un lado a otro llenándolos de acotaciones, preguntas y referencias.

El matrimonio y su hijo, vivían en una habitación pequeña y poco ventilada en el Hotel Andino, frente a la Universidad desde que los desahuciaron del apartamento de la calle 23, después de que les cortaran la luz, el teléfono, y los acreedores se llevaran todos los muebles. Por eso, apenas sobrevivían a la situación, en el ánimo pesaban los calores y el maloliente queso Rockefort conseguido con unos comerciantes de la Habana Vieja, suministradores del almacén de don Ángel en Birán. Era una etapa dura, en que la precaria economía del joven abogado tocaba fondo. En las cercanías de Prado 109, el local del Partido Ortodoxo, donde se reunían para conspirar y hacer contactos para organizar el movimiento, se le unieron todas las desgracias de una sola vez.

El Chevrolet de color beige con la chapa 50315, desapareció de la calle Consulado donde lo había parqueado por la mañana, como debía varias letras, lo habían trasladado a sus dependencias sin previo aviso.

Regresó entonces a Prado 109. En el cafetín de al lado le negaron un café y un tabaco. Esa misma tarde encaminó

sus pasos hacia el Parque Central y al pasar cerca del Palacio Presidencial, ante su majestuosidad, recibió la impresión imborrable, la noción exacta de la magnitud de la tarea por delante. Sin embargo, las dificultades ponían a prueba su voluntad y lo obligaban a sobreponerse. Aún le faltaba ser expulsado de un estanquillo por un adolescente, que lo sorprendió leyendo titulares sin comprar el periódico: «circula, circula», le dijo el vendedor sin contemplaciones.

Ascendió la Colina por la calle Neptuno, entre el bullicio de los transeúntes y la estampida de los automóviles, sin dejar de pensar y pensar en la revolución. Cuando contó lo sucedido a Abel y Montané, inseparables compañeros de lucha, se encargaron de sacar el auto, conseguir un pequeño apartamento y brindarle, de sus modestos salarios, algún dinero. El día que visitó por primera vez el apartamento de 25 y O donde vivían Abel y su hermana Haydée en el Vedado, ella se preguntaba quién era aquel muchacho que caminaba incesante de un lado a otro y echaba cenizas en el suelo, mientras soñaba acciones, impartía instrucciones o recordaba pensamientos de José Martí.

Fidel, Abel, Montané, Haydée, Melba y un numeroso y valioso grupo de jóvenes trabajaban, con una euforia y una confianza proverbiales. Paso a paso, fueron teniendo la certeza, no sólo del derrocamiento de Batista, sino también de la revolución verdadera, necesaria e ineludible. Al comienzo, pensaron que irían a la lucha por el restablecimiento del status constitucional de 1952, acompañados por otras organizaciones y movimientos, pero la realidad se encargó de confirmar lo contrario, pues los numerosos grupos que existían no disponían de la organización y preparación requeridas. El profesor Rafael García Bárcena, por ejemplo, había conversado con

Fidel sobre su propósito de atacar el cuartel Columbia en La Habana. «Yo tengo gente que apoya. Si en verdad desea tomar Columbia, van a intentar franquearle el camino. No hable con nadie, nosotros tenemos los hombres suficientes», le respondió el joven revolucionario. Pero el profesor hizo todo a la inversa, habló como con treinta organizaciones, y a los pocos días, la capital entera, incluido el ejército, estaban al tanto de sus planes, que terminaron frustrándose.

Convencido de que nadie lo haría, Fidel se decidió a preparar el ataque. Vivía un constante ir y venir, reuniéndose con los jóvenes revolucionarios y hablándoles, explicándoles incansablemente por qué había que cambiar la sociedad, buscando plantas de radio, estudiando, acopiando dinero, escribiendo para periódicos como *La Calle*, y preparando los únicos tres números que vieron la luz de *El Acusador*, organizaba entrenamientos y planificaba todo con una exactitud, prudencia y reserva absolutas.

Catorce meses después, conformaban un destacamento de unos mil doscientos miembros, secretamente bien entrenados en los clubes de tiro de La Habana -adonde asistieron los muchachos vestidos al estilo de los burgueses, de los comerciantes, banqueros e industriales que los frecuentaban-, y en el Salón de los Mártires de la Universidad de La Habana, en el manejo de los Springfield y los M-1, y en la práctica de tiro en seco, esto último, realizado bajo las instrucciones de Pedrito Miret y con suficiente sigilo para mantener la discreción. La pujanza de estos combatientes quedó demostrada en el río de iluminaciones de la Marcha de las Antorchas por el Centenario del natalicio de José Martí.

En marzo de 1953, al año del golpe, ya no confiaba en la dirección del Partido Ortodoxo ni en los demás

líderes políticos. Reunió a los compañeros que consideraba la vanguardia y les propuso elaborar un plan y asumir la responsabilidad de hacer la revolución. La idea de Fidel era atacar el Moncada, sublevar la ciudad de Santiago de Cuba, vencer la resistencia, decretar la huelga general de todo el país y lanzar el programa revolucionario, siempre con la alternativa de ocupar las armas y marchar a la Sierra Maestra si resultaba imposible derrocar a Batista de una sola vez. También iban a atacar el cuartel de Bayamo, como una avanzada para combatir el contraataque, con el propósito de defender la insurrección de los refuerzos del ejército batistiano que podrían llegar por la ruta de la Carretera Central. En detalle, sus planes eran solo conocidos por un pequeño grupo de compañeros; el resto se preparaba con la disposición de quienes están decididos a todo.

En Santiago, ultimó preparativos; estudió el terreno y estableció los contactos. No podía marcharse sin pasar por Birán, sin despedirse de los viejos, los hermanos, la muchedumbre de sobrinos y primos y de los amigos inolvidables. Birán constituía su experiencia vivencial más sensible y profunda, su referencia más nítida para repetir como el poeta romántico Víctor Hugo: «hay un mundo que hacer por delante».

Lo percibió al entrar en la escuela de sus recuerdos.

En el viaje por la Carretera Central hacia La Habana, lo conversó con su íntimo amigo Abel, aquel muchacho de ojos claros y lentes con quien se identificaba por su seriedad y convicciones. Aseguraba que hablarle a Abel de la teoría marxista-leninista había sido como encender un barril de pólvora. Después escribiría

sus recuerdos de Birán como quien desahoga un sentimiento triste con el ansia de aliviar, soñar y hacer algo porque se desvaneciera para siempre:

Todo ha seguido igual desde hace más de veinte años. Mi escolita un poco más vieja, mis pasos un poco más pesados, las caras de los niños quizás un poco más asombradas y, ¡nada más!

Es probable que haya venido ocurriendo así desde que nació la República y continúe invariablemente igual sin que nadie ponga seriamente sus manos sobre tal estado de cosas. De ese modo nos hacemos la ilusión de que poseemos una noción de justicia. Todo lo que se hiciera relativo a la técnica y organización de la enseñanza no valdría de nada si no se altera de manera profunda el «status quo» económico de la nación, es decir, de la masa del pueblo, que es donde está la única raíz de la tragedia. Más que ninguna teoría me ha convencido de esto, a través de los años, la palpitante realidad vivida. Aún cuando hubiese un genio enseñando en cada escuela, con material de sobra y lugar adecuado, y a los niños se les diese la comida y la ropa en la escuela, más tarde o más temprano, en una etapa o en otra de su desarrollo mental, el hijo del campesino humilde se frustraría hundiéndose en las limitaciones económicas de la familia. Más todavía, admito que el joven llegue con la ayuda del Estado a obtener una verdadera capacitación técnica, pues también se hundiría con su título como en una barca de papel en las míseras estrecheces de nuestro actual «status quo» económico y social.

Fidel pensaba en Paco, en Carlos y Flores Falcón, Dalia López, Benito Rizo, Genaro Gómez, y tantos otros amigos de la infancia. También en Ubaldo que tenía tan buena memoria y era una lástima su desconocimiento, en los tíos Enrique y Alejandro, en la niñas del lugar, crecidas solo para el oficio de esposas y lavanderas. Sus razonamientos deslindaban lo que se daba por generosidad y lo que debía recibirse por justicia.

Birán estaba en todas partes, incluso en el programa económico-social que se proponía decretar con el triunfo:

(...) seis leyes básicas de profundo contenido revolucionario (...) poner a los pequeños colonos, arrendatarios, aparceros y precaristas en la posesión definitiva de la tierra, con indemnización del Estado a los perjudicados; consagrar el derecho de los obreros a la participación de una parte de las utilidades finales de la empresa; participación de los colonos en el 55 por ciento del rendimiento de las cañas (...)

Todo eso lo había aprendido en sus largas conversaciones con los trabajadores del batey y con don Ángel con quien intercambiaba opiniones sobre los asuntos económicos de la finca y el país. El viejo poseía propiedades, inversiones, ingresos importantes todos los años, pero no se podía decir que tuviera acumuladas grandes cantidades de dinero.

Fidel sabía que allí se protegía a la masa creciente de trabajadores que iban a refugiarse en Birán. Tanto su padre como su madre tenían sentido de la propiedad, pero al mismo tiempo ejercían con humanismo la administración general y la del comercio. Quizás al principio la riqueza creció pero llegó el momento en que la situación

social equilibró los ingresos y los gastos, incluso en medio de la relativa bonanza.

Se detuvo por primera vez a detallar el paso del tiempo en el rostro y la mirada, en la estampa de sus padres. Ahora, sin que ellos lo percibieran, él los miraba con otros ojos. Lina ya no era una muchacha esbelta, tenía unas libras de más y necesitaba espejuelos.

Don Ángel conservaba el aspecto venerable de los patriarcas. Tania, una de las nietas, cumplía estricta y rigurosa las indicaciones del doctor y le daba las medicinas a su hora con una puntualidad de sol que amanecía.

Ángel Castro aún conservaba agilidad y fuerzas como para recorrer la finca a caballo y dirigir con la misma lucidez de su juventud, pero cada vez apoyaba más su anatomía en un bastón. Continuaba rapándose la cabeza como en sus años mozos, vestía pantalón con tirantes y durante los mediodías se refrescaba en los portales con una penca de junquillos o guano como abanico. Perpetuaba su costumbre de los desvelos hasta la madrugada para levantarse antes de la clareada y bajar a la cocina donde el jamaicano Simón le servía el desayuno.

Nada cambiaba las costumbres: las partidas de dominó por las noches, el retumbar de los tambores haitianos a lo lejos, las fiestas de marimbas y guitarras, los bautizos numerosos para aprovechar la presencia de Pascuas a San Juan de un cura errante, y el hábito de comprar a los billetteros una franja de papel para invocar la suerte, que en otro tiempo le prodigara dos veces el premio gordo.

Los Sábados de Gloria los haitianos andaban los caminos vestidos de diablos con cascabeles. Los hijos de Angelita los veían pasar en la distancia, entre los algarrobos y las mariposas, como colores contrastantes en el fondo azul o verde del paisaje.

Mientras meditaba, Fidel sonreía al recordar las travesuras de la infancia. Lina les corría detrás y él, con su civismo, se detenía en seco para salvarse de la tunda que la madre siempre prometía y casi nunca propinaba. Otras veces, ellos se encargaban de desaparecer los cintos y las fustas de su lugar en el corredor de la casa, o simplemente se refugiaban detrás del sillón donde don Ángel descansaba. Allí, a la sombra del viejo, nadie se atrevía, nadie insinuaba pegarles.

Fidel presentía en su padre una intuición, pero don Ángel no le dijo nada como quien valora inestimable y vital el silencio. Nunca intentó convencer a sus padres de sus ideas políticas, su lucha les causaría grandes sufrimientos, pero confiaba en la sensibilidad fuerte de Lina y en la capacidad de don Ángel para apreciar los hechos políticos, los acontecimientos históricos en la vida de un país. Con esa convicción se despidió de ellos sin mirar atrás y sin saber que aquel sería su último encuentro con el viejo.

Ramón recibió la llamada en Marcané. «Voy para allá». Esperó en la carretera, poco antes de llegar a Cueto, en una de esas alcantarillas previstas como aliviadero de las aguas en caso de inundaciones y crecidas de los ríos.

Fidel llevaba el mismo traje azul de siempre. Abel manejaba el Chevrolet de apariencia destartada, vestía una guayabera e impresionaba por la claridad de la mirada y el trato afectuoso.

Primero se detuvieron en la gasolinera para llenar el tanque del auto y comer algo en el café; pero como en una mesita cercana se encontraban Ernesto y Carlos, los hijos del doctor Manuel Silva, de Marcané, Roger Ricardo, el hijo de un chofer del central y además, el hijo de

uno de los guardajurados batistianos del pueblo, después de saludar, se marcharon a otro sitio.

En el camino de Cueto a Holguín, Fidel trató de disuadir a Ramón para que le negociara una letra de cambio de un arrocero de Pinar del Río, equivalente a unos dos mil quinientos pesos. No le anunciaba para qué, no confesaba el secreto y «quería convertir a su hermano en revolucionario en una hora», se quejaba después el hermano mayor. Ramón le explicó que no podía hacer esa operación porque su crédito en el banco era muy reducido, al menos no era posible sin contar con su padre y hacerlo partícipe de algo así, ya eran palabras mayores.

Ramón había pertenecido al Partido Auténtico, cuando don Ángel se lo había propuesto como un modo de beneficiar las campañas electorales y las influencias de su amigo don Fidel Pino Santos. Luego, por una sugerencia de Fidel, se inscribió en la ortodoxia. Cuando Batista dio el golpe de Estado, Ramón era concejal del Ayuntamiento. A los pocos días recibió un telegrama: «Mongo, un hombre vale más que un puesto, no jures los estatutos. Fidel». Jurar los estatutos nuevos, era una señal de acatamiento a la dictadura y Ramón había sido siempre antibatistiano. Cuando el telegrama llegó, tenía ya decidido no jurar los estatutos, lo que había acordado junto con otros miembros del partido en una reunión en Mayarí. Incluso, poco después, lo nombraron delegado del partido en la provincia, cuando en realidad, ya andaba preparando unos diez o doce jóvenes del ingenio y acopiando armas, según instrucciones del propio Fidel.

En Holguín, Abel y Fidel reservaron una habitación en el Hotel Victoria. Antes de despedirse, Ramón le entregó ciento cuarenta pesos y se marchó con la idea de

crear una célula del movimiento revolucionario en Marcané. En espera del aviso de su hermano Fidel sobre la acción armada, y en constante acopio de armas, Ramón recogió en Birán algunas escopetas, un rifle austríaco 30-30, y unos revólveres. Lo ayudaba el dependiente Nené González.

Raúl Castro Ruz a inicios de ese mismo año de 1953, ya estaba formando parte del movimiento insurreccional dirigido por Fidel, luego había viajado a Austria, para asistir como delegado a la Conferencia Mundial por los Derechos de la Juventud, algo que don Ángel desaprobaba. Austria estaba entonces ocupada por las cuatro potencias aliadas en la Segunda Guerra Mundial. El joven cubano dormía en la parte soviética y fue invitado a visitar varios países europeos. Como parte de esa iniciativa, permaneció un mes en Rumania, donde participó en la constitución del Comité Internacional Preparatorio del IV Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. De allí, pasó a Budapest y Praga y luego, a París. Desde Francia debía regresar a Cuba, cuando una huelga de navieros, los obligó a vender sus boletos y cambiar los planes, lo que lo llevó a Génova, Italia, para de allí embarcar en el trasatlántico *Andrea Gritti*, cuya travesía tenía como destino final México. En el barco entabló amistad con dos guatemaltecos y un joven soviético llamado Nikolai Leonov. El buque se detuvo el 3 de junio en Curazao, donde Raúl se fotografió en su cumpleaños veintidós, junto a una pintoresca casa de madera, construida al estilo holandés. De allí, el barco hizo la ruta hasta el puerto de la Guaira, en Venezuela. Desde ese lugar, fueron a Caracas, donde al llegar, Raúl preguntó, con el recuerdo del Apóstol en el pensamiento, dónde se encontraba la estatua de Bolívar. Los últimos dineros de aquella experiencia viajera los

gastó en un disco de música tradicional titulado *Alma Llanera*. De ese largo recorrido arribó Raúl al Puerto de La Habana, el 6 de junio de 1953. El día de su llegada a Cuba, después de que ya se encontraba en la calle y había vencido los controles de las autoridades, regresó al interior del edificio de la aduana, en gesto solidario con los guatemaltecos con quienes había estrechado relaciones durante la travesía y a quienes habían detenido porque llevaban consigo revistas, medallas, y libros de su estancia en Rumania. A Raúl lo golperon junto a Bernardo Lemus Mendoza y Ricardo Ramírez de León, quienes también regresaban de la cita de las juventudes progresistas. Tres días después, el 9 de junio, Raúl y Fidel enviaron, en documento firmado por los dos, a la Sala del Tribunal; una solicitud de libertad provisional para Raúl y los guatemaltecos, aunque ya estos últimos habían sido liberados por una gestión de la embajada del país centroamericano en La Habana. Fue durante estos días de presidio que el joven Raúl solicitó su ingreso en la Juventud Socialista, luego de haber conversado con Fidel, quien le dijo que no tenía nada en contra de esa decisión. Raúl consiguió dejar atrás la Cárcel de La Habana y ser uno de los combatientes en la acción del Moncada, que ya se gestaba y para la cual faltaban solo unas semanas. Para entonces, ya militaba en la Juventud del Partido Socialista Popular en el núcleo de la Universidad y era al mismo tiempo un miembro del movimiento revolucionario encabezado por Fidel.

Juan Socarrás sabía más que los otros empleados y trabajadores del batey. Raúl visitó Birán cuando Lina se encontraba en la capital. Del almacén extrajo municiones,

unas cajas de balas calibre 38, y dos o tres armas. Socarrás le prometió guardar silencio sobre aquellos peligrosos trajines. Si alguien indagaba, él permanecería callado, como si todo aquel asunto se hubiera hundido en el mar. En esa misma visita Raúl conversó con Pedro Lago, el sereno de Birán, quien era un viejo amigo español de su padre, y hacía su guardia con un Winchester. Después de comprobar mientras los limpiaba, cómo se desarmaban, Raúl fue hasta la casa y cogió dos, con el propósito de llevarlos a la acción armada que ya preparaban. Uno lo trasladó él mismo a La Habana. Antes de salir de viaje, le retiró la culata y lo envolvió en un pequeño paquete y lo colocó en la parte de arriba de los primeros asientos del ómnibus de la línea Santiago-Habana. Él se sentó atrás con el resto del equipaje, para observar desde allí si descubrían el arma y en ese caso eludir a los soldados. El otro Winchester lo envió a casa de una novia de entonces, por la vía expreso del servicio de bultos y paquetes postales.

En La Habana, el cuentamillas del Chevrolet de color beige marcaba cuarenta mil kilómetros antes de quedar exhausto, fundido sin remedio, dos días antes del asalto al Moncada.

El 25 de julio de 1953 Ramón andaba en los trajines de conseguirle a Fidel una ametralladora, que le había prometido un muchacho que vivía en Herrera, un pueblito entre Cueto y Antilla. Nadie imaginaba en Birán, la amanecida convulsa del día de Santa Ana.

Hombres

De Texas traían los caballos, grandes, imponentes. Todo en la «Guardia Rural Montada», establecida por los Estados Unidos en Cuba desde los inicios de la República, intimidaba a los infelices, los machetes paraguayos al cinto, las fustas, el armamento norteamericano, el uniforme impecable, el sombrero castoreño, y la costumbre de hacer la patrulla con el ánimo violento y torpe.

Casi todos sus cuarteles estaban subordinados a los centrales azucareros y respondían al administrador norteamericano del ingenio, los altos funcionarios o los hacendados de las cercanías. Por lo general, se encargaban de reprimir las huelgas, imponer «su ley» a los sindicatos y desalojar a los campesinos.

En Birán no existía ningún cuartel, solo la presencia de dos soldados que cuidaban el caballo semental del programa del gobierno para mejorar la raza equina. Campos era grueso y bajito y Piloto desgarrado.

Don Ángel era dueño de casi todo el batey y su autoridad se imponía, indisputable, allí donde también funcionaba el pequeño puesto militar. Los soldados respetaban al hacendado como la jerarquía principal, y lo miraban y le hablaban en voz baja, con una obediencia que consideraban

obligada. Sin embargo, su actitud era bien distinta con los trabajadores y la gente humilde. Los hijos de la casa, a la sombra de la autoridad de don Ángel, debían refrenar los excesos de los militares.

En una ocasión Piloto quiso arrestar a un hombre viejo por comer mandarinas. Yayo, trabajaba todavía como obrero en la finca. Raúl y Juanita fueron donde el militar: «No, señor, que se lleve mandarinas que ahí hay más.»

En otra oportunidad, Yayo recogió naranjas para sus hijas, recién llegadas del central. El mismo Piloto se lo llevó a Marcané. Allá llegaron Tino Cortiña y algunos trabajadores; luego Fidel, quien le exigió al sargento: «usted me rompe todos esos papeles ahora mismo y suélteme a ese hombre».

El matrimonio Castro y sus hijos intercedían con frecuencia. Los soldados de otros lugares no conocían el ambiente familiar de Birán y se sobrepasaban. Cuando aún era muy joven Fidel defendió de los atropellos de un guardia a Serrucho, uno de los haitianos del batey. El asunto se tornó espinoso cuando el uniformado sacó el revólver y Fidel siguió enfrentándolo sin reparar en el riesgo tremendo que corría.

Tampoco Lina toleró que en su presencia se asesinara a Serapio Batista, un campesino del lugar. El guardia disparó, hiriendo al negro Serapio, y mientras todos corrían asustados, ella rápida y decidida, se plantó entre el guardia y Serapio, para que no lo matara, entonces Ramón se llevó al herido para el hospital de Marcané.

A pesar de todo, siempre existían militares que demostraban dignidad y consideración. Algunos le debían mucho al gallego dueño de aquellas tierras y otros simpatizaban con el hijo abogado, conocido por sus luchas como dirigente estudiantil y miembro del Partido Ortodoxo.

Los rumores frondosos de la manigua durante la noche habían cedido al silencio del rocío aquella mañana del 26 de julio, que nadie presagiaba tormentosa, cuando uno de los soldados de la Guardia Rural irrumpió en la casona de Birán diciendo que tenía que presentarse en la Jefatura Superior en Marcané, porque en Santiago de Cuba había problemas. Con voz alterada y en un recuento de frases inconexas aseveró que el Cuartel Moncada había sido atacado. El soldado se marchó con la misma prontitud con que llegó, pero tras él quedó flotando en los espacios de la casa una sensación de sobresalto.

Angelita sabía de qué se trataba y sin decir nada, recorría las habitaciones para aliviar su intranquilidad. Acababa de llegar de La Habana y recordaba muy bien las reuniones subrepticias de Fidel con Abel y otros jóvenes, durante horas, en uno de los cuartos del apartamento, allá, por el reparto Nicanor del Campo, donde entonces vivía su hermano. Myrta y ella se preguntaban qué sería lo que tramaban en susurrantes concilios de conspiradores. La seguridad de que Fidel y Raúl estaban involucrados en el ataque al cuartel militar de Santiago de Cuba pesaba como una nube densa en los hombros de la familia.

El viejo lloraba con desolación frente a la imagen del Sagrado Corazón, imploraba una y otra vez por la salvación de sus hijos. Lina soportaba el dolor sin dejarse arrastrar. Debía mantenerse lo más serena posible porque su esposo ya era un anciano y no podían ser dos las piedras que rodaran hacia el profundo abismo de la desesperación. Ella contenía sus lágrimas y lo consolaba, asegurando que sus hijos saldrían con vida, mientras su interior se conmovía y vibraba exaltado por la duda. Las imágenes pasaban por su mente con una persistencia de goteo desde

que las noticias del asalto al Cuartel Moncada habían llegado a la finca y Lina, para calmar a don Ángel, le repetía: «Son hombres, viejo, son hombres.»

En aquella afirmación ponía toda su certidumbre de que los tiempos que evocaba eran una ineludible ausencia. Los hijos acunados con amor en su regazo habían crecido. No olvidaba las experiencias vividas cuando Ramón, era aún pequeño. Si la brisa traía olor a hierba mojada y humedad de sombra, el niño parecía que se ahogaba, cambiaba de color y respiraba entrecortadamente, con unos silbidos roncós que se apagaban después de las inhalaciones de mentol y el aceite tibio de bacalao con el que ella le frotaba el pecho en las noches de estar despabilada por presentimientos angustiosos. Desde entonces, Lina no había vuelto a experimentar un desasosiego tal. Ahora sentía otra vez la aflicción quemante de un mal presagio en su alma. No sabía explicar aquella ansiedad encabritada y la rara mezcla entre el orgullo más alto y el dolor perenne.

Los hijos habían crecido y comenzaban a andar su propia vida, sin que ella pudiera hacer otra cosa que apoyarlos en sus determinaciones como lo había hecho desde siempre, con una afirmada resignación o quizás mejor, con una resuelta aceptación de su valentía y sus riesgos. Para convencer al esposo apelaba a los recuerdos, mencionaba la expedición a Cayo Confites, el viaje a Bogotá, y los innumerables peligros que Fidel logró vencer durante todos sus años universitarios.

Don Ángel daba pena. Tania lo miraba asombrada porque era la primera vez que veía así a su abuelo. Su natural distinción y prestancia disminuían con tal recogimiento, parecía mucho más viejo y a sus ojos se encontraba desvalido. Desmadejado, permanecía en el sillón sin moverse, mientras sollozaba y sentía un gran quebranto,

una tristeza desoladora. Atento a las noticias, no se separaba de la radio. Fumaba con fruición el tabaco al que daba vueltas y apretaba entre los dedos. Levantaba los ojos con la mirada, la imaginación y las preocupaciones como perdidas en las volutas de humo que se desvanecían en el aire.

Al mediodía, todos se miraban sin que nadie se atreviera a confesar sus temores ni mencionar palabra. Las alas de una mariposa levitaban a contraluz en un parpadeo tenue, efímero, luego descendían para volver a alzarse en un susurrante revoloteo de silencios y luminosidades coloridas por todo el corredor de la casa grande. Lina seguía con la mirada el fulgor de la mariposa: más cerca, más lejos, lánguido, vertiginoso; inmóvil unos instantes; fotografiado en pleno mediodía de polvaredas y reverberaciones. Por instantes permanecía absorta en las idas y venidas del insecto que se adentraba por el portón del frente y se posaba sobre las flores de papel en el búcaro de porcelana, sobre la pequeña mesita de la sala. Lina no conseguía tranquilizarse y andaba de un lugar a otro con un aire abstraído, mientras rezaba con fervor sus oraciones y hacía que todos los niños de la casa y sus hijas Angelita y Juanita, se hincaran de rodillas frente a la imagen de la Virgen Milagrosa. También doña Dominga rezaba, con la misma devoción con que lo hacía a principios del siglo, durante la ventolera del ciclón de los cinco días con sus cinco noches, en Pinar del Río, donde la crecida de las aguas arrasó los sembrados de tabaco, los bohíos, y los árboles centenarios.

De siempre, los hijos de don Ángel lo habían visto leer con avidez los periódicos llegados de La Habana y prestar atención a los asuntos políticos y a los acontecimientos relevantes que estremecían al mundo, pero lo que el viejo no había imaginado nunca era que la historia

iba a crecer en su propio hogar, en el mismo Birán, y que sus muchachos serían protagonistas de una Revolución.

«Mariposita de primavera/alma sublime que errante vas/ por los jardines de mis quimeras (...)» La música que se escuchaba en el aparato de radio o el fonógrafo RCA Víctor fue arrebujaada en el viento. Con su melodía Lina recordaba el vuelo incesante de la mariposa, cuyo aletear fue lo único que calmó su nerviosismo hasta el momento feliz en que se desvaneció la zozobra de más de cuarenta y ocho horas.

Ramón recibió la noticia en Holguín. Alguien llegó a la casa donde estaba y habló de los enfrentamientos en Santiago de Cuba y Bayamo. Pensó en el encargo de Fidel de buscar armas y preparar hombres y lo comprendió todo en un instante.

Sin meditarlo salió de la ciudad rumbo a Cueto, por una carretera, militarizada. Las tropas del ejército pasaban en zafarrancho de combate. Se respiraba una atmósfera de guerra y tensiones, como preludio de una represión más atroz. La máquina de alquiler lo dejó en el cafetín Pintado, junto a la gasolinera donde se había encontrado con su hermano y con Abel, unas semanas antes. En uno de los almacenes de abastecimiento compró suficientes mercancías y las trasladó en el motor de línea hasta Marcané, donde utilizó la carga para camuflar el armamento escondido en su casa del ingenio. Algunas armas las dejó en casa de Alcides Corredera. Las mejores, el rifle austríaco 30-30, la escopeta automática, los revólveres y las escopetas de cacería, se las llevó consigo para Birán y las entregó a Carlitos Cortiña con el propósito de esconderlas en Caladraga, donde

vivían algunos de los compañeros de la célula, entre quienes recordaba a Ángel Rodríguez y a Bermúdez.

Por el camino a Canapú, conversó con Joaquín Fernández, el comunista compadre de don Ángel que una vez avisara al guajiro Almeida, para que llevara hasta allí unos caballos y Lina y los hijos llegaran sin contratiempos a Birán, después de un viaje largo desde la capital de provincia.

—Ramón, ¿tú sabes quién asaltó el Moncada? —preguntó Joaquín a sabiendas de la respuesta.

—No me lo digas, Fidel —respondió convencido Ramón.

Llegaron juntos a la grúa del 31, allí descargaron la mercancía en una carreta y entregaron las armas a Carlitos, quien las trasladó hasta El Perico y decidió lanzarlas a un pozo, porque ya la situación se había tornado muy insegura.

Al entrar a la casona sintió un enorme vacío, se escuchaba solo el radio junto al que permanecía don Ángel atento a las noticias. Fumaba impaciente, con el semblante apesadumbrado y una apariencia general de cansancio y preocupación. Le reprochaba a Fidel que se hubiera llevado a Raúl, al Becerrito, como él lo llamaba; al varón más chiquito de la casa, para estudiar, y ahora estuviera corriendo sus mismos riesgos al atacar el Moncada.

Dos de sus hijos se encontraban en peligro y la familia esperaba impaciente el curso de los acontecimientos. Lina lo animaba, le daba palmadas en el hombro, atendiendo presurosa los reclamos y pendiente de sus reacciones.

Alejandro, el hermano de Lina, conoció la noticia por Carlos Falcón:

—¿Tú no sabes que Fidel atacó Santiago anoche y hay una barbaridad de muertos...?

Cuando Alejandro entró en la casa de su hermana se sorprendió al ver llorar a don Ángel mientras se lamentaba:

—Me los matan a los dos, me los matan.

Ese mismo día alguien le sugirió a Juan Socarrás que borrara el nombre de Raúl del anuncio del bar La Paloma. Todos presentían que hasta el nombre de los muchachos inspiraría rencor en los militares.

Ramón regresó a Marcané, a averiguar entre los compañeros del pueblo las informaciones que llegaban con el tren de Santiago. Tampoco allí había novedades. La calma aparente se tornó insoportable. Zuly, su esposa, le notaba el desasosiego y hasta los niños: Dulce, Ángel Ramón y Omar, lo miraban con los ojos grandes, como si adivinaran la mezcla incierta de tristeza, orgullo e impotencia que palpitaba en su padre.

El día 27 por la mañana, el jefe de viviendas del batey le avisó que tres de los asaltantes se ocultaban en la estación ferroviaria. Eran Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, a quienes ocultó en la finca. A Raúl de Aguiar lo conocía de sus visitas anteriores a Birán. En una ocasión el muchacho acompañó a Fidel durante las vacaciones de la Universidad, e incluso, habían hecho una excursión a los Pinares de Mayarí. Ramón fue al bar La Paloma en busca de Carlos Cortiña y le pidió ayuda para esconder a los jóvenes. Los refugiaron en un campo de caña, adonde llevaron agua, comida, ropa y dinero y les orientaron esperar la noche para salir con menos riesgos.

Lo tenían todo planeado, cuando llegó un aviso para Carlos Cortiña. Los habían denunciado y la Guardia Rural andaba siguiéndoles los pasos. Del puesto de Marcané enviaron a un cabo y ocho soldados y los apostaron en el camino hacia los pinares. El mensaje venía de los militares y lo trajo Chichito, otro trabajador del batey. A los muchachos se les aconsejó no impacientarse y esperar, pero se fueron por su propia cuenta, con una precipitación

ingenua y temeraria, y los ultimaron el día 28, en el camino a Palma junto al río Cauto. El teniente jefe del puesto de Alto Cedro, el sargento Montes de Oca y el cabo Maceo enterraron a sus víctimas en un pozo situado a la orilla del cauce, cerca de un lugar conocido por Bananea. Lo hicieron con la misma fría crueldad que demostraron los esbirros al torturar y fusilar a los prisioneros en Santiago.

Al otro día Carmenate, el cabo de Marcané, ordenó buscar a Carlos Cortiña y envió con él un mensaje a don Ángel Castro, donde le decía que no se preocupara y le aseguraba que si los muchachos iban por allí no morirían. Le advirtió también que podían escuchar ruidos nocturnos muy cerca, rumores inusitados y fugaces, movimientos sigilosos, porque tenía órdenes de rodear la casa.

Carlos fue donde el viejo enseguida, porque la noticia, aunque debía ser asumida con cautela, indicaba que los muchachos estaban con vida. «Me trajiste un calmante, quizás ahora logre descansar un rato», le agradeció don Ángel, y Carlos sintió la satisfacción de haberle llevado un poco de sosiego, algún reposo a su espíritu, porque nunca había tenido la oportunidad de retribuir todo el respeto y la generosidad que este hombre le demostrara a lo largo de los años.

A pesar de la noticia, don Ángel no consiguió dormir y sentía a su lado la inquietud de Lina, su respiración agitada y con ella, la fragilidad de sus palabras de consuelo. Los párpados le pesaban tanto como el resto del cuerpo, obsesivamente pensaba en lo mismo. Transitaba de la exaltación nerviosa a la depresión. La duda lo mantenía en vela.

El día 28 de julio por la mañana llegó a Birán la doctora Ana Rosa Sánchez con la noticia de que un policía

conocía dónde se ocultaba Raúl y pedía diez mil pesos por no delatarlo.

Don Ángel se llevó las manos a la cabeza consternado:

—¡Ay, madre mía, pero si no tengo aquí, en este momento, diez mil pesos!

Don Ángel, en su desesperación, ya iba a firmar un cheque a nombre de la doctora Ana Rosa, para que cobrara el dinero solicitado, en el banco de Cueto. Lina sospechaba y adoptó una actitud resuelta para observar cómo reaccionaba Ana Rosa. Cuando Lina le dijo a don Ángel que sí, que ella misma iría al banco, percibió cómo la mujer dudaba y vacilaba, como quien siente remordimientos. Entonces Lina se convenció de que aquella historia no era cierta.

Angelita intentó tranquilizar a don Ángel, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Alterado, con una angustia insondable, el padre le preguntó:

—¿Te atreves a ir a Santiago?

—Sí.

Su padre la despidió con la esperanza de recibir buenas noticias. Angelita no llevó equipaje, solo una cartera de mano en la que guardaba algún dinero y un pañuelito muy delicado, de seda bordado, con aroma de agua de rosas. Salió en el jeep del sindicato de Marcané que la trasladó directo a la Carretera Central para no pasar por Cueto, donde podían detenerla. Abordó un ómnibus de la ruta Santiago-Habana en el recorrido de ida y vuelta a Mayarí. Por fortuna, conocía a los choferes de la ruta, por sus continuos viajes a la capital.

En Bayamo se sintió a punto de desfallecer cuando los soldados obligaron a bajar a todo el mundo. Registraron, preguntaron y cedieron el paso. Al llegar a la ciudad, los choferes insistieron en que tuviera cuidado y le sugirieron que en cualquier caso, no dudara en

llamarlos. En un gesto hermoso y decidido le dijeron: «Sabes bien en qué hotel paramos, somos testigos de que viniste hoy con nosotros.»

Alquiló un auto y se fue a ver a una familia que consideraba como una buena amistad. La mujer le recriminó su presencia y ella se marchó pronto y decepcionada, por las calles patrulladas por militares. Antes de salir, otra pariente de la casa, apenada por aquella actitud, le entregó una oración del Justo Juez para que la rezara y apartara a los enemigos de su camino.

Angelita fue hacia la parada del ómnibus con la plegaria pegada al pecho, musitando las oraciones una y otra vez, con la voz quebrada e inaudible. Sus manos temblorosas mostraban la zozobra de no saber cuál habría sido el destino de sus hermanos Fidel y Raúl. Los disparos conmovían la ciudad, la gente susurraba el horror y el miedo, se contaban historias alucinantes y estremecedoras y se calculaban los muertos.

La esposa de Piloto, una mujer escuálida de hábitos demasiado remilgados, fue quien la recibió porque su esposo no había regresado de las operaciones militares que se desarrollaban en ese momento en busca de Fidel y Raúl. Piloto había sido destacado durante un tiempo en el puesto de la guardia rural en Birán. Por eso conocía a la familia Castro Ruz. Como Piloto era oficial del ejército de Batista, Angelita tenía la esperanza de que al conversar con él podría saber algo sobre sus hermanos y hasta lograr que, si existía alguna posibilidad, él intercediera a favor de ellos en caso de un enfrentamiento. La mujer de Piloto se mostraba temerosa, pero más ecuánime y familiar que la primera persona a quien Angelita había acudido para pedir ayuda:

—¡Angelita, por tu madre, tú aquí...! pero, ¿de dónde vienes?

—De Birán. Papá está desesperado y quiere que le pregunte a su marido si sabe algo, si sus hijos están vivos todavía.

—Espera que llegue Juan José —respondió la mujer impaciente porque tampoco había regresado su sobrino. El muchacho, un joven de dieciocho o veinte años, alistado en el ejército, volvió con la camisa empapada de sudor de la caminata más allá de Siboney, por donde las tropas seguían el rastro a un grupo de revolucionarios, pero no sabía nada. Piloto llegó después, dijo que Fidel y Raúl vivían y que aún los perseguían.

—Además —agregó—, Raúl se escondió en casa de la doctora Ana Rosa Sánchez. Allá fuimos y le viramos todo al revés y no encontramos nada, pero tengo la seguridad de que él estuvo allí.

Lo que intuía Piloto era cierto, Raúl, después de dominar el Palacio de Justicia y observar desde la azotea, la retirada de los combatientes revolucionarios que habían atacado el Moncada, desarmando efectivos batis-tianos, logró retirarse y llegar a la farmacia de la doctora Ana Rosa Sánchez, que ya viuda de don Fidel Pinos Santos tenía un nuevo compañero, policía en tiempos del gobierno de Prío, y que se apellidaba Quesada. Tomásín, el hijo de la doctora Ana Rosa, lo llevó para la casa de unos parientes de Quesada y de allí para otro lugar, donde también le brindaron refugio una anciana y un hombre mudo. Tomásín se comportó entonces como un buen amigo. Estando Raúl en ese sitio, llegó la noticia de la detención del policía y decidió irse de allí. El mudo le facilitó una camisa y él, emprendió el camino hacia un lugar cercano a Birán. Sin embargo, no le fue

posible escapar, en el trayecto del poblado de Dos Caminos a San Luis, lo detuvieron y finalmente lo identificaron. Lo envían para el Moncada; después, lo trasladaron al Vivac y de allí, a Boniato.

Angelita confió en lo que Piloto decía, porque una y otra versión coincidían. Habló despacio en nombre de su papá:

—Mire, mi papá le manda a decir que si usted se enfrenta a sus hijos, por favor, considere la amistad que los une.

—Si no me tiran, no tiro.

—Nadie está diciendo que se deje matar —le ripostó Angelita como una ráfaga de viento.

Piloto encargó a su sobrino que la acompañara hasta el hotel, porque se acercaban las seis de la tarde y no se podía andar por las calles a esas horas desoladas, por el estado de sitio que sumió a la ciudad en una apariencia fantasmal.

La propietaria del Hotel Rex se asombró:

—¡Mira dónde te has venido a meter! —le dijo. Como algunos muchachos se hospedaron aquí antes del ataque, ahora registran las habitaciones por las noches.

Luego, meditó un instante y la consoló:

—Pero no te preocupes, porque nosotros vamos con ellos puerta por puerta y cualquier situación la explicamos.

Angelita le encargó al carpetero que alquilara un auto y la despertara a las cinco de la madrugada.

Pendiente de los ruidos, los disparos y las voces no descansó. Sintió un gran alivio al levantarse y alejarse de aquel lugar. Cuando los choferes la vieron, aliviados por ella, le comentaron:

—Desde que nos separamos, no hemos hecho más que pensar en ti.

Angelita apreció aquel gesto. Era bueno saber que se inquietaban por ella. En Cueto descendió del ómnibus

y tomó el tren a Marcané, donde un jeep del ejército la condujo a casa de Ramón. La gente alarmada, consideraba probable la detención, pero no fue así... El teniente Rivas no comulgaba con el gobierno y lo demostraba con sutiles delicadezas y respeto por la familia, por el viejo don Ángel Castro.

Ajena aún a la ferocidad criminal que había desafiado sin percatarse, Angelita, con una sonrisa tranquilizó a sus padres al confirmarles que Fidel y Raúl vivían. Entonces, en Birán ya conocían que la amenaza de delatar a Raúl era una farsa para exigir dinero. Lina se dejó caer suavemente en la silla, como quien descansa el espíritu exhausto después de tantos días de conmociones disimuladas y entereza al borde del barranco. El viejo reclinó la espalda en el sillón. Por primera vez reparó en la mariposa multicolor que aleteaba en los ojos de Lina y se perdía entre los azahares de los naranjos, al fondo de la casa grande en Birán, al tiempo que cerró los ojos y exclamó:

—¡Aún podemos confiar en la providencia!

La carta, escrita en las hojas de una libreta rayada, con fecha 5 de septiembre de 1953, era todo un acontecimiento feliz para Ramón. Al fin recibía noticias de su hermano, a pesar de la censura. Las palabras denotaban el espíritu equilibrado y rebelde de Fidel; a veces, transpiraban una amarga ironía, para luego alzarse como las sinfonías de Beethoven con un canto a la luz. Además, afirmaba:

(...) no sufro ningún género de arrepentimiento, en la más completa convicción de que me sacrifico por mi patria y cumplo con mi deber, eso indiscutiblemente es un gran estímulo. Más que mis penas personales,

me entristece el recuerdo de mis buenos compañeros que cayeron en la lucha. Pero los pueblos sólo han avanzado así, a base del sacrificio de sus mejores hijos. Es una ley histórica y hay que aceptarla.

En la misiva le respondía a Ramón sobre la idea de asumir su propia defensa. «Me parece acertado, y así lo he estado pensando desde el primer momento. El juicio lo han transferido ahora para el día 21.»

Escribía en la mesita de la celda de paredes mugrientas, iluminada ininterrumpidamente, lo mismo a la claridad del día que a la oscuridad de la noche, por unos reflectores de luz enceguecedora. Fidel permanecía vigilado por la posta cosaca de la azotea. Desde el pasillo, una ametralladora calibre 30 apuntaba siempre hacia él. A prueba de intentos homicidas, luchaba sin descanso, preparaba su alegato «La historia me absolverá» y soñaba con cambiar algún día, el color amarillo del uniforme de las fuerzas armadas, por el intenso verde de los árboles y los helechos. El Ejército Rebelde llevaría el monte en la piel.

Fidel y Raúl habían vuelto a verse, y aunque no les permitieron acercarse ni conversar, la certeza de que uno y otro vivían, fue suficiente para una impresión memorable. Raúl recordaría siempre la estampa de Fidel a la entrada de la prisión de Boniato, donde lo habían sentado con el propósito de humillarlo, y sin embargo, allí estaba él, con una dignidad y una estampa de firmeza e hidalguía tremendas. Raúl avanzaba ayudando a Reynaldo Benítez, herido en una pierna y aún sin curar. Fidel, cuando lo vio, confirmó con la intensa mirada, la alegría de ver vivo a su hermano.

Fidel tenía fresco en la memoria todo lo acontecido desde el día 24, cuando en la tarde, salió de la capital; así como los detalles que en la amanecida del 26 hicieron volar por los cielos el factor sorpresa y en los que meditaría después:

Los pusilámines dirán que no teníamos razón considerando *juris de juris* el argumento rastrero del éxito o el fracaso. Este se debió a crueles detalles de última hora, tan simples que enloquece pensar en ellos. Las posibilidades de triunfo estaban en la medida de nuestros medios; de haber contado con ellos no me queda ninguna duda de haber luchado con un noventa por ciento de posibilidades.

Con el pensamiento, recorría de nuevo el trayecto entre La Habana y Santiago de Cuba, hasta llegar a la Granjita Siboney, lugar solo conocido por Abel, Renato, Elpidio Sosa y él, y alquilado en abril de ese año, unos tres meses antes de la fecha de ataque por su ubicación estratégica al propiciar la concentración de los participantes desde distintas direcciones, y además, porque al encontrarse rodeada de árboles permitía movimientos sin despertar sospechas. Del viaje de Occidente a Oriente, en un automóvil conducido por Teodulio Mitchel, Fidel recordaba que primero se detuvo en Santa Clara para hacerse unos espejuelos. No se había olvidado de los suyos al salir, solo deseaba tener otro par de repuesto, como gesto previsor. Ese mismo día siguieron camino e hicieron escala en Bayamo, donde se vio con la pequeña fuerza de cuarenta combatientes que iban a asaltar el cuartel de esa ciudad. Continuó viaje hasta Palma Soriano y allí se encontró

brevemente con Aguilera. Después siguió hasta Siboney, adonde llegó el día 25 en la noche, cuando aún los jóvenes revolucionarios permanecían en los hoteles y casas de huéspedes a la espera de la orden de agruparse en el lugar que les fuera indicado, lo que ocurrió poco después.

Las armas las había ido adquiriendo el mismo Fidel en las armerías de la capital y algunas, ya al final, en el propio Santiago. Contaban con una escopeta calibre 12 de cacería de fabricación belga que a él le parecía el arma ideal para aquella acción de previsible combate a corta distancia. También tenían una ametralladora de mano, una Thompson calibre 45, un M-1, y un Springfield de cerrojo. El M-1 era el fusil preferido por los jóvenes por su brevedad y ligereza y porque era semiautomático, pero en verdad, las armas más eficientes eran las escopetas porque en un solo disparo tiraban nueve proyectiles. Además disponían de rifles italianos calibre 22, un arma de guerra que en determinadas circunstancias, de enfrentamiento cercano era muy efectiva porque con cinco cartuchos disparaba cuarenta y cinco proyectiles. Fidel llevaba una escopeta calibre 12, un fusil que puede cargar un buen número de balas. Los Winchester que formaban parte del escaso arsenal, provenían de Birán, de donde fueron sacados con sigilo.

Los uniformes se habían fabricado en La Habana, donde Melba y Haydée; otros fueron adquiridos ya hechos, pues el movimiento consiguió tener un infiltrado en el cuartel Maestre, quien se encargó de comprar ropas, viseras y gorras. Solo los zapatos, de corte bajo, iban a distinguir a los asaltantes de los hombres del ejército de Batista.

Entre las diez y las once de la noche del 25 de julio comenzaron a movilizarse los grupos de combatientes hacia la Granjita. Eran 120 jóvenes y Fidel los dividió en tres fuerzas. Una iba adelante a tomar el hospital al fondo

del cuartel, dirigida por Abel Santamaría, en la misión considerada menos riesgosa y con mayores probabilidades para que Abel, segundo jefe del movimiento sobreviviera; la segunda tomaría el edificio de la Audiencia, el conocido Palacio de Justicia, en este grupo Raúl iba de soldado; y la tercera fuerza, encabezada por él, atacaría la fortaleza militar, en la parte más peligrosa del plan y en la cual participaban los demás jefes: Montané, Guitart, Ramirito, y muchos otros, especialmente, los integrantes de la célula de Artemisa.

Solo unos pocos jóvenes, estudiantes de la Universidad de La Habana, desistieron de ir al combate a la hora cero. A estos, Fidel les indicó seguir la caravana de autos y luego retirarse, pues «no los vamos a obligar a ir al asalto». Los autos se pusieron en marcha a las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la madrugada del 26 de julio, día de carnaval y festejo trasnochador, día ideal para la sorpresa, para el desconcierto.

En el primer carro, iban los compañeros que atacarían la posta de los centinelas de la entrada. Fidel manejaba el segundo auto, a unos cien metros de distancia. Era julio y el sol es temprano en Oriente, casi amanecía, a las cinco y quince de la mañana, hora exacta del ataque, cuando aún la guarnición del cuartel no se había levantado. Atravesar un puente mínimo en su estrechez a las puertas de la ciudad, retrasó a los combatientes. También sucedió que el automóvil de los que no irían al combate se interpuso en la caravana y perdió a los últimos, que al percatarse de que se habían desviado retomaron el rumbo correcto pero ya demorados en un inicio. Otro de los autos se descompuso.

Fidel avanzaba despacio, conducía y llevaba a un lado la escopeta y del otro, una pistola. De súbito, observó

que una patrulla de dos soldados armados con ametralladoras Thompson se acercaba por la parte exterior del cuartel. Con la idea de resguardar al grupo de Ramiro por un lado, y por otro, recuperar las ametralladoras, dio un giro y abalanzó el carro a la acera, a unos dos o tres metros de la importuna posta cosaca. En ese instante ya Ramiro había tomado la entrada, y estaban en manos revolucionarias el hospital y el Palacio de Justicia, pero con el incidente imprevisto cambió el curso de los acontecimientos, los de atrás se bajaron, alguien disparó y se generalizó el tiroteo, el combate tuvo lugar fuera del cuartel, donde no estaba previsto y en la confusión algunos tomaron un edificio que no era el objetivo militar. Fidel consiguió sacarlos de allí y reagrupar la caravana, pero ya la situación se había tornado infortunada. Podía tomarse el cuartel de mil efectivos cuando los soldados dormían, pero no en pie y avisados.

Fidel revivía todo de forma exhaustiva, incluso el momento en que habló con Gildo Fleitas, en medio del fuego intenso que ya demoraba aproximadamente una hora. Al transcurrir ese tiempo, tomó la decisión del repliegue, mientras tanto, en la azotea de un edificio del cuartel, un hombre, con una ametralladora calibre 50, barría toda la calle una y otra vez hasta que él comenzó a neutralizarlo. Recordaba también la orden de retirada y su presencia hasta el final en el combate, cuando montaba en el último auto, para bajarse unos instantes después y ceder su lugar a Abelardo Crespo que estaba herido. Se quedó allí en soledad, toda su imponente estructura física frente al cuartel, acompañada nada más de su escopetón y el silbido sobrecogedor y agudo de los proyectiles, actuando y al unísono, sumido en un estado anímico difícil, agobiante, trágico ante la idea del

fracaso, de la derrota táctica. Se quedó solo, solo. No había nadie en la calle, por la que comenzó a retirarse sin dejar de disparar al punto en lo alto, hasta que otro automóvil que ya había salido, dio la vuelta y lo rescató. Luego supo que había sido un muchacho de Artemisa, Ricardo Santana, quien percatado de que él había quedado atrás, decidió regresar a sacarlo de aquel infierno. Más tarde sobrevino la reagrupación en Siboney, la hora difícil de sobreponerse a la adversidad y emprender el camino de las montañas para reorganizar la lucha en la Sierra Maestra. Se puso en marcha con los compañeros que mejor disposición física y moral tenían para la guerra. Eran nueve hombres dispuestos a cruzar la bahía e internarse en los montes de la cordillera. Fidel iba inspirado en la Revolución Mexicana, en «el pequeño ejército loco» del *General de Hombres Libres*, Augusto César Sandino, y en la épica mambisa de Máximo Gómez y Antonio Maceo. Fidel sentía dentro de sí el metálico, desolado tañir de las campanas, en el umbral de la novela de Ernest Hemingway sobre la resistencia republicana en la Guerra Civil Española. De la lectura de aquellas páginas, había aprendido mucho sobre la psicología de los hombres en una guerrilla, situada a la retaguardia montañosa de la contienda. También se había hecho una idea de la guerra irregular, de sus complejidades y eficacias, de su dinámica de combates previsibles, atrincheramientos en lo áspero inesperado, de su prolija capacidad de emboscar y destruir accesos y de moverse con una constancia tan pertinaz como ágil. Sin embargo, aún Fidel no tenía suficiente experiencia práctica.

En un vara en tierra en las estribaciones del lomerío, el 1ro. de agosto, el teniente Pedro Sarría, aquel joven que durante los exámenes universitarios se hospedaba

en el edificio del Cuerpo de Ingenieros -frente a la casa donde vivía Fidel en el Vedado-, los sorprendió dormidos, a Pepe Suárez, a Oscar Alcalde y a él, pues el grupo inicial se redujo por la inclemente caminata, la falta de sueño reparador de las angustias y la zozobra, de alimentos y agua, lo que decidió a cinco de los compañeros a aceptar la propuesta de Fidel de acogerse a la intermediación de la Iglesia, auspiciada por monseñor Enrique Pérez Serantes, quien adelantaba gestiones para salvaguardar de la muerte a los jóvenes.

El teniente reconoció a Fidel y le salvó la vida cuando ya algunos miembros de su patrulla militar se disponían a ultimar a los detenidos. El teniente Sarría repetía como murmurando consigo mismo: «¡No tiren, no tiren, no hagan eso, las ideas no se matan, las ideas no se matan!».

Fue un momento muy difícil. La patrulla militar irrumpió a patadas en la frágil choza en que se habían refugiado para dormir, pues para Fidel y sus compañeros el sueño era denso, irrefrenable, y cometieron el error de resguardarse de la luz y la frialdad allí, donde fue fácil ubicarlos. Los soldados entraron gritando, decididos a asesinarlos, con las venas del cuello alteradas de tanto furor y odio. Y el teniente contenía a sus subordinados, los conminaba a la calma... y, en medio de todo, comenzó la discusión. Los soldados vociferaban que ellos eran los herederos del Ejército Libertador, y Fidel les ripostó: «Los continuadores del Ejército Libertador somos nosotros. Ustedes son unos tiranos y unos asesinos». Y luego, cuando registraron el lugar y descubrieron cinco armas de los moncadistas, entonces se exaltaron aún más, fue un instante crítico, pero al fin prevaleció la autoridad del teniente Sarría, que les decía: «¡Quietos, calma, no tiren, las ideas no se matan!».

Fidel lo recordaba ecuánime, sin alzar

mucho la voz pero firme en su determinación de apaciguar a los soldados para que no tiraran, algo a lo que estaban acostumbrados cuando hacían prisioneros.

Llegado el momento de trasladarlos, de encaminarse a la carretera, se escucharon unos disparos en la distancia. De inmediato, Fidel pensó en una estratagema para provocar el tiroteo y ultimarlos. Su memoria registró aquel instante, cuando los soldados, enfurecidos, los encañonaban dispuestos a todo. Salieron caminando, atravesaron unos matorrales y los disparos continuaban. El teniente les ordenó que se tiraran al suelo, pero Fidel, creyendo aún que todo era un pretexto para el asesinato, se rehusó a hacerlo y le dijo: «yo no me tiro, no me tiro al suelo y si quiere matarme, máteme». Esperando lo que sucediera, se quedó erguido. El teniente se le acercó entonces y le susurró: «Ustedes son muy valientes, muchachos», caballerosidad a la que Fidel reciprocó con un gesto: «Mire, yo quiero decirle algo: Yo soy Fidel Castro», y el teniente Sarría le sugirió: «No se lo diga a nadie», y después, en el camino, al cruzarse con el comandante Chaumont que era el jefe de los que habían masacrado a los jóvenes durante esos días, se negó rotundamente a entregarle los prisioneros, y consiguió trasladarlos al Vivac, una cárcel civil en el centro de la ciudad, lo que les salvó la vida.

Al llegar al Vivac de Santiago y a la Prisión Provincial de Oriente, sobrevino lo peor, no por estar detenido o porque su vida allí no valiera un céntimo, sino porque comenzó a conocer la verdad de la barbarie batistiana de los últimos días. Todo Oriente, espantado, murmuraba en voz baja las noticias. Entre los moncadistas: noventa muertos y cinco heridos, reportaban los partes, una desproporción imposible en una guerra: los heridos habían sido arrancados de los hospitales y

rematados, inyectados con aire y alcanfor en las venas, ahorcados, torturados. A Haydée Santamaría, al anoche- cer, un sargento apodado El Tigre, con las manos ensan- grentadas, le mostró un ojo de su hermano Abel y más tarde le dijeron que habían matado a su novio, a Boris Luis, y ella, respondió: «Él no está muerto, morir por la patria es vivir.» En ese instante, pasaban por la mente de Fidel, como en una secuencia fotográfica, los rostros de Abel, Mario, Renato, Chenard, José Luis, Raúl Gó- mez, y tantos otros, y elevaba el más puro recuerdo a los bravos que habían muerto por la Patria. Sentía que el momento más feliz de toda su vida había sido aquél en que volaba hacia el combate, como también el más duro, cuando había tenido que afrontar la derrota. A pesar de la dolorosa experiencia, su ser se agitaba por el ansia de continuar luchando.

En la carta que Fidel escribía a Ramón callaba todo el sufrimiento, el dolor y la rabia de esos días, y expre- saba solo una parte de sus sentimientos. Le preocupa- ban los viejos y el niño. Myrta había estado en Birán y él se imaginaba a Fidelito corriendo por el batey con el candor feliz de la infancia. A Ramón le pidió algunos tabacos, un poco de dinero y el consuelo para los viejos:

Es necesario que les hagas ver a mis padres que la cárcel no es la idea horrible y vergonzosa que ellos nos enseñaron. Tal es solamente cuando el hombre va a ella por hechos que deshonran: jamás cuando los motivos son elevados y grandes; entonces la cárcel es un lugar muy honroso.

Poco después de aquella carta recibió el telegrama del viejo y sintió el apoyo y la comprensión que esperaba

de ellos. Les respondió brevemente porque no tenía posibilidad para más: «Tenemos ropa estamos perfectamente bien cariños. Fidel»

En realidad esa comunicación no borraba el desvelo, su afán de atenuarles angustias y penas. El 17 de septiembre indagó por medio de Ramón: «¿Están tranquilos? ¿Comprenden que estoy preso por cumplir con mi deber? Ignoro cuál será mi destino definitivo cuando termine el juicio, pero pienso que de todos modos podremos vernos después (...)»

Lo que aún no concebía Fidel era la presencia tierna y firme de Lina en las vistas del juicio. El 21 de septiembre, lo conducían entre bayonetas y ella se interpuso, lo abrazó con toda el alma deseando retenerlo allí, cerca de su pecho, a su abrigo, como cuando era un niño. En su abrazo fuerte y delicado, también estaba el del viejo. En aquella primera sesión del juicio, recordaría después, fue sometido a interrogatorio durante dos horas. Pudo probar con cifras exactas y datos irrefutables las cantidades de dinero invertidas, y las armas que lograron reunir. No tenían nada que ocultar porque en realidad todo había sido logrado con sacrificios sin precedentes. Habló de los propósitos que inspiraban la lucha de aquellos jóvenes indómitos, de su altruismo y humanidad en el combate.

Concluida esta exposición comenzó la misión que consideraba importante en el juicio:

(...) destruir totalmente las cobardes cuanto alevosas y miserables, cuanto impúdicas calumnias que se lanzaron contra nuestros combatientes, y poner en evidencia irrefutable los crímenes espantosos y repugnantes que se habían cometido con los prisioneros (...)

Durante la segunda sesión, el martes 22 de septiembre, con la declaración de apenas diez personas, ya había logrado esclarecer los asesinatos cometidos en Manzanillo. Aún faltaban por declarar trescientas personas y por ser interrogados, los militares responsables de la masacre, algo que el régimen no podía permitirse ante los reporteros de prensa, los magistrados, el numeroso público, y los líderes de la oposición que habían contemplado inermes la instauración de la dictadura y habían sido estúpidamente acusados de autores intelectuales.

El 23 de septiembre, Lina cumpliría cincuenta años. En esa fecha especial Fidel, sin sospechar el curso de los acontecimientos que sobrevendrían el día 25 por la noche, iluminado con luz tenue, escribió a sus padres una carta:

Prisión de Oriente
Septiembre 23 de 1953

Sr. Ángel Castro
y Sra. Lina Ruz.
Birán

Mis queridos padres:

Espero me perdonen la tardanza en escribirles, no piensen que es por olvido o falta de cariño; he pensado mucho en ustedes y sólo me preocupa que estén bien y que no sufran sin razón por nosotros.

El juicio comenzó hace dos días; va muy bien y estoy satisfecho de su desarrollo. Desde luego es inevitable que nos sancionen, pero yo debo ser cívico y sacar libre a todas las personas inocentes; en definitiva no son los jueces los que juzgan a los hombres, sino la

Historia y el fallo de ésta será sin duda favorable a nosotros.

He asumido como abogado mi propia defensa y pienso desenvolverla con toda dignidad.

Quiero por encima de todo que no se hagan la idea de que la prisión es un lugar feo para nosotros, no lo es nunca cuando se está en ella por defender una causa justa e interpretar el legítimo sentimiento de la nación. Todos los grandes cubanos han padecido lo mismo que estamos padeciendo nosotros ahora.

Quien sufre por ella y cumple con su deber, encuentra siempre en el espíritu fuerza sobrada para contemplar con serenidad y calma las batidas adversas del destino; éste no se expresa en un sólo día y cuando nos trae en el presente horas de amargura, es porque nos reserva para el futuro sus mejores dones.

Tengo la más completa seguridad de que sabrán comprenderme y tendrán presente siempre que en la tranquilidad y conformidad de ustedes está siempre también nuestro mejor consuelo.

No se molesten por nosotros, no hagan gastos ni derrochen energías. Se nos trata bien, no necesitamos nada...

En lo adelante les escribiré con frecuencia para que sepan de nosotros y no sufran.

Los quiere y les recuerda mucho:

su hijo

Fidel.

Desde la prisión de Boniato en Oriente, dedicó unas líneas a su ahijado Mondy, Ángel Ramón, uno de los tres hijos de Ramón, a quien recomendaba portarse bien y estudiar mucho, y de quien se despedía: «Te quiere, tu tío, Fidel».

Incomunicado y acosado, pudiera pensarse que un hombre en esas circunstancias deja a un lado la sensibilidad y la ternura, sin embargo, él se inspiró en sus sentimientos más nobles, y redactó a su hermana Agustinita, una carta sin el menor asomo de las angustias de la cárcel, con una delicadeza de pétalo.

Prisión de Oriente
Septiembre 25 DE 1953

Srta. Agustina Castro.
Cristo

Querida hermanita:

Recibí tu carta y no te había contestado porque estaba muy ocupado con el juicio.

Estoy muy contento porque veo que adelantas mucho, escribes bien, tienes bonita letra... y sobre todo, no te olvidas de tu hermano.

La prisión no es tan mala. Agustinita, desde lejos luce más fea de lo que realmente es: aquí se vive, se piensa, se siente y se quiere; no importa que nos falten muchas cosas materiales y que nuestro mundo se reduzca a unos cuantos metros cuadrados de cemento, si tenemos buenos libros que nos permitan olvidar nuestras penas físicas, instruirnos y

mejorarnos. No hay tiempo perdido si de él sacamos algún provecho útil. Muchos de los que están en la calle lo pierden y malgastan su libertad que de nada les sirve.

Háblame de tus estudios, de lo que más te gusta y del lugar que ocupas en la clase. Me han dicho que eres estudiosa ¿Es cierto? ¿Haces todo lo que puedes? El deber de todo estudiante es aspirar al primer lugar: lo obtendrá sin duda el que posea más voluntad y constancia; pero no debe conformarse solamente con ser el primero en los estudios; sino también en el comportamiento, en el ejemplo, en el compañerismo, la amistad y la comprensión para los demás. A los profesores, respetarlos, a los compañeros, entenderlos. Muchas veces pensamos mal de los que realmente no sabemos comprender ¡Cuántas veces hacemos infelices a los demás por esa razón!

Los años del Colegio son los más felices: esto nos lo repetían siempre los mayores, pero nunca lo comprendíamos. No hay felicidad mayor que una lección bien aprendida. Cuando somos grandes y nos enfrentamos a la vida nos damos cuenta de la inmensa utilidad de los estudios y siempre nos queda un pequeño remordimiento por el tiempo que podamos haber perdido. La juventud es la edad preciosa del aprendizaje: todo nos impresiona y todo lo retiene nuestra mente, es la edad de las ilusiones que serán realidades si sabemos forjarla con nuestro esfuerzo.

Tu Colegio es magnífico, yo sé que tú lo quieres mucho y lo querrás más a medida que pase el tiempo.

Sus métodos tradicionales de enseñanza por su sentido práctico y por su perenne preocupación por el desarrollo pleno de la personalidad del alumno hacen de él una verdadera fragua de caracteres. Tú me dirás ¿y cómo sabes eso? Sencillamente porque en la educación hay distintos sistemas de enseñanza, distintos puntos cardinales por decirlo así. Si conocemos el rumbo no hace falta estar en la nave para conocer su meta. Además yo lo recuerdo desde que era estudiante: los alumnos del Cristo gozaban de muy buena fama y los muchos que conocí justificaban plenamente esta buena opinión.

Agustinita, no estés nunca triste porque tus hermanos estén presos. Piensa en la Historia de nuestra patria que tú has estudiado y comprenderás el sentido de nuestro sacrificio.

Hoy no te escribo más; espero me contestes pronto. Recibe un abrazo cariñoso de tu hermano que te quiere.
Fidel

La noche de ese mismo día, víspera de la tercera sesión del juicio, se presentaron en su celda dos médicos del penal. El propósito de aquella inesperada visita lo denunciaría unas semanas después en lo que sería su alegato de defensa.

(...) «Venimos a hacerte un reconocimiento», me dijeron. «Y quién se preocupa tanto por mi salud», les pregunté. Realmente, desde que los vi había comprendido el propósito. Ellos no pudieron ser más

caballerosos y me explicaron la verdad: esa misma tarde había estado en la prisión el Coronel Chaviano y les dijo que yo «le estaba haciendo en el juicio un daño terrible al gobierno», que tenían que firmar un certificado donde se hiciera constar que estaba enfermo y no podía por tanto seguir asistiendo a las sesiones. Me expresaron además los médicos, que ellos, por su parte, estaban dispuestos a renunciar a sus cargos y exponerse a las persecuciones, que ponían el asunto en mis manos para que yo decidiera. Para mí era duro pedirle a aquellos hombres que se inmolaran sin consideraciones, pero tampoco podía consentir, por ningún concepto, que se llevaran a cabo tales propósitos. Para dejarlo a sus propias conciencias, me limité a contestarles: «Ustedes sabrán cuál es su deber: yo sé bien cuál es el mío».

Ellos después que se retiraron, firmaron el certificado; sé que lo hicieron porque creían de buena fe que era el único modo de salvarme la vida, que veían en sumo peligro. No me comprometí a guardar silencio sobre este diálogo; sólo estoy comprometido con la verdad, y si decirla en este caso pudiera lesionar el interés material de estos buenos profesionales, dejo limpio de toda duda su honor, que vale mucho más. Aquella misma noche redacté una carta para este tribunal (...)

Al Tribunal de Urgencia

Fidel Castro Ruz. Abogado, personado en su propia defensa en la causa No. 37 del presente año, ante esa Sala expone respetuosamente lo siguiente:

1º Que se trata de impedir a toda costa mi presencia en el estado actual del juicio con el fin de que no se destruyan las fantásticas falsedades que se han tejido alrededor de los hechos del día 26 de Julio y de que no se conozcan los horribles crímenes que se cometieran ese día en las personas de los prisioneros, escenificándose la más espantosa matanza que conoce la historia de Cuba.

Con tal motivo en el día de hoy se me ha comunicado que no concurriré al juicio por estar enfermo, siendo la verdad que me encuentro perfectamente bien de salud sin dolencia física de ninguna índole, pretendiéndose de ese modo burlar de la manera más inaudita a ese Tribunal.

2º Que a pesar de las reiteradas comunicaciones del poder judicial y de la última que remitiera esa Sala a las autoridades de la prisión demandando el cese de nuestra incomunicación por ser ilegal y delictiva, sigo totalmente incomunicado sin que en los 57 días que llevo en esta prisión se me haya permitido tomar el sol, hablar con nadie, ni ver a mi familia.

3º Que he podido conocer con toda certeza que se trama mi eliminación física bajo pretexto de fuga o cualquier cosa parecida, y que a tal efecto se han estado elaborando una serie de planes y coartadas que faciliten la consumación de los hechos. Reiteradamente lo he denunciado. Los motivos son los mismos que expuse en el No. 1 de este escrito. Igual peligro corren las vidas de otros presos, entre ellos,

las de las muchachas que son testigos excepcionales de la masacre del día 26.

4º Solicito de esa Sala que proceda ordenar inmediatamente mi reconocimiento por un médico prestigioso y competente como pudiera ser el Decano del Colegio.

(...) Esa fue la carta que, como sabe el tribunal, presentó la doctora Melba Hernández en la sesión tercera del juicio oral el 26 de Septiembre. Pude hacerla llegar a ella, a pesar de la implacable vigilancia que sobre mí pesaba. Con motivo de dicha carta, por supuesto, se tomaron inmediatas represalias: comunicaron a la doctora Hernández, y a mí, como ya lo estaba, me confinaron al más apartado lugar de la cárcel. A partir de entonces, todos los acusados eran registrados minuciosamente, de pies a cabeza antes de salir para el juicio.

Vinieron los médicos forenses el día 27 y certificaron que, en efecto, estaba perfectamente bien de salud. Sin embargo, pese a las reiteradas órdenes del tribunal, no se me volvió a traer a ninguna sesión del juicio. Agréguese a esto que todos los días eran distribuidos, por personas desconocidas, cientos de panfletos apócrifos donde se hablaba de rescatarme de la prisión, coartada estúpida para eliminarme físicamente con pretextos de evasión. Fracasados estos propósitos por la denuncia oportuna de amigos alertas y descubierta la falsedad del certificado médico, no les quedó otro recurso, para impedir mi asistencia al juicio, que el desacato abierto y descarado (...)

Caso insólito que se estaba produciendo señores magistrados: un régimen que tenía miedo presentar a un acusado ante los tribunales; un régimen de terror y de sangre que se espantaba ante la convicción moral de un hombre indefenso, desarmado, incomunicado y calumniado. Así, después de haberme privado de todo, me privaban por último del juicio donde era el principal acusado. Téngase en cuenta que esto se hacía estando en plena vigencia la suspensión de garantías y funcionando con todo vigor la Ley de Orden Público y la Censura de Radio y Prensa. ¿Qué crímenes tan horribles habrá cometido este régimen que tanto temía la voz de un acusado?

Finalmente el juicio se celebró el 16 de octubre en el Salón de Actos de Enfermeras del Hospital General Saturnino Lora.

Tiempo

La ficha del Reclusorio Nacional para Hombres en Isla de Pinos, a nombre de Fidel Castro Ruz, con fecha 17 de octubre de 1953, solo describía en apariencia al joven que acababa de llegar, sancionado a quince años de prisión como máximo dirigente y organizador del movimiento insurreccional que asaltó el Cuartel Moncada, la madrugada del 26 de Julio. Decía:

Filiación del penado: Blanco. Fidel Castro Ruz/
Hijo de: Ángel y de: Lina/ Natural de: Birán/ Provincia de: Oriente/ Vecino de: Calle 17 No. 336. Nicanor del Campo. Marianao./ Estado: Casado/
Años de edad: 26/ Oficio: abogado/ Inscripción.
Tiene pelo: castaño, Cejas: castañas, Ojos: pardos oscuros, Nariz: recta, Cara: angulosa, Boca: chica, Barba: escasa, Color: blanco, Estatura: 1.80 cm. Señales particulares: Lunares diseminados por la espalda. Una cicatriz extensa en la región inguinal, al lado derecho. Al parecer de operación apendicular. Una cicatriz en el tercio superior de la pierna izquierda. Dirección: Ramón Castro. Central Marcané. Oriente.

Sin embargo, aquel informe minucioso era superficial. La enumeración abrupta y exhaustiva, como el pulsar de los dedos sobre una Underwood de oficina policial, no conseguía perfilar su personalidad.

Lo trasladaron a las nueve de la mañana. Hacía muchas horas que no dormía porque los días previos a la sesión final del juicio, trabajó intensamente preparando el alegato donde denunció las torturas, los crímenes y la despiadada orden de matar a diez prisioneros por cada soldado muerto. Dibujó el cuadro dantesco de la República y presentó un programa social revolucionario. Su vehemente intervención se extendió por dos horas, a cuyo término expresó:

Los hechos están recientes todavía; pero cuando los años pasen y el cielo de la Patria se despeje, cuando los ánimos exaltados se aquieten y el miedo no turbe los espíritus, se empezará a ver en toda su espantosa realidad la magnitud de la masacre, y las generaciones venideras volverán aterrorizadas los ojos hacia este acto de barbarie sin precedentes en nuestra Historia. Pero no quiero que la ira me ciegue, porque necesito toda la claridad de mi mente y la serenidad del corazón destrozado para exponer los hechos tal como ocurrieron, con toda sencillez, antes que exagerar el dramatismo, porque siento vergüenza como cubano que unos hombres sin entrañas, con sus crímenes incalificables, hayan deshonrado, nuestra Patria ante el Mundo.

Luego el Tribunal de Urgencia de la Audiencia de Santiago de Cuba lo sancionó a quince años de cárcel.

Los días más rudos solo habían pasado en apariencia. Fidel tenía esa sensación cuando el avión militar alzó el vuelo y se distanció del lugar donde su vida valía tan poco, donde como únicos alivios para el alma, recibía las visitas de Angelita, Myrta, el niño, y Ramón; la conversación fugaz con Raúl y la comunicación subrepticia con Melba. Allí había vivido setenta y cinco días completamente aislado en una celda.

Aquel 17 de octubre, poco antes de marcharse, pasó un telegrama a don Ángel: «Salgo hoy Isla de Pinos. Estoy bien cariños. Fidel».

Luego de aquel tiempo inabarcable, reunidos de nuevo junto a los moncadistas, enviaron un telegrama a Birán como mensaje de alivio:

Nueva Gerona
Octubre 18 1953 las 9, a.m.
Lina Ruz. Birán.

Estamos bien.

Fidel y Raúl.

Ese mismo mes, el día 27, Fidel escribió:

Queridos padres:

Recientemente recibimos carta de esa. Tanto Raúl como yo estamos perfectamente bien de salud y deseamos que no se preocupen por nosotros. El pasado día 23, Myrta, Enmita y Lidia estuvieron en ésta a vernos, también trajeron a Fidelito que está crecido y fuerte. Se ha señalado el tercer viernes de

cada mes como día de visita para nosotros desde las 12 m. hasta las 3 p.m. El próximo caerá por lo tanto el 20 de noviembre.

En esta prisión prácticamente no necesitamos dinero pues no se gasta absolutamente nada, está un poquito mejor organizada que la de Boniato. En cuanto a cuestiones de ropa Myrta se ha encargado de enviarnos lo necesario. Invertimos nuestro tiempo en estudiar y enseñar a los demás. Todo el mundo nos envía libros y estamos organizando una Academia. Según noticias es unánime el criterio en la calle de que nuestra prisión será breve.

Esperando tengan mucha conformidad, se despide de ustedes con besos y abrazos su hijo

Fidel.

Fidel y Raúl sabían que su padre era un hombre mayor y procuraban callar todo lo que pudiera desvelarlo o hacerlo sufrir, por eso disminuían el rigor de la prisión y atenuaban los peligros que los amenazaban. Deseaban que en su cumpleaños setenta y ocho, sintiera la cercanía y el amor de los hijos a pesar de la distancia y los sinsabores de aquellos días. Raúl escribió con su letra redondeada y pequeña:

Querido papá:

Espero que al recibo de esta te encuentres bien en unión de todos, nosotros bien.

Hoy día 4, lo primero que hacemos al levantarnos, son estas líneas para que veas que te recordamos con todo el cariño que te mereces, ganado como buen padre que siempre has sido. Este mes como caso especial, nos han cedido dos días de visita que serán el domingo 13 y el viernes 25 y según Mongo nos dijo, Mami piensa venir a vernos este mes, aunque nosotros tenemos muchos deseos de verla, creemos que es mejor que no venga hasta el próximo mes de Enero, pues en primer lugar: si ella viene a vernos ahora, Ud. y las muchachitas se quedarán solos en estos días de Pascuas, que tanta falta hacen las madres en los hogares. Así estos días pasándolas Uds., unidos estaremos mejor nosotros. En segundo lugar: hace solo unos días, el 20 del pasado mes, recibimos una amplia visita y además seguramente que Myrta y Enma o Lidia nos vendrán a ver en esta oportunidad.

Si es posible nos hacen algunas letras para saber de ustedes, ya que son pocas las noticias que recibimos de esa. Díganos sobre todo el estado de su salud, puesto que últimamente ha estado enfermo.

Bueno, padre, sin más por el momento; déle muchos cariños a todos, un fuerte abrazo a Alfonso de nuestra parte y usted reciba todo el cariño y felicitaciones de sus hijos que le piden la bendición:

Raúl y Fidel

Unos meses después, mientras llovía a cántaros. Fidel, que raras veces salía al patio, miraba las fotografías

de Fidelito. Le descubría expresiones de hombre y lo encontraba más grande y más fuerte. Se sobrecogía por el paso del tiempo y confesaba: «Fidelito ya escribe su nombre. ¿Quieres algo más conmovedor para su orgulloso papá?»

El incendio comenzó por el altillo. Don Ángel olvidó uno de sus tabacos en la mesita de noche, junto a la lámpara. El tapete bajo la campana de cristal fue lo primero en incendiarse con unas llamaradas intensas, extendidas en un segundo al entablado del piso y las paredes de la casa de pino. Pocos muebles pudieron salvarse. Ardieron las cartas y las fotografías de la familia, las estampas religiosas de Lina, la colección de estuches de tabaco de cedro, que don Ángel guardaba, los horcones de caguairán, los tablones de la escalera del mirador, donde anidaban los pájaros, y el fuego que se reflejaba en colores vivos, quebró la luna de los espejos.

Era el 4 de septiembre de 1954. Una de las lavanderas de la zona, presa de sus miedos y aprensiones, se persignó:

—¡Ave María, si un espejo roto son siete años de mala suerte!

El presagio comenzó a susurrarse como la pólvora por todo el batey. Ramón se encontraba en el monte cargando madera. Cuando descendió del camión atiborrado de postes para cercas, ya todo ardía.

Los hombres no sabían qué hacer, corrían de un lugar a otro impotentes. La gente se reunió alrededor del incendio, pero no había remedio, no existía manera de poderlo apagar para evitar el desastre total.

«Siempre se puede volver a empezar», pensó Lina en su desconcierto.

Don Ángel recorría con la mirada las ruinas humeantes y sin confesarlo a nadie dijo para sí «Es el principio del fin, todo acabó» y no sabía cómo ni por qué pero aquello le recordaba los tiempos de la guerra, durante su primera estancia en Cuba.

Con la ausencia de la casa grande, Birán entró en otro tiempo. Quizás se trataba de todo lo contrario, quizás él era quien marcaba el inicio de la decadencia y los agotamientos. No deseaba pensar, pero continuaba meditabundo, mientras anhelaba que no se le agotaran las fuerzas.

Don Ángel no olvidaría nunca la mirada de Santa Martínez, la mujer de Paco, allá en la tienda de Hevia, donde Santiago Silva trabajaba como dependiente. Él pidió que le dejaran ver los titulares de un diario recién llegado de la capital y al ver la noticia sobre la incomunicación de Fidel por más de treinta días, afirmó con orgullo que era un hombre. Ese día, Santa lo había observado con brillo en los ojos al ver la satisfacción y el orgullo del padre ante la entereza del hijo.

Cuando se incendió la casa, don Ángel y Lina vieron derrumbarse los pilotes y desaparecer las habitaciones de tantos recuerdos, pero la vida los había colocado en circunstancias mucho más dolorosas y asumieron la desgracia con resignación.

Por fortuna, para entonces Angelita vivía en lo que antes fuera el hotelito del batey y allí conservó, con su desvelo por las pequeñas cosas, las estampas fotografiadas por los artistas ambulantes en los años de 1920 y 1930, las memorias más antiguas de la casa y la familia.

Cándido Martínez, que todavía ejercía el oficio de la ebanistería y fabricaba guitarras y laúdes, demoró tres días haciendo divisiones en la casa de los altos del bar La Paloma. Acondicionó las habitaciones provisionales, y

luego hizo grandes armarios y cómodas para guardar la lencería que habrían de adquirir, camas amplias de caoba, mesas de noche y portarretratos.

Ramón dirigió la remodelación de La Paloma. Los trabajadores construyeron una meseta de azulejos, en la cocina; sobre el piso de ocuje y júcaro, colocaron mosaicos, y abrieron algunas ventanas. Juan Socarrás lo pintó todo de azul.

Apenas faltaban unas semanas para el año de prisión. Desde el primer momento, Fidel concentró sus esfuerzos en definir los perfiles del movimiento, para que continuara la lucha sin olvidar a los caídos ni dejar de hacer por la revolución verdadera. Con zumo de limón escribió las cartas que darían a conocer «La historia me absolverá» más allá de las paredes de la cárcel.

Un principio era inviolable: «No puede hacerse ningún acuerdo sin la aceptación de nuestro programa, no porque sea nuestro, sino porque él significa la única revolución posible.» Y esclarecía: «Si queremos que los hombres nos sigan hay que enseñarles un camino y una meta dignos de cualquier sacrificio. Lo que fue sedimentado con sangre debe ser edificado con ideas.»

Cuando Batista visitó el penal, Fidel junto a los otros compañeros, demostró su rebeldía incluso detrás de las rejas y entonó bien alto el *Himno del 26 de Julio*. En represalia, las autoridades carcelarias lo confinaron a una celda aparte y además, clausuraron la Academia Abel Santamaría. Fue entonces que los diarios publicaron la noticia de su incomunicación y don Ángel se llenó de orgullo por él, ante Santa Martínez y el resto de los vecinos reunidos en el portal de la tienda de Hevia.

Las angustias de la cárcel no se reducían a los intentos de asesinato, la censura de la correspondencia, o el tedio acechante y tortuoso del encierro. Vivía las experiencias más insólitas y absurdas. Llegó un momento en que solo tuvo compañía cuando en la pequeña funeraria, delante de su celda, y detrás de una mampara, tendían en capilla ardiente algún cadáver. «Me volveré mudo», presagiaba Fidel.

Miraba los tomeguines asomados a las altas ventanas. Se sobreponía a la humillación de las sombras durante cuarenta noches, «con una lucecita de aceite pálida y temblorosa».

Atento al desvanecimiento de la luz al oscurecer se fabricaba sus propias, parpadeantes y pálidas lámparas de aceite para despedir a las sombras y la soledad, sumergido en las páginas de algún autor famoso, sobre la historia de un pueblo, las doctrinas de algún pensador, las teorías de un economista o las prédicas de los apóstoles o de un reformador social. Deseaba conocer todas las obras, repasaba las listas bibliográficas con la misma ansiedad con que acariciaba la esperanza de leer los libros consignados y ambicionaba cabalgar el tiempo que le faltaba, que no alcanzaba para más, incluso allí, donde podría alguien imaginar que fuera apacible y sempiterno. Para él, enamorado de Cuba y del sueño de la Revolución, encender la llama significaba ganarle la partida, detenerlo, prolongarlo o conferirle una intensidad perpetua. Sin embargo, las lecturas de la *Feria de vanidades* de William Thackeray, *Nido de hidalgos* de Iván Turgenev, *El caballero de la esperanza* por Jorge Amado, *El secreto de la fortaleza soviética* por Dean de Canterbury, *Fugitivos del amor*,

por Eric Knight, y de *Así se templó el acero*, de Nikolai Ostrovski, le recordaban la premura de las horas, pasaban al instante, como un soplo de sal marinera o un rumor de hojas anunciadoras de aguaceros en el monte. Atraparlas, guardarlas en una cajita de cedro como las que el viejo coleccionaba y dejarlas transcurrir o volar, era algo más allá de lo concebible o probable.

Uno de esos días en que espantaba la oscuridad de su celda escribió:

Me había dormido acabando de leer la *Estética trascendental del espacio y el tiempo*. Por supuesto, que espacio y tiempo desaparecieron un buen rato de mi mente. Kant me hizo recordar a Einstein, su teoría de la relatividad del espacio y tiempo, y su fórmula famosa de la Energía: $E=mc^2$ (masa por el cuadrado de la velocidad de la luz); la relación que pudiera haber entre los conceptos de uno y otro, quizás en oposición; la convicción de aquel de haber encontrado criterios definitivos que salvaban a la filosofía del derrumbe, vapuleada por las ciencias experimentales y los imponentes resultados de los descubrimientos de este: ¿Le habría ocurrido a Kant lo mismo que a Descartes cuya filosofía no pudo resistir la prueba de los hechos, porque contradecía las leyes probadas de Copérnico y Galileo? Pero Kant no trata de explicar la naturaleza de las cosas, sino los conocimientos mediante los cuales llegábamos a ella; si es posible conocer o no conocer y según ello, cuándo son aquellos acertados o erróneos; una filosofía del conocimiento, no de los objetos del conocimiento. Según esto, no debe haber contradicción entre él y Einstein. Sin

embargo, ahí están sus conceptos de espacio y tiempo, puntos básicos para elaborar su sistema filosófico. Y cabría la contradicción? Claro que no será difícil cerciorarse, pero mientras me hacía esa pregunta, igual que otras muchas que continuamente nos asedian, pensaba en lo limitado de nuestros conocimientos y en la vastedad inmensa del campo que el hombre ha labrado con su inteligencia y su esfuerzo a través de los siglos. Y aún la misma relatividad de esos convencimientos entristece (...) Y en medio de todo esto, no dejaba de pensar si valdría la pena invertir mi tiempo estudiando muchas de esas cosas y su posible utilidad con vista a resolver los males presentes (...)

En aquel encierro imaginaba el tiempo en breves segundos, le descubría olores de temporal, lo denso en la impaciencia, la humedad en los helechos, lo frágil en la muerte, el cuerpo en la luz y lo efímero en el aire.

Soportó la soledad noventa días y enfrentó los sufrimientos causados por las diferencias ideológicas que lo distanciaban de la familia de su esposa y que terminaron por destruir su hogar. Rafael Díaz Balart, el cuñado, que había ascendido a las altas esferas del gobierno en la dictadura batistiana lo subordinó todo a sus ambiciones y, en cuanto a Fidel, dijo que si no había vomitado sangre, la iba a vomitar ahora de verdad. A Fidel, le dolía la injusticia y la impotencia al oír todas esas cosas en prisión, donde nada podía hacer, y reafirmaba: «lo poco que he hecho con suma infinita de sacrificios y noble ilusión no lo podrán destruir, destruyendo mi nombre (...) después de llorar y sudar sangre, ¿qué le queda a uno por aprender en la escuela del dolor?»

Durante el tiempo de aquella prisión fecunda, recibía los tabacos que le mandaba Mongo desde Marcané y la alegría de las visitas de la casa, al principio de Myrta, Fidelito, Enma, Lidia y, después, de su madre. Escribía más tarde cartas de amores platónicos en la distancia y de sublimes sentimientos de amistad, con referencias literarias y convicciones firmes: «Estoy lleno de fe en el porvenir». «En Cuba hacen falta muchos Robespierres» o «no desanimarse por nada ni por nadie». Allí probó su fuerza de voluntad, y terminó de forjar su visión del mundo y el sentido de su vida.

Su alma encontró alivio en la lectura de las obras de José Martí, Víctor Hugo, Stefan Zweig, Roman Rolland, Dostoievsky, Kant, Carlos Marx, Anatole France, José Miró Argenter, y Le Riverend, entre otros.

Para quien fuera a verlo, su camastro rodeado de libros semejava una isla en medio de la habitación. A pesar de aquella aparente insularidad, después de conocer las tristes noticias de Birán, expresó:

Termino estas líneas, que ya van siendo largas; al escribirlas, muchas penas me agobian: mi casa en Oriente, donde nací y crecí, acaba de ser destruida por un incendio (...) Sin embargo, aunque mil penas me crucifiquen, no desmayo ni me desaliento, ni se aparta un minuto de mi pensamiento la idea del deber.

Aún restaban por vivir etapas duras y situaciones conmovedoras como la desorientación del movimiento afuera, el reencuentro con Raúl y la carta del padre de Renato Guitart. A los combatientes del Movimiento 26 de Julio no los volvería a ver en dieciséis meses.

El hombre espantó los mosquitos, el calor y la pereza del silencio, para sumergirse bajo la gasa que recubría el viejo camastro y escribir sin la premura de otras veces, como para no dejarse arrastrar por la ansiedad durante los últimos días en la prisión. En la habitación solo quedaban entre el silencio y el recuerdo de la humareda algunos libros: *Guía política*, *Instantaneas psicológicas*, *Autobiografía* de Ramón y Cajal, y seis o siete más de otros autores. El resto de la pequeña biblioteca fue empacada según la clasificación: historia, economía, literatura, cuestiones sociales y políticas.

Allí, disponía sobre su futuro de manera singular. A Lidia, su hermana, apoyo esencial durante sus días más arduos y desventurados, le escribiría una carta que perfilaba sentimientos y ética:

Valdré menos cada vez que me vaya acostumbrando a necesitar más cosas para vivir, cuando olvide que es posible estar privado de todo sin sentirse infeliz. Así he aprendido a vivir y eso me hace tanto más temible como apasionado defensor de un ideal que se ha reafirmado y fortalecido en el sacrificio. Podré predicar con el ejemplo que es la mayor elocuencia. Más independiente seré, más útil, cuanto menos me aten las exigencias de la vida material ¿Por qué hacer sacrificios para comprarme guayabera, pantalón y demás cosas? De aquí voy a salir con mi traje gris de lana, desgastado por el uso, aunque estemos en pleno verano. ¿No devolví acaso el otro traje que no pedí ni necesité nunca? No vayas a pensar que soy un excéntrico, o que me haya vuelto tal, es que el hábito hace al monje, y yo soy pobre, no tengo nada, no he robado nunca un centavo, no le he mendigado

a nadie, mi carrera la he entregado a una causa. (...) Si nada gano en estos instantes, lo que tenga me lo tendrán que dar, y yo no puedo, ni debo, aceptar, ser el menor gravamen de nadie. Mi mayor lucha ha sido desde que estoy aquí insistir y no cansarme nunca de insistir, que no necesito absolutamente nada; libros sólo he necesitado y los libros los tengo considerados como bienes espirituales.

También Raúl había encontrado refugio para sus angustias en la costumbre de escribir «cartas reglamentarias», el 22 de abril expresa su preocupación por el viejo, que se había recuperado como por arte de magia con la noticia de que la amnistía podía convertirse en realidad. Por eso en una exclamación esperanzada dice: «Ojalá podamos llegar a tiempo».

A punto de volver a la lucha fuera de la prisión, Fidel repasaba entre párrafo y párrafo, entre una idea y otra, el pasado reciente y remoto y no se permitía debilidades, porque si las hubiese tenido, por pequeñas que fuesen, pensaba que no podría esperarse nada de él.

Diez días después, Fidel le escribió a Zenaida, la madre de Jesús Montané, y sin proponérselo explicaría el significado sensible y profundo que tenían en su vida, la gente y los espacios de la casa:

Querida Zenaida:

Vea cómo usted se acordó de nosotros y nosotros nos acordamos de usted el día de las madres. Yo le enviaba un abrazo en la carta al viejo por la mañana, y por la tarde llegaba la suya con un «sentido abrazo para nosotros». No sé lo que habrán pensado

ustedes de que yo les haya escrito tan pocas veces. He vivido en la creencia de que no era necesario hacerlo con frecuencia para que tuvieran ustedes la seguridad de mis sentimientos; como otras veces les he dicho, para con mi propia familia ¿Por qué escribo tan pocas veces? Es tal vez el modo que tiene uno de aislarse contra los recuerdos del mundo que está más allá de la raya divisoria. Siempre que he estado sumergido en un libro me ha costado mucho trabajo dejarlo para escribir una carta. Leyendo la mente se evade de la prisión que queda olvidada durante horas enteras; al escribir una carta, en cambio, todo nos la recuerda y la recuerdan sobre todo, aquellos a quienes las dirigimos y que por nosotros sufren. Hay en esta actitud nuestra un poco de egoísmo, pero hay también algo de generosidad, deseamos no sufrir, pero deseamos también y bastante, que otros ni sufran ni se molesten por nosotros (...)

Recuerdo perfectamente cuando estaba en los primeros grados, a esa edad en que todo hiere vivamente la imaginación, la vez primera que oí narrar la parábola del hijo pródigo. Lo que más me conmovió de la parábola fue el pasaje aquel en que el padre iba todas las tardes a un alto para esperar el regreso de su hijo; sabía que algún día tendría que volver. La recordaba leyendo su carta con parecidos sentimientos de emoción. Solo que esta vez el hijo no fue a derrochar fortuna; sino dignidad y honra (...)

Ausencia

Alfonso, el hermano de Gil-
do Fleitas, uno de los combatientes que atacó el Moncada
junto a Fidel, llevaba tiempo trabajando en las oficinas de
Birán. Había decidido marcharse y todo indicaba que no
habría forma de persuadirlo. Don Ángel lo lamentaba por-
que en los últimos años, nunca había funcionado mejor la
administración de la propiedad y obligado por su ausen-
cia, tendría que revisar él mismo los papeles de la finca.

Envuelto en la vorágine casi ininteligible de las conta-
durías, el bastón apoyado en la silla de trabajo, con el som-
brero sobre la mesa y el tabaco entre los labios, don Ángel
atendía las informaciones del noticiario cuando de pronto
escuchó que Fidel se encontraba enfermo, muy delicado
de salud. Una punzada leve le hincó el pecho, se impre-
sionó y comenzó a pasear la habitación con demora. Una
aflicción de témpano en pleno deshielo se reflejaba en su
rostro, sudaba mucho y miraba a su esposa buscando refugio.
Sobre los hombros de Lina pesaba la preocupación por todos.

Primero Raúl y luego Fidel marcharon a México, casi de
inmediato, tras la amnistía, a mediados de 1955. A la alegría
inmensa de tener al menor de los varones en la casa, le si-
guió la evidencia de que su vida corría peligro. Cuando
Raúl volvió a Birán, conversó largamente con su padre,

porque no lograba convencerlo; el viejo no quería que sus hijos se fueran tan lejos y solo cambió de opinión esa misma tarde al escuchar el noticiero, donde aseveraban que existía una denuncia contra su hijo menor por poner una bomba en el cine Tosca, en la Víbora, un lugar desconocido para Raúl. Aquel encuentro fue la despedida definitiva, aunque ninguno de los dos tenía esa certidumbre, probablemente el viejo lo intuía. En la pequeña habitación que era utilizada por don Ángel como oficina-comedor y salita privada, Raúl se dirigió al viejo y le dijo: «ya ve papá, no nos queda otro camino» y el viejo asintió, resignado y triste, seguro de que era inevitable aquel sacrificio. Después, Raúl se asiló en la embajada de México y partió hacia el país azteca.

Unas semanas más tarde viajó Fidel, el 7 de julio, cuando ya no era posible soportar el ambiente asfixiante de probables atentados, censura radial y televisiva y persecución constante. Para entonces había sido designado como máximo dirigente del Movimiento 26 de Julio.

Al salir de Cuba, dejaban integradas además, la dirección nacional y la de Oriente. Ramón fue a verlo a La Habana y le aconsejó guarecerse en una embajada, pero Fidel aseguró con su acostumbrada intrepidez política que se iba por el aeropuerto. Los hermanos se fotografiaron en la escalinata, frente al Alma Máter de la Universidad de La Habana, y se despidieron por un prolongado e irrecuperable período de tiempo.

Resultaba demasiado arriesgado pasar por Birán antes de marcharse. Raúl estuvo allá, pero a Fidel no le quedaba otra alternativa que privarse de esa felicidad largamente ansiada. Después de todo lo vivido, anhelaba el abrazo de su padre, el beso de Lina, la cálida y absoluta sensación de amparo que experimentaba a la sombra de los cedros de Birán, la cercanía de los familiares y amigos eternos.

Su presencia podría complicar aún más la situación, colocar a sus padres como blanco de odios y represalias. Estaba obligado a resguardarlos de la guerra desatada y confió a Raúl el instante tierno y emocionante de volver a verlos.

Tenía la absoluta seguridad de que don Ángel los apoyaba. Sabía que estaba preocupado, intranquilo, pensando que las dificultades eran muy grandes y que tal vez ellos morirían, pero aún así estaba de acuerdo con su lucha.

Lina y don Ángel leyeron las declaraciones de Fidel a la prensa:

Ya estoy haciendo la maleta para marcharme de Cuba, aunque hasta el dinero del pasaporte he tenido que pedirlo prestado, porque no se va ningún millonario, sino un cubano que todo lo ha dado y lo dará por Cuba. Las puertas adecuadas a la lucha civil me las han cerrado todas. Como martiano, pienso que ha llegado la hora de tomar los derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos. La paciencia cubana tiene límites.

Residiré en un lugar del Caribe. De viajes como éste no se regresa, y si se regresa es con la tiranía decapitada a mis pies.

Poco después, el 9 de septiembre de 1955, Raúl escribiría desde México:

Ya somos cuatro combatientes aquí. Fidel no te escribirá hoy porque lleva dos días sin dormir, escribiendo y mandando instrucciones para Cuba, que dicho sea de paso, todo lo relacionado con nuestro movimiento está marchando a las mil maravillas y

cada día que pasa nos encontramos más optimistas, llenos de fe, aunque nunca la hemos perdido, ni en los peores momentos (...)

Lina enfrentaba sus dolencias y las de su esposo, con hidalguía. Se sometía a un nuevo tratamiento con inyecciones que la mejoraba, pero don Ángel no lograba recuperarse del todo: primero fueron las fiebres y los delirios presagiosos de un constipado, luego la hidropesía. Lina quería llevarlo a la Colonia Española en Santiago o a La Habana, pero él solo estaba de acuerdo con ver al cardiólogo Suárez Pupo, de Holguín. El día del viaje, los sorprendió un temporal en el camino a Birán, con sus destellos fugaces y premonitorios de ríos crecidos, gente volada y palmas decapitadas. Debieron pasar la noche relampagueante en casa de Ramón, en Marcané.

Durante la sobremesa, don Ángel hablaba de los muchachos. Estaba preocupado porque no sabía si les había llegado el giro de cien pesos que les había enviado. Al escucharlo, Lina se preguntaba si el frío sería tan fuerte en México como lo era en La Mensura, la meseta de los pinares, donde el rocío quemaba al desprenderse del follaje.

La noticia de la enfermedad de Fidel los sobrecogió. El padre llamó a Lidia a La Habana, consternado y ansioso por recibir noticias de su hijo. Ella acababa de comunicarse con Raúl y logró tranquilizarlo, convenciéndolo de que no existían motivos para tanto desvelo. Fidel se restablecería pronto, su enfermedad era todo el invierno que no le cabía en el cuerpo, la secuela de la vida solitaria y húmeda de la prisión, los insomnios, la excesiva actividad y el arduo trabajo.

En la distancia, a Fidel le daba pena con los viejos, aunque sabía que no estaban solos, porque allá, en la

proximidad del batey y la familia, permanecían Ramón y su familia en Marcané, Angelita, los niños y Juanita.

Fidel sabía que sus padres se desvelaban por ellos. La preocupación les nublaba la tranquilidad y les quitaba el sueño. Los viejos tenían la niebla del mar en el pensamiento y su ánimo solo cambiaría con el regreso de los hijos. Por eso, Fidel valoraba aún más el apoyo de sus padres, su cariño incondicional, su entereza y respeto.

Enma y Agustinita vivían con Lidia en La Habana. Enma concluía el tercer año de Pedagogía y finalizaba sus estudios de piano. Agustinita, cursaba el Secretariado en inglés y español.

—¡Cualquier día ese animal te da un susto, ya no estás para esos largos recorridos por la finca! —protestaba Lina ante el empecinamiento de don Ángel en su rutina. De modo habitual, él llenaba las alforjas de tabaco y se iba en el caballo blanco a repartir provisiones entre los trabajadores, sin hacer caso de los reparos de su esposa.

Según su opinión, la bestia era mansa y la montura negra, de primera, con la pieza superior repujada, en decoraciones florales como una copia del paisaje montañoso de Birán. Tenía felpa en la hondura para amortiguar los golpes. Las cinchas, arneses, estribos, «guarderas», y el «hogador», eran metálicos; adornados con cintas coloridas.

Otras veces, don Ángel andaba cuadrilla por cuadrilla, para distribuirle desayuno a la gente, con la delicadeza de solicitar el consentimiento del capataz como condición primera. Hacía el recorrido en uno de aquellos vehículos de dos diferenciales, similares a un camión ligero, muy utilizados en el campo y que Lina manejaba con destreza. Era una mujer «de armas tomar». La gente ponía de ejemplo la ocasión en que le ordenó al chofer

del camión en que iban a Marcané, atravesar de todas maneras el río crecido. La corriente volteó el carro y los que en él viajaban se libraron de la muerte de pura casualidad.

En esa obstinación temeraria, Fidel se le parecía. Cuando alguien titubeaba, él intentaba demostrar lo contrario, y muchas veces arriesgaba la vida, sobre todo cuando no daban paso los bravos afluentes del Nipe.

Esa tarde don Ángel regresó temprano de sus habituales rondas y dictó una carta para Raúl, firmada de su de puño y letra:

Birán 3 de.....
Sr. Raúl Castro

Estimado Hijo:

He recibido tu carta por la cual veo que estás bien de salud, y Fidel sabía por la radio que estaba en New York. Yo de mis males me encuentro un poco mejor, Lina estuvo en la Colonia en Santiago unos cuantos días porque se le infectó una inyección, ya esta aquí, y se encuentra mejor.

Supongo que en estos días te habrán girado algo de la Habana, y anteriormente lo habrán recibido también, todo se hace como se pueda, ya que la situación mía no es muy ventajosa. Por lo demás todos estamos bien.

Ruego a Dios por la salud y tranquilidad de Uds., y reciban la bendición de sus padres que siempre les recuerdan con todo el afecto y cariño.

A. Castro

D. Reciban saludos míos, escribiré
Alfonso

Al principio, Fidel vivía en un pequeño cuarto contiguo a la casa de María Antonia donde la seguridad era precaria, por lo que decidió trasladarse a un lugar no muy cercano. En aquellos días escribió: «Vivo en un pequeño cuartico y el tiempo que dispongo libre lo dedico a leer y estudiar... la norma básica de mis pasos aquí es y será siempre suma cautela y absoluta discreción; tal como si estuviésemos en Cuba». «Los primeros días se pasan buscando dónde acomodarse y adaptándose al nuevo ambiente. Voy ordenándome y pisando firme. En cuanto a recursos, ya voy sosteniéndome con los últimos fondos. Mis gastos son muy módicos, pero también (cargo) con la comida a dos o tres buenos cubanos en esta. Se cocina en casa de una señora cubana. Nos alcanza con cualquier cosa. Llevo una administración rígida de los centavitos que traje y espero que con este sistema nadie pase hambre ni ahora ni después. El alojamiento cada cual lo tiene más o menos resuelto a su manera.»

Como brújula política expresó un principio: «Todo grupo que pretenda vincularse a nosotros tiene que acatar incondicionalmente la dirección organizada, es decir, fundirse en el movimiento. En el ejército libertador había un solo mando y el Partido Revolucionario del 95 estaba perfectamente estructurado como una sola unidad política, de lo contrario habría sido imposible la lucha por la independencia. Los que no militaban con él estaban con los autonomistas o con los españoles...». Entonces aún no transcurría el invierno y el tiempo pasaba volando, en aquellos días a mediados de 1955, cuando había tanto por hacer: establecer los contactos, escribir y agrupar a los hombres en

el exilio, preparar la expedición. Despacito con los aromas de los tianguis, la maravilla del zócalo, la frondosidad del bosque de Chapultepec, la exquisitez de los tacos de huitlacoques, su geografía deslumbrante de volcanes, páramos, atlánticas costas y secas llanuras, la sencillez de sus gentes vestidas a la vuelta de las calles a la usanza de otros tiempos, las adoraciones perpetuas a la luna y al sol desde las portentosas pirámides de Teotihuacán, y sobre todo, con el recuento extraordinario de la historia heroica del país, fue el alma de México apropiándose del espíritu de los cubanos, quienes comenzaron a sentir aquella tierra como casa propia y refugio cálido, en los días difíciles del exilio.

País que sobre nubes espumosas, asciende más allá de lo posible, la cumbre nevada del Pico Orizaba, México era un espacio entrañable para los jóvenes revolucionarios, geografía que prohió a José Martí en años rigurosos, terreno vital de la Revolución hasta entonces más radical de Nuestra América, alucinante proceso de profunda raíz popular, insurrección vivida en frenesí de pasiones, sucesos dramáticos y grandes sueños, historia inspiradora, que los cubanos se proponían reeditar en el archipiélago de sus afanes. Allí en México, Fidel y el reducido grupo de jóvenes revolucionarios en el exilio, contactaron con un numeroso grupo de cubanos, mexicanos y latinoamericanos progresistas. Allí Fidel tuvo pruebas de lealtades infinitas, como la de María Antonia y su esposo Avelino Palomo conocido como Kid Medrano, de Arsacio Vanegas y sus hermanas, Irma y Joaquina, de Carlos Maristany y su esposa Julieta, de Alberto Bayo, y de El Cuate, Antonio del Conde, quien siendo propietario de una armería consiguió la mayoría de los rifles, las municiones y el barco que apenas un año después enfiló su proa a Cuba. El primer encuentro de ambos fue una circunstancia especial.

—¿Tiene usted acciones de mecanismos belgas? fue la extraña pregunta con que se presentó Fidel por primera vez en la armería. Antonio del Conde se sorprendió, porque se trataba de una solicitud no ya de rifles, sino de unas muy específicas piezas de armas, de tal manera le pidió a su cliente que le repitiera la pregunta, pues tal vez abundaría sobre su pedido, pero Alejandro, seudónimo de Fidel en México, solo respondió reiterando la pregunta: «¿Tiene usted acciones de mecanismos belgas?», a lo cual, Del Conde quedó aún más sorprendido. «Este cliente y extranjero —se dijo— no era coleccionista de armas y menos de piezas de armas, porque mínimamente debía haber preguntado sobre qué serie tenía o para qué calibre las necesitaba y sobre todo, qué cañón adaptaría por las diferentes medidas y tipo de cuerda (rosca) que existen». De manera tal que, entre una y otra consideración que fugaz y velozmente surcaba su pensamiento ante aquella escueta, simple y concisa pregunta reiterada, le ofreció pasar a su oficina privada, donde volvió a repetirle que por favor, le preguntara de nuevo y otra vez, obtuvo la misma lacónica respuesta interrogativa, prueba de una férrea persistencia, que le dispuso a ayudar con su experiencia armera y de cazador, en un negocio de larga tradición familiar, heredada de su padre y abierto desde mucho antes, en el año 1932. Sus palabras de entonces fueron: «Mire usted señor...yo no sé quién es usted, ni me interesa, pero si usted quiere, yo lo ayudo». Fue el inicio de una relación estrecha, cercana y confidencial al punto mismo de que El Cuate, terminó siendo figura clave de los preparativos de la expedición, y cumplió su palabra siempre, aun en los momentos de peligro para su propia vida, con fidelidad y discreción absolutas a la causa que Alejandro defendía, lo cual aseguró el éxito de todas sus gestiones.

Entre los primeros colaboradores del Movimiento 26 de Julio en México estuvieron también Eva y Graciela Jiménez, Onelio Pino Izquierdo, Orquídea Pino y su esposo el ingeniero Alfonso Gutiérrez, *Fofó*; el argentino Ernesto Guevara, los mexicanos Guillén Zelaya y Marta López y los luchadores antiimperialistas, el puertorriqueño Juan Juarbe y la peruana Laura Meneses de Albizu Campos, numerosos españoles antifranquistas allí exiliados y tantísimos otros compañeros leales y dedicados a la causa revolucionaria continental.

La escasez de fondos, el rigor de los entrenamientos, las dificultades para comprar y ocultar las armas, mantener el vínculo natural del grupo en México con la Isla, y conseguir un medio de transporte para realizar el viaje, caracterizaban el exilio que se aproximaba al final. En la vieja imprenta de la familia Vanegas, donde en otro tiempo inició sus trabajos de grabador José Guadalupe Posada, se imprimieron los manifiestos uno y dos del Movimiento 26 de Julio al Pueblo de Cuba. Las hojas sueltas que desde 1850 publicaba el impresor Vanegas, en lo que se convertiría en una tradición familiar, se alistaban desde entonces en las filas de la causa de la independencia y la Revolución cubanas. Otra contribución vital estuvo en manos de Carlos Maristany y su esposa Julieta, quienes conocían, operaban y guardaban absoluto silencio sobre la planta de radio instalada de forma secreta, para comunicarse con el contacto del Movimiento en Cuba, que radicaba en la torre de control del aeropuerto de Rancho Boyeros. Solo dos personas estaban al corriente de su existencia: Fidel y Juan Manuel Márquez.

Los muchachos habían perfilado su puntería en el campo de tiro Los Gamitos, donde comprobaban la graduación exacta de los fusiles al disparar. El Coreano, uno de

los entrenadores mexicanos a quien llamaban así porque era veterano de la guerra en ese país, propuso un día tirar a la altura de sus rodillas separadas; pero Fidel nunca consintió en que lo hicieran, debido al riesgo desmedido. Por iniciativa de Arsacio Vanegas y guiándose por un manual del ejército mexicano, realizaron un riguroso programa de entrenamiento. Remaban en el lago de Chapultepec y escalaban los cerros del Chiquihuite y Sacatenco, en el norte de la ciudad. Hacían largas caminatas desde el cine Linda Vista, siguiendo por Insurgentes y Montevideo. En el gimnasio de la calle Bucareli se prepararon en defensa personal, combate cuerpo a cuerpo y judo.

Transcurrido poco más de un año de su arribo al país, conseguía eludir con eficacia los servicios de inteligencia del régimen batistiano. Tenía indicios que lo hacían desconfiar de Evaristo Venereo, un hombre del que no tuvieron más noticias después de las detenciones del verano. A principios de 1956, Fidel había recibido informes sobre los planes de atentado a su persona. Luego, con su encarcelación y la de otros compañeros, el peligro de no poder realizar la expedición en el año prometido, se convirtió en realidad. Ante sí tenía solo dos caminos: hacer o no la Revolución y optó por el primero. Fue cuando acudió en busca de fondos y a pesar de sus reparos, a la reunión con Carlos Prío, pasó por alto sus profundas diferencias políticas para alcanzar el objetivo irrenunciable de librar a Cuba de la dictadura batistiana y transformar el país desde sus raíces, y tras cruzar a nado y como indocumentado el Río Bravo, se personó en el Hotel Royal Palm de la fronteriza ciudad de Mc Allen, en el estado norteamericano de Texas. Para él, cumplir la palabra empeñada tenía un valor inestimable. Antes, durante su recorrido por Estados Unidos, había expresado en el Palm

Garden de Nueva York, su promesa de ser libres o mártires en 1956, con la cual se proponía levantar la moral de la gente descreída y frustrada.

En el cuarto de La Paloma, se mantuvo la misma disposición de las camas que en la casa grande, quizás para sentir la habitación con la misma familiaridad cálida del mirador, donde don Ángel y Lina iniciaron sus amores y criaron durante muchos años a los hijos. Allí, en el lugar más íntimo de Birán, el viejo guardaba la foto de Fidel que Lidia le envió desde La Habana.

El 31 de diciembre de 1955, las dolencias de don Ángel empeoraron y fue necesario llamar al médico con urgencia. Se sobrepuso a la crisis porque, a pesar de sus ochenta años, continuaba siendo, un hombre fuerte a quien el corazón fallaba solo en intermitencias fugaces.

Ramón y Juanita trabajaban juntos en la administración de la finca, aunque don Ángel seguía siendo la máxima autoridad y decidía en los asuntos esenciales. En realidad, hacía falta empeñarse duro para volver a sacar a flote aquella tierra, como si la decadencia del dueño condicionara con ella, la suerte de la finca. Solo los cedros conservaban su esplendor imperturbable.

A los intensos trabajos de la zafra, sobrevino un tiempo de inercia. El viejo apenas velaba por sus colonias de caña, cifraba sus esperanzas en la vega y los sembrados de maíz, y algunos lo consideraban un esfuerzo inútil, algo así como la última prueba de sus ánimos emprendedores. Juanita mostraba expectativas discretas en relación con los ingresos que tendrían. Según ella, los capataces no laboraban ni exigían lo suficiente y el trabajo con los subcolonos resultaba engorroso.

Ramón se ocupaba de los sembradíos. Vivía pendiente del clima, los métodos de cultivo, la limpia de los campos, y la reparación y mantenimiento de los equipos. Supervisaba y emprendía, con la misma disposición con que Lina administraba el comercio donde vendían bisuterías, ropas, víveres, bebidas y artículos de ferretería. También mantenía la contabilidad rigurosa de los suministros disponibles en el depósito, detrás de la tienda. Allí había laborado por muchos años Antonio Castro. Ahora trabajaban en el almacén: Pedro Pascual Rodríguez, a quien todos llamaban Paco, y Jesús Fusté, el muchacho enamorado de Ramonita, una de las hijas de la tía Belita quien vivía en Camagüey y visitaba Birán todos los años durante las vacaciones.

Lina regresó de la capital con su esposo, después de haber sido atendida por el doctor Milanés, director de una clínica en Boyeros. El médico la ingresó, para curarle la úlcera en la pierna, don Ángel no quiso marcharse y se quedaron juntos durante los tres meses del tratamiento. Ella empeoró y lo que al principio era una pequeña llaga, se convirtió en un verdadero cráter. Don Ángel sufría con el dolor de su mujer. Deseaba operarse una hernia, pero después de los análisis clínicos, los especialistas no aconsejaron la intervención, debido a los cansancios del corazón que el viejo sufría sin dolor. Los esposos Castro determinaron volver. La larga permanencia en la clínica había sido un verdadero derroche de tiempo y dinero.

A Lina, un médico de Cueto le recetó unas almohadillas medicamentosas, que obraron el milagro de cicatrizarle la ulceración en poco más de una semana. Convaleciente, guardaba cama debido a las complicaciones que los problemas de circulación le causaban.

Con sarcasmo unas veces y escepticismo otras, los diarios y publicaciones de la capital, mostraban

incredulidad en relación con las palabras de Fidel Castro: «Puedo informarles con toda responsabilidad que en el año 1956 seremos libres o seremos mártires.»

—Confío en esa premonición —respondía don Ángel cuando le preguntaban.

En la casa no existía duda de que Fidel regresaría a Cuba ese año. Lo conocían demasiado bien. El viejo pasaba el tiempo pendiente de la noticia, del regreso, como en la historia de la *Biblia*, en que el padre iba todas las tardes a un alto y aguardaba ansioso el retorno del hijo pródigo, aquella parábola poética del «Nuevo Testamento», que tanto había impresionado a Fidel de niño.

Desde el Moncada, don Ángel vivía orgulloso de los muchachos y seguía sus pasos, atento a los detalles, las sutilezas o las noticias. Lina experimentaba una sensación distinta, ella era la madre y como tal, rezaba fervorosa, por la vida de sus hijos, deseando con toda el alma verlos de vuelta en la casa, sanos y salvos.

Los perros aullaban afuera y la brisa húmeda de los pinares empapaba las hojas de tabaco y los mosaicos del piso. Don Ángel resbaló a la una de la madrugada. Aún faltaban horas para las primeras luces. Angelita se encontraba en La Habana y Ramón en Marcané. Enma, Lidia y Agustina, ya estaban exiliadas en México. Juanita permanecía en la casa. Nadie presintió la urgencia. Al mediodía llegó Ramón. Trasladaron al enfermo al hospital en el poblado de Marcané, donde trabajaba el doctor Jaime de la Guardia Silva. Enviaron un aviso al doctor Fajardo, de Mayarí y esperaron por el cardiólogo Suárez Pupo que, como debía viajar desde Mayarí, no pudo atender a don Ángel hasta el atardecer.

Según los especialistas, se trataba de una hernia estrangulada. A las cinco de la tarde lo trasladaron al quirófano. Un momento antes, el cura entró en la habitación y don Ángel se confesó y comulgó.

Ramón pasó la noche a su lado, escuchando sus disposiciones para cuando se marchara definitivamente. Hablaba de Fidel y Raúl, y no olvidó mencionar el anillo del brillante que debía heredar Fidel, porque lo había prometido al primer bachiller de la familia. Ramón eludía la conversación. No quería que el viejo pensara en el final, no podía ser que se acabara su tiempo antes del regreso de «sus muchachos», pero al anciano se le apagaron las fuerzas, el 21 de octubre de 1956. Restaban sólo cuarenta y dos días para el desembarco de la expedición revolucionaria.

Ramón no sabía cómo avisar a Fidel, así que llamó a la CMQ y la emisora radial transmitió la noticia. A Fidel le dieron la noticia sus hermanas, que presenciaron su conmoción callada. Fidel telefoneó desde México. El ejército rodeó la casa de Ramón en Marcané. Alguna gente, atemorizada, no asistió al velorio. Dos compañeros del Movimiento 26 de Julio llevaron unas azucenas blancas y entregaron a la familia una nota breve: «Muchos no vienen porque tienen miedo.»

Para el entierro, como una larga y lenta ola, llegaron los trabajadores del batey. Conmovía sobre todo, ver a los haitianos más ancianos hacer el recorrido a pie, apoyados en sus bastoncillos de guayabo, a lo largo de los ocho kilómetros hasta el cementerio desolado, demasiado distante de los cedrales y alejado del canto de los mayitos que copaban las ramas de los júcaros en el Birán de Ángel Castro.

Habían transcurrido sólo tres días desde que Fidel llamara de México, y ya el Servicio de Inteligencia Militar

de Holguín, buscaba a Ramón para interrogarlo sobre la conversación sostenida con su hermano. En Birán, presagiaban tormenta y la misma lavandera que se persignara, frente al incendio de la casa grande, aseguraba que todos aquellos infortunios se debían a la mala suerte de los espejos rotos...

Fidel recordaba lo que su padre, anciano y enfermo, decía con frecuencia: que iba a morir sin ver de nuevo a sus hijos. Podía comprenderlo bien porque ahora, antes de marchar a Cuba, él vivía una situación muy similar, tras encuentros y desencuentros obligados, se despedía otra vez de su hijo Fidel Ángel, sin saber si algún día volvería a verlo. Había recibido de él una pequeña nota, escrita en 1955. Con la caligrafía de sus seis años y un «Querido papá», encabezaba las palabras en las que le confesaba cuánto lo extrañaba, le deseaba que estuviera bien, le decía que al terminar esa carta iba a jugar pelota y le pedía que se cuidara. «Juego a los soldaditos todos los días» y finalmente se despedía con «un millón de besos de tu hijo que te adora. F. Ángel». El 18 de noviembre de ese año, el niño redactó una composición sobre sus padres: «(...) yo amo a mi papá porque él es muy bueno conmigo (...)» y expresaba que lo quería ver porque hacía mucho tiempo que no lo veía.

Meditaba cuánto había quedado por preguntar al viejo, por saber de su vida. Habría sido maravilloso conversar con él sobre esas mínimas cosas que, sólo cuando alguien no está, se definen como una nebulosa densa e impenetrable.

Fidel debía crecerse ante la amargura de la pérdida, razonaba y soportaba, pero ninguna de esas actitu-

des mitigaba su pena. Supo la noticia al observar el rostro callado de sus hermanas Lidia, Enma y Agustina, «que tenían algo muy grave que confiarle», reunidas en silencio en la sala de la casa de Orquidea Pino y Alfonso Gutiérrez, en El Pedregal, casa-cuartel general que a pesar de la discreción de alguna manera era siempre ámbito de bullicio, reuniones, encuentros. Enma y Agustina habían viajado a México poco antes, porque Orquidea brindó su casa para que ellas evadieran el peligro que suponía su estancia en La Habana. Ahora permanecían silenciosamente consternadas. Enma había dejado atrás el baúl de todos sus recuerdos con la viuda de José Luis Tassende, y los libros de Fidel y las cartas que él había enviado desde la prisión —entre estas, los originales manuscritos en limón de «La Historia me absolverá», de los que ella era depositaria—, ocultos en los forros de sus libros de piano, guardados en el Convento de las Ursulinas. Había dejado allí todo lo vivido y ahora, la noticia infausta separaba aún más dramáticamente el pasado de los días corrientes. Fidel percibía vacía la casa, como un barco fantasma varado en medio de un vendaval. Para él la fortaleza no consistía en la insensibilidad. Necesitaba ser fuerte y lo sería. Solo quien fuera capaz de ser sensible, debía sobreponerse, aunque nunca consiguiera olvidar. Permanecía en silencio y abstraído, perdido en los recuerdos. Humedeció los tabacos. Tenía quince años cuando el viejo le brindó por primera vez habanos y vino como una forma de distinguirlo sin palabras ni elogios, porque respetaba su presencia y autoridad con una discreta admiración inconfesada.

Con el clima seco de México la capa suave de los tabacos se debilitaba y se partía. Tomó uno de los que se

conservaban intactos y comenzó a absorber el humo con la misma fruición con que su padre lo hacía el día que ellos asaltaron el Cuartel Moncada. Años después, en los días difíciles de la Sierra, Fidel se acostumbraría a reservar uno en la mochila para los momentos más reconfortantes y para los más difíciles. Así conseguía soportar la escasez, hasta que llegaban buenas o malas noticias. Si se trataba de un acontecimiento feliz, lo disfrutaba sentado en un horcón caído. Si llegaba una noticia dolorosa, sobre un compañero muerto o un problema grave, entonces se apartaba y fumaba pensativo su tabaco.

Raúl impresionado y triste escribió entonces a su hermana Juanita:

Con la muerte de nuestro padre, sé los sufrimientos que estás pasando. El tiempo y el ánimo no me permitieron hacerte unas líneas. A última hora es ya imposible, pero te envío esta foto y con ella todo el cariño que por ti he sentido, reiterándotelo una vez más. Llénate de fortaleza y valor ya que los tiempos que se avecinan así lo requieren. ¡Ojalá los pueda ver pronto a todos!

Te quiere siempre
tu Raúl.

Nov. 24 de 1956.

Raúl se había fotografiado en el estudio Nuevo Hollywood, del Distrito Federal. El último día del exilio, antes de enrolarse en la expedición del yate *Granma*, envió el retrato a Lina como una cercanía tangible.

¡Madre Querida!

En estos momentos ¿qué puedo decirte?
Sólo que tengo inmensos deseos de verte y que te quiero
más que nunca. Pase lo que pase, siempre en el re-
cuerdo tendrás un hijo que te adora eternamente.

Tu Raúl

Nov. 24 de 1956

Con una exactitud de relojero o de afinador de pianos, Fidel había preparado la expedición a Cuba, una minuciosidad solo comparable con la otra de Fernando Magallanes al pensar en el avituallamiento de sus barcos para la búsqueda de un paso del Atlántico al Pacífico.

El navegante portugués no olvidó ni las lámparas de aceite, ni la sal, ni los libros de navegación, ni las brújulas, ni los tratados sobre las estrellas y los vientos, ni las reses, ni los mapas, ni las sogas, ni las mantas, ni los anzuelos, ni los arcabuces, ni las dagas, ni los desvelos.

El jefe de la expedición a Cuba, posiblemente conoció los ímpetus del portugués por las lecturas del austriaco Stefan Zweig. No olvidó embarcar lo imprescindible en el yate *Granma*: las geografías del Caribe y de las corrientes del Golfo de México, las armas, las galletas y el agua, las historias de gaviotas, delfines y huracanes, las mochilas y las cantimploras, las cajas de balas, las linternas, los libros, la radio, el ansia revolucionaria de cada uno de los ochenta y un hombres y aquella definitiva resolución de desembarcar con un fusil al hombro, en una costa cualquiera de Cuba.

Las imágenes se superponían unas a otras. El río Tuxpan permanecía en calma aquella noche de noviembre

de 1956, pero mar afuera la situación era otra. Los relojes y los sueños sincronizaban su tiempo. El Cuate, callado, velaba porque todos los preparativos del embarque se cumplieran del modo estricto y sigiloso en que había sido planeado, luego, por instrucciones de Alejandro –solo e incomunicado, en silencio perenne, sin acercarse a nadie, sin conversar con nadie- bordearía todo el litoral atlántico del país hasta Isla Mujeres, donde por un pequeño radio de baterías, esperaría la noticia del desembarco en Cuba. Si los jóvenes tuvieran que abandonar el yate al comienzo de la navegación, él rescataría la embarcación perdida. El Cuate hizo todo el trayecto indicado sin despegar los ojos de las costas. Mil conjeturas pasaban por su mente, mientras se preguntaba si de veras el *Granma* habría conseguido hacer su ruta. Mientras tanto, en el Distrito Federal, Enma, Orquídea, Fofo y Agustina, por indicación de Fidel, mantenían retenido a Orlando Cárdenas hasta que se conociera la noticia del levantamiento en Santiago. En Orlando Cárdenas, Fidel intuyó un espía. Todo precipitó la salida del yate y la convirtió en cuestión de urgencia, de vida o muerte. El hombre trató de evadirse y Nico López lo alcanzó. Los reunidos en la casa de Risco y Fuego, en El Pedregal, nunca le permitieron salir hasta que se conoció la información de la llegada del *Granma* a Cuba y del alzamiento en la capital de Oriente. Por el día pasaban las horas jugando pokárto, cartas y dominó para que las horas se diluyeran en el tiempo más rápidamente, pero la verdad era que la tensión no disminuía en el encierro y la incomunicación. Por las noches, alguien hacía guardia a la puerta de la habitación donde él y su esposa dormían. El hombre estaba muy nervioso y en varias oportunidades intentó hablar por teléfono o escabullirse pero ni una cosa ni la otra le fue posible hasta que lo dejaron ir. Muchos años después se

confirmó, que Orlando Cárdenas era un espía al servicio de un empresario amigo de Batista, y que la información transmitida por él, permitió poner sobreaviso al ejército lo que explicaba entre otras razones, la presencia de los aviones de reconocimiento, los bombardeos y el pronto desplazamiento de tropas por la zona del desembarco, la dramática realidad de que a la expedición ya estaban esperándola. Sobre Rafael del Pino Siero recayó la misma sospecha, confirmada antes de la partida. Fidel supo que era el delator y conoció en detalle el plan enemigo: del Pino había entregado a cambio de una suma inicial la información que ubicaba las casas campamento y las armas; luego, por otra suma, entregaría la embarcación, el lugar y la fecha de salida. Fidel recibió oportunamente el aviso y obró con celeridad y discreción. Siempre resguardó la identidad de quien lo alertó y sirvió de esta forma a la causa de la Revolución Cubana.

El oleaje estremecía la estructura del barco. Cuando iniciaron la travesía sobre aquel mar violento, los hombres, doblados sobre sí mismos como ovillos de lana, soportaban a duras penas el mareo y las náuseas. El argentino, Ernesto Guevara, aún no conocía la sonrisa de Camilo Cienfuegos. En el yate, el argentino buscaba anhelante las ampollitas de adrenalina mientras sus pulmones se ahogaban de tanto retener la brisa. Se le hundían los ojos en un abismo insondable y opaco, con una palidez ascética y una sensación aletargada por la adrenalina que le inyectó Faustino. No soportaba las crepitaciones de los huesos y la piel en ese inhalar y exhalar opresivo; como el jadeo de un perro viejo, agotado. Esbozó una sonrisa. Permanecía desvelado mientras los otros dormían en un confuso ambiente de alientos y sudores. Olía a sal, aceite, pintura y vómito.

El ayuno y los hedores mareaban la vista, ensordecían los oídos en agudos timbres y revolvían el estómago hasta los espasmos. El yate apenas avanzaba. Las vigas de madera parecían quebrarse a cada bofetada de las olas. El argentino volvió a sonreír en un gesto sutil, elegante y sin apuros. La sonrisa era su talismán, como una rebelión contra la inflamación de los bronquios, la timidez de sus pulmones. En los entrenamientos en el Rancho Santa Rosa, donde disparó unos seiscientos cincuenta cartuchos y caminó los siete andares, realizó como castigo planchas disciplinarias por «pequeños errores al interpretar órdenes y leves sonrisas (...)» El viaje era una pesadilla, pero Ernesto prefería burlar los malestares y cansancios con esa distensión de los labios y el espíritu que nada podía evitar y que era su mejor carta de triunfo. Fue en el Hotel Soda Palace, en San José de Costa Rica, donde tomó en serio al flaco Ñico López, asaltante al Moncada. Luego de conocerse, él partió a Guatemala, a vivir la democracia revolucionaria de Jacobo Arbenz. Cuando los Estados Unidos derrocó aquella experiencia social por el «pecado» de expropiar un cuarto de millón de acres a la United Fruit Company, viajó a México y volvió a reunirse con Ñico y los demás. Por unos centavos vendía las fotografías, que sacaba a los transeúntes y turistas en el Distrito Federal. Conoció la capital recorriendo las calles con los zapatos gastados y una única camisa, convenciendo a las familias sobre lo bien que lucía en la foto el niño de la casa. En aquellos días trabajó en los IV Juegos Panamericanos para una supuesta Agencia Latina, con amigos como Vero, de los tiempos de Costa Rica, y Roberto Cáceres, *el Patojo*, de Guatemala. Montaron un cuarto oscuro donde revelar los rollos y ampliar los

negativos; todo terminó mal. Quienes los contrataron desaparecieron sin decir adiós... y sin pagar. Los mediodías hacía guantes con Vero, alternando con su oficio de aliviar enfermos en el Hospital General y dictar clases en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma. Entonces se le antojaban demasiado pesimistas los versos de Boudelaire, el poeta francés de *Las flores del mal*, «al albatros que sus grandes alas blancas arrastra tristemente como dos remos rotos sobre la embarcación» y no entendía por qué asociación de la mente, recordaba a sus viejos. En cuanto pudiera escribiría a casa. «Queridos viejos. Estoy perfectamente. Gasté sólo dos y me quedan cinco. Sigo trabajando en lo mismo. Las noticias son esporádicas y lo seguirán siendo pero confíen en que Dios sea argentino. Un gran abrazo a todos. Teté». Aún le dolía Guatemala. Lo único que podía compensar su frustración, era la «aventura del siglo». Evocaba la fría noche en que había conocido a Fidel en casa de María Antonia. Desde el principio, sintió que lo ligaba a él un lazo de romántica simpatía, la idea de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro. Después, en las prácticas de tiro y la preparación guerrillera, aprendió las tácticas de la guerra con Alberto Bayo, un veterano de la Guerra Civil Española, y tuvo la impresión de que era posible el triunfo. Su puntería empezaba a perfilarse como la de un cazador profesional, cuando lo detuvieron en el Rancho Santa Rosa y lo trasladaron a la cárcel de inmigración. Entonces surgieron sus temores, porque de extraditarlo para Argentina, la distancia entre sus afanes y Cuba sería inmensa, casi insalvable y él no podría vivir como un rifle guardado en el escaparate de una armería, mientras la revolución

americana estallaba afuera. Fidel no lo abandonó, porque no conocía esa palabra, y no aceptó ser liberado si con él no liberaban también al joven Guevara. Fidel agradecería siempre al general Lázaro Cárdenas por interceder a su favor para que lo pusieran en libertad. Poco tiempo después, la deserción de un hombre en el campamento de Abasolo, convirtió también en una cuestión vital salir de Tuxpan en el momento programado: la noche del 24 al 25 de noviembre.

Navegaban rumbo a los riesgos. A esas alturas Fidel ya conocía que la velocidad era mucho menor que la calculada en las apacibles aguas del río. Se molestó consigo mismo y maldijo su ingenuidad poco previsor. Cuando el mar estuvo en calma, en apenas unos diez metros y mediante una fórmula geométrica, en dos días, graduó la mirilla de cincuenta y cinco fusiles, armas belgas, suecas y norteamericanas. Su entrenamiento había sido tan eficaz que al disparar con fusiles de mira telescópica, con uno de cada tres disparos, a seiscientos metros, lograba abatir un plato de perfil. El 27 de noviembre, día de sol en el golfo, recordó que esa era la fecha señalada para poner el primer telegrama en México y aunque nunca estuvo muy de acuerdo con avisar, pues significaba correr un gran peligro, finalmente accedió. De esa forma Frank y Celia estarían al tanto de la expedición y podrían cumplir lo acordado. Dio órdenes de confirmar el desembarco antes de iniciar las acciones; pero le preocupaba que en Cuba esperaban que eso ocurriera en la fecha calculada y no dos días después. Para ese momento ya el ingeniero Alfonso Gutiérrez, habría cursado todos los telegramas previstos. La nota que Fidel le dejó decía textualmente: «Telegramas que se enviarán a Cuba por Fofó para coordinar el levantamiento con la llegada del *Granma*».

Sr. Arturo Duque de Estrada
Martes 8 A.M. San Fermín 358
Santiago de Cuba
Obra pedida agotada
Editorial Divulgación

Manuel Rodríguez
Miércoles 8 A.M. Librería Neptuno
Neptuno 103. Habana
Gustosamente atenderemos su pedido
Fondo de Cultura

Miércoles 2 p. m. Hayde Leal
Nazareno 9 oeste. apartamento 2
Santa Clara.
Urge envíe certificado título
Cariños
Berta

Miércoles 3 p. m. América García
Farmacia. Martí e Independencia
Camagüey
Tía Dora mejor
Candita

Miércoles 3 p.m. Sra. Noema Armada
Correa No. 7 (bajos)
Santos Suárez - Habana
Sara comenzó cursillo
Luisa Rosas

Hotel Royal Palm

Miércoles 4 p.m. Habana

Separa habitación doble.

Gladys-Orlando

Miércoles 8 p.m. Dr. Primitivo Lima

Calle 21 No. 104 apto. 7

Entre L y M

Vedado. Habana

Avisa fecha cursillo alergia

Dr. Chávez

Cerca del destino final, Roque cayó al mar y la profunda oscuridad demoró el rescate. Casi al amanecer, en un último esfuerzo, cuando ya no quedaba combustible, se acercaron a la costa con la esperanza de no haber ido a parar a un cayo perdido en el azul.

El primero en lanzarse al agua fue René Rodríguez. En ese momento el Che le preguntó a Raúl el nombre de la embarcación para anotarlo en su diario y ambos bordearon el costillar del barco, como si se tratara de un enjuto Rocinante. Con el agua al pecho llegaron hasta la popa, donde estaba la inscripción. Al principio pensaron que decía *Gamma*, como la letra del alfabeto griego; luego leyeron *Granma*. Pero la leyenda no era la del amasijo de maderos que no llegó a quebrarse en medio de la travesía, sino la de los hombres que aquella vez, sedientos y exhaustos, rompieron las espinas y el manglar.

Años después, otro argentino, Julio Cortázar, escribiría basándose en un testimonio del Che:

(...) y llamarle a eso una expedición de desembarco era como para seguir vomitando pero de pura tristeza. En

fin, cualquier cosa con tal de dejar atrás la lancha, cualquier cosa aunque fuera lo que nos esperaba en tierra –pero sabíamos qué nos estaba esperando y por eso no importaba tanto– el tiempo que se compone justamente en el peor momento y zas, la avioneta de reconocimiento, nada que hacerle, a vadear la ciénaga o lo que fuera con el agua hasta las costillas buscando el abrigo de los sucios pastizales, de los mangles, y yo como un idiota con mi pulverizador de adrenalina para poder seguir adelante, con Roberto, que me llevaba el Springfield para ayudarme a vadear mejor la ciénaga (si era una ciénaga, porque a muchos ya se nos había ocurrido que a lo mejor habíamos errado el rumbo y que en vez de tierra firme habíamos hecho la estupidez de largarnos en algún cayo fangoso dentro del mar, a veinte millas de la isla y todo así, mal pensado y peor dicho, en una continua confusión de actos y nociones, una mezcla inexplicable de alegría y de rabia contra la maldita vida que nos estaban dando los aviones y lo que nos esperaba del lado de la carretera si llegábamos alguna vez, si estábamos en una ciénaga de la costa y no dando vueltas como alelados en un circo de barro (...))

Hubo duda ante la laguna interpuesta en el primer claro, no se sabía si había o no tierra firme, y un vuelco en el corazón cuando Luis Crespo se bajó del árbol donde subió para mirar lejos y dijo que sí, que había potreros y palmas más allá de las enredaderas. Renovaron fuerzas para llegar, llegar, llegar, una palabra que se gastó en el deseo. Cuando por fin alcanzaron el claro fueron a beberse por poca cosa,

toda el agua del pozo del patio de la casa del guajiro Ángel Pérez, plantada en su pobreza la mañana tibia de aquel domingo de diciembre. Él les brindó descanso bajo el techo de guano y los convidó a comer. No alcanzó el tiempo porque era impostergable adentrarse en el terreno. El bombardeo empezó de nuevo por la playa y les seguía los pasos.

En el cañaveral de Alegría de Pío, el cerco militar sorprendió a los jóvenes expedicionarios durante un alto para descansar. Antes, amaneciendo el día 5, se habían desplegado en un bosque espeso y amplio, donde tenían una línea formada que habría sido potente en la ofensiva, pero luego buscaron, como a cien metros de allí, un sitio más resguardado, desistieron de acampar en el puro diente de perro porque muchos compañeros estaban muy fatigados, los pies deshechos en llagas purulentas, en la carne viva, y no podrían reponerse en aquel terreno de mil demonios punzantes para reiniciar otra noche de extensa caminata con el fin de romper el cerco enemigo y alcanzar las montañas. De haber permanecido en el monte principal, habrían sorprendido a las fuerzas del ejército, las habrían barrido con un fuego intenso y efectivo, pero no fue así. Al atardecer, buscaron el terreno más gentil, un cayito de monte de suelos generosamente suaves, porque había aún que aguardar algunas horas para la noche, y fue despiadada y casi enloquecedora la lección que a los rebeldes les quedó para todo el tiempo de la guerra, una amarga, dura, terrible lección. Fidel en medio del rabioso y cortante tiroteo enemigo logró avanzar hasta las cañas bajas y refugiarse en el bosque y de allí, al oscurecer, llegar al bosque principal y de suelo rocoso, acompañado de Universo primero y luego de Faustino. Refugiados en la maleza, durmieron como les fue posible. Con Fidel en ese momento, solo dos hombres y dos

armas, bajo su mando. Al día siguiente bordeaba la espesura hacia el Este, mientras Faustino insistía en refugiarse en el marabú y en salir a las cañas de apenas un metro de altura y desde donde se les podía ver sin dificultad. Faustino persistía pues allí encontrarían alimento y jugo para la sed. Pero Fidel sabía que el cañaveral era más peligroso por la posibilidad de cruzarse con patrullas enemigas o ser detectados por la aviación. Faustino perseveró y él, casi suicida, se dispuso a hacer lo que le proponía el otro combatiente. A pocos kilómetros de camino, un avión civil los sobrevoló cuando tenían cerca un campo de caña y tres matorrales de marabú. Guarecidos en el primero de los montecitos de la planta espinosa, sobrevivieron a la primera embestida de los aviones caza que en cuadrilla arrasaron el tercer marabuzal. Silbaban los proyectiles en todas partes. El polvo y las hojas levantados olían a pólvora, tanto, como las alas de las mariposas despedazadas en el aire. En el intervalo de un nuevo pase, los jóvenes se adentraron en otro campo de caña demolida. Fidel, Universo y Faustino a tramos avanzaban de un montón de cañas viejas a otro; y al final de cada vuelo rasante y de cada bombardeo, se preguntaban unos a otros si seguían con vida, como si hubiere transcurrido un milenio entre ellos. Después fueron alejándose hacia una zona de cañas más altas, sin conseguir distanciarse todo lo que hubieran deseado. Para Faustino y Universo, Fidel deliraba, el Jefe hablaba del triunfo y de todas las realizaciones de la Revolución con una convicción absoluta, con una certeza alucinante, sin desalientos en aquel momento trágico de dispersión y muerte... hablaba en voz baja y en torrente hasta que se enseñoreó de los contrarios un silencio rotundo y de Fidel, un sueño ineludible que le hizo recordar aquella vez, cuando tras el ataque al Moncada, Sarría lo

sorprendió dormido; pero ahora, no permitiría que volvieran a apresarlo: la muerte o la detención, sigilosas, se anunciaban en el imaginar un rumor de voces lejanas, en el escuchar el leve crujir de hierbas aplastadas por pasos inquietantes, que sugerían una segura probabilidad de que alguien vendría a verificar, a requisar, a explorar, a escudriñar como perro de cacería, a hurgar entre las ramas podridas y húmedas, las veredas y las guardarrayas, a ufanarse de cuánta vida había quedado rota, exánime, en aquellas parcelas del infierno. Así que, Fidel tomó su fusil de mirilla telescópica y poniéndose la culata entre las piernas dobladas y el cañón en la barbilla, aflojó el gatillo principal y durmió de una sola vez, tres o cuatro horas profundas; con la boca del arma dispuesta al tiro. Un leve movimiento habría bastado para el disparo, un sobresalto repentino, una imperceptible sacudida del cuerpo, un voltearse al otro lado, un escalofriante e inofensivo bostezo, una conmoción en sueños, o un desperezarse habitual e ingenuo y todo, definitivamente habría terminado. Despertó abrazado al fusil y aún no había pasado nada. Recordó aquel día de infortunios constantes cuando tuvo de veras idea de la ardua lucha por delante, entonces había conseguido aliviar las tensiones al llegar al Hotel Andino, en la pequeña habitación que ocupaba como inquilino y donde durmió un tiempo indefinido y denso. La brisa que susurraban las cañas lo devolvió a la realidad. Universo y Faustino vivían y emprendieron encabezados por Fidel, el camino que los llevaría a romper el cerco y llegar a Cinco Palmas.

Humberto Lamothe, Oscar Rodríguez e Israel Cabrera, quedaron en Alegría de Pío con el fusil entre las manos. Pocos lograron burlar el sitio. Ese 5 de diciembre

de 1956, Raúl anotaría en su diario: «las 4 y 30 hora de la hecatombe». Juan Manuel Márquez, el segundo jefe de la expedición, se perdió, vagó solitario, hasta que la piel quedó adherida a su camisa, lo delataron y le apagaron a tiros la mirada. Níco, Cándido, José Smith, Cabañas y David Royo fueron asesinados en Boca del Toro. Otros fueron hechos prisioneros, entre ellos Montané. Raúl escribió en su libreta:

Detienen el pequeño bombardeo, y yo sigo escribiendo y mientras esté con vida, que tal vez se acabe hoy o mañana, seguiré reportando en mi diario, en el instante, si no estoy corriendo, las cosas que vayan ocurriendo. En estos momentos estamos los seis compañeros tirados boca abajo y pegados a un árbol con unos pocos metros de separación (...) Bueno esto es ¡emocionante, peligroso y triste! voy a descansar un rato y a fumarme un cigarrillo mientras sigue la fiesta; ¡confío en que la naturaleza nos proteja, hasta que podamos salir de este cerco! Ignoramos la suerte del resto del destacamento. Ojalá se salven ellos por lo menos, y puedan seguir la lucha hasta el fin de nuestra causa. Son las doce y cinco.

Unos pocos andaban desperdigados, caminando por las noches, echando maldiciones y malas palabras, comiendo cangrejos crudos y humedeciendo sus labios con las gotas de rocío de las hojas de los árboles, luego de masticar un trozo de caña, taponeando la sangre de las heridas purulentas y moradas, hasta salirse del cerco por los trillos que indicaba la gente buena de por allí, quienes los recibían con el «¡Alabao sea Dios...!» al verlos con vida; a salvo del peligro. Eran la gente de Celia Esther, que brindaban

abrigo y comida, y les contaban los horrores de la represión del ejército, prestándose para guiar a la partida de sombras más allá de la carretera, donde se reunirían después los sobrevivientes. El 13 de diciembre, un fuerte aguacero penetró el tupido follaje del bosque donde se habían refugiado de la muerte un grupo de expedicionarios. Raúl, que los encabezaba, se cobijó bajo un árbol que conocía muy bien en su esplendor y bondad, desde los tiempos de Birán. En su diario anotó:

Con Ciro me acomodé debajo de un cedro abandonado y con la ayuda de un saco de henequén de esos de envasar azúcar, pasamos la noche tiritando de frío y calados hasta los huesos. Por la mañana descubrí que los malditos cangrejos, que de noche abundan por miles y de todos los tamaños, habían comido la manga derecha de mi camisa.

De la cabalgada sobre el mar para ser libres o mártires, poco había quedado. Consiguieron reagruparse en Cinco Palmas, ese 18 de diciembre, un reducido grupo de hombres y siete fusiles para enfrentar a un ejército de ochenta mil soldados, una fuerza descomunal que era apoyada en suministros, aviones y bombas por el gobierno de los Estados Unidos, una fuerza que veinticinco meses más tarde perdió todos los combates, todas las batallas: Maffo, Guisa, Baire, Contra maestre, Jiguaní, El Cobre, Palma Soriano, Yaguajay, Santiago y Santa Clara...

Regreso

Aquella mañana seguramente Pedro Botello Pérez, telegrafista de Birán, encendió el radio bien temprano, intentando sintonizar alguna emisora nacional o internacional. Era un hombre mayor, con una delgadez acentuada por el paso de los años y el hábito de inclinarse a ratos hacia delante, después de pulsar durante mucho tiempo las intermitencias sonoras del telégrafo o mecanografiar las palabras de los mensajes, un trabajo interesante que le causaba estragos irreparables en la espalda.

Hacía frío y la fina llovizna de los primeros días de diciembre había convertido la entrada pedregosa en un verdadero lodazal. Después de desayunar en la casa de su mamá, Ramón se encaminó al correo, retiró el fango de sus botas y escuchó las noticias: Carlos Prío, solicitó una declaración en vivo y aseguró que Fidel Castro era un mártir porque había cumplido su compromiso. Las declaraciones se basaban en una información publicada por el diario *Prensa Libre* que desplegó el siguiente titular en su primera plana: «Muerto Fidel Castro, afirma la United Press.»

Según el noticiario de la emisora radial, el corresponsal de esa agencia de prensa, Francis L. Mac Carthy,

reportaba que Fidel Castro, su hermano Raúl y otros treinta y ocho expedicionarios, habían sido interceptados y muertos en el Golfo de Guacanayabo por fuerzas de la aviación y de la marina, el domingo, a las cinco de la tarde.

Ramón se quedó pálido, sin atreverse a regresar a la casa para ver a Lina, le faltaba valor en ese instante áspero y tremendo, para creer en esas pérdidas irreparables. Era algo que consideraba un imposible, confiaba en que Fidel y Raúl se encontraran vivos.

Impaciente, regresó al ingenio. Llegó casi por inercia, sin prestar atención a las veredas en las que el caballo andaba como desorientado en un gris laberinto.

Zelmira, la hija de Adolfo, un obrero del ingenio, lo reconfortó y animó con palabras solidarias. Al salir de su estupor estaba convencido de que sus hermanos vivían.

Un campesino pasó vendiendo un pavo, y lo compró, lo mandó a preparar y guardar en el congelador Crowel de la casa. Cuando Fidel regresara festejarían juntos con una cena memorable. Sin embargo, ese sueño no se cumpliría hasta casi veinticinco meses después, cuando por fin se desvaneció la perplejidad de Zuly ante las premoniciones de su esposo.

Ese mismo día, el doctor Fajardo, el cirujano que operó a don Ángel, recriminó a Ramón:

—¿Cómo puedes felicitarme por el Día del Médico, si tus hermanos están muertos?

—No señor. Ellos están vivos —y lo mandó al carajo. El hombre lo miró desconcertado y pensó que existía un desamparo increíble en aquella ilusión.

Lina sintonizó la emisora para escuchar las noticias del mediodía, según una costumbre cotidiana, desde los

tiempos en que don Ángel contaba con un aparato receptor, un gran armatoste que preservaba bajo la estricta disposición de que solo él y Fidel podían conectarlo, en los horarios en que funcionaba la pequeña planta eléctrica. Entre las primeras noticias difundidas por el periodista José Pardo Llada, se mencionaba la muerte de Fidel. El vaso de agua que Lina sostenía entre las manos se rompió al estrellarse contra la pared y llenó de cristales pequeños el espacio reducido donde ella quedó inmóvil. Unos instantes después lloraba con unos quejidos roncós que desbordaban su alma oprimida y desesperada.

Angelita, Cortina, Enrique, el nuevo cocinero y Matilde, la señora que limpiaba la casa, la rodearon para esperanzarla y convencerla de que no debía creer aquella noticia sin fundamentos. Intentaban animarla, pero solo consiguieron calmarla unos instantes.

Ella se perdió en su habitación y arrodillándose ante la Virgen Milagrosa suplicó sin descanso, como enloquecida: «¡Sálvalos, Dios mío, sálvalos!». De repente, regresó cambiada con un revuelo de zorzal:

—Alguien me sopló a la espalda.

Para Lina, aquel aircillo sobre los hombros, aquella exhalación de lo desconocido, era una señal inequívoca de que sus hijos se encontraban vivos. Había sentido un aliento del más allá y una conformidad efímera invadió su mirada. Poco después volvieron sus miedos, percibía húmedos las escaleras y corredores, pálidas las siluetas de quienes poblaban la casa, irritantes los goteos, sin alas los espejos. De súbito, con determinación, salió para Marcané con Angelita.

Ramón intentó despejarle los temores y Lina le preguntó insistente e incrédula:

—¿Estás seguro de que viven?

—Sí, no sé por qué, pero lo siento.

A Lina ninguna explicación la satisfacía. Acordaron pasar la noche allí y viajar al amanecer hasta Manzanillo, pero nunca llegaron a ir porque esa misma noche, Batista desmintió por la radio, la información de la mañana.

Lina vivía pendiente del telégrafo, esperando los paquetes de periódicos y la correspondencia con el sello oficial. En Birán no sabían nada nuevo. El batey entero se desvelaba, al tanto de la suerte de los muchachos de don Ángel y Lina. Nadie saludaba o se acomodaba en los taburetes sin preguntar antes por ellos. Lo hacían siempre con la misma persistencia: Ubaldo, Cándido, Carlos Falcón, Juan Socarrás, Polo, Paco, Dionisio, Santa, Dalia, Benito, Matilde, los viejos Cortiña, los Vargas, los Gómez, los Fernández y tantos otros. A la sombra del portal se hacían mil conjeturas con la eterna esperanza de una buena noticia y la confianza depositada en Fidel y Raúl, para que las cosas cambiaran de forma radical en el país. Prácticamente no habían recibido instrucción, pero la mayoría de los trabajadores, gente humilde y honrada, poseían suficiente decoro y luces como para saber que los jóvenes Castro eran gente de ley, y que todo cuanto hacían era también por ellos.

La situación a mediados del mes era un mar revuelto de informaciones contradictorias, falsas expectativas, leyendas y, sobre todo, aprensiones justificadas, porque los crímenes del Moncada persistían en la memoria reciente de todos. Desde el día 5 de diciembre, Lina había apelado enviando telegramas a Batista y al Cardenal Arteaga, pero sus palabras, como era de esperar, no fueron atendidas...

Como madre sufrida y enferma del Dr. Fidel Castro y Raúl Castro le pido en nombre de todas las madres, de las madres de los soldados y las de los revolucionarios que combaten en la Sierra Maestra en Oriente, que tengan una tregua para que no se siga derramando tanta sangre entre cubanos. Que Dios ilumine su inteligencia y actúe con cordura y piedad con prisioneros de guerra.

Muy respetuosamente de usted,
Lina Ruz, viuda de Castro.

El mismo día en que Fidel atravesaba los cafetales y salía al fondo de la casa amiga del campesino Mongo Pérez, mientras Raúl acampaba temprano en la zona de La Manteca para más tarde llegar al borde de la carretera de Pilon, ese 16 de diciembre de 1956, los partes de guerra informaban treinta muertos y quince detenidos. La gente hablaba cada vez más de los asesinatos. Lina convenció a Ramón para viajar a Santiago de Cuba e ir a ver a Montané, detenido en una de las celdas del Moncada.

Se hospedaron en el Hotel Venus de la calle Hartmann. Los ojos de Lina traslucían las horas angustiosas de las últimas semanas. Vestía de luto y por momentos, elevaba su mirada como si pidiera en silencio un milagro. Al verla, nadie imaginaba, en aquella mujer adusta, la sonrisa y la elocuencia, su carácter simpático, ocurrente y conversador.

Ramón llevaba todo el peso en medio del temporal, contenía sus emociones, erguido y en apariencia, imperturbable.

Cuando los entrevistaron a su llegada al hotel, Ramón respondió:

No hemos logrado saber nada. No hay nada concreto que demuestre que lo hayan matado o esté vivo. El mismo gobierno tiene confusión sobre su existencia, por las dificultades que ofrece el terreno donde ocurrió el desembarco. Todos los expedicionarios aseguran que vino en el Granma y estuvo con ellos hasta el primer encuentro con la fuerza pública, tres días después del desembarco (...)

Una síntesis de las palabras fue transmitida por radio. Raúl la escuchó el mismo día 18 de diciembre y apuntó en su diario: «Oí por radio unas declaraciones muy buenas de mi hermano Ramón.» Faltaba muy poco para que el menor de los Castro Ruz abrazara a Fidel, en un encuentro del que escribiría después: «Alex se alegró mucho de que tuviéramos las armas.»

En el calabozo donde permanecía arrestado, Montané le aseguró a Ramón: «Yo no vi a Fidel después de la dispersión», y en voz alta y delante del capitán que condujo al visitante, Montané, rebelde, maldijo una y otra vez su encarcelamiento porque no le permitía luchar contra «estos hijos de puta del demonio».

El periodista Nicolás de la Peña Rubio visitó, bien entrada la noche, la casa de Ramón en Marcané. Hacía sólo unos días había entrevistado a Lina, y ahora buscaba unas fotografías para ilustrar la conversación. Las declaraciones publicadas eran muy valientes: «Sufro como sufren las madres de los soldados y los revolucionarios, pero si ellos, Fidel y Raúl, deben morir, quisiera que lo hicieran dignamente.»

Ella no podía imaginar entonces que un recorte de periódico llegaría a manos de Raúl y que, en la espesura de un campamento rebelde improvisado, sus palabras servirían para confortarlo y enorgullecerlo.

El periodista confirmó antes de marcharse de regreso a Holguín, que en la dirección del periódico *Norte* existía la convicción de que vivían, conclusión a la que habían llegado tras conocer una cadena de hechos y apreciaciones coincidentes. Nicolás sabía que de un momento a otro publicarían la noticia, y prefirió anticiparle a Lina aquella certidumbre del diario. Pidió a Ramón que controlara a su madre y que guardaran silencio. Según el periodista, el coronel Cowley había confirmado al director del diario la veracidad de la información.

Eran las doce de la noche cuando Ramón salió de Marcané hacia Birán. En la casa, se sorprendieron al despuntar el día, porque la neblina espesa de los pinares se había disipado y restallaba de verde el follaje sin la sombra de las nubes.

Las geografías no traían nombres ni datos. El 22 de diciembre, en casa de María Antonia Figueroa, en Santiago de Cuba, miembros del Movimiento 26 de Julio en Oriente buscaban en el mapa el lugar, por donde el primer correo rebelde de la Sierra Maestra, Mongo Pérez, testimoniaba la ubicación de Fidel, al oeste del Pico Turquino. Se inclinaron sobre el mapa sin conseguir localizar el lugar con exactitud. Con una exaltación discreta celebraron la noticia. Un gran júbilo invadió a todos los reunidos. Bilito Castellanos probablemente lo supo al día siguiente. La dirección del Movimiento decidió entonces

que él viajara a Marcané, pues como allí vivían sus padres nadie desconfiaría de su visita.

Bilito la vio acercarse por el sendero carretero de una de las colonias de caña. Lina andaba a caballo y él en un automóvil.

—¿Cómo está? —la saludó con el cariño de siempre, sin adelantar aún el motivo que lo había llevado hasta Birán.

—¿Cómo estás Bilito?

—Necesito hablar con usted.

—Ah, bien mi hijo, vamos —respondió, intuyendo al verlo, algo trascendente, porque Bilito era un hermano para sus hijos y compartía sus ideales.

El joven no habló nada más hasta llegar a la casa.

—Vengo comisionado por Frank País, y la dirección del Movimiento en Oriente para decirle a usted que, según un emisario que llegó de la Sierra, Fidel y Raúl viven y están muy bien. Nosotros queríamos comunicárselo para que estuviera tranquila.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!, —exclamó la desesperada mujer con la manos juntas en el pecho, y la expresión del rostro transformada por la inmensa alegría.

No sabía cómo atender a Bilito y daba paseitos de uno a otro extremo de la casa, donde no cabía del contento, pues renacían el aliento y las esperanzas.

Las Pascuas Sangrientas estremecieron la región norte de Oriente. En las cercanías de Birán, la mayoría de los trabajadores industriales y agrícolas del ingenio Marcané se referían, consternados, al asesinato de Loynaz Hechavarría, viejo y destacado líder obrero del central y dirigente socialista de la zona.

Después de esa noche, el padre de Bilito ideó ocultar a su hijo en el falso techo de la casa por si llegaban a registrarla, pero nada ocurrió.

Loynaz frecuentaba la colonia de Hevia y se reunía con los hermanos Rodríguez, comunistas desde la década del cuarenta. También asistían otros trabajadores del batey de Castro. Casi todos se habían iniciado como militantes en el partido y el sindicato del central Miranda y sus colonias. Cuando la administración impuso un sindicato patronal, comenzaron las luchas y protestas, y conocieron a Loynaz, un hombre muy enérgico, preocupado por el desalojo de campesinos en la zona de Sao Corona.

Paco y Joaquín Fernández, compadres de don Ángel de toda la vida, eran viejos comunistas, que leían con avidez el periódico *Hoy*, recibido desde la capital por ferrocarril.

Después de las Pascuas Sangrientas, los Rodríguez se marcharon. Paco y su señora, Santa Martínez, viajaron a Cueto, donde los militares no contaban con referencias de su filiación comunista. Eugenio, uno de los hermanos de Paco, había amanecido poco antes ahorcado en una guásima, con la boca llena de hormigas, como amenazaban siempre los soldados. Su cuerpo pendiente de una rama robusta y expuesto a la fría brisa de los cruentos días, sobrecogía a la altura de la mirada. Tenía los zapatos gastados e hinchados los tobillos. Solo con mucha entereza, la gente se atrevió a mirar más arriba y descolgarlo del árbol.

A Loynaz lo mataron en el camino a Cueto, la misma noche que asesinaron a otros dieciocho cubanos. El coronel Cowley, jefe del regimiento Calixto García, en Holguín, dirigió las acciones aquella madrugada sin luna ni sereno.

El alto oficial del ejército llegó al amanecer y Lina, con su inalterable sangre fría y su valor a toda prueba, lo

invitó a desayunar. En cambio Angelita no pudo contenerse y cuando la mandaron a sentarse al lado del oficial, respondió bruscamente y salió rápido del comedor. Lina sabía que Cowley se proponía intimidarla y además, ejercía de esta forma, una presión mezquina y brutal sobre Fidel y Raúl, como advirtiéndoles que ella, su madre, desprotegida y al alcance del ejército batistiano, podía sufrir una venganza policial.

El teniente Padrón lo buscó en su casa de Marcané, pero Ramón estaba en Birán y por una casualidad no fue detenido. Alguien le avisó, le entregó treinta y seis pesos y una pistola para que se fuera lejos, porque de regresar al central lo iban a asesinar. Ramón se mantuvo cuatro días oculto en un cañaveral, en la colonia de Blanco, cerca del ingenio.

El 2 de enero de 1957, en el campamento guerrillero, Raúl recordaba: «Creo que hoy es el cumpleaños de mi hermana Enma. Si por donde vive mi mamá el día amaneció igual que por aquí, probablemente pasaría el día más triste de su vida pensando en nosotros, a la intemperie (...)» Tres días después anotó en su diario: «Anoche soñé mucho, dos veces con mi amigo, compañero y hermano Níco (...)» A la mañana siguiente, como para protegerlo de la frialdad del monte, le llega «el mejor regalo de Reyes que podía esperar, un grueso abrigo militar que por medio de María Antonia Figueroa en Santiago de Cuba y después por medio del compañero Pessant, me había mandado mi mamá (...)»

La neblina se despeñaba de las altas montañas arri-
madita a las arenas espesas de la costa sur, a las aguas
quietas y negruzcas de la amanecida, donde parecía di-
luirse sin prontitud, más bien pesadamente, con una

demora vaporosa y fría que se veía opaca en las mirillas telescópicas de los fusiles que observaban, ese miércoles 16 de enero, la casita utilizada como cuartel en La Plata, viejo apostadero de la Guardia Rural, habilitado tras el desembarco del *Granma* para alojar a una guarnición de unos doce hombres, bajo el mando de un sargento y armados de un M-1, una subametralladora Thompson y fusiles Springfield. Todo el santo día fue a la espera, y a la bajada del arroyo ya Fidel había decidido atacar esa misma noche. Desde antes de partir de la finca de Mongo Pérez, Fidel había determinado llevar a cabo alguna acción ofensiva contra el ejército. Transcurridas las primeras semanas en campaña, ya disponían de veintiún armas largas: nueve fusiles de cerrojo con mirilla telescópica, seis fusiles semiautomáticos, dos ametralladoras Thompson, otros tres fusiles de cerrojo y la escopeta de calibre 16. Además, contaban con dos pistolas Star de ráfaga y otras tres o cuatro pistolas y revólveres y ocho granadas y cartuchos de dinamita. El cuartel de La Plata, por su ubicación y la cantidad de tropas que radicaban allí, aparecía en el horizonte como un objetivo factible, donde podría alcanzarse una victoria que consolidara el ánimo general de la guerrilla y que desmintiera su desaparición y la de sus líderes. Aguaceros diluvianos, deslizamientos abruptos, subidas y bajadas entre inmensos árboles y bejucos molestos, acampadas tediosas por temporales inoportunos, ayunos prolongados y de vez en cuando unas comidas abundantes o frugales que parecían manjar del cielo, en lo que ellos iban calentándose con la leña que ardía en el fogón, después de un sorbo breve de coñac con miel, pesadas avanzadas por pantanos, y noticias e informes que llegaban o no, se agolpaban como vivencias de las

últimas treinta y nueve jornadas guerrilleras de aquel grupo de hombres que ya sumaban treinta y dos, dieciocho de ellos expedicionarios del *Granma* y los otros catorce, campesinos incorporados a la lucha o militantes del Movimiento enviados desde Manzanillo. Todo lo anterior convenció a Fidel, lo persuadió de que había llegado el momento del combate.

En la tarde, después de detener al mayoral Chicho Osorio, con seguridad el mayor asesino de la Sierra Maestra y conocer por él mismo, mediante una estratagema engañosa, toda la información posible y dejarlo atrás con varios guerrilleros que lo fusilarían cuando empezara el ataque, los combatientes rebeldes se acercaron silenciosamente al cuartel, bajo una luz de luna intensa a las dos de la madrugada. La fusilería comenzó a disparar cuando Fidel lo hizo contra la posta. Alrededor de media hora después, el combate terminó con la rendición de los soldados; entre ellos dos muertos y cinco heridos, de estos últimos, tres morirían posteriormente. Che aplicó un torniquete a uno de los adversarios heridos. Los rebeldes recogieron las armas, el parque, la ropa y equipos. Fidel felicitó a los soldados por la hombría demostrada y les dio la libertad, también dio la orden de entregarles medicinas para que curaran a sus heridos. Después, a ratos fugaces entre la marcha y los altos del empinado recorrido que conducía primero fuera del firme, al este, y luego, río Palma Mocha arriba, Raúl escribió en su diario:

Como no teníamos medicinas allí, nada pudimos hacer por el momento con los heridos. Acordamos, pues que los dos prisioneros y el herido leve, nos acompañaran hasta el campamento para darle allí medicinas y que ellos los curaran hasta por la

mañana que llegaran sus compañeros, ya que por lo avanzado de la hora, nuestro médico no podía atenderlos debidamente, si no con mucho gusto lo haríamos. Le prendí candela al cuartel, la única casa que quedaba sin arder, y después de colocar los heridos distantes del fuego, nos marchamos.

Tomamos rumbo hacia el campamento. Me puse al lado de un prisionero y echándole un brazo por arriba de los hombros, así fui hablando con él de la ideología de nuestra lucha, del engaño de que eran víctimas ellos por parte del gobierno y todo lo concerniente al tema que el tiempo y lo corto del camino nos permitió. Él me pidió que anotara su nombre y que en el futuro no me olvidara de él, ya que era pobre, que mantenía a su mamá, y él no sabía lo que iba a pasar. Nos despedimos de los prisioneros con un abrazo, soltamos a los civiles presos. Uno de ellos nos serviría de guía, y nos encaminamos rumbo a Palma Mocha, por un camino que bordea la costa.

Desde lejos, se veían arder sobre los cuarteles de la opresión, las llamas de la libertad. Algún día no lejano sobre esas cenizas levantaremos escuelas.

Sería como un evangelio que la guerrilla y la Revolución seguirían estrictamente, ejercicio de una ética intrínseca y elevada que les distinguía y prestigiaba: el respeto al adversario, lo cual se convirtió además, durante todo el tiempo de la guerra, en un factor psicológico de gran importancia para la victoria. Fidel lo explicaba con la sencillez de lo natural, la guerrilla conseguiría despertar admiración incluso entre sus enemigos

militares porque, cuando las fuerzas rebeldes consiguieran derrotarlos sin faltarles al respeto ni humillarlos, ni insultarlos en la derrota, habrían logrado entonces ganar ascendencia entre ellos. Los guerrilleros iban al combate inspirados contra la tortura y el asesinato, porque esas eran precisamente las prácticas batistianas más aborrecidas e inadmisibles. El sentido de vivir y luchar, de los rebeldes no era otro que el enfrentarse en primer lugar, al horror despiadado de la tiranía, y era cuestión de honor y principios ser lo contrario, mostrar una generosidad infinita y caballerosa ante los prisioneros, ante sus contendientes, en medio de la pólvora y la muerte.

Por el camino fangoso, al pasar el puente La Cachaza, la avanzada de cuatro camiones del ejército, se topó de frente con el jeep en que viajaban Lina y su hermano Alejandro. Les ordenaron detenerse, preguntaron el rumbo que llevaban e insolentes registraron el vehículo. Lina indagó con el jefe hacia dónde se dirigían.

—Para Birán, —le respondió el hombre sin percatarse de la identidad de la persona a quien respondía.

—Tengan cuidado —advirtió ella—. Allí hay más de mil hombres y han puesto una bomba de dinamita en la guardarraya, por lo que nosotros hemos dado una vuelta como de una legua para poder pasar y lo hemos logrado con una escolta rebelde.

El oficial ordenó la retirada, sin persistir en el propósito de llegar a Birán y obligó a Lina a encabezar la flotilla frustrada.

—¡Mira que tienes pantalones!—, repetía Alejandro a su hermana durante el largo y demorado trayecto,

mientras ella sonreía, convencida de su lucidez y de su derecho a defender al batey de una manera tan inofensiva y con un poder de persuasión tan rotundo.

En el verano, Lina recibió carta de Raúl, a través de Celia, a quién le había escrito antes:

Madrina:

En vista de que «estoy tan gravemente herido,» Fidel me encargó le hiciera unas líneas a mi mamá. Si te es posible mandarsela personalmente y aprovecha al mismo tiempo para precisar a Ramón a que «afloje». Con el próximo correo dime los resultados de esa misión.

La misión había sido asignada poco antes, el 22 de junio de 1957, cuando Raúl le escribió a Celia: «Querida Madrinita: (...) ahí te mando una nota para mi hermano Ramón para que le envíes dos mil pesos en bonos de distintas denominaciones. Debes de mandárselos y ponerle un tiempo límite, breve para que haga la entrega (...)»

La prensa publicó que habían asesinado a la madre y al hermano de Fidel, en represalia por el atentado al coronel Fermín Cowley, el 23 de noviembre de 1957. La noticia referida a Lina y Ramón trascendió, se recibieron llamadas desde México y los Estados Unidos. Una ola de rechazo y denuncia recorrió la región y toda Cuba. Batista tuvo que desmentir la información y enviar a los oficiales Pérez Coujil y Lavastida para ofrecer garantías de que no se adoptarían represalias en la casa de Birán.

Ramón pudo volver a la legalidad, pero ya la situación era muy complicada. Aún así, vendía bonos, preparaba sabotajes, gestionaba medicinas y uniformes y andaba por

aquellas carreteras del infierno, en franco desafío a las amenazas y los peligros.

Abrieron el refugio por si bombardeaban. Raúl le envió a Ramón indicaciones para sacar a Lina de Birán poco antes de la huelga general de abril. Se marcharon a La Habana, donde vivían en un edificio de apartamentos, cuyo ascensor quedó detenido por falta de fluido eléctrico al estallar una bomba que retumbó muy cerca. Después, Lina insistió y regresaron a Birán.

El 1ro. de mayo, apenas unos días después del regreso, Raúl escribió a su mamá, a la una y media de la madrugada, fatigado, feliz y apasionado con el paso firme de la Columna Frank País, «en una vastedad inmensa de territorio». Le reclama a su mamá y a su hermano Ramón, porque el regreso de ellos a la zona oriental del país, principal escenario de la guerra, significaba correr un gran riesgo.

Querida Viejita:

Hace ya meses que no empuño la pluma para hacer ciertas líneas como debía ser mi obligación, pero nuestra dedicación de cuerpo y alma, a todas horas del día y de la noche, a Cuba, nuestra madre común, me lo han impedido, antes, desde la Sierra Maestra, eran difíciles las comunicaciones y ahora desde aquí, apenas si tengo tiempo para dormir. El día 10 de marzo atravesé la Provincia con mi columna y desde entonces ha sido un constante batallar contra el tiempo, organizando y peleando dentro de una vastedad inmensa de territorio que ya casi tenemos controlado, bajo el paso firme de las compañías de esta Columna No. 6 «Frank País». Nos

encomendaron una tarea grande y difícil y si ha sido necesario trabajar mucho, muy grande es también nuestra satisfacción al ver que en un tiempo récord, todo marcha viento en popa, sobrepasando incluso los cálculos iniciales. Estamos conscientes de estar escribiendo una epopeya de nuestra historia contemporánea y todos nos preocupamos, de que en este Segundo Frente, terminemos la contienda con la misma luz que la iniciamos.

Pero ya estoy tan saturado que solo hablo de revolución, naturalmente que así será hasta el final, pues en cinco largos años es lo único que he hecho. Tú sabrás comprenderme y hasta perdonarme.

Por mi primo Roberto, el hijo de Belita, que tengo en una de las compañías, supe que ustedes no estaban ahí, hasta ahora que por un amigo supe lo contrario y de sus deseos de saber de mí. En realidad, no debieron venir y mucho menos Ramón, pues la guerra naturalmente se extenderá y él no estará exento de cualquier represalia por parte de algún energúmeno. Consideren seriamente la advertencia que les hago. Quiero enviarles antes de terminar, mis más tiernos cariños para toda la familia que aparentemente he mantenido olvidada por los duros trajines de la guerra, especialmente para abuelita y para ti. Sigán teniendo fe en el gran triunfo final que será de todos los buenos cubanos, que mientras más se sufra ahora más dulce nos sabrá la Libertad: Te adora, tu

Raúl

¡Contesten algo, por favor!

Polo trabajaba para Castro desde el año 1936, primero como ordeñador, y luego en la pequeña fábrica de quesos. Tenía la piel muy blanca y los ojos claros, vivaces. Hablaba fluidamente con una dicción castiza. Se preciaba de sus buenas relaciones con todo el mundo y de su honradez. Cuando los viejos viajaban a Santiago de Cuba, le encomendaban la casa y él cumplía con exactitud las recomendaciones. Agradecía un mundo a don Ángel y a Lina y sentía afecto por los hijos de aquel hombre que tuvo propiedades y hábitos de mando, pero trabajó y fue humano hasta la esplendidez. Muchas veces practicaba «el borrón y cuenta nueva», cuando los adeudos de algún campesino eran demasiado elevados en el almacén; en otras, regalaba a los recién casados suficientes provisiones y un hacha para abrirse camino en la vida.

Los muchachos del Movimiento 26 de Julio hicieron un alto en la casa de Polo, recorrieron el sendero hacia los pinares para adentrarse en el monte y sumarse a las tropas rebeldes del Segundo Frente Frank País. Eran seis muchachos muy jóvenes y demostraban la arriesgada temeridad de su corta edad. Polo fue hasta el guayabalito, mató un macho y mandó a Reina Luisa, su mujer, a preparar comida para el grupo.

—Polo, venimos aquí por la confianza que le tenemos. Esto nadie puede saberlo.

Él asintió sin hacer preguntas indiscretas. A los pocos días arribó otro grupo y volvió a repetirse la historia. Dos rebeldes necesitaban bestias para subir las a la Comandancia de Raúl, y el campesino entregó una yunta de bueyes y un caballo de buen porte, que le había comprado a don Alejandro, el hermano de Lina.

En otra ocasión solicitaron de nuevo su ayuda para empujar jeeps por la loma de Sojo, hacia el Segundo Frente, mientras una avioneta del ejército sobrevolaba La Mensura, en pases inquietantes.

En la familia de Polo se contaban las historias de su hermano Enrique López, en el Ejército Rebelde. En marzo de 1958 dirigió una capitanía. La colaboración de su gente fue muy importante para que Raúl cruzara en camiones la Carretera Central y lograra sin novedad pasar el llano, para poder llegar a las montañas de la región norte oriental con su columna de combatientes. Raúl así lo reconocía en su carta al Che del 7 de marzo de 1958:

Después de seis días de marcha, a esta hora, hemos llegado al punto donde debo separarme de Almeida, al que tal vez le dé dos días de ventaja para que se mueva hacia su objetivo; depende esto de los informes que me traiga hoy Enrique López. Este ciudadano tiene por aquí una columna de escopeteros que sobrepasa a los doscientos, al parecer, bastante buenos muchachos. Por todas las zonas que hemos pasado noté que los quieren bastante. Se ha subordinado completamente a Almeida y al parecer le será muy útil, por lo que no me lo llevaré por ahora; no obstante me prestará tres o cuatro hombres que utilizaré de guías. Todas estas zonas de por acá, aunque con muy poco monte, presentan muy buenas perspectivas bélicas (...) Mi nombre por estas zonas es Luár aunque mucha gente me identifica.

Vale

El 9 de ese mismo mes, escribe a Fidel:

Fidel:

Esta noche parto con todo listo. Dentro de un momento me retiro de este campamento de Enrique para tomar el equipo motorizado. Le he dado dos días de ventaja a Almeida. Aprovecho que Enrique te enviará 200 fulminantes, mechas y algunos obuses de mortero que tienen guardados, no sé cantidad exacta. Yo me llevo algunos cartuchos de dinamita, 100 fulminantes y algunos cocteles molotov más (...)

La gente del batey decía que había pasado por Sao Corona, donde antes vivieron los abuelos, cerca del lugar donde Maceo en la Guerra del 95 instaló la imprenta para editar el periódico *El Cubano Libre*. Raúl atravesó entre las grúas del 31 y el 32, chuchos montados en Birán hacia 1924, cuando don Ángel firmó los contratos con la Warner Sugar Corporation del central Miranda. Alguien exaltaba la intuición y el valor de Lina ese preciso día, cuando al escuchar un bombardeo, en lugar de refugiarse subió a las lomas, con la convicción de que uno de sus hijos estaba cerca y desde lo alto podría observar mejor lo que ocurría.

El peligro grande de la ofensiva de verano quedó atrás. Lina viajó a la Comandancia de Las Calabazas a fines de septiembre. Sentó a Raúl en sus piernas como si fuera un niño. Habló con él, con la misma ternura del rocío o las sombras cálidas del cedro al dejar pasar la luz. Raúl confesaría después que casi muere ese día de tantas emociones. Atrás habían quedado algunos instantes cruciales, como la detención de los ciudadanos

norteamericanos, acción con la cual protestaban y evitaban los continuos bombardeos a los campesinos. Atrás había quedado también, el embate más fuerte del ejército batistiano y los presagios de una ofensiva en la zona norte, aquel tiempo en que Raúl lo mismo comunicaba a Fidel que podían oírlo todos los días por radio, que solicitaba refuerzos, ciento cincuenta Springfield y M-2; los tiempos en que llamaba con el pensamiento a Vilma, enlace esencial entre la sierra y el llano por medio de quien el Segundo Frente recibía lo imprescindible para defenderse y acometer acciones. Vilma, a quien primero admiró y después amó. Vilma, guerrillera de la ciudad que tuvo que irse a las montañas cuando la muerte cerraba el cerco cada vez más. En junio de 1958, Raúl confesó a alguien cercano:

(...) recibí tu nota de protesta y tal vez tengas razón. Pero cuando pienso que por Frank hacer lo mismo, ya no lo tenemos luchando a nuestro lado, insisto cada vez más en que la «rabi-larga» venga para acá. Si la agarran la van a descuartizar, tú te morirás de remordimiento y el movimiento habrá perdido a dos grandes compañeras (...)

En ese tiempo, ya Ramón mandaba a los escopeteros de Birán: Juan Vargas, el cartero de Birán y segundo jefe de la Milicia Revolucionaria en la Insurrección; Carlos Cortiña, Chichito, Manolito Fernández, y Martín, el medio hermano de los Castro, hijo de Generosa, casi todos los primos de la familia y tantos otros jóvenes del lugar.

El Movimiento contaba con la adhesión del batey y el poblado de Marcané. Por la noche, todos conocían el intenso trasiego de pertrechos, uniformes, vehículos motorizados,

teléfonos de magneto, equipos médicos y medicinas. De la farmacia de Castellanos salían cargamentos en silencio, disimulados o a la vista de los viejos y las mujeres, porque toda la juventud de la zona se alzaba bajo las órdenes del joven guerrillero Abelardo Colomé, *Furry*, que operaba más allá de las lomas, detrás de Birán y era quien primero recibía las mercancías enviadas por Ramón al Ejército Rebelde.

Ramón permanecía en Marcané porque tenía muy buenas relaciones comerciales con la gente pudiente. Sus gestiones de avituallamiento, resultaban indispensables al Segundo Frente. Tras un viaje a España, subió definitivamente a la guerrilla al final de agosto, cuando su situación en el llano resultó insostenible. Primero debía pertrechar la fuerza aérea, pero después lo trasladaron a la Intendencia General. Debió conseguir combustible, arroz para los hospitales, un gabinete dental, una planta eléctrica, una imprenta, entre tantas otras cosas. Integraron su frente de milicia, más de mil doscientos voluntarios dedicados a la búsqueda de suministros.

El hombre narraba sus recuerdos, como correo de la tropa rebelde, después de tomar un poco de café y descansar del camino largo hasta allí. Lina lo escuchaba sin dejar de preguntarse cómo aquel ser escuálido podía soportar las caminatas interminables por el lomerío. Oyéndolo, regresaba al pasado en intermitencias fugaces e inclinaba el cuerpo hacia delante, como sentada al borde de la butaca de mimbre. El hombre llevaba los zapatos sin cordones y no se ponía medias. Era el dinamismo en persona, gesticulaba exageradamente, narraba las historias del Hombrón con la frondosidad propia de los montunos y se le notaba bajo la piel el alma buena:

«Yo lo veía alambicado al mirar por la ranurita del escopetón viejo y ruidoso: El Hombrón afincaba sus doscientas libras en el arma, miraba, medía, calibraba la distancia, luego se ajustaba los lentes de montura de carey para aminorar la miopía y arriaba los cristales a la mirada limpia, amanecida, sin ahumaderas ni nubarrones.

»Disparaba y con el disparo se alzaba la espantada de pájaros, alas de mariposas y polvo de hojas, chirriaban los grillos, se escondían los lagartijos y rodaban de una sola escapada todos los goterones de rocío. El tiro se moría rápido, languidecido en un tronco de marañón alabeado, con ese vicio que tienen los palos de combarse en el lomerío.

»Yo llevaba y traía papelitos garabateados que no entendía, pero eso sí, me aventuraba por los caminos con entendimiento de trillos y atajos, a sabiendas andaba por la palma de mi mano, y a mis modos, sin muchos rebuscamientos, comprendía bien, afabricaba los aconteceres de solo echar una ojeada.

»Esta vez había emprendido la marcha en lo oscuro y después la mañana levantó, anubarrada, como olvidada del azulado, y yo sentía entumidos los huesos, pero seguía subiendo las angosturas resbaladizas del fanguizal empinado.

»En la Comandancia, la escalada era más fácil por los peldaños de madera y las barandas de mar pacífico que Celia mandó plantar para que los soldados rebeldes no rodaran al bajío en lo tupido de la noche,

cuando el humo no delataba las posiciones y estaba preparada la comida, arriba en la cocina, situada junto al brocal donde el arroyo era todavía un caudal estrecho recién nacido en la altura.

»Así como estaba yo, pormenorizaba al Comandante y él permanecía quietecito en aquello de marcarle el rumbo a los tiros del arma. Contaría unos treinta y un años y ya no tenía la barba rala de las primeras semanas en campaña. A pesar de su robustez, sus manos eran huesudas: las llevaba de los espejuelos al disparador una y otra vez. Se tapaba de la frialdad con dos camisas, una sobre la otra; fumaba y mascaba tabaco, y a mi figura'ó, tenía en la cintura una Browning, la cantimplora y una canana de balas que ponía más peso y torpeza a sus zancadas si se movía de lugar para alcanzarse el fusil de mira telescópica. Fijaba el ojo a la hendidura y consultaba con cierta impaciencia los dos relojes en la muñeca izquierda. Poco antes de un combate se le descompuso el suyo y resultó a ver que no sabía la hora y había indicado tirar parejo y esperar por él para la iniciada en el momento justo que no lograba adivinar en el silencio del aire.

»Desde entonces usaba dos relojes para no quedar a la deriva del tiempo detenido, solo una vez recordaba una sensación igual, cuando en México, no calculó que el mar no era el río Pantepec, y el *Granma* se demoró más de lo calculado.

»Desde los días abriños finales se notaba el revuelo de la aparición de unos diez mil soldados de la

tiranía batistiana por todos los contornos de la Maestra, y demasiado movimiento sigiloso de nosotros, éramos unos trescientos hombres y, muchas defensas aparecidas y desaparecidas un día aquí y otro allá, y yo figurándome que el hombrón ya lo pensó todo con anticipo para evitar encontronazos con el enemigo, y juntar a nuestra gente de nuevo a la vuelta de la Columna 1, menos Raúl, situado muy lejos. En ese ensimismamiento de lo imaginado estaba cuando se me acercó, saludó cumplido y mandó a pasar a la cabaña. Celia trajinaba al fondo y colaba café en un espacio estrecho de celosías de madera, como balcón a la barranca, en la caída de la montaña hasta el arroyo y, por un costado, una escalerita de sube y baja por si se quiere aislar la casa, asentada en troncos de carolina secos reverdecidos bajo tierra; la casa de cobija de guano sin puertas, con paredes como alas de cedro, levantadas o no desde dentro. En la salita, los libros, papeles y mapas atiborraban los anaqueles, y el hijo pequeño sonreía desde las fotografías en la pared. De un lado, la mesa larga y los bancos de cuaba, y del otro, un refrigerador de kerosene con una herida calibre cincuenta en un flanco. Más allá la habitación casi desierta, porque dicen que el Comandante se está brevemente en la Comandancia, y acostumbra salir de operaciones y regresa mucho después con el uniforme verde olivo pegado a la espalda y un olor a ungüento amargo de mil demonios.

»Celia había llegado ese día la primerita desde Las Vegas. Ella era para todos como el horcón del medio, también para él. Lo acompañaba en sus recorridos y era a su lado, como un ángel de la guarda. No se estaba quieta nunca y en un abaniqueo

constante volaba sin acusar cansancio ni detenerse. Junto al Che, el médico argentino, hacía de lugarteniente del Comandante, mandaba sin titubeos y trabajaba incansable en el suministro a la guerrilla. Ella apadrinaba los casorios campesinos, ahijaba los vejigos que nacían en las lomas y cuidaba de nosotros con un cariño especial de flor y sombra.

»Sin demorar enseguidamente, pasé a cumplimentar mi encargo y saqué de la carterita de nailon el recado que traía para Fidel. El repasó el mensaje con la vista, se haló la chiva en un gesto de hábito y me pidió esperar la contesta; pero primeramente reinició sus paseos crujientes sobre el entablado del piso y se volvió a los oficiales para terminar la idea poco antes suspendida como una rama de copal: “(...) no importa cuántos sean ellos, lo importante es la cantidad de gente que necesitamos para hacer invulnerable una posición (...) y lo otro, lo acostumbrado: atacar, retirarse, emboscar (...)”

»Yo lo escuchaba y me sentía en familia, sin remilgos me estaba allí y recordaba lo que dicen del Hombrón, que vislumbra y conjetura derechamente todas las verdades astuciadas y sueños de justicia. Él descubre quién es quién de solo mirarlo fijo y augura siempre cosas buenas aunque tenga alucinaciones tristes. Por eso recibí sin azoramiento la seguridad del triunfo de la revolución, en sus palabras de la conversación de ese día, en torno al café humeante de Celia Esther de los Desamparados, que nunca conocí persona mejor nombrada que ella. Cuando principié el regreso, yo iba seguro de que íbamos a capear el temporal de este

verano, preludiado con tiempo para prepararnos y vencer. Así que no se preocupe Lina que vamos a vencer.»

Los años y los sufrimientos no habían logrado apagar la vivacidad de sus ojos a pesar de que ya no era la misma. Ante los otros tenía una hidalguía de mástil pero se derrumbaba apenas se quedaba a solas, entonces se sorprendía de su congoja, ante los más mínimos detalles de la vida que en otro momento su espíritu resistía casi sin inmutarse. Era rigurosa consigo misma al reconocerse frágil; sin percatarse de la entereza con que asumía lo difícil. Sus hijas se encontraban ausentes: Enma vivía en México, Agustinita estudiaba en Suiza; desde febrero de 1957, Angelita se encontraba en La Habana con: Mirtza, Tania, Tony, Mayito e Ileana. Juanita también se había marchado a la ciudad con la idea de viajar a los Estados Unidos. Todas participaban y colaboraban o integraban el Movimiento. Por sus hijas era feliz. Enma incluso, le escribía con entusiasmo sobre sus amores con el mexicano Víctor Lomelí, un hombre de buenos sentimientos, dedicado a trabajar como ingeniero naval.

Consideraba que su lugar estaba en el paisaje polvoriento, pedregoso y ondulado como una anunciación de los pinares. Alguien le había recomendado marcharse; sin embargo, a pesar de los reclamos persistentes para que viajara a otro lugar, donde no fueran inminentes los peligros, permanecía allí, en pleno territorio de guerra, como uno de los troncos de caquairán en el firme de lo que fuera la sombra de la casa grande de Birán. Su apariencia, casi a los cincuenta y cinco años, seguía siendo pujante y resuelta, lo

que se acentuaba por la severidad del luto y las dolencias inconfesadas desde que don Ángel murió, el 21 de octubre de 1956. Mantenía la esperanza de vivir el regreso de sus hijos.

El día de la llegada del correo rebelde, apenas contenía su euforia. La oportunidad de enviar una carta era una bendición de los cielos.

7 de agosto de 1958

Querido e inolvidable hijo:

Ruego a Dios de todo corazón que al recibo de estas líneas y siempre, te encuentres gozando de una perfecta salud y que la buena suerte sea como hasta ahora tu eterna e inseparable compañera. Por aquí todos bien. G.A.D.

Te diré que tu hermano mayor fue a España, por iniciativa propia y voluntaria, yo me alegré mucho con ese viaje ya que ha trabajado mucho en estos años y en realidad necesitaba de ese descanso. Estoy muy contenta porque también Agustinita hizo un viaje muy favorable a Suiza para estudiar un año en un Colegio de ese País, todo esto cotizado por un buen señor que te admira mucho y quiso ayudarla.

Adjunto a esta carta te mando una foto donde estamos tu hijo y yo, esto fue a principios del mes de Abril que fui a visitarlo, como podrás ver está grandísimo y muy bonito, que Dios quiera tenga tus mismos ideales y tu gran valor.

Tengo siempre muy buenas noticias de mi otro hijo pues como está más cerca se me facilita mejor que las que recibo de ti.

Todos los días y a todas horas rezo y le pido al Señor porque muy pronto podamos abrazarnos todos juntos y llenos de felicidad, rodeados de la LIBERTAD que tanto amas al igual que todos los cubanos bien nacidos y que tengan un átomo de grandeza, decoro e idealismo. Toda madre se siente orgullosa de sus hijos aunque estos no tengan más virtud que las de ser sus hijos y nada más, pero ese no es mi caso, pues tengo en Uds. más que a mis hijos a los héroes imborrables de toda una juventud y de todo un pueblo que tiene cifradas sus esperanzas y su fe en aquellos que salieron de mis entrañas y a los cuales vi crecer bajo la mirada que sólo tenemos las madres, hasta llegarse a forjar su propio camino recto y sin manchas y al mismo tiempo les indicabas a tus hermanos (los cubanos) el único sendero decoroso y firme que sin duda es el que están siguiendo en estos momentos. EL DE LA REVOLUCIÓN LIMPIA Y JUSTICIERA, por eso es que me siento doblemente orgullosa de mis hijos que son Uds.

Te pido de todo corazón que me escribas unas líneas cuando puedas, pues me alegrarán mucho y me darán mucho más valor.

Sin más por el momento me despido de ti con todo el cariño de una madre que desea verte pronto y que jamás te olvida.

Que Dios te bendiga
Lina

La carta le llegó sin contratiempos, le parecía algo sorprendente leer las palabras de su madre. Se acomodó en la ladera de la loma, guardó los lentes en el bolsillo y apoyó la cabeza en un saco de carbón, con el cielo, la exuberancia frondosa de los algarrobos y el canto de los tocororos y zorzales, como cobija del espíritu, en la Comandancia de La Plata. Unos días antes había cumplido treinta y dos años. Por esa fecha, partió de Las Vegas, en un caballo dorado grande, junto a Celia, que iba detrás en «una pequeña mula prieta». Recordó que durante el recorrido pensó en todos, especialmente en el viejo que atesoraba las fotografías de los hijos en el espacio más íntimo del hogar, justo en la mesita de noche. La intensidad de las semanas recientes no le había permitido el descanso y definían el curso de la guerra a favor del Ejército Rebelde. Concluida la contraofensiva rebelde en combates memorables, el 18 de agosto de 1958, había dado la orden para que el Comandante Camilo Cienfuegos, con una columna de noventa hombres, extendiera la contienda hasta Pinar del Río, y hacía solo setenta y dos horas, había asignado al Comandante Ernesto Guevara, al Che, la misión de conducir una columna invasora, integrada por ciento cuarenta combatientes, hasta Las Villas, donde debía operar, según el plan estratégico insurgente: «batair incesantemente al enemigo en el territorio central de Cuba e interceptar hasta su total paralización el movimiento de tropas enemigas por tierra desde Occidente hasta Oriente».

Llovía a cántaros en la serranía, mientras ideaba el plan para sitiar Santiago de Cuba. Los goterones se

precipitaban sobre la hojarasca de guasimillas, cedros, caobas y copales con la misma fuerza con que se deslizaban por los inmensos helechos arborescentes del lomerío.

Al recibir la carta de su madre sintió una emoción especial, evocaba todos los desvelos de Lina, el afán porque estudiara, sus insondables sufrimientos, el temple de su estampa enlutada y el apoyo tierno, perdurable en aquel tiempo de cicatrices, zozobras, espantos y alegrías. Cuando terminó de leer, incorporó el torso y levantó una rodilla para apoyar la pequeña libreta de apuntes.

Sierra Maestra
Agosto 24 de 1958

Sra. Lina Ruz
E.S.M.
Querida Madre:

Recibí con mucha alegría tu carta y considero una gran cosa la oportunidad de enviarte estas líneas. Seré breve porque sobre las cosas que podría haberte hablado habría que escribir mucho o no escribir nada. Tiempo habrá cuando concluya la guerra.

Estoy bien de salud como nunca lo había estado y Raúl lo mismo. Yo puedo comunicarme con él por radio cada vez que quiera, y todo marcha bien.

Sabía ya que Ramón estaba en España y también el viaje de Agustinita. Algún día la familia volverá a reunirse. Puedes mandarme noticias por esta vía y recibir cartas mías con frecuencia.

Muchos recuerdos a todos los buenos amigos que no menciono pero a los que siempre recuerdo y recibe tú muchos besos de tu hijo

Fidel

Quince días después Fidel volvió a recibir noticias en una carta de Ramón a la vuelta de España. Su hermano había viajado en el mes de julio, para acompañar a don Manuel Argiz en su regreso definitivo a su patria. Ese tiempo, Lina lo pasó en La Habana, de donde llegó con un nuevo tratamiento médico. Ramón le contaba además, sobre la caída en combate del hijo de la tía Belita, Roberto Estévez Ruz, de la tropa de Furry en el Segundo Frente, también le hacía llegar fotografías del viaje y una medallita que una francesa le había entregado para él, en Lourdes. Ramón se alegró de la nueva política económica del Ejército Rebelde:

Me dicen que este año no quemarán más caña, esa noticia me pone contento, que tú cambiaras de táctica, pues supongo sabes que Birán casi toda la caña que molió fue quemada, y muchos retoños que se quemaron dos y tres meses que me cuestan la vida darles condición, pues por los copiosos aguaceros y no tener paja les sale mucha manigua, pero en eso yo no me meto, puedes hacer lo que tú quieras, al fin tu vida vale mucho más y no tienes miedo a nada, y otras cosas más grandes que las cañas se han perdido, que son los hijos buenos de la patria, que lo han dado todo.

Espero perdones la carta y contéstame pronto, yo cada día estoy más bruto, pero noble. Zuly te manda

muchos abrazos y los niños también, nuestra madre y todos.

Te quiere mucho,

Ramón

A Mongo, el teléfono de magneto le recordaba el que la compañía de Miranda había instalado en Birán después de 1924, cuando se construyó la línea del ferrocarril con el esfuerzo de los braceros españoles y antillanos. Ellos tumbaban monte, abrían el terraplén a pico y pala y luego halaban los mulos y los carretones.

Por uno de aquellos aparatos clandestinos, instalados en el Segundo Frente, después de una requisita en las estaciones y puestos de ferrocarril, Lina se comunicó con él, aquel 24 de diciembre de 1958, cuando ya Birán era zona liberada: «Ramón ven para acá que aquí está Pitín.» Lina interrumpió la comunicación sin agregar nada más y él pensó que Raúl estaba en casa.

Ese mismo día, con la intuición de que la jornada sería muy agitada Enrique Herrera Cortina, el cocinero de la casa de La Paloma, donde vivían don Ángel y Lina tras el incendio de la casona en 1954, madrugó, coló café y preparó jugo de naranjas. Él trabajaba allí gracias a su amigo Juan Socarrás que lo fue a buscar a las lomas de Mayarí para que trabajara en Birán. Hicieron el viaje a pie, entre los desfiladeros de las lomas, por un camino bien conocido entre los biraneros y los trabajadores forestales de la finca. Socarrás, lo conocía desde hacía muchos años y confiaba en él, tanto como para recomendarlo a don Ángel. Al llegar, Lina

preparaba el desayuno y lo saludó sin formalidades: «Ven para acá, ahora coge tú el mando».

Esa misma noche, Lina acondicionó un cuarto cerca de la cocina y lo felicitó por lo bien que había quedado la comida. Ella le permitía disponer, y nunca interfirió en sus labores; todo lo contrario, en reiteradas ocasiones le pedía que atendiera él mismo a las visitas. En esa época llegaban muchos viajantes a Birán, con mil y una propuestas de mercancías. A todos se les invitaba a comer. A veces eran treinta y tantas personas, algo que solo cambió después, con el luto y las convulsiones de la guerra. Aunque ni así dejó de existir movimiento.

Cortina se sentía a gusto. En la casa llevaban una vida metódica, se levantaban oscuro, trabajaban la mañana; al mediodía reposaban; luego trabajaban de nuevo y a la noche, a más tardar a las nueve o las diez, iban a dormir.

Él le preparaba a Lina los sopones de pollo con bastante condimento de comino. Ella los tomaba bien calientes, en un tazón de loza florido, de una vajilla española.

Cuando don Ángel murió y llegaron las noticias sobre Fidel y Raúl, Cortina le insistía para que comiera y se esmeraba preparando platos que la complacieran.

Con su trato campechano, Lina logró que el cocinero se sintiera tan bien en Birán como si fuera un miembro más de la familia. Además, el joven ya había puesto calladamente los ojos en su sobrina Ana Rosa, la hija de su hermana Antonia, fallecida en 1929.

Ana Rosa se había distanciado de su primer esposo, Ramiro Vega, uno de los billeteros que llegaban a Birán, a quien la gente conocía como El Galleguito. La muchacha

vivía con su abuela doña Dominga, en la misma pequeña y acogedora casa del batey.

Ese 24 de diciembre de 1958, avanzado ya el día, Enrique Herrera Cortina sintió el ronco sonido de los motores y los pitazos de los carros. Nunca había visto a Fidel, pero no alcanzó a decir nada cuando sintió los pasos de dos en dos, en los tablones de la escalera de acceso a la casa, en los altos. Fidel sorprendió a Lina, sin concederle un instante para el asombro o las lágrimas. Se abrazaron prolongadamente, luego de unos cuatro años de separación que por su intensidad y lo sufrido parecían mil siglos. Conversaron sobre los grandes y pequeños detalles de sus vidas como si fuera a esfumarse el futuro y no quisieran dejar nada por compartir. Fidel reparaba en el cansancio de la vieja, adusta y frágil en sus vestiduras, su sonrisa y su voz. Ella se preguntaba cómo era posible aquel milagro de tenerlo allí, porque aún seguían los combates y la guerra no había llegado a su fin. Su hijo estaba junto a ella, vestido de montaña, con la sonrisa de siempre y el abrazo entrañable de sombra de cedro.

Fidel llegó a Birán acompañado por Celia y otros compañeros y unos doce o catorce hombres armados de ametralladoras. Fue la única vez que Fidel, para algo personal, se alejó por unas horas del territorio donde tenían lugar los principales combates. Dejó atrás el escenario principal de la guerra; pero no sus deberes, pues desde allí impartió órdenes antes de la toma de Palma Soriano. Atravesaron el llano en dos jeeps, pasaron por los mangos de Baraguá, para enfilarse después rumbo a Birán, en una operación temeraria y rápida.

Enrique vivió aquella estancia de Fidel como un revuelo tremendo. Él se fue por todas las habitaciones para abrir las puertas y ventanas, afuera aguardaban los

campesinos y trabajadores del batey, los rostros familiares de la infancia y la juventud temprana. Los amigos entrañables de siempre. Fidel los abrazaba, charlaba con ellos, preguntaba por la suerte de todos sin olvidar los nombres ni las historias de cada uno.

La llegada a Birán le causaba una profunda impresión. El viejo ya no estaba, tampoco la casa grande ¿Cuántas veces habría soñado don Ángel con ese momento? Levantó la mirada y observó uno de los cedros que a su padre le gustaba plantar y ver crecer en su altura espigada y olorosa. «Lo irreal es su muerte», se dijo mientras andaba entre la alegría y la tristeza, y recordaba la ocasión en que don Ángel le reprochó el despilfarro de municiones. En la guerra siempre recordaba las palabras del viejo, como quien sigue la estela de otro barco en el mar para llegar a puerto seguro.

Su nostalgia y su alegría se confundían en un mar de sentimientos fuertes, tanto como él; le recordaban el sobrecogimiento feliz al derrotar la ofensiva de verano y los días recientes: «son cosas, sensaciones que uno tiene, ya estaba la guerra ganada (...) pero hay algo... uno siente de repente un vacío, es la primera sensación que se experimenta cuando piensas que llevas dos años de guerra y de pronto aquel escenario cambió por completo: se acabó la guerra».

Todo el sendero ancho del Camino Real a Cuba se colmó de gente: españoles de la cofradía de su padre, cubanos de buena ley y haitianos y jamaicanos viejos. Andaba de un lado a otro. Avanzaba con sus pasos de eterno caminante, recorría los espacios entrañables: la escuela, el correo-telégrafo, la valla de gallos, el almacén, y la casa de la abuelita, donde abrazó a doña Dominga con la blusa llena de imperdibles y medallitas que usaría indefectible a partir de entonces, porque los santos habían escuchado sus plegarias.

Fidel les preguntó a los vecinos y a la tropa si querían comer naranjas y a Lina le disgustó la avalancha desorganizada y tumultuosa, aunque ya no había modo de detener la ola. Ella quería repartirlas, pero sin arrancarlas, cortándolas con unas tijeras, como debía ser para que las ramas volvieran a retoñar, como velaba don Ángel porque se hiciera siempre, naranjo por naranjo, sin prisas para conservar el bosque florecido de azahares con su blancura al pie de los troncos, y las fragancias interminables. Antes, don Ángel descubría allí, el agua en el viento por los confines del naranjal.

Fidel comprendió a Lina, y pensó que tenía razón, pero ya no había remedio, había promovido sin desearlo el pequeño desorden, alentado por el mismo desprendimiento y generosidad de su padre, que restó esplendores a la propiedad y prodigó ayuda a muchos. Fidel lo hizo con el mismo ánimo solidario que inspiraba sus sueños, con la vehemencia con que escribía sobre la sencillez y la elocuencia del ejemplo desde una celda solitaria en el presidio.

Aquel 24 de diciembre, Fidel le comentó a Ramón: «La primera propiedad que va a pasar al Estado será esta».

Para Ramón lo más importante era que su sueño se había cumplido. Todo en Fidel era cansancio pero aún así el hermano mayor logró convencerlo para ir a comerse el pavo guardado por veinticinco meses en el congelador de la casa del ingenio. En Marcané, después de la comida de Nochebuena, Fidel habló en el club; pronunció un discurso que no grabaron las cintas magnetofónicas de la época ni publicaron los diarios.

Debía regresar para ultimar los detalles del ataque a Palma y el asalto a la poderosa guarnición de Santiago de Cuba. Ramón y Fidel se separaron en Alto Cedro y

volvieron a encontrarse, acompañados por Raúl, a pocos kilómetros de Santiago, el 27 ó 28 de ese mismo mes, en el Santuario de El Cobre, ya liberado, donde se retrataron junto al Padre García, quien fuera rector en Dolores y era capellán en la iglesia.

Al concluir el día, Birán, seguía en su pensamiento como un paisaje de insoslayables regresos. Tenía que seguir la marcha.

Para una de las lavanderas del batey, aquella con apariencia pálida y espumosa, que cinco años antes se persignara al ver los espejos rotos, el 1ro. de enero de 1959 era la fecha en que comenzaban a desvanecerse de una vez por todas los maleficios de las quebradas lunas de los espejos.

En los últimos días de la guerra, la Comandancia de La Plata, había quedado atrás. Había sido el lugar en lo profundo de la Sierra más familiar para la dirección del Ejército Rebelde: «el lugar más querido de los momentos decisivos de la guerra, de los primeros combates y de los últimos combates». El sentimiento de apego de Fidel a aquella vida sencilla, dura y austera, de hermandad a prueba de balas, bombardeos, riesgos constantes, y sacrificios, se anclaba entre las montañas, sin imaginar lo que sobrevendría después. En los comienzos de la ofensiva batistiana el 5 de junio de 1958, cuando vislumbró lo que sería su camino en carta a Celia:

Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande; la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero.

La revolución se haría para vencer lo imposible y realizar los sueños de justicia e independencia con el mismo aliento de combate y relámpago de los tiempos de la Sierra.

Fidel pensó que iba a extrañar los helechos húmedos, el fango de sus botas, el insomnio obligado durante setecientos sesenta y un días, la naturalidad sorprendente de los combatientes temerarios, las escarpadas laderas de la Sierra Maestra, el aletear de los tomeguines, zunzunes y zorzales, el tiempo de dos relojes en la muñeca, del desafío, del acoso, de los faroles de aceite, de las cobijas de guano, del rostro enjuto de los campesinos que lo habían apoyado desde los primeros y más difíciles días de la guerrilla, el hábito de escribir con letra casi imperceptible o de ajustar las miras de los fusiles, la agilidad de ardilla de los mensajeros y los guías, aquella su breve biblioteca de campaña, su estruendosa maquinita de escribir, los robles, las carolinas y los copales resinosos, las noches impenetrables y el silencio del monte y de los cedros.

La revolución, amenazada desde el norte, avanzará como una columna guerrillera de rápidas, insospechadas, fulgurantes, creativas, fascinantes y nunca previsibles acciones. Hubiera querido ser agrónomo, escritor, médico, pero ha sido más, ha sido hombre de la revolución, «hombre de la madrugada comprometido con la luz primera», como dijo el poeta. Con los brazos entrecruzados a la espalda y adelantando pasos de uno a otro sueño, ora largos y apurados, otros más lentos y meditativos, creará que una idea se desarrolla y de leves esbozos surgirán arborescencias copudas; a veces susurrará empeños para que ningún enemigo pueda espantarlos o detenerlos, y otras los hará volar de una sola vez hasta realizarlos y convertirlos en

palpable realidad. Escribirá con el deleite de la palabra exacta, una especie de obsesión, hasta que la frase quede a su gusto, fiel al sentimiento o la idea que desea expresar y en la fe de que siempre puede mejorarse, con un afán perfeccionista solo comparable a su descomunal voluntad de trabajo. Discursará largas y apasionadas conversaciones, en una plaza de multitudes palpitantes, que le seguirán cada palabra y cada inflexión de la voz para no perder una sola de las coordenadas que adelanta al futuro o los enigmas del pasado o el presente que descifra y comparte.

Preferirá en política, todo lo nuevo y en otras cosas lo viejo: el viejo reloj, el viejo uniforme, las viejas botas, los viejos espejuelos «porque si me pongo otros espejuelos y me miro al espejo no me reconozco».

Entonces no vislumbraba que llevaría indeleble, el monte y el pueblo en la piel, sin sentir nostalgia de tanto verde húmedo y cobija de hojas, porque se convertiría para siempre en guerrillero del tiempo.

Horno

Toda la luz del monte ardía cobijándose en el pequeño volcán de leña, paja y tierra apilada que era el horno de carbón. Débil al principio, apenas asomaba su fulgor pálido y efímero para luego chisporrotear en llamaradas ardorosas, cascabeleras, levantiscas, e insinuantes como fumarolas en lo alto de una montaña. El horno parecía que iba a entrar en erupción a plena claridad de luna o en el fragoroso mediodía de las interminables horas de guarecerlo, velarle las humaredas, y sofocar sus calenturas palmeándole brisas con abanicos de penca para evitar que se consumiera de una sola vez en un golpe de infortunio. El hombre, prendido a la alquimia por quince o veinte días con sus noches, debía avivar la llama sin olvidarse un instante del prodigio, pues al final, de la piedra quebradiza y mustia en el color, saldría la luz. No podía permitirse el descanso, el respiro, el instante, el descuido, el sueño en aquellos infiernos contrastantes de intensos olores a madera recién cortada, aguas de pantano, y salitre de la costa sureña.

«La Revolución es como un horno», pensó el Comandante mientras observaba las manos encallecidas y el rostro cubierto de tizne del hombre bajito y de aspecto huraño que en 1959 al verlo llegar en un aerobote, se dijo

para sus adentros, sin dejar de mascar tabaco y con una sonrisa entre labios: «¡coñoóó!, si parece que Fidel bajó del cielo».

Ahora, el carbonero hablaba y brindaba una colada de café endulzado con miel y preparado al fuego de un mechero de keroseno, y mientras tanto, a Fidel seguía dándole vueltas en la cabeza la maravillosa coincidencia. La Revolución era un horno en que se fraguaba la claridad contra el desabrigo.

El Comandante se ajustó sus espejuelos de carey y miró en derredor con detenimiento, parecía como si deseara abarcar el entorno de una sola ojeada. Hurgó en el bolsillo de su camisa cargado de papeles. Su estampa mostraba también atiborrados, los bolsillos de sus pantalones de campaña y de alguna manera, estos eran expresión de sus pensamientos, de los mil y un asuntos que acaparaban su atención y desvelos y lo obligaban a no pegar los ojos no más que en breves intervalos fugaces. Su ventaja era que conseguía dormir profundamente con una lasitud densa, abrupta y reparadora. Le bastaban unos minutos de reposo para recuperar todos los ímpetus y volver con bríos renovados a la batalla eterna. Llevaba un archivo en el uniforme si los rigores de la vida en perenne viaje de uno a otro extremo del país, su espíritu emprendedor en pos de los olvidados y la pasión de hacer no le permitían tregua e imponían tener a mano lo más urgente, lo prioritario.

Desplegó los planos, mapas y apuntes que llevaba consigo y los repasó uno por uno concienzudamente; comprobó que la idea iba ganando espesuras, secando lodazales, abriendo camino a puras zancadas. Se había propuesto desterrar el infortunio de aquellos parajes de manglares exuberantes, bosques espesos y ciénagas

infinitas donde se habían hundido por años y años sin consuelo, las vidas de los pobladores nunca bien vividas, ni siquiera al morir, porque los muertos de por allí, a falta de hacienda para una bendita sepultura, los enterraban en los patios de las casas y el día menos pensado los puercos jíbaros o las lluvias sacaban los despojos a flor de arrecife convirtiéndolos en aparecidos a quienes aullaban los perros en medio de la noche.

Quemante, el humillo del horno molestaba en los ojos, cortaba el frío de la amanecida y traía una confortable sensación de refugio. Olía a casa campesina y ese era un aroma familiar para Fidel. Además, no olvidaba que había sido precisamente otro carbonero, el guajiro Ángel Pérez quien primero los ayudó tras el desembarco por Los Cayuelos; a pesar de la precariedad de sus provisiones, les brindó agua, comida y sombra bajo la techumbre endeble de su choza de guano en el invierno de 1956.

Volvían a su pensamiento los tiempos de la Sierra, la idea firme de que todo debía ser cambiado y el camino abrupto recorrido desde el triunfo de enero de 1959 hasta este 28 de diciembre de 1962, fin de año en aparente quietud tras la tormenta, tras la crisis de los misiles en octubre. Habían sido semanas de decisiones tremendas, en especial las del año que concluía, cuando se habían desbordado los diques de la tensión y fue cierto el peligro de una conflagración mundial y, en medio de las turbulencias, Cuba persistiendo en su derecho y su dignidad y su convicción de servicio a los pueblos del mundo, dispuesta a luchar y a morir con honor bajo el peligro más grande que se haya cernido jamás sobre país alguno en la historia. Escritas con la reciedumbre de los árboles centenarios que afincan con hidalguía sus raíces en la tierra propia, quedarían para la historia las cartas escritas a

Jruschov en aquellos que el Comandante Che Guevara llamara después, luminosos y tristes días de la Crisis del Caribe.

A principios de ese mes de diciembre de 1962, Fidel había regresado a la Sierra Maestra en otro viaje a los lugares de los tiempos de la guerra, ya una vez, había dicho: «cuando quiera buscar fuerzas vendré a Oriente...» Quizás por eso estaba de regreso a las montañas cada cierto tiempo y porque ofrecer a los pobladores del lomerío todo merecimiento y gratitud le parecía poco. Su espíritu se ensanchaba en la naturaleza agreste de la serranía, se agitaba y entusiasmaba mientras hundía sus botas en el fango y obraba para beneficio de la gente virtuosa y humildísima de los quebrados confines. Ascendía de nuevo las cumbres y compartía con los habitantes de las escarpadas laderas o los hondones sus sueños de plantar árboles, abrir caminos, calzar a los campesinos y en especial, a los niños del lomerío, pagar mejor la producción agrícola a los sembradores, llevar médicos y maestros a lo intrincado y cuidar del desgaste a la tierra y los bosques. Lo que hacía lo llenaba de felicidad, algo que Celia apreciaba.

Fidel amanecía con un sorbo de café y se iba cuando aún no se había disipado la niebla al ascenso de la cordillera con paso ligero y muy difícil de seguir por quienes lo acompañaban, mientras lo oían silbar el *Vals de las olas* y recordar que a una maestra muy trabajadora de la Gran Piedra, había que regalarle un caballo para evitarle largos trechos a pie hasta su escuelita rural. Avistaba extasiado los arroyitos despeñados de las cumbres, con sus cristalinas aguas rodando sobre las chinas pelonas. Muchas veces, al final de la caminata, se recogía hasta las rodillas los pantalones y refrescaba los pies en los

afluentes tímidos y gentiles, convertidos en bravíos torrentes durante aciclonados días.

En los reiterados periplos por la Sierra evocaba invariablemente su niñez en Birán y la mudada previsoramente de una tarde de huracán, a la casa de la abuelita, pequeña pero en tierra firme, por si los vientos arrancaban de un solo cuajo a la casona grande asentada sobre los horcones de caguairán. Se temía que las rachas levantaran la casa en peso, arremolinadas en el sótano donde siempre dormían los animales. La probabilidad de que la casa se alzara como un papalote fue algo que se le quedó grabado en el pensamiento con la misma nitidez con que recordaba la proeza de los aviadores españoles Barberán y Collar, los primeros en cruzar desde Europa el Atlántico y quienes desaparecieron en la segunda parte de su expedición aérea, en el afán de llegar a territorio mexicano. Allí, en el pueblito de su memoria, los vecinos levantaban los ojos al cielo y afirmaban, como si hubieren escuchado el ruido de los motores de aquella novedad de aparato *El Cuatro Vientos* que planeaba entre nubes: «por aquí pasaron Barberán y Collar». Solo tuvo idea de la inmensidad en que quizás se habían perdido cuando salió por vez primera fuera de la Bahía de Santiago de Cuba y alzó la vista a lo infinito.

Percibía con deleite el rumoreo del follaje en las copas de los árboles, la humedad del polvo de hojas por el suelo, el insípido olor del musgo y el súbito revoloteo de los pájaros al escuchar los disparos. También pensaba en Lina, su mamá, que acogió su decisión anunciada desde diciembre de 1958, de repartir entre los campesinos, la mayor parte de las tierras de la finca Manacas y los terrenos arrendados en los Pinares de Mayarí, una propiedad a cuya bonanza habían dedicado sus vidas ella y don Ángel

con esmero propio de humildes en el trabajo. El periódico *Revolución* publicó la noticia el 24 de junio de 1960 con un titular al pie de la primera plana: «Reparten tierras de la familia de Fidel». Luego, la información, fechada en Santiago de Cuba, abundaba:

Miles de campesinos se reunieron en la hacienda Sevilla [Sabanilla] de Birán, donde se procedió a la entrega de 202 títulos de propiedad de la tierra a residentes de esa hacienda que fue propiedad de la familia Castro Ruz. Desde horas tempranas grandes contingentes de campesinos de las zonas rurales de Marcané, Mayarí, Sagua, Preston y San Germán llegaron a la hacienda enarbolando banderas cubanas, portando sus machetes y tocados con sus sombreros de yarey, para asistir al emocionante acto.

Lina permanecía aún en la finca y con ella allá, Fidel sentía que se conservaban todas las vivencias de su infancia en Birán, como si su madre fuera un puente con el pasado que le parecía remoto.

De vuelta a la capital, enfundado en su ímpetu aún estudiantil charló largamente con los alumnos de la Universidad de La Habana, reunidos para agasajar a los más destacados del año y a los atletas sobresalientes. A la semana siguiente, el 21 de diciembre sostuvo conversaciones con el abogado norteamericano James Donovan, encargado de negociar con el Gobierno Revolucionario de Cuba el pago de la indemnización de unos sesenta y tres millones de dólares, impuesta por el Tribunal Revolucionario a los invasores de Playa Girón. El acuerdo resultó satisfactorio, la compensación sería satisfecha en seis meses, y liquidado su importe en medicinas, equipos

médicos y alimento para niños. El 23 de diciembre, al visitar en el Puerto de La Habana, el buque de bandera estadounidense *African Pilot*, Fidel inspeccionó la mercancía que la Cruz Roja norteamericana traía a Cuba, en las bodegas de la embarcación. El Capitán y los tripulantes del buque se esmeraron como anfitriones y Fidel reciprocó la amabilidad con la invitación que les hiciera a Finca Vigía, en San Francisco de Paula, a la casa del escritor norteamericano Ernest Hemingway, amigo de la Revolución Cubana y de su líder, el doctor Fidel Castro. La casa principal, rodeada del follaje del archipiélago, disponía a su vez de un mirador o pequeña buhardilla desde donde Hemingway alcanzaba con la mirada, los techos de La Habana y en la lejanía, el bosque de mástiles del puerto. En una habitación de la casa detenía los dedos sobre el teclado de la máquina Royal portátil de sonido quejumbroso. Mientras pensaba, ascendía leve el humo de su pipa, desmesuradamente desbordada de picadura de tabaco habano.

Las volutas cobraban formas bien definidas para desvanecerse pronto y en ese intervalo breve y subyugante envolvían la imaginación, mordían los pensamientos, embriagaban los sentidos, sugerían una metáfora, desataban evocaciones o revelaban palabras sorprendentes e insólitas. Hemingway entonces bajaba la mirada y continuaba tecleando con premura, tanto como se lo permitían los mecanismos de la máquina de escribir. Nadie lo habría pensado nunca reclinado en la poltrona de su casa y aún menos, en el instante de anotar estricta y diariamente el número de palabras escritas, en el espacio reducido de aquel recinto apacible. Su renombre no se enfundaba en pantuflas porque se le reconocía entre los cronistas agolpados en las graderías de las plazas de toros,

en las turbulencias de navegaciones y en la seducción que las insomnes, soberbias y perdurables nieves del Kilimanjaro ejercían en los cazadores de sueños y aventuras, pero sobre todo porque Hemingway era el mito de los corresponsales de guerra, la viva estampa de esos escritores de noticias y narraciones que confirmaban y probaban cada uno de sus textos en su propia piel, en el silencio o el estruendo en las trincheras del frente, la pólvora como envolviéndolo todo, la desventura, el miedo, las reacciones humanas en el límite de la tragedia, el dolor y la comprensión o el desconcierto de la guerra.

Allí, en Finca Vigía, el escritor concebía las historias reales de su vida —aquellas en que a cada horror, a cada muerte, la humanidad se disminuía y las campanas doblaban en un lamento por todos—, como fantasías de una imaginación profusa y delirante, con la compleja sencillez de los textos meditados, trabajados, pulidos, ponderados y rumiados otra vez y otra, sintetizados hasta lo imposible; con la lluvia o la seca, el calor o el frío, la calma o la tormenta, la transparencia o la bruma en el inventario de los sucedidos y de los sentimientos narrados o descifrados en páginas enigmáticas a las que Hemingway restaba cualquier simbolismo como para que los incautos le creyeran. No por casualidad era el escritor preferido de Fidel.

Con el libro *Por quién doblan las campanas*, el Comandante vivió como propia la vida y la psicología de quienes luchaban detrás de la línea del enemigo, en la retaguardia de una Guerra Civil, la de la República Española. Sus ojos avanzaban por lo narrado como si lo hiciesen por entre el bosque de pinos, donde Robert Jordan, inutilizado por la fractura del hueso de la pierna izquierda, reflexionaba su final de combate al apoyar los codos

y la ametralladora en un tronco de árbol. El Comandante podía repetir de memoria todo lo que el protagonista de la novela pensaba en el instante crucial:

He estado combatiendo desde hace un año por cosas en las que creo. Si vencemos aquí, venceremos en todas partes. El mundo es hermoso y vale la pena luchar por él, y siento mucho tener que dejarlo. Has tenido mucha suerte —se dijo a sí mismo— por haber llevado una vida tan buena. Has llevado una vida tan buena como la del abuelo, aunque no haya sido tan larga. Has llevado una vida tan buena como pueda ser la vida gracias a estos últimos días.

De la guerra civil española había leído todas las noticias, pero allí, en la novela de Hemingway, conoció cómo los guerrilleros arrebataban las armas a sus adversarios y sobre todo, aprehendió el espíritu de la contienda, la dinámica de lo inesperado o insólito como parte de una estrategia.

Fidel y Hemingway —o Papa como también le llamaban los amigos— se conocieron el domingo 15 de mayo de 1960, cuando Hemingway —recién llegado en su yate *El Pilar* e investido de su bien fundada aureola de experto en las artes de la pesca y las travesías marítimas—, entregó a Fidel la copa de plata como máximo acumulador del torneo de la aguja en la entonces Marina Barlovento, en un encuentro que propiciaron Baudilio Castellanos, *Bilito*, Jesús Montané, y Manuel Bel, *Blacaman*, viejo pescador del Miramar Yatch Club. Fidel navegó durante la competencia en el yate *Cristal* junto al Che. En una foto de Alberto Korda, ambos conversaban mientras sostenían las cañas de pescar. La imagen parece

ondear con la melena del Che a la brisa marinera. Korda los observó durante largo rato y luego vio al Che retratar a Fidel con su cámara Contax, mientras el Comandante, con las manos ensangrentadas, persistía en pescar agujas como si en ello le fuera la propia vida.

Hemingway y Fidel intercambiaron su mutua admiración con palabras y un estrechón de manos. Con los dos corpulentos seres, como almas gemelas, el quijotismo alzaba vuelo. Un amigo del norteamericano aseguraría después que al entregarle el premio a Fidel, Hemingway dijo: «Tal vez usted sea un novato en la pesca, pero ya es un pescador afortunado».

Tennessee Williams otro grande de las letras norteamericanas había recorrido un jueves de abril de 1959, La Habana, y expresó escuetamente su impresión de lo vivido al conocer a Fidel:

Es un hombre formidable. Muy bien parecido. Da una sensación de fuerza interior y exterior. Muy convincente hombre. Me impresionó mucho. También conocí a Hemingway, un viejo venerable, un gran carácter. También me pareció de gran fuerza interna. Me habló muy bien de la Revolución, me dijo «Es la más linda Revolución que he visto».

Tennessee, nacido en el mítico Mississippi de 1911, había borrado con su poética la noción de las lejanías geográficas al decir que «el tiempo es la distancia más larga entre dos lugares». Tras ser fogonero, limpiabotas, y lavaplatos, escribía piezas dramáticas representadas por pequeños teatros de pueblitos casi olvidados hasta que al fin llegó a las tablas, como a una estación de fin de viaje, su inolvidable *Un tranvía llamado deseo*.

Pero lo que el líder revolucionario aún no conocía en los últimos días de 1962, y muy probablemente tampoco el letrado encargado de las negociaciones para el pago por los mercenarios de Girón, James Donovan, era que la Central de Inteligencia de los Estados Unidos había urdido un plan para asesinarlo cuando el abogado norteamericano le regalara, un traje isotérmico de buceo, que al ponérselo le transmitiría una enfermedad mortal.

Muchos años después el intento de involucrar al jurista en el atentado, fue descubierto por la Comisión Church. A pesar de la información publicada, el gobierno de los Estados Unidos nunca pronunció la más leve disculpa y mucho menos una sola palabra de arrepentimiento. Tampoco lo haría a lo largo de décadas y con los más de seiscientos intentos de atentado, que con obstinación feroz continuaría promoviendo, sin pensar en un final para ese propósito maldito.

Quizás el momento en que más amenazadoramente cerca estuvieron de lograrlo fue con unas cápsulas envenenadas que iban a poner en cualquier bebida solicitada por Fidel en una de sus visitas al Hotel Habana Libre. Las pastillas fueron entregadas a un camarero de nombre Santos Caridad, que durante un año las llevó de ida y vuelta, a la espera de la primera oportunidad de usarlas, esta tuvo lugar una noche de marzo de 1963, cuando Fidel entró y pidió un batido de chocolate. El hombre, aparentemente sin inmutarse, preparó todo como era su costumbre y fue a buscar el veneno. Poco después comprobó que las pastillas, congeladas, se habían adherido al tubo. En medio de su nerviosismo, al tratar de despegarlas, las quebró, con lo cual falló todo el plan, en un abrir y cerrar de ojos.

Ese riesgo aún no estaba próximo, el día de recorrer los canalizos de la Ciénaga de Zapata casi al final de 1962, cuando Fidel se dispuso a abrir el Festival del Carbón como una fiesta de chisporroteantes destellos. Recordó la primera vez que estuvo en el paisaje pantanoso de esta zona del sur de la Isla, donde las tembladeras, los mosquitos y el peligro de los cocodrilos hacían más inhóspita la vida de los hombres y mujeres. Soledad y silencio; silencio y silencio... se habían enseñoreado allí hasta entonces, cuando parecía que el mundo iba a acabarse y afloraban las sonrisas y las voces. La gente rodeaba a Fidel mientras adelantaba su paso descomunal. Su corpulencia y estatura destacaban entre todos y su desaliño adorable, porque era prueba de que no acomodaba su estirpe a las oficinas o las formalidades protocolarias tradicionales en un Premier. Lo envolvía una ola de viejos sombreros de yarey que cobijaban los rostros curtidos de los carboneros. Las mujeres trataban de seguir el andar apurado y alisaban con manos presurosas, las faldas de sus vestidos, como para arreglar lo mejor posible la compostura del atuendo descolorido y gastado. Los niños corrían y saltaban de alegría.

Fidel iba hasta allá con frecuencia. Una de sus primeras visitas quedó registrada por un periodista al escribir el testimonio de Frank Carter, deportista y pescador de Arizona, quien viajó como turista a Cuba para ir de pesquería a La Laguna del Tesoro. El recuento fue publicado entonces en el diario *Miami News* y más tarde en el periódico *Revolución* del lunes 9 de abril de 1959.

Fidel Castro, todavía llevando el pelo largo y tupida barba ahora simbólicos de la libertad de Cuba, estaba sentado en el asiento del medio de nuestro

bote de pesquería. Tenía una ametralladora sobre sus piernas. Estábamos navegando sobre la cristalina Laguna del Tesoro en Cuba, en dirección a lugares de la Laguna famosos por su gran número de lobinas. A cada rato, Castro se paraba en el bote y desbarataba mis nervios y el ruido monótono del motor con el agudo disparo de su ametralladora. Principalmente le tiraba a las agujas, fácilmente visibles en el agua clara. A veces le tiraba a los patos. Nunca falló. Veinticinco años de caza y pesca nos producen compañeros extraordinarios a cualquier deportista. Pero esta sociedad de pesca de tres días pertenece a la clase de aventuras únicas en el mundo.

Nuestro grupo de pescadores turistas incluía a mi socio, Charles Alexander, de Orlando, Florida, y a media docena de hombres de Texas. Wayne Dyer, de Auburndale, Florida, dirigía estas excursiones de pesquería a la Laguna del Tesoro.

Volamos de Miami a La Habana. Hicimos el viaje de 90 millas hasta uno de los pantanos más desolados de Cuba por automóvil, tren y avión. Llegamos al campamento Dyer, una estructura flotante de dos cabañas, al mediodía del martes 23 de marzo.

Unos minutos más tarde, cuando salimos de los aviones acuáticos estábamos en lanchas de motor, dirigiéndonos hacia donde abundan las lobinas.

Al amanecer de la mañana siguiente —el miércoles— salimos otra vez. El apetito que yo había logrado bajo el caliente sol de la mañana, desapareció al llegar al campamento al mediodía.

Allí, en traje completo de campaña y bien armados, había alrededor de una docena de soldados cubanos. Llevaban barbas y pelo largo, siguiendo el

padrón de las fotografías que hemos visto tanto estos últimos meses.

Entonces, Dyer, que se había quedado en el campamento, apareció en la puerta de la cabaña. Su amplia sonrisa calmó mi miedo momentáneamente, pero me pregunté, ¿podrían estos soldados armados ser amigos nuestros?

Amarramos el bote, nos bajamos y entramos a la cocina. Allí, sentado a la mesa, estaba la persona a quien menos esperaba yo ver en este lugar tan apartado —el campeón barbudo del pueblo cubano—, Fidel Castro.

Una rápida conversación en español fue interrumpida abruptamente cuando Dyer nos presentó. Ya mi sorpresa había sido sustituida por tranquilidad. Los cubanos habían traído equipos para acampar, pero, debido a la insistencia de Dyer se hospedaron con nosotros. Nuestra cabaña había sido construida para acomodar a ocho, pero en los tres días siguientes, durmieron 16.

Un guardia armado estaba parado a pocos pies de la cama de Castro. Cada cuatro horas lo sustituía un nuevo guardia.

El equipo de pesquería para el grupo completo de cubanos consistía en dos líneas de 75 libras. No tenían cañas ni carretes de ningún tipo.

Poco después de la llegada de los cubanos, tratamos de enseñar a Castro y algunos de los de su grupo a pescar desde el muelle con las cañas usuales.

Trataron de hacerlo e inmediatamente lo hicieron con facilidad y algún grado de exactitud. Castro sonreía con deleite al tirar a bastante distancia en el agua.

“—¡Miren! Sin enredarlo,” —exclamó.

“—¿Voy de pesquería con ustedes mañana?” —preguntó Castro.

Mañana hubiera estado muy bien pero no esperamos. Después de almuerzo, Castro, Fidel Jr., el guía cubano, Charlie Alexander y yo, todos subimos a un bote de pesca de 16 pies, de aluminio.

Nuestro guía arrancó el motor y estábamos en camino. Me viré de mi asiento para tomar una fotografía del grupo. Nunca olvidaré al hombre barbudo que obtuvo la fama como rebelde cubano.

Sujetaba un tabaco a medio fumar firmemente con sus dientes. Tenía la cabeza descubierta bajo el sofocante sol de la tarde. Su cara tostada por el sol se veía casi sin expresión detrás de su barba y bigote. Cuando llegamos al lugar donde abundan las lobinas, Castro seleccionó un gusano de plástico entre nuestras enredadas cajas de carnada.

Yo lo amarré y él lo lanzó, tan expertamente como si hubiera estado usando carnada artificial durante años.

No dudarán de esto si alguna vez han pescado en la Laguna del Tesoro: una lobina mordió firmemente su primera carnada. “Cogiste uno”, grité, probablemente mostrando más entusiasmo que el mismo Castro.

Se movió hacia atrás con determinación, y por un momento pensé que iba a romper la caña.

Cuando el pez se acercó al barco, alargué la mano, agarré su línea, y extraje una lobina de unas dos libras y media.

Castro sonrió con aprobación. Pero perdió poco tiempo en admirarlo. Antes de que yo pudiera

colocarlo, en algún lugar, ya había colocado otra carnada.

Unos minutos más tarde ya había pescado otra lobina, esta vez manejando todo el equipo sin problema. Habiendo visto por lo menos cien de este tamaño el martes, y teniendo confianza de que Castro vería por lo menos tantos en los próximos dos días, tiré este pescadito al agua.

Hubiera ocasionado una reacción más suave si hubiera tirado al propio Castro al agua. Casi se tiró detrás del pescado. Dijo algo en español, aparentemente dirigiéndose a todos.

“—Se va a quedar con todos los peces que coja”, nos dijo el guía.

Durante dos días estuvo de pie en el bote casi todo el tiempo, constantemente pescando. Desde luego, que su entretenimiento con la ametralladora rompía la rutina de cuando en cuando.

Nunca fallaba cuando su objetivo estaba a una distancia razonable. Y una distancia razonable para Castro está fuera del alcance del tirador normal.

Cuando regresamos al campamento, el miércoles por la tarde, Castro se paró a varios cientos de pies del muelle. Exhibió las 40 lobinas que había pescado y saludó con deleite a los cubanos de su grupo que lo esperaban.

Dyer tenía gruesos “T-bone steaks” esperando para ser cocinados sobre carbón. Pero Castro había pensado comer pescado. Freímos el pescado.

Los escritores han predicado durante largo tiempo que uno llega a conocer a un hombre mejor, pescando con él, que en ninguna otra forma de compañerismo. Debe ser así.

Este es el Fidel Castro con quien vivimos, a quien respetamos y a quien nos agradó conocer: es un hombre dedicado con fervor al pueblo cubano. Contraria a cualquier idea que yo haya podido tener sobre Castro como un fiero guerrillero, lo encontré de carácter gentil, inteligente y bien educado.

Castro tuvo cuidado al hacer un paralelo entre el movimiento que dirigió y las revueltas que ocupan lugares prominentes en nuestros libros de historia. “Estoy pensando ahora en sus Peregrinis”, dijo. “Ellos también buscaban la libertad”. Me contó las atrocidades cometidas por los compinches de Batista, las cuales, en palabras de Castro, “hacen que las torturas alemanas de la Segunda Guerra Mundial parezcan simples bromas”.

Pescamos en aguas llanas, con muchas plantas, y cerca de pantanos. Un número de veces incontable, ató carnadas algunas de las cuales pudimos recuperar, otras las perdimos. Pero el nerviosismo y malas palabras tan comunes al pescador americano bajo las mismas condiciones, no estaban presentes en este hombre.

Son esta misma paciencia y determinación, según creo, unidos a una útil ametralladora y una vista aguda, las que han ayudado a transformar al guerrillero de montañas Fidel Castro en el Primer Ministro de su país. Y en un experto de pesca, también.”

El helicóptero en que Fidel recordaba que había viajado en marzo de 1959 a lo profundo de la Ciénaga, dio primero numerosas vueltas en el aire e intentó en varias oportunidades aterrizar en los fanguizales sin conseguirlo por el peligro de hundirse, hasta que los vecinos del

lugar colocaron gruesos troncos de árbol sobre los que, finalmente con éxito, se posó el aparato. Allí mismo Fidel desplegó las cartografías de la región y estudió cada uno de los pormenores para delinear hasta los confines de la costa dos carreteras: una desde el central Australia y otra desde el poblado de Aguada de Pasajeros, como dos ríos fluyendo hacia la desembocadura en el mar del sur, por entre canales y cayos poblados de júcaro y llana, árboles frondosos con los que los cienagueros edificaban hornos. Era la posibilidad de llevar hasta esas zonas apartadas por lo inaccesible, los numerosos planes concebidos como parte de la Reforma Agraria y el desarrollo turístico del país para disfrute de sus trabajadores y como valiosa fuente de ingresos.

El Gobierno Revolucionario se proponía además proteger la flora y la singular fauna del paisaje. El manjuarí, los cocodrilos, las tortugas y el ave la *Ferminia* constituían ejemplares preciados. El manjuarí era un fósil viviente y la *Ferminia*, un pájaro nunca visto en otra región del planeta.

Durante los cuatro años transcurridos desde entonces, Fidel había disfrutado la conversación con la gente, desbordada en imágenes que únicamente alguien con la bondad y la sabiduría de quienes ven extinguirse los días como una brasa a la intemperie pueden soñar.

Dicen por allí que «ese hombre va buscando monte toda la vida o que las aguas —al tomarlas— echan raíces en la gente». Los habitantes de la Ciénaga pensaban que a Fidel le había crecido dentro todo el bosque desde la primera vez que calmara la sed en alguno de los afluentes del paisaje y que por eso ya nunca más podría apartarse de aquella naturaleza indómita y hermosa. Aún no se explicaban cómo un hombre de talla descomunal podía

hablar tan bajo, explicar todo lo mucho que sabía con la claridad de un día despejado. Los guajiros esperaban comprobar su puntería pero no imaginaron nunca oírle hablar de los cultivos con el mismo conocimiento de un sembrador, mencionar las estrellas una por una como si hubiera estado observándolas toda la vida, adelantar las lluvias en un respiro de la madrugada, saber lo que pasaba del otro lado del mundo, país por país, descifrarle al mar inmenso las mareas, trazar rutas de navegación, escribir largo y pronto todos sus pensamientos, recitar al vuelo los versos de un poema de amor, preludiar los altibajos de las economías, escoger como un viejo sabio, las mejores semillas y saber todo sobre todos los tiempos—incluso los aún no sucedidos—, para luego contar en interminables conversaciones compartidas con un pequeño grupo o una multitud enfebrecida y absorta. Para ellos, él era un universo.

Fidel meditaba mientras la bruma del amanecer iba disipándose el 28 de diciembre de 1962. Este, deducía, debió ser el último lugar por donde el imperialismo se propusiera invadir a Cuba. El terreno, por el difícil acceso, era propicio a sus planes, pero el alma de la gente pertenecía a la Revolución. Fidel, el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, se había convertido para los carboneros en alguien de la familia a quien podían llegar sin titubeos y era posible encontrar sentado a la mesa de madera sin pulir, un fin de año. Para Fidel, la Ciénaga y Playa Girón constituían, a esas alturas, no solo lugares entrañables por su espléndida geografía y la generosidad de sus pobladores, sino también porque simbolizaban la victoria, allí el imperialismo norteamericano había sido derrotado por primera vez en América y todavía se

percibía el olor de la pólvora y el coraje de los muchachos enfrentados al ataque mercenario a pura audacia y decisión. La invasión no pudo entonces echar atrás los emprendimientos adelantados para que todos los cubanos aprendieran a leer y a escribir, en una campaña rápida y efectiva. Los alfabetizadores llevaban consigo cartillas, manuales y faroles chinos para iluminar sus clases y con ellas, la existencia de los campesinos que por primera vez lograban sentir en sí la prestancia y la dignidad de los que saben. «Con la Reforma Agraria y la misión de llevar discernimiento a los ignorados se fundaba un país nuevo. Luego, a cada acto de agresión yanqui, una respuesta y la voluntad de devolver de una vez y para siempre a los cubanos, la economía nacional, las fuentes de las riquezas: sobrevinieron las nacionalizaciones de las empresas extranjeras».

Fidel recorrió con la memoria lo vivido desde el 1ro. de enero de 1959 y confirmó la intensidad de su vida en esos cuatro años. Sus sentimientos se agolpaban y nunca habría conseguido deslindar su suerte personal de la suerte de la Revolución, un cambio radical, concebido como eclosión, desde lo íntimo, de la dignidad, la belleza de espíritu y el mejoramiento humano. Él, como tantos otros, había vivido antes amores cálidos entre deslumbramientos y desencuentros, algunos avivados y otros perdidos en la vorágine de la lucha, pero ahora era diferente, con una dimensión entrañable superior. Para él todo era más difícil. Lo vivido, lo pasado, se detenía en el alma como la tristeza inerme en los versos del poeta César Vallejo:

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! / Golpes
como del odio de Dios; como si ante ellos, / la resaca

de todo lo sufrido/ se empozara en el alma...Yo no sé! / Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte. Serán tal vez los potros de bárbaros atilas; o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

De su acervo formaban parte la fascinación, la felicidad, el dolor, las separaciones, lo público incidiendo en lo privado, el encantamiento, el desliz, el acecho a lo estimado propio. Su experiencia gravitaba con fuerza en su espíritu, y delineaba con rigor asceta, su discreción. Muchos años después, confesaría que cuando las cosas eran del corazón, más las guardaba. Lo haría no solo por pudor sino como arrojando a los suyos del odio enemigo. En 1960 le llegó lo que él llamaría un amor para siempre. Los sentimientos que ella inspiraba eran como la luz a través de un cristal, difuminada y esparcida en múltiples fulgores e intensidades. Comenzó a visitarla, sería su compañera, la madre de la mayor parte de sus hijos. La muchacha suscitó en él una sensación en que se unían la agitación y el sosiego, la pasión y la razón, más allá de la dicotomía ancestral y casi excluyente que los iluministas franceses habían enunciado irrenunciable y los revolucionarios invocaron en los estremecidos templos de París. Lo conmovía la dulzura de su voz, la madurez de su lozanía, su efusiva cabellera rubia, la transparencia de la mirada, la fineza de las manos y el pensamiento, y la disposición a lo callado rotundo y leal. Su cercanía le infundía una especial confianza. Pero valía más que nunca, el silencio.

Sí, sin duda esos años definían su presente y futuro. Alguien aseveraría que habían sido, desde el punto de vista político y militar como un Paso de las Termópilas, desfiladero aparentemente infranqueable, donde se pu-

sieron a prueba una vez más, su intrepidez, serenidad, inteligencia y visión. Del 1959 al fin de año de 1962, cada día había sido una eternidad.

Los recuerdos se impusieron en su pensamiento, permanecían con la frescura propia de lo inolvidable y la precisión que confieren los mínimos y a su vez, trascendentes detalles. Cavilaba con cada chasquido de luz levitando en el aire de la naturaleza cienaguera. Le parecía estar presenciando otra vez todo lo acaecido. Confería a su perspectiva de recuento, la meticulosa atención de un fotógrafo como Luis Peirce Byers, el otro Korda, en cuyas estampas, palpitan, fehaciente la realidad y poderoso el tiempo. La foto suya y de Camilo Cienfuegos sobre el vehículo en el que entraron triunfalmente a la ciudad de La Habana, al frente de las fuerzas del Ejército Rebelde, constituía un ejemplo elocuente. Fidel cerró por un instante los ojos y repasó la imagen. Volvió a vivir cada hora, cada paso, mientras sus sueños refulgían en la ligereza transparente y el frescor del aire, esparcidos en innumerables luciérnagas.

Claridad

Fidel no podía sustraerse al asombro. La paz se anunciaba de súbito en lo cercano posible. Certeza no tenían ninguna, pero los rumores crecían con las horas. Las palabras de Stefan Zweig: «Nada hay más excelente que una verdad que parece inverosímil», encajaban a la perfección en el entorno estremecido de entonces que auguraba tal vez la placidez del fin de los combates, pero también el riesgo de una desmovilización anticipada. No debían precipitarse en el final, debían evitar el embeleso total de los sentidos. La historia enseñaba a los cubanos lecciones amargas. Al general del Ejército Libertador Calixto García y las fuerzas mambisas bajo su mando no se les permitió en 1898, el ingreso a la ciudad de Santiago de Cuba, en augurio aciago de lo que sucedió después en París, cuando entre España y los Estados Unidos se dirimió el destino de la Isla sin contar con los cubanos que durante más de treinta años habían batallado por su soberanía. Fidel permanecía alerta como quien intuye que el enemigo no quedará impasible ante la derrota y precipitará acciones para otra conjura contra el pueblo...

El último día de 1958, a las once y media de la noche, Fidel llegó a la casa de la doctora Yolanda Martínez

Diez, condiscípula de los años universitarios. Lo hizo acompañado por Celia, Calixto García, Paco Cabrera y otros compañeros de su tropa. Yolanda vivía en la calle principal de Palma Soriano, Martí No. 215. Allí, a las dos y cuarto ó dos y media de la madrugada, en un gesto de confidencias, Luis Orlando Rodríguez se le acercó, le dijo algo al oído –ya circulaban, avisos, indicios, adelantos, presagios- y el Comandante, con una andanada de evocaciones, partió apresurado con rumbo al Central América, donde el Ejército Rebelde tenía en ese momento la Comandancia.

El actor norteamericano Errol Flynn que permaneció varios días en el improvisado campamento de los guerrilleros, describió su encuentro con Fidel en el batey, en días decisivos:

Castro estaba sentado en una cama. No pude distinguirle la cara muy bien. Se la enmarcaba la barba y estaba ocupado; tenía los oídos pegados a la pequeña bocina de un receptor de radio. Sobre una mesa, a menos de un medio metro de él, un revólver belga: un arma de pavoroso aspecto. Durante un momento no nos prestó atención al cabo del cual, paseó la vista por la habitación. Era de mediano tamaño, ligeramente amueblada, con aspecto de cosa preparada de prisa pero dando la impresión de ajeteo constante; de gente entrando y saliendo, cada minuto. Celia Sánchez tenía una orquídea rosada prendida al hombro derecho. (...) Terminada la transmisión, Castro alzó la cabeza, nos vio y se puso de pie. Tiene mi altura, poco más o menos, es decir, seis pies y media pulgada. Tiene una gracia y simplicidad de movimiento y una sencillez de maneras

que lo confieso, no había esperado encontrar. No era, en una palabra la figura imperiosa que había creído encontrarme, la figura y el gesto de un hombre con mando. Mi primera impresión fue la de su natural compostura, subrayada por reservas de energía y de fuerza. No tiene el aspecto del que se ha tostado al sol. No daba indicios de haber vivido... en junglas, montañas, a la intemperie, que era lo que yo creí encontrar. El rostro suave, lo mismo que las manos. En realidad no son suaves sus manos ni mucho menos, pero daban esa sensación de casi delicadeza, sin venas a flor de piel. Lucían más las manos de un hombre que ha estado detrás de un escritorio y no detrás de una ametralladora. Su apretón de manos fue fuerte pero no vigoroso en extremo. En cierta forma esperaba encontrar nervios de acero en mis manos, pero nada era sobrenatural en su composición física. Tenía los espejuelos puestos, observé al comenzar a hablar conmigo, que su secretaria, Celia, lo atendía con su mayor consideración. Mientras hablaba, le quitó los espejuelos, sin aparentar él que se diera cuenta. Se los limpió y se los volvió a poner afable, pero sutilmente como para no molestarle. Un intérprete nos ayudó en la conversación. – Le sugiero, -me dijo-, que vaya al pueblo de Palma Soriano. Ese lugar acaba de ser liberado por las fuerzas de la libertad, y la gente de allí se alegrará de verlo, y podrá observar cómo se sienten los cubanos después de salir de las manos de Batista...

Hasta el amanecer, las horas entre el 31 de diciembre y el 1ro. de enero, transcurrieron en calma, solo perturbadas por la voz de las muchachas del pelotón Las Marianas

que entonaban primero la Marcha del 26 y luego una canción nostálgica, junto a la casona donde se encontraba el Estado Mayor, propiedad de don Ramón Ruiz, jefe de máquinas del ingenio. A ratos, los disparos de celebración de los rebeldes, quebraban a rafagazos la frialdad del silencio humedecido por el rocío.

Antes de fin de año, los habaneros cumplían al pie de la letra la consigna revolucionaria O3C: cero club, cero cine, cero cabaret y la ciudad capital vivía una tensa quietud. Santa Clara, al centro del territorio isleño, era el escenario de una batalla campal en la que los guerrilleros y las milicias revolucionarias avanzaban casa a casa, calle a calle. Durante el impás acordado, en Oriente, con todo listo para el asalto a Santiago, la expectación colmaba las horas y motivaba presentimientos.

Fidel se disponía a desayunar junto a Celia, su ayudante Marcelo Fernández, Aldo Santamaría —entonces director de la Escuela de reclutas—, y Calixto García, del *Granma*, cuando se supo algo nuevo con un flashazo de los noticieros de Radio Progreso. La emisora nacional anunció:

Dentro de unos minutos ofreceremos amplia información al pueblo de Cuba sobre la caótica situación cubana. En estos momentos se celebra en el campamento de Columbia una importante reunión a la que han sido convocados los periodistas...

El Comandante reconoció en seguida la traición, le bastaron apenas unas palabras para definirla como el intento de escamotearle el triunfo a la Revolución. Al minuto alguien comunicó una nueva noticia: una estación de radio norteamericana acaba de informar que Batista y

su familia habían salido de Cuba en un avión DC-4 con rumbo a la República Dominicana del dictador José Leó-nidas Trujillo. «Era de esperar», se dijo para sí y al minu-to recordó sus fervores libertarios hacia la nación hermana, en la expedición de Cayo Confites, durante el verano del que ya le parecía muy lejano año de 1947. «Batista y Tru-jillo, —juzgó— harina de un mismo costal. Dios los cría y el diablo los junta», —concluyó.

La orden de partir para Santiago de Cuba fue inme-diata. Había que tomar la ciudad cuanto antes. Se movili-zaron al instante los comandantes rebeldes, las fuerzas, el armamento y los pertrechos indispensables a la batalla. Fidel comenzó a redactar sus declaraciones para darlas a conocer en seguida por la radio rebelde, entonces ubica-da en Palma. La fugacidad de un disparo podría quizás captar la brevedad de aquella sensación de vacío que le dejó perplejo solo al vuelo vertiginoso de un parpadeo. Fue un instante mínimo, casi impreciso. Pensó en valio-sos compañeros que no estaban para vivir la felicidad de la victoria increíble y se le empozó el dolor en el alma. Como tantas otras veces, hubiera deseado recostarse a la sombra del viejo marañón herido de bala a la entrada misma de su cabaña en la Comandancia de La Plata. Pero ya no estaba allí y un pensamiento martiano, lo devolvió al torbellino de los acaecimientos:

No debe perderse el tiempo en sufrir: debe emplear-se en cumplir con nuestro deber. Así siento que muero y alzo la cabeza; tiemblo de un espantoso frío, y sigo adelante. Moriré entero.

En el camino a Palma Soriano se encontró con fuer-zas insurreccionales que en medio de la alegría por la

huida del tirano, festejaban olvidadas de la guerra. Tuvo que conminarlas a mantenerse alertas, «la guerra aún no ha terminado, la guerra todavía no se acabó».

Los tiros y las explosiones fueron apagándose a sobresaltos como en suspiros intermitentes de alguien que agoniza. No se sabía qué resultaba más tranquilizador o inquietante, si percibir a la distancia o incluso a la cercanía, el estruendo de los combates, o la calma callada de las horas, cuando de alguna manera se adelantaban sucesos de vuelco, estremecimiento y fervor. Baire, Contramaestre, Jiguaní, Maffo y Palma Soriano habían sido liberados. Las fuerzas rebeldes asediaban a la capital de Oriente. El pueblito de Palma parecía recién lavado por el rocío de la alborada y la calma reinaba en sus calles, razón por la cual, la voz del locutor de Radio Progreso, desde La Habana, se escuchaba clarísima y tan próxima como si la transmisión tuviera lugar desde la propia Radio Rebelde ubicada provisoriamente allí. Los barbudos habían llegado con todos los equipos y montaron la planta en un santiamén. La Comandancia General había sido trasladada de La Rinconada al Central América Libre, y a esas horas de la mañana, el Comandante Fidel aún se encontraba en una casa del batey del central, probablemente recorriendo de uno a otro extremo el corredor que circundaba la casa de madera y techo de tejas a dos aguas, uno de esos pasillos que siempre dan la bienvenida a la sombra tras andar bajo el sol por un sendero estrecho entre bugambillias y mariposas.

Era muy temprano cuando la emisora de la capital anunció que se darían a conocer informaciones trascendentes. En Palma, un desborde alborozado siguió a la noticia de la partida precipitada de Fulgencio Batista. Las

muchedumbres se abrazaban, corrían, saltaban, gritaban, reían y lloraban por los senderos que llevaban al parque central donde todo era júbilo y vivas al Ejército Rebelde y a la Revolución.

Los más conscientes, los más entendidos en los asuntos de la guerra y del país, a pesar de la conmoción feliz ante el triunfo, fruncían el ceño por la preocupación que causaba el golpe de los militares en La Habana. Era como estar en el ojo del huracán, aplacado repentinamente el temporal, podría suponerse que ya había pasado y, sin embargo, todavía el viento podría ser más fuerte. Bajar la guardia resultaría un serio error. Falta-ban cosas por vivir, los acontecimientos no se detenían, se precipitaba un tropel de situaciones definitorias y de alguna manera aún era incierto el final. Todos esperaban a Fidel, cuál sería su reacción, qué visión tendría de los aconteceres inesperados, cómo dispondría, cuál sería su estado de ánimo.

El general Eulogio Cantillo había traicionado lo pactado con el Comandante rebelde el 28 de diciembre último, apenas unas jornadas atrás. Los términos, acordados en un encuentro que tuvo por testigo los derruidos muros del central Oriente, en las postrimerías de la contienda bélica, solo se proponían evitar derramamientos de sangre y salvar a los sectores pundonorosos integrantes de las filas del ejército. El propio Fidel recordaría después aquella conversación:

Él (Cantillo) llegó en un helicóptero, se reunió conmigo cerca de Palma Soriano (...) y le puse tres condiciones (...). Le dije: "No vaya a la capital, no hace falta; subleve al Regimiento de Santiago de Cuba y le garantizo que el régimen no dura

veinticuatro horas”. Yo quería buscar una salida elegante en vista de que Cantillo venía a parlamentar y reconocía que habíamos ganado la guerra, pero preguntando cómo la terminábamos.

Yo le sugiero la forma como terminarla: «Vamos a hacer un movimiento en que estemos unidos las fuerzas militares de Santiago de Cuba y nosotros».

Como además luchábamos duro contra ellos, les hicimos muchas bajas, hicimos una guerra muy generosa, había una influencia moral muy grande en las propias tropas enemigas. De ahí nuestra proposición a Cantillo: “poder salvar todo lo que pudiera ser salvado de gente honorable en las filas de ustedes”, y él está de acuerdo. Insistió en ir a La Habana, que había seguridad para ir a La Habana. Entonces yo le pongo tres condiciones: primero que no haya golpe de Estado en la capital; segundo, que no se permita escapar a Batista; tercero, que no se negocie con la embajada yanqui. Cantillo viene a La Habana y organiza las tres cosas: el golpe de Estado en la capital, la fuga de Batista y las conversaciones con la embajada yanqui, y yo esperando porque esa sublevación debía producirse alrededor del 30 de diciembre, y las noticias que llegan era que esperara. ¿Cómo que espere, si nosotros hemos detenido las operaciones militares en consideración al acuerdo? No podemos pararlas. El 30 mando una carta a Rego Rubido dándole un plazo (...) creo que veinticuatro horas, si no se cumplía el acuerdo se declaraban rotas las hostilidades, y que si iniciábamos los combates no cesarían hasta la toma de Santiago de Cuba. Ya el día primero empezábamos. En

eso estábamos en el hoy Central América Libre, en Contramaestre, entre Maffo, que habíamos acabado de tomar, y Palma (Palma Soriano), que (se) había tomado unos días antes. Desde allí estábamos preparando todos los movimientos para el ataque a Santiago de Cuba.

Fidel arribó a Palma Soriano con una lucidez política y militar impresionante por su dominio de la situación, su capacidad de ver lejos, su convicción clara de lo que debía hacerse sin vacilaciones. ¡Todo el poder es para la Revolución!, enfatizó mientras explicaba que desconocería de forma absoluta a Cantillo, la junta militar y a la urdimbre siniestra que con participación de la Embajada yanqui, en especial del Embajador Earl T. Smith, había tenido lugar en La Habana. Este no era el año de 1952, cuando los grupos financieros neoyorquinos, que poseían fuertes intereses azucareros en Cuba, impusieron sus designios con el golpe de estado del otrora sargento Fulgencio Batista. Para Fidel, Cantillo había dado un salto mortal al vacío.

El Comandante consideraba que no podía dirigirse a un espejismo. Recorría la habitación donde se encontraba a tramos enormes, y de uno a otro lado, mientras se apoyaba en un mueble, se ajustaba los espejuelos, revisaba los párrafos escritos durante el trayecto hasta allí: tachaba palabras con trazo seguro y raudo muestra de la celeridad y agudeza con que se agolpaban en su mente las ideas, sintetizaba y profundizaba los conceptos que deseaba expresar, las órdenes por emitir, las orientaciones a la población civil, y el espíritu que debía prevalecer entre los revolucionarios en esa hora crítica de la historia de Cuba. Un amplio ventanal daba a la calle y enfrente el pueblo fue aglomerándose para escucharlo y

verlo. De algún modo, cuando comenzó a hablar por el micrófono al Ejército Rebelde y al pueblo de Cuba, lo hacía dirigiéndose a todos los que estaban allí. Miraba sus rostros como quien conversa de cerca. Su voz serena y enardecida llegó a los confines más populosos y a los más apartados del país. Era la primera vez que el mensaje de la radio insurreccional se escuchaba con el volumen alto y en todas partes, pues las emisoras de la Radio Nacional se habían encadenado. Con las puertas y las ventanas abiertas de par en par, en cualquier ámbito: en las plazas, los comercios, las salas de las casas, los bares y los restaurantes, las avenidas, los talleres, las gasolineras, los caminos, los centrales azucareros, las fincas, los aserraderos, las goletas... la gente, atenta a los radiorreceptores, aguzaba los sentidos y la disposición para lo que fuera necesario. El país entero se detuvo.

Cualquiera que sean las noticias procedentes de la capital, nuestras tropas no deben hacer alto al fuego por ningún concepto.

Nuestras fuerzas deben proseguir sus operaciones contra el enemigo en todos los frentes de batalla. Acéptese solo con poner parlamento a las guarniciones que deseen rendirse.

Al parecer, se ha producido un golpe de estado en la capital.

Las condiciones en que ese golpe se produjo son ignoradas por el Ejército Rebelde.

El pueblo debe estar muy alerta y atender solo las instrucciones de la Comandancia General.

La dictadura se ha derrumbado como consecuencia de las aplastantes derrotas sufridas en las últimas semanas; pero eso no quiere decir que sea ya el triunfo de la revolución.

Las operaciones militares proseguirán inalterablemente mientras no se reciba una orden expresa de esta Comandancia, la que solo será emitida cuando los elementos militares alzados en la capital, se pongan incondicionalmente a las órdenes de la Jefatura Revolucionaria.

Revolución sí, golpe militar no.

Golpe militar de espaldas al pueblo y a la revolución, No; porque solo serviría para prolongar la guerra.

Golpe de Estado para que Batista y los grandes culpables escapen, No; el golpe solo serviría para prolongar la guerra.

Golpe de Estado de acuerdo con Batista, No; porque solo serviría para prolongar la guerra.

Escamotearle al pueblo la victoria, No; porque solo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total.

Después de siete años de lucha, la victoria democrática del pueblo tiene que ser absoluta, para que nunca más se vuelva a producir en nuestra Patria un 10 de marzo.

Nadie se deje confundir ni engañar. Estar alerta es la palabra de orden.

El pueblo, y muy especialmente los trabajadores de toda la República, deben estar atentos y prepararse urgentemente en todos los centros de trabajo, para la huelga general, para iniciarla apenas se reciba la orden y fuese necesario contrarrestar cualquier intento de golpe contrarrevolucionario.

Más unido y firme que nunca, debe estar el pueblo y el Ejército Rebelde para no dejarse arrebatar la victoria que ha costado tanta sangre.

Poco después, en una segunda alocución, Fidel ordenó el avance rebelde sobre Santiago de Cuba y La Habana, y proclamó la huelga general revolucionaria. Cada columna, cada frente, tenía su misión.

A pleno sol de mediodía, cuando marcaba el reloj la una de la tarde, salió de Palma Soriano en un automóvil, con rumbo a la capital de Oriente.

Con el atardecer, todas las fuerzas insurreccionales ocupaban ya posiciones estratégicas, preparadas para el ataque a Santiago de Cuba.

A las puertas de la ciudad, y en la hora definitiva, pensaba en sus hermanos asesinados en el Moncada y en extraordinarios combatientes como Frank País. Quizás porque Frank sabía tocar el piano y él lo había escuchado antes, en la casa de Orquídea en México, siempre que lo recordaba, oía aquella música vibrante. Le parecía verlo como en su segundo encuentro en tierra azteca. Era un joven muy educado, inteligente y sobre todo, de una valentía serena y sagaz. Su apariencia era la de una persona

extraordinariamente segura de sí misma, capaz de desplegar su ecuanimidad y paciencia en instantes difíciles. Era como la misma música que escuchaba al evocarlo. A la vista de la ciudad sentía la presencia de quienes nunca serían olvidados:

Santiago de Cuba, aún no eres libre. Ahí están todavía en tus calles los que te han oprimido durante siete años, los asesinos de cientos de tus mejores hijos, la guerra no ha terminado porque aún están armados los asesinos. Los militares golpistas pretenden que los rebeldes no pueden entrar en Santiago de Cuba; se prohíbe la entrada en una ciudad que podemos tomar con el valor y el coraje de nuestros combatientes como hemos tomado muchas otras ciudades. Se quiere prohibir la entrada en Santiago de Cuba a los que han liberado a la patria, la historia [de la guerra] del 95 no se repetirá, esta vez los mambrises entrarán hoy en Santiago de Cuba. Santiago de Cuba, serás libre porque te lo mereces más que ninguna y porque es indigno que por tus calles se paseen todavía los defensores de la tiranía. Santiago de Cuba, contamos con tu apoyo.

En ese mismo comunicado se ratificaba que si a las seis de la tarde, las tropas enemigas destacadas en la ciudad, no habían depuesto sus armas, las fuerzas rebeldes se pondrían en marcha y tomarían por asalto la urbe. Anocheceía y la orden fue dada. El propio Fidel recordaría después:

Cuando las tropas marchaban ya sobre sus objetivos, el coronel Rego Rubido hizo un viaje en helicóptero para localizarme; los jefes de las fragatas

hicieron contacto con nosotros y se pusieron incondicionalmente a las órdenes de la Revolución.

En *El Escandel*, en las elevaciones de *El Caney*, a unos veinticinco kilómetros de Santiago, se efectuó la reunión entre el Comandante en Jefe Fidel Castro y el coronel Rego Rubido, pero Fidel solicitaba la presencia de la oficialidad de los mandos y entonces, Rego Rubido insistió en la necesidad de que alguien, a nombre de los rebeldes, lo acompañara hasta el Moncada y se reuniera previamente con los altos oficiales. Raúl se ofreció para ir y Fidel accedió.

Raúl Guerra, *Maro*, fue el único escolta con quien el Comandante Raúl Castro se dispuso a cumplir la misión. Después, al verlos pasar, se les incorporó Eliades Rosales. A Maro lo impactó entonces la determinación del Comandante Raúl; entendía que su resolución de ir hasta allí era como un tributo a sus hermanos torturados y asesinados entre las fortificadas paredes del cuartel:

...Subimos hasta la oficina de Rego Rubido, precisamente el lugar donde otrora Raúl había sido conducido prisionero y después interrogado por el General Díaz Tamayo.

(...) habló con los oficiales del Ejército, la Marina de Guerra y la Policía, (...) les dijo que Batista se había fugado por la madrugada, que los principales culpables de la situación habían huido y los abandonaron a su propia suerte.

Les expresó que ya era hora de cesar el derramamiento de sangre entre hermanos, que podían contar con la generosidad del Ejército Rebelde.

Añadió que cumplía instrucciones de Fidel, quien invitaba a los principales jefes de las guarniciones de Santiago de Cuba a reunirse con él en El Escandel.

Acto seguido, se subió al buró, (...) cogió un retrato de Batista que estaba colgado y le dio otro, con una foto de Francisco Tabernilla, jefe del Estado Mayor General del Ejército, a Rego Rubido. Primero, estrelló el de Batista contra el piso y gritó: «¡Viva la Revolución!». Vio que Rubido estaba dudoso, y le espetó: «¿lo tiras o no lo tiras?» El hombre, por fin, lo tiró. Raúl volvió a decir: «¡Viva la Revolución!»

Después sentimos un creciente murmullo y le explicaron que eran los soldados que estaban allí, que sería bueno hablara con ellos para calmarlos. Desde la escalinata, les dirigió la palabra a las tropas batistianas, situadas en el polígono del cuartel.

Les dijo más o menos las mismas palabras que unos minutos antes había dicho a los oficiales. Sucedió algo insólito. Los soldados empezaron a corear: “¡gerolán, gerolán!” El jefe del II Frente se viró para Rego Rubido y le preguntó qué cosa era eso. Este manifestó que no sabía y se dirigió a otros altos oficiales, quienes expresaron lo mismo. Entonces se acercó un teniente y le explicó que era una paguita, la cual les daban de más por irnos a perseguir a la Sierra y que algunos jefes se robaban. Incluso muchas veces no se reportaban los muertos para seguir robándose los sueldos y el gerolán.

Raúl les contestó a las tropas: “¡Pues mañana tendrán su gerolán, después que la guarnición esté en nuestras manos!” Al escucharlo, aplaudieron de forma prolongada. Y efectivamente, al día siguiente, se gestionó un préstamo con un banco y a todos se les pagó. Enseguida, en grupos de 500, en las fragatas de la Marina de Guerra –que estaban fondeadas en la bahía– fueron enviados, desarmados, para Occidente –lugar de donde procedía una gran parte– a disfrutar unas largas vacaciones.

Antes de salir del Moncada, una multitud de soldados cargó a Raúl. El jefe rebelde le gritó al Comandante del III Frente René de los Santos: «¡Llévale los oficiales a Fidel!» Posteriormente, preguntó: «¿Dónde ustedes creen que podamos tomar café por aquí?», y un sargento respondió: «En mi casa, yo vivo cerca de aquí».

Entonces sí me asusté. Fuimos para allí, le di el fusil M-2 a Raúl y él se lo entregó a Rosales. Yo me fui para la cocina con la pistola. La mujer hizo el café y lo tomamos.

Muchas personas abarrotaban la casa y sus alrededores –la mayoría militares y familiares-. Después de abrirnos paso entre ellos, salimos para el parque Céspedes, donde estaba Fidel, quien, antes de pronunciar su vibrante discurso, le pidió al Comandante del II Frente que dijera unas palabras.

Finalmente, tuvo lugar en *El Escandel*, el encuentro de Fidel con Rego Rubido y los oficiales. El combatiente

Sixto Batista, de guardia en la posta de la entrada, recibió de un superior la orden de desarmar completamente a los batistianos. No olvidaría nunca que Fidel desaprobó aquella medida de seguridad y permitió a cualquier riesgo que sus adversarios derrotados participaran en la reunión con su pistola de reglamento, es decir, sin ser desarmados del todo.

La noche profunda no era silencio ni pereza. Santiago de Cuba resplandecía con el bullicio de multitudes libres de toda pesadumbre, del odio y el miedo que durante las semanas de represión las había recogido a los interiores de las habitaciones y los susurros, cuando no desafiaban con temeridad a los esbirros. En ese tiempo, el espinazo de la ciudad se estremecía con el ulular de los carros policiales. Nadie estaba a salvo. Enfrentarla había sido prueba de la estirpe de los habitantes de la urbe centenaria que ahora, regocijada, se volcaba a los balcones y las avenidas. No existía una casa en penumbras, todos conversaban y compartían los sucesos de las últimas veinticuatro horas, centelleaban las plazas, y una muchedumbre se agolpaba en el Parque Céspedes, frente al Ayuntamiento.

Hacía horas que la ciudad, desde todas partes, recibía como afluentes desbordados kilómetros de autos, camiones, tanques, carros blindados... Fidel transitó por las calles envuelto en una marea de júbilo popular. Los jeeps en que viajaban los barbudos apenas podían avanzar entre la gente que vitoreaba a los héroes.

Fidel entró en la emisora CMKC a las once de la noche en medio del tumulto y la ansiedad de los presentes, y tras la solicitud del locutor, se dirigió por el micrófono de la

radio al pueblo. Ordenó a Camilo Cienfuegos que tomara el campamento de Columbia y al Che Guevara el avance con quinientos hombres hacia la Fortaleza de la Cabaña.

La Habana vivía en tensión todas las horas de final y comienzo de año. Ni un solo establecimiento permanecía abierto, los trabajadores se habían sumado a la huelga en apoyo a la Revolución. Los miembros del M-26-7 y del Directorio 13 de Marzo, armados, salieron a las calles, en las que aún tenían lugar las últimas escaramuzas con masferreristas y sicarios del régimen. Cantillo, convencido de su fracaso, envió un destacamento a la Isla de Pinos con la misión de liberar y traer a Columbia para que asumieran el mando del ejército, a los oficiales de la Conspiración de los Puros, presos por intentar destituir a Batista en otro tiempo. El ex coronel Ramón Barquín López, antiguo agregado militar en los Estados Unidos, recién llegado del Presidio Modelo, no había aclarado de inmediato la entrega de los mandos militares al Movimiento Revolucionario 26 de Julio y por eso Fidel dictó instrucciones precisas a Camilo y al Che.

Faltaban unos minutos para el primer encuentro del Comandante con el pueblo santiaguero tras la liberación. Su voz era una mezcla difusa de lo meditado y sentido en los días recientes. Raúl lo había antecedido en la palabra. Con boina y sonriente, atendía a su hermano sin dejar de pensar en aquella frase augural del reencuentro en Cinco Palmas: «Ahora sí ganamos la guerra», afirmó Fidel cuando esa probabilidad era casi un imposible. Veinticinco meses después vivían el casi alucinado vaticinio como realidad cierta. Nunca podría describir los sentimientos inspirados por la victoria.

Desde el balconcito de maderas torneadas a Fidel se le volcaba el alma en el aliento: «Compatriotas de toda Cuba,

al fin hemos llegado a Santiago de Cuba. Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado (...) La Revolución empieza ahora; la Revolución no será una tarea fácil, la Revolución será una empresa dura y llena de peligros...».

Fidel habló del destino mejor que merecía el pueblo y de los sueños largo tiempo añorados. Fue cuando afirmó que por primera vez seríamos enteramente libres y la obra de los mambises se cumpliría. Recordó todo eso mientras hablaba de la visita a su mamá poco antes:

Hace breves días –dijo– el 24 de diciembre, me fue imposible resistir la tentación de ir a visitar a mi madre, la que no veía desde hacía varios años. Cuando regresaba por el camino que cruza a través de los Mangos de Baraguá, en horas de la noche, un sentimiento de profunda devoción nos hizo detener allí, a los que viajábamos en el vehículo, en aquel lugar donde se levanta el monumento que conmemora la Protesta de Baraguá y el inicio de la invasión. En aquella hora, la presencia en aquellos sitios, el pensamiento de aquellas proezas de nuestras guerras de independencia, la idea de que aquellos hombres hubiesen luchado durante 30 años para no ver logrados sus sueños porque la república se frustrara, y el presentimiento de que muy pronto la Revolución que ellos soñaron, la patria que ellos soñaron, serían realidad, nos hizo experimentar una de las sensaciones más emocionantes que puedan concebirse.

Veía revivir aquellos hombres con sus sacrificios, con aquellos sacrificios que nosotros hemos conocido también de cerca; pensaba en sus sueños y sus ilusiones, que eran los sueños y las ilusiones nuestros, y

pensé que esta generación cubana ha de rendir y ha rendido ya el más fervoroso tributo de reconocimiento y de lealtad a los héroes de nuestra independencia.

Los hombres que cayeron en nuestras tres guerras de independencia juntan hoy su esfuerzo con los hombres que han caído en esta guerra, y a todos nuestros muertos en las luchas por la libertad podemos decirles que por fin ha llegado la hora en que sus sueños se cumplan; ha llegado la hora de que al fin ustedes, nuestro pueblo, nuestro pueblo bueno y noble, nuestro pueblo que es todo entusiasmo y fe (...) tendrá lo que necesita.

Concluido el acto se aprestaron las fuerzas veteranas de la Sierra Maestra, los tanques y la artillería para iniciar el recorrido rumbo a la capital. Esa misma amanecida se puso en marcha la Caravana de la Libertad, el avance de la Columna 1 encabezada por Fidel. El 2 de enero, Camilo Cienfuegos y Che Guevara tomaron posesión de los cuarteles de Columbia y La Cabaña. Y el día 3 de enero, con el triunfo de la huelga general revolucionaria decretada en apoyo del avance del Ejército Rebelde, se desvaneció por completo el intento de golpe y asumió la dirección del país, el Gobierno Provisional Revolucionario, constituido en armas el 7 de diciembre de 1958, cuando llegó a la Sierra Maestra, el doctor Manuel Urrutia Lleó, magistrado de la Sala Tercera de lo Penal de la Audiencia de Santiago de Cuba, quien había emitido, en gesto valiente y digno, un voto particular absolutorio a los acusados en la Causa 67 de 1956 por haber participado en la expedición armada del yate *Granma*, veredicto basado en el artículo 40 de la Constitución que consideraba

legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales. Urrutia Lleó, a propuesta del M-26-7 y por mayoría, había sido designado como Presidente por el Frente Cívico Revolucionario [Pacto de Caracas-20 de julio de 1958], organización creada como fruto de la amplia unidad de todas las fuerzas contrarias a la dictadura batistiana con la sola excepción de los electoralistas que propiciaban el desarrollo de la farsa electoral pautaada por la dictadura para noviembre de 1958.

El gobierno provisional revolucionario como testimoniaría después Luis M. Buch, viejo luchador y decidido guiterista, entonces nombrado ministro de la Presidencia, quedó conformado en La Rinconada –sede de la Comandancia a mediados de diciembre de 1958–, durante una reunión en que participaron miembros de la Dirección Nacional del 26 de Julio, y del Movimiento de Resistencia Cívica. Luis Buch narraría al pie de las imágenes y la elocuencia cómo concluyó la cita:

Raúl no había hablado; estaba sentado en un toconcito, con un fusil M-2 entre las piernas, y dijo: «Fidel este hierro no lo suelto, me quedaré en el Segundo Frente, porque con Urrutia y Agramonte estimo que ese gobierno no podrá avanzar por los caminos que debemos emprender». Al terminar la reunión, Fidel planteó: «Bueno, ése es el gobierno de ustedes, porque yo estaré en contacto con el pueblo, en reuniones con los obreros, en la radio y la televisión, criticando los errores que se cometan». Así se iniciaron los primeros pasos del Gobierno Revolucionario. Raúl supuestamente alzado en el Segundo Frente; Almeida sin hablar, lo que implicaba coincidir con Raúl, y Fidel en la oposición. Yo quedé

encargado de hacerle saber al Presidente las propuestas que fueron aceptadas.

El viernes 2 de enero de 1959, Fidel se puso en camino a La Habana. El recorrido demoraría una semana. Lo haría a tramos, a lo largo de los más de mil kilómetros de distancia, en jeep, sobre el blindaje de un tanque, o en helicóptero. A su paso por Bayamo, Holguín, Camagüey, Sancti Spíritus, Santa Clara, Cienfuegos, y Matanzas, el Comandante fue organizando al pueblo, hablándole sin cansancio durante horas, a veces bajo una llovizna de invierno y otras bajo el sol ardiente, rodeado de los barbudos vestidos con uniformes de verde olivo y collares de Santa Juana y armados casi siempre con los fusiles y ametralladoras arrebatadas al ejército u ocupadas durante las últimas jornadas en los cuarteles; otras provenían del alijo que solidariamente había enviado en diciembre la Junta de Gobierno de Venezuela, establecida tras la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958.

Las poblaciones salían al camino por donde la columna avanzaba. El Comandante, en cada concentración de pueblo, adelantaba cuán ardua y compleja sería la hermosa tarea de edificar la Revolución y defenderla. Ello implicaría grandes esfuerzos y sacrificios. “El primer deber de un revolucionario –decía– es no olvidarse de los días difíciles”.

En la madrugada del 7 de enero arribó a la ciudad de Matanzas y luego de pronunciar un discurso, enrumbo hacia Cárdenas para depositar ofrendas florales ante la tumba de José Antonio Echeverría, caído en el enfrentamiento a la dictadura el día del Asalto al Palacio Presidencial, el 13 de Marzo de 1957. Evocó su encuentro en

México con el Presidente de la Federación Estudiantil Universitaria de Cuba (FEU), durante la noche y la madrugada del 28 al 29 de agosto de 1956, cuando conversaron largamente y prepararon el borrador de la «Carta de México», documento firmado el propio día 29, y donde se sellaba la unidad revolucionaria entre las organizaciones dirigidas por ambos. Fidel lo recordaba con su extraordinaria disposición para la lucha y su patriotismo.

Los frondosos álamos de la Carretera Central en el poblado del Cotorro, casi a las puertas de la ciudad capital, sombrearon el 1ro. de enero el encuentro. Fidel pudo avistar al niño de la mano de Lidia, solo a un instante del abrazo en que ambos se estrecharon. Fidelito, vestido como un rebelde, entrecruzaba los brazos a la espalda del padre que lo abarcaba y acogía cerca de sí como para no tener que volver a separarse. Por el pensamiento de Fidel cruzaron vertiginosamente las imágenes de lo pasado y lo sufrido, de la inevitable despedida en México, y luego, las notas manuscritas que le llegaron a las montañas redactadas por su hijo que le contaba sobre el colegio, los amigos y las aventuras de su vida cotidiana.

Cuando Pastorita Núñez, la combatiente ortodoxa, subió a la Sierra Maestra tras la huelga de abril, Fidel en la primera conversación en la Comandancia de La Plata, le preguntó con ansiedad si tenía noticias del niño. El Comandante también recibió con alegría a comienzos de agosto de 1958 una carta de su madre Lina en la que le contaba de Fidelito, le decía que estaba grandísimo y le pedía a Dios que tuviera los mismos ideales del padre y su gran valor. Con la carta, Lina le enviaba una foto en que ambos aparecían. La estampa ocupó un lugar íntimo en su cabaña de la

Comandancia. Cuando Fidel escribía o leía, alzaba la vista y los sentía próximos. A menudo los observaba durante largo rato. Luego, reiniciaba sus labores con ímpetus renovados.

El 9 de agosto de 1958, respondió con cariño una carta de su hijo:

Querido Fidelito:

Recibí tu carta y me alegra mucho saber que ya sabes escribir, que estás bien y me (...) mucho.

Mis amigos me han traído también, fotografías tuyas y todos me hablan siempre de ti.

Pienso que pronto podré verte y cuando estés más grande te enseñaré estas montañas donde he vivido mucho tiempo que son muy bonitas y donde tantas historias te podré contar que a ti te gustarán mucho.

Todos los días te recuerdo y siento deseos de verte. Escríbeme otra vez y recibe muchos besos de tu papá que también te idolatra.

Fidel Castro

El 1ro. de septiembre le envió al niño un telegrama de felicitación por su cumpleaños. El modelo de correos de la Western Union Telegram, recogía entre los datos de rigor el nombre del destinatario: Fidelito Castro; la fecha en que se llenó el formulario: agosto 31, 1958; el destino: Playa Tarará, Habana; el texto: «Sierra Maestra Felicidades en tu cumpleaños, tu papá Fidel» y al pie: «Pasado por All American Cable en Sept 1ro./58 URGENTE.»

Inmerso en la multitud, Fidel repasó la historia de su especial relación. Había visitado poco antes a su mamá Lina, en un viaje relámpago a Birán el último 24 de diciembre; pero al niño era la primera vez que volvía a tenerlo cerca tras la dura separación en México. En medio de la despedida, Fidel escribió al matrimonio que le había apoyado durante su estancia en México y en cuya casa, en El Pedregal de San Ángel, había de alguna manera radicado, el más importante e insospechado centro de reunión de los revolucionarios en tierra azteca:

Desde el propio automóvil que me conduce hacia el punto de partida para Cuba a cumplir un deber sagrado con mi Patria y mi pueblo, en una empresa donde difícilmente se puede regresar, quiero dejar constancia de este acto de última voluntad para el caso de que caiga en la lucha dejo a mi hijo al cuidado y educación de los esposos ing. Alfonso Gutiérrez y Sra. Orquídea Pino. Tomo esta determinación porque no quiero que al faltar yo caiga mi hijo Fidelito en manos de los que han sido mis más feroces enemigos y detractores, los que en un acto de villanía sin límites valiéndose de vínculos familiares ultrajaron mi hogar y lo sacrificaron al interés de la tiranía sanguinaria a la que sirven (...).

No adopto esta decisión por resentimiento de ninguna índole, sino pensando sólo en el porvenir de mi hijo. Lo dejo por eso a quienes mejor pueden educarlo, el matrimonio bueno y generoso, que han sido además, los mejores amigos de nosotros en el exilio y en cuya casa los revolucionarios cubanos encontramos un verdadero hogar.

Y al dejarle a ellos mi hijo, se lo dejo también a México, para que crezca y se eduque aquí en este país libre y hospitalario de los niños héroes, y no vuelva a mi Patria hasta que no sea también libre o pueda ya luchar por ella.

Fidelito vivía otra vez con su madre desde hacía algún tiempo. Toda la bruma aminorada con angustia por Fidel antes de partir de México se había despejado. Ahora, el niño se aferraba al abrazo de su padre.

En la bienvenida, un sombrero alón cobijaba a Camilo Cienfuegos, el temerario de la vanguardia guerrillera quien sostenía una ametralladora y atendía a lo que Fidel le hablaba. El Comandante en Jefe Fidel Castro llevaba gorra con visera y al hombro, fusil automático FAL obsequiado por Venezuela. Mientras saludaba con el brazo extendido, volteaba el rostro sonriente a todas partes.

Las calles eran ríos, una marea humana cordial, gozosa, satisfecha e ilusionada. Ensordecían las sirenas de los barcos y las fábricas, y el claxon de los automóviles. Repicaban las campanas. Los presentes alzaban pancartas de acogida, improvisadas y manuscritas sobre la cartulina áspera de los embalajes. Los mensajes eran de una sinceridad desnuda y tierna.

A las azoteas, los balcones, las plazas, los portales y las avenidas no les cabía un alma más, funcionaban como atalayas porque todos querían avistar primero y bien al Comandante de la Sierra. La curiosidad se alzaba de puntillas para observar por encima de las cabezas y anunciar la aproximación de la comitiva.

Cuando la Columna 1 hizo su entrada, fue una verdadera apoteosis. La gente se abalanzaba sobre los carros; no existía forma de contener las oleadas. Los hombres

abrían los brazos y extendían las manos; los niños corrían un trecho acompañando a la caravana y se acercaban a mirar a los héroes, poniendo su asombro en los uniformes verde olivo, los collares de Santa Juana y las armas que portaban. Las mujeres besaban a los combatientes, unas en gesto maternal agradecido y otras admiradas de la epopeya en que ellos eran los protagonistas.

En el aire flotaba la esperanza de que sería posible la transformación del espíritu de la urbe. A partir de ese momento, La Habana no sería espléndida únicamente en la arquitectura de sus imponentes edificaciones o en el arqueo de leyenda de su historia, adosada a los muros o al corazón de las familias. La capital ansiaba cicatrizar las heridas del horror, lavarse el rostro de obscenidades que le confirieron celebridad en el Caribe por sus prostitutas, marines borrachos, cadáveres insepultos al pie de las candidas y bellas columnas, casinos abiertos a todas horas, mafias como la de Meyer Lansky, matones aupados al gobierno y los tribunales; luminosidades para ocultar las sombras y el crimen. La Habana, humillada, ahora resplandecía de anhelos, soñaba, bailaba al ritmo de su euforia, vestida con los colores del Movimiento 26 de Julio o enfundada en traje de campaña, armada lo mismo con escopetas de caza, fusiles M-1 y M-2, o ametralladoras Thompson, en las bifurcaciones de los amplios paseos, junto a las esculturas de mármol y los jardines, los lobbys de hotel, las iglesias, las fortalezas, los parques y las callejuelas de los barrios recónditos, casi perdidos en las periferias.

La brisa inflaba las banderolas rojinegras y la enseña nacional. Las aguas de la bahía bamboleaban levemente al yate *Granma* fondeado frente al edificio de la Marina. Al pasar por allí, Fidel se desvió un instante de la ruta y

encaminó sus pasos por el breve espigón; volvió a enrollarse en el barco. Saltó sobre la cubierta. Hizo un rápido recorrido durante el cual su pensamiento volvió atrás a las semanas de los preparativos en México, a la travesía turbulenta, al inicio de la guerra. Después continuó camino hacia el cercano Palacio Presidencial. Desde la terraza norte, reconoció que repudiaba el fastuoso edificio a sus espaldas por el pasado que representaba, pero significó su utilidad en lo perentorio como sede del Gobierno Provisional Revolucionario. Mencionó al *Granma* como algo muy querido. Afirmó que si pudiera elegir dónde vivir, lo haría en el Pico Turquino, en la Sierra Maestra. Él no se quedaría en el Palacio; él acamparía en un hotel mientras buscaba un lugar para permanecer.

Por entre los agolpados frente al Palacio, se abrió paso para continuar con rumbo a Columbia, el cuartel convertido en ciudad militar rebelde desde que Camilo derribara sus muros y lo ocupara. Fidel pidió ayuda al pueblo para trazar la brecha por donde podría avanzar; no hacía falta ni un escolta para adentrarse en el gentío.

En el camino se detuvo en la bifurcación de las calles L y 23, y brevemente respondió preguntas a la prensa nacional y extranjera. Luego continuó viaje.

Era de noche cuando llegó a Columbia. En la tribuna, desde donde pronunció su discurso, lo rodeaba una aglomeración que desbordaba el polígono, agitaba sombreros, pañuelos y banderas cubanas y gritaba su entusiasmo para guardar absoluto silencio después, en cuanto Fidel habló por los micrófonos sobre la necesidad de preservar la paz. Lo urgente era robustecer la Revolución y para ello se debía consolidar la unidad de todas las fuerzas revolucionarias y, además, poner orden en la vida pública.

Al analizar la noticia de que algunos miembros del Directorio Estudiantil Revolucionario 13 de Marzo al ocupar el cuartel de San Antonio de los Baños habían trasladado armas para ocultarlas en la Universidad de La Habana, preguntó: ¿Armas para qué? Denunció esa actitud como una provocación injustificable cuando en la República habían sido restablecidos todos los derechos. Expresó la necesidad de hablar al pueblo con la verdad para evitar la demagogia, el confusionismo y el divisionismo. Antes había tenido también lugar un desencuentro con una tropa del propio Directorio que por su cuenta había decidido ocupar el Palacio Presidencial y solo se había retirado de sus instalaciones el día anterior, tras una enérgica llamada telefónica de Camilo a Rolando Cubela, responsable de aquel acto que suscitó desconfianza y recelo. Fidel hizo un recuento de la historia reciente del país y se refirió al papel protagónico del Movimiento 26 de Julio en la pelea. Fustigó a quienes ponían en riesgo la paz y el destino de la Revolución.

Aquel problema constituyó una primera prueba de cómo debían vencerse los obstáculos y cuán compleja sería la realidad en el futuro, no solo en cuanto a la cohesión interna, sino también al enfrentamiento que Fidel avizoraba desde el bombardeo a la casa de Mario, cuando los rebeldes confirmaron que los Estados Unidos apoyaban con armamento y municiones la ofensiva batistiana contra el firme de la Maestra.

La autoridad moral y ética del doctor Fidel Castro Ruz y su capacidad de convencimiento resolvieron al vuelo la situación. En realidad ya era un maestro del hilado fino, noble y altruista del entretejido tremendo de nuestro misterio: la unidad. Consideraba que el

proceso de cambio radical jamás podría hacerse solo con el núcleo inicial, ese desarrollo era concebible únicamente sobre la base de una suma constante de nuevos combatientes que irían supliendo las bajas y a quienes abandonarían la lucha. Habría que librar las batallas sumando y sumando, también a nivel internacional, a los países progresistas, a los países del Tercer Mundo, y especialmente a los de la América Latina. Juntar a partir de los nexos comunes, por encima, incluso, de las diferencias ideológicas, esa era una ley imprescindible a todas las revoluciones. Numerosos miembros del Movimiento habían luchado desde el principio; otros murieron después y habrían vivido en las filas de la Revolución hasta siempre; algunos siguieron pero no hasta el final. Esa dinámica de la vida se cumpliría como ciclo recurrente y probable.

Era la hora de enraizar la transformación profunda por las islas del Archipiélago, para cumplir lo anunciado en *La Historia me absolverá*. Habría de ponerse fin a la injusticia, al latifundio, al desempleo, a la ignorancia, al abandono médico y a los vicios; rescatar a la nación cautiva de la dependencia, la humillante subordinación económica, política, social y cultural a los Estados Unidos, y con ello, por mandato martiano, salvar de esa dominación también a Las Antillas y a nuestras tierras de América.

Fidel lo vislumbraba pero aún los años habrían de confirmar que esa guerra sería mucho más prolongada y ardua que lo imaginado, él la libraría guiado por la idea, por el rechazo íntimo al imperio, al sistema; pero no movido por sentimientos de odio. Compartía con José Martí la visión de lo aborrecible desde una idea expresada en el Presidio Político en Cuba: "...dejádme que os desprecie ya que no puedo odiar a nadie".

Definiría al imperialismo como resultado de la leyes de la Historia:

es como si en el camino se encuentra una montaña y dice: "voy a odiar a la montaña". Se encuentra un río y dice: "voy a odiar el río". La actitud racional debe ser otra, hay que escalar la montaña, cruzar el río, vencer los obstáculos; muchos son naturales y otros, constituyen el resultado de leyes y de la propia historia del hombre, de su evolución... Así veo al imperialismo, como algo anacrónico, como algo del pasado. (...) estoy movido por la idea de que hay que luchar contra el imperialismo, de que es injusto y que los hombres deben contribuir a los cambios sociales en el mundo.

Esa noche en el antiguo cuartel de Columbia, una paloma se posó en el hombro del rebelde y en la poética de lo indeleble, una pregunta quedó registrada: "¿Voy bien Camilo?" Y una respuesta: "Vas bien Fidel".

Cuando la manifestación concluyó y partieron todos a sus casas pasada la media noche, Fidel no quiso ir a la residencia de Batista. La propuesta de descansar allí lo indignó, respondió airado a esa sugerencia y luego desapareció. A esas horas se trasladó casi al otro extremo de la ciudad, al Castillo de Farnés, un restaurante de comida española, frecuentado por él, en sus días de estudiante. El local, de azulejos en sus paredes y amueblado como una taberna, hacía gala de su tradición catalana y permanecía imperturbable al paso de los años, en la misma calle de Monserrate, la primera con que se habían topado los ojos de Fidel, en su primer viaje a la capital. Nunca olvidaría su deslumbramiento ante los edificios, las luces

y el tráfico, al salir de la Estación de Ferrocarriles. Faltaba poco para la claridad cuando decidió irse. Allí en un pequeño hotel, *El Gallito*, junto al Castillo de Farnés, pasó la noche del 8 al 9 de enero de 1959. Otros amaneceres los viviría por muy corto tiempo, en el Hotel Habana Hilton. Se hospedó en la suite *La Continental*, en el piso veintitrés del imponente edificio, donde las tropas de la Sierra habían acampado y daban la misma impresión contrastante de una fuerza de Pancho Villa emplazada en una hacienda, donde de súbito coincidieran rudeza y distinción, polvo y transparencia, sencillez y artificio.

En los subsiguientes días, mientras permanecía solo en el dormitorio, Fidel repasaba la intensidad de lo vivido. Pensaba en Raúl, aún en Oriente como jefe de las fuerzas rebeldes en esa región, ¿cómo habría sido vivir los primeros días de enero?, y por su casa, ¿qué estarían haciendo en ese minuto preciso?, ¿cómo se encontrarían todos? A Ramón, que había pasado el fin de año con Lina en Birán, consiguió verlo a su paso por Holguín, poco antes de conceder, en el Instituto Tecnológico, una entrevista a los periodistas enviados por *Bohemia*. Al final de cada jornada para dormir un poco, tenía que aplacar la exaltación que aún llevaba dentro. Necesitaba descansar. Dos o tres horas bastaban para reponer sus fuerzas. A veces conseguía el sueño con las pálidas luces del amanecer, cuando el destello recurrente del faro del Morro apenas se distinguía. Fuera de la habitación, desde los balcones en las alturas del edificio enclavado sobre una colina, se divisaba el borde de la ciudad como si fuese un mapa: el mar ceñía bravíamente a Cuba; en La Habana, las fortalezas coloniales, sobre los riscos, permanecían imbatibles al viento y las aguas.

Caraqueño

Revuelo de alas de cristofué, turpiales y azulejos y un afluyente de seres que descendió por las vereditas sinuosas y enlodadas en los cerros, serpenteó por entre las techumbres quejosas y frágiles de los barrios más infortunados para unirse a los concurrentes de otras laderas y valles o remotos parajes del país: llaneros o andinos, desbordadas a las diez de la mañana, las simpatías en más de treinta mil personas, por la Revolución Cubana y su héroe Fidel Castro, quien arribó a Caracas, el viernes 23 de enero de 1959, invitado a los festejos en Venezuela por el primer aniversario del derrocamiento del dictador Marcos Pérez Jiménez y cuando aún los efluvios de la felicidad eran incontenibles en la tierra de Simón Bolívar. Desde el aeropuerto de Columbia y a bordo de un avión Superconstellation de Aeropostal de Venezuela, enviado por el gobierno del país hermano, Fidel hizo el viaje –desviándose del recorrido habitual por motivos de seguridad–, por la ruta de Gran Caimán y la costa colombiana hasta el aeropuerto internacional de Maiquetía, en la ciudad entre montañas que al ser avistadas concitaron un sentimiento de cercanía y sana envidia. «¡Ah! Si La Habana hubiera estado rodeada de esas montañas la guerra no hubiera durado tanto tiempo».

Piedra desolada y filosa a veces, otras, como despeñadero de hojas a lo recóndito en las quebradas, ardiente y desgarrada en aguas que se deslizan límpidas, Venezuela a la vista avivaba el recuerdo de José Martí con el polvo del camino recorrido en diligencia desde el puerto de La Guaira hasta la ciudad, por entre los montes espesos, con la perplejidad de quien palpa en la vivencia propia los territorios de la épica y ansioso va donde Simón Bolívar. Fidel podía imaginar la figura delgada de nuestro Apóstol, enfundada en la sobria levita negra, mientras descendía del coche y encaminaba sus pasos por entre la arboleda hasta la escultura ecuestre del Libertador, y casi podía sentir también el solemne brío con que le rindió tributo. Acudía al pensamiento de Fidel lo escrito por José Martí sobre el país sudamericano, a lo cual, seguía una sucesión de imágenes de la fugaz visita que él mismo hiciera en 1948 a Caracas, cuando iba rumbo a Santa Fe de Bogotá para aunar voluntades y realizar un primer congreso continental de estudiantes. Fue por aquellos días del Bogotazo, de la revolución súbita, justa, desordenada y efímera con que el pueblo colombiano protestó por el asesinato del liberal Jorge Eliécer Gaitán. Los caóticos e inesperados acontecimientos de Bogotá marcaron a Fidel, uno más en la avalancha enardecida de entonces. Esa experiencia era parte de lo conocido, apreciado y constituía una valiosa lección puesta al servicio de la Revolución Cubana, resguardada de excesos y emprendimientos violentos.

En Caracas, a la una y veinticinco minutos de la tarde, el contralmirante Wolfgang Larrazabal, le dio la bienvenida en medio de un mar de banderas de las naciones latinoamericanas y el clamor de una catarata de gente, percibida con gratitud. Allí se encontraban también Fabricio

Ojeda de la Junta Patriótica que forjó la victoria del 23 de enero de 1958; Luis Beltrán Prieto de Acción Democrática (AD), Jovito Villalba, máximo dirigente entonces de la Unión Republicana Democrática (URD), y otras personalidades de la vida política venezolana. De Maiquetía partieron en camino a la ciudad, al restaurante El Pinar, a unos diecisiete kilómetros de distancia, recorridos en tres largas horas, porque la comitiva apenas podía avanzar entre tantos concurrentes.

Poco después, en la noche del propio día 23, Fidel confesó en la Plaza Aérea del Silencio, que había sentido una emoción mayor al entrar en Caracas que al entrar en La Habana, porque de esta última esperaba las pruebas de cariño y el abrazo por la lucha, por la libertad tras largos años de sacrificio del propio pueblo cubano conducido por el Ejército Rebelde; pero sin embargo, de Venezuela, los cubanos solo habían recibido favores y este de acudir en torrente afectuoso y solidario a recibirlos era un gesto noble, el más puro de los homenajes de un pueblo heroico al pueblo de Cuba.

Al escuchar que alguien aseguraba: «Aquí no ha habido una verdadera revolución».

Fidel levantó la mirada, escrutó a la muchedumbre y con una convicción firme, como anticipada al tiempo, respondió:

«Pero puede haberla. No toda revolución tiene que ser violenta. Aquí en Venezuela, ahora que el gobierno constitucional comienza sus funciones y las leyes se discuten en este Congreso. No se debe dejar morir el espíritu de la Revolución, el espíritu del pueblo». En sus palabras analizó luego lo ocurrido en nuestro continente y volvió al tema de Cuba.

Fidel explicó las razones de sus vehementes palabras. Fue a Venezuela para agradecer el espíritu solidario

y la contribución material brindada al pueblo de Cuba en su lucha, pero también por otra razón:

...porque el pueblo de Cuba necesita la ayuda del pueblo de Venezuela, porque el pueblo de Cuba, en este minuto difícil, aunque glorioso de su historia, necesita el respaldo moral del pueblo de Venezuela. Porque nuestra patria –continuó– está sufriendo hoy la campaña más criminal, canallesca y cobarde que se ha lanzado contra pueblo alguno, porque los eternos enemigos de los pueblos de América, los eternos enemigos de nuestras libertades, los eternos enemigos de nuestra independencia política y económica, los eternos aliados de las dictaduras, no se resignan a presenciar la formidable y extraordinaria victoria del pueblo de Cuba...

Desde el 3 de enero, apenas setenta y dos horas después del triunfo del Ejército Rebelde, las agencias internacionales de noticias cablegráficas, como un eco sostenido difundieron a los vientos que Cuba estaba realizando ejecuciones en masa. Era la primera y hasta entonces más airada reacción desde los Estados Unidos por parte de los intereses, de las compañías norteamericanas que temían que se les retirasen sus concesiones inmorales, y lo mismo podía aseverarse de la misión militar norteamericana a la que Fidel, en el programa *Ante la prensa* de la CMQ, el 9 de enero, le expresó que ya no tenía qué hacer en Cuba. Recordó que esa misión había estado entrenando a los soldados que combatían a los revolucionarios y preguntó: «¿...nosotros podemos ir a recibir instrucciones de esa misión militar? (...) Además, ¿para qué ha servido la Misión Militar? Para que los soldados pierdan la guerra (...)».

El Comandante anunció los puntos fundamentales de la Ley de Reforma Agraria.

Fustigados el latifundio y el injerencismo, la campaña contra la Revolución no se hizo esperar. Nada se decía de la generosidad con que los rebeldes habían tratado al enemigo vencido y prisionero tras los combates, se silenció la caballerosidad e hidalguía de las fuerzas insurgentes, nunca se habló de los adversarios heridos salvados por los médicos guerrilleros, nunca se denunciaron los crímenes de la tiranía, jamás se dijo una palabra de la calma reinante en las calles de la capital de un millón de habitantes tras el triunfo sin que existiera un solo policía para patrullarlas, no se reconoció la ecuanimidad de los que clamaban justicia y no se dejaron llevar por el oscuro sentimiento de la venganza. Desde noviembre de 1958, la Revolución había llamado a no saquear, a no arrastrar, a no tomarse la justicia por sus manos y sucedió lo insólito, lo que nunca antes aconteció: bastó el pueblo para la medida, el orden absoluto, la contención y la paz.

Fidel tras los últimos combates de la guerra, libraba desde el primer día de enero, múltiples combates en la paz porque la Revolución verdadera, que comprometió su honor, era una sucesión de retos y, ahora, debía defender que no quedaran impunes la tortura y el asesinato. Habría justicia para los dolidos, para los olvidados, para los ofendidos, ello se cumpliría con la misma convicción y denuedo con que se había hecho la contienda bélica.

El Comandante apenas descansaba. Llevaba una vida ruda e intensa por el continuo movimiento y la creación. El viernes 9 de enero dialogó con un grupo de periodistas mientras recorría la Jefatura de la Policía Nacional. «Como ahora no hay dictadura –comentó–, el pueblo no tiene por qué temer la visita a una estación de policía».

Al día siguiente, el sábado 10 de enero compartió con los obreros de los talleres de la revista *Bohemia*, quienes permanecían en plena labor para imprimir el millón de ejemplares de la edición de la libertad que circularía en Cuba y América Latina, a partir del siguiente lunes. La tinta estaba aún fresca en el papel. Fidel, en medio del regocijo de todos, porque reconoció aquel lugar como su casa y se condujo con la misma naturalidad de los años en que se llegaba hasta la vieja imprenta de Trocadero, leía ávidamente los materiales del semanario. Llevaba el uniforme verde olivo, la gorra militar y los acostumbrados dos relojes en la muñeca izquierda. Con el tabaco entre los dedos y la vista fija en lo impreso repasaba las páginas, abstraído por completo. A la publicación dirigió un mensaje premonitorio en su última línea: «A la revista *Bohemia* mi primer saludo después de la victoria porque fue nuestro más firme baluarte. Espero que nos ayude en la paz como nos ayudó en estos largos años de lucha, porque ahora comienza nuestra tarea más difícil y dura».

En la suite presidencial del piso veintitrés del Hotel Habana Hilton, recibió el domingo 12 de enero, a Pastorita Núñez y a Conchita Fernández, –ambas habían sido miembros del Partido Ortodoxo desde su fundación y muy cercanas colaboradoras de Eduardo Chibás–. Las recibió con mucho cariño y les comunicó después que la primera dirigiría el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda; y la segunda, comenzaría a trabajar como su secretaria junto a Celia Sánchez. Conchita completó así un círculo entrañable como secretaria, lo había sido antes de dos hombres prominentes, de don Fernando Ortiz y del líder ortodoxo Eduardo Chibás.

Probablemente allí, Fidel echaba de menos su cabaña de la Sierra y la hamaca colgada entre los árboles. Nunca

iba a adaptarse a la mullida complacencia del lujo y pronto sentiría como un espacio ajeno la amplia, elegante, refinada habitación de hotel, a pesar de las ametralladoras junto a las espigadas butacas y los espejos, la aspereza del verde olivo en las sábanas finas, las botas enfangadas sobre el terciopelo de las alfombras, y el sudor de los modestos combatientes en medio de los aromas que hasta entonces prevalecieran entre aquellas paredes. Todo confería al lugar, una apariencia contrastante e inusual.

Viviendo en el hotel, la Universidad se encontraba a la vuelta de la esquina. Muchas veces había transitado a pie aquellas avenidas, ahora al alcance de sus pasos, con solo descender y salir del lobby del edificio. Era corto el tramo que lo separaba de la escalinata, del rectorado, del Patio de los Laureles o las plazas Cadenas y Lídice. A una cuadra, se encontraba la casona de 27 y L, donde había vivido y trabajado don Fernando Ortiz, a quien se reconocía como al tercer descubridor de Cuba, después de mencionar al navegante Cristóbal Colón y al naturalista alemán Alejandro de Humboldt. Desde la bifurcación de las calles, junto al Hotel Colina, a los pies del promontorio asfaltado, podía verse un trozo denso, concurrido, céntrico de la ciudad. San Lázaro abajo, a unas dos cuadras, el Hotel Andino seguía siendo una construcción imponente, no tanto por su tamaño como por su arquitectura de balcones de inspiración morisca y prodigiosos enrejados. Habitó el inmueble por un breve pero intenso período, cuando realizaba los preparativos del asalto al Moncada, sus recursos eran exiguos y su labor febril. También disfrutaba la cercanía a la esquina de Infanta y San Lázaro, donde un bar continuaba vendiendo el preferido cóctel de ostiones y todo parecía inalterable, pero nadie olvidaba que en aquel lugar preciso, durante muchos

años, los estudiantes se habían enfrentado en batallas campales a la policía. Ahora permanecía en calma, solo poblado del bullicio de los transeúntes y el raudo pasar de los automóviles y ómnibus.

Llegó a la capital el jueves y ya el lunes o el martes de la siguiente semana fue a la Colina. Se sentía ajeno en el confort del hotel y extrañaba los murmullos y silencios del bosque, las noches bajo la bóveda celeste, el apenas perceptible fluir de los arroyos sobre las piedras y la humedad fresca del amanecer; pero por otra parte agradecía la proximidad al ámbito de su pasado reciente, de los azarosos y fecundos años universitarios donde –siempre lo tendría presente–, se forjó como revolucionario.

Con el rector, doctor Clemente Inclán y con los decanos de las facultades de la Universidad de La Habana, conversó por más de dos horas, pues habría que trabajar en el futuro desarrollo de los programas de estudio no solo superiores en la enseñanza de conocimientos científico-técnicos, sino también por su espíritu humanista y su inspiración social. La Universidad dejaría de ser privilegio de una minoría para convertirse en recinto popular. Hablaba con pasión y bríos que contagiaban a quienes lo escuchaban, acercándosele, rodeándolo, siguiéndolo.

La campaña de calumnias contra Cuba a poco más de dos semanas del triunfo, arreciaba notablemente, con la participación de los congresistas de los Estados Unidos, quienes nunca antes habían protestado cuando el gobierno de su país enviaba a la dictadura de Batista, bombas y aviones para asesinar cubanos. Todas las fuerzas de la Revolución se volcaron a la defensa moral. Más de un millón de cubanos se reunió frente a la terraza norte del Palacio Presidencial para dar su respaldo unánime a

la justicia revolucionaria y condenar la actitud de los Estados Unidos de Norteamérica por brindarles refugio a los criminales de guerra, a los victimarios de más de veinte mil compatriotas, y a los desfalcadores del erario público. Fidel ratificó la postura del archipiélago entero, de su voluntad soberana: «¡Aunque el mundo se hunda, habrá justicia en Cuba!» Las legaciones diplomáticas acreditadas en la Habana y periodistas de todo el continente, fueron convocados. En menos de setenta y dos horas se reunieron trescientos ochenta reporteros de los medios de difusión masiva de América Latina, a quienes el Comandante concedió el 22 de enero, en el Hotel *Havana Riviera*, una conferencia de prensa para que preguntaran todo lo que estimaran. Respondió una a una todas las interrogantes sin vacilaciones, convencido de que Cuba actuaba recta y honradamente y por eso mismo podía someterse al veredicto de la opinión pública mundial. Celia y Conchita Fernández por indicaciones del Comandante, trabajaron con intensidad en el cónclave cosmopolita de la Operación Verdad.

En esa hora tremenda Fidel viajó a Caracas y fue para él motivo de orgullo, satisfacción y en especial, de admiración al pueblo venezolano, comprobar que la infamia y la mentira no podían engañar o seducir a los pueblos latinoamericanos.

La Plaza Aérea del Silencio abarrotada por más de trescientos mil venezolanos enfebrecidos era una prueba inequívoca. Lo serían también cada uno de los encuentros que el Comandante sostuvo en la tierra del Libertador, donde permaneció hasta el día 26 de enero, siempre rodeado de pueblo, y donde cumplió un apretadísimo programa de actividades y contactos: recibimiento a dos y tres comisiones a la vez como luego reseñaría el

periodista Lisandro Otero en *Bohemia*; acto en el Aula Magna de la Universidad Central de Caracas, presentación y discurso ante el congreso de Venezuela; recepción en el Palacio de Miraflores; visita al presidente Rómulo Betancourt; encuentro en la Embajada de Cuba. Fidel durmió poco durante esos días, lo hizo en la misión cubana y en el Hotel Humboldt. No tuvo tiempo para el reposo, comía frugalmente, en sitios y horas improvisados. Su oratoria sencilla, de tono coloquial y apegada a los principios impresionaba. En el Congreso analizó el drama de nuestros pueblos y leyó el artículo publicado solo cinco días después del golpe del 10 de marzo de 1952, titulado "Revolución no, zarpazo", él mismo resultó asombrado de los preludios esbozados siete años atrás. En la denuncia, Fidel anticipaba a Batista lo que su mandato significaría para Cuba y el final que sobrevendría.

Para entonces la banderola del pez flameaba en Isla Negra, en su casa de la playa o en el alma de Chile, el remoto lluvioso de los sures interminables o la pampa seca y palpitante de sal o el abundante cordillerano o el que extiende la arena a las aguas pacíficas. Pablo Neruda, el poeta militante, antifascista total, amigo de Federico García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti y la República española, compañero en su patria de Elías Lafferte y Salvador Allende, reconocida voz del continente en los volcanes y las planicies, los desiertos y las selvas, sentía en Caracas, Venezuela, que de la tierra, crecía una especie de adhesión heroica a la vida:

Como americano esencial saludo en primer lugar a
la ciudad deslumbrante, por igual a sus cerros

populares, a sus callejas coloreadas como banderas, a sus avenidas abiertas a todos los caminos del mundo. Pero saludo también a su historia, sin olvidar que de esa matriz salió como un ramo torrencial de aguas heroicas el río de la independencia americana. Salud, ciudad de linajes tan duros que hasta ahora sobreviven, de herencias tan poderosas que aún siguen germinando.

En aquel territorio de voluntades patrióticas coincidieron Fidel y Neruda, quienes participaron en el acto de recibimiento a la delegación cubana en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, donde fue entregado al Comandante revolucionario un Diploma al Mérito.

Neruda pronunció unas breves palabras y luego, recitó sus versos del «Canto a Bolívar», con su lenta y carrasposa dicción, su siempre húmedo ritmo, y la confirmación de que el pasado era augurio y esperanza:

Bolívar, capitán, se divisa tu rostro./ Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo./(...) Yo conocí a Bolívar una mañana larga,/ en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,/ Padre, le dije, eres o no eres o quién eres?/Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:/ «Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».

Era un poema del *Canto General*, libro cuya primera edición especial en México, en 1950 había sido un extraordinario acontecimiento editorial, con ilustraciones de Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros y especiales recursos tipográficos de los Talleres Gráficos de la Nación, en un país de imprentas ancestrales y leyendas como la de José

Guadalupe Posada que había conseguido pintar el alma de México al dibujar *La Catrina*, la muerte engalanada, elegantemente vestida bajo el ala amplia de su sombrero florido mientras sonreía umbrosa. Uno de los primeros doscientos de aquellos preciados ejemplares, el poeta lo dedicó al Comandante, sin apuntar la fecha en que lo obsequiaba: «A Fidel que sin nombre (porque está en nuestra Historia) circula en las páginas de este libro que le dedico. ¡Venceremos!».

El auditorio de la Universidad Central de Caracas vibró con las líneas sucesivas expresadas en cadencia emotiva por el poeta chileno.

Fidel Castro lo escuchó muy serio. Su recato se expresaba así, era algo inevitable en él, cuando mayor era su emoción más timidez adusta reflejaba su rostro ante el elogio o el cariño. El joven Jefe de la Revolución se sintió en un ambiente familiar que le recordaba los actos de la Plaza Cadenas, en la Colina. Aún se consideraba universitario, pensó que quizás nunca dejaría de serlo. De ese tiempo estudiantil era el afán libertario que en el verano de 1947, lo sumó a la expedición de Cayo Confites para luchar contra la dictadura de Trujillo en la República Dominicana, experiencia frustrada entonces, y viva más que nunca, cuando se aunaban las voluntades del pueblo de Venezuela y Cuba para apoyar a los dominicanos que emprenderían viaje con ese propósito en cuanto estuviesen creadas todas las condiciones. Sí, indudablemente el ámbito de la Universidad Central de Caracas era evocador para él y un lugar ideal para expresar su solidaridad hacia el pueblo dominicano, la voluntad de ofrecerle todos los recursos a su alcance para que los patriotas de la tierra de Quisqueya pudieran combatir ese mismo año. Fidel meditaba mientras el poeta Neruda

confirmaba su entusiasmo hacia los caminos que emprendía la Isla y testimoniaba su deseo de que al escribirse su biografía se plasmara en lugar preponderante que una vez en su vida había estrechado la mano del Libertador de Cuba.

Los protagonistas de aquel acto después tuvieron otra vez la oportunidad de encontrarse. Neruda, ferviente evocador, haría el recuento:

Dos semanas después de su victoriosa entrada en La Habana, llegó Fidel Castro a Caracas por una corta visita. Venía a agradecer públicamente al gobierno y al pueblo venezolanos la ayuda que le habían prestado. Esta ayuda había consistido en armas para sus tropas, y no fue naturalmente Betancourt (recién elegido presidente) quien las proporcionó, sino su antecesor, el almirante Wolfgang Larrazábal. Había sido Larrazábal amigo de las izquierdas venezolanas, incluyendo a los comunistas, y accedió al acto de solidaridad con Cuba que éstos le solicitaron.

He visto pocas acogidas políticas más fervorosas que la que le dieron los venezolanos al joven vencedor de la revolución cubana. Fidel habló cuatro horas seguidas en la gran plaza de El Silencio, corazón de Caracas, yo era una de las doscientas mil personas que escucharon de pie y sin chistar aquel largo discurso. Para mí, como para muchos otros, los discursos de Fidel han sido una revelación. Oyéndole hablar ante aquella multitud, comprendí que una época nueva había comenzado para América Latina. Me gustó la novedad de su lenguaje. Los mejores dirigentes obreros y políticos suelen machacar fórmulas cuyo contenido puede ser

válido. Pero son palabras gastadas y debilitadas en la repetición. Fidel no se daba por enterado de tales términos. Su lenguaje era natural y didáctico. Parecía que él mismo iba aprendiendo mientras hablaba y escuchaba.

El presidente Betancourt no estaba presente. Le asustaba la idea de enfrentarse a la ciudad de Caracas, donde nunca fue popular. Cada vez que Fidel Castro lo nombró en su discurso, se escuchaban de inmediato silbidos y abucheos que las manos de Fidel trataban de silenciar. Yo creo que aquel día se selló una enemistad definitiva entre Betancourt y el revolucionario cubano (...) Mi idea personal es que aquel discurso, la personalidad fogosa y brillante de Fidel, el entusiasmo multitudinario que despertaba, la pasión con que el pueblo de Caracas lo oía, entristecieron a Betancourt, político de viejo estilo, de retórica, comités y conciliábulos. Desde entonces Betancourt ha perseguido con saña implacable cuanto de cerca o de lejos le oliera a Fidel Castro o a la revolución cubana.

Al día siguiente del mitin, cuando yo estaba en el campo de picnic dominical, llegaron hasta nosotros unas motocicletas que nos traían una invitación para la Embajada de Cuba. Me habían buscado todo el día y por fin habían descubierto mi paradero. La recepción sería esa misma tarde, Matilde y yo salimos directamente hacia la sede de la embajada. Los invitados eran tan numerosos que sobrepasaban los salones y jardines. Afuera se agrupaba el pueblo y era difícil cruzar las calles que conducían a la casa.

Atravesamos salones repletos de gente, una trinchera de brazos con copas de cóctel en alto. Alguien me llevó por unos corredores y unas escaleras hasta otro piso. En un sitio sorpresivo nos estaba esperando Celia, la amiga y secretaria más cercana de Fidel. Matilde se quedó con ella. A mí me introdujeron a la habitación vecina.

«Hola Pablo» –me dijo, y me sumergió en un abrazo estrecho y apretado.

(...) No hablamos del incidente [se refiere a la presencia furtiva de un fotógrafo, llegado hasta allí sin autorización] sino de las posibilidades de una agencia de prensa para la América entera. Me parece que de aquella conversación nació Prensa Latina. Luego, cada uno por su puerta, regresamos a la recepción.

Fidel y Neruda volverían a verse pero la próxima vez sería en la propia Habana, durante las celebraciones por el segundo aniversario del triunfo revolucionario y con la buena noticia de que un libro urgente nacía al fulgor de la amanecida: *Canción de gesta*. El mismo Pablo explicaría las razones de su inspiración:

Primeramente medité este libro en torno a Puerto Rico, a su martirizada condición de colonia, a la lucha actual de sus patriotas insurgentes.

El libro creció después con los acontecimientos magnánimos de Cuba y se desarrolló en el ámbito Caribe.

Lo dedico pues a los libertadores de Cuba: Fidel Castro, sus compañeros y al pueblo cubano. (...).»

Y al pie de la nota una acotación: «A bordo del Paquebot «Louis Lumiere» entre América y Europa, 12 de abril de 1960».

Nacidos en el océano, son los versos de este volumen como palabras marineras, como vaivén de olas, susurro de corrientes profundas y heroicas como pitazos de barcos que despabilan adormecimientos, alertan, anuncian arrecifes como islas o simplemente, el arribo a puerto:

Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen/
palabras en acción y hechos que cantan,/ por eso desde lejos te he traído una copa de vino de mi patria;/ es la sangre de un pueblo subterráneo que llega de la sombra a tu garganta;/ son mineros que viven hace siglos sacando fuego de la tierra helada./ Van debajo del mar, tras los carbones/ y cuando vuelven son como fantasmas;/ se acostumbraron a la noche eterna,/ les robaron la luz de la jornada/ y sin embargo aquí tienes la copa de tantos sufrimientos y distancias, la alegría del hombre encarcelado, poblado por tinieblas y esperanzas/ que dentro de la mina sabe cuando/ llegó la primavera y su fragancia/ porque sabe que el hombre está luchando/ hasta alcanzar la claridad más ancha./ Y Cuba ve los mineros australianos,/ los hijos solitarios de la pampa/ los pastores del frío en Patagonia,/ los padres del estaño y de la plata,/ los que casándose con la cordillera/ sacan el cobre de Chuquicamata,/ los hombres de

autobuses escondidos/ en poblaciones puras de nostalgia,/ las mujeres de campos y talleres/ los niños que lloraron sus infancias;/ esta es la copa, tómala, Fidel./ Está llena de tantas esperanzas/ que al beberla sabrás que tu victoria/ es como el viejo vino de mi patria;/ no lo hace un hombre sino muchos hombres/ y no una uva sino muchas plantas;/ no es una gota sino muchos ríos;/ no un capitán sino muchas batallas./ Y están contigo porque representas/ todo el honor de nuestra lucha larga/ y si cayera Cuba, caeríamos,/ y vendríamos para levantarla, / y si florece con todas sus flores/ florecerá con nuestra propia savia./ Y si se atreven a tocar la frente/ de Cuba por tus manos libertada/ encontrarán los puños de los pueblos,/ sacaremos las armas enterradas;/ la sangre y el orgullo acudirán/ a defender a Cuba bienamada.

Quedaba fundida la amistad entre la patria chilena y la cubana, sus destinos se unirían para siempre, primero de una forma apasionada y afín en el sueño, y luego, combativa y desafiante, en días desgarrados y cruentos de enfrentar al fascismo. Neruda –a pesar de los dolorosos malentendidos, como él los definiría en su poético libro de memorias *Confieso que he vivido*– guardaría en lo infinito un lugar de cariño y de defensa, para la Isla de la Libertad, para la Revolución Cubana y sus nobles protagonistas.

Unas semanas después, el 27 de febrero de ese propio año 1959, llegaría a La Habana, otro hombre del sur: el compañero Salvador Allende Gossens, quien además de conocer a los obreros, los estudiantes y campesinos cubanos durante su visita, sostendría largas, muy largas

horas de conversación con Fidel, Raúl, Che, y Camilo. Allende trajo consigo las esperanzas de su pueblo de mineros y navegantes, habitantes de todos los confines del Chile sufrido, de las tierras secas y salitrosas del norte, y de las del sur lavado por las lluvias perennes; de la cordillera de Los Andes o de los hielos en las estepas australes, de quienes eran la luz misma en la profundidad de las minas de carbón, o la mirada al borde de los límites imperturbables al embate de las aguas oceánicas.

Salvador Allende, al hablar de su primera visita a Cuba en 1959, confesaría más tarde que viajó a la Isla para estar junto a los cubanos y conocer cómo se afianzaba su conciencia revolucionaria y cómo Fidel y los dirigentes revolucionarios daban el ejemplo de una voluntad creadora para derrotar al imperialismo y hablar el lenguaje de solidaridad a través del mundo. Deseaba recorrer un camino de experiencias para el sueño que le conminaba cada mañana y que de alguna manera podría desdibujarse con palabras de brisas mistrales, como lo eran las de Gabriela, al perfilar al país como tierra emprendedora y marinera, que debiera prevalecer ante la marcial y prusiana:

Han dado a Chile los comentaristas la forma de un sable, por remarcar el carácter militar de su raza. La metáfora sirvió para los tiempos heroicos. Chile se hacía, y se hacía como cualquier nación, bajo espíritu guerrero. Mejor sería darle la forma de un remo, ancho hacia Antofagasta, aguzado hacia el sur. Buenos navegantes, somos un país dotado de inmensa costa.

En su primera visita a Cuba, Allende tuvo la impresión de que el pensamiento de José Martí se hacía realidad

en el Comandante de la Sierra. Recordaba lo escrito por el Apóstol cubano:

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen a los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre.

Para Salvador Allende, en Cuba había aparecido Fidel Castro.

Este médico chileno de nombre que podría interpretarse como «salvador de regiones allende los mares», hombre de ideas, sería amigo fraternal de la Revolución Cubana. Volvería una vez y otra cada año, hasta que siendo ya presidente de la República, en el Gobierno de la Unidad Popular, su lucha se convertiría en duelo entre el sable y el remo, en el espíritu de su patria, enfrentada como la Isla misma, al norte imperial y a lo siniestro propio: a la fusta castrense y la oligarquía despiadada. Doce años después de su primera estancia en Cuba, dramáticamente, caería combatiendo con honor en defensa de la causa de su pueblo, armado con un fusil automático que le obsequiara el Comandante Fidel Castro.

De la visita a Venezuela, el capitán Paco Cabrera, no pudo regresar a la patria. Cuando la comitiva cubana se alistaba para viajar, corrió en busca de las armas que habían quedado en el avión. Habitado a lo difícil en la guerra, a los disparos en más de veinte combates desde

Uvero hasta Maffo, no pensó en la muerte agazapada en imprevistos o descuidos y lo sorprendió bajo la hélice de un DC-6, en la pista del aeropuerto de Maiquetía. Pasó por debajo del ala de la nave y allí quedó tendido. Sus compañeros confiaban en su buena estrella, su olfato y su vista de águila puestas a prueba en innumerables bombardeos y emboscadas en la Sierra, y precisamente por esas razones no podían concebir un final dramático cuando parecía estar a salvo de la muerte. Los hombres lloraron su pérdida repentina con un gran desconsuelo, era como un desahogo de lo contenido mucho tiempo.

En los salones campestres del Rancho Club santiaguero, todo era bullicio a las cuatro de la tarde del 26 de enero, entre timbrazos telefónicos, instrucciones cursadas desde La Habana, comisiones que llegaban y partían. Un auditor rebelde, el doctor Juan Escalona, unió legalmente a la pareja de leyenda que se había citado allí para acogerse al recetario jurídico del Código Civil en un matrimonio laico. Después de que los jóvenes firmaron el pliego matrimonial, los saludó con un estrechón de manos, mientras el fotorreportero de la revista *Bohemia*, captaba las imágenes que saldrían publicadas a dos páginas, la semana siguiente. Lina sonreía en la estampa fotografiada durante la ceremonia del casamiento de su hijo Raúl con Vilma, la combatiente Deborah, a quien todos reconocían en Santiago como una heroína.

Tras varios años de sufrimientos y angustias, Lina sentía que por fin tenía un poco de felicidad y paz. Recordó a su esposo don Ángel; él habría disfrutado mucho aquel instante y se habría sentido orgulloso. La regocijaba

la dicha del menor de sus hijos varones y la idea de que pronto, en la primera oportunidad, la familia estaría otra vez reunida. De todo lo que entonces experimentaba y de los buenos augurios para el porvenir, tenía que dar gracias a la Virgen de la Caridad del Cobre y cumplir su promesa con la virgencita de Guadalupe. Por esa razón, durante su estancia en la capital de Oriente, junto a su hermana María Isabel y su hija Angelita, visitó el Santuario de El Cobre. Llevaba una mantilla cubriéndole la cabeza y en las manos, un rosario. Encendió unas velas en acción de gracias y rezó con fervor ante la Virgen de la Caridad, La Milagrosa y Don Bosco.

La muerte ya no acechaba en las encrucijadas, las sierras, los caminos, las casas o las márgenes de los ríos. Durante la guerra temía que le arrebatara a los hijos; de ellos, tres corrían peligro inminente; esa era una realidad tremenda, que mantenía sus nervios en perenne tensión y le quitaba el sueño y el apetito. Alzó la vista. La luz penetraba por los vitrales. Volvió al presente. Mientras oraba, sintió a su lado, el llanto de María Isabel, su hermana Belita, que no olvidaba a su hijo Roberto, de la tropa rebelde de Furry, y caído en una emboscada durante la contienda. Pensó en el dolor de todas las madres que habían perdido a sus seres queridos y rogó para que tuvieran sosiego, para que la paz y la libertad perduraran en la Isla.

Recordó la ocasión en que le avisaron que Raúl y sus compañeros estaban siendo bombardeados y ella, alarmada, tomó un jeep y se fue por los terraplenes a ver si podía ampararlos, si conseguía ayudar en algo, y evitar una tragedia. Gracias a Dios ya todo había pasado. Tenía la disposición firme de ir a México a agradecerle a la Virgen de Guadalupe para expresarle su

agradecimiento. Fidel y Raúl y todos los que estaban con ellos, habían regresado con el laurel del triunfo. Ella besó el rosario y salió de la capilla, a la luz de la mañana, al paisaje hermoso de las estribaciones montañosas.

Premier

A los manantiales y la espesura, a los picos de las montañas y a la cercanía con los campesinos que apoyaron al Ejército Rebelde, volvió Fidel tras el regreso de Venezuela. *Revolución* publicó la noticia el 29 de enero de 1959. Durante una visita al periódico, el 28 de enero por la noche, el propio Fidel lo había informado con voz que denotaba su ansiedad jubilosa porque iniciaría también con la visita el plan agrario. Entonces declaró: «La Reforma Agraria, ampliamente aplicada será sólida porque ello constituye el principal anhelo, la primera necesidad de nuestra población en este momento presente y la primer ley revolucionaria». El 2 de febrero, en Naguas, se encontró con Piti Fajardo para viajar juntos después hacia Manzanillo. A la mañana siguiente, el Comandante salió desde el aeropuerto de Bayamo para sobrevolar la Sierra Maestra por los lugares bombardeados por la tiranía, y dejar caer en paracaídas, paquetes con juguetes y ropa. Por esos días continuó su recorrido por la zona sur de la región oriental. Hizo un alto en Santiago de Cuba para acudir al cementerio de Santa Ifigenia y por primera vez, en la paz, rindió tributo al Apóstol y a los jóvenes caídos en los combates de la Revolución: Renato Guitart, Pepito Tey, Frank y Josué País,

entre otros tantos. A la tarde, en la Escuela Normal de Santiago, se reunió con cien madres santiagueras que perdieron sus hijos en la lucha. A ellas, a las heroínas silenciosas, pidió confiar en los destinos de Cuba, y desde allí, como en un viaje a los orígenes, volvió a la Sierra de la vida guerrillera. Esa misma semana, en la capital rindió la última guardia de honor a los mártires del yate *Granma*, velados en el Salón de los Pasos Perdidos en el Capitolio Nacional, antes de ser sepultados en el Cementerio de Colón, tras su traslado desde Niquero en Oriente.

«Soy un hombre de fe y siempre he afrontado las dificultades resueltamente (...) Lo que me interesa es que la Revolución siga adelante y que el pueblo no resulte defraudado», con esas palabras como eje de su discurso, Fidel asumió el premierato del país, en horas de la tarde del 16 de febrero de 1959. Sus prioridades eran la liberación económica y la Reforma Agraria y anunció el pronto surgimiento del Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda, al frente del cual estaría Pastorita Núñez, la combatiente rebelde y ferviente martiana, que había llevado adelante la riesgosa tarea de recaudar el impuesto de guerra. Ella cumplió su misión con valor y una honradez total. A la Comandancia llegó con los dineros de los impuestos en una bolsa de nylon, con mucho frío y sin un abrigo sobre los hombros. Celia lo comentó a Fidel, admirada de la pulcritud con que Pastorita resguardó aquellos fondos. A ella le recordaba la de José Martí al emplear con rigurosa escrupulosidad los dineros de los obreros tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso. Pastorita evocaba a Fidel soñando en plena Sierra la creación del Instituto en 1958, mientras un ciclón azotaba los montes con aguaceros interminables y vientos muy fuertes.

Durante los primeros cuarenta y cinco días revolucionarios, la transformación necesaria e impostergable de la sociedad cubana había marchado muy lentamente, la propia integración en parte conservadora y reformista, del Gobierno Provisional Revolucionario no propiciaba los cambios radicales y profundos que el pueblo esperaba.

La coyuntura no permitía aplazamientos y los compañeros que antes habían sido miembros en la clandestinidad del Movimiento 26 de Julio e integraban el gabinete: Faustino Pérez, Julio Camacho Aguilera, Enrique Oltuski, Armando Hart Dávalos y Luis M. Buch, analizaron y propusieron que Fidel asumiera el liderazgo del Gobierno Revolucionario. Una madrugada de febrero, en casa de Oltuski, y con la asistencia de otros miembros del Movimiento 26 de Julio, tuvo lugar la reunión con Fidel hasta conseguir convencerlo para que cambiara su postura original de no aceptar un cargo en el ejecutivo.

Al triunfo, Fidel solo había conservado la condición de Comandante en Jefe al frente de las fuerzas rebeldes primero y después de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y hasta entonces estaba cumpliendo el papel de predicador, resolviendo los problemas, atajando los errores del gobierno, apoyándolo con todas sus energías, reuniéndose con los sindicatos para resolver conflictos como el del boicot a la compañía inglesa petrolera Shell, a la que el pueblo consideraba responsable de patrocinar la compra de aviones y armas a Inglaterra por parte del dictador Batista. Comprobado que el presidente de la compañía Julio Iglesias había sido el máximo responsable y como tantos colaboradores del régimen había huido del país, Fidel consideró cumplido el propósito de los trabajadores y de la revolución de sancionar al culpable. Era el momento de encarar el asunto con un concepto

realista. Afirmó que esperaba que el pueblo, conocedor de que la revolución no podía ahogarse en esos instantes en un mar de dificultades, comprendiera la necesidad de dar por terminado el boicot. Contaba con el respaldo popular y su cooperación, planteada la solución del problema de manera justa. Cuba tenía que seguir una política de amistad y de comercio con todos los pueblos del mundo. El acto donde Fidel habló fue transmitido por la Radio Rebelde, emisora desde la cual, lanzó a comienzos del mismo enero una campaña para recaudar fondos y hacer de ese medio de difusión el más potente que surcara el aire en Cuba.

Otro asunto muy complejo que Fidel tuvo que abordar, fue la marcha de la zafra azucarera. Ello concentró su atención en los inicios de febrero. En la primera plenaria nacional convocada tras el derrocamiento del tirano, por el sindicato de trabajadores del sector, el Comandante explicó que era muy difícil pedirles a los obreros siempre sacrificados, el sacrificio de aplazar sus demandas.

Expuso la razón esencial: sin zafra vendría el desplome económico y el hundimiento de la Revolución. Por encima de todas las justas reivindicaciones proletarias, debía primar el supremo interés patrio de salvar la zafra porque de esta dependía que la maquinaria del Estado pudiera prestar sus servicios y la revolución asegurar al pueblo sus primeros frutos.

Reconocía como justos los reclamos de los trabajadores y les conminó a no abandonarlos, pero ratificó la necesidad de cerrar filas contra la provocación de quienes se proponían hundir la República. Confesó:

Creo que nunca, ni en la Sierra Maestra, cuando sin balas y sin alimentos, estábamos ferozmente

perseguidos por el enemigo, hice una exhortación tan dramática. Podríamos intervenir los ingenios cuya administración se muestra intransigente frente a las justas demandas de los obreros; pero eso es lo que quieren aquellas empresas provocadoras que se negaron a pagarnos el tributo de guerra; y eso es, precisamente lo que ahora no conviene a la revolución que está en el poder, que es la revolución del pueblo, la revolución de ustedes, la revolución de los trabajadores, los únicos que podrán defenderla en esta formidable ocasión en que ya se inicia la reforma agraria.

Con su permanente contacto con el pueblo y su palabra persuasiva, Fidel logró que el proceso revolucionario fuera ganando tiempo para consolidarse y fortalecerse.

El Ejército Rebelde se había extendido por el país, pero la verdad era que no existía quién pudiera ejercer una real autoridad en las primeras semanas. El núcleo fundamental eran unos tres mil hombres con armas de guerra y poco después, el pueblo, la gente común, se apoderó de las armas y se constituyó en un ejército de cuarenta mil hombres. Nadie controlaba a los enrolados, recibían comida y ropa, pero no cobraban un solo centavo. Todo se fue organizando improvisadamente, de forma espontánea, y gracias a la sabiduría popular y la prédica constante del Comandante Fidel, en medio de una anarquía sin violencia, sin venganzas.

Cuestiones sustanciales y de extraordinario peso determinaron la aceptación de Fidel para desempeñarse como Primer Ministro.

Cuando el Moncada estaba dispuesto a asumir las responsabilidades que le correspondían, pero después, en la guerra, como consecuencia de la situación política y

la necesidad de demostrar que los revolucionarios no luchaban por aspiraciones personales, propuso un candidato a la presidencia, al doctor Manuel Urrutia Lleó, un juez que mantuvo una actitud digna en el juicio a los expedicionarios del *Granma*, prisioneros tras el desembarco, y a los combatientes del levantamiento del 30 de Noviembre en Santiago de Cuba. El juez discrepó del resto de los magistrados, se mantuvo valiente, al oponerse al gobierno de Batista, con lo cual ganó prestigio, pero en realidad no había hecho absolutamente nada más. A Fidel no le preocupaba tener un cargo. Estaba decidido a que se llevara a cabo la Revolución y sabía que ello era posible con el poder y el apoyo del pueblo. En el instante en que se solicitó su disposición, el gobierno era inoperante y comenzaban a aparecer quejas por todas partes. El propio primer ministro José Miró Cardona planteó a Fidel que no existía otro camino, se trataba de una necesidad práctica: él renunciaría al cargo. Solo entonces el Comandante accedió, vencida su resistencia y poniendo antes algunas condiciones; la principal: tener la facultad de decidir acerca de las medidas que debían adoptarse, y la responsabilidad del gobierno ejecutivo, lo que posibilitaría el cumplimiento del programa revolucionario.

Aquella tarde en que asumió el nuevo compromiso enunció algunos de los más importantes propósitos: la recuperación de tierras en la Ciénaga de Zapata y en los bajos del río Cauto, la estructuración eficiente del Estado y la atención a la buena marcha de la economía para ofrecer beneficios al pueblo como la solución del problema del empleo o la rebaja de los precios de los alquileres, y de los bienes y servicios en general, la construcción de viviendas y la elevación del standard de vida de la población no solo en lo material sino también en lo espiritual.

Con su designación se aprobaron de inmediato los decretos necesarios para dar a luz a dos importantes instituciones culturales: la Casa de las Américas y el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos. Entonces, fue cuando confesó cómo veía aquel cambio en su vida.

Paradójicamente, en los instantes en que recibo este honor de ponerme al frente del Consejo de Ministros, no experimento sino una honda preocupación por la responsabilidad que se ha puesto sobre mis hombros, por la seriedad y la devoción que siempre he puesto en el cumplimiento de mi deber. Tal vez cuando lo que necesitaba era un buen descanso, lo que he recibido es más trabajo; un trabajo mayor del que venía realizando; un trabajo, además, más responsable del que venía realizando; una prueba, además, muy dura (...) ninguna considero tan difícil como esta, ninguna considero tan preñada de obstáculos, ninguna considero tan dura de llevar adelante.

En lo adelante comenzaron a decretarse y aplicarse las leyes como en tiros de ráfaga.

En las amplias naves de trabajo o en los móviles con grúas se escuchaba la frase: "*All right, all right, all right...*", así, en lengua ajena, los obreros cubanos asentían a los gerentes y administrativos de la Cuban Telephone Company, una compañía norteamericana asentada en la Isla desde 1909. Los empleados habían ido acostumbrándose a esa expresión ante las exigencias técnicas de trabajo, y

la repetían de forma mecánica, algunos incluso confundían y atropellaban las palabras y solo farfullaban: “orraí, orraí, orraí”. Asumían el significado de una forma instintiva –sin conocer la traducción literal de los vocablos– sabían que era igual que decir comprendido, está bien, o de acuerdo–, pero desde hacía largos años en voz baja o para sí, ansiaban que algún día la empresa fuera realmente cubana, como también debería serlo el patrimonio de la nación que injustamente y por causa de la intervención norteamericana a comienzos de siglo, se encontraba en manos extranjeras. Con frecuencia entre los empleados se hablaba del coronel mambí Sanguily, de la exacta manera suya de definir la triste situación nacional: «Parece que Cuba puede ser un paraíso para todos, menos para los cubanos», la misma que a principios de la centuria, don Ángel Castro le escuchara a los mineros y empleados de otras propiedades norteamericanas en la isla mayor de Las Antillas.

El bufete de los abogados Aspiazco-Castro-Rasende, por iniciativa de Fidel, había interpuesto una demanda contra la poderosa compañía telefónica en 1951, ante la Dirección Central de Servicios Públicos, y en la cual impugnaba las tarifas cobradas en exceso a los usuarios, pero entonces, la empresa extranjera consiguió dilatar el proceso, presentar una apelación ante la Sala de Leyes Especiales y Contencioso Administrativo del Tribunal Supremo, y retrasar la vista del recurso hasta el año 1954, a la que no pudo asistir el joven abogado litigante por encontrarse en la prisión de la Isla de Pinos. Entonces, a nombre del doctor Fidel Castro, compareció en el juicio el doctor Pelayo Cuervo Navarro, hombre de probada integridad y ortodoxo de raíz. El fallo judicial fue favorable a los usuarios, pero la sentencia nunca

se ejecutó porque Batista no procedió en tal sentido, sino muy por el contrario.

El anhelo de que la compañía telefónica fuera propia se acrecentó sobre todo tras el 13 de Marzo de 1957, cuando la dictadura poco después del asalto al Palacio Presidencial por los estudiantes de la Federación Estudiantil Universitaria, hizo humillantes concesiones a la mencionada subsidiaria de la Internacional Telephone and Telegraph Corporation, por medio del Decreto 552 que modificaba el convenio mediante el cual se autorizaba a la Cuban Telephone Company a aumentar las tarifas. A cambio, la trasnacional norteamericana obsequiaba un teléfono de oro al tirano. Con esa legislación se garantizaban utilidades superiores a las permitidas en los propios Estados Unidos, con ganancias netas superiores al ocho por ciento. En el país donde radicaba la matriz, el máximo aceptado era de solo 6,5 por ciento. Se suprimían las entregas al Estado cubano de al menos el cuatro por ciento de los ingresos brutos, así como también se establecía la exención de pago por contribuciones o impuestos a las provincias y municipios del archipiélago. Además, se concedía a la empresa la facultad de recargar a los clientes cualquier aumento establecido por el Estado.

La noticia, publicada en los matutinos del 13 de marzo de 1957 causó gran indignación popular y el doctor Pelayo Cuervo, hombre honorable, denunció con vigor el acuerdo: "El estado financiero de la CTC es próspero y el negocio rentable, por lo que resulta impropio el aumento".

El día despuntó con una humillación al pueblo de Cuba. Convulso por el ataque a Palacio, el 13 de Marzo de 1957, terminó con una verdadera ola represiva, una de cuyas primeras víctimas fue el doctor Pelayo Cuervo, asesinado

por un disparo a quemarropa. Su cadáver apareció en el apacible y solitario reparto El Laguito, al oeste de la ciudad. Era la reacción cobarde y criminal de los que cada día se sentían más acosados y débiles, más vulnerables. Aunque no lo confesaran, el miedo iba apropiándose de ellos.

La memoria colectiva aún permanecía estremecida por los acontecimientos del pasado reciente. El 13 de marzo de 1959, se hizo realidad el viejo anhelo de que la compañía fuera de propiedad cubana y la política de precios de tarifas resultara justa y razonablemente diseñada. Fidel anunció en el acto de recordación de los mártires del Asalto al Palacio Presidencial, la Ley No. 122, adoptada en sesión extraordinaria del Consejo de Ministros, y con la cual se disponía por primera vez, la intervención de una empresa norteamericana. Era el principio del fin del saqueo imperialista en Cuba. Un grupo de obreros telefónicos retiró el cartel en inglés del frontón de los talleres de la compañía, ubicados en las cercanías de la Avenida de Vento, en una zona periférica de La Habana.

Además, la jornada tuvo una particular repercusión en el curso de los hechos por otra razón. El pueblo, con su proverbial sabiduría y madurez trazó el camino urgente a los revolucionarios, mostró cuán lejos y profundo había llegado en la radicalización de las ideas.

El Comandante vivió lo acontecido entonces como una revelación; él hablaba al pueblo en el acto y en su diálogo abordaba varios temas, entre ellos el de las elecciones, cuando surgió entre los presentes una consigna unánime, un clamor: ¿elecciones para qué?, una pregunta como punta de iceberg, inspirada en otra que Fidel hiciera en enero en Columbia: ¿armas para qué?

El Comandante apreciaría esa interrogante, por su significado, como una de las lecciones más grandes

recibidas en su vida. El pueblo no impugnaba un principio democrático, sino que planteaba lo decisivo del momento: hacer la Revolución, aprobar las leyes revolucionarias e implementarlas. ¿Por qué habrían de entrar en ese mecanismo que dividía a la gente y promovía aspiraciones? El sentimiento generalizado del pueblo se expresó: estaba cansado de la politiquería y los politiqueros, de la absurda profusión de candidatos electorales para nada; en dos palabras: de la vieja política.

Fidel reconoció que aún los mismos dirigentes progresistas, seguían pensando en las viejas ideas y no se habían percatado del gran cambio operado en la conciencia de la gente, incluso, en medio del discurso, intentó explicarles y otra voz se alzó para apuntar:

—«Por ahí se cuele la reacción».

Él continuó hablando, pero aquellas interrogantes no quedaron dispersas en el aire, sino que marcaron muchas de sus horas de reflexión. Rememoró lo pasado y lo vio todo con absoluta claridad.

Transcurridos seis años desde el asalto al Moncada, al triunfar la Revolución, las circunstancias eran otras, había surgido una nueva generación de líderes y un pueblo mucho más revolucionario, una gigantesca mayoría que vivió un proceso gradual, el desarrollo de un movimiento y de una guerra. La caída del régimen no había sido abrupta, sino fruto de un período prolongado de luchas y sacrificios, de sucesos que nunca podrían haber sido imaginados o adelantados por alguien, de una especie de travesía de maduración en que la gente se forjó.

Fue aquella imprecación de la multitud la que abrió los ojos a los líderes rebeldes y al propio Fidel, quien todavía en esa primera etapa, seguía el esquema delineado tradicionalmente por la Constitución, un patrón

que establecía una elección presidencial, un poder ejecutivo presidencial, un parlamento...

La muchedumbre dio un vuelco vital en la apreciación del proceso político. Así lo entendió Fidel aquel día, y en sucesivas jornadas de meditación se preguntó: «¿tendrá razón el pueblo?, ¿por qué vamos a precipitarnos ahora, en vez de hacer primero la Revolución?, ¿por qué vamos a desatar todo ese mecanismo electoral?» La certidumbre de que el pueblo estaba en lo cierto, de que su lógica era acertada, determinó, no la supresión de las elecciones, sino una prolongación del gobierno provisional revolucionario.

Con el paso de los años se demostraría cuán apropiado fue disponer de un tiempo de provisionalidad relativamente largo. Fidel concluyó que sería un error volver a los viejos, aborrecidos y desprestigiados mecanismos políticos y electorales, además innecesarios, si la Revolución era engendradora de derechos: podía generar las leyes revolucionarias y avanzar en los cambios imprescindibles. Las cuestiones formales podían esperar. Fue lo que sucedió durante quince años, no solo por un sentido práctico, sino también por todo lo que sobrevino después de la firma de la Ley de Reforma Agraria en los meses subsiguientes, cuando los Estados Unidos activaron decididos una espiral superior de agresiones.

Seguir caducos y esquemáticos caminos, habría permitido la legalización de la contrarrevolución, abrirles posibilidades a los enemigos, a los aliados de la reacción y del imperialismo norteamericano.

Fidel creía firmemente en un principio que mantendría inalterable con el tiempo: en la lucha de vida o muerte de un pequeño país como Cuba frente al poderío de los Estados Unidos, no se debía dar posibilidad alguna a los

enemigos de la Revolución y del pueblo cubano. Procedía entonces establecer un gobierno de mayoría, una democracia revolucionaria del pueblo durante el período inicial de transformaciones sociales, de lucha y supervivencia frente a los Estados Unidos.

El reclamo popular de aquel día fue para el Comandante de la Sierra como una brújula. Filosofía, moral, legalidad y legitimidad se cumplirían en lo adelante por la Revolución. Siempre actuaría conforme al derecho, realizada y defendida por la inmensa mayoría del pueblo, a su vez dirigida por una vanguardia en que fueron integrándose de forma amplia, todas las fuerzas del avance social.

Desde el propio programa del Moncada, Fidel había planteado el establecimiento de un gobierno que, en nombre del pueblo, procedería a decretar un grupo de leyes. Al triunfo de enero, la Constitución de 1940 fue restablecida porque tenía carácter avanzado y progresista, y dentro de su espíritu era posible llevar adelante todas las leyes revolucionarias. Recuperar lo perdido con el golpe del 10 de marzo y adelantar pasos revolucionarios, eran objetivos en los que ya existía un pensamiento radical y socialista en lo propuesto por el programa del Moncada, era como el preámbulo del socialismo lo que se proyectaba entonces, con el amplio respaldo de la población.

Con esa inmensa mayoría incluso en aquel instante primigenio, se habría podido establecer una nueva constitución o una constitución socialista, pues el requisito principal de legitimidad estaba dado: contar con una amplia mayoría de la población, lo cual le conferiría por siempre un carácter democrático. Sobrevendrían momentos en que la Revolución perdería un mínimo por ciento en extensión de apoyo popular –se desgajarían los

elementos reaccionarios—, pero ganaría en profundidad entre la mayoría militante, dispuesta no solo a respaldarla sino a morir por ella.

Fidel recordó ante la multitud que desbordaba las calles Monserrate y Zulueta, los balcones y el parque frente a Palacio, la extraordinaria concentración patriótica aunada pocos días antes en Baire, el 24 de febrero, en conmemoración de la gesta de 1895. Alentaban a unos y otros congregados los mismos ideales martianos de soberanía y justicia. Sintió que la prédica del Apóstol era simiente de donde brotaba el caudal de fervor y lucidez de aquel río crecido.

En las últimas semanas, había recorrido, de uno a otro extremo, el país. En Santiago de Cuba, ante miles de campesinos aseveró: «para mantener el consumo, para mantener la riqueza y hacer la Reforma Agraria no era posible repartir la tierra en un millón de pedacitos». Pocas jornadas después, tras entregar trescientos cuarenta títulos de propiedad en la hacienda tabacalera Las Martinas, en Pinar del Río y al hablar en Arroyo de Mantua, anunció que se crearían cooperativas en los antiguos latifundios. El 11 de marzo en una concentración popular en la Avenida Michaelsen, en Santiago de Cuba, enfatizó «Como la Reforma Agraria, habrá también una Reforma Urbana».

La intensidad de trabajo y la diversidad de asuntos por examinar se acrecentaban por día. Se había reunido varias veces con directivos del deporte y del sector bancario, con empleados públicos a quienes ratificó que se acabarían las cesantías y las angustias, con el jefe de la Marina de Guerra Revolucionaria, el capitán Juan Manuel Castiñeiras para tratar sobre la ampliación de las playas y el acondicionamiento de otras con el propósito de que el pueblo y sobre todo, la niñez pudieran disfrutar de estas; con Pastorita Núñez, para avanzar en la concepción

de cambiar entre la gente el vicio del juego por la virtud del ahorro, y para analizar el plan de construcción de viviendas económicas populares en los terrenos de la Habana del Este, donde colocó la primera piedra precisamente el 12 de marzo y estuvo al tanto de los trabajos de inversión y de la concepción nueva, funcional y revolucionaria con que se levantaría.

Durante la mañana del día 13 había regresado a Cárdenas, para rendir tributo ante su tumba, al mártir José Antonio Echeverría. Después, en el propio acto frente al Palacio Presidencial en La Habana, siguió con atención los discursos de los comandantes Raúl Castro y Faure Chomont, quienes abogaron por la unidad de los revolucionarios. En esa misma jornada fueron intervenidos la Cooperativa de Ómnibus Aliados y la Empresa de Autobuses Metropolitanos, para dar respuesta a la solicitud de accionistas y obreros por la solución de conflictos con la patronal.

Cuando el acto concluyó, el Primer Ministro doctor Fidel Castro, caminó varias cuadras entre la masa compacta. Mientras andaba, pensó que la Revolución era una vivencia de inusitadas confirmaciones. Él era un líder, liderado por su pueblo, del cual recibiría siempre lecciones de heroísmo, valentía y clarividencia política. Unas cuadras más adelante, abordó una ruta ventiocho que lo llevó al Stadium Universitario donde tuvo lugar la clausura del homenaje a los caídos en el ataque a Palacio y a Radio Reloj.

La Comandancia General del Ejército Rebelde radicó durante los dos o tres primeros meses de la Revolución en el Hotel Habana Hilton, a pesar de que Fidel apenas paraba allí, pues viajaba sin cesar a las regiones más apartadas del país, durmiendo y comiendo poco e improvisadamente, allí

donde a él y los combatientes de su escolta los sorprendiera el cansancio agotador o el apetito tras largas horas de ayuno. Celia pidió un día la cuenta y alarmada por los gastos de hospedaje, la mostró a su regreso de uno de aquellos periplos apresurados de Fidel, quien decidió en ese mismo momento cancelar la estancia. Silvia, una hermana de Celia que vivía en la calle 11 entre 10 y 12, en el Vedado le brindó su apartamento, al menos hasta tanto consiguiera dónde vivir. Poco después, se presentó la oportunidad que le brindaron al Comandante Fidel, Américo Cruz Fernández –ortodoxo del movimiento 26 de julio y experimentado diplomático cubano– y su esposa Teresa Lamadrid Díaz, quienes eran los propietarios de una casa en Cojímar. Fidel aceptó el ofrecimiento solo si le permitían pagar el alquiler. El matrimonio estuvo de acuerdo con la condición de que ellos establecerían el monto de lo que Fidel tendría que abonar. El accedió, y cuando preguntó, sencillamente le respondieron que un peso al mes. El Comandante se echó a reír y los abrazó, dándose por vencido en aquella entrañable disputa.

A partir de entonces, se estableció en el valle del Río Cojímar, allí, la colina fue llenándose de trincheras y la pequeña tropa de aquella unidad militar fue la que Fidel después se llevó con él a Girón. Desde aquel lugar fechó la carta en que se daba por enterado del Movimiento Patriótico de Apoyo Económico a la Reforma Agraria y el Desarrollo Industrial y entregaba su aporte.

En el encabezamiento la frase: «Sierra de Cojímar, marzo 3 de 1959» y en un párrafo más adelante: «Como cada cual da lo que puede yo le envió el primer sueldo que percibo del Estado: mis haberes como Primer Ministro desde que tomé posesión el mes pasado. Con los próximos podré cubrir el pequeño déficit que esto ocasione en mis escasos gastos con rebaja de sueldo y todo».

Allí, la vegetación profusa, la elevación, el río abajo, en la quebrada... todo de alguna manera le recordaba los tiempos guerrilleros y podría haberse sentido a sus anchas, pero tampoco en aquel sitio permanecía por largo tiempo, llevado y traído de uno a otro extremo de Cuba por la vorágine revolucionaria. Con mayor frecuencia, descansaba en la calle 11, donde por fin estableció su cuartel general y con el tiempo se crearon condiciones, un espacio para su biblioteca y un área para ejercicios y entrenamientos.

A comienzos de abril, Fidel sostuvo encuentros con maestros, campesinos, tabaqueros, trabajadores de la medicina, portuarios, artesanos y obreros de las diversas industrias del país, estudiantes y deportistas. Trazó las prioridades del momento: el avance de la Reforma Agraria por el archipiélago; la denuncia enérgica de la conspiración contrarrevolucionaria de las oligarquías extranjeras y sus aliados: la prensa internacional y los intereses egoístas dañados por las medidas revolucionarias; la rebaja de los precios de los medicamentos; el rescate del abandono en que se encontraba la enseñanza; el desarrollo del deporte y la defensa de la Revolución.

El 14 de abril, en el estadio del Cerro lanzó la primera bola y dejó inaugurado el Campeonato de la Liga Internacional. Acompañado por el Comandante Camilo Cienfuegos, dio paso a una etapa en que los dirigentes de la Revolución frecuentarían aquel lugar. Fidel nunca faltaba a los actos de apertura de los campeonatos, y en reiteradas ocasiones iba a jugar, o a ver partidos nacionales o internacionales, con lo cual a su vez, mostraba su interés por impulsar en el seno del pueblo la práctica del deporte como una forma de recreación y un ejercicio saludable para el cuerpo y el espíritu.

Verdad

La noticia, fechada, el 4 de marzo, en la mítica ciudad sureña de Nueva Orleans, fue difundida por la agencia internacional de despachos cablegráficos Associated Press, AP, que anunció la visita del doctor Fidel Castro Ruz, Primer Ministro de la República de Cuba, a los Estados Unidos el 17 de abril, invitado por la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos.

La nota citaba un mensaje enviado por el líder de la Revolución Cubana a George W. Healy, Jr. presidente de la Sociedad de Editores y decía textualmente:

Acepto la cordial invitación que me envió usted en nombre de la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos para hablar en su Convención en Washington, el próximo 17 de abril. La Embajada cubana en Washington le proporcionará la información que solicita usted sobre las personas que me acompañarán, tan pronto como sea posible, (f) Fidel Castro.

En los Estados Unidos, la repercusión de la noticia fue inmediata. Al día siguiente, la propia Agencia AP, difundía un despacho desde Nueva York, en que se aseveraba que Fidel causaba apuros a los Estados Unidos

con motivo de su invitación por la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos para hablar en una de sus reuniones. El cable daba cuenta de la preocupación de la Casa Blanca que alegaba como inusitada la estancia de un jefe de Estado invitado por una organización privada.

Esa inquietud constituía una tímida expresión de la hostilidad que a veces subyacía en presiones diplomáticas o acciones encubiertas y otras, era evidente, por parte de la administración norteamericana hacia la Revolución Cubana y su máximo líder, el doctor Fidel Castro, desde los tiempos de la guerra y también después, cuando comenzaron a aplicarse las primeras medidas: –el castigo a los esbirros batistianos, la confiscación de los bienes robados por los politiqueros del antiguo régimen, la disolución del ejército y cuerpos represivos de la tiranía, y el saneamiento de la administración–, muy especialmente desde que los Estados Unidos corroboraron que el triunfo revolucionario en Cuba implicaba por primera vez la real emancipación del país, el ejercicio verdadero de su soberanía y dignidad.

Dos de los primeros embates tras el triunfo fueron el ofrecimiento de hospitalidad y asilo en el territorio norteamericano a decenas de criminales de guerra que huyeron el último día de 1958 y la negativa reiterada del gobierno estadounidense de acceder a las solicitudes por parte del gobierno revolucionario de Cuba de extradición de los asesinos, torturadores y delincuentes comunes, a pesar de que estaba en vigor un tratado suscrito por ambos países en esa materia. El 15 de enero, un grupo de congresistas norteamericanos pidió la intervención de los Estados Unidos en la Isla. Uno de ellos, Wayne Hays, declaró que debía considerarse el envío de tropas a Cuba y la aplicación de sanciones económicas como la

rebaja de la cuota azucarera y el embargo comercial. El 2 de febrero había sido arrestado y puesto a disposición de los tribunales el ciudadano norteamericano Allen Robert Mayer, introducido ilegalmente en territorio cubano a bordo de una avioneta para intentar contra el Comandante en Jefe Fidel Castro. Aún no habían transcurrido tres meses de Revolución y ya era extensa la lista de acometidas violentas o sutiles de los Estados Unidos contra Cuba.

El 5 de marzo, en su residencia ubicada en el bosque valle del río de Cojímar, junto al pequeño poblado de pescadores, en las afueras de la ciudad, el Primer Ministro cubano recibió al Sr. Phillip W. Bonsal, embajador de los Estados Unidos en Cuba, quien había recién arribado a la Isla, y era un diplomático de carrera, con veintinueve años de experiencia, alguien a quien su país consideraba condecorador de Cuba por haber trabajado en la Isla con la American Telephone and Telegraphy antes de ingresar en el Departamento de Estado. Aunque su trayectoria así lo asegurara, Fidel se llevó de él otra impresión, consideró que se trataba de alguien aún ajeno a cuanto ocurría: «lo oí hablar sobre los problemas de la electricidad, los teléfonos, los bancos, las haciendas, todas las compañías norteamericanas y lo que habían hecho por el país... Pero él no tenía la menor idea de con quién estaba hablando...». Cuando la entrevista concluyó, el Comandante concedió una conferencia de prensa, en la cual dio detalles de la conversación sostenida con el diplomático norteamericano:

Le impuse al señor Embajador de los amplios planes del Gobierno Revolucionario. También hablamos del viaje a los Estados Unidos por una atenta invitación de los representantes de la prensa

norteamericana. Le hice saber también que correspondía a esa gentileza yendo a los Estados Unidos, pero que mi viaje no tendrá carácter oficial, sino como el de un ciudadano que interesa a la opinión pública norteamericana.

En realidad, Fidel era invitado como protagonista de acontecimientos históricos que despertaban un interés creciente en la sociedad norteamericana y además porque se le consideraba como un prominente hombre del sector, alguien del propio medio, un periodista en ejercicio. No faltaba razón a los ejecutivos de las editoriales periódicas de los Estados Unidos. El joven líder rebelde había ejercido el oficio de la palabra durante años, con fervor, minuciosidad investigativa, apego a la verdad, búsqueda de pruebas irrefutables, redacción impecable y perfeccionista, sentido de la comunicación y en pos de una causa altruista y noble. El revolucionario, el guerrillero, el estadista y el periodista se fundían en una sola figura legendaria, en un héroe romántico real y contemporáneo, una estampa que causaba admiración y simpatía en el pueblo estadounidense.

Ese había sido el preámbulo del extenso recorrido que comenzó la tarde del 15 de abril de 1959. Fidel –tras unas tres horas de vuelo– arribó a las nueve de la noche a Washington, la ciudad definida como capital del país, y establecida en otro tiempo, a finales del siglo XVIII, al otro lado del río Potomac, frente al hogar de George Washington en Mount Vernon. En el mismo aeropuerto, Fidel fue recibido por miles de personas deseosas de saludarlo, que alzaban la voz para llamarlo: «¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!» Le dieron la bienvenida los embajadores cubanos Ernesto Dihigo

en los Estados Unidos; Manuel Bisbé y Carlos Lechuga, en las Naciones Unidas; y Raúl Roa en la Organización de Estados Americanos, OEA. Con su andar apresurado e inmenso se apartó del cinturón de seguridad trazado en torno suyo y alcanzó con las manos a muchos de los que llegados de otras ciudades distantes lo recibían con gritos y sonrisas, aplausos y lágrimas de emoción.

Washington era un territorio contrastante en que confluían por un lado: políticos, diplomáticos, hombres de negocios y empleados del gobierno, y por otro, sectores medios de la población e inmigrantes pobres. Diferencia de espíritu entre la gente y también física de la ciudad: en el centro se abrían amplias las avenidas y se alzaban imponentes los edificios y monumentos; en la periferia, proliferaban los vecindarios humildes, de estrechos pasajes y casas frías. Una diferencia que podría sentirse pronto en la propia piel, en los desdenes oficiales y en la afectuosa acogida popular.

Integraban la delegación visitante Celia Sánchez y Conchita Fernández, Regino Boti León, el capitán de Fragata Juan Manuel Castiñeiras, los escoltas del Comandante y personalidades de diversos sectores del país. Fidel se hospedó en la Embajada de Cuba, ubicada en la propia Avenida Potomac hacia el 16 NW 2630, una mansión de frontón griego y paredes blancas de estilo muy clásico no solo en su arquitectura, sino también en su mobiliario antiguo y densos cortinajes en las ventanas, como para resguardarse de las ventiscas y la restallante palidez de la nieve en tiempos invernales. Pero Fidel no tuvo tiempo de reparar en todo eso, porque su mente y su cuerpo vivían en campaña constante, trabajando, hablando, meditando, leyendo, discursando, explicando, razonando con todos y en todas partes. Entrevistado en

la misma residencia declaró al llegar: «Espero que en los Estados Unidos se tenga un mejor entendimiento de nuestra situación».

Desde las habitaciones superiores de la casa, divisó a un nutrido grupo de mujeres y hombres que permanecían al otro lado de la calle, esperanzados en verlo. Venciendo objeciones de protocolo y seguridad terminó por ripostar indignado: «Va a resultar que el desembarco en Estados Unidos es más difícil que el desembarco del *Granma*. Y para ese, más importante, no tuve en cuenta formulario alguno».

Alguien sugirió que solo se asomara al balcón y entonces la respuesta fue como un rayo: «No soy hombre de balcones» y antes, de que pudiera interponérsele algún obstáculo, descendió al primer nivel del edificio, abrió la puerta y cruzó la calle para meterse entre la gente, en una cascada de afectos, en el tumulto bilingüe de cubanos y norteamericanos que le hablaban aún perplejos de aquella maravillosa e insólita proximidad, de aquel gesto fraternal, infrecuente en un Jefe de Estado.

Lo que comenzó por causar asombro, pues nunca antes había ocurrido, fue la postura de un dirigente político de un pequeño país latinoamericano que no acudía al vecino del norte con un pliego de solicitudes. El entonces secretario de Estado en ejercicio Christian Herter ofreció un almuerzo, tras el cual Fidel declaró en conferencia de prensa: «Ustedes están acostumbrados a ver a representantes de otros gobiernos venir aquí a pedir dinero (...) Yo no vine a eso. Vine únicamente a tratar de llegar a un mejor entendimiento con el pueblo norteamericano». Conchita Fernández nunca olvidaría que esa vez, a la salida de la reunión, se le presentó a Fidel un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos y le dijo que él era

el que llevaba las cosas de Cuba y entonces el Comandante, con una agilidad mental tremenda, lo puso en su lugar, objetándole que quien llevaba las cosas de Cuba era él, tras lo cual, le dio una palmada en el hombro y se echó a reír, mientras el hombre no sabía qué hacer, mudo, inmóvil y aturdido. El periodista cubano Luis Báez anotó en su pequeña libreta de apuntes de avezado cazador de historias, la anécdota, el cargo y el nombre del funcionario: se trataba de William Wieland, director de la Oficina de Asuntos del Caribe del Departamento de Estado.

La naturalidad de Fidel, su calidez, franqueza y actitud amistosa hacia el pueblo norteamericano, produjeron una impresión positiva generalizada a pesar de la insidia con que los medios de prensa se referían a los fusilamientos en Cuba, del escaso conocimiento de la historia de la Isla, y a contracorriente de la pública intención de desaire del presidente Dwight David Eisenhower, al no recibir al Primer Ministro cubano y delegar en el vicepresidente Richard Nixon, quien en un *memorandum* secreto acerca del encuentro del día 20 de ese abril, sugirió implícitamente la necesidad de comenzar a pensar en el derrocamiento del poder revolucionario y delineó el perfil de un hombre ineludible: «Debemos estar seguros de un hecho: Fidel Castro posee esas cualidades indefinibles que le permiten ser un líder de hombres. Independientemente de lo que pensemos de él, será un factor clave en el desarrollo de Cuba. Tiene la potestad del liderazgo».

Era presumible la descortesía del mandatario norteamericano. Un militar como Eisenhower graduado de West Point, que revistó como comandante a las órdenes del jefe de Estado Mayor, general Douglas Mac Arthur, prestó servicios en Panamá y Filipinas, dirigió con éxito el desembarco aliado durante la Segunda Guerra Mundial,

comandó fuerzas en Alemania al terminar la contienda y rigió tropas de la Organización del Atlántico Norte, en Europa, como contención insoslayable a la Unión Soviética, no habría recibido al rebelde, no lo habría hecho sin sentir que transgredía gravemente sus convicciones, las mismas que hicieron proliferar, durante los años de su mandato, la caza de brujas de McCarthy, el racismo o el infortunio de inocentes como los esposos Julius y Ethel Rosenberg.

El primer día de su estancia en Washington, el Comandante conversó con estudiantes en un parque cercano a la Embajada de Cuba y con otros que viajaban en un bus desde el cual le extendieron las manos; luego visitó inesperadamente el Comité de Relaciones Exteriores del Senado en el Capitolio para hablar con sus miembros. Más tarde participó en el almuerzo ofrecido en su honor por la Sociedad Americana de Editores de Periódicos. En sus palabras a los directivos de los diarios explicó su interés por la opinión pública norteamericana y no por el dinero, criticó la imposición a Cuba de la Enmienda Platt y la desigualdad del tratado comercial existente entre ambos países, en un análisis que explicaba por qué el programa económico de la Revolución se basaba en el desarrollo de la industria y en la Reforma Agraria.

Ante el verdor solemne y extenso del Cementerio de Arlington, bajo una fina llovizna, rindió tributo al soldado desconocido de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y después, en otro silencio de homenaje colocó ofrendas florales ante la tumba de George Washington. Ese domingo invernal recorrió la mansión donde vivió el padre de la independencia norteamericana, a quien definía como un «hombre de trabajo y estudio» del cual le atraía «la honestidad y su sensato sistema

de vida». Así lo retrató en la conversación con el director del complejo monumental Charles D. Wall, quien le escuchó y confesó a Fidel que en un momento dado Washington se había resignado a la idea de que los británicos incendiaran el lugar. Fidel le comentó entonces que si los ingleses hubieran procedido como «los soldados de Batista, él (Washington) no habría tenido esta casa».

Después colocó coronas de claveles rojos al pie de los monumentos a Abraham Lincoln y Thomas Jefferson. Permaneció frente al de Lincoln mientras repasaba el discurso de Gettysburg, grabado en la piedra de los muros. Ante la estatua de Jefferson leyó en voz baja una parte de la Declaración de la Independencia y respondió a la pregunta de un periodista que deseaba saber si Fidel consideraba que la filosofía de Jefferson apoyaba el derrocamiento de un gobierno. Fidel explicó que «la declaración de Jefferson de que las leyes debían cambiar con el progreso de la humanidad, es también un principio revolucionario que contempla el cambio progresivo de las instituciones en la medida que se modifica la mente de los hombres».

Esa mañana recordó la historia de la nación visitada y sintió un sobrecogimiento grave al pensar cuánto tenía de noble y de fusta como para infundir a una misma vez en un ilustre sensible y preclaro como José Martí, la admiración y el desprecio. En el Comandante se definían con nitidez esas dos posturas ante los Estados Unidos. Una era de amor y respeto. Admiraba al pueblo generoso, su tradición libertaria y progresista, su historia, artes y tradiciones; agradecía al mambí Henry Reeve su lucha en el Ejército Libertador de Cuba lejos de su natal Brooklyn, y su adhesión a un principio altruista «soy de allí donde se muere»; Fidel apreciaba la

literatura de filósofos, economistas, científicos; distinguía a numerosos intelectuales y artistas, a políticos como Abraham Lincoln y Franklin Delano Roosevelt y más recientemente, a luchadores por los derechos civiles de los negros como Malcom X; veneraba a seres majestuosos y nobles como el viejo Hemingway. Otro sentimiento era de rechazo al expansionismo, la prepotencia imperial, la usurpación continua, las invasiones militares, el injerencismo y el desconocimiento de la voluntad soberana y del ansia de justicia de los pueblos de Nuestra América y del mundo.

Fidel captaba –quizás como ningún otro ser– las grandes contradicciones del «gigante con pies de barro», y ello era posible por el profundo conocimiento de su devenir histórico, geografía y espíritu. Había navegado a lo hondo del alma del país en la lectura de las crónicas de José Martí, que describían lo observado durante su larga y borrascosa estancia en Norteamérica.

Poco antes de partir por ferrocarril en viaje de Washington hacia Princeton, en Nueva Jersey, lo animaba un fraterno apego a quienes dejaba atrás, algo que sus palabras traslucían al declarar en conferencia de prensa a la que asistían seiscientos reporteros: «Me ha complacido mucho el pueblo de Washington. Todos se portaron muy bien conmigo. Voy a salir de Washington realmente con sentimientos, porque en los pocos días que pasé en esta ciudad, llegué a conocer a mucha gente buena».

Por tren viajó a Princeton, y en el vagón privado sostuvo una charla con el periodista Ed Cony del diario *The Wall Street Journal*, quien publicó a la mañana siguiente su relato del encuentro. El traquetear sobre los rieles le recordó los largos viajes de Martí ¿no fue precisamente en uno de ellos que el niño Bernardo Figueredo Antúnez

lo dibujó a la luz de una bombilla que parecía bambolearse en el papel? Sí, muchos de los trayectos, el Apóstol los había realizado en tren; aprovechaba la cadencia lenta de las horas para escribir y por eso tal vez, en sus manuscritos la letra de súbito saltaba, se detenía, se desparramaba o espigaba; mas no el pensamiento, que seguía su curso armonioso, lógico e imperturbable, como si nada pudiese conturbarlo, ni los pitazos de la locomotora, ni el hollín que penetraba por la ventanilla, ni el arribo a una y otra estación que en poco tiempo quedaba atrás, perdida en el paisaje, en el pasado, como sucedía ahora mismo solo que más vertiginosamente. Todo transcurría a un ritmo más apurado, a una velocidad mayor y se vivía más.

Los estudiantes de la Universidad de Princeton recibieron al adalid cubano con gran entusiasmo. Fidel se dirigió al auditorio Wilson Hall, donde conversó largamente con ellos sobre la Revolución, sus orígenes y causas, los desafíos que enfrentó y tenía aún por delante, y por qué era algo nuevo y promisorio. Al día siguiente, asistió a una recepción que ofrecieron en su honor, el gobernador de Nueva Jersey y su esposa, y allí mismo, declaró a los reporteros que la política de su gobierno era de no intervención en los asuntos internos de otro país.

La intensa jornada del 20 de abril le depararía un encuentro evocador al entregar a Herbert L. Mathews, del rotativo *The New York Times*, una medalla por ser el primer periodista que subió a la Sierra Maestra. El obsequio tenía la siguiente inscripción: «Sierra Maestra - Press misión. To our american friend Herbert L. Mathews with gratitude (F) Fidel Castro». Poco después se reencontraría, pero en la capital cubana. Fidel lo recibiría en

Cojímar. Sobre la cita, en uno de sus artículos periodísticos al regresar a los Estados Unidos, Mathews escribió:

La casa de Cojímar tiene una atmósfera feliz, amistosa, desenvuelta. (...) Fidel está contento de haberse alejado del confinamiento lujoso en el Habana Hilton. Para él, el lujo no tiene sentido. Extraña la Sierra Maestra, los árboles, el monte, el verde natural, la camaradería, el peligro; todo tan simple y ahora tan lejos.

En esa descripción de la nostalgia de Fidel, Mathews dibujaba, trazaba, la silueta de un ser original, de una singularidad imprevisible: «Aquellos que colocan a Fidel Castro en una categoría, que lo juzga, elogian o condenan, están solo expresando miedos y esperanzas. Como todos los románticos, Fidel desborda las clasificaciones...».

El 21 de abril por la mañana, un profesor lo presentó a los alumnos en la *Edith Memorial Chapel* del Colegio Lawrenceville, con las siguientes palabras:

Hay muchas personas aquí en nuestro país, y muchos de ustedes aquí reunidos, que se dedican a estudiar o a leer la historia. Hay algunos, como nosotros, que tratamos de enseñar la Historia. Sin embargo, rara vez se tiene el privilegio de poder conocer y escuchar a alguien que está haciendo Historia. Nuestro invitado ha decidido dedicar algún tiempo de su apretada y agotadora agenda para venir aquí a dirigirnos la palabra. Es un gran privilegio poder presentarles a ustedes al líder y al héroe de nuestra respetada hermana República de Cuba: el Dr. Fidel Castro.

Un clamor se alzó entre los jóvenes reunidos en la capilla del colegio, cuando Fidel se acercó a los micrófonos para en primer lugar agradecer la simpatía y la hospitalidad de los presentes. Luego sintió no hablar mejor el inglés para expresar con claridad sus emociones y poder responder al interés por saber sobre Cuba, sobre la Revolución, y sobre la lucha por la libertad. Allí, entre los estudiantes, recordó que la cubana había sido realizada y dirigida por jóvenes. Confesó que a menudo meditaba sobre ese aspecto y reconoció que la experiencia era necesaria para muchas cosas, pero que para las tareas políticas, para luchar por los ideales, no había nadie mejor que los jóvenes, porque solo ellos eran capaces de los más grandes sacrificios. «Nunca tuvieron miedo y mientras mayores eran la persecución y el terror, más decididos estaban a continuar la lucha», dijo. Explicó que la victoria fue posible por el coraje de los jóvenes y por la fe del pueblo. «Alguien dijo que la fe mueve montañas y yo lo creo», reveló.

Fue narrando cómo los revolucionarios se abrieron paso poco a poco, sobrevinieron una y otra derrota, una y otra dispersión, y nunca pensaron en desistir sino en afirmarse en su voluntad de continuar combatiendo, hasta que por fin, fueron creciendo sus fuerzas y lograron vencer.

«Por eso –les dijo– cada vez que tengo tiempo de reunirme con los jóvenes siento una especial emoción, porque sé que las naciones y los grandes ideales pueden esperar mucho de los jóvenes». Después significó cuán difícil era la labor que estaban desarrollando «porque las naciones están compuestas por millones de personas, con sus sentimientos, sus pasiones, sus intereses» por todo lo cual, era decisivo contar con la voluntad del pueblo para realizar las transformaciones.

Mientras Fidel hablaba, parte de la delegación se mostraba inquieta. Alguien apuntaba que era hora de partir: le avisaron, pero él, siempre ferviente, daba paso a su elocuencia, a su deseo de conversar, de compartir. Dijo que ya iba a concluir, mas se apreciaba su deseo de continuar el encuentro para contar la historia de la Revolución Cubana, recordar las dificultades pasadas, cómo fue la vida de los guerrilleros en las montañas, las razones que les permitieron resistir, cuáles eran sus ideales y cómo alcanzaron el triunfo. Estaba muy consciente de la importancia que tenía el conocimiento de la verdad de Cuba por parte del pueblo norteamericano y por eso aprovechaba al máximo la oportunidad de dirigirle la palabra. Como no había tiempo para más, invitó a todos los que lo desearan a viajar a Cuba, para que pudieran contactar con muchas personas, vivir la realidad de la isla, visitar la Sierra Maestra y continuar la conversación iniciada. Antes de marchar, y en tono final apresurado de alguien que casi se resiste a despedirse, les aseguró que Cuba esperaba mucho de ellos, de la juventud de los Estados Unidos, con el deseo de encontrar amistad, lo mismo para nuestro archipiélago que para el resto de los países hermanos de la América Latina; consideró un honor haber sido recibido por ellos.

Nueva York apareció vertiginosa y altiva en la mirada, la mañana de sol en que Fidel arribó por tren a la Estación de Pennsylvania, en la calle 34, en el mismo centro de Manhattan ¿Cuánto tiempo y cuánto vivido habían transcurrido desde la última visita en 1955? Parecía un siglo la distancia.

La ciudad era un torrente de evocaciones y concurrencias. Hospedado en el piso diecisiete del Hotel

Statler Hilton, en la calle 34 y 7ma., próximo al Empire State, presagiaba que en las citas con impresores y reporteros, con bomberos, políticos y obreros, con patriotas cubanos, poetas o caminantes por la Quinta Avenida, por Broadway, siempre le parecería que José Martí lo acompañaba ¿no estaba próximo su despacho en el No. 20 de Front Street? ¿No eran aquellas calles las de sus pasos? ¿No eran los mismos el puente de Brooklyn, los muelles del East River, los demócratas y los republicanos, la Estatua de la Libertad, los ferrocarriles elevados, los banqueros de Wall Street, las lidias de boxeo, el desamparo de los negros, las ejecuciones y los convictos, los adoquines, las nevadas, los últimos sioux, las orquídeas y las olas de calor?

Llevaba a Nueva York otra vez las doctrinas del Maestro y la verdad de Cuba: nueva y rebelde, para decir a su vez, «el sentimiento y el dolor de nuestra América». Fidel llegó para hablar por la razón y la justicia y encontró eco en el corazón de los ciudadanos de los Estados Unidos, quienes se asomaban a los ventanales en las cercanías, abarrotaban balcones y se agolpaban en las calles por las que pasaba. Lo percibió durante todos esos días, en que tuvo la oportunidad de intercambiar con la Asociación de Mujeres Abogadas de Nueva York, la Sociedad de Corresponsales Periodísticos de las Naciones Unidas, los pescadores con que había trabado amistad solo un mes antes en la Ciénaga de Zapata, los editorialistas del diario *La Prensa*, con los anfitriones de su visita al inolvidable e imponente Empire State, las autoridades de la ciudad, los trabajadores de las bolsas del azúcar y del café, con el mítico pelotero negro Jackie Robinson –quien en 1947 había quebrado la barrera del color al integrarse a los Brooklyn Dodgers de las Grandes Ligas y soportar con estoicismo e hidalguía los vejámenes de otros atletas del equipo, de sus adversarios y de

la concurrencia racista en los estadios–, las familias que paseaban por el Zoológico del Bronx, la gente en las calles y la que le esperaba a la entrada del hotel, y sobre todo, con quienes concurrieron al mitin, en el Parque Central, el 24 de abril, probablemente el más grande que se hubiera dado hasta entonces en la cosmopolita ciudad. Todo tenía lugar a pesar de los numerosos reportes de prensa que tergiversaban acontecimientos y declaraciones como ocurrió con uno de los despachos cablegráficos de la United Press, al respecto del cual aclaró:

Recuerdo que un reportero de esa agencia de noticias trató de inquirir mi opinión respecto al delicado problema de Puerto Rico, al cual expliqué las causas porque no deseaba hacer juicio alguno.

No fue poca mi sorpresa al ver que alguien invocando una supuesta entrevista exclusiva hizo unas declaraciones que aparecieron en algunos periódicos de La Habana, a los que ruego –así como a la United Press– que publiquen estas declaraciones. En Puerto Rico tenemos amigos de diversas ideas políticas. Cuando era estudiante conocí a muchos luchadores independentistas con los cuales tendré siempre las mayores consideraciones y respeto. Con posterioridad –en los años de lucha contra la tiranía– muchos exiliados cubanos encontraron generosa acogida en Puerto Rico. El senado de ese país nos envió un mensaje de solidaridad con nuestra causa mientras luchábamos en la Sierra Maestra.

Además se habían hecho circular rumores de amenazas para su vida, y los medios publicaban noticias sobre un

complot para asesinarlo, a todo lo cual respondió con serenidad que no tenía miedo a los atentados. A donde quiera que se dirigía lo acompañaban policías de seguridad, agentes de tránsito, curiosos, periodistas, gente solidaria, amigos, y fotógrafos en pos de una imagen inédita. Los que deseaban verlo, hablarle, saludarlo, constituían una vorágine vertiginosa y acogedora en torno a sus pasos, siempre imprevisibles y temerarios, acostumbrado como estaba a conversar con la gente en cualquier esquina, a vivir sin reposo y sin protocolo. Al unísono, los responsables por su seguridad perdían el aliento e intentaban disminuir los riesgos que presumían en aquella actitud considerada fuera de control. Frank Robb, era el que más protestaba, según lo recordaría después Conchita Fernández. El oficial de seguridad no podía imaginar que tras una recepción con el cuerpo diplomático acreditado en las Naciones Unidas, al filo de las tres de la madrugada, el Primer Ministro de la Isla, se fuera con Celia Sánchez y varios escoltas, a comer a un restaurante del barrio chino. Celia por su parte, navegaba perennemente en un mar de documentos, reportes de prensa, comunicados, mensajes, fotografías... llevaba al pie de cada segundo todas las incidencias, lo mismo en la memoria que en el papel para completar un diario de viaje tan increíble y exhaustivo como el recorrido mismo, donde pudiera seguirse cada paso y palabra de Fidel y también el impacto que su llegada causó en todas partes, y en especial allí en Nueva York, donde era la noticia de primera plana en los periódicos y hasta los pasquines de Broadway anunciaban, en lugar de las presentaciones de teatro y los rostros de las celebridades en los repartos artísticos, la imagen del barbudo Comandante Fidel Castro.

Bajo la luz intensa de los reflectores enfilados al cielo porque nunca antes la ciudad había vivido una

concentración tan multitudinaria como aquella, una banda de música de la Confederación de Sociedades Hispánicas interpretó el *Himno del 26 de Julio*, y el capitán Jorge Enrique Mendoza, por los altavoces, repitió las palabras con que Radio Rebelde anunciaba sus transmisiones desde la Sierra Maestra.

En medio del entusiasmo de las oleadas interminables de concurrentes, Fidel expresó su emoción con los brazos a la espalda y mirando a su alrededor, como alguien que respirara hondo, para llevarse en la memoria un minuto crucial del presente, y cobrara fuerzas para decidirse a hablar en medio de su sobrecogimiento, de un silencio afortunadamente efímero. El valor del acto radicaba en las personas reunidas. Se habían congregado bajo las arboledas de la plaza, cubanos, dominicanos, puertorriqueños, mexicanos, y sobre todo, norteamericanos.

Ello había sido posible a pesar del dictador Rafael Leónidas Trujillo quien había pagado saboteadores para frustrar el encuentro. Fidel explicó las razones de su periplo por los Estados Unidos: la Revolución Cubana estaba siendo mal comprendida, y él había viajado para hacer simplemente lo que había hecho en Cuba, hablarle al pueblo, decirle la verdad, exponerle su pensamiento; demostrarle su fe. Aseguró que había sido grande su alegría cuando comprobó que la razón se abría paso en cualquier parte del mundo y cuando el pueblo, y los estudiantes de los Estados Unidos lo recibieron con el mismo entusiasmo desbordante de los de Cuba y Venezuela, un hecho que consideraba alentador para los latinoamericanos.

Su voz, desafiante de la frescura del abril norteamericano, recordó que desde esa misma ciudad, en un acto en el Palm Garden, había proclamado que el propio año 56

serían libres o mártires. Entonces empeñó su palabra con el anhelo de alzar una esperanza en medio del descreimiento y el escepticismo de los cubanos. Evocó los días en que ofreció a la emigración cubana de Nueva York la posibilidad de reunirse otra vez tras el triunfo y con emoción dijo: «Aquí estamos». Fidel se sentía impresionado, concededor de la dimensión de aquel anochecer en que volvía con la palabra cumplida. Alzaba el índice en sus denuncias, desbordaba su elocuencia en el recuento histórico y en el anuncio de la voluntad creadora, atenuaba la voz al narrar vivencias o analizar hechos, hacía silencios breves al recordar o constatar ausencias.

En el mitin reafirmó la solidaridad con las ansias de liberación de los pueblos hermanos oprimidos, pero ratificó inviolable el principio de no intervención, reconocido como derecho internacional y a su vez, conquista y escudo de la soberanía de nuestras naciones latinoamericanas. Reconoció que en ese aspecto chocaban el principio y el deseo de ayudar con los propios brazos a la liberación de otros pueblos, pero subrayó que el sentimiento debía marchar parejo a la razón. Argumentó que la Revolución Cubana cumpliría los compromisos internacionales y nunca intervendría en otros países. Sin embargo, su solidaridad y aliento estarían siempre con los luchadores de todas partes. Cuba brindaría refugio a los perseguidos y exiliados políticos de las dictaduras que aún eran una triste y lacerante realidad en el continente.

Allí, en el Parque Central de Nueva York, Fidel hilvanaba las palabras impresionado por aquella muchedumbre diversa. Sentía la cita como resumen de excelentes y agotadoras jornadas en las que también había vivido afectividades intensas, como cuando se encontró con los periodistas cubanos que cubrían su visita a los Estados Unidos. Con el

periodista Enrique de la Osa, redactor jefe de la sección «En Cuba» de la revista *Bohemia*, Fidel conversó prolongadamente en el recibidor de la suite del hotel. El líder revolucionario tenía en él a un interlocutor muy bien informado, conocedor de la política cubana, observador y analista agudo, alguien a quien el Comandante apreciaba además desde los viejos tiempos en que la revista abrió espacios a la Revolución cuando todavía era un sueño. De la Osa era ya una leyenda del periodismo cubano y el intercambio de impresiones sobre el recorrido y la situación de la Isla se extendió hasta bien avanzada la madrugada.

El acto en el Parque Central era punto culminante de lo vivido. Habló del mundo dolido y olvidado que existía al sur de los Estados Unidos y reivindicó su derecho a la justicia social y al desarrollo económico.

Al definir a la Revolución Cubana dijo que era una revolución de mayorías, un gran esfuerzo de unidad por el humanismo. Agregó que la justicia revolucionaria era voluntad del pueblo para que nunca más en Cuba hubiese crimen político ni tiranía, para castigar a los que no respetaron el derecho a la vida. Dijo: «castigamos con dolor, por sentido de la justicia... por amor al hombre, porque el hombre debe ser preservado de la agresión impune, (...) de la tortura impune, (...) de la tiranía impune». Se preguntó cómo era posible que costara más trabajo y más ataques castigar a los verdugos que lo que costó a estos durante cuatro siglos ensangrentar a los pueblos.

También aseguró que los hijos y familiares de muchos de los que privaron de la vida a sus compatriotas, recibirían la ayuda de la Revolución Cubana, porque ellos no eran culpables. La Revolución sería siempre generosa, como lo era con los hijos de los soldados que murieron combatiendo frente al Ejército Rebelde en las montañas.

Fidel dedicó su recuerdo a todos los caídos por la libertad, a los mártires de Cuba y del continente.

El Comandante cerró la noche inolvidable del viernes 24 de abril de 1959 con solo un pensamiento triste, con un dolor que lo estremecía, y era la ausencia de su compañero de organización del Movimiento 26 de Julio en el exilio, el formidable orador Juan Manuel Márquez, asesinado tras la dispersión de Alegría de Pío, después del desembarco por Los Cayuelos.

Fidel evocó todo cuánto hizo su compañero de lucha para reunir a los cubanos y los latinoamericanos de Nueva York en el empeño de llevar adelante la expedición a Cuba, para iniciar la empresa guerrera por la libertad de la Isla. A Juan Manuel dedicó el más sentido homenaje. «No se pondrá hoy de pie la multitud con tu palabra, pero se pondrá de pie con estas palabras que pronuncio al conjuro de tu recuerdo», dijo, mientras los aplausos se agolpaban en su voz.

A la mañana siguiente, el titular de primera plana del periódico *Revolución*, anunció que Fidel iría a la Argentina, al frente de la delegación cubana a la Conferencia Económica del Comité Interamericano de los Veintiuno, de la Organización de Estados Americanos. Ese día, Fidel asistió a la Universidad de Harvard, en Boston, donde pronunció un discurso ante más de diez mil estudiantes. Recordó que siendo alumno de Derecho de la Universidad de La Habana, había pensado completar su preparación y cursar Economía en Harvard. Estaba convencido de la importancia del conocimiento en esa rama e intentaba estar al tanto de las últimas doctrinas y tendencias que regían el mundo de la producción, las finanzas y el comercio. Fue esa motivación la que lo condujo hasta allí en una visita fugaz durante el período en

que vivió en los Estados Unidos tras su casamiento, a finales del 1948. Entonces exploró el lugar, solicitó los programas de estudio y analizó la probabilidad de matricularse a partir de ganar la beca Bustamante, otorgada en esa época a graduados con resultados sobresalientes. A su regreso a La Habana percibió el espíritu revolucionario de los tiempos y optó por quedarse en Cuba. Un torrente de acontecimientos pasaron por su memoria. En su discurso dijo: «La Revolución Cubana tiene sus propios ideales».

El domingo 26 de abril, el viejo avión Britannia, en que viajaba Fidel Castro partió de Boston hacia Montreal, Canadá, piloteado por Guillermo Cook. Después de hospedarse en el Hotel Queen Elizabeth de la ciudad, visitó el hospital infantil Saint Justice, el más grande de su tipo en el país. Su estancia sería de un día para luego continuar viaje a la Argentina. Entrevistado por los medios de prensa, se refirió a las noticias recién recibidas sobre un desembarco en Panamá, respecto al cual aseguró no tener nada que ver. Además, expuso sus opiniones sobre la Reforma Agraria y consideró que esta constituía la base para la rehabilitación del país. A la mañana siguiente, y ya con rumbo a la Argentina, hizo una escala en Houston, Texas, adonde fueron a reunírsele el compañero Comandante Raúl Castro, y el Comandante Augusto Martínez Sánchez, ministro de la Defensa Nacional que fungía en el cargo de Premier durante el periplo del doctor Fidel Castro—, con quienes necesitaba conversar sobre los últimos acontecimientos internacionales y actualizarse de la situación en Cuba, debido a que llevaba varios días ausente de la Isla y lo estaría por algunos más debido a su asistencia a la reunión de los veintiuno en Buenos Aires, a la que había sido invitado por el presidente argentino Arturo Frondizi.

Ese mismo día recibió a Paulina del Conde, esposa del Cuate, el mexicano Antonio del Conde que se encontraba recluido en una prisión federal en aquel mismo Estado, la Cárcel de Texarcana, acusado de enviar armas a los revolucionarios cuando se encontraban en la Sierra. Ese era motivo primordial de la presencia de ambos hermanos en la calurosa ciudad texana: lograr la libertad del valioso colaborador del movimiento insurreccional cubano, quien había facilitado el yate *Granma* y logrado el envío de pertrechos y armas durante la guerra.

Numerosos Estados de la Unión habían cursado invitaciones al joven rebelde, pero este solo aceptó hacer esa escala de trabajo en su periplo y acogerse a la hospitalidad de John Ferguson, un empresario petrolero, porque necesitaba hacer una escala para despachar con Raúl y además, porque entre otras razones, este magnate tenía importantes vínculos con las autoridades estatales que podían ayudar en el caso del Cuate, asunto por el que primero preguntó y se interesó al llegar.

Desde su habitación en el hotel The Shamrock Hilton, Fidel escribió al Cuate en el papel timbrado, con la engalanada caligrafía de hotel. Eran las ocho y treinta y cinco de la noche del 27 de abril cuando se dispuso a redactar su breve mensaje:

Querido amigo:

Quise verlo pero la distancia de su actual prisión requiere más horas de las que puedo disponer en mi breve escala. Me voy pues sin satisfacer uno de los motivos esenciales de mi viaje aquí: el deseo de poder verlo. Aunque en avión pude intentar llegar esta noche, podía verme en el caso de tener que solicitar especial permiso lo cual puede estar contra las

costumbres de aquí. Tengo que partir de todas formas para una importante conferencia en Buenos Aires y estoy retrasado. Espero sin embargo que pronto esté libre. Hablé a la prensa de usted. Nuestros amigos harán todo lo posible por obtener su liberación pues es justa y será bien vista por la opinión pública. No piense que lo olvidamos. Nos ocupamos bien de su familia. Reciba un abrazo y tenga mucha fe en nosotros.

Fidel Castro R.

P.D. Tan pronto esté libre vaya a Cuba donde todos tenemos muchos deseos de verlo ya.

Para Antonio del Conde recibir la carta en la cárcel fue un verdadero alivio y una gran emoción. Todo lo vivido antes de que Fidel emprendiera la travesía en el yate y lo realizado para apoyar a las fuerzas rebeldes desde México y los Estados Unidos, pasó por su mente como una película. Se avivó su esperanza en lo adverso, pues confiaba como siempre en aquel hombre definitivo. Entonces no sabía que ese mismo gesto, Fidel lo había protagonizado ya muchas veces. Nunca abandonó a Che Guevara ante el peligro de que lo extraditaran a la Argentina tras su encarcelamiento en la Prisión de Miguel Shultz y tampoco dejó perdido a Roque cuando cayó al mar, al final de la travesía. Fidel prefirió demorar el desembarco en las costas de Cuba, buscar y buscar entre las aguas; esa firme determinación salvó la vida al compañero.

Poco después de la visita de Fidel a Houston, un domingo a la media noche, en el mes de mayo de 1959, el Cuate fue liberado y deportado a México. Enma Castro Ruz de Lomelí lo recibió con un abrazo y una sonrisa de satisfacción a su llegada al aeropuerto de la capital azteca.

La Isla de Trinidad en el mar Caribe le dio la bienvenida a Fidel el 29 de abril. Su avión hizo una escala, y lo recibió el presidente Eric Williams, en medio del tórrido calor de fines de abril y el saludo de la guardia oficial engalanada con el típico y singularísimo traje de honor. Al reemprender el trayecto, el Comandante conversó con los periodistas que lo acompañaban, en la nave de la Compañía Cubana de Aviación. Aseguró a los reporteros, que lo de Panamá, era un incidente embarazoso e inoportuno, que no tenía justificación alguna. «Nos pone además en situación desagradable», concluyó. Después explicó cuáles eran las ideas que defendería en la reunión de Buenos Aires, los puntos de vista de la Revolución sobre el desarrollo económico de la América Latina. Conversando, analizando y desarrollando el tema, pasó el tiempo en un pestañazo antes de que el Britannia aterrizara en el aeropuerto de Sao Paulo, desde donde Fidel dirigió un saludo al pueblo brasileño. De la Terminal aérea se trasladó al Hotel Excelsior para un descanso breve y de allí, fue en helicóptero hasta Brasilia, modernísima ciudad proyectada por el arquitecto Oscar Niemeyer y aún en construcción, levantada en el espíritu de ingenuo y hermoso optimismo que entonces vivía la nación sudamericana. En la moderna capital se reunieron Fidel y el Presidente del Brasil, el médico Juscelino Kubitschek de Oliveira, para más tarde recorrer el mismo itinerario a la inversa y seguir su viaje a la Argentina, adonde llegó el 1ro. de mayo en la madrugada. Kubitschek había prometido a los brasileños «cincuenta años de progreso en cinco de gobierno», por lo que su mandato, a pesar de la concentración de riquezas en la zona sudeste del Brasil, el aumento de la deuda externa, y la devaluación de la moneda nacional, fue de euforia y esperanza sobre todo para

los pobladores del Nordeste a causa también de la preocupación del gobierno central por resolver los problemas económicos y sociales de esa olvidada zona del país, con la creación de la Superintendencia para el Desarrollo de la región Nordeste brasileña (SUDENE), al frente de cuyos empeños se nombró al economista Celso Furtado. Los fotógrafos captaron a un Fidel atento a Kubitschek, con las cejas medio arqueadas mientras lo escuchaba. En los desabrochados bolsillos de la camisa sobresalían bolígrafos, documentos y una petaca. El joven Jefe de Gobierno se había quitado la gorra, que llevaba entre las manos durante la conversación. Por ese mínimo e intrascendente detalle se le veía el pelo hirsuto. Iba vestido con uniforme verde olivo de tela áspera y calurosa pero muy bien planchada, a pesar de que debía ser un tejido tan rebelde como el hombre que iba enfundado en él. La estampa de Fidel era de una esmerada pulcritud sencilla, se presentaba con el desenfado natural del guerrillero. En el encuentro Fidel hizo muchas preguntas sobre la Amazonia y expresó su interés por conocer el Matto Grosso.

Al aeropuerto de Ezeiza acudieron a recibirlo, tres edecanes del presidente argentino Arturo Frondizi, familiares del Che Guevara y el entonces embajador de Cuba en ese país. En el Hotel Alvear Palace pudo encontrarse con su tío Gonzalo Pedro Castro Argiz, aquel a quien su padre un día de 1939, le escribiera una carta, contándole de sus hijos, de otros acontecimientos leves y tremendos de la vida familiar, y poniéndole al tanto de las últimas noticias que con el fin de la Guerra Civil Española, le habían llegado desde la distante aldea en Galicia. Aquella misiva había hecho a Fidel reflexionar sobre el sentimiento

profundo de quienes se iban lejos de su patria y soñaban invariablemente con el regreso. Fidel se alegró de ese contacto con su tío que tanto se le parecía a su padre don Ángel Castro no solo en el aspecto físico, sino en algunos de los gestos, tanto que por momentos tenía la impresión de que era el mismo viejo quien le hablaba con el acento cariñoso de gallego del campo. Allí acudieron también otros miembros de la familia. Marita Sánchez, nieta de Juana Castro Argiz, la tía que permanecía en la aldea de Láncara. Marita era una niña de seis años cuando su madre la llevó a un hotel de Buenos Aires para que conociera a «un tío» que ella recordaría siempre como un hombre de larga barba y vestido con un pijama, quien las acogió en su habitación y se mostró cálido, afectuoso y muy hablador. Ella lo observaba todo con ojos de asombro, desde entonces, él le inspiró mucho respeto, pero por su corta edad no podía imaginar que aquel familiar desconocido y llegado de lejos, iba camino de convertirse en una de las figuras políticas más influyentes del siglo xx.

Los diarios en La Habana reportaron que al llegar a la Argentina, el Primer Ministro cubano había pasado toda la madrugada en vela estudiando con el economista doctor Regino Boti León y otros asesores económicos, los puntos que abordaría en la conferencia, y leyendo detenidamente, analizando lo planteado por las delegaciones de otros países desde el comienzo de las sesiones. El 2 de mayo por la mañana, en el Palacio del Ministerio de Industria y Comercio de Buenos Aires se agolpaban las delegaciones, los reporteros y periodistas, a quienes el Comandante se dirigió de pie para poder alcanzarlos con la vista y porque ese era su estilo, su costumbre. No se

percató de que ese pequeño gesto, lo distinguía; mostraba su deferencia y humildad ante todos. Para él resultaba lo más natural del mundo. Pensaba solo en expresar con sinceridad sus opiniones, las conclusiones a que había llegado junto a un grupo de compañeros en quien confiaba. «Soy aquí un hombre nuevo», dijo rotundo, refiriéndose al hecho de que por primera vez participaba en una reunión como aquella, sin embargo, nunca fue más exacto en su autodefinición. No era pura formalidad o asunto epidérmico su aspecto –inusitado en aquel ámbito–, barbudo y de verde siempre; eran los hábitos que hacían al monje, una imagen exterior que brotaba de lo interior como el tallo que crece según la raíz sea profunda. Fidel era un hombre nuevo en todos los sentidos, por dentro y por fuera, y ese era el verdadero motivo por el que se concitaban afluencias continuas a su alrededor por donde quiera que iba: las salas de conferencia, el hotel, las calles de la ciudad.

Ante las delegaciones reunidas, con respeto y argumentos señaló que había que partir de una realidad, y era que los pueblos habían perdido la fe y era necesario despertarlos con hechos, con realidades y con soluciones verdaderas. Fustigó las viejas ideas que impedían un enfoque unánime y claro para resolver los problemas de los pueblos latinoamericanos y valoró más que las fórmulas, el ánimo con que se emprendiera esa obra esencial: cambiar para bien el destino de Nuestra América.

Había que sacar en claro una primera verdad por evidentísima: «la inestabilidad política de los gobiernos y de los pueblos de la América Latina en estos tiempos no es la causa del subdesarrollo, sino la consecuencia del subdesarrollo».

Fidel exaltó los esfuerzos ingentes, los sacrificios de los pueblos de América Latina para librarse de las dictaduras militares, y agregó con una capacidad de avistamiento sorprendente:

Todos nos hemos hecho las nobles ilusiones de que las tiranías van desapareciendo de la faz de nuestro continente, y sin embargo, la realidad, es que se trata de una mera ilusión, y nadie sería capaz de afirmar aquí, honradamente, cuánto tiempo de existencia se le calcula a varios gobiernos constitucionales de América Latina, cuánto tiempo de existencia se le calcula a esta era de despertar democrático que costó tantos sacrificios y cuánto pueden durar los gobiernos constitucionales arrinconados entre la miseria que provoca todo género de conflictos sociales y la ambición de los que esperan el momento oportuno de apoderarse de nuevo del poder por la fuerza.

Confesó después que no veía cómo podía separarse el ideal económico del ideal político y presentó los caminos que Cuba consideraba viables y necesarios para cambiar positivamente las realidades del continente –entre ellos la Reforma Agraria y la aplicación de sistemas fiscales justos–, y lograr una cooperación más intensa y fructífera. En este último aspecto se preguntó por qué América Latina no podría aspirar a que los Estados Unidos le ofrecieran el respaldo y las facilidades que se les habían brindado a otros lugares del mundo. Finalizó sus palabras con una interrogante y una respuesta:

(...) ¿hacia dónde debe dirigirse el esfuerzo de América Latina? Hacia la obtención de capitales

mediante financiamiento público del país, que por ser el más desarrollado, puede brindarnos ese financiamiento. La delegación cubana, los técnicos de la delegación cubana, han calculado que el desarrollo económico de América Latina necesita un financiamiento de 30 000 millones de dólares en un plazo de 10 años, si se quiere de verdad producir un desarrollo pleno de América Latina (...).

El Jefe revolucionario concluyó que esa contribución no solo redundaría en beneficio de Latinoamérica sino también de los propios Estados Unidos.

Sus palabras causaron gran revuelo en el auditorio. La solución propuesta por Cuba recordaba a muchos el Plan Marchall y a otros se presentaba como una actitud retadora de la pequeña Isla a los Estados Unidos, pero la verdad era que se basaba en el estudio riguroso de las circunstancias del continente y en la única vía razonable, práctica y ventajosa que entonces se vislumbraba para evitar que la región no estallara como un polvorín o se sumiera en el naufragio de las dictaduras militares. Sí era una proposición intrépida que superaba ostensiblemente lo solicitado por el presidente brasileño Juscelino Kubitschek para desarrollar la Operación Panamericana, un programa concebido para ayudar al avance de la región.

Temprano en la mañanita del día siguiente y como quien no podía partir sin pasar por el lugar donde se honra a los héroes, el Comandante Fidel Castro se dirigió a la Plaza donde, en el barrio del Retiro, se había levantado desde los finales del XIX, el Monumento al General José de San Martín. El gesto de Fidel era martiano. Mientras permaneció frente a la escultura ecuestre no hizo sino pensar en la veneración que el Maestro sentía por aquel héroe

de la independencia continental, una admiración que podía casi palpase en las palabras del perfil escrito en 1891 para el diario *El Porvenir* de Nueva York:

...vio en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él y cuando la quieren llevar detrás de sí... murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

Fidel consideraba que Martí apreciaba por sobre todas las glorias de San Martín, aquella decisión suya de apartarse.

Con esa impresión se despidió de la Argentina para viajar a Montevideo, en el cercano Uruguay que entonces vivía como una maldición las inundaciones en zonas próximas a la represa del Rincón del Bonete. Después de conversar con una muchedumbre que le dio la bienvenida en el aeropuerto de Carrasco, Fidel se hospedó en el Hotel Victoria Plaza del que salió al día siguiente con rumbo a muchos de los lugares perdidos entre las aguas y el lodo. En los poblados y al borde de los caminos reconoció en los campesinos de aquel país, la nobleza, el carácter y la pureza de los cubanos del campo, tanto que por momentos no sabría decir si se trataba de unos u otros.

Al regreso al hotel en Montevideo y hablándole a los reunidos en la explanada municipal, frente a la Intendencia, lo confesaría el 5 de mayo, con el sueño de la unidad como vela hinchada al viento en el pecho, llamando a los pueblos latinoamericanos al abrazo.

Reanudado el itinerario en avión con destino final a La Habana, Fidel, realizó antes una visita al Brasil. En Río de Janeiro compareció el 5 de mayo ante el afamado programa de la televisión *Esta es tu vida* y respondió categórico a una pregunta de un periodista que indagaba cómo bajar el costo de la vida cotidiana: «¡Con leyes revolucionarias!».

Durante la jornada del día 6 visitó el Cuartel del Batallón Imperial fundado por Pedro I y almorzó en la residencia oficial del presidente Juscelino Kubitschek. Cerró ese día con un mitin en la Plaza Castello donde reafirmó la generosidad de la Revolución, explicó por qué no se retrocedió ante la calumnia y la mentira cuando de lo que se trataba era de hacer justicia y dar un ejemplo. Aseguró que la Revolución no se excedería un ápice del límite y que ya los que durante casi cuatro meses habían estado tratando de herir la sensibilidad de los hermanos pueblos de América, no tendrían más leña que aportar al fuego, no tendrían más pretextos para confundir, puesto que habiéndose cumplido cabalmente el objeto de la justicia revolucionaria, habiendo sido castigados los peores, habiéndose dado un escarmiento ejemplar, los enemigos no tendrían más el pretexto de los fusilamientos, pues ya la justicia había cumplido su rol, y así cada vez serían menos y muy pronto desaparecerían pues no habían sido establecidos como sistema, sino para castigar criminales de guerra, y probar que el mal alguna vez no iba a quedar impune, que el bien podía triunfar.

Fidel esbozó como principal prioridad inmediata de la Revolución la tarea creadora y la obra justiciera, en lo económico y lo social. Habló del interés de los brasileños por la Reforma Agraria en Cuba y mencionó la creación de instituciones propias, ideadas por nuestro

pueblo de acuerdo con sus necesidades, no copiadas de nadie. Ratificó que la Revolución era tan cubana como su música y sus palmas y aspiraba a establecer una verdadera democracia humanista que se basaría en la justicia social y la libertad de los hombres, insertada en un continente latinoamericano con desarrollo propio, dueño de sus destinos y libre políticamente, unido en sus sociedades y entre sus naciones.

Divididos –vaticinó– seremos –como hasta hoy– un manojo de repúblicas subdesarrolladas, viviendo en medio de la zozobra, de la inestabilidad política y de la miseria; un manojo de repúblicas subdesarrolladas, fuentes de materia prima, consumidoras de productos industriales... entre grandes naciones industrializadas que nos sacan una ventaja que no podremos jamás alcanzar, mientras seamos un manojo, poco respetado, poco considerado, demasiado pobre, demasiado dividido y demasiado impotente para superar nuestras crisis.

Fidel llamó al concierto latinoamericano, pero aún habrían de pasar décadas para que comenzara a levantar vuelo ese viejo sueño bolivariano. Sin embargo, él estaba allí, como un vigía; alcanzaba horizontes que otros no distinguían en la distancia. No permanecía ajeno a lo arduo que resultaría conseguir lo añorado; por el contrario, se preguntaba:

¿Quiere decir que sea fácil? No, sabemos que es difícil, tal vez obra de nuestros hijos, pero estamos en el deber de crear la conciencia, estamos en el deber de educar a los pueblos, enseñarles lo que los redime y

los salva, salvarlos de la ignorancia; hacer más grande lo que hicimos en Cuba...

A continuación mencionó todas las medidas adoptadas para emplear a los trabajadores, distribuir las tierras, desarrollar inversiones productivas, garantizar un retiro justo y remunerativo a los obreros, propiciar el ahorro por parte del Estado y de los ciudadanos; construir viviendas, colegios y universidades, conceder créditos a los campesinos, y muchas más acciones para finalmente, favorecer el sentido patrio, el amor a lo suyo y alentar la virtud.

Antes de despedirse de aquella muchedumbre de veinte mil personas, Fidel reconoció su impresión del Brasil, y el hecho de que a pesar de hablar el portugués, su pueblo formaba parte de una misma historia, la de la América Latina y el Caribe.

El avión Britannia de la Compañía Cubana de Aviación puso de nuevo en marcha sus motores, esta vez con itinerario de vuelo vía Puerto España, Barranquilla y Puerto Cabeza. El trayecto de vuelta tenía prevista nuevamente una escala en Trinidad Tobago, donde el Comandante Raúl Castro se unió a la comitiva. Celia –exhausta y dormida– no pudo saber que Fidel, en lugar de descansar como ella siempre recomendaba, pasó las horas de viaje contando historias de la Sierra. Mientras se le demoraba el tiempo, caminó descalzo por la alfombra del pasillo entre las filas de asientos a lo largo de la nave, para estirar las piernas y atenuar la ansiedad que le invadía en el viaje de regreso a Cuba. Encendía uno y otro habano y apenas los disfrutaba entre sus dedos larguísimos, para reiniciar otra vez sus recuentos, en el tono de confianzas que prefería, envuelto en la humareda y el aroma añejo y ocre del tabaco y dejándose llevar por su

empedernido hábito de conversar y conversar hasta el infinito para razonar, para discutir, para desarrollar las ideas incesantemente, como si nunca se agotaran sus energías; unos ímpetus que le habían alcanzado para no perder un minuto, responder preguntas a seis mil periodistas y dialogar con más de cien millones de personas en apenas veinticinco días de agendas interminables, insomnios perennes, esfuerzos descomunales y fugaces reposos.

Volver

Casi al borde de sus energías físicas, el Comandante Fidel Castro, tras el recibimiento multitudinario en el aeropuerto internacional, continuó camino rumbo a la Plaza Cívica para hablarle al pueblo de lo realizado durante el viaje, disipar temores, rechazar elogios para él y ataques para su propio hermano y para sus compañeros; definir en los augurales momentos que vivía la nación, cuando aún no estaban suficientemente despejados los prejuicios y la ignorancia y los enemigos de la Revolución se proponían alentar los miedos que ya habían recorrido al mundo cuando se hablaba de Comunismo, la posición de la Revolución Cubana como un paso adelante; afirmándose en la virtud de sus dirigentes y en un criterio generoso y humano para adoptar todas las medidas de beneficio para el pueblo, imprescindibles al propósito esencial de que existiera en la Isla la justicia social. Una Revolución de ideas propias, y de principios muy firmes, probada en su pureza, honradez y lealtad, tanto en la guerra como en la paz de los primeros cuatro meses revolucionarios; una transformación de raíz que no se encaminaba al pasado, es decir, al capitalismo; y no lo hacía tampoco en ese momento,

hacia el socialismo –calumniado y polémico, estratégicamente construido, en latitudes lejanas de la geografía de nuestro archipiélago–.

Así perfiló el rumbo Fidel con palabras que reflejaban la extraordinaria riqueza, diversidad, y autenticidad de la Revolución Cubana, venida desde muchas partes y borboteantes fuentes; nueva, rara, especial, diferente en su andar a lo futuro superior y progresista, fiel a una realidad compleja, multiforme, policromática y cambiante no sólo en sus claros–oscuros sino en la celeridad con que estos se acentuaban o desaparecían en el ánimo de la gente o en los días, lo cual a veces sucedía despaciosamente y otras de súbito.

En Cuba era imposible, desde el punto de vista táctico, trazar puras líneas rectas o curvas cerradas; los trazos debían ser ondulantes, creativos y hermosos, y sin falta nobles, fehacientes y apegados a los principios.

Fidel recordó que cuando los hombres fueron a luchar a las montañas nadie les hizo un examen de conciencia y que la unidad entre los combatientes hermanados en la adversidad y en el sacrificio era muy estrecha, que la Revolución era una en bloque y en conjunto, porque quienes la habían hecho tenían sentido del deber y sentido de la disciplina y estaban muy por encima de todas las vanidades y las ambiciones del mundo. Fidel ratificó la tesis de la Reforma Agraria y el desarrollo industrial como solución a los problemas económicos y sociales del país y convocó a la obra creadora a todo el pueblo. Antes de terminar recordó a Antonio Guiteras, aquel joven que comenzó desde el gobierno de los 100 días a hacer lo que se estaba realizando tras el triunfo de enero, un joven que combatió a Batista y cayó abatido, en El Morrillo, por los disparos de los militares que después asesinaron a miles y miles de cubanos.

Dijo que por primera vez podía conmemorarse un 8 de mayo digno y que solo podían sentirse con derecho y con moral de hablar de Guiteras un día como aquél, ¡con la tiranía descabezada a los pies! Disertaba vehemente y su pensamiento recorría las estampas de su niñez en los años treinta, aquella época de rigores y confusión, cuando su destino se ligaba sin saberlo a los vaivenes de la política nacional: desde la pequeña plazoleta en la calle Jesús Rabí en Santiago ya no veía a los militares que ocupaban como en el verano anterior el edificio del instituto; al amanecer en La Alameda, los haitianos expulsados del país hacían fila para la partida en el vapor La Salle... los pitazos del buque se mezclaban en el aire con las voces que repetían *bonjour, bonsoir, fourchette, merci beaucoup...* él aún las escuchaba como ecos imborrables en su memoria, tanto como el atronador *bun, bun, bun, bun...* de las numerosas explosiones que por las noches estremecían la ciudad y en cualquier momento podían estallar frente a la casa, muy cerca de donde él pretendía, sin conseguirlo, dormirse en paz.

Kid Chocolate nunca pensó que el 9 de mayo de 1959, transcurridos cerca de treinta años desde que se convirtiera en una celebridad, la vida lo sorprendería con una finta espectacular como una de las tantas que sólo él podía realizar sobre la lona. Cuando no lo esperaba, estaba allí, acogido calurosamente, al centro de un ceremonioso acto. Las luces de los flashes de las cámaras fotográficas lo asediaban como en su juventud y un enjambre de gente se le acercaba para hablarle o abrazarlo. Al doctor Fidel Castro le entregó la faja de campeón Junior Light Weight, título que él había ostentado en 1931, un año antes de ser

también campeón mundial en el peso gallo. Se desprendió de aquella reliquia como parte del esfuerzo nacional para la recaudación de fondos para la Reforma Agraria. Él entregaba lo que tenía –como hacían todos, también los boxeadores que subirían aquella jornada al cuadrilátero–, en un esfuerzo de cada cual con lo valioso propio. Él ya no podía pelear, pero la faja era parte de su leyenda y con gusto la ponía en manos del Comandante de las montañas.

La conversación con Fidel fue una ocasión que no olvidaría, agradecido, disipó los temores que durante años había confiado solo a sí mismo. Las imágenes de su pasado se le interponían en el presente... casi se había convencido de que iba a morir olvidado. No sería ni el primero ni el último, si ese era el único destino de todos los que alzaron los puños para golpear la miseria; triunfaban y luego, dilapidaban sus energías y el dinero hasta que se les agotaban las ansias de vivir. Todo se precipitaba cuesta abajo con las primeras derrotas y muchos no sobrevivían a la tristeza y la desolación. Algunos morían lejos de Cuba en algún suceso trágico y otros regresaban solo para hundirse en el delirio de sus glorias pasadas sin que nadie los recordara ni hablara de ellos, pero él no, él se había propuesto mantener su dignidad en lo adverso. La enfermedad había opacado el brillo de su piel negra y hundido sus párpados en unas cuencas muy hondas. Durante los aciagos cuarenta y cincuenta, cuando se miraba al espejo, veía que su rostro se estrujaba y palidecía, se tornaba como de ceniza.... su silueta ya no era la de antes: ágil y musculosa, sino endeble. Presagiaba dura la pelea en la vejez, pero él no se daría nunca por vencido, él se rebelaría con su simpatía y su voluntad de siempre, aunque nadie lo recordara y los diarios ni siquiera

lo mencionaran el día de su muerte... así había imaginado el final para alguien como él, que en su mejor época había batido en el ring a los pugilistas de más valía: Scalfaro, Singer, Batalino, Benny Bass, Feldman o Canzoneri. Entonces, con la elegancia pulcra y definitiva de su estampa de gladiador delicado, engominaba su peinado, vestía traje y corbata invariablemente y deslumbraba por su estilo impecable al punto de ser seleccionado como uno de los tres hombres más elegantes del mundo por allá por los años treinta, y cuando se dio el lujo de parar el tráfico de una importante esquina en Broadway, placer reservado a muy pocos como el actor Rodolfo Valentino o el as de la aviación Charles Lindbergh.

En sus años mozos, sus puños cruzaban el aire vertiginosos, arremolinados, zigzagueantes para que la vista del contrario perdiera la orientación, siguiera los golpes insinuados y recibiera contundente los verdaderos puñetazos por donde no los esperaba y más efecto hacían. Con sus circulares amagos, su constante brincoteo y el relampaguear formidable de sus ojos, Kid Chocolate conseguía aturdir al otro, y asirse una vez más a la victoria que no le escatimaba fama, viajes, dinero y mujeres en la bohemia New York. Ya lo había dicho “el boxeo soy yo” y no existía fuerza ni ser en el mundo que le persuadiera de su destino y buena fortuna en el cuadrilátero del Madison Square Garden, adonde había llegado tras lustrar zapatos y vender periódicos en el Cerro, el barrio de La Habana donde nació pobre como todos los de su casa, rodeado de las mansiones y fincas, lujosas y venerables de otro tiempo, y derruidas y malolientes en los años de la tercera década del siglo xx, cuando él vivía su niñez sin estudiar ni aprender más que de los golpes de la vida.

Aquel día del encuentro con Fidel tuvo una premonición feliz: Eligio Sardiñas, –Chócolo, como lo llamaban sus amigos–, el más grande peleador cubano profesional de todos los tiempos, no moriría en la soledad, como había presagiado durante tantos años. Ese día sus puños noquearon al fantasma que frecuentemente rondó su pensamiento. Aquel hombrón blanco y fornido, se reía junto a él y lo trataba como si se hubieran conocido de toda la vida. Él lo observaba mientras el Comandante recordaba a Gilberto Suárez Spencer –un jamaicano que lo había noqueado en el improvisado ring de boxeo de la valla de gallos de Birán–. Fidel movía los brazos y los puños en el aire, para mostrar cómo había sucedido el combate de su derrota. El Chocolate renovó sus esperanzas a partir de ese día. El Comandante le infundió su entusiasmo y fe en la gente, lo convenció de que en Cuba nunca más, alguien como el Kid coronado, viviría o moriría en solitario.

La noche densa no dejaba ver el musgo en las piedras de las casonas coloniales, en las cercanías de la Plaza de la Catedral de La Habana. Permanecían a oscuras los arcos de los muros y los portales como corredores interminables; solo los destellos apacibles de los faroles iluminaban las callejuelas que al final desembocaban en la amplia explanada, inmersa a esas horas de la medianoche en un inusitado trajín pues los realizadores de la película *Our man in Havana* aprovechaban la magia de la oscuridad en la parte antigua de la ciudad para filmar la trama en que Jim Wormald, un comerciante inglés, vendedor de aspiradoras en La Habana, casi por casualidad y a su pesar, era reclutado como espía del Servicio Secreto Británico en la Cuba de Batista. Según el argumento del film, Jim

aceptó el trabajo por el dinero que utilizaría para pagar los estudios de su hija, pero su falta de vocación lo llevó a inventarse los informes, que luego serían tenidos en cuenta al pie de la letra en Londres...

Iban y venían los asistentes de producción, las cámaras y luces se movían de uno a otro ángulo y los actores intentaban penetrar el misterio y el carácter de los personajes.

Un auto rodó silencioso hacia la Plaza y frenó en las proximidades de los sets de filmación. Fidel descendió y entabló conversación con los técnicos y actores con los que primero se topó. Todo se interrumpió y un mar de rostros rodeó al líder revolucionario. Eran las doce de la noche. Recién había concluido una de las sesiones del Consejo de Ministros.

Acompañado de Alfredo Guevara, presidente del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, Fidel llegó para intercambiar impresiones con los directores y artistas de la película, basada en la novela de igual título del escritor inglés Graham Greene, a quien el joven revolucionario admiraría después de conocerlo no solo por sus dotes de gran escritor y sus ideas progresistas, sino por la temeridad probada en su juventud, cuando por un amor jugó seis veces a la ruleta rusa con un revólver cargado con una bala. Graham Greene reciprocó ese sentimiento al decir del Comandante rebelde: «Fidel Castro es un personaje muy atrayente, pero más aún lo es la convicción que lo anima. Conservo muchas simpatías por él».

Carol Reed, el director, Maureen O'Hara y Alec Guinness, entre los protagonistas del reparto, y Raymond Anzart, jefe de producción, charlaron durante un largo rato con el líder cubano. Esa era la última noche en la Isla porque al día siguiente el elenco y los realizadores de la película

viajarían a Inglaterra para rodar el resto de las secuencias del filme. Se marchaban con la impresión de que Cuba era un país maravilloso y cordial al que desearían volver en la primera oportunidad. Fidel permanecía inmóvil y muy atento cuando escuchaba. Sin embargo, mientras era él quien discurría, a manera de torrente, daba paseítos de uno a otro lado, en medio de la multitud, porque ya a esas horas, había corrido la voz de su presencia y todo el vecindario se había desperezado para ir a verlo de cerca.

«Fidel metía su mano bajo la sábana y sacaba la del niño y se la besaba». Conchita nunca olvidaría aquel gesto de ternura y angustia de Fidel con su hijo, cuando en el hospital de Emergencia, pasado el peligro más grande, trasladaban al paciente del salón de operaciones a la sala de recuperación, la noche o la madrugada del 14 al 15 de mayo de 1959. Fidelito resultó herido en un choque de autos en la Vía Blanca y tuvo que ser intervenido quirúrgicamente pues tenía lesiones en el torax y en el abdomen. Avisado por Celia y Conchita, el Comandante pidió que inmediatamente llamaran a Myrta. Él llegó justo en el instante en que los cirujanos se disponían a intervenir al accidentado. Fidel había concluido una comparencia en el programa de televisión *Ante la prensa*, y explicado la puesta en vigor de una nueva legislación para actividades contrarrevolucionarias, que sólo preveía la pena de muerte para ciertos casos. Al llegar justo cuando entraban al niño al salón lo besó. Myrta ya se encontraba también allí, afligida, tenía las manos temblorosas y congeladas.

«Comandante, no tendrá problemas en su vida», le informó uno de los médicos a Fidel, mientras la madre, por un lado y él, por otro, permanecían al lado de la camilla del

pequeño convaleciente a quien le habían extirpado el bazo. Tras la operación, su estado era bastante satisfactorio, aún dentro de la gravedad. Después de la media noche, Fidel le pidió a Conchita que se quedara acompañando a Myrta, pues él tenía aún numerosos asuntos que atender. A las seis de la mañana, ya estaba de vuelta. El periódico *Revolución* publicó al día siguiente, en columna izquierda de la primera página un reporte detallado del accidente. Al pie de los titulares se anunciaba además la Ley Básica de la Revolución, sería promulgada el día 17 de mayo, Día del Campesino, en La Plata, en el corazón de la Sierra Maestra. La Radio Rebelde volvería a transmitir desde el mismo lugar que lo hacía en los tiempos de la guerrilla.

El sábado 16 de mayo, el diario daba cuenta de una franca recuperación de Fidelito Castro Díaz Balart e informaba: «El doctor Fidel Castro Ruz, primer ministro del Gobierno visitó a su hijo en distintas ocasiones en el curso del día de ayer, así como su tío, el Comandante Raúl Castro Ruz, jefe de las Fuerzas Armadas y otras personalidades del Gobierno, amigos y familiares». Además, el rotativo publicaba el parte médico favorable y las consideraciones del doctor Julio Martínez Paez:

salvo las molestias naturales del fuerte traumatismo que ha sufrido, su estado general es perfecto y dentro de la gravedad, salvo complicaciones, su vida no ofrece peligro... Aunque las visitas están limitadas, junto a su cama están sus padres, Celia Sánchez, Vilma Espín y Haydée Santamaría...

Tierra

Sentía el olor de Cuba en la humedad de la madrugada. La brisa llegaba de los matorrales al borde de la pista del aeropuerto. Solo en Cuba se respiraba ese airecillo de tierra mojada y alisios tempraneros, solo en el archipiélago amado sentía ese hálito. Quizás quienes vivían en otros parajes del mundo no lo percibieran con la misma intensidad, pero para los cubanos era una realidad evidentísima, sobre todo cuando regresaban de otras latitudes. Aún faltaban horas para el alba. Escuchaba muy próximo el ruido de las hélices del helicóptero y el murmullo de los demás compañeros que abordarían la nave, tras apurar el cafecito desvelador. Escribió su mensaje al pueblo:

Ciudad Libertad

Mayo 17 de 1959 3 A.M.

La Ley Agraria que hoy aprobará el Consejo de Ministros en el histórico campamento de la Comandancia General del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra es una promesa que se cumple con el pueblo y con la patria.

Cuba inicia una era nueva que será de extraordinario esplendor si por encima de avaricias nos

dedicamos a trabajar todos por el porvenir venturoso que tenemos delante. Nadie tremole intereses egoístas. Hagamos lo que otros no hicieron. Reconstruyamos lo que otros destruyeron. Aprovechemos lo que otros desperdiciaron. Aceptemos los sacrificios que impone la hora presente y forjemos las bases de una paz social duradera sin hambre ni opresión, porque la paz y la felicidad solo son posibles en la libertad y la justicia.

Por encima de intereses y egoísmos alcemos más alta que nunca la bandera generosa sobre cuya estrella limpia y en nombre de todos los mártires de la patria haría falta escribir de una vez y para siempre la fórmula justiciera del Apóstol
Con todos y para el bien de todos
Fidel Castro Ruz

Los guajiros de las cercanías fueron llegando al final de la madrugada, los otros, los de las distancias más largas, arribaron la noche anterior y durmieron en hamacas, bajo el cielo brumoso de mayo, entre copales olientes como no los hay en ninguna otra parte del mundo, nada más que en el firme de la Sierra Maestra; tanto que Fidel confesaría una vez a Ramiro Valdés que La Plata era el lugar más familiar y querido de los momentos decisivos de la guerra y los primeros y últimos combates.

La Comandancia era un verdadero hervidero de viejos sombreros de yarey, ropas gastadas y hombres como nuevos, con la esperanza de alcanzar el sueño de poseer su pedazo de tierra. El 17 de mayo, el día del aniversario del asesinato del líder campesino Niceto Pérez, y tras las últimas deliberaciones y la precisión de los más mínimos detalles, la Revolución del 1ro. de enero promulgó

la Ley de Reforma Agraria. Todos los temas habían sido previstos con tiempo y Fidel lo reconocería así aquella misma noche al asegurar que había sido un proceso de cuatro meses y diecisiete días, durante los cuales se llevó al pueblo la convicción de que era imprescindible dictarla y el propósito de contribuir económicamente y por todos los medios con la Reforma Agraria, lo que le granjeó el apoyo absolutamente mayoritario del pueblo, al punto que en apenas unas semanas, fueron recaudados setenta y cinco millones de pesos. Fidel había dado el paso inicial al donar el primer salario devengado como Primer Ministro.

En la casa de Tarará, donde el Comandante Ernesto Guevara cumplía con reticencia las indicaciones de los médicos para reponer su salud, habían tenido lugar las prolongadas reuniones en las que un grupo de compañeros redactaba la Ley, tras un riguroso examen colectivo de los artículos. En la medida en que el trabajo avanzaba, se sometía a la consideración de Fidel, quien muchas veces sugirió ideas y modificaciones con una insistencia perfeccionista en pos de mejorarlo y completarlo. A cada versión hacía una y otra vez correcciones en su forma y su contenido, un ejercicio que no se agotaría hasta la última lectura, cuando al final del día y a la luz de un quinqué volvió a revisar las cuartillas antes de enviarlas para su publicación en *La Gaceta Oficial*.

Integraban la singular y decisiva comisión el Che, Antonio Núñez Jiménez, Oscar Pino Santos, Vilma Espín Guillois, Alfredo Guevara Valdés y Segundo Ceballos Parejas. Al unísono, el Comandante en Jefe, con datos precisos y estadísticas irrefutables, realizaba la labor urgente e imprescindible de esclarecer al pueblo y convencerlo de la necesidad histórica definitiva de la Ley, y así

movilizarlo en su apoyo y defensa. El documento final fue secreto hasta que de manera preliminar estuvo listo el 28 de abril, cuando fue presentado al Consejo de Ministros. Por aquellos días, lo valoraron otros compañeros del gobierno, la dirección de la Revolución y del Movimiento 26 de Julio. Raúl Castro y el Comandante Ernesto Guevara, en los actos por el 1ro. de Mayo, lo mismo en La Habana que en Santiago de Cuba, adelantaron algunas de las ideas esenciales recogidas en el proyecto de Ley. Conchita Fernández recordaría años después, que en ese período, una de las personas consultadas fue el jurista Teobaldo Rosell, quien se iba con Fidel a comer al restaurante Pacífico, en el barrio chino, donde charlaban horas y horas. Conchita creía entonces que Fidel estudiaba por las reacciones de Teobaldo cómo lo harían otros ante las nuevas medidas de la Revolución. El 12 de mayo, cuando ya Fidel había regresado de la gira por los Estados Unidos, Canadá y Suramérica, fue presentado otra vez al Consejo de Ministros, que nuevamente lo analizó reunido en casa de Julián Pérez, el campesino humilde conocido por El Santaclarero en La Plata, finca que había puesto a disposición del Ejército Rebelde para asentar allí la Comandancia General. A la montaña arribó Fidel en helicóptero, bien tempranito en el día, para asegurarse de todos los preparativos y la participación de los convidados al encuentro. Antes había confesado: «En nada tengo tanto entusiasmo como en la Reforma Agraria».

Los guajiros de la zona trataban, sin conseguirlo, de enlazar la res que se había comprado para el almuerzo. El Comandante les pidió que se apartaran y la derribó de un solo disparo de fusil. Poco después comenzó a llover y todo el terreno se volvió un verdadero lodazal, mientras el humo del carbón invadía el final de la mañana con

aliento a bohío, a vara en tierra, y brisitas cálidas y reconfortantes en la frialdad empapada.

Tras la firma del documento histórico, Fidel habló desde la Radio Rebelde con el deseo de expresarse con sencillez porque lo embargaba un sentimiento que lo bandeaba a golpetazos entre la felicidad y la tristeza, como si fuese un barco en medio de un temporal. Para esas ocasiones reservaba las larguras de silencios y discursaba compendioso y categórico. Todos los recuerdos de la Sierra Maestra fluían como una catarata en el pensamiento y el alma. Apretaba el pecho el recuerdo de tantos que no solo habían caído allí, sino que además estaban enterrados por aquellos lugares. Los mar pacíficos florecían sobre las tumbas, protegidas por una, no muy alta, empalizada de cuaba; los cercados parecían jardincitos de rancho campesino en medio del verdor de los árboles y los claros de espesura. Al mirarlos daba la impresión de que los mártires comenzaban a germinar, a espigarse. Pesaban sobre el Comandante las vivencias tremendas de la guerra, entonces la victoria no era sino una esperanza y solo podían verse como posibilidad remota las promesas que ya la Revolución, apenas transcurridos cuatro meses del triunfo iba cumpliendo. La Ley suscrita en esa jornada fatigosa y útil, establecía un límite máximo de tenencia de tierra de hasta cuatrocientas dos hectáreas. Los terrenos que excedían ese límite resultarían expropiados para su distribución entre los campesinos y obreros agrícolas, excepto en los grandes latifundios donde en lugar de parcelar las tierras se organizarían granjas del pueblo para el desarrollo de la ganadería y la siembra de café, arroz y cítricos.

Con esa legislación se iniciaba una etapa enteramente nueva en la vida económica del país, y se abrían a la

patria, caminos para un futuro esplendoroso. Fidel estaba consciente de que una dura lucha se avecinaba, todo iba a cambiar en lo adelante; por primera vez Cuba emprendía transformaciones estructurales para propiciar un desarrollo equilibrado y constante, sin exclusiones hirientes, en armonía con su tradición y sus apremios. A su vez, iba a ser mayor la hostilidad contra la Revolución. El Comandante no obviaba que la proclamación de la Reforma Agraria lesionaba intereses poderosos, especialmente de los Estados Unidos, y daría lugar a una oposición inicua e implacable. El ochenta por ciento de las mejores tierras del país se encontraban en manos de compañías norteamericanas: entre estas las más importantes según sus posesiones eran la Cuban Atlantic Sugar, la American Cuban Refining Co., y la Cuban American Sugar Company. En «La Historia me absolverá», Fidel había denunciado el hecho insólito de que en la provincia más ancha de la Isla, las propiedades de la United Fruit Company y la West Indian unían la costa norte con la del sur. Por ello, argumentó la necesidad y la justeza de esa medida que resultaría beneficiosa para las familias campesinas cubanas, para más de dos millones de personas. Explicó además la generosidad con que se aplicaría la Ley, que comprendía la indemnización para los perjudicados a través de bonos redimibles con interés anual del 4,5 por ciento o títulos públicos, y se ajustaba a lo preceptuado por la Constitución de 1940 en lo referido a la proscripción del latifundio y a la recuperación de las tierras.

En los años de la seudorrepública grandes extensiones de terreno habían caído en manos de empresas extranjeras, lo que contradecía el ideal de los próceres de la independencia y traía consecuencias dañinas en lo económico y en lo político. Era la hora de revertir a manos

cubanas la tierra y recobrar enteramente la soberanía. Fidel dijo: «Toda la ley es un compendio de las necesidades, de las ansias y de las aspiraciones de nuestra patria».

Ese mismo año de 1959, Fidel y Raúl y todos sus hermanos transfirieron al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), la parte que les correspondía de la antigua propiedad de sus padres, don Ángel y Lina, en el paisaje ondulante y fértil de Birán.

Antes de que pasara a manos del Estado cubano, la finca estuvo a cargo de Lina, quien se esmeró en devolverle los aires de prosperidad de los años anteriores a la declinación física y económica del viejo. Se desveló por el cuidado de los naranjales y puso énfasis especial en continuar la costumbre de don Ángel de plantar cedros. Lo hizo con la misma dedicación hasta que sus fuerzas se agotaron el 6 de agosto de 1963, un día convulso y triste para sus hijos, quienes la tendrían por siempre en la memoria como el vendaval, el genio y la energía, con la esbeltez, la ternura y el olor a cedro que don Ángel había reconocido en ella.

En marzo de 1960, Hipólito López Toranzo, el ordeñador de las vacas de Birán, quien hacía los quesos en el batey, llamó a Lina con una sonrisa amplia y un revuelo de niño en la exaltación:

—¡Me llegó la tierra, Lina, me llegó al fin!

Agitaba en el aire los papeles de la propiedad de la parcela que trabajara por más de veinticinco años sin la ilusión de que algún día fuera propia. Las escrituras firmadas por el doctor Waldo Medina, y por el capitán Antonio Núñez Jiménez, jefe del Departamento legal y Director ejecutivo del Instituto Nacional de Reforma Agraria, respectivamente, contaban la historia de la expropiación a los terratenientes y la adjudicación gratuita de la tierra al beneficiario.

La feliz experiencia de Polo se repetía por aquellos días en las familias, descendientes de los cubanos veteranos de las guerras independentistas. Arruinados tras su participación en la lucha liberadora de 1895, al fin los Martínez, los Rodríguez, los García, los López, y tantísimos otros, alcanzaban aquel sueño largamente soñado, que como preludio de un tiempo nuevo, hizo justicia y desterró de Birán y de Cuba la necesidad de las efusivas humaredas para espantar el frío o la inobjetable soledad del desamparo.

PERDURARÁ TODO EL CEDRO, SUS RAÍCES, SU TRONCO,
RAMAS Y HOJAS; SU OLOR, SU SOMBRA Y SU VOZ.
PERDURARÁ TODO EL TIEMPO
DE LOS CEDROS







Antonia Argiz Fernández, madre de don Ángel Castro Argiz y abuela de los hermanos Castro Ruz.



Juana Castro Argiz, a la izquierda, y la señora María a la derecha, quien habitaba la casa natal de don Ángel, en el momento en que fue captada la imagen en Láncara.



Lajas de piedra utilizadas en las construcciones gallegas.



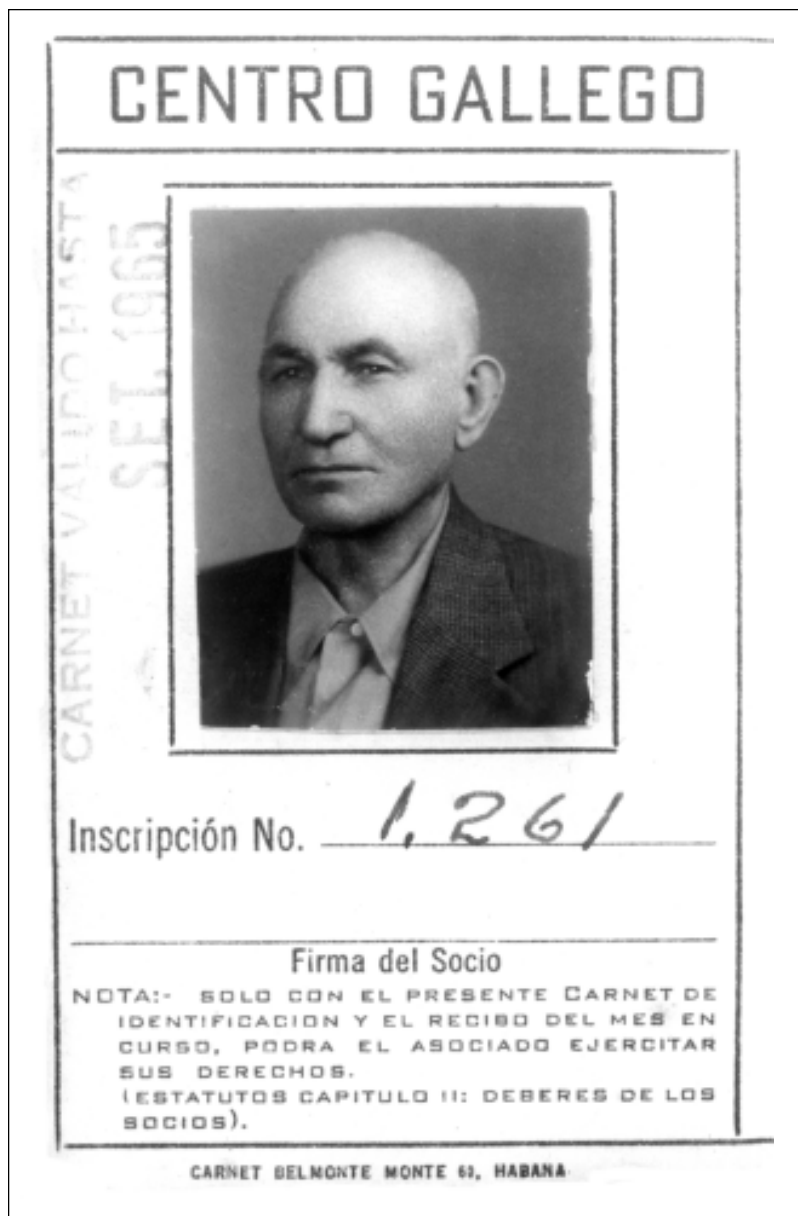
Casa natal de Ángel María Bautista Castro Argiz en Lánara, Lugo, España.



Vista de la casa en San Pedro de Armea de Arriba, adonde fueron a vivir las hermanas Castro Argiz tras la muerte de su madre, Antonia Argiz Fernández. Foto tomada en agosto de 1958.



Otra vista de la casa de los Castro en la que la familia ha vivido por más de doscientos años. Fue la casa del abuelo paterno de los Castro Argiz, Juan Pedro de Castro Méndez y donde vivió don Ángel Castro Argiz en San Pedro de Armea de Arriba.



Página del carnet de asociado del Centro Gallego de La Habana, perteneciente a don Ángel Castro Argiz, documento expedido en 1909.



Casa de don Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, en Birán, donde nacieron todos sus hijos. Fotografía tomada a principios de 1926.



Don Ángel Castro, en Birán. La carreta, al fondo, tiene esteras acopladas a las ruedas, algo poco común en las fincas de la época.



Ángel y Lina. Al dorso aparece una dedicatoria que dice:
«Con todo cariño te dedico esta foto de unos fieles amigos.
Ángel Castro y Lina. Birán, 8-7-1925. Cuba.»

Esta foto de Lina Ruz,
fue enviada
por Celia Sánchez,
el 17 de noviembre
de 1973,
a la Oficina
de Asuntos Históricos
del Consejo de Estado.



Fotografía
de Lina Ruz.
Al dorso aparece
escrito: «Este recuerdo
fue el que usted le dio
a Juana Manzanares,
mi mamá,
en el año 1925.
Francisco Manzanares
González.»

Fotografía
de Angelita Castro,
con una dedicatoria
que dice:
«Querida amiga Julia.
Con todo cariño
te dedico este retrato
de mi hija Angelita,
que sabes te quiere.
Lina de Castro (...）」



Ramón Castro.
Fotografía dedicada
por Ángel y Lina Ruz
a sus amigos
Paciano y Julia.

Fotografía
de Lina.
En
la dedicatoria
puede leerse:
«Mis queridos
amigos
Paciano y Julia.
Con
todo cariño
de su siempre
amiga.
Lina de Castro
Birán.
10-4-1926.»*

* Si la fecha
anotada al pie
de la dedicatoria
coincide
con un momento
cercano a aquel
en que el fotógrafo
captó la imagen,
entonces,
sólo faltan
aproximadamente
cuatro meses
para el nacimiento
de Fidel.





Fidel con un año y ocho meses de edad, abril de 1928, en Birán. La fotografía fue dedicada por sus padres a sus amigos Paciano y Julia. Años después, para confirmar su identidad, Fidel escribió su nombre, al dorso de la foto. Publicada por *Bohemia*, el 3 de julio de 1955.



Fidel a los tres años de edad, en su casa de Birán.
Fotografía captada en 1929.



Esta foto aparece dedicada a su amiga Julia Álvarez Fernández, y firmada: «Lina de Castro. Birán 1-2-1929. Cuba.»

Fidel
junto a sus hermanos
Ángela y Ramón,
Birán, 1929.
Dedicada
por su mamá
a Engracita.



Vista exterior de la Escuela Rural Mixta No. 15, Birán.



Aula de la pequeña escuela rural de Birán donde estudió Fidel.



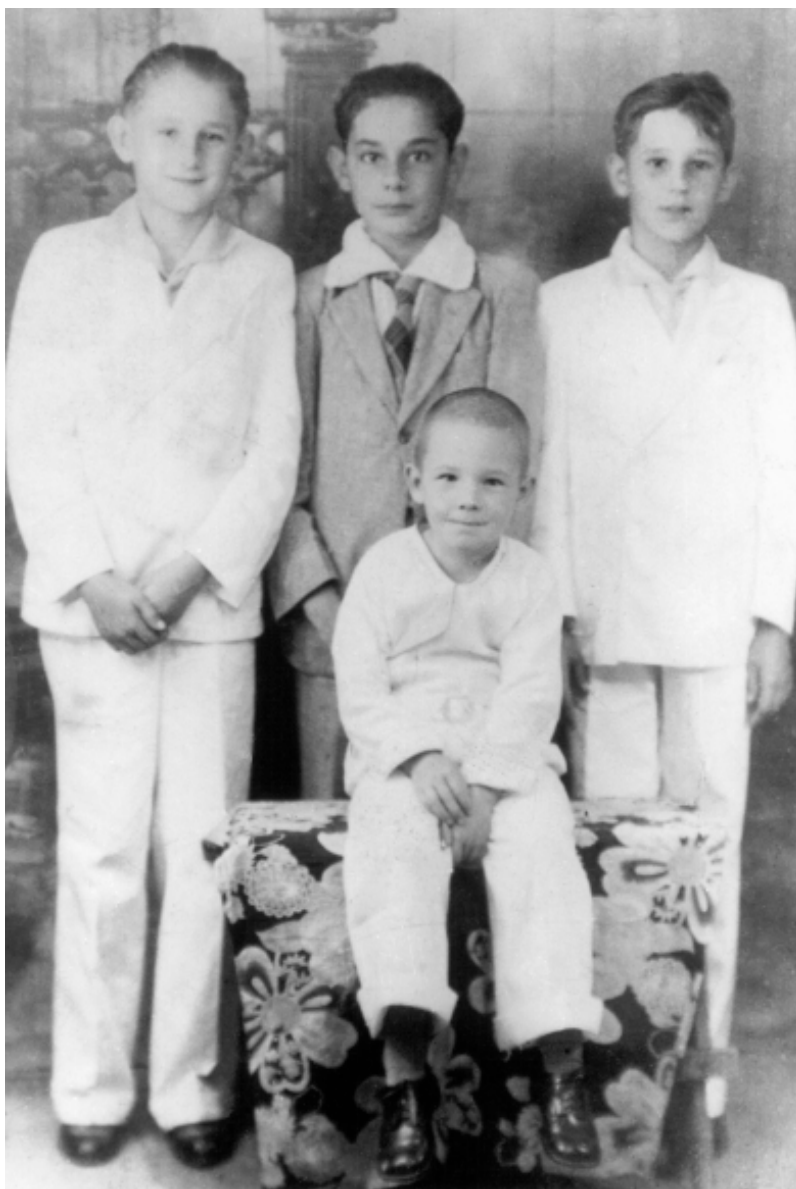
Foto de Lina.
Según testimonios citados, en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, ella esperaba entonces, el nacimiento de Raúl, por lo que la foto debe ser de 1930 ó 1931.



Fidel, a los siete años de edad, con su hermana Angelita cuando estudiaban en Santiago. La foto está dedicada por Angelita a sus abuelos y a su tía. El estudio fotográfico se encontraba en José Antonio Saco, altos No. 12. Santiago de Cuba.



Carro de línea propiedad de don Ángel Castro, utilizado para viajar al central Miranda.



De izquierda a derecha, Ramón Castro, Cristóbal Boris y Fidel Castro, y sentado, Raúl Castro.
La fotografía fue captada cuando estudiaban juntos en el Colegio La Salle de Santiago de Cuba.



Fidel con diez años de edad, junto a un grupo de alumnos del Colegio La Salle, curso 1936-1937. Es el segundo sentado de izquierda a derecha.



Fotografía de Fidel para el carnet del Colegio La Salle, en Santiago de Cuba. Curso 1936-1937. Fidel dedicó un retrato como este a sus familiares en España.

Enma Castro Ruz.
Al dorso,
la dedicatoria dice:
«A mi querida
tía María Julia Ruz.
A la edad de un año,
de su sobrina
que la quiere.
Enma Castro.»



Fidel
con once años
de edad,
sentado
en un tractor
Carterpillar,
propiedad
de su padre.
Vacaciones
de diciembre
de 1937,
en Birán.



Pinares de Mayarí. Ramón Castro montado en el caballo que era de Fidel.



Fidel a los once años de edad. Foto de 1937 utilizada en el carnet del Colegio Dolores, donde ingresó en 1938.

Foto Estudio *Mexicana*,
Santiago de Cuba, 1937.
Raúl Castro
a los seis años de edad.



Raúl Castro a la edad
de siete años, cuando
cursaba la escuela
cívico-militar en Birán 1.

En la azotea
del Colegio Dolores.
Fidel
con trece años de edad,
a la derecha,
junto a otro alumno
no identificado.
Curso 1939-1940.



Foto de Fidel,
con trece años de edad,
cuando ingresó
a la Segunda
Enseñanza como
incorporado del Colegio
Dolores. Es el segundo
de izquierda a derecha,
en la primera fila, junto
a un grupo
de compañeros
y el profesor Padre
Benito Domínguez
Soto. Curso 1939-1940.



Fidel, con catorce años de edad, en la casa de su hermana Lidia Castro Argota, en 1940, cuando estudiaba en el Colegio Dolores.



Lina y sus hijas,
Enma y Agustina.
La dedicatoria reza:
«A mi querida mamá,
de su hija y nietos
que la quieren.
Un abra* Lina».

* La foto está entintada,
pero se aprecia que debió decir:
«Un abrazo. Lina».

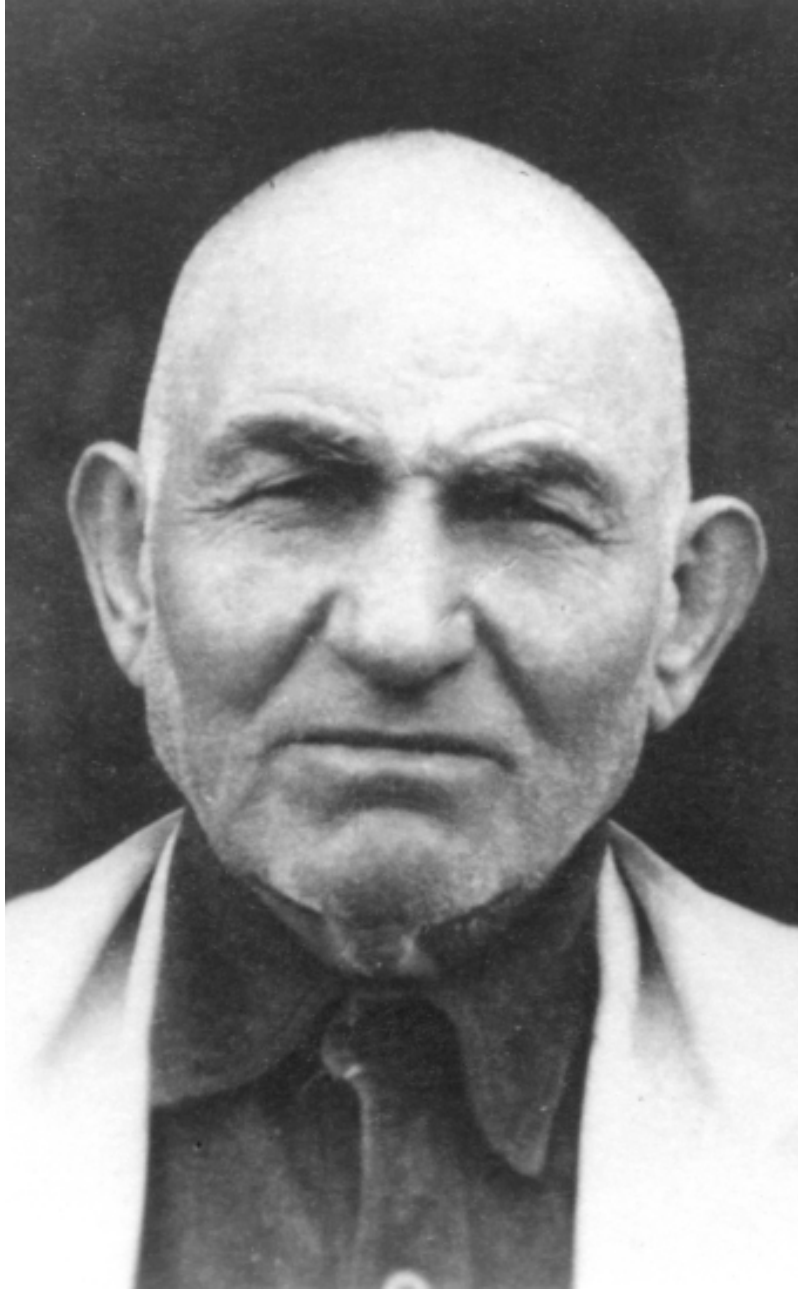


De izquierda a derecha, Fidel, Raúl y Ramón, vistiendo el uniforme de gala del Colegio Dolores. Curso 1940-1941.

Fidel,
con quince años
de edad.
Foto de 1941
que aparece
en su carnet
del Colegio
Dolores.
Curso 1941-1942.



A la derecha don Ángel Castro Argiz, en Birán, 1941.
Junto a él, José Soto Vilariño, esposo de Antonia Ruz
y padre de Clara, Ana Rosa, Luis y María Antonia.



Don Ángel Castro Argiz, padre de los hermanos Castro Ruz.

Enmita Castro Ruz.
Casa de don Ángel Castro.
Birán, 25 de diciembre de 1941.



María Julia Ruz González.
Casa de don Ángel Castro.
Birán, 25 de diciembre de 1941.



Fidel con quince años de edad, al centro,
durante un partido de billar en el Colegio Dolores.
Curso 1941-1942; final del segundo año de Bachillerato.



Junio de 1942,
con quince años de edad.
Al concluir
el segundo año
de Bachillerato.
Curso 1941-1942.



Fidel,
con diecisiete años
de edad.
En el tabloncillo
del Colegio Belén
como integrante
del *team* de *basketball*.
Curso 1943-1944.



A los diecisiete años
de edad.
Foto del expediente
del Instituto No. 2
de Segunda Enseñanza
del Vedado.
La imagen
aparece
en las solicitudes
de matrícula
y de miembro
de la Liga Atlética
Amateur de *Football*.
Curso 1943-1944.



Correo de Birán. A la derecha, Pedro Botello, telegrafista, y a la izquierda, Juan Socarrás, trabajador del correo. Años más tarde, Socarrás laboró en la tienda de víveres, como empleado de don Ángel Castro.



Fidel, a los diecisiete años de edad. De cacería durante las vacaciones de diciembre de 1943, en Birán.



Durante las vacaciones de invierno en Birán, 1943.
Raúl a los doce años de edad.



Foto de Fidel
a los dieciocho años de edad,
que aparece en la solicitud
de matrícula del Instituto
No. 2 de Segunda Enseñanza
de La Habana,
el 20 de octubre de 1944.
Curso 1944-1945.



Reproducción de un grabado donde aparece Fidel en su posición de *forward* del *team* de *basketball* del Colegio de Belén, que ganó invicto el Campeonato intercolegial de 1944. Curso 1944-1945. Tenía dieciocho años de edad. Véase: *Ecos de Belén*, La Habana, junio de 1945, p. 101.



Fidel, ganador en los 800 m en las competencias intercolegiales por Belén, ocupa el primer lugar en el podio de premiación. Curso 1944-1945. Tenía dieciocho años de edad. Véase: *Ecos de Belén*, La Habana, junio de 1945, p. 111



Con dieciocho años de edad, mientras hace uso de la palabra durante su participación en el debate parlamentario sobre la enseñanza, organizado en el Colegio de Belén, el 22 de marzo de 1945. Curso 1944-1945. Véase: *Ecos de Belén*, La Habana, junio de 1945, p. 154.



Lina, ataviada para la graduación de Fidel, como Bachiller, que tuvo lugar en junio de 1945, en el Colegio de Belén.



El diploma que acredita su condición de Bachiller en Letras, fue expedido por el Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana, el 29 de septiembre de 1945.



Foto de Fidel, publicada por la revista *Ecos de Belén*, La Habana, junio de 1945. a. III. p. 173.



Correo de Birán. En la pequeña casa, ubicada a la izquierda del correo, vivía el cocinero Manuel García, español republicano. En ese mismo lugar, se construyó después la casa denominada La Paloma. En la foto aparecen Pedro Botello y Juan Socarrás.

Fidel tenía veinte años de edad y cursaba el segundo año de la carrera de Derecho. Al dorso aparece la firma de Fidel y la palabra Mayarí. También aparece un cuño con fecha 12 de septiembre de 1946. Curso 1946-1947.





De acuerdo con el registro de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, se trata de la primera fotografía conocida, en la que aparece Fidel mientras pronuncia un discurso en el contexto de sus luchas estudiantiles, fuera del recinto universitario. Curso 1946-1947. Estaba en segundo año de la carrera de Derecho, con veinte años de edad.



Fidel junto a un grupo de universitarios, cuando encabezaba el Movimiento Estudiantil Acción Caribe. Era el Vicepresidente de la Escuela de Derecho y tenía veinte años de edad. Curso 1946-1947.

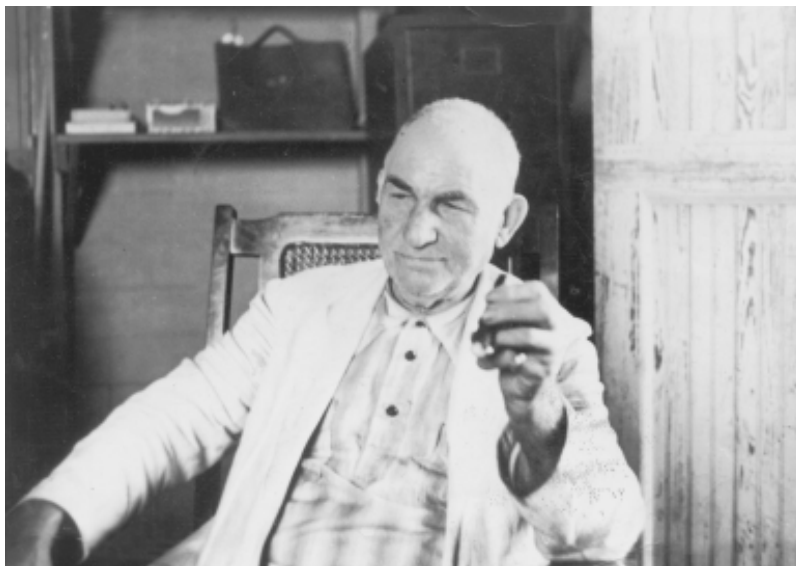


Al frente de una manifestación estudiantil organizada por la FEU. Esta jornada de rebeldía se llevó a cabo el día 10 de octubre de 1947, por el asesinato del estudiante Carlos Martínez Junco.*

* Carlos Martínez Junco fue asesinado de un balazo frente al Instituto de La Habana, el 9 de octubre de 1947 y el sepelio se efectuó al día siguiente.



Fidel en Birán, detrás se ve el sótano y el tanque de agua de su casa natal. Por el testimonio que ofreció Ramón Castro Ruz, en noviembre de 1990, se conoce que fue él quien tomó la foto, después de la expedición de Cayo Confites, en el mes de octubre de 1947.



Don Ángel Castro Argiz, en su oficina-comedor.



Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, en Birán.

Fidel hace uso
de la palabra frente
al Palacio Presidencial,
en la manifestación
de protesta estudiantil
del 10 de octubre
de 1947,
por la muerte
de Carlos Martínez
Junco.



El 3 de noviembre
de 1947,
al arribar
a La Habana
en el tren central
a la estación
terminal,
con la histórica
campana
de La Demajagua,
prestada a la FEU
por los veteranos
de Manzanillo.



Fidel Castro, Vicepresidente de Derecho, encabeza una manifestación que salió de la Universidad el 6 de noviembre de 1947, en protesta por el robo de la campana de La Demajagua.



Fidel pronuncia un discurso en protesta por el robo de la campana de La Demajagua. El mitin se efectuó el 6 de noviembre de 1947.

Fidel resultó herido durante la protesta por la detención de un grupo de estudiantes del Instituto de La Habana y por el intento de violación de la autonomía universitaria. Era entonces Vicepresidente de la Escuela de Derecho.



Fidel atento a la intervención del líder del Partido ortodoxo, Eduardo Chibás Rivas, en 1948.



En primer plano, Fidel el 9 de abril de 1948, en Bogotá, Colombia. En una de las calles que fue vórtice del estallido popular que siguió al asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Aparecen también en la foto, Enrique Ovarés y un delegado al Congreso Estudiantil por México.



Fidel arenga a los estudiantes y pide que se esclarezca el asesinato de Justo Fuentes Clavel, el 22 de abril de 1949.

Las hijas mayores
de Angelita Castro,
Mirtza y Tania Fraga,
con cuatro y tres años
de edad, en Birán.
10 de marzo de 1949.



Fidel, a los veintidós años
de edad.
La foto se encuentra
en la solicitud de matrícula
de la Universidad
de La Habana.
7 de mayo de 1949.

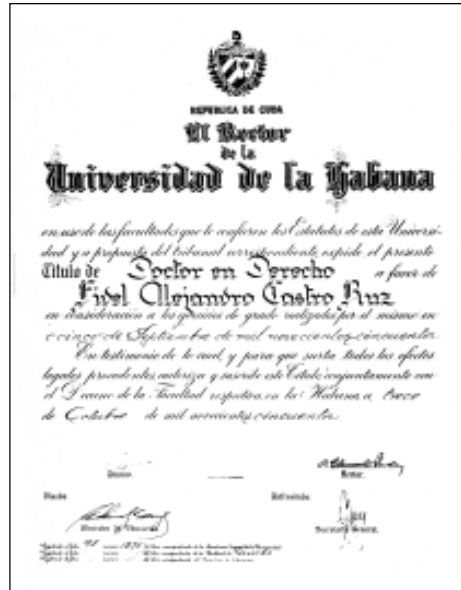


Fidel Ángel Castro Díaz Balart, nació el 1 de septiembre de 1949.



Fidel, el 1 de noviembre de 1950, mientras discute con el Jefe de la Policía, general Quirino Uría López, en la calle San Lázaro, frente a la escalinata de la Universidad de La Habana, durante las protestas estudiantiles que ocasionaron las declaraciones mal intencionadas del Ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, contra los estudiantes de Matanzas.

Título expedido
el 13 de octubre
de 1950,
por la Universidad
de La Habana,
que certifica
la condición de Doctor
en Derecho
a nombre
de Fidel Alejandro
Castro Ruz.



Vista de Birán desde el Camino a Cuba,
nombre que le daban los pobladores al Camino Real
que conducía del poblado a la ciudad de Santiago de Cuba.



Entrada de la casa de Birán. Foto donada por Angelita Castro Ruz. De izquierda a derecha: Ana Rosa Sánchez, Lina Ruz, don Fidel Pino Santos y don Ángel Castro Argiz. Al frente, una niña no identificada y Tomasín, hijo de Ana Rosa.



Carro de la línea que iba al central Miranda. A la izquierda, Ana Rosa Sánchez y Tomasín, y a la derecha, Lina Ruz.

Fidel Ángel
Castro Díaz Balart.



El joven Raúl
a los 21 años de edad.
La Habana,
13 de diciembre
de 1952.



Casa de La Paloma, nombre que se le daba a la edificación, debido al bar que se encontraba en la planta baja.



Vista de Birán. De derecha a izquierda: cine de Juanita, carnicería, correo, La Paloma y tienda de ropa y víveres.



Angelita Castro Ruz
a la entrada
de la casa de Birán.



Vista frontal
de La Paloma,
lugar al que
la familia Castro Ruz
fue a vivir, en 1954,
tras el incendio,
de la casa principal.



Dulce María Castro Castillo,
hija de Ramón Castro.



José Antonio
y Mario Fraga Castro,
hijos de Angelita.



Mirtza y Mayito.
13 de mayo de 1949.
Birán



Fidel, hablando
en un acto en el
Aula Magna, 1950.

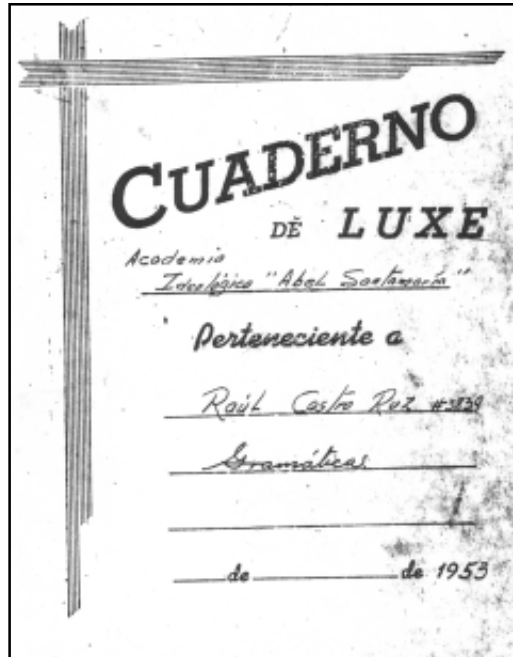


Fidel en el Vivac de Santiago de Cuba, el 1 de agosto de 1953, después de su detención en el camino a las montañas para continuar la lucha, iniciada pocos días antes, con el ataque a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes.



Raúl al frente de un grupo de moncadistas detenidos en el Vivac municipal, Santiago de Cuba, 1953.

Cuadernos
utilizados
por Raúl,
cuando estudiaba
en la Academia
Abel Santamaría,
en el Presidio
Modelo,
en Isla de Pinos.





Fidel
y su hijo
Fidel Ángel.





Con Raúl y Fidel Ángel en la Biblioteca del Reclusorio,
el 3 de julio de 1954, en Isla de Pinos.



De izquierda a derecha: Melba Hernández, Haydée Santamaría, Julia Núñez, Lidia, Enma y Juanita Castro, esperando que liberaran a los presos políticos.

A la salida
del Presidio
Modelo
en Isla de Pinos,
15 de mayo
de 1955.



Raúl [segundo de izquierda a derecha], junto a otros
moncadistas tras la amnistía. A bordo del vapor *El Pínero*,
Nueva Gerona, 15 de mayo de 1955.



Tras la salida del Presidio, 1955.



Foto de la entrevista concedida por Fidel, al día siguiente de salir de la prisión, el 16 de mayo de 1955, al periodista Guido García Inclán.



De derecha a izquierda, Enma Castro, don Ángel Castro, Ramón Castro, y una persona no identificada



Imagen de la tienda de ropas y víveres para la que don Ángel extendía vales de compra a los campesinos y pobladores de Birán.



Fotografía del matrimonio Castro Ruz. Con toda probabilidad, corresponde a los días difíciles en los que sus hijos estaban inmersos en la lucha revolucionaria.



Fidel y Juan Manuel Márquez, en Nueva York, el 25 de octubre de 1955.

Raúl
y José Smith Comas,
en la capital mexicana,
fines de diciembre
de 1955.



Fidel mientras se entrenaba, en el Campo de Tiro
Los Gamitos, en México, 1956.



Raúl y Juan Almeida
en las calles de México,
marzo de 1956.



Fotografía de Raúl y su amigo y hermano de lucha
Níco López, en la ciudad de México, noviembre de 1956.



Funeral de don Ángel Castro, en octubre de 1956.



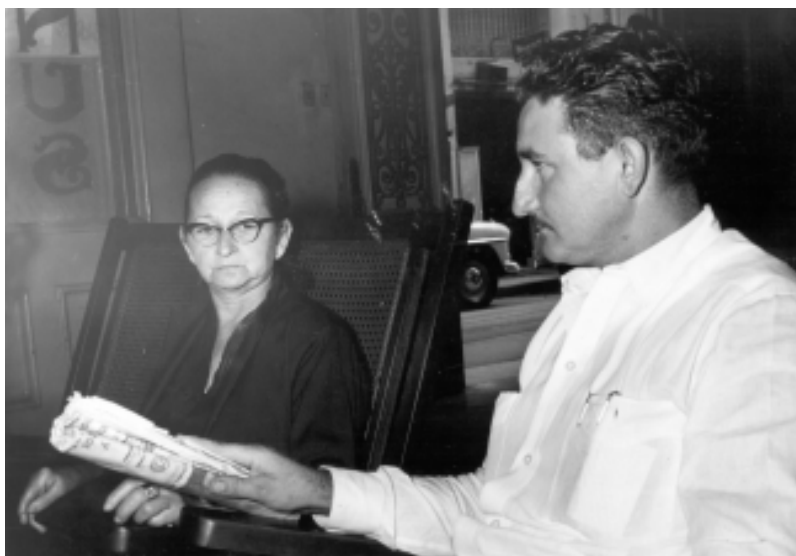
Entierro de don Ángel Castro.
Foto publicada en *Prensa Libre*, el 23 de octubre de 1956.



Ramón y Lina, después de la muerte de don Ángel Castro.



Lina y Ramón, ofrecen declaraciones a la prensa tras el desembarco del *Granma*, en el Hotel Venus de Santiago de Cuba, en 1956.



Lina Ruz y Ramón Castro Ruz.



Reunión de la Dirección Nacional del Movimiento
26 de Julio, en El Jíbaro, en la Sierra Maestra,
el 18 de febrero de 1957. Aparecen de izquierda a derecha:
Frank País, Faustino Pérez, Raúl Castro, Fidel Castro,
Armando Hart y Universo Sánchez.



Sierra Maestra, abril de 1957. Fidel conversa con una niña campesina.

Rebeldes en plena
Sierra Maestra, 1957.



Lidia, Enma
y Agustina Castro
colocando una ofrenda
floral en el hemicycle
de José Martí,
con motivo
del acto celebrado
para conmemorar
el 26 de Julio.
Periódico fechado
en México, D.F.,
agosto de 1957.



El Comandante en Jefe Fidel Castro y el Comandante Ernesto *Che* Guevara, en la Sierra Maestra, el 8 de octubre de 1957.



Raúl y el Che, Sierra Maestra, 1957.

Fidel
toma puntería
con un fusil.
Fotografía
tomada
por Andrew
Saint George
en su primera
visita
a la Sierra
Maestra
el 24 de octubre
de 1957.



Fidel leyendo *Kaputt*, de Curzio Malaparte. Sierra Maestra, La Habanita, enero de 1958.



Raúl y Vilma durante una entrevista con un periodista norteamericano, Segundo Frente, 1958.



"Vilma, a quien Raúl primero admiró y después amó". Segundo Frente Oriental, Frank País García, 1958.

Segundo Frente Oriental,
Frank País García, 1958.



Raúl mientras conversa con un niño campesino,
Segundo Frente, 1958.



Ramón Castro, en la motonave *Guadalupe*, antes de salir del Puerto de La Habana hacia Nueva York, el día 18 de julio de 1958. En la despedida, Angelita y Juanita.



Iglesia Parroquial de San Pedro de Lánacara, España. Agosto de 1958.



De izquierda a derecha: el Alcalde de Santa Coloma de Gramanet; un amigo de la casa; don Manuel Argiz; la nuera de Manuel; el hijo Leopoldo Argiz. El fotógrafo es Ramón Castro. Barcelona, agosto de 1958.



Ramón Castro Ruz, familiares y amigos, en agosto de 1958.



Juana Castro Argiz y sus descendientes,
en la casa de San Pedro de Arnea de Arriba.



Juana Castro Argiz, hermana de don Ángel.



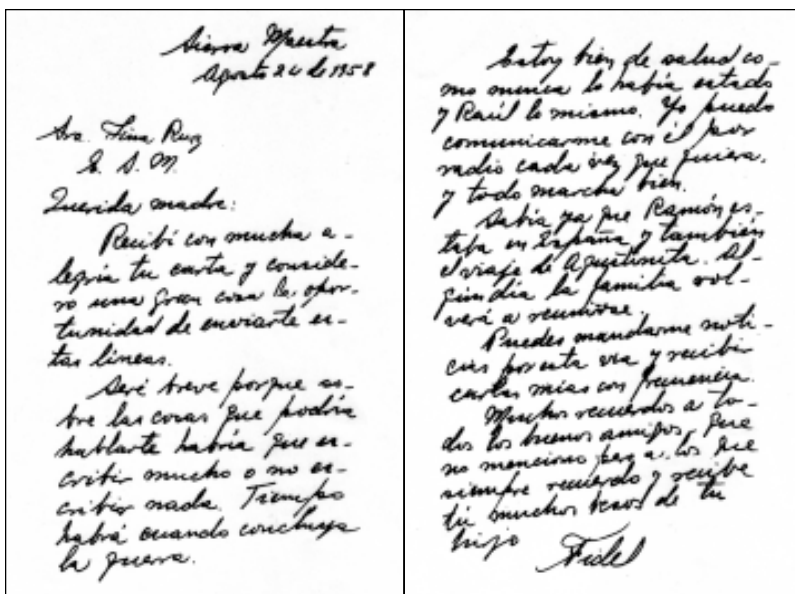
Ramón Castro Ruz con su tía Juana Castro Argiz,
en San Pedro de Armea de Arriba. Agosto de 1958.



Vista de la cocina de la casa natal de don Ángel Castro Argiz, en Láncara.

Dos vecinas
de Láncara,
lavan en la fuente
del pueblo.





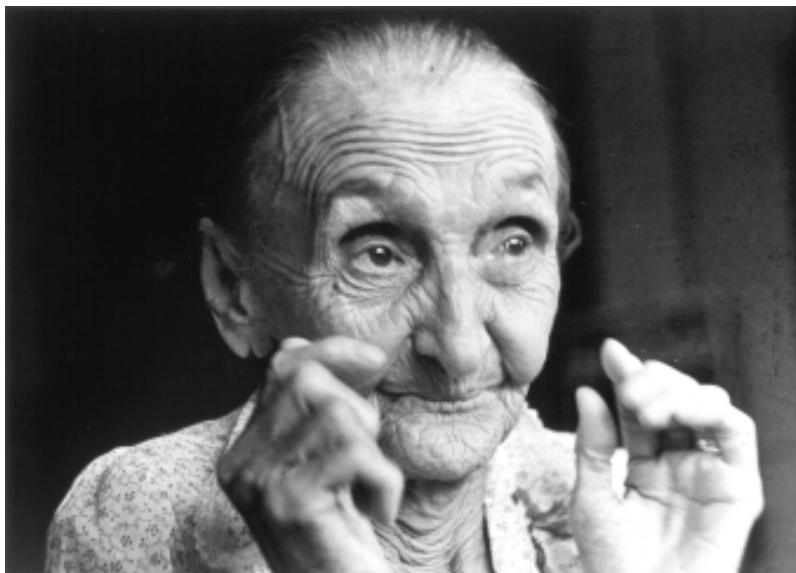
Carta enviada por Fidel a Lina desde la Sierra, en agosto de 1958.



Lina Ruz González. La imagen fue captada en 1958, durante la visita a su hijo Raúl, en el Segundo Frente. Esta foto fue enviada por Celia Sánchez, a la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, el 17 de noviembre de 1973.



Lina y su mamá.



Doña Dominga, la abuela materna de los hermanos Castro Ruz.



Doña Dominga,
quien vivió
largo tiempo
en Birán.

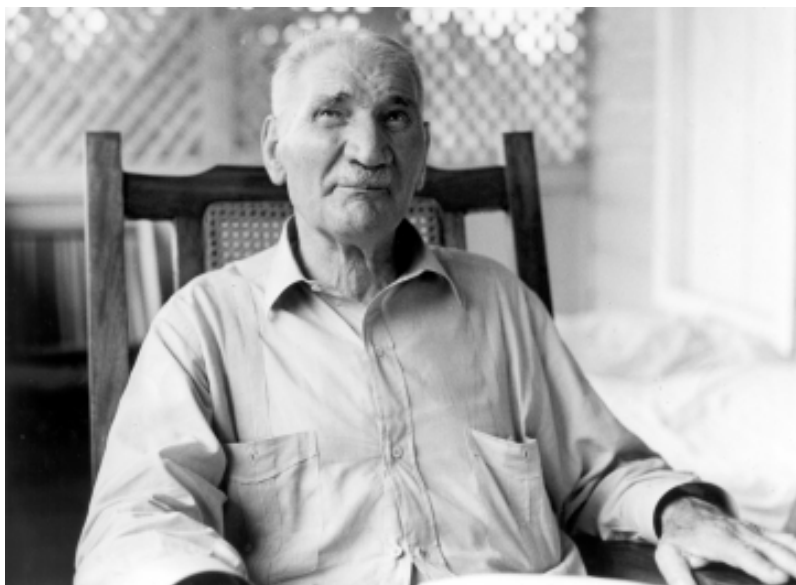


Lina Ruz. Birán, 1958.

Lina Ruz
y Enrique Herrera,
esposo
de Ana Rosa Soto,
sobrina de Lina.



Fidel Ángel Castro
Díaz Balart.



En Birán, el hermano de don Ángel, Gonzalo Pedro Castro Argiz, quien vivía en Argentina.



Interior de la tienda mixta de Birán, edificación que no existe en la actualidad.



Réplica de la casa de Birán. La original se quemó el 4 de septiembre de 1954, cuando Fidel estaba en el Presidio.



Réplica de la casa natal de Fidel en Birán.



Vilma, Fidel, Raúl y Celia en el Central América en Palma Soriano, diciembre de 1958.



El último día de la guerra, 31 de diciembre de 1958.



La felicidad
del triunfo,
1 de enero de
1959.



Fidel y Camilo,
el 8 de enero de 1959,
día de su llegada
a La Habana.



La victoriosa entrada a La Habana.



Fidel y Camilo, el 8 de enero de 1959, día de su entrada a La Habana. Fidel pronuncia un discurso en el campamento militar de Columbia, convertido después en Ciudad Escolar Libertad.



Llegada de Fidel a Caracas, Maiquetía, 23 de enero de 1959.

Vilma y Raúl
durante la ceremonia
de matrimonio,
Santiago de Cuba,
26 de enero de 1959.





Lina y Ángelita
en una oración
por la paz,
Iglesia del Cobre,
Santiago de Cuba,
enero de 1959.



Fidel de regreso
a la Sierra Maestra
tras el triunfo.
Recorrido por Oriente.



Ascenso
al PicoTurquino,
Sierra Maestra.



“Hundía sus botas
en el fango y obraba
en beneficio de la gente
virtuosa y humildísima
de los quebrados confines”



"Llevaba un archivo en el uniforme y trabajaba incansablemente."



Recorrido
por Oriente.



Durante un descanso en un periplo por Oriente.



La Revolución llevó juguetes a los olvidados niños de la Sierra Maestra.



En un gesto de cariño, 1959.



“Escalaba de nuevo las cumbres, recorría los llanos y compartía con los habitantes de la región oriental; su sueño de cambiarlo todo...”





Durante los primeros años de la Revolución Fidel visitó muchas veces la Ciénaga de Zapata para transformar la vida en esos parajes inhóspitos.



Durante la pesquería en la Laguna del Tesoro con turistas norteamericanos y acompañado por Celia Sánchez y Fidelito.

El 14 de abril de 1959
Fidel y Camilo asistieron
al lanzamiento
de la primera bola en la
inauguración de la Liga
Internacional de Béisbol.
Vuelven al estadio
del Cerro el 24 de julio
de 1959 cuando se captan
estas imágenes.





Entrega del primer título de propiedad en Rancho Mundito, Pinar del Río, 1959. Ésta en marcha la Reforma Agraria.



Raúl en un aula rural en el Segundo Frente, 1959.



Una pareja combatiente en los caminos de la Revolución.



Invitado por la Asociación de Editores de periódicos de los Estados Unidos, viaja a ese país el 15 de abril de 1959. Durante su estancia en Washington rinde homenaje a los padres fundadores de la nación norteamericana. Visita los monumentos de George Washington, Thomas Jefferson y Abraham Lincoln, y la tumba del Soldado Desconocido en el Cementerio Nacional de Arlington, 19 de abril de 1959.





Comparecencia en el programa "Meet the Press", 19 de abril, 1959.



Fidel
en el Hotel
Pennsylvania,
abril 1959.



Incluso al amanecer
trabaja, lee
y se dispone
a otra intensa jornada.
Washington,
abril de 1959.



Raúl y Vilma
viajan a Houston.
Van donde Fidel.



Encuentro de Fidel
con su tío Gonzalo Pedro
Castro Argiz, en Argentina.
Mayo de 1959.



Fidel durante la escala
en Trinidad y Tobago
el 5 de mayo de 1959.



A su regreso del periplo por Estados Unidos, Canadá, Brasil, Argentina y Uruguay. Fue recibido el 8 de mayo de 1959 por multitudes en el aeropuerto internacional y luego durante todo el trayecto hasta la Plaza Cívica de entonces, después Plaza de la Revolución.



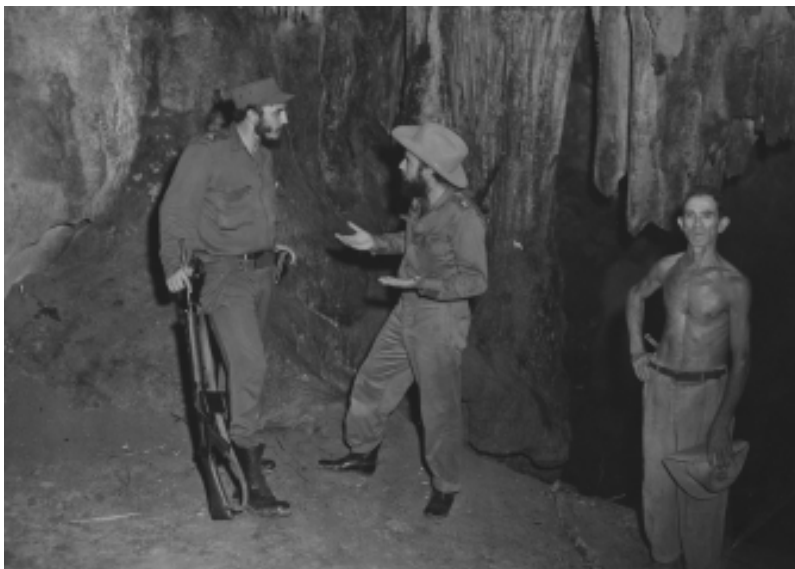
Junto a Ramiro, Raúl y Camilo, 8 de mayo de 1959.



Acto de recibimiento a Fidel a su regreso del recorrido por varios países. Mayo de 1959.



Firma de la Ley de Reforma Agraria en La Plata, Sierra Maestra, 17 de mayo de 1959.



Expedición espeleológica con el capitán Antonio Núñez Jiménez, 20 de septiembre, 1959.



Durante los recorridos por la zona oriental del país.



Hemingway dijo:
"Tal vez sea un novato
en la pesca; pero ya es
un pescador afortunado".



Junto al Che mientras conversan sobre la puesta en marcha de los planes de la Revolución.



Proclamación del carácter socialista de la Revolución durante el sepelio de las víctimas de los bombardeos enemigos a los aeropuertos de Ciudad Libertad y San Antonio de los Baños, esquina de 23 y 12, La Habana, 16 de abril de 1961.



Girón,
territorio
entrañable
de la victoria.





Barco Houston se hunde en el mar abatido por las fuerzas cubanas.



Fidel al frente de las tropas en los días de Girón.



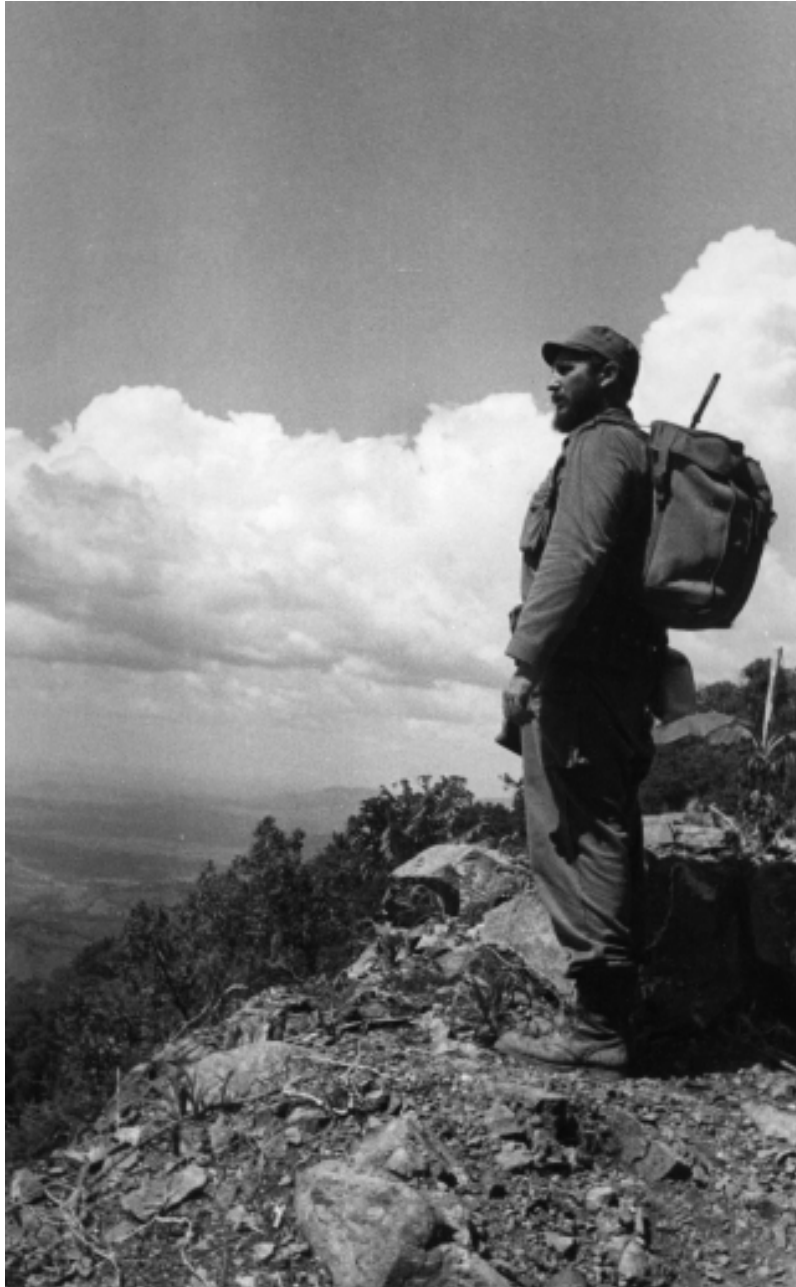
La firme y certera dirección de Fidel condujo a los cubanos a la victoria en Girón en menos de 72 horas.



Fidel con jóvenes artilleros.



“Fidel discursará largas y apasionadas conversaciones en una plaza de multitudes palpitantes”.



Fidel, guerrillero del tiempo.



Iluminaciones

Las páginas que siguen, recuentan pinceladas o destellos que iluminan los ambientes y vidas recreados en el libro, algo que, contribuye a revelar dimensiones entrañables de lo escrito, sin el ánimo de cubrir el anchuroso mundo de un cedro, de una casa o de todos los cedros y su tiempo perdurable. Así, como resumen, aparecen estas cuartillas, sin olvidar que tanto valen las evocaciones imaginadas o ciertas, como los documentos, y sin pensar que unas u otros puedan ser rotundos, concluyentes, definitivos. No son notas al pie, no son apuntes bibliográficos. Son algo así como breves paradas en un largo viaje por casi cuatro mil imágenes de las Iconografías de Fidel, Raúl, la familia Castro Ruz y Birán, unas treinta grabaciones de audio y video, casi tres mil documentos de los fondos de la papelería activa y pasiva de Fidel y Raúl, cerca de dos mil tarjetas de la Cronología del Comandante, innumerables testimonios y revelaciones,

de un acercamiento a la época por antiguos diarios y revistas como *Bohemia*, *La Calle*, *Alerta*, *Hoy*, *Prensa Libre*, *Ecos de Belén*, *Revolución*, los actuales periódicos nacionales y provinciales e incontables sitios de Internet de medios de comunicación masiva y especializados. Es un largo viaje inconcluso porque no está terminada ni lo estará nunca la indagación del pasado, la historia del cedro es un árbol que crece. Hay de todo un poco en los destellos que recorren el texto por cada uno de sus capítulos, digo, por cada una de sus ramas.

Lina tendría entonces unos diecinueve años (p. 17).
En el Registro del Estado Civil Provincial
de Holguín, Orfelina Batista Rojas, registradora, hace
constar:

CERTIFICO: Que al folio 21 del Tomo Duplicado Número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así:

Al Margen: LINA RUZ GONZÁLEZ. H.B. Número de la inscripción 21. En Cueto, provincia de Oriente a las once de la mañana del día veinticinco de febrero de mil novecientos cuarenta y tres, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil, y de Alberico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de una hembra de raza Blanca ocurrido a las diez de la noche del día veintitrés de julio de mil novecientos ocho en este Barrio; es hija de Francisco Ruz Vázquez, natural de San Juan y Martínez de cuarenta y dos años de edad, de raza blanca y domiciliado en el Barrio y de su mujer Dominga

González Ramos. Que es nieta en línea paterna de Francisco Ruz y Rafaela Vázquez y en línea materna de Domingo González e Isabel Ramos. Y que a la expresada hembra se le puso por nombre; Lina. Esta inscripción se practica en virtud de transcripción de la Alcaldía de Barrio de Birán que obra al expediente que se tramite en este Juzgado que obra al folio setenta y cuatro del Tomo cuatro de donde consta que la realiza el padre de la inscripta, de acuerdo con la Ley de prórroga de nueve de noviembre del año próximo pasado, publicado en la Gaceta Oficial del diez y ocho del propio mes y año y la presencian como testigos Alejandro Vargas natural de Mayarí mayor de edad, de estado casado, ocupación campo y vecino de Birán y Eduardo Vargas natural de Mayarí, mayor de edad, de estado casado ocupación campo y vecino de Birán.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla, a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma el Señor Alcalde, los testigos digo, de la Alcaldía y la firma el Señor Alcalde, los testigos y demás. Certifico. Sellos de la Alcaldía, firmado Carlos C. Olivero, Alcalde de Barrio. Ángel Castro, José Soto García, Alejandro Vargas, Eduardo Vargas. Y para la inscripción definitiva del expresado nacimiento, se extiende la presente estampándose el sello del Juzgado y la firma el Señor Juez y de Fdo como Secretario. Certifico. Aparece firma (rubricada). -Firma (rubricada). -Sello del Juzgado.

Nota: Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal de Cueto y su demarcación y Encargado del

Registro Civil del mismo. Certifico. Que la persona a que se refiere esta inscripción contrajo Matrimonio con/Angel Castro Argiz, según consta al folio trescientos nueve del Tomo Tres de la Sección de Matrimonios de este Registro Civil. Y en cumplimiento de lo dispuesto en el Artículo veinte y uno de la Ley del Registro Civil se extiende la presente en Cueto a veintitrés de Abril de mil novecientos cuarentitrés. Ante mí. (...)

A pesar de que esta inscripción asevera que Lina nació en Cueto en julio de 1908, lo cierto es que celebraba su cumpleaños cada 23 de septiembre y que nació en Las Catalinas, Guane en 1903, tal como aparece en el Acta de Bautismo registrada en la Iglesia Parroquial de Ascenso de San Idelfonso de Guane, anotada en el Libro 30 de Bautismo de Blancos, Folio 346, Vuelto No. 816, en la mencionada iglesia de Pinar del Río.

él rebasaba los cuarenta y cinco. Por un instante, solo por un instante, pensó que estaba viejo y pesaban demasiado el compromiso de antes, las tristezas del alma y las marcas del cuerpo (p. 17).

Ángel María Bautista Castro Argiz nació el 4 de diciembre de 1875.

El 6 de diciembre del año 1875, el doctor Ramón López Neira, cura propio de la única iglesia parroquial de San Pedro de Láncara, en el Obispado y provincia de Lugo, bautizó solemnemente a un varón, hijo legítimo de don Manuel de Castro Núñez y de su mujer Antonia Argiz Fernández. Según el asiento en el libro parroquial de nacimientos de entonces al Folio 26, «el niño Ángel María Bautista Castro Argiz nació

el día 5 de diciembre de ese propio año, a las doce de la noche.»

Sin embargo, Ángel siempre celebraba su cumpleaños el 4 de diciembre. Al menos así lo testimoniaría él mismo, años después, cuando escribe a su hermano Gonzalo Pedro que entonces vivía en Argentina. La carta, fechada el 5 de diciembre de 1939, en Birán, dice en uno de sus fragmentos:

Me dices en la tuya que ya has cumplido cincuenta y nueve años y ayer precisamente he cumplido yo los 64 y que Dios nos permita a todos el cumplir algunos más hasta ver criados a todos nuestros Hijos. Me preguntas que cuántos tengo, y te diré que son Nueve, Cuatro son varones y CINCO SON HEMBRAS. Y tú cuántos tienes (...)

También Ángel Castro lo reconoce así en la certificación en que renuncia a la ciudadanía española y opta por la cubana, con fecha 2 de enero de 1941, cuando el Juez Municipal y Encargado del Registro Civil de Cuetto, doctor Amador Ramírez Sigas, a partir del testimonio de Castro, afirma que «nació en el pueblo de su procedencia el día 4 de diciembre de mil ochocientos setenta y cinco (...)»

El acta bautismal de 1875, correspondiente al Libro VI, Folio 66, del Archivo Diocesano del Obispado de Lugo, contiene detalles interesantes. Según el documento, Manuel de Castro Núñez, el padre de Ángel María era oriundo de la parroquia de San Pedro de Armea de Arriba y la madre, Antonia Argiz Fernández, natural de La Piqueyra, en la parroquia de San Pedro de Láncara. Ambos, vecinos de Láncara y de oficio labradores. Los

abuelos paternos: Juan de Castro y Juana Núñez, eran naturales de la parroquia de Santiago de Souto y vecinos también de Láncara; y los abuelos maternos: Pedro Argiz y Dominga Fernández, vecinos de las «casas da Piqueyra».

Aunque introduce una contradicción en lo que se refiere a la fecha de nacimiento de Ángel María Bautista Castro Argiz, la certificación literal de la inscripción de nacimiento correspondiente a la Sección Primera, Tomo 7, Página 137, Folio (²) 150, del Registro Civil de Láncara, resulta mucho más detallada. Fechada el 8 de diciembre de 1875, la certificación asevera que, según testimonio de don Manuel de Castro Núñez, el niño Ángel María Bautista Castro Argiz nació «en la casa del declarante a las doce de la noche del día de ayer», lo cual significaría que la fecha de nacimiento sería el 7 de diciembre de 1875, algo imposible si ya el niño había sido bautizado en la iglesia parroquial el día anterior, es decir, el 6 de diciembre de ese propio año.

No obstante, este último constituye un documento especialmente revelador por varias causas. Acerca de don Manuel de Castro Núñez dice que al momento de la inscripción era mayor de edad, casado y jornalero. Incluso aparece el número de talón (188) «presentado como objeto de que se inscriba en el registro civil un niño (...)» Sobre Antonia Argiz Fernández, dice que contaba veinte años y agrega que es jornalera. Por la línea materna, el acta de inscripción especifica más la procedencia de los abuelos maternos: Pedro Argiz, natural de Santiago de Cedrón (del propio municipio de Láncara) y Dominga Fernández de Santiago de Cobas de Neira de Jusá, y domiciliados en el pueblo de la Piqueyra.

Había llovido mucho desde que partió de San Pedro de Lán cara (p. 18)

«Vendría Lán cara del sánscrito Lag o Lang, que significa “permanecer” o “habitar” (...)» Y aunque el nombre viene del germánico Land o tierra, como sugiere José Traper o Pardo «Ya que por aquí anduvieron los visigodos», tampoco estaría demasiado audaz suponerle el significado de tierra propia, el lugar elegido, la mejor tierra para ser disfrutada.

Las tierras de Lán cara, según la publicación *Lán cara para vivir*, de Julio Giz Ramil, Editorial Everest, 1991, se encuentran en la zona centro-sur de la provincia de Lugo, en plena meseta, pero con una parte montañosa que enlaza con los macizos de la zona oriental.

(...) «Alrededor de seiscientos metros sobre el nivel del mar es la altura de la mayor parte de los montes de la localidad, excepción hecha de la zona sudeste.»

El Neira, con sus numerosos afluentes, se menciona como “el Señor de los ríos del Municipio” de Lán cara. «Mención especial merece la conformación de las tierras de Lán cara: Valle, planicie y montaña se conjugan a la perfección», paisaje que recuerda fotográficamente al cercano Birán de esta Isla, elegido como lugar para vivir, para permanecer, por Ángel María Bautista Castro Argiz, cuando ya tenía unos cuarenta años.

Sin cumplir aún los veinte años ocupó por mil pesetas y el deseo de probar suerte, el lugar de alguien que no estaba dispuesto a correr riesgos en Cuba (p. 18)

En lo que se refiere al alistamiento de Ángel María en el Ejército Español existen dos versiones: una que señala que pagó por ocupar un lugar en las tropas con el propósito de viajar a Cuba, y otra que le confiere un lugar

como recluta sustituto, por lo cual habría recibido 1 000 pesetas. En nuestra opinión, la más creíble es la última, pero en modo alguno puede aseverarse algo definitivo.

Los antecedentes históricos se encuentran en el establecimiento del Servicio Militar Obligatorio por la Constitución Española de 1812, la Ley de 1837 que permite la redención en metálico, la Ley de Quintas de 1856 que ofrece las posibilidades de la redención en metálico y la sustitución personal y fija la duración del Servicio Militar en ocho años. Después se aprueba en 1873, la abolición del Servicio Militar Obligatorio con el advenimiento de la segunda República. En la Ley Constitutiva del Ejército de 1887, se evidencia que la injusticia de las redenciones y sustituciones originaba que la obligatoriedad fuera puramente teórica. Toda la información anterior se basa en datos que aparecen en los apuntes de la Cronología que aparece en la Estrella Digital en Internet, en *Hitos y antecedentes del servicio militar, Doscientos años de historia*.

En el sitio de Internet correspondiente al Archivo Militar de Segovia, en el acápite referido a la historia del Servicio Militar se explica cómo, tras la restauración de 1875, se promulgaron sucesivamente hasta cuatro leyes de reclutamiento y reemplazo del ejército –1878, 1882, 1885 y 1896–, con un denominador común: «desarrollar el principio de formación de reservistas esbozado en 1867, conservando los excedentes de cupo y las fórmulas de sustitución y de redención en metálico.»

Hay que recordar –como lo hace una revista de Estudios Provinciales de Pontevedra–, que desde inicios de 1898, el optimismo oficial chocaba con las resistencias y estratagemas opuestas por la sociedad gallega y sus reclutas al alistamiento. La publicación realiza un exhaustivo análisis de ese proceso:

2 000 pesetas era el precio por librar el servicio militar en Cuba, o lo que es lo mismo, librar de la guerra contra los «yanquis» y los insurrectos cubanos en 1898. También se podía librar de la guerra con una cantidad entre 500 y 1 250 pesetas si se aportaba un recluta sustituto –recluta que no habría salido en el sorteo de la «quinta parte» seleccionada de jóvenes cada año–. Estas cantidades suponían unos importantes ingresos para la Hacienda de un Estado como el español, necesitado de recursos, que utilizaba los fondos de redenciones y sustituciones, atractivos y rentables, como una partida normal del presupuesto.

La mayoría de las familias a las que no les resultara radicalmente imposible costear la redención de sus hijos, satisficieron estas cuotas en metálico, aunque para ello tuvieran que caer en las redes de compañías hipotecarias y de crédito, o de sociedades de seguros que les exigían intereses usurarios del 36 al 60 por ciento anual.

Para el financiero, el armador, la clase alta en suma, la redención era un gasto que no afectaba el equilibrio de su presupuesto, pero no sucedía así con el grueso de los reclutas, fundamentalmente extraídos de las clases populares, estos quedaban sin más, excluidos de los beneficios de la redención militar al no poder aportar la suma exigida. La frontera por ello, entre redimidos y no redimidos del servicio de las armas, era en 1898 la frontera entre la posibilidad y la imposibilidad de pagar estas cuotas.

La divergencia, en esta tesitura, del contexto gallego con respecto al español es manifiesta. Galicia presentaba

la tasa más baja de redimidos y sustituidos respecto al total de quintos, durante el último tercio del siglo XIX.

Esta “sangría” de reclutas sin redención obligados a partir para Cuba era una de las más interesantes en beneficios para la compañía que poseía el monopolio del transporte de soldados: la Compañía Trasatlántica, de cuyos buenos negocios dio cuenta el puerto de Vigo y las consignatarias que en torno a él surgían como la espuma. La Compañía Trasatlántica y sus consignatarias, acostumbradas al beneficio «bajo cuerda», a sobrecargar sus barcos con más pasaje del que admitía su cabida, y que sólo en caso de naufragio se venía a descubrir el abuso, obtenían pingües ganancias embarcando a los reclutas en sus vapores desde el puerto de Vigo. La Compañía realizaba el traslado en condiciones deplorables y los soldados iban como podrían ir «piaras de cerdos», en palabras de la prensa de aquel año. En las ácidas palabras de Unamuno: «Una buena carnicería de andrajosos: habrá hermosas rentas para los rentistas».

La autora agradece expresamente a Tania Fraga, quien en mayo de 2007, entregó a la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, una fotocopia del Expediente del Cuerpo de Sanidad Militar correspondiente a don Ángel Castro Argiz, en el período en que cumplió como soldado del Ejército Español en la Isla de Cuba. Este valioso documento fue solicitado al Archivo General Militar de Segovia, donde se custodia el original, localizado en la Sección Primera, Legajo C2231 y consta de 13 folios. A través de las inscripciones de la historia Clínica se pudo conocer que don Ángel fue

quinto del año 1894, del pueblo de Láncara, en la Provincia de Lugo. Comenzó a servir el 5 de julio de 1895, como soldado de la 6ta. Compañía, del Batallón 1ro. del Regimiento de Infantería de Isabel 2da. y que desembarcó en Cuba el 8 de septiembre de 1895.

Posteriormente, en búsquedas realizadas en España, en junio de 2007, contar con esos datos fue de extraordinaria utilidad, porque permitió confirmar que concordaban con los registrados en el Historial del Regimiento Isabel 2da. No. 32, Legajo No. 4, localizado en el Archivo del Servicio Histórico Militar en Madrid. El estudio de ese material permitió a la autora, conocer que la fuerza de la que formaba parte don Ángel embarcó por el puerto de *A Coruña*, hacia la guerra de Cuba, en el vapor *Santiago*, el 24 de agosto de 1895; desembarcó en el puerto de Cienfuegos, el 8 de septiembre de 1895; salió de operaciones el 15 de septiembre de ese año, hacia Remedios, zona donde permaneció hasta el final de la guerra, cuando fue reembarcada forzosamente hacia España, desde el mismo puerto de Cienfuegos, en el vapor *Ciudad de Cádiz*, el 26 de enero de 1899, con rumbo al puerto de *A Coruña*, donde desembarca el 9 de febrero del propio 1899.

La autora agradece a la Institución archivística madrileña del Instituto de Historia y Cultura Militar, del Ministerio de Defensa de España, y de modo particular, a María Jesús Franco Durán, técnica; y al funcionario, Luis Mateo González, por el rigor, la prontitud y delicadeza con que orientaron nuestras indagaciones. Allí fueron localizados y consultados expedientes, comunicados, órdenes, cuadros de embarque, negociados de evacuación de tropas y cables, de una profusa papelería reveladora y de extraordinario interés histórico para Cuba. También agradezco la ayuda brindada por don Antón López y

Javier Cordero Aparicio quienes encaminaron nuestros pasos hacia ese archivo, ubicado en la calle Mártires de Alcalá No. 9, Madrid.

Desde 1764, el correo marítimo establecido entre España y las Indias Occidentales había facilitado la emigración gallega a las tierras americanas (p. 18).

Sobre la historia de la navegación entre España y Cuba se revisaron los apuntes de *El libro de Cuba*, una enciclopedia ilustrada que forma parte de los Fondos de la Biblioteca Nacional. También fueron leídas con avidez las páginas de la revista *Mar y Pesca*, en un hermoso trabajo escrito por Enildo González Pérez, titulado «Nuestras Tradiciones Navales, Desarrollo del Comercio, Conclusión Siglo XIX», así como múltiples sitios en Internet dedicados a las Compañías Navieras que surcaban los mares entre Europa y Cuba en el siglo XIX.

Cuando hallaron al joven soldado español, tenía los ojos desorbitados y el uniforme hecho jirones (p. 21).

La crónica sobre el soldado español imaginario, se inspira en lo leído en múltiples publicaciones sobre la primera carga al machete, pero especialmente en lo que recoge el *Diario del Generalísimo Máximo Gómez*. Para delinear el curso de los acontecimientos históricos fueron consultados los libros *Historia de Cuba hasta 1898*, de Fernando Portuondo, Editorial Nacional de Cuba, Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 1965; *Eco de Caminos*, de Sergio Aguirre, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, y *Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, por don Fernando Ortiz.

Antonia Argiz, la madre, era una referencia vaga de la niñez (p. 24).

En el Libro V de Bautismos de la Iglesia Parroquial de San Pedro de Láncara, se encuentra registrado el nacimiento de una niña llamada María Antonia, el día nueve de marzo de mil ochocientos cincuenta y cinco, «en el pueblo de Láncara es hija del matrimonio: Padres: Pedro Argiz natural de Santiago de Cedrón, Dominga Fernández, natural de Santiago de Cobas...» Firma la inscripción, el cura párroco Antonio Bolaños.

Según el Libro de Matrimonios de San Pedro de Láncara, correspondiente a los años entre 1853 y 1990, a los folios 30 y 31, el infrascrito don Ramón López Neira, cura propio de la única Iglesia Parroquial del dicho San Pedro de Láncara, desposó en legítimo matrimonio a Manuel de Castro oriundo de la Parroquia San Pedro de Armea, de veinticuatro años, soltero, labrador y vecino del dicho pueblo de Láncara, (...) con Antonia Argiz, natural de las *casas da Piqueyra*, soltera de diez y ocho años cumplidos, (...) vecina de las dichas *casas da Piqueyra*.

Antonia Argiz falleció de muerte natural (calentura) el 16 de noviembre de 1887, poco después del nacimiento de su hija Leonor Castro Argiz, a quien había dado a luz el 7 de noviembre del propio 1887, y quien también murió según registro de defunción de fecha 18 de ese mismo mes y año, en el Registro Civil de San Pedro de Láncara.

Según el árbol genealógico preliminar con que cuenta la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, gracias a la investigación que realizó en España la historiadora Nidia Sarabia, en la década del 70 del siglo pasado, el cual se remonta hasta los abuelos cuartos, Manuel de Castro Núñez tuvo seis hermanos: José,

Vicenta, Pedro, Dolores, Justina Ángela María y Francisco. Por su parte, Antonia Argiz Fernández tuvo dos hermanos: Antonio y Félix José. En investigaciones recientes pudo conocerse que Antonia Argiz Fernández tuvo también como hermanos a Manuel Antonio y Manuela María Argiz Fernández.

Al morir Antonia Argiz, Manuel de Castro Núñez envía a sus hijas hembras a vivir con el abuelo Juan Pedro de Castro Méndez, en San Pedro de Armea de Arriba. Allí están también los tíos de los niños: José y Pedro de Castro Núñez, este último con su esposa Juana Vázquez Pardo (ambos eran padrinos de María Juana Petra). La abuela paterna, Juana Núñez Pereira, había fallecido el día 10 de marzo del año de 1877, y a su muerte se encontraba avecindada en el pueblo de Láncara.

Con la tía Justina Ángela María es con quien don Ángel va a vivir a Madrid, cuando era joven.

Del matrimonio de Manuel de Castro Núñez y Antonia Argiz Fernández nacieron seis hijos. Así, Ángel María Bautista Castro Argiz tuvo cinco hermanos: María Antonia (nació el 18 de Mayo de 1874 y murió el 9 de diciembre de 1876), Petra María Juana (nació el 21 de noviembre de 1878 y murió el 2 de noviembre de 1896), Gonzalo Pedro nació el 21 de octubre de 1881), María Juana Petra (nació el 3 de mayo de 1884 y murió el 11 de mayo de 1970), y Leonor de quien ya mencionamos que nació y murió casi al mismo tiempo. Parte de esta información aparecía en el árbol genealógico preliminar realizado a partir de los libros parroquiales, por la investigadora Nidia Sarabia, pero fue debidamente completado y avalado por las correspondientes certificaciones de nacimiento, matrimonio o fallecimiento de la Iglesia Parroquial de San Pedro de Láncara en el Obispado de Lugo, tras

búsquedas realizadas durante un viaje de la autora y la especialista de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, Asunción Pelletier, entre el 28 de mayo y el 11 de junio de 2007, a Madrid, Santiago de Compostela, Lugo, Láncara y Vigo.

Manuel de Castro Núñez, viudo de Antonia Argiz, con edad mayor de treinta años y de profesión labrador, se casó el 6 de octubre de 1888, con María Fernández López, de profesión labradora, su edad mayor de cuarenta años, natural del pueblo de Láncara (Libro de Matrimonios de San Pedro de Láncara correspondiente a los años entre 1853 y 1990. Folio 30, vuelto). Ambos murieron a comienzos del siglo xx. Él, en fecha 12 de junio de 1903, de acuerdo con lo registrado en el Libro de Defunciones de Láncara, correspondiente a los años entre 1894 y 1941, Folio 51; y ella, el día 28 de abril de 1906, de acuerdo con igual volumen de Defunciones pero al Folio 62, vuelto.

De María Antonia, la hija mayor de los Castro Argiz, apenas se conoce su nombre; Petra María murió cuando Ángel María estaba en la guerra de Cuba; Gonzalo viajó y se estableció en Argentina; María Juana Petra permaneció en la casa de San Pedro de Armea de Arriba, donde había nacido su padre y vivió allí hasta su muerte a los ochenta y cinco años de edad, y Leonor ya conocemos que vivió muy efímeramente. Ángel María viajó dos veces a Cuba, donde se radicó definitivamente. Don Ángel llegó a Birán en 1910 y vivió en ese mismo lugar hasta 1956, cuando murió a los ochenta y un años de edad.

Al narrar parte de la vida de don Ángel y de su familia en España, se tuvo en cuenta, además, el testimonio de quienes escucharon las historias, sus hijos: Angelita, Ramón, Fidel, Raúl, Enma y Agustina.

Fueron trascendentes los relatos de los descendientes de la propia María Juana Petra, que en los primeros años de la Revolución Cubana, aún vivía en la aldea de San Pedro de Armea de Arriba. En algunos casos, y gracias a la colaboración del compañero Silvino Álvarez Martí, testimoniantes como Estelita López Castro y su hija Marité, fueron entrevistadas entre 1996 y 1997, y en otros, como el de María Juana Castro Argiz, fueron empleadas conversaciones grabadas que forman parte de los fondos de la Oficina de Asuntos Históricos y que se refieren a entrevistas realizadas en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Resultaron de extraordinaria utilidad las reflexiones y conclusiones a las que ha llegado Tania Fraga, la hija de Angelita Castro Ruz, en sus investigaciones genealógicas. También resultó revelador consultar grabaciones de una reunión familiar que tuvo lugar en agosto de 2002 y donde se abordó ampliamente el tema.

Para esta segunda edición cubana de *Todo el tiempo de los cedros*, resultaron valiosos los encuentros, sostenidos en junio de 2007, con Victoria López Castro en San Pedro de Armea de Arriba; con Manuela Argiz Díaz, en las *Casas da Piqueyra*; con Carlos López Sierra y Eladio Capón López, en Lán cara; toda la información que aportan los cerca de 40 documentos relativos a nacimientos, matrimonios, defunciones y testamentos, localizados en la Iglesia Parroquial de Lán cara y el Obispado de Lugo, en Galicia; así como datos que ha ido acopiando, el investigador lucense Luis López Pombo, algunos de los cuales obtuvimos por Internet, y otros, de su más reciente trabajo genealógico, que nos entregó en nuestra visita a la ciudad de Lugo. También aportaron mucho las referencias genealógicas ofrecidas por el médico José Eladio Fernández Alfonso, establecido en Vigo desde hace unos

veinte años y quien además, ha explorado los orígenes gallegos de Frank País, así como las que nos brindó el investigador gallego Javier Cordero Aparicio.

La autora agradece especialmente a la misión diplomática cubana en Madrid y a su Consulado en Santiago de Compostela, por toda la colaboración y apoyo brindados para realizar con éxito las entrevistas e indagaciones históricas, incluso las que aún están en marcha.

La gente apreciaba como algo natural la persistencia de los zócalos de piedra de los castros en la geografía gallega, (...) Sus antiguos solares servían de cimiento a numerosos pueblos de la región, apellidos de familias y tradiciones (p. 25).

El castro, según la *Enciclopedia temática de Galicia*, Ediciones Nauta, 1988, lugar de habitación y de refugio, es un recinto fortificado de forma circular u ovalada, que posee una serie de sistemas defensivos. Da nombre a esta cultura, que incluye todas aquellas manifestaciones culturales que tuvieron lugar en los castros o relacionadas directamente con ellos.

Los castros han ejercido, desde los primeros investigadores que demostraron interés por el pasado, un atractivo sin paralelo con otras etapas históricas de Galicia y ello no debe extrañar, si se tienen en cuenta una serie de datos:

–su enorme número que hace que, prácticamente, no exista ninguna parroquia gallega que no los posea.

–la vigencia plena del folklore, siempre relacionado con seres fantásticos, tesoros ocultos, animales

prodigiosos, elementos todos ellos que avivan la imaginación popular.

–la pervivencia, sobre sus antiguos solares, de muchos asentamientos actuales que conservan en su nombre actual el topónimo “castro”.

–y sobre todo, y por último, una pervivencia del mundo castrexo: el individualismo de las viviendas, que se aprecia perfectamente en las aldeas; la presencia de muros que cercan el conjunto de las propiedades familiares, semejantes a los “barrios” (...); el sistema de las construcciones de los muros de las viviendas y cercados de fincas; la misma dispersión del hábitat, etc.

En el estudio de la cultura castrexa, hay que señalar el error del romanticismo en su afán de atribuir todo a los celtas.

La cultura de los castros queda encuadrada cronológicamente dentro de la segunda Edad del Hierro. Las fechas absolutas que podrían delimitar esta cultura todavía son inciertas. Tan sólo poseemos los datos obtenidos con el método del C-14 y que nos sirven para fijar unos extremos que debemos comprobar con más datos para considerarlos correctos; para el Castro de Borneiro, los análisis arrojaron la cifra del año 520 A. de Cristo, mientras que para el de Mohías, en Asturias, el 570 D. Cristo. Si la primera cifra no ha modificado apenas la idea que ya se tenía sobre el comienzo de esta cultura, sí lo ha hecho la segunda que supone una pervivencia en

plena Edad Media, idea contraria a los datos que nos proporcionan las fuentes literarias y que obliga a revisar todo el fenómeno de la romanización. Aunque el apogeo de los castros se dio durante la Edad de Hierro, era creencia bastante generalizada el suponer un inicio de la vida en los castros ya a finales del Bronce, y por otro lado, no tomar la conquista romana como causa necesaria del abandono de los poblados en altura. Parece que estas fechas vienen a confirmar en gran parte estas suposiciones.

Así pues, la cultura castrexa se presenta como una fusión de formas procedentes del Bronce, o incluso anteriores, y un gran número de nuevas aportaciones pertenecientes, en su mayoría a un período posterior, con una pervivencia, en muchos casos, hasta la época bajorromana.

El lugar de asentamiento del hábitat lo constituyen los castros. Se encuentran emplazados en lugares elevados por lo general, aunque no suelen sobrepasar los 500 metros. Dominan por lo tanto, las cumbres de montañas de mediana altura. Sin embargo, también los podemos encontrar al nivel del mar (los marítimos) o más de 1 000 metros (zonas del Caurel).

El castro en la mayoría de los casos presenta viviendas. Aunque a veces no. Muchos de ellos no constituían lugar de la habitación permanente y que tan sólo serían utilizados para casos de peligro en que los habitantes de las zonas bajas subirían para refugiarse en la altura.

Sus sistemas defensivos eran muy desarrollados: disposición concéntrica, puede existir una sola clase de defensa (muralla, parapeto o foso), pero lo más normal es que se combine la muralla con el terraplén y el foso. Los materiales empleados frecuentemente son el granito y la pizarra.

Para nosotros que identificamos la palabra castro, con el apellido de nuestro Comandante en Jefe Fidel, con nuestra historia, resulta poética la revelación de que los castros son símbolos de resistencia.

Casi perdía la cabeza ante aquellos maniqués de la capital atrevidamente vestidos (p. 29).

Para escribir sobre las modas en el vestir, se consultaron los archivos personales de la especialista en ese tema singular, en nuestro país, la profesora María Elena Molinet, gracias a la coordinación de la reconocida periodista Marta Rojas. A ambas personalidades agradezco su apoyo. Se revisaron además, títulos como *Historia del traje en Europa, desde los orígenes del Cristianismo hasta nuestros días*, de Max Von Boehn y con estudio preliminar por el Marqués de Lozola, Primera edición española. Tomo Octavo. Siglos XIX y XX 1879-1914. Barcelona, Salvat, Editores S.A. 1929; *La Moda. El traje y las costumbres en la primera mitad del siglo XX*, Tomos Noveno, Décimo y Undécimo Siglo XX, 1900-1934, por María Luz Morales, Salvat Editores S. A., Barcelona-Buenos Aires; *Costumes and Styles*, Henny Harald Hansen. E.P. Dutton and Co., Inc. Publishers. New York, 1956; Erika Thiel *Geschichte Des Kostüms. Die europäische Mode von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlín, 1963, Henschel Verlag Kunst und Gesellschaft.

pocas horas después figuraba como pasajero sin familia en la lista de inmigrantes que arribaron al puerto de La Habana, el 4 de diciembre de 1899 (p. 43).

En búsquedas realizadas durante 1996 y 1997, gracias a la colaboración de las compañeras Sonia Labrada y Francisca Ramos, miembros del Equipo de Asuntos Históricos del Comité Provincial del Partido de Santiago de Cuba, se halló en el Museo Municipal de Palma Soriano, Provincia de Santiago de Cuba, una copia literal de la solicitud de la ciudadanía cubana por parte de Ángel M. B. Castro Argiz. El documento, con Folio 2399 en la parte superior, formaba parte de la papelería del doctor Amador Ramírez Sigas, quien había sido Juez Municipal y Encargado del Registro Civil de Cueto, quien por largo tiempo vivió, en Palma Soriano. Antes de morir, el anciano dejó escrita en una pared de su vivienda su voluntad de que toda la papelería de su archivo personal pasara a manos del Museo de Palma, donde hoy se encuentra. La copia literal no tenía validez legal, pero permitió localizar el original en las oficinas de la Dirección de Inmigración y Extranjería del Ministerio del Interior, donde además se completó la información, con la planilla de respuesta del entonces Ministerio de Estado, que le expide Carta de Ciudadanía Cubana el 19 de septiembre de 1941. Ese documento tiene una importancia definitiva, porque hasta el momento de su localización, todas las bibliografías mencionaban una fecha imprecisa o equivocada del segundo viaje de don Ángel a Cuba. Su arribo se ubicaba después del año 1900. Incluso, una revisión exhaustiva de las listas de pasajeros entre 1900 y 1912, en el Archivo Nacional de Cuba, resultó infructuosa, porque don Ángel había desembarcado unas semanas antes de que finalizara 1899. Pero además, cuando íbamos a

pesquisar las listas correspondientes, no existían en los fondos del Archivo los libros del último trimestre de 1899. Por otro lado, se trata de un documento revelador y contundente porque es el mismo Ángel Castro quien testimonia sobre el viaje, el día que desembarcó y las primeras localidades donde se estableció en nuestro país.

Vale mencionar el cuidado y atención que pusieron en atender nuestras solicitudes los colectivos del Archivo Provincial y del Registro de Protocolos Notariales de Santiago de Cuba, así como la dirección del diario *Sierra Maestra*, donde fotografiamos uno a uno, los folios de varias escrituras.

El documento de solicitud firmado en el año 1941 ofrece la información siguiente:

EL DOCTOR AMADOR RAMÍREZ SIGAS, JUEZ MUNICIPAL Y ENCARGADO DEL REGISTRO CIVIL DE CUETO, ORIENTE, CUBA.—————

Certifico: -Que al folio número 558, 559, 560 y 561, del Tomo número Uno de la Sección de Ciudadanías de este Registro Civil a mi cargo, aparece el acta número 65 correspondiente a ÁNGEL CASTRO ARGIZ, V.B., cuyo tenor literal dice así: «En Cueto, Oriente, siendo las diez de la mañana del día dos de Enero de mil novecientos cuarenta y uno, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil, y de Alberico Gómez de la Torre, Secretario, comparece el señor Ángel Castro Argiz, natural de Láncara, Lugo, España, mayor de edad, propietario, casado y vecino de Birán, con el objeto de realizar ante este Registro Civil su renuncia de la ciudadanía española que

actualmente posee y optar por la cubana que es la de su legítima esposa; y a ese efecto el señor Juez le hizo saber las penas con que se castiga el delito de perjurio en causa criminal y penalidades en que incurre y después de prestar el juramento de Ley, dijo: «Que nació en el pueblo de su procedencia el día 4 de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco; encontrándose inscripto su nacimiento en el pueblo de su procedencia, no presentando la certificación por no serle posible en este acto; que es hijo de Manuel y Antonia, naturales de España, blancos, labrador y su casa, ya difuntos; que llegó a este país desembarcando por el puerto de La Habana como pasajero sin familia del vapor «Mavane» de la Compañía Francesa, el día tres al cuatro de diciembre de mil ochocientos noventa y nueve, donde fijó su residencia en Camajuaní, Cayo Romano, Ponupo, en Guaro, Central Preston, y luego en Birán de este Término, desde mil novecientos diez, donde ha vivido sin interrupción alguna. –Que contrajo matrimonio civil en este país el día veinte y siete de marzo de mil novecientos once con María Luisa Argota Reyes, natural de Fray Benito, blanca, de su casa, y vecina de Santiago de Cuba, en el Juzgado Municipal de Mayarí, acta que consta al folio ciento noventa y cinco del libro siete; con la que tiene cinco hijos nombrados Pedro, María Lilia, Antonia María Dolores, Georgina de la Caridad y Manuel, inscriptos en el Registro Civil de Mayarí, los dos primeros mayores de edad, y los últimos todos difuntos, encontrándose estos inscriptos en el Registro Civil de Mayarí, siendo María Lilia casada, no presentando la certificación, por no serle posible en este acto; que el

nacimiento de su esposa se encuentra en el Registro Civil del Juzgado Municipal de Fray Benito y que su nombre completo es María Luisa, hija de Marcos y Carolina, naturales de Cuba, el primero difunto y ella de esta vecindad. –Que se encuentra comprendido en el caso b) del artículo 13 de la Constitución, y caso b) del artículo veinte y nueve del decreto sobre Migración y Ciudadanía y asimismo de acuerdo con lo que determina el Decreto número ochocientos cincuenta y nueve de mil novecientos ocho; que estos datos son exactos y positivo que renuncia de una manera irrevocable su actual nacionalidad española y jura su declaración de optar a la cubana, que es la de su legítima esposa, siendo su deseo libre y espontáneo que jura cumplir bien y fielmente la Constitución y leyes que rigen y las que en lo sucesivo rigieren, así Dios lo ayude. Que estos dichos lo justifican los testigos señores Laureano Martínez y Agapito Martínez, naturales de España, mayores de edad, casados, comerciantes y vecinos de Cueto, los que juran ser cierto y constarles las circunstancias consignadas por el compareciente señor Ángel Castro Argiz. Fueron testigos presentes los señores Antonio Casaus Sánchez y Vicente Rodríguez Machado, mayores de edad, empleado, casado y Mandatario Judicial el primero y el segundo soltero, empleado y vecinos de este poblado. Exhiben los comparecientes sus carnet de extranjeritos. El señor Juez tuvo por hecha la renuncia de la ciudadanía española y por optada la cubana que es la de la legítima esposa del señor Ángel Castro Argiz. Leída y hallada conforme, se estampó en ella el sello del Juzgado y la firman todos con el señor Juez.

Certifico. –Hay un sello del Juzgado. Firmado: Dr. A. Ramírez Sigas. –A. Castro. –Laureano Martínez. –Agapito Martínez. –A. Casaus. V. Rodríguez. –A. Gómez de la T.

Es copia fiel de su original y para entregar al señor Ángel Castro Argiz, expido la presente certificación en Cueto, Oriente, Cuba, a los seis días del mes de Agosto de mil novecientos cuarenta y uno. (...)

La respuesta que en aquella época recibiera Ángel Castro a su solicitud, aparece con sello del Ministerio de Estado de la República de Cuba en los Archivos de la Dirección de Inmigración y Extranjería del Ministerio del Interior:

19991/41

La Habana, 19 de Sep de 1941

Vista la instancia presentada por Angel Castro Argiz solicitando se le expida Carta de Ciudadanía cubana, y los documentos que con ella acompaña; considerando que el interesado ha acreditado hallarse comprendido en el inciso B del Artículo 13 de la Constitución y haber efectuado la correspondiente inscripción en el Registro del estado civil y, considerando que su petición se ajusta a lo prescrito en los decretos presidenciales números 183 de 15 de diciembre de 1902, y 3022 de 15 de octubre de 1940, extiéndase a su favor la Carta de Ciudadanía que solicita y prepárese para la firma del señor Ministro de Estado.

Firmado por el Subsecretario y más adelante señala:

La Habana, 19 de Sept de 1941

Con esta fecha y en virtud del decreto que antecede, extiéndase Carta de Ciudadanía a favor de Ángel Castro y Argiz natural de Lánacara-Lugo-España de 66 años de edad, de estado casado e hijo de Manuel y de Antonia, por hallarse comprendido en el inciso B del Art. 13 de la Constitución.

REGISTRADA al número 4164 folio 473 del Libro 19
Y firma el Jefe del Negociado (...)

donde probó por primera vez el café Caracolillo (p.44).

Sobre la estación de Villanueva se lee en *Historia económica de Cuba*, por Julio Le Riverend, que se publicó en 1985 por la Editorial de Ciencias Sociales. La alusión al café Caracolillo se inspira en las aromáticas nostalgias del abuelo de la autora, quien hablaba recurrentemente de ese café y de un hotelito del mismo nombre, cerca de la estación de Villanueva, en el siglo pasado.

la capital acumuló discreta sus transiciones hasta presentarse un día diferente, (p. 44).

La Habana, apuntes históricos, Editora del Consejo Nacional de Cultura, Tomos I, II y III, La Habana, 1963; e *Historia de La Habana (I) Desde sus primeros días hasta 1565*, de Emilio Roig de Leuchsenring, editado por el Municipio de La Habana, en 1938, inspiraron la recreación poética de las calles y ambientes de La Habana que encuentra don Ángel en su segundo viaje a Cuba, y donde sin duda estuvo porque desembarcó por el puerto de la capital.

se trasladó primero a Cayo Romano y luego mucho más lejos, a las minas de hierro y manganeso de Daiquirí y Ponupo. (p. 46).

Las afirmaciones se basan en testimonios del propio don Ángel y de su hijo Ramón. Los datos sobre la Spanish-American Corporation y la Ponupo Manganese Corporation tienen en cuenta apuntes de *Historia Económica de Cuba* de Julio Le Riverend.

Era una historia larga la que había llevado al propietario de esa compañía a establecerse primero en Banes y después tierra adentro. (p. 47).

Todo lo referido al desarrollo de la Nipe Bay Company, el establecimiento en Cuba de la United Fruit Company, el origen del pueblo de Banes y la historia de la familia de don Fidel Pino Santos se basa en una entrevista de la autora al reconocido historiador cubano ya fallecido, Oscar Pino Santos, Premio 2001 de Ciencias Sociales, quien además era descendiente de esa familia, sobrino de don Fidel Pino Santos.

don Ángel Castro Argiz abrió las puertas de El Progreso (p. 48).

De acuerdo con la inscripción del comercio El Progreso en el Registro Mercantil que obra en el Archivo Provincial de Historia de la Ciudad de Holguín. Libro de Comerciantes Fernández Díaz, Delfín. Tomo 6, Folio 127, con fecha 28 de noviembre de 1906. El documento fue localizado por el investigador Minervino Ochoa que entonces trabajaba en el Museo La Periquera. Este compañero apoyó las búsquedas de la autora y puso a su disposición todos los conocimientos que acumulara a lo largo de varios años de

indagación histórica. Lo mismo puede decirse de Georgelina Miranda Pelaez cuya colaboración y orientación resultó muy valiosa en los inicios de este trabajo y en las visitas al Sitio Histórico de Birán. También fue esencial el apoyo del historiador Antonio López, y de todos los compañeros de Birán, que viven, trabajan y protegen ese entrañable lugar.

Don Ángel testimonia su presencia en la zona de Birán desde 1910, y un documento de 1925 lo certifica como uno de los súbditos españoles residentes en el municipio de Mayarí:

Certificación del Consulado de Banes

No 46 Clase 3 a

Vice Consulado de España en Antilla -Banes.

CERTIFICADO DE NACIONALIDAD

(Foto) Acuñada.

El Vice Cónsul de España:

Certifico: Que en el registro de matrícula de súbditos españoles que existe en este Vice Consulado, hay una partida señalada con el número 996 que dice: Don Ángel Castro Argiz.

Natural de Láncara, provincia de Lugo de 49 años de edad, estado casado, profesión propietario y residente en Mayarí.

Y a fin de que el interesado pueda acreditar su nacionalidad, le expido la presente en 6 de Noviembre de 1925. Acuñado.

(Firmado por el Vice Cónsul y el Secretario, con un acápite que expresa Derechos: Artículo 57. 3.48 y señala validez del documento por un año).

Don Ángel Castro tenía treinta y cinco años y pensó que María Luisa sería su amor definitivo; pero no fue así (p. 50).

En el Registro del Estado Civil Provincial de Holguín, se expidió el 10 de marzo de 1997, la copia literal de la inscripción del matrimonio de ambos. El documento consigna:

Certifico: Que al folio 195 del Tomo Duplicado número 7, correspondiente a la Sección de Matrimonios del Registro Civil de Mayarí, a mi cargo, aparece un matrimonio, que copiado literalmente dice así:

Al margen: ÁNGEL CASTRO CON MARÍA ARGOTA REYES S. con S. B Número del Matrimonio 195. En el Pueblo de Mayarí y ahora que son las ocho de la mañana del día veintisiete de marzo de mil novecientos once. El Señor José Ramírez Lafont, Juez municipal, segundo suplente en funciones por ante el Secretario que refrenda compareció, digo hace constar, que no existe impedimento legal que se oponga a la transcripción al Registro Civil de este Juzgado de la partida siguiente que copiada literalmente dice así.— En Guaro, Término municipal de Mayarí y ahora que son las siete de la noche del día veinticinco de marzo de mil novecientos once, ante el Señor José Ramírez Lafont, Juez Municipal, segundo suplente en funciones y del Secretario que refrenda comparecieron de una parte el Señor Ángel Castro Argiz, natural de Láncara, España «soltero blanco,

con instrucción, contratista, de treinticinco años de edad, hijo legítimo de Manuel y Antonia de sus mismos apellidos y naturaleza ya difuntos, y de la otra parte la señorita María Luisa Argota y Reyes, natural de Banes, provincia de Oriente en Cuba, soltera, blanca, con instrucción, de veintiún años de edad, hija legítima de Marcos y Carolina de sus mismos apellidos y naturaleza, ambos vecinos de Guaro de este Término municipal, con objeto de llevar a cabo el matrimonio que tienen concertado. Con esta manifestación y en vista de que en el expediente que se ha sustraído en este Juzgado no existe impedimento legal alguno que se oponga a la celebración del proyectado matrimonio se procediera al acto mandando a dar lectura a los Artículos 56 y 57 del Código Civil. Leídas que fueron dichas disposiciones legales el Señor Juez preguntó a Ángel Castro Argiz ¿Persistes en la manifestación que tienes hecha ante este juzgado de contraer matrimonio con la Señorita María Luisa Argota y Reyes? El interrogado contestó afirmativamente. Acto seguido el Señor Juez hizo análoga pregunta a la Señorita María Luisa Argota Reyes, la cual fue igualmente contestada. En esa virtud el Señor Juez declaró unidos en legítimo matrimonio a los expresados. Fueron testigos presenciales y de información los Señores Pedro Gómez y Martínez y José Álvarez, ambos mayores de edad y vecinos de este Término municipal. Léida esta acta por las partes y testigos la que encontraron conforme, estampándose el sello del Juzgado y firmándose la todos con el Señor Juez de que certifico. Hay un sello. -José Ramírez. -Ángel Castro. -Pedro Gómez. -José Álvarez. -María Argota. -Ante mí Santos

Torres. –Es copia fiel de su original a que me refiero que sello y firmo en Mayarí a veintisiete de marzo de mil novecientos once. (...)

propuso un convenio para la suspensión de pago a sus acreedores por tres años y, la moratoria le fue concedida (p. 53).

Documento que obra en la Audiencia de Mayarí, con fecha de 1921 y al que se anexa también una declaración jurada que incluye inventario del almacén de víveres de Birán y de los animales con que cuentan sus establos y corrales, en ese año.

La autora agradece especialmente a los miembros del Buró Municipal del Partido en Mayarí, por su apoyo decisivo para acceder a los documentos relativos a este tema, en la Audiencia de Mayarí.

Todo era un murmullo de alas mojadas y libélulas indiscretas, la mañana en que don Ángel vio a Lina y quedó fascinado ante la magia de aquella aparición (p. 54).

Por testimonios de sus hijos y de Panchita, la hermana mayor de Lina, se presume que don Ángel y Lina se enamoraron entre 1921 y 1922. Años después, cuando él presenta demanda de divorcio a su esposa María Luisa Argota Reyes, en 1941, reconoce que hace veinte años están separados. La posibilidad de divorcio que le brinda la ciudadanía cubana, es quizás lo que motiva su solicitud de dejar la española por la de nuestro país, a tantos años de haberse establecido en Cuba. Algún motivo muy fuerte y especial debió tener entonces para el cambio de ciudadanía y pensamos que fue la posibilidad de divorciarse para contraer matrimonio con Lina, en 1943, fecha

que coincide también con la inscripción o reinscripción de todos los hijos de esta segunda unión.

Las imágenes desconocidas aparecían a través del cristal de la ventanilla del tren. Lina Ruz González, espigada como un junquillo, pegaba la nariz al vidrio transparente (p. 55).

La recreación del viaje que realizó la familia Ruz González, desde Pinar del Río hasta Camagüey, está inspirada en los recuerdos y testimonios familiares, pero de modo muy especial, en lo que contó Francisca, *Panchita*, Ruz González, la hermana mayor de Lina, cuando fue entrevistada a principios de los años ochenta, testimonio que atesora Ángela María Castro Ruz y del que la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado guarda una copia. Su testimonio desmiente la creencia de que la familia se trasladó en carreta de un extremo a otro de la Isla. La aseveración, casi mítica, tiene quizás asidero en la costumbre de don Pancho de trasladarse, de Guaro a Birán y dentro del propio Birán o sus cercanías, en carreta. Sin embargo, el trayecto de Pinar del Río a Camagüey y después, el de Camagüey a Oriente, fueron sin duda, realizados por ferrocarril.

Sobre las costumbres y las palabras empleadas en otros tiempos, especialmente en los poblados o fincas del campo, fueron valiosas las consultas y conversaciones con personas de mayor edad como Leonor y Orestes Pérez. Así tuvimos detalles sobre la costumbre de «planchar con carbón» o de almidonar la ropa; o de catalogar «de buenas condiciones» a los mejores caballos.

un barrio fundado en 1900 a orillas del río Cuyaguateteje, entre yagrumas y vegas de tabaco (p. 55).

En la minienciclopedia *Cuba en la mano*, que describe toda la provincia de Pinar del Río, encontramos datos de Guane y Las Catalinas.

Sobre los orígenes y desarrollo del poblado de Guane resultó muy valioso el testimonio del historiador Jesús Eguren Cuesta, entrevistado por Tania Fraga y por la autora de estas páginas.

Doña Dominga se casó (...) en la iglesia de la Parroquia de San Idelfonso de Guane, Inmaculada Concepción del Sábalo, el 26 de febrero de 1900 (p. 56).

Francisco Ruz Vázquez y Dominga del Rosario González Ramos, se casaron en la Parroquia de San Idelfonso de Guane, el 26 de febrero de 1900, según consta en el Libro 8 de Blancos Folio 207. n. 130. En dicha iglesia fueron bautizados los primeros hijos del matrimonio: Francisca, Francisco, Lina, Enrique Eusebio y Matilde Antonia.

Los más pequeños: Alejandro, nacido en El Cayuco, en los Remates de Guane, María Irene Juliana -la tía María Julia-, y Agustina Isabel Ruz y González -la tía Belita-, se bautizaron en la Parroquia de Sibanicú, en Camagüey. Existe también una inscripción realizada con posterioridad en el Registro Civil de Cueto.

Resultó importante localizar las inscripciones registradas en la parroquia de San Antonio de Sibanicú porque prueban que para junio de 1912, cuando nace María Irene Juliana, la familia se encontraba en Camagüey por lo que el viaje desde Pinar del Río debió ocurrir antes. También se verificó por testimonios de los que comparecen en la inscripción de Agustina Isabel, *Belita*, que Rafaela Vázquez la abuela paterna era oriunda de Canarias (es decir se precisa que de Canarias, por tanto el poblado de

Candelaria registrado en anteriores documentos se refiere no al pequeño y pintoresco poblado del mismo nombre en la provincia de Pinar del Río, sino al distante, más allá del Atlántico). Hay que señalar que el Acta de Bautismo de Agustina Isabel, de Belita, es sin duda, una de las escrituras más completas de las referidas a la familia. Incluye todos los detalles en letra muy clara y aporta datos muy valiosos. Es la única en que se testimonia la procedencia real de cada uno de los abuelos Ruz y González, lo que constituye una confirmación de la tradición oral, es decir, de lo que se conoce por las viejas historias que se contaban en las largas noches sin luz o en las veladas de recogimiento cuando se cernían sobre los techos temporales de lluvias interminables y fuertes ventoleras.

Los seres más endeble no resistieron los rigores de los caminos, las calenturas y el hambre (p. 59).

En *Documentos para la Historia de Cuba*, Hortensia Pichardo, tomos I, II y III Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; y en las páginas en Internet del periódico *Guerrillero*, de Pinar del Río, que abordan la despiadada reconcentración decretada por Valeriano Weyler (Palma de Mayorca, 1836-Madrid, 1930). En sitios españoles en Internet como *Arte historia* y *canal social* puede leerse sobre su nombramiento como Capitán General de la Isla en 1896, en sustitución de Martínez Campos y también sobre su destitución en 1897, como una tardía medida para evitar la entrada de los Estados Unidos en el conflicto con Cuba. Se reconoce que la campaña represiva que Weyler emprendió en Cuba fue duramente criticada y se añade que durante su desempeño como Capitán General de Cataluña, aplicó medidas similares a la reconcentración, en el año 1909.

del ciclón de los cinco días con sus cinco noches (p. 64).

La cronología mínima de grandes desastres naturales ocurridos en Cuba durante el siglo xx, según el boletín *Sometcuba*, volumen 1, número 1, de enero del 2000, resulta encabezada por el ciclón de los cinco días que perduró en la memoria de Lina y de la familia.

Con categoría tres en la escala de Simpson, ocurrió entre el 13 y el 17 de octubre de 1910. La mínima barométrica indicó 960 hPa, y la velocidad del viento llegó a ser de 183 km/h (e). El evento fundamental fueron las inundaciones. Los daños materiales no fueron cuantificados con exactitud, pero los daños humanos llegaron a setecientos muertos. Una breve sinopsis señala:

Las inundaciones, extraordinariamente extensas, fueron consecuencia de lluvias persistentes por espacio de cinco días, debido a la trayectoria del huracán que, tras cruzar el extremo occidental de Cuba, describió un lazo y retornó a Pinar del Río. Todas las cosechas –particularmente la tabacalera– y las viviendas rurales fueron destruidas. La masa ganadera resultó diezmada en alto grado. Se citó repetidamente el caso de grandes cantidades de reses arrastradas y ahogadas en las aguas crecidas.

Este desastre natural, ocasionó una difícil situación económica para los cosecheros de tabaco de Pinar del Río, un fenómeno que se insertó en otro aún más complejo y abarcador, el auge de la expansión azucarera de principios del siglo xx y el aumento de la población en las provincias de Camagüey y Oriente, lo cual motivó un importante flujo humano del occidente hacia el oriente del país.

La migración comenzó en el siglo XIX tras la abolición de la esclavitud, y se profundizó a partir de 1898 con el final de la guerra y la dominación y penetración norteamericanas.

A principios de 1900, como resultado de tales procesos económico-sociales tuvo lugar la inmigración española, en especial la gallega, y después, la sustitución de españoles por haitianos y jamaicanos. Estos temas han sido exhaustivamente abordados por la historiografía cubana y sus más importantes exponentes, entre ellos, Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals, Juan Pérez de la Riva y Ramiro Guerra.

La culpa era del cometa Halley (p. 66).

El núcleo de un cometa semeja una bola de nieve gigante. Se piensa que está formado por polvo, trozos más o menos voluminosos de material rocoso o metálico y cerca de un setenta y cinco por ciento de hielo, principalmente agua congelada, con una mezcla de compuestos químicos.

En 1682 apareció un cometa que fue observado por el astrónomo inglés Edmund Halley, quien estudió los informes escritos sobre veinticuatro cometas, especialmente los últimos que se vieron desde 1337 y mediante cálculos halló que los cometas de 1531, 1607 y 1682 habían seguido la misma trayectoria, concluyendo que se trataba del mismo cometa y que volvería a verse aproximadamente en 1758. Su previsión fue correcta, el cometa apareció ese año aunque Halley no lo vio porque había muerto en 1742. Los científicos de la época se dieron cuenta de que los cometas podían ser visitantes regulares, y el gran cometa fue llamado más tarde Halley. Este cometa fue visto por primera vez en el año 240 A.C.

y después en reiteradas ocasiones. Abrió el siglo xx en 1910, y se despidió de él, en 1986, porque su período orbital es de 76, 09 años. De toda esta historia fascinante pueden encontrarse más detalles si se busca en Internet a partir de Cometas, siglo xx.

Lo mismo pasaba un bando que otro con los ánimos violentos, (p. 69).

En *Documentos para la historia de Cuba*, de Hortensia Pichardo, puede leerse sobre la reelección de Menocal, La Chambelona y la paz impuesta por el gobierno yanqui para hacer valer su predominio en Cuba y asegurar el abastecimiento de azúcar. En relación con este último propósito no se puede olvidar su trascendencia cuando aún tiene lugar la Primera Guerra Mundial.

La casa de madera de pino (p. 71).

Evocación poética sobre la estructura de la casona de Birán, en un testimonio de Ángela María Castro Ruz, la mayor de los hermanos Castro Ruz.

Durante mucho tiempo don Ángel se dedicó, como contratista de la United Fruit Company, a sacar de las montañas todos los colmenares con abejas de España en cajas de palos huecos a como diera lugar; pero desde que las fincas, Manacas, La Española, María, Las Palmas y Rizo le pertenecían... (p. 72).

Los originales referidos a la adquisición de las fincas que pertenecieron a don Ángel, fueron localizados a partir del hallazgo en el Archivo Provincial de Holguín de una escritura a nombre de Raúl Modesto Castro Ruz, donde aparece la descripción de la finca Manacas, resultado de la refundición de las cinco fincas anteriores.

Dicho documento sirve de brújula en la indagación, de hilo conductor hacia escrituras anteriores en Archivos Generales y de Protocolos Notariales revisados por la autora en las ciudades de Holguín, Santiago de Cuba y La Habana.

Bajo el título de Poder, y con el No. 149 dice literalmente:

En Mayarí, Oriente, a diez y ocho de junio de mil novecientos cincuenta y dos.

Ante mí: Dr. Amado Sigarreta García, Abogado y Notario con residencia en Mayarí. Comparece: El Señor Raúl Castro Ruz, mayor de edad, soltero, colono, natural de Mayarí, cubano y vecino de Birán en este Municipio. El Compareciente, a quien yo, el Notario doy fe conocer, procede por derecho propio, tiene a mi juicio capacidad legal para este otorgamiento y en esa virtud dice: Que confiere Poder amplio y bastante cuanto sea necesario y por derecho se requiera, a favor de los esposos Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González vecinos de Birán, para que en su nombre y en relación con la colonia de cañas, denomina (sic) «Manacas», que posee el exponente en arrendamiento en el barrio de Birán de este Municipio, lo usen y ejerzan con arreglo a las siguientes facultades: Primero: Celebrar con el ingenio del Central Miranda donde se muelen las cañas de la Colonia, los contratos de venta y molienda de cañas, de colonato arrendamiento y refacción agrícola que procedieren, por el tiempo, precio, plazos, términos, condiciones y garantías que tengan a bien estipular, formalizando y suscribiendo las escrituras públicas y documentos privados que procedan. Segundo: Tomar a préstamo, con interés o

sin él las cantidades que fueren necesarias para la explotación, cultivos, y cuidado de la Colonia de que se trata y para el fomento de la misma, por el tiempo y con el interés, pacto, condiciones y garantías, que tengan a bien convenir; pudiendo afectar y gravar la Colonia, sus productos y sus frutos, otorgando con esos fines las escrituras públicas y documentos privados que procedan. Tercero: Cobrar y percibir cualquiera cantidad que correspondan como frutos y productos de La Colonia o por cualquier otro concepto, y a ese efecto firmar, suscribir, y practicar liquidaciones de cañas provisionales o finales. Cuarto: Tomar cantidades del Ingenio como anticipos, por cuenta del importe de las liquidaciones de cañas futuras con interés o sin él, pudiendo a ese efecto afectar las liquidaciones de cañas futuras y autorizando expresamente al Ingenio para que deduzca de las liquidaciones que practicare el importe de dicho anticipo. Quinto: Otorgar recibos, cartas de pagos, finiquitos y cuantos más documentos se relacionen con la Colonia de que se trata. Sexto. Endosar, cobrar y pagar cheques, letras de cambios, mandatos de pagos, y cualquiera otros documentos y encaminar, aprobar o impugnar toda clase de cuentas y liquidaciones. Así lo dice y otorga y habiendo leído la presente, se ratifica en su contenido y firma.

Del conocimiento, ocupación y vecindad del compareciente y cuantos más aseguro o refiero yo, el notario doy fe. (...)

A continuación de la escritura se anexa la siguiente descripción:

FINCA RÚSTICA «MANACAS», en el Barrio de Birán

CAPACIDAD: 65 caballerías de tierra y 664 milésimas de otra.

LINDERO: Norte: -Finca «Sojo» de la que está separada por una faja de 5 varas de ancho; Sur: -finca «Sabanilla» de los señores Aurelio Hevia y Demetrio Castillo Duany y con el señor Emiliano Dumois, de la que está separada por el Callejón Dumois, denominado antes Alto Cedro; Este: -con resto de la finca «Sabanilla» y Oeste: Finca «Hato del Medio», de la que está separada por una faja de 5 varas de ancho por 22 metros 80 centímetros de largo, pertenecientes a los señores Hevia y Castillo Duany.

PROPIETARIO: Don Ángel Castro Argiz y Doña Lina Ruz González, adquirieron esta Finca de Fidel Pino Santos, mediante la escritura 668 de orden, otorgada el veinte de julio de 1951, ante el Notario de la Ciudad de Santiago de Cuba, Dr. Mario Norma Hechavarría.

ÁNGEL CASTRO ARGIZ, mayor de edad, colono, casado, natural de España y ciudadano cubano, vecino de Birán de este Término Municipal de Mayarí.

LINA RUZ GONZÁLEZ, mayor de edad, casada, natural de (...), Comerciante, vecina de Birán, de este Término Municipal.

COMO TESTIGOS: -José Miranda Terrero y Felipe Fernández Paneque. ARRENDATARIO: -Raúl

Castro Ruz, mayor de edad, soltero, ocupación: -
natural de Mayarí y vecino de Birán, de este Término
Municipal de Mayarí.

Firmado: Arsenio del Riego Puig

Secretario Junta Amillaramiento

Fecha del contrato: Noviembre (ilegible) de 1951

4 copias

5 años (signo de igual) (ilegible) 1952 al 1956

Al margen: Más \$ 400.00 anuales Por el resto de los
terrenos de la finca dedicados a otros usos.

Consultado por la autora a principios de 1997, Ramón Castro sugirió el nombre del abogado Amado Sigarreta García. Después en Mayarí, fue posible un interesante encuentro con el letrado de unos noventa y dos años, quien a pesar de su estampa desgarrada, conservaba intacta su lucidez. La conversación con Amado, quien fuera abogado y notario del Municipio Mayarí, aportó numerosos datos a la historia que se narra, ofreciendo detalles de sus diálogos con don Ángel y Lina en sus habituales visitas a Birán relacionadas con los trámites jurídicos o papeleos de rutina. El doctor Amado Sigarreta García murió ese mismo año, por lo que nos queda la certeza de que alcanzamos a disfrutar de una de sus memoranzas y la última entrevista que concediera.

La historia de la propiedad de don Ángel es larga. Como se infiere de esta escritura, estuvo alguna vez en manos de don Fidel Pino Santos y en 1951, el doctor Fidel Castro Ruz, recién graduado de la Universidad de La Habana, realizó todas las gestiones para que su padre pudiera recuperarla. Por lo que parece, estuvo arrendada a nombre de Raúl, quien ya decidido a las acciones

revolucionarias, redactó a favor de sus padres el anterior Poder.

Decíamos que el Poder que se transcribió en páginas anteriores, sirve de hilo conductor para localizar las escrituras originales porque refiere fecha y notario de la escritura de 1951; que a su vez incluye fecha y notario de una anterior correspondiente a 1933; la que aporta los datos para localizar otra de 1928, y esta permite ubicar la de 1924, que a su vez señala la existencia de otra de 1922, donde se refunden las cinco fincas en una sola denominada Manacas. En este documento se describen y ofrecen pormenores de las escrituras de adquisición originales de cada una de las cinco fincas:

Finca Manacas. Su posesión más antigua. Comprada a don Alfredo García Cedeño, ante el doctor Pedro Talavera Céspedes, notario de Holguín, el 22 de noviembre de 1915. Inscripta al Folio 247 Tomo 10 del Ayuntamiento de Holguín. Finca No. 582, Inscripción primera.

Finca La Española. Adquirida de don Genaro Gómez y Vilar, ante el notario de Holguín, señor Pedro Talavera y Céspedes, el 8 de diciembre de 1917. Según consta en el Registro de Propiedad: Folio 76, Tomo 10, finca No. 510, Inscripción tercera.

Finca María. Obtenida por compraventa a don Aurelio Hevia Alcalde y Demetrio Duany Castillo, ante el doctor Ramón Marrá Ruiz y Rodríguez, de La Habana. En el Registro de Propiedad de Holguín aparece como finca No. 631, Folio 245, Tomo 11.

Finca Las Palmas. Adquirida del señor Herbert W. Thonson, mediante la Escritura de Compraventa, ante el notario de Sagua de Tánamo, señor Mariano L. Dou, como sustituto de la notaría que sirvió en Mayarí al doctor Ramón Isidro Carbonell y Ruiz, de fecha 10 de noviembre

de 1918, Folio 171, Tomo 11, Ayuntamiento de Mayarí. Finca No. 618.

Finca Rizo. Comprada a Sixto Rizo Nora, ante el notario de Mayarí, señor Mariano L. Dou, el 23 de junio de 1919, Folio 83, Tomo 10, Ayuntamiento de Mayarí, Finca No. 512, Inscripción cuarta.

La refundición de las cinco fincas en una sola: Manacas, tiene lugar el 1 de julio de 1922, ante el notario de Mayarí, doctor Mariano Dou Pullés, Escritura No. 46.

Las indagaciones realizadas a partir de la primera edición de este volumen, permitieron hallar nuevas escrituras originales que completan la historia de la posesión más preciada de don Ángel, sobre todo, en los inicios de los veinte. A continuación transcribimos la mencionada cronología.

-El 22 de Noviembre de 1915, en la ciudad de Holguín, ante el Licenciado Pedro Talavera y Céspedes, abogado, notario del colegio de Oriente, con vecindad y fija residencia en esa ciudad, el Sr. Ángel Castro Argiz, natural de Lugo, España, mayor de edad, casado, propietario y vecino de Guaro, en el Término Municipal de Mayarí, compró la finca Manacas por el precio de 500 pesos moneda americana por cada caballería, ascendiendo por tanto el importe total de las veinte caballerías compradas a la cantidad diez mil pesos en oro americano, cuya suma entregó en ese acto al Sr. Alfredo García Cedeño.

De dos fincas resultó una sola que don Ángel solicitó al registrador inscribir de la siguiente forma: "Finca rústica formada por parte de la finca "Castro" y por parte de los terrenos de primera clase de los de

la Hacienda «Sabanilla». Se encuentra situada en el Término Municipal de Mayarí. Se nombra «Manacas». Tiene una superficie de veinte caballerías, equivalentes a doscientas sesenta y ocho hectáreas, cuarenta áreas y cincuenta centiáreas...y cuya finca «Manacas» tiene a juicio del exponente un valor de diez mil pesos moneda americana. Los comparecientes hacen constar además que la entrega de los diez mil pesos la efectúa el Sr. Castro mediante un check fecha de hoy y contra el Banco Español de la Isla de Cuba y cuyo check tiene el número ciento treinta y cinco.

Para ese año de 1915 ya don Ángel poseía una finca rústica descrita como lote de terreno procedente de los de la Hacienda Sabanilla con una superficie de cuarenta y siete caballerías, equivalentes a seiscientas treinta hectáreas, setenta y cuatro áreas y noventa y cuatro centiáreas, adquirida en permuta que hizo con el señor Alfredo García Cedeño según escritura otorgada en 4 de Febrero de 1915 ante el notario de Mayarí doctor Teobaldo Rosell. En 4 de Noviembre de 1915, don Ángel recibió de The Royal Bank of Canadá, diez mil pesos en moneda de oro de los Estados Unidos de América por lo que se reconoció deudor cierto y legítimo, y en garantía del pago de ese dinero y de los intereses y de un crédito adicional de mil pesos para costos y gastos en caso de reclamación judicial... constituyó primera hipoteca voluntaria sobre la finca rústica descrita en la primera cláusula de la escritura de entonces).

-18 de Diciembre de 1920, en la ciudad de Santiago de Cuba, ante el Doctor Teobaldo Rossell y Silveira,

abogado y notario público, tuvo lugar un Préstamo con Hipoteca. Don Ángel se reconoció deudor de don Francisco Fiol y Rodríguez, natural de Palma Soriano, por la suma de cuarenta y cinco mil pesos en moneda de los Estados Unidos de Norteamérica. Además de que don Ángel contrajo la obligación personal para el cumplimiento de lo estipulado en la escritura, constituyó primera hipoteca expresa y voluntaria sobre los inmuebles de las fincas María (adquirida 8 de octubre de 1918), Las Palmas (adquirida 10 de noviembre de 1918), La Española (8 de diciembre de 1917), Rizo (adquirida en 23 de junio de 1919) y Manacas (adquirida 22 de noviembre de 1915).

-13 de Febrero de 1922, en el Barrio de Birán, ante Mariano Leocadio Dou y Pullés, abogado y notario público, colegiado con residencia en Mayarí, don Ángel Castro y Argiz vende a don José Reyes y Hernández las fincas reseñadas (las anteriores) con todas sus servidumbres, fábricas, cercas, siembras, casas, muebles, aperos y útiles de labranza, y todo cuanto le es anexo y permanente, lo hace por el precio de sesenta mil pesos moneda de los Estados Unidos de Norte América, de cuya suma el comprador se reservó en su poder la de cuarenta y cinco mil pesos importe del préstamo garantizado con hipotecas de las referidas fincas a favor del señor Francisco Fiol y el resto, ascendente a quince mil pesos, declaró el vendedor tenerlo recibido del comprador con anterioridad a este otorgamiento, por lo que se le otorgó la correspondiente carta de pago quedando obligado a la evicción y saneamiento de este

contrato con arreglo a derecho. El señor José Reyes y Hernández aceptó la venta y la escritura en señal de toma de posesión de lo vendido, quedando responsable de los bienes que adquirió, por razón de los gravámenes a que se hizo referencia. No se declararon comprendidos en esta venta, los bienes y existencias del establecimiento mercantil del vendedor situado en la finca «Manacas».

-1 de Julio de 1922, ante el doctor Mariano Leocadio Dou y Pullés, abogado y Notario colegiado con residencia en la villa de Mayarí, don José Reyes y Hernández y Juan Bautista Granda y Ferrer (este como mandatario verbal de los señores Demetrio Castillo Duany y Aurelio Hevia y Alcalde, ambos vecinos de La Habana). El primero, dueño de las fincas rústicas situadas en el barrio de Birán (que antes fueron de don Ángel Castro), decidió por convenio de sus intereses refundir las fincas reseñadas en una para que se inscribiera como tal en el Registro de la Propiedad con la cabida y descripción que se expresa en la cláusula octava de la escritura No 46 de determinación de linderos y refundición de fincas, incluyéndose en ella los trescientos diez mil metros cuadrados que adquirió de los señores Hevia y Castillo por la presente. «Octavo. El señor Reyes dice que llevando a efecto la refundición de que trata la cláusula cuarta de este instrumento describe la finca que integran las reseñadas en cláusula primera de la siguiente manera: Rústica, denominada Manacas, situada en el mencionado Barrio de Birán, se compone de sesenta y seis caballerías y cuarenta y una centésimas de otra equivalentes a

ochocientas noventa y una hectáreas veinte y tres áreas y cincuenta y nueve centiáreas, lindando al Norte con la finca Sojo de la que están separadas de una faja de cinco varas de ancho, por el Sur con las fincas Sabanilla de los señores Aurelio Hevia y Demetrio Castillo y con la del Señor Emiliano Dumois, de la que está separada por el Callejón de Dumois, denominado antes de Alto Cedro; por el Este con resto de la finca Sabanilla y por el Oeste con la finca Hato del Medio de la que está separada por una faja de cinco varas de ancho por dos mil doscientos ochenta metros de largo perteneciente a los señores Hevia y Castillo.-»

-17 de Abril de 1923, por escritura No 44 de Mariano Leocadio Dou y Pullés, abogado y notario público, colegiado en Mayarí, el Sr. José Reyes y Hernández vendió al Sr. Ángel Castro y Argiz todas las fincas que habían sido refundidas en la repetida escritura número cuarenta y seis, a excepción del terreno de la finca Sabanilla que en la misma escritura transmitía el Sr. Granda con mandatario verbal en razón de que no había sido ratificada.

-2 de Julio de 1923, ante el Doctor Teobaldo Rossell Silveira, abogado y Notario Público colegiado con residencia en esa capital de Provincia, el señor Ángel Castro y Argiz se reconoce y constituye líquido y legítimo deudor del señor Fidel Pino Santos, por la suma de cuarenta y cinco mil pesos que recibe a su entera satisfacción en este acto en un cheque de administración número L ochocientos cuarenta y cuatro fecha dos de los corrientes del señor Pino a cargo

del The Royal Bank of Canadá, en que se obliga a devolver a su acreedor o a quien su derecho hubiere en moneda de los Estados Unidos de Norte América, con exclusión de cualquier otra aunque fuere declarada de circulación forzosa al vencimiento del término de cuatro años, contando desde esta fecha, y a contribuirle mientras no devuelva dicha cantidad que se entiende en calidad de préstamo con el interés del diez por ciento anual, pagadero en el domicilio del acreedor por semestres vencidos, quedando obligado el deudor a pagar la cantidad prestada de la siguiente forma: Quince mil pesos el primer año, y diez mil pesos cada uno de los subsiguientes años, con deducción proporcional del interés convenido por las cantidades que se entreguen; entendiéndose que si se dejaren de satisfacer con puntualidad el interés y cuotas convenidas, además de poder ejercitar el acreedor anual cualquier otro derecho, estará a su arbitrio declarar vencido el contrato y reclamar judicialmente la devolución de la cantidad prestada y el pago de los intereses vencidos y por vencer, bastando la manifestación que haga el acreedor a ese respecto para que dé curso el procedimiento judicial. Don Ángel, además de la obligación personal que contrae para el cumplimiento de este contrato, constituye primera hipoteca expresa y voluntaria sobre los inmuebles de las sgtes. descripciones y enumera fincas... (las que han sido descritas en todas las escrituras y referencias anteriores).

-20 de Julio de 1923, ante Mariano Leocadio Dou y Pullés, abogado y notario público, colegiado y con residencia en Mayarí, el Sr. José Reyes y Hernández cede

a favor del Sr. Castro todos los derechos y acciones resultantes de la escritura número cuarenta y seis a favor del primero, por el precio de Quinientos pesos moneda oficial que confiesa tener recibido el cesionario por cuya razón el Sr. Reyes le otorga la correspondiente Carta de Pago. (en esta escritura firman como testigos Fidel Pino Santos, vecino de Banes, y Dr. Jonas Galán y Breal, vecino de La Habana).

-26 de Abril de 1924, ante el doctor Ernesto Gavinet y Horruitiner, abogado y notario público colegiado con residencia en Santiago de Cuba, don Ángel Castro Argiz establece, por un período de 20 años o zafras – comenzando por la de 1924-1925 y culminando por la de 1944-1945-, un convenio o contrato de servidumbre de paso, molienda de caña, refacción agrícola y otros, con la Compañía Warner Sugar Corporation, sociedad anónima constituida y domiciliada en New Jersey, Estados Unidos de América. En el acto comparecen don Fidel Pino Santos (como acreedor de don Ángel y poseedor de hipoteca sobre las fincas siempre reseñadas en las escrituras). En relación con Fidel Pino Santos se establecen pagos de intereses por préstamos hasta el año de 1928, en la oficina de Pino Santos en el central Miranda) y el señor Rogelio de Armas y Herrera, natural de La Habana, vecino de Miranda, municipio de Palma Soriano, como apoderado sustituto de la “Warner Sugar Corporation”.

-20 de Julio de 1933, ante el doctor Eduardo Vinent y Juliá, abogado y notario público, colegiado con residencia y estudio abierto en Santiago de Cuba, don Ángel Castro Argiz se reconoció deudor de Fidel

Pino Santos por la cantidad de ciento veinte mil pesos oro moneda acuñada de los Estados Unidos de Norte América, cuya suma se obligó a devolverla al vencimiento del término de cinco años, a contar desde aquella fecha prorrogable a cinco años más y a contribuirle, mientras no efectuara su devolución con el interés convenido del ocho por ciento anual, pagadero por mensualidades vencidas en el domicilio del acreedor... En garantía del pago del principal de sus intereses y de cuatro mil pesos más que se consignaron para gastos..., el deudor constituyó segunda hipoteca voluntaria sobre los inmuebles descritos (fincas) Además, Ángel Castro considerando que le es de todo punto imposible satisfacer al señor Pino Santos, el importe de su acreencia, cede en pago las fincas hipotecadas que están refundidas en la No. 771 del municipio de Mayarí.

-20 de Julio de 1951, por escritura de compraventa, ante del doctor Mario Norma Hechavarría, abogado y notario público, colegiado con residencia y estudio abierto en la ciudad de Santiago de Cuba, el señor Raúl Fabio Pino Martínez, en carácter de apoderado de los señores Fidel Pino Santos, y Fidel Teofredo, Mario José, Delia Vicenta, María Luisa, Esther Zenayda, Sara Alicia y de Georgina Fidelina, vende la colonia Manacas, completamente libre de gravámenes con sus edificaciones, cercas, plantaciones y demás anexidades, por el precio de noventa y seis mil trescientos cincuenta y tres pesos y ocho centavos moneda nacional, a don Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, quienes aceptan a su favor la escritura y sus efectos por ajustarse a lo convenido.

En enero de 1913, se abrieron las puertas del país a la inmigración antillana (p. 76).

En *Documentos para la historia de Cuba*, de Hortensia Pichardo, aparece lo relativo a este tema bajo el acápite «Para abaratar la producción azucarera a beneficio de las empresas norteamericanas, autorización para introducir braceros antillanos». También en el Archivo de Oriente, en la actualidad Archivo Provincial de Santiago de Cuba, se encontraron comunicaciones, documentos, información de prensa y papelería diversa que refieren el tráfico de antillanos.

Sobre las costumbres sociales, culturales y alimentarias, los investigadores de la Casa de Iberoamérica de Holguín ofrecieron a la autora una pormenorizada explicación que le permitió recrear los ambientes y la vida de los haitianos y jamaicanos en Birán.

La especialista de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, Nelsy Babel Gutiérrez, descendiente de haitianos; realizó una búsqueda muy útil sobre las deportaciones de este grupo humano. Una parte de este resumen se transcribe a continuación:

La inmigración masiva de antillanos comenzó en 1913 cuando el gobierno de José Miguel Gómez autorizó a la Nipe Bay Company, a su entrada.

En el año 1921 habían entrado al país 150 000 haitianos y jamaicanos (mano de obra barata).

De acuerdo con el artículo 1 de la Ley del 3 de agosto de 1917 debieron ser repatriados en febrero de 1922, al cumplirse dos años de la aprobación por el Congreso cubano del Tratado de Paz de Versalles.

El 18 de mayo de 1922 el Congreso dictó una ley derogando la del 3 de agosto de 1917, y que realmente no se cumplía porque entraban al país anualmente millares de trabajadores antillanos.

Por el Decreto 1404 de 20 de julio de 1921 se ordenó la repatriación de los braceros antillanos.

Se determinó reembarcar por cuenta del Estado a los braceros procedentes de Haití y Jamaica, contratados para la producción azucarera, al amparo de la Ley de inmigración de agosto 3 de 1917 por constituir una carga pública para la nación. (Ver la *Gaceta Oficial* del 22 de julio de 1921).

La Ley de Inmigración de 3 de agosto de 1917 autorizaba la introducción de braceros con la condición de que no constituirían una carga pública y serían reembarcados al terminar sus labores. Las compañías no se ocupaban del destino de esos trabajadores una vez concluida la zafra y mucho menos estaban dispuestos a afrontar el gasto del reembarque a su país de origen. El 18 de Octubre de 1933, el gobierno provisional de los 100 días dictó el Decreto No. 2232, ordenando la repatriación de todos los extranjeros desocupados o que se encontraran ilegalmente en el país, y el 20 de diciembre del mismo año se dicta el Decreto 3289, en el cual se concedía un crédito de 20 000 pesos para cubrir los gastos de los extranjeros menesterosos e indigentes, a quienes el gobierno consideraba necesario enviar a sus respectivos países. Salieron por diferentes puertos del país. Entre los barcos que los transportaban estaba el San

Luis. El Secretario de Gobernación supervisaría la repatriación.

En el año 1939 existían en Cuba 25 000 antillanos a quienes el gobierno decidió reembarcar (...)

La niña de ojos negros y labios finos como los de su madre, heredó el nombre de su padre (p. 85).

Transcribimos la copia literal de la certificación de nacimiento de Ángela María Castro Ruz:

Registro del Estado Civil Provincial Holguín

Certifico: Que al folio 277 del Tomo Duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así: Al margen: ÁNGELA MARÍA CASTRO RUZ. Número de la Inscripción 277. En Cueto, provincia de Oriente, a las nueve de la mañana del día once de Diciembre de mil novecientos cuarenta y tres, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Alberico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de una hembra de raza blanca ocurrido a las tres de la tarde del día dos de Abril de mil novecientos veinte y tres en Birán, de este Término, es hija de Ángel Castro Argiz, y de Lina Ruz González, naturales de Lán cara, Lugo, España y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, agricultor y, su casa, respectivamente, él ciudadano cubano, y vecinos de Birán; que es nieta en línea paterna de Manuel y Antonia, naturales de Lán cara, Lugo,

España, casados, blancos, labrador y su casa y ya difuntos; y en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, casados, blancos, labrador y su casa, y vecinos de Birán y que a la inscripta se le puso por nombre Ángela María.

Esta inscripción se practica en virtud de la declaración personal del padre del inscripto, al amparo de la Ley de 15 de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, publicada en la Gaceta Oficial del diez y siete del mismo año y Resolución del Director General de los Registros y del Notariado de fecha quince de noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencian como testigos Antonio Casaus Sánchez, natural de Holguín mayor de edad, de estado casado, ocupación Procurador y vecino de Cueto y Armando Jiménez Reyes, natural de Mayarí, mayor de edad, de estado casado, ocupación empleado y vecino de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma del señor Juez, los testigos y el declarante de que certifico. Aparece -Firma rubricada A. Castro. -Sello del Juzgado. (...)

Volvió a repetirse la historia con el nacimiento de un varón de trece libras a quien llamaron Ramón Eusebio (p. 85).

La copia literal de la certificación de nacimiento de Ramón Eusebio Castro Ruz expresa:

Registro del Estado Civil Provincial Holguín

Certifico: Que al Folio. 278 del Tomo Duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción que copiada literalmente dice así:

Al margen: RAMÓN EUSEBIO CASTRO RUZ. Número de la Inscripción 278. En Cueto, Provincia de Oriente a las nueve y treinta de la mañana del día once de Diciembre de mil novecientos cuarenta y tres, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Alberico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de un varón de raza blanca, ocurrido a las siete de la mañana del día catorce de Octubre de mil novecientos veinte y cuatro, en Birán, de este Término; es hijo de Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, naturales de Láncara, Lugo, España y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, agricultor y su casa y vecinos de Birán; que es nieto en línea paterna de Manuel y Antonia, naturales de Láncara, Lugo, España, casados, blancos, labrador y su casa, y ya difuntos; y en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, casados, blancos, agricultor y su casa, y vecinos de Birán. Y que el inscripto se nombra Ramón Eusebio. Esta inscripción se practica en virtud de declaración personal del padre del inscripto, al amparo de la Ley de quince de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, publicada en la Gaceta Oficial del día diez y siete del mismo año, y Resolución del Director de los Registros y del Notariado de fecha quince de Noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencian como testigos Antonio

Casaus Sánchez, natural de Holguín, mayor de edad, de estado casado, ocupación Procurador y vecino de Cueto y Armando Jiménez Reyes, natural de Mayarí, mayor de edad, de estado casado, ocupación empleado y vecino de Cueto.—Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren conveniente, se estampó el Sello del Juzgado y la firma del Señor Juez, los testigos y el declarante de que certifico.—Aparece firma (rubricada). -A. Castro. -Firma (rubricada) Sello del Juzgado.

Nota: La persona a que contrae la presente contrato matrimonio con Aurora de la Fe Castelló Valdivia, según consta al folio 447 del Tomo 3 Cueto. 20 de noviembre de 1944.—Firma (rubricada). - Sello del Registro.

El contrato de molienda establecía su obligación de entregar (...) todas las cañas sembradas y por sembrar en terrenos destinados para ese cultivo en su finca (p. 87).

Los datos de la producción en arrobas de caña, localizados en el *Anuario Azucarero de Cuba*, correspondiente a los años entre 1949 y 1958, son reveladores:

Año 1949. Colono Ángel Castro. Fincas: Sao Corona, Daumy, Hevia. Producción: 1, 575, 340 @.

Año 1950. Colono Ángel Castro. Fincas: Sao Corona, Daumy, Hevia. Producción: 1, 229, 172 @.

Año 1951. Colono Ángel Castro. Fincas: Varias. Producción 1, 135, 656 @.

Año 1952. Colono Ángel Castro. Fincas: Varias. Producción 1, 236, 468 @.

Año 1953. Colono Ángel Castro. Fincas: Varias. Producción 1, 215, 580 @. Colono Ángel Castro. Finca Manacas. Producción 2, 161, 576 @.

Año 1954. Colono Raúl Castro Ruz. Finca Manacas. Producción 1, 143, 672 @.

Año 1955. Colono Raúl Castro Ruz. Finca Manacas. Producción 1, 229, 172 @.

Año 1956. Colono Ángel Castro Argiz. Finca Manacas. Producción 1, 947, 540 @.

Año 1957. Colono Ramón Castro Ruz. Finca: Varias. Producción 599, 940 @.

Colono Ángel Castro Argiz. Finca Manacas. Producción 1, 060, 760 @.

Año 1958. Colono Ramón Castro Ruz. Finca: Varias. Producción 2, 284 039 @.

a las dos en punto de la madrugada del 13 de agosto de 1926, nació Fidel Alejandro Castro Ruz un niño vigoroso de doce libras de peso (p. 92).

Transcribimos una copia literal, solicitada en 1997 de la certificación de nacimiento de Fidel Alejandro Castro Ruz dice así:

Certifico: Que al folio número 279 del Tomo Duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción que copiada literalmente dice así:

Al margen: FIDEL ALEJANDRO CASTRO RUZ
V.B. Número de la Inscripción 279.

En Cueto, Provincia de Oriente a las diez de la mañana del día once de Diciembre de mil novecientos

cuarenta y tres ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Alberico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de un varón de raza blanca, ocurrido a las doce de la mañana del día trece de Agosto de mil novecientos veinte y seis en Birán, de este Término; es hijo de Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, naturales de Láncara, Lugo, España, y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, agricultor y su casa y vecinos de Birán; que es nieto en línea paterna de Manuel y Antonia, naturales de Láncara, Lugo, España, casados, blancos, labrador y su casa, ya difuntos; y en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, mayores de edad, casados, blancos, labrador y su casa y vecinos de Birán.

Que al inscripto se le puso por nombre Fidel Alejandro.

Esta inscripción se practica en virtud de declaración personal del padre del inscripto, al amparo de la Ley de quince de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, publicada en la Gaceta Oficial del día diez y siete del mismo año y Resolución del Director de los Registros y del Notariado de fecha quince de noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencian como testigos Antonio Casaus Sánchez natural de Holguín mayor de edad, de estado casado, ocupación Procurador y vecino de Cueto y Armando Jiménez Reyes natural de Mayarí mayor de edad, de estado casado, ocupación empleado y vecino de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma del señor Juez, los testigos y el declarante de que certifico. Aparece firma (rubricada). Firma A. Castro. -Firma (rubricada). -Firma (rubricada). -Firma (rubricada). -Sello del Registro.

Nota: Doctor Amador Rodríguez, digo Ramírez Sigas, Juez Municipal de Cueto y su demarcación y Encargado del Registro Civil del mismo, certifico: Que al margen de inscripción de nacimiento, digo, que la persona a que se refiere esta inscripción contrajo matrimonio civil ante el Notario de Mayarí, Dr. Amado R. Sigarreta García, el día, digo, de la ciudad de Banes, Rafael Portuondo del Pino, el día once de octubre de mil novecientos cuarenta y ocho con Mirta Francisca de la C. Díaz Balart Gutiérrez, según consta al Folio ciento treinta y cinco del Tomo Veintidós de la Sección de Matrimonios del Registro Civil de Banes y en cumplimiento del Art. 21 de la Ley del Registro Civil se extiende la presente en Cueto, a diez y siete de noviembre de mil novecientos cuarenta y ocho.

Nota: Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Mcpal y Encargado del Registro Civil de Cueto y su demarcación, certifico: Que el vínculo matrimonial a que se refiere la nota marginal anterior, quedó disuelto por sentencia de diez y ocho de junio de mil novecientos cincuenta y cinco. Juez de Primera Instancia Oeste Habana y en cumplimiento del Art. 21 L.R.C., expido la presente en Cueto a seis de Diciembre de mil novecientos cincuenta y cinco.

Aunque el notario apunta “doce de la mañana”, por escrituras anteriores y tradición oral familiar, los testimonios coinciden en señalar las dos de la madrugada del 13 de agosto de 1926 como la hora del nacimiento de Fidel. Además parece un error del escribano. En español la usanza es decir: “dos de la mañana” o “doce del día”; nunca “doce de la mañana”, como aparece en la última inscripción.

Sobre sus inscripciones de nacimiento, en la Cronología que consta en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, se incluyen los siguientes datos:

Fidel fue inscripto tres veces en el Juzgado Municipal de Cueto.

La primera inscripción de nacimiento con Tomo 10, Folio 258, se realizó el 11 de enero de 1938, con el nombre de Fidel Casiano.

En la segunda inscripción realizada el 10 de mayo de 1941, con Tomo 14, Folio 129, aparece con el nombre de Fidel Alejandro.

El 11 de diciembre de 1943, con Tomo 16, Folio 279, fue asentada la última inscripción de nacimiento también con el nombre de Fidel Alejandro.

Fidel fue bautizado en la Iglesia de la Catedral de Santiago de Cuba, a la edad de ocho años, con el nombre de Fidel Hipólito Ruz González. Recuérdese que el bisabuelo materno se llamaba Francisco Hipólito.

La transcripción literal del documento expresa:

El Infrascrito CURA PARROCO de la Parroquia de la Santa Iglesia Catedral, Ciudad y Arzobispado de Santiago de Cuba.

Certifica: Que en el libro CUARENTA Y DOS de BAUTISMOS al folio 153 vto. y No. 1219 se halla la partida siguiente:

«En la Parroquia de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y Arzobispado de Santiago de Cuba, a diez y nueve de Enero de mil novecientos treinta y cinco fue bautizado FIDEL HIPÓLITO, que nació en Birán el trece de Agosto de mil novecientos veintiséis, hijo de Lina Ruz González, natural de Pinar del Río, abuelos maternos: Francisco y Dominga. Padrinos: Luis Alcides Hibbert y Emerenciana Feliú. Juan José Badiola. Rubricado.» NO HAY NOTA MARGINAL (...)

Castellanos, el farmacéutico, venía de San Andrés, en Holguín (p. 100).

La historia de la familia y de la farmacia de Castellanos en Marcané, está basada en una entrevista realizada en 1997 a Baudilio Castellanos, hijo del farmacéutico de Marcané y compañero de estudios y de lucha de Fidel en la Universidad, quien además fue abogado defensor de los moncadistas en 1953.

El 8 de junio de 1929, Fidel sin cumplir los tres años, miró con asombro las fotografías en las paredes, las estampas religiosas y las velas encendidas del funeral (p. 102).

Esta parte de la narración está inspirada en un testimonio del propio Comandante en Jefe Fidel Castro, quien reconoce en esos recuerdos, los primeros que guarda su memoria.

La fecha exacta en que murió la hermana de Lina, Antonia Ruz González, pudo conocerse por los

testimonios de sus hijas Clara y María Antonia Soto Ruz, entrevistadas en La Habana y Camagüey, respectivamente, en los años 1997 y 1998. En 1929, las niñas fueron a vivir con su tía Lina. A Clara, Fidel la recuerda bien porque era más o menos de su misma edad. María Antonia estuvo con Lina poco tiempo, pues cuando Lina viajó a Santiago para operarse de apendicitis, la niña era tan pequeña, que tuvieron que dejarla al cuidado de la abuela doña Dominga, con quien se quedó definitivamente.

El gobierno de Machado había decretado en mayo de 1926, la restricción azucarera y con la adversidad económica sobrevinieron también todas las calamidades inimaginables (p. 103).

En el libro *Documentos para la historia de Cuba*, de Hortensia Pichardo, se publica la Ley de restricción del período de zafra, de la cual incorporamos algunos artículos, que ilustran la situación económica de la época.

Artículo I: Las labores para la zafra en los Ingenios que constituyen la Industria Azucarera, durante los años mil novecientos veinte y seis a mil novecientos veinte y siete y mil novecientos veinte y siete a mil novecientos veinte y ocho, no podrán empezar antes de las fechas que señale el Poder Ejecutivo atendiendo a circunstancias de manifiesta conveniencia para esta industria y de las condiciones climatológicas de las distintas Provincias o Zonas Azucareras.

(...) Los Ingenios quedan obligados a moler proporcionalmente las cañas de sus colonos y las propias,

de manera que en el noventa por ciento de su estimado se comprenda la parte proporcional que corresponde a todos y cada uno de los colonos del Ingenio, de acuerdo con la mayor o menor capacidad de cada colonia, en cuya proporcionalidad entrará también la caña del Ingenio.

Artículo IV: El Poder Ejecutivo (...) previo el cálculo de la producción de cada Ingenio, atendiendo al promedio de los tres estimados de zafra que considere más completos y fidedignos, así como a cualquiera otra circunstancia o factor especial, declarará y fijará cuál es el estimado de cada Ingenio, este año, a los efectos de esta Ley.

Artículo V: En el caso de que el Poder Ejecutivo resuelva (...) la reducción de las zafras de mil novecientos veinte y seis a mil novecientos veinte y siete y de mil novecientos veinte y siete a mil novecientos veinte y ocho, o alguna de las dos, se tomará como base para la misma, el estimado que de cada Ingenio haga la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo de acuerdo con informe hecho por personal técnico y que pondrá en vigor el Poder Ejecutivo (...)

La fecha en la pizarra indicaba el mes de septiembre de 1930 (p. 108).

En visita a Birán, el 15 de agosto de 1996 con motivo de su setenta cumpleaños, el Comandante recordó sus primeros años escolares, la fecha anotada en la pizarra, señaló su puesto en la clase y evocó a sus primeros maestros, su conducta en el aula, los conocimientos iniciales, sus amigos de entonces, y todo lo que significaron para él.

Aunque asistía a clases desde antes, el 5 de enero de 1932 lo inscribieron por primera vez y con carácter oficial en la pequeña escuela (p. 111).

En la cronología existente en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, consta en las páginas del registro escolar de las que ofrecemos los siguientes datos:

5 de enero de 1932,

segundo período del curso escolar 1931-1932.

Fidel, con cinco años, es inscripto oficialmente en el primer grado de la Escuela Rural Mixta No. 15. Aparece en el libro de Inscripción con seis años, pero en realidad tenía cinco y medio, ya que cumpliría los seis en agosto. En esa fecha, sus hermanos Ángela y Ramón ya eran alumnos de la escuela. La maestra se llamaba Eufrasia Feliú Ruiz. Estudiaron con él:

Pedro Guevara, Luis Soto, siete años; Carlos Manuel Falcón, seis años; Pascual Rodríguez, seis años; Ramón Castro, siete años.

28 de abril de 1932,

tercer período del curso escolar 1931-1932.

Fidel continúa el primer grado en la misma escuela de Birán. Entre los alumnos se encontraban:

Pedro Guevara, siete años; Luis Lid Colón, siete años; Rolando Lid Colón, ocho años; Pedro Rodríguez, siete años; Ramón Castro, siete años.

Incluimos los nombres de algunos de los condiscípulos de Fidel en la pobre y pequeña escuela, porque de la

profunda amistad con ellos surge también su enorme sensibilidad hacia los humildes: primero los del batey, después los de toda Cuba y en una dimensión aún mayor los pobres, olvidados y desposeídos del mundo.

Otras veces recordaba ensimismado las emociones vividas en casa, cuando el nacimiento de Raúl Modesto, que evocaría con sentimientos de angustia y felicidad. (p. 111).

Transcribimos la copia literal de la certificación de nacimiento de Raúl Modesto Castro Ruz. Bajo el título de Registro del Estado Civil Provincial de Holguín aparece la siguiente escritura:

Certifico: Que al folio 280 del Tomo Duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así:
Al margen: RAÚL MODESTO CASTRO RUZ. Número de la Inscripción 280. En Cueto, Provincia de Oriente, a las diez y treinta del día once de Diciembre de mil novecientos cuarenta y tres, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Albérico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de un varón de raza blanca, ocurrido a la una de la tarde del día tres de Junio de mil novecientos treinta y uno en Birán, de este Término; es hijo de Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, naturales de Láncara, Lugo, España y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, labrador y su casa, y vecinos de Birán; que es nieto en línea paterna de

Manuel y Antonia, naturales de Lán cara, Lugo, España, casados, blancos, labrador y su casa, y ya difuntos; en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, casados, blancos, labrador y su casa y vecinos de Birán. Y que el inscripto se nombra Raúl Modesto.

Esta inscripción se practica en virtud de la declaración personal del padre del inscripto, al amparo de la Ley de quince de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, publicada en la Gaceta Oficial del día diez y siete del mismo año, y de la Resolución del Director de los Registros y del Notariado de fecha quince de Noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencia como testigos Antonio Casaus Sánchez, natural de Holguín, mayor de edad, de estado casado, ocupación Procurador y vecino de Cueto y Armando Jiménez Reyes, natural de Mayarí, mayor de edad, de estado casado, ocupación empleado y vecino de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma del Señor Juez, los testigos y el declarante de que certifico.

Aparece firma (rubricada). -Firma (rubricada). -Firma (rubricada). -Firma A. Castro. Firma (rubricada). -Sello del Juzgado.

Nota: Dr. Avelino Riverón Pérez, Juez Municipal de Cueto y su demarcación y Encargado del Registro Civil del mismo. Certifico: Que la persona a que se

refiere la presente inscripción contrajo matrimonio civil ante el notario Doctor Pedro Manuel Bergues Puig, el día 26 del mes de Enero del mil novecientos cincuenta y nueve con la señorita Vilma Lucila Espín Guillois, según consta en el Tomo diez y nueve del folio ciento setenta y uno de la Sección de Matrimonios del Registro Civil de El Cobre.- Y en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo veinte y uno de la Ley del Registro Civil, se extiende la presente en Cueto, a cinco de marzo de mil novecientos cincuenta y nueve. -Firma J. Zayas. -Sello del Registro.

Nota: Para rectificar en la nota que antecede que se consignó por error que el Notario actuante fue el Doctor Pedro Manuel Bergues Puig, cuando lo cierto y verdadero es que el Notario actuante lo fue el Doctor Juan Aníbal Escalona Reguera, según consta en el Tomo 19 Folio 171 de la Sección de Matrimonios del Registro del Estado Civil del Cobre.- Holguín 31 de Agosto de 1984. -Certifico.- J. Zayas. Sello del Registro. (...)

Fidel ansiaba escuchar la voz de Lina y sentir la mano del viejo palpándole la cabeza (p. 116).

De la primera estancia en Santiago, son los sentimientos de nostalgia por sus padres, que estremecen al niño. Fidel testimonia sus vivencias del Día de los Reyes Magos, durante tres años distintos, en casa de la maestra Eufrosia Feliú. Recuerda además, la repatriación de los antillanos que tuvo lugar durante el Gobierno de los Cien Días, a finales de 1933, como un suceso muy posterior al momento de su llegada a la ciudad. También rememora los acontecimientos tre-

mendos que marcaron para siempre su visión de la vida de entonces, la muerte de la hermana de la maestra, la ocupación militar del Instituto en la Loma del Intendente, y las explosiones que estremecían la ciudad en horas de la noche.

Según el certificado de defunción que obra en el Registro Civil de Santiago de Cuba al Tomo 47. Defunciones Sur. Folio 93, Acta No. 60, Nieves Feliú y Ruiz, natural de esta vecindad, de treinta y ocho años de edad, médico-cirujano y domiciliada calle Baja de Princesa No. 50, falleció a las 10 de la mañana del día 30 de enero de 1933 en su referido domicilio a consecuencia de cáncer del hígado.

Juana de la Caridad nació el 6 de mayo de 1933
(p. 129).

Transcribimos la copia literal de la certificación de nacimiento de Juana de la Caridad Castro Ruz:

En el Registro del Estado Civil Provincial de Holguín

Certifico: Que al Folio 281 del Tomo Duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción que copiada dice así:

Al margen: JUANA DE LA CARIDAD CASTRO RUZ: H.B. Número de la Inscripción 281. En Cueto provincia de Oriente a las once de la mañana del día once de Diciembre de mil novecientos cuarenta y tres ante el Doctor Amador Ramírez Sigas Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Albérico Gómez de la Torre Secretario, se procede a

inscribir el nacimiento de una hembra de raza blanca, ocurrido a las ocho de la noche del día seis de mayo de mil novecientos treinta y tres en Birán, de este Término; es hija de Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, naturales de Láncara, Lugo, España y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, agricultor y su casa, y vecinos de Birán; que es nieta en línea paterna de Manuel y Antonia, naturales de Láncara, Lugo, España, casados, blancos, labrador y su casa y ya difuntos; y en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, mayores de edad, casados, blancos, labrador y su casa y vecinos de Birán. Y que la inscripta se nombra Juana de la Caridad.

Esta inscripción se practica en virtud de declaración personal del padre de la inscripta, al amparo de la Ley de quince de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, publicada en la Gaceta Oficial del día diez y siete del mismo año, y de Resolución del Director de los Registros y del Notariado, de fecha quince de Noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencian como testigos Antonio Casaus Sánchez, natural de Holguín, mayor de edad de estado casado ocupación Procurador y vecino de Cueto, y Armando Jiménez Reyes, natural de Mayarí, mayor de edad, de estado casado ocupación empleado y vecino de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas, si así lo creyeren conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma del Señor Juez, los testigos y el declarante de que certifico. Aparece firma (rubricada). (...)

Fidel escuchó atento después que apagaron la luz de las lámparas de gas (p. 134).

Los recuerdos de Birán se basan en múltiples testimonios del Comandante en Jefe entre los que destacan: la entrevista concedida a Frei Betto, publicada por la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, bajo el título *Fidel y la religión*, en 1985; evocaciones que forman parte de los fondos de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado; y lo que narró en su cumpleaños setenta, durante el recorrido por Birán.

Los bandoleros asolaban las serranías y maniguales (p. 134).

La historia de bandidos en las inmediaciones de Birán se basa en recuerdos de Angelita y Ramón Castro y de Ubaldo Martínez.

Angelita se acomodó en una butaca de madera torneada (p. 138).

La descripción se realizó a partir de una fotografía de Angelita y Fidel Castro, fechada el 29 de diciembre de 1933, cuando ya habían transcurrido varios meses desde su arribo a Santiago por primera vez.

Los niños no entendían entonces asuntos de política y economía, solo sentían pena de aquellos hombres (p. 142).

Fidel y Angelita recuerdan que Luis Hibbert, cónsul de Haití, esposo de Belén y padrino de bautismo de Fidel, los llevaba a la rada del puerto a despedir el vapor *La Salle*, en que repatriaban a los haitianos.

Sobre Luis Hibbert existe una entrevista publicada, en 1959 cuando tenía setenta y seis años de edad, en la

revista *Bohemia*, con el título «Mi ahijado es hombre mundial, ¿lo duda usted?»

En los inicios de 1935, Fidel matriculó para cursar la segunda mitad del primer grado en el Colegio de los Hermanos La Salle (p. 143).

Según la Cronología del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz que obra en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, documento en el que se relacionan todos sus ingresos y egresos escolares hasta el nivel universitario; tras su primera rebeldía, a fines de 1935, Fidel ingresó interno al Colegio de los Hermanos La Salle.

En Birán esperaban otro alumbramiento y el 2 de enero de ese mismo año de 1935, nació Enma Concepción, a las cinco de la madrugada, con el despuntar del alba y el rocío silvestre abundante y frío descolgándose de las hojas, las flores y el guano de palma cana de los ranchos campesinos (p. 144).

Transcribimos la copia literal de nacimiento de Enma Concepción Castro Ruz:

En el Registro del Estado Civil Provincial de Holguín

Certifico: Que al folio 282 del Tomo duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así:

Al margen: ENMA CONCEPCIÓN CASTRO RUZ.
H.B. Número de la Inscripción 282. En Cueto, provincia de Oriente, a las once y treinta de la mañana del día once de Diciembre de mil novecientos cua-

renta y tres ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Albérico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de una hembra de raza blanca, ocurrido a las cinco de la mañana del día dos de Enero de mil novecientos treinta y cinco en Birán, de este término; es hija de Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, naturales de Láncara, Lugo, España y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, agricultor y su casa, y vecinos de Birán; que es nieta en línea paterna de Manuel y Antonia, naturales de Láncara, Lugo, España, mayores de edad, casados, blancos, labrador y su casa y ya difuntos; y en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, mayores de edad, casados, blancos, labrador y su casa y vecinos de Birán. Y que a la inscripta se le puso por nombre Enma Concepción.

Esta inscripción se practica en virtud de declaración personal del padre de la inscripta al amparo de la Ley de quince de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, publicada en la Gaceta Oficial del día diez y siete del mismo año y Resolución del Director de los Registros y del Notariado de fecha quince de noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencian como testigos Antonio Casaus Sánchez, natural de Holguín, mayor de edad, de estado casado, ocupación Procurador y vecino de Cueto y Armando Jiménez Reyes, natural de Mayarí mayor de edad, de estado casado, ocupación empleado y vecino de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren

conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma el señor Juez, los testigos y el declarante de que certificado (...)

Nota: La persona a quien se refiere esta inscripción contrajo Matrimonio con Víctor J. Lomeli Delgado el día 30 de Abril de 1960 ante el Dr. José M. de lo Z. M. habiéndose inscripto al Folio_____ del Tomo _____ de la Sección de Matrimonios del Juzgado Municipal de Cueto. Y en cumplimiento de lo dispuesto por el Sr. Presidente de esta Audiencia, de conformidad con lo establecido en el Art. 21 de la Ley del Registro Civil, transcribo la presente nota marginal en Holguín, a 3 de Febrero de 1961. - Certificado. -Firma (rubricada). - Sello de la Audiencia. (...)

Carlos Falcón creía capaz a don Ángel de adivinar el paso de un temporal (p. 158).

Todos los recuerdos y anécdotas de campesinos y familiares cercanos se basan en entrevistas que forman parte de los fondos de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, o en conversaciones sostenidas por la autora con los protagonistas en Birán y en el cercano poblado de Hevia, durante los años 1997 y 1998.

la profesora Emiliana Danger Armiñán, impresionó a Fidel (p. 174).

Al hablar de esa maestra especial se tuvieron en cuenta los recuerdos de Guillermo Alonso Fiel, de la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, y de Elsa Montero, especialista de la Oficina de Asuntos Históricos, quienes la conocieron personalmente. También fue muy interesante un material fílmico que forma parte de los fondos del Grupo

de Video de la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, y donde la maravilla del celuloide guarda la estampa vívida del ser excepcional que ella fue.

De Birán, Lina no podía viajar a verlo porque había dado a luz a Agustina del Carmen (p. 177).

Transcribimos la copia literal de la certificación de nacimiento de Agustina del Carmen Castro Ruz:

En el Registro del Estado Civil Provincial de Holguín

Certifico: Que al folio 283 del Tomo Duplicado número 16, correspondiente a la Sección de Nacimientos del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así:

Al margen: AGUSTINA DEL CARMEN CASTRO RUZ: H.B. Número de la inscripción 283. En Cueto, provincia de Oriente a las doce de la mañana del día once de Diciembre de mil novecientos cuarenta y tres ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Albérico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de una hembra de raza blanca, ocurrido a las cuatro de la tarde del día veinte y ocho de Agosto de mil novecientos treinta y ocho, en Birán, de este Término; es hija de Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, naturales de Láncara, Lugo, España, y Mayarí, Cuba, mayores de edad, blancos, agricultor y su casa y vecinos de Birán. Es nieta en línea paterna de Manuel y Antonia, naturales de Láncara, Lugo, España, mayores de edad, casados, labrador y su casa, y ya difuntos; y en la materna de Francisco y Dominga, naturales de San Juan y Martínez, Pinar del Río, mayores de edad, casados, blancos,

labrador y su casa, y vecinos de Birán. Que la inscrita se nombra Agustina del Carmen.

Esta inscripción se practica en virtud de declaración personal del padre de la inscrita, al amparo de la Ley de quince de Agosto de mil novecientos treinta y ocho publicada en la Gaceta Oficial del día diez y siete del mismo año y Resolución del Director de los Registros y del Notariado, de fecha quince de noviembre de mil novecientos treinta y ocho y la presencian como testigos Antonio Casaus Sánchez natural de Holguín, mayor de edad, de estado casado, ocupación Procurador y vecino de Cueto y Armando Jiménez Reyes, natural de Mayarí mayor de edad, de estado casado, ocupación empleado y vecino de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren conveniente, se estampó el sello del Juzgado y la firma el señor Juez, los testigos y del declarante de que certifico. (...)

En el umbral del colegio se sintió feliz (p. 211).

Esta apreciación está basada en los testimonios del propio Comandante en Jefe y en la lectura de la revista *Ecos de Belén*, publicada por ese centro docente.

Ubaldo Martínez lo afirmaba con frase rotunda y convincente «un hombre se acredita por su vergüenza» (p. 229).

La entrevista concedida por Ubaldo Martínez en 1998 aportó valiosos datos acerca de la vida en

Birán, las costumbres de don Ángel y la confianza que depositaba en sus empleados, así como el respeto y cariño que se ganó entre ellos.

el más renombrado y reconocido como adelanto tecnológico era el fusil Máuser (p. 237).

Los datos acerca de los rifles Remington, Winchester y Máuser fueron tomados del sitio en Internet del Museo Histórico Militar de Valencia, de la sección referida al Armamento Ligero, Vitriñas No. 1 y 2.

El 27 de septiembre de 1945, Fidel matriculó en la Universidad de La Habana como aspirante al título de Doctor en Derecho y Contador Público (p. 240).

Las referencias a sus luchas en la Universidad de La Habana se basan en el discurso del Comandante en Jefe, pronunciado con motivo del inicio del Curso Escolar 1995-1996 y sus cincuenta años de vida revolucionaria, iniciada en la Facultad de Derecho, en un acto efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 4 de septiembre de 1995. Las páginas de «Tempestad» recogen entre otros testimonios el que ofreció el Comandante en Jefe durante la visita a Birán, el 15 de agosto de 1996. También se consultó «El Quijote de la Universidad», material publicado en el periódico *Juventud Rebelde*, escrito por Luis Báez Delgado, en septiembre de 1995.

El patronato del Grupo Guamá contaba con el apoyo de Fidel desde el 4 de febrero de 1946 (p. 241).

Esta afirmación se fundamenta en los documentos que guarda la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado y se complementa con algunas de las

páginas de apuntes del «Diario del doctor René Herrera Fritot», quien impartía cursos de Antropología Jurídica en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana, asignatura por la cual Fidel fue electo Delegado.

El 4 de julio, don Ángel solicitó el pasaporte y el siete de ese mismo mes de 1947, firmó la autorización de viaje (p. 257).

Según los datos que ofrece la Cronología del Comandante en Jefe Fidel Castro, en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, el 4 de julio de 1947, Ángel Castro Argiz solicitó al Ministerio de Estado se tramitara el pasaporte de su hijo Fidel Castro Ruz para trasladarse a los Estados Unidos.

La petición fue atendida por el doctor Rubén Acosta y Carrasco, abogado con bufete en la calle Aguiar No. 362, altos.

Allí vivía Rafael Guzmán, el farero del cayo, compadre de don Ángel (p. 260).

El recuento de cómo Fidel llegó a Cayo Saetía y finalmente a Birán, al regreso de la frustrada expedición a República Dominicana, se inspira en los testimonios del propio Rafael Guzmán, publicados por el periodista e investigador Aldo Isidró del Valle, con el título «Lalo, el guardafaro de Cayo Saetía, un hombre de palabra», en *Antes del Moncada*, de un Colectivo de autores. Colección Pablo de la Torriente, La Habana, 1989. También en los recuerdos que ha hilvanado el Comandante en Jefe en numerosas oportunidades.

Ya en Bogotá donde pienso permanecer algunos días puedo sentarme tranquilamente a escribirles (p. 267).

Según el Expediente de Pasaporte que consta en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, el 17 de marzo de 1948, Fidel Castro solicita al señor Ministro de Estado, que se le expida pasaporte para viajar al extranjero. El documento dice:

(...) que el Sr. Fidel Castro, vecino de Calle 19 No. 104, apto 7, ciudadano cubano, jura encontrarse en posesión de ese estado político y teniendo que ausentarse para el extranjero, ruega a Ud. se sirva expedirle Pasaporte conforme a las disposiciones legales vigentes. Al efecto consigna para que haga constar en dicho documento (...)

A continuación aparecen datos de los padres, lugar de nacimiento, etc., y especifica: «La condición de ciudadano cubano del solicitante resulta acreditada con mi certificado de nacimiento. Firma Fidel Castro.»

Ese mismo día se expide el pasaporte al señor Fidel Castro Ruz. «Con esta fecha y con el número 5159 se ha expedido el Pasaporte dispuesto en el Decreto fue expedido por el Jefe del Negociado del Pasaporte Sr. Francisco Ugarte.»

Al día siguiente, al recibir su pasaporte para viajar al extranjero anotó:

«Recibí el pasaporte a que se contrae la anterior nota y hago constar que la fotografía fijada en este pasaporte es una las dos de mi persona que entregué cuando firmé mi petición.

Firma Fidel Castro Ruz.»

A la una de la mañana se había quedado solo en la colina fortificada con catorce balas, en una batalla perdida (p. 273).

En «Máuser» se recuentan los sucesos y nos basamos en el conocido libro *El Bogotazo*; en un trabajo, también de Arturo Alape, sobre la estancia de Fidel en Panamá; en *Antes del Moncada*, de la Colección Pablo de la Torriente Brau; y en una conversación sostenida por el Comandante con el escritor colombiano Gabriel García Márquez, el 15 de agosto de 1996, en la ciudad de Holguín, durante el viaje al entrañable Birán.

Para Fidel, Gaitán representaba una fuerza progresista con muchas probabilidades de éxito (p. 274).

Para escribir lo relacionado con la figura histórica de Jorge Eliécer Gaitán se consultaron diversos materiales, la Oración de la Paz, por ejemplo, análisis sobre los partidos políticos en Colombia y apuntes biográficos, fotos, y planas de los diarios de aquella época: *El Liberal*, *Jornada*, *El Tiempo*, y *La Patria*, entre otros, así como evocaciones del Comandante en Jefe de su encuentro con Jorge Eliécer Gaitán.

En la residencia (...) tuvo lugar la boda civil de Myrta con Fidel Alejandro, de veintidós años, el 11 de octubre de 1948, un día antes de la ceremonia religiosa (p. 279).

Transcribimos la copia literal de la certificación de matrimonio de Fidel Alejandro Castro Ruz con Myrta Francisca Díaz Balart y Gutiérrez:

En Registro del Estado Civil Provincial de Holguín que refiere:

Orfelina Batista Rojas, Registradora del Registro del Estado Civil Provincial de Holguín.

CERTIFICO: Que al folio 135 del Tomo Duplicado número 22, correspondiente a la Sección de Matrimonios del Registro Civil de Banes, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así:

Al margen: FIDEL ALEJANDRO CASTRO RUZ CON MYRTA FRANCISCA DE LA CARIDAD DÍAZ BALART Y GUTIÉRREZ. Número de la inscripción 81. En Banes, provincia de Oriente siendo las tres de la tarde del día diez y ocho de Octubre de mil novecientos cuarenta y ocho, el Doctor Juan Manuel Mestre Tamayo, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil, por ante mí José Pérez González, Secretario; dispuso se proceda a dar cumplimiento a lo dispuesto en el Artículo ciento cuarenta del Código Notarial, haciéndose constar que: Fidel Alejandro Castro Ruz, natural y vecino de Mayarí, ciudadano cubano mayor de edad, soltero y estudiante; y Myrta Francisca de la Caridad Díaz Balart y Gutiérrez natural y vecina de Banes, ciudadana cubana de veinte años de edad, soltera y estudiante; han contraído matrimonio el día once de Octubre de mil novecientos cuarenta y ocho, ante el Notario de esta Ciudad, Doctor Rafael Portuondo del Pino, según testimonio de escritura número ciento noventa; siendo testigos Joaquín Suárez Pérez, Marjorie Skelly, A. Villoch, Antonio Varona Guzmán, Mario Fraga Zaldívar, Eulalia Carol Franco, Tomás Pedro Sánchez, Santiago Estevez Bou, Ramón Castro Ruz y Eduardo Franco Ballet, mayores de edad. Todo lo cual consta de dicho testimonio de escritura y del expediente original que ha sido presentado en este Registro Civil donde queda archivado. Y para que conste se extiende la presente que firma el señor Juez, por ante mí que certifico. (...)

A principios del propio año 1949, las fuerzas policiales habían disparado contra el recinto universitario (p. 283).

La policía inicia el expediente No. 1-A-957, relativo a las actividades de Fidel Alejandro Castro Ruz, el 1 de enero de 1949, pero la información se remonta al 22 de enero de 1948, y se extiende hasta el 21 de junio de 1956.

Entre las anotaciones aparecen las referentes a su participación en las manifestaciones estudiantiles en Cienfuegos; en el Bogotazo; las reuniones que tenían lugar en Prado; el asalto al Cuartel Moncada, del que fue considerado autor y participante y por el que se le radicó la causa 37-953; el ser jefe del movimiento insurreccional denominado 26 de Julio; el embarque hacia México; la publicación de manifiestos revolucionarios y la detención de que fuera objeto en ese país.

El nacimiento de su hijo Fidel Ángel, ese día [1 de septiembre] fue una verdadera bendición y una afortunada coincidencia (p. 285).

Con fecha 28 de julio de 1953, aparece en la Cronología del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la Oficina de Asuntos Históricos, la siguiente anotación:

El Juez Municipal del Calvario y encargado del Registro Civil, certifica la Inscripción de nacimiento del hijo de Fidel Castro Ruz.

Documento No. 3, Copia.

El Dr. Buenaventura García Menéndez, Juez Municipal del Calvario y Encargado del Registro Civil del mismo expresa en el documento:

Certifico que en el folio 285, del Tomo 48, de la sección de nacimientos de este Registro Civil a mi cargo, consta la siguiente certificación, digo, acta Número 285. Fidel Ángel Castro y Díaz Balart. -En La Habana, provincia de La Habana, a veinte y ocho de Julio de mil novecientos cincuenta y tres, ante el Dr. Buenaventura García Menéndez, Juez Municipal y de Alberto Alemán y Herrera, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de un varón ocurrido a las 8 de la mañana del día primero de Septiembre de mil novecientos cuarenta y nueve, en Cisneros sin número, a quien se le pone por nombre Fidel Ángel; es hijo de Fidel Alejandro Castro y Ruz y de Myrta Francisca de la Caridad Díaz Balart y Gutiérrez, natural de Birán, Mayarí, Banes, Oriente y vecinos de Calle 17 No. 336, nieto por línea paterna de Ángel y Lina, naturales de España y Ote; y por la materna de Rafael y América, naturales de Santiago de Cuba. Esta Inscripción se practica en virtud del Decreto 1036; publicado en la Gaceta Oficial de 25 de Abril del año actual; y por comparecencia de la madre del inscripto. Son testigos Aramís Taboada Glez. y Federico Touriño Velázquez, mayores de edad y vecinos de Hospital No. 61 y Xifré No. 18. Léida esta acta se estampó en ella el sello del juzgado y la firma del señor Juez, los testigos y la declarante de que certifico. Dr. B. Y Menéndez -Myrta Díaz Balart y Gutiérrez. --Dr. Aramís Taboada. -Santiago Touriño. -Alberto Alemán. Hay un sello. Y a petición de parte interesada, expide la presente en La Habana a siete

de octubre de mil novecientos cincuenta y cuatro. (...)

Después de estudiar en Dolores y cursar un año en Belén, Raúl trabajaba con Álvarez, el tenedor de libros (p. 287).

Esta parte de la narración inspirada en recuerdos de Raúl y de Ramón, a partir de un material que nos facilitó la periodista Susana Lee, en el que reproduce «El Mundo Íntimo de Birán», crónica de Miosotis Fabelo para el programa *Haciendo Radio de Radio Rebelde*, el día 13 de agosto de 1996.

Fidel (...) convenció a Raúl para viajar a la capital, vencer un programa de asignaturas, realizar tres años del Instituto en solo dos, e ingresar en la Universidad en la carrera de Derecho Administrativo (p. 289).

Raúl solicita su matrícula en el Instituto de Administración Pública adjunto a la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Administrativo de la Universidad de La Habana, el 1 de abril de 1950. El documento expresa:

El que suscribe Raúl Castro Ruz de 18 años de edad, vecino de 3ra esq. 2, apto 9, Vedado, No. de teléfono (vacío), solicita su ingreso en el Instituto de Administración Pública de esta Facultad, a cuyos efectos acompaña los documentos que exigen en la convocatoria publicada a dichos efectos y que se detallan al pie de esta instancia. Firma Raúl Castro Ruz.

A continuación se adjuntan dos retratos y la inscripción de nacimiento de 1943. La certificación de nacimiento, copia fiel del original, fue expedida para «el

Señor Fidel A. Castro (...), en Cueto, 2 de Septiembre de 1946».

El ingreso de Raúl Castro a la Universidad fue certificado por el doctor Francis González Pires, Secretario del Instituto de Administración Pública de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, quien acredita que matriculó en el curso académico de 1949 a 1950, en los estudios propios del Instituto de Administración Pública, mediante examen efectuado el día 19 de abril de 1950, habiendo obtenido la calificación de aprobado. La certificación es extendida con fecha 26 de mayo de 1950.

Raúl matricula como aspirante al título de Capacitado en Administración Pública en las siguientes asignaturas: Introducción al Estudio del Estado, Introducción al Estudio de los Problemas Sociales, Elementos de Administración Pública e Introducción a la Historia de las Instituciones Locales en Cuba.

El 9 de septiembre del propio año matricula nuevas asignaturas de la aspirantura: Estadística Aplicada a la Administración, Materia Administrativa, Procesos Administrativos Internos y Elementos del Gobierno Municipal.

En el curso 1950-1951, su solicitud de matrícula, realizada el 10 de mayo de 1951, relaciona los siguientes datos:

Apellidos: Castro Ruz, Nombres: Raúl, natural de Mayarí, Provincia Oriente, de 19 años de edad, de estado soltero, ciudadano cubano y con residencia en la calle San Lázaro No. 1218, Teléfono V-2553, en esta ciudad, (...) matricularse en ese Instituto como aspirante al Título de Capacitado (...) en las asignaturas: Estadísticas Aplicadas a la Administración, Constitución, Principios de Economía Política, Elementos de Legislación Fiscal, Legislación

y Práctica Internacionales, Introducción al Estudio de Comunicaciones y Transportes, Elementos de Legislación Electoral, Elementos de Legislación Obrera.

Para el curso académico 1951-1952, en la solicitud de matrícula de Raúl Castro Ruz aparece:

Birán, soltero, Oriente, 20 años, residente en calle Neptuno No. 914, Teléfono V-2720 en esta ciudad, (...) aspirante al Título de Capacitado en Administración Pública en las siguientes asignaturas: Estadística Aplicada a la Administración, Legislación y Práctica Internacionales, Elementos de Legislación Fiscal, Elementos de Legislación Electoral y Elementos de Legislación Obrera.

La siguiente solicitud de matrícula corresponde al curso 1952-1953, y fechada el 3 de noviembre de 1952, aporta los siguientes datos: «Castro Ruz, Raúl, Oriente, de 21 años de edad, soltero, cubano, con residencia en la calle Neptuno No. 914 teléfono V-2720.»

Raúl inscribe las asignaturas: Estadísticas Aplicada a la Administración, Principios de Economía Política, Legislación y Práctica Internacionales, Administración Fiscal, Organización Electoral y Organización Administrativa del Servicio Exterior de la República.

Inscribía diversas asignaturas para un curso y aquellas que no vencía las volvía a inscribir en el período siguiente. Terminó tres cursos académicos en la Universidad (1949-1950, 1950-51 y 1951-52) y dejó inconcluso el que correspondía a los años 1952-1953 cuando

ya estaba completamente integrado a la lucha revolucionaria.

Las fotografías que acompañan a las solicitudes muestran el crecimiento físico y espiritual del joven Raúl Castro. En las primeras se le ve muy joven y hasta un tanto despreocupado. En la medida que crece y los tiempos van tornándose más difíciles, su rostro aparece más ceñudo, más preocupado y serio.

Con el año despedía también su tiempo de Quijote como estudiante en la colina del Alma Máter (p. 294).

Entre junio de 1948 y septiembre de 1950, es decir, en dos años y tres meses, Fidel Castro Ruz venció más de cincuenta asignaturas, aunque el esfuerzo mayor lo realizó en 1950, según su propio testimonio y el expediente de estudiante universitario. En ese mismo período despliega una intensísima vida política y revolucionaria.

Fidel obtiene el título de Doctor en Derecho, con Folio 98, No. 1275, el 13 de octubre de 1950. En ese mismo mes, matricula de nuevo en la Universidad las tres asignaturas que le faltaban para concluir el Doctorado en Ciencias Sociales, sin embargo, cuando descifra el signo revolucionario de los tiempos decide no continuar sus estudios.

ganaba poco con el trabajo de abogado en el bufete Aspiazo-Castro-Rasende (p. 298).

La incorporación de Fidel Castro Ruz al Colegio de Abogados de La Habana consta en un documento donde el doctor Santiago Rossell Perea, Secretario del Colegio de Abogados de La Habana certifica que según consta en el Libro 6to, Folio 79 del Registro de

Inscripciones de Títulos que se llevan en esa Secretaría a su cargo: (...) «el letrado Dr. Fidel Alejandro Castro Ruz se incorporó a este Colegio el día 10 de Noviembre de 1950».

El Colegio radicaba en Lamparilla No. 114, en la Habana Vieja.

De acuerdo con un testimonio del doctor Aspiazo, este bufete, por gestiones de Gildo Fleitas se trasladó para una habitación, en unas oficinas existentes en la calle Consulado No. 9, en La Habana, donde se reunían los combatientes del Moncada antes del 26 de Julio, cuando necesitaban hacerlo con más discreción que en Prado 109. En esa época, la dirección del Movimiento que se gestaba, también se reunía en calle 25 y O, en el Vedado. Después del Moncada, el bufete se instaló en distintos locales, entre otros en Muralla No. 474 y luego, de nuevo en Tejadillo No. 57, apto 306. Junto al pueblo de Cuba, sus abogados, lograron la amnistía de los presos políticos por los sucesos del Moncada y funcionó hasta que Fidel salió hacia México.

El abuelo murió (...) el 3 de febrero de 1951, un día de lluvias torrenciales y ventoleras (p. 308).

En el Registro del Estado Civil Provincial de Holguín, Orfelina Batista Rojas, registradora de esa institución certifica que:

al folio 230 del Tomo Duplicado número 14, correspondiente a la Sección de DEFUNCIONES del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada dice así:

Al margen: FRANCISCO RUZ VÁZQUEZ. Número de la inscripción 230. En Cueto, provincia de Oriente

a las diez y diez minutos de la mañana del día cuatro de Febrero de mil novecientos cincuentiuno, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Albérico Gómez de la Torre, Secretario, se procede a inscribir la defunción de Francisco Ruz Vázquez, natural de Guane, provincia de Pinar del Río, de ochenta años de edad, hijo de Francisco y Rafaela, vecino de la finca Birán de este Termino, de ocupación campo y de estado casado con Dominga González, que se ignora si deja bienes de fortuna y si otorgó o no testamento, falleció en Birán en el día de ayer a las tres de la tarde, a consecuencia de Síncope Cardíaco la directa y Arterias Clorosis la indirecta, según resulta de Certificación facultativa y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de Birán.-

Esta inscripción se practica en virtud de Antonio Casaus Sánchez, natural de Holguín, mayor de edad y vecino de Cueto, como encargado para ello y la presencian como testigos Esteban Tamayo Sedano y Amando Jiménez Reyes, mayores de edad y vecinos de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran (...) y la firman el señor Juez, los testigos y el declarante (...)

algunas niñas se divertían danzando flores de Carolina como bailarinas (p. 308).

Inspirado en lo que recuerdan quienes viven hace mucho tiempo en las fincas y caseríos de los campos cubanos, donde aún hay niñas que juegan con

las flores de carolina, maravilla, ítamo real, y otras tantas. Conversaron sobre esa costumbre Alberta Pérez y Leonor Pérez, a quienes agradezco la memoria en esos pequeños y trascendentes detalles.

Fidel no sabía qué represalias podría tomar contra él, el teniente Salas Cañizares. Fidel en su condición de abogado, le seguía una causa criminal por el asesinato del joven Carlos Rodríguez (p. 310).

El 5 de septiembre de 1951, el obrero Carlos Rodríguez fue golpeado brutalmente por la policía en San Lázaro y Hospital, cuando regresaba de un mitin en la Universidad de La Habana para protestar contra el aumento del pasaje. Tenía veinticuatro años de edad, era ebanista y vivía en la calle Estrella No. 164, Habitación. No. 10. Murió en la mañana del siguiente día, y su cadáver fue tendido en el Salón de los Mártires de la Federación Estudiantil Universitaria.

En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, consta un testimonio de la madre de Carlos Rodríguez quien nombró al doctor Fidel Castro para denunciar el asesinato de su hijo ante los Tribunales de Justicia. La madre de Carlos recuerda que él, llegó a su casa ensangrentado y que le restó importancia a la lesión que tenía. Ella lo ayudó a lavarse y luego, Carlos se acostó. A las cinco de la mañana del día 6 de septiembre, su hijo se despertó vomitando y le dijo: «Me siento mal, déjame dormir».

La madre logró trasladarlo al Hospital Calixto García, donde le dijeron que debía comprar las medicinas, por lo que tuvo que regresar a su casa para buscar dinero. Los medicamentos le costaron cerca de cinco pesos.

Cuando llegó al hospital, Carlos estaba casi muerto; «el médico me dijo que no había esperanzas. Llegué tarde», se lamentaba la madre después.

Raúl (...), convencido de su adhesión a la lucha y de que su destino personal era incierto y peligroso dio poderes a sus padres (p. 314).

Se refiere a la escritura de Poder que con No. 149 firmó a favor de sus padres Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González y que fue transcrita con anterioridad.

Era una etapa dura, en que la precaria economía del joven abogado tocaba fondo (p. 316).

A lo largo de 1952 y 1953, la situación económica de Fidel Castro era muy difícil, circunstancia que puso a prueba su integridad.

El 6 de julio de 1953, Leopoldo González Santana procurador nombrado por la señora Irminia Fernández, expresaba que obedeciendo instrucciones de su representada establecía demanda de desahucio contra Fidel Alejandro Castro, vecino del apto bajo de la propiedad de mi demandante, en Calle 17 No. 336, entre 18 y 20, Vedado. Ese mismo día, el Juez Municipal de Marianao citaba a Fidel Castro a una comparecencia para el acto del Juicio Verbal sobre la demanda de desahucio. (Fidel fue citado en Samá No. 10, a las 8.00 am del día 16 de Julio de 1953, en esa misma fecha se dicta el fallo: «que debo declarar y declaro con lugar la presente demanda condenando al demandado al desalojo del apto. bajos que ocupa en la calle 17 No. 336, entre 18 y 20. Almendares»).

De ese largo recorrido arribó Raúl al Puerto de La Habana el 6 de junio de 1953 (p. 326).

En la solicitud de pasaporte de Raúl se expresa:

La Habana, 17 de Julio de 1952

Sr. Ministro de Estado

Ciudad

Señor: El que suscribe, Raúl Modesto Castro Ruz, en relación con la solicitud de pasaporte que en esta fecha formula, hace constar que piensa dirigirse a la ciudad de Dinamarca, jurando hacer su presentación ante el cónsul de Cuba en dicho país, según la vigente Ley del Servicio Militar Obligatorio. De Ud. atentamente. Firma Raúl Castro Ruz

Y al pie las inscripciones de República de Cuba, Ministerio de Estado, Exhibió Servicio Militar.

En otra planilla que hubo de llenar para lograr el pasaporte consignó la siguiente filiación:

Padres: Ángel y Lina

Lugar de nacimiento: Cueto, Oriente.

Edad: veintiún años

Estado: soltero

Profesión: estudiante

Estatura: 1, 74

Color de la piel: blanca

Color de los ojos: pardos

Color del pelo: castaño claro

Barba:—

Señas particulares visibles: ninguna

Personas que lo acompañan: ninguna

La condición de ciudadano cubano del solicitante resulta acreditada de su certificación de nacimiento debidamente legalizada.

Respetuosamente

Firma: Raúl Castro Ruz

A continuación aparece nota del doctor Octavio Smith y Foyo, Notario Público de esta capital, que certifica:

Doy fe: -Que el Sr. Raúl Modesto Castro Ruz, a quien por no conocer yo, el notario, me lo identifican los Sres. Rafael Rasende Vigoa, natural de Manguito, Matanzas, casado y Jorge Aspiazó Núñez de Villavicencio, natural de La Habana, soltero, ciudadanos cubanos, mayores de edad, abogados y vecinos de Tejadillo #57, a quienes yo, el notario doy fe de conocer.

Ha suscrito ante mí la anterior solicitud y ratificado el juramento que la misma expresa, así como que la fotografía fijada en la presente instancia y sellada con cuño de esta notaría, y la filiación consignada corresponden al interesado.

El Pasaporte expedido tiene No. 25472 y refiere los siguientes datos que consignó como su filiación en la solicitud de tal.

Raúl consiguió dejar atrás la Cárcel de La Habana (p. 326).

A su regreso de Viena, el 6 de junio de 1953, Raúl fue detenido bajo la acusación de propaganda comunista.

Tres días más tarde, presenta, en un documento firmado también por Fidel, la solicitud de libertad provisional.

Transcribimos copia literal de este documento:

A la Sala

Raúl Castro y Ruz

mayor de edad, estudiante, vecino de Neptuno 914; Bernardo Lemus Mendoza, de Guatemala, de 20 años de edad, estudiante de tránsito en Cuba; Ricardo Ramírez de León, mayor de edad, de tránsito en Cuba y natural de Guatemala, respetuosamente exponen:

Que encontrándose detenidos en la Cárcel de La Habana, Vivac, sujetos a los cargos que le aparecen en la causa que se le sigue por Propaganda Comunista, detenidos que fueron por ello el 6 del corriente mes y año, vienen a pedir su libertad provisional en la presente causa, ya que el estar detenidos afecta sus estudios, prometiendo no sustraerse a la acción de la justicia y comparecer ante ese Tribunal las veces que se le ordene:

Por tanto:

Suplicamos al Tribunal, tenga por presentado este escrito y por hechas y ratificadas las manifestaciones del principal del mismo a los efectos pertinentes.-

Habana 9 de Junio 1953:

Firma: Raúl Castro Ruz. Firma: Bernardo Lemus Mendoza. Firma: Ricardo Ramírez de León.

Autorizo a mi hermano Fidel Castro para presentar este escrito.—.

Firma: Raúl Castro Ruz. Firma: Fidel Castro Ruz

Al pie del documento aparece el cuño que especifica la fecha e incluye firma de la persona ante la cual se presenta la solicitud.

Lina no conseguía tranquilizarse y andaba de un lugar a otro con un aire abstraído, mientras rezaba con fervor sus oraciones y hacía que todos los niños de la casa y sus hijas Angelita y Juanita, se hincaran de rodillas frente a la imagen de la Virgen Milagrosa. (p. 332).

Tania Fraga Castro tiene grabado para siempre en la memoria lo ocurrido en Birán el 26 de Julio de 1953, y los días siguientes. Cuando habla, vive de nuevo las horas de tensión incertidumbre y desesperación. Este pasaje del libro se inspira en su testimonio y en los de Ramón Castro Ruz y Alejandro Ruz González, testigos de aquel instante tremendo.

Pensó en el encargo de Fidel de buscar armas y preparar hombres (p. 333).

La entrevista ofrecida en diciembre de 1996 por Ramón a la periodista brasileña Claudia Furiati, documento que guarda la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado y que forma parte de sus fondos, aportó muchos datos y recuerdos del hermano mayor de los Castro Ruz.

El 28 de julio por la mañana llegó a Birán la doctora Ana Rosa Sánchez (p. 336).

La certeza de que esto ocurrió existe gracias a los testimonios de Ramón y Raúl, y también, de sus hermanas Angelita, Agustina y Enma Castro Ruz. Ellas corroboraron ese pasaje histórico, durante una entrevista colectiva, en un encuentro entrañable en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado en el año 1998.

Angelita fue hacia la parada del ómnibus con la plegaria pegada al pecho, musitando las oraciones una y otra vez (p. 338).

Del viaje que Angelita Castro Ruz emprendió a la ciudad de Santiago de Cuba, tras el asalto al Cuartel Moncada, conocimos los detalles, por varias entrevistas formales y largas conversaciones durante los viajes a Birán, Santiago de Cuba, Sibanicú y Guane. Sus recuerdos aletean en todas las páginas de este libro, lo mismo en la aseveración de que los armarios de la casona de Birán eran inmensos, como en la descripción de Ángel y Lina, cuando se comenta la costumbre del viejo de comprar la ropa en la tienda de su compadre Mazorra en Santiago, y en numerosísimos aspectos y anécdotas.

La carta (...) era todo un acontecimiento feliz para Ramón (p. 341).

En estas páginas se incluyen fragmentos de las cartas que forman parte de los fondos de Fidel y Raúl Castro Ruz, en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, que constituyeron una valiosísima referencia para escribir estas crónicas.

«Ojalá podamos llegar a tiempo» (p. 374).

Palabras con las que Raúl Castro expresa su deseo de ver a su padre antes de que pudiera ocurrirle

algo, pues mientras se encontraban en Presidio, conocieron de su delicado estado de salud por su avanzada edad. Escribe a su hermana:

Abril 22/55

Querida hermana: Creí que ya no tendríamos que escribirte más desde aquí, porque el otro día nos dijeron que recogiéramos los libros y que los mandáramos para ayudantía porque ya estaba cerca nuestra Libertad y así se iría adelantando trabajo con el asunto de la requisa cuando nos vayamos, pero han ido pasando los días y no vemos nada claro.

Tenemos muchos deseos de que llegue el día de la próxima visita para que nos cuente cómo anda eso; y a propósito, debo advertirte que como este mes tiene cinco viernes y la próxima visita de los muchachos les toca el día primero, como en casos parecidos hemos hecho la visita nuestra será el viernes 29. Aunque es difícil que se te pasara este detalle, creo que hago bien en decírtelo, además, como esperamos que el castigo cese el día 27 al cumplir el mes, nos corresponderá las tres horas acostumbradas.

Ayer le entregaron a Fidel un paquete de cartas que habían sido retenidas y entre las cuales venía una del primo Alejandro, abrázalo en nuestro nombre. Hoy yo recibí una de Juanita, donde me dice que el viejo ha estado muy malo, pero que la noticia de la amnistía, lo ha mejorado mucho, como por arte de magia. Ojalá podamos llegar a tiempo.

Cuando vengas tráenos un poquito de picadura para las pipas y un pomito de «selsún» para la caspa, que usaré más a menudo a ver qué resultado me da ahora. En verdad que es una molestia una cabeza como esta ¿no lo crees?

Menos mal que tuvimos la precaución de dejar aquí algunos de los libros con los que vamos «tirando» porque de no ser así, estos últimos días y en estas circunstancias serían imposibles.

Abrazos para todos y tú recibe uno bien fuerte de Raúl.

Ramón pasó la noche a su lado, escuchando sus disposiciones para cuando se marchara definitivamente (p. 390).

Como dato singular ofrecemos al lector la transcripción de algunos fragmentos del testamento de don Ángel Castro.

Testamento abierto

Con Número Ciento Treinta y Ocho, en La Habana, y fecha de veinte y uno de agosto de 1956, Don Ángel Castro Argiz compareció ante el Doctor José A. López Fernández, abogado y notario público de los Colegios y Distrito Notarial de La Habana, con vecindad en la casa Calle de Oficios Número Ciento cuatro, altos, Departamento No. setecientos doce en la capital, para testar y declarar:

(...) estar casado en segundas nupcias con la señora Lina Ruz González, de cuyo matrimonio ha procreado siete hijos: Ángela, Ramón Eusebio, Fidel Alejandro, Raúl Modesto, Juana de la Caridad, Enma

Rosario, y María Agustina Castro Ruz, teniendo dos hijos más de su primer matrimonio con la señora María Argota Reyes, de la que se encuentra divorciado, nombrados Pedro Emilio y Lidia Castro Argota, todos los que viven en la actualidad.

Declara que no reconoce ninguna otra sucesión legítima ni tampoco natural.

(...) Declara que sus bienes tienen el carácter de gananciales y declara suyos todos los que aparezcan como de su propiedad al tiempo de su fallecimiento, siendo sus deudas igualmente las que resulten en dicha oportunidad.

(...) Que instituye heredera en pleno y absoluto dominio a su esposa, la señora Lina Ruz González, en la tercera parte de su herencia, o sea, el tercio de libre disposición de sus bienes, sin perjuicio de la cuota viudal usufructuaria que le corresponde por ley.

(...) Que instituye asimismo por sus universales herederos en pleno y absoluto dominio, en los dos tercios restantes de su herencia, o sea, la legítima forzosa y la mejora, deducida la cuota viudal usufructuaria, a sus nueve hijos ya nombrados.

(...) Nombra albacea universal, tenedora y administradora de todos los bienes de su herencia, a su nombrada esposa Lina Ruz González, quien desempeñará dicho cargo durante el término del albaceazgo con prórroga de dicho plazo a un año más,

sin necesidad de prestación de fianza de clase alguna de que la revela desde este momento.

Y como tal albacea, asumirá la representación y personalidad plena de la herencia, tomará posesión inmediatamente de todos sus bienes tan pronto ocurra su fallecimiento, los que administrará, dando los que procedan en arrendamiento por los términos y condiciones que convenga; depositará y extraerá cantidades de dinero en efectivo, así como valores de los bancos, sociedades y de cualquier institución de crédito; cobrará cuantas cantidades se le adeuden a la herencia (...)

En el testamento, don Ángel adoptaba además, una serie de previsiones legales y firmaba el documento junto a otros testigos.

al anciano se le apagaron las fuerzas, el 21 de octubre de 1956 (p. 390).

Transcribimos copia literal de la certificación de defunción de Ángel Castro Argiz:

En el Registro del Estado Civil Provincial de Holguín

CERTIFICO: Que al folio 2 del Tomo Duplicado número 18, correspondiente a la Sección de Defunciones del Registro Civil de Cueto, a mi cargo, aparece una inscripción, que copiada literalmente dice así: Al margen: ÁNGEL CASTRO ARGIZ: Número de la Inscripción 121. En Cueto, provincia de Oriente, a las once y cuarenta minutos de la mañana del día Veintiuno Octubre de mil novecientos cincuenta y seis, ante la Dra. Ileana V. González Sánchez, Juez

Municipal, Encargado del Registro Civil y de Armando Jiménez Reyes Secretario, se procede a inscribir la defunción de Ángel Castro Argiz, natural de España [...] de ochenta y dos años de edad, hijo de Manuel y Antonia, vecino de la finca Birán de este Término, de ocupación Colono y de estado casado, con Lina Ruz González, que se ignora si deja bienes de fortuna y si otorgó o no testamento alguno, falleció en el Hospital de Marcané en el día de hoy a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, a consecuencia de Insuficiencia Cardíaca la directa y Asistolia la indirecta de Certificación facultativa y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de Marcané.

Esta inscripción se practica en virtud de la declaración personal de José Manuel Díaz Santos, natural de Banes, mayor de edad y vecino de Cueto, como encargado para ello y la presencian como testigos Ramón Sánchez Tamayo y Antonio Almaguer Batista, mayores de edad y vecinos de Cueto.

Leída esta acta e invitadas las personas a que deben suscribirla (...) si así lo creyeren conveniente, se estampó en ella el sello del Juzgado y la firman el señor Juez, los testigos y declarante Certifico. (...)

Con una exactitud de relojero o de afinador de pianos, Fidel había preparado la expedición a Cuba (p. 394).

La narración de lo concerniente a los preparativos de la expedición, e incluso, los detalles relacionados con la travesía y el desembarco del yate *Granma*, se

fundamentan en la investigación histórica realizada por la autora para escribir el libro *Después de lo increíble*, editado por la Casa Editora Abril, La Habana, 1994. Para elaborar ese primer material, se utilizaron testimonios de los protagonistas de ese suceso histórico, publicados por la prensa de la época, una entrevista con el Comandante de la Revolución Ramiro Valdés Menéndez, fragmentos del diario del Che, misivas, cuadernos de bitácora, partes meteorológicos, las vivencias de la autora en una visita al Estado de Veracruz, a las casas-campamento del Movimiento 26 de Julio, la reedición de la travesía marítima por el Golfo hasta Los Cayuelos y especialmente, recuerdos del Comandante en Jefe Fidel Castro, en largas conversaciones que tuvieron lugar en 1993 y 1994.

Lo acontecido a Fidel tras el desembarco, y sobre todo tras la dispersión del destacamento revolucionario en Alegría de Pío, se fundamentó en un testimonio del Comandante durante un encuentro familiar.

Ese 5 de diciembre de 1956, Raúl anotaría en su diario: «las 4 y 30 hora de la hecatombe» (p. 405).

Las citas referidas a los sucesos tras el desembarco del *Granma*, forman parte del «Diario de Campaña de Raúl Castro Ruz», cuyo original se atesora en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Consiguieron reagruparse en Cinco Palmas ese 18 de diciembre, (p. 407).

Para identificarse como Raúl Castro Ruz ante el campesino de la Sierra que podía ponerlo en contacto con Fidel, el 18 de diciembre de 1956, Raúl

empleó su Licencia de conducción en México, que se conserva en la Oficina de Asuntos Históricos y dice: «Dirección General de Tránsito del Distrito Federal. Licencia No 281906, expedida a favor de Raúl Castro Ruz. Firma: El Director de Tránsito, General de Div. Antonio Gómez Velasco (...).»

Polo, venimos aquí por la confianza que le tenemos (p. 425).

Entre 1997 y 1998, fueron entrevistados por la autora Ubaldo Martínez, Hipólito López Toranzo, Pedro Pascual Rodríguez, Santa Martínez y Benito Rizo, y el haitiano Luis Cilón, entre otros campesinos de las cercanías de Birán o empleados de don Ángel Castro Argiz.

Además, fueron de gran utilidad un sinnúmero de entrevistas grabadas a quienes durante años vivieron en Birán. Esos materiales eran atesorados por Angelita Castro Ruz, quien entregó copias a la Oficina de Asuntos Históricos y allí se guardan como valiosos testimonios.

La gente del batey decía que había pasado por Sao Corona (p. 427).

Se refiere a la operación Frank País, dirigida por Raúl y que tenía el propósito de trasladar la Columna No. 6 del Ejército Rebelde a la zona norte de Oriente para crear allí un Segundo Frente de guerra.

Es cierto, que en su recorrido, Raúl pasó por Sao Corona, cerca de Birán. Sobre ello se lee en sus cartas de aquellos días, una de las cuales dirige al Che, y en sus informes militares, especialmente, el No. 1, de fecha 20 de abril de 1958, escrito a las siete de la mañana. Pensando en este recorrido y en todo lo narrado por

Raúl en su libreta de apuntes guerrilleros, uno llega a la convicción de que la poética está en la realidad abundante y maravillosa y no en la imaginación de los escritores: el árbol bajo el cual se refugió junto a Ciro Redondo, tras el primer aguacero en las lomas, fue precisamente un cedro. Y el lugar, de la hora decisiva en el recorrido hacia el territorio del Segundo Frente, se denomina Los Cedros.

Raúl escribe cartas dirigidas al Che y a Fidel como partes de guerra en que comunica las incidencias de ese recorrido de relámpago.

narraba las historias del Hombrón con la frondosidad propia de los montunos, y se le notaba bajo la piel, el alma buena (p. 429).

La historia imaginada de un correo de la Sierra es el homenaje a esos hombres anónimos, casi siempre humildísimos campesinos de la Maestra, que llevaron durante la guerra las noticias importantes, las órdenes, las instrucciones y hasta la tranquilidad a algunos hogares con la premura de sus pies, el ritmo acompasado y ágil de su respiración, la temeridad en la disposición y la nobleza en el espíritu. Esta narración se basa en visitas a Birán, a la Comandancia de La Plata, y a los Museos de Pilón y Media Luna, donde Celia es una presencia recurrente.

Ramón le contaba además, sobre la caída en combate del hijo de la tía Belita, Roberto Estévez Ruz, de la tropa de Furry en el Segundo Frente (p. 439).

La tía Belita, inscripta como Agustina Isabel Ruz y González en la Parroquia de Sibanicú, nos contó sobre su hijo, mártir del Segundo Frente al que la familia rinde homenaje todos los años. Belita aportó detalles relacionados

con la vida de sus padres en Pinar del Río, sobre los trayectos en carreta de ida y vuelta a la Bahía de Guadiana, sobre el oficio de los caminos que hacían los hombres de la casa y que ella conoció por las charlas familiares durante las noches. También contó su propia historia, la anécdota del sobresalto cuando ella tenía doce años y Fidel se le cayó del hombro con ocho meses de edad; habló de su amor por Prudencio Estévez y de su matrimonio, de sus días en Camagüey y sobre todo, del dolor punzante que vino después, cuando la guerra se llevó a su hijo Roberto.

Fue la única vez que Fidel, para algo personal, se alejó por unas horas del territorio donde tenían lugar los principales combates (p. 442).

Este pasaje fue escrito a partir del recuerdo de Fidel Castro Ruz y de los testimonios de Enrique Herrera Cortina, de su esposa Ana Rosa Soto Ruz, sobrina de Lina, y de Ramón Castro Ruz.

Toda la luz del monte ardía... (p. 448).

Termina el año de 1962 y Fidel vuelve a la Ciénaga de Zapata. Lo escrito recrea los recuerdos del Comandante mientras participa del Festival del Carbón, con los pobladores cienagueros, los últimos días de diciembre de 1962. Para escribir, resultó valiosa la lectura de "La Ciénaga de Zapata, realidad y leyenda" I,II,III, en *Los años 50*, Oficina de Publicaciones y Proyectos Especiales del Instituto Cubano del Libro, Ciudad de la Habana, Cuba, 2001, un volumen que compendia trabajos de Oscar Pino Santos y del fotorreportero Raúl Corrales, durante esa década, para la revista *Carteles*; y de reportajes de Antonio Núñez Jiménez en números de la revista *Bohemia* correspondientes a marzo de 1959

titulados “Fidel en la Ciénaga de Zapata” y “Un tesoro de la naturaleza cubana”, así como de su libro *En marcha con Fidel*, Fundación de la Naturaleza y el Hombre, La Habana, Cuba, Editorial Letras Cubanas, 1998, Editado e impreso en Italia por Mec Graphic Ltd. s.a. s. San Mauro Tse.To., 1998.

Las evocaciones de un viaje realizado por la autora como periodista del diario *Girón*, a lo profundo de la Ciénaga de Zapata, en el año 1990, también aletean en lo narrado.

Fidel Castro, todavía llevando el pelo largo y tupida barba... (p. 459).

El testimonio publicado primero en *The Miami News*, luego apareció en las páginas del periódico *Revolución* del lunes 9 de abril de 1959. Durante la visita de Fidel, en abril de 1959, a los Estados Unidos, recibió de estos pescadores una caña de pescar de oro, con una pintoresca inscripción: “A Fidel: campeón de la libertad y de la pesquería”, en reseña que se lee en el diario *Revolución* del 23 de abril de 1959, a. 2 n.118, p. 1, col. 7-8.

Hemingway dijo: “Tal vez usted sea un novato en la pesca, pero ya es un pescador afortunado ... (p. 457).

Para recrear el encuentro de Hemingway y Fidel fueron útiles la lectura de varios trabajos periodísticos, entre ellos el de Rosa Miriam Elizalde, publicado el 17 de mayo del 2000 en las páginas del diario *Juventud Rebelde*, con el título: “Un mar que une a dos hombres”, y el suscrito por Lisandro Otero en *La Jiribilla*, el 2 de agosto de 2001: “Hemingway en Cuba”. Infaltables para escribir, los libros del autor norteamericano, disfrutados con anterioridad por la autora: *Adiós a las armas*, *Por quién doblan las campanas*, *El viejo*

y el mar y *Las verdes colinas de África*, entre otros. Además, fueron estudiados múltiples artículos y reseñas sobre la vida y obra literaria de Hemingway y sobre su relación con Cuba la que lo llevó a decir: “Después de tanto tiempo en este país me considero un verdadero cubano” y casi al final de su vida: “la gente de honor creemos en la Revolución Cubana”.

Avivan esas páginas, el testimonio de Fidel que en múltiples ocasiones ha expresado fascinación por la obra del autor norteamericano, y respeto por su amistad hacia la Isla y la Revolución. El Comandante ha reconocido que la lectura de *Por quién doblan las campanas* le fue reveladora e influyó en él para desarrollar las tácticas guerrilleras, durante la lucha en las montañas de la Maestra.

Palpitan también en esas cuartillas, los recuerdos de una visita a Finca Vigía y a la habitación del Hotel *Ambos Mundos*, y la impresión causada al ver las fotografías del encuentro de Hemingway y Fidel en 1960, guardadas en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Fidel cerró por un instante los ojos y repasó la imagen. Volvió a vivir cada hora, cada paso (p. 469)

En “El otro Korda y una foto símbolo”, un artículo del periodista Luis Hernández Serrano, del sábado 6 de enero de 2007, en el matutino *Juventud Rebelde*, con el epígrafe: “La que se considera foto emblemática del triunfo de la Revolución Cubana, aquella tomada a Fidel y Camilo a su entrada triunfal en La Habana, el 8 de enero de 1959, no fue captada por el lente de quien atrapó la no menos trascendente del Che durante el entierro de las víctimas de La Coubre”. El fotógrafo fue Luis Peirce Byers, según testimonio de su esposa Margarita Sánchez Treto, y acreditado por

Abel Prieto, Ministro de Cultura y por Pedro A. Tabío en *Cien imágenes de la Revolución Cubana (1953-1996)*, editado por la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado y el Instituto Cubano del Libro.

Fidel no podía sustraerse al asombro... (p. 470)

El libro de Luis M. Buch y Reinaldo Suárez, *Gobierno Revolucionario Cubano. Primeros Pasos*. Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, contribuyó al acercamiento a lo cotidiano y lo profundo de aquellos días finales de 1958 y augurales de 1959, así como el repaso de todos los números de la revista *Bohemia* a partir de la Edición de la Libertad, con lo cual se experimenta la sensación de vivir los acontecimientos o leerlos en un diario, un ejemplo de lo anterior es el material "Castro y yo", *Bohemia*, Año 51- No 7, Febrero 15 de 1959, pp. 46—48, 50 y 96, publicado por el reconocido actor norteamericano Errol Flynn, quien narró sus vivencias durante los últimos días de la guerra, junto a Fidel y los rebeldes. El perfil que traza del Comandante, de la guerrillera Celia y de los barbudos, es certero y conmovedor. Podría aseverarse lo mismo de cuanto fue consultado en el diario *Revolución*.

Él (Cantillo) llegó en un helicóptero, se reunió conmigo cerca de Palma Soriano (...) y le puse tres condiciones (...) (p. 476)

Ver manuscrito del Comandante en Jefe, de fecha 1ro. de enero de 1959, que guarda la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, en el Fondo 01 (Activa) No de registro: 1597, y periódico *Granma*, el 1ro. de enero de 1993 que se remite a Tomás Toledo Batard: *La toma del poder*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 101.

Revolución sí, golpe militar no (p. 480)

Según documento original “Instrucciones a todos los comandantes del Ejército Rebelde, Palma Soriano, 1ro. de enero de 1959”, se conserva en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado en el Fondo 01 (Activa) del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Número de registro: 1594.

Raúl se ofreció para ir y Fidel accedió (p. 483)

Las cuartillas testimonian los recuerdos del compañero General de Ejército Raúl Castro Ruz, Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias [actual Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros], en entrevista concedida a la autora en julio 30 del año 2003, y también los de Raúl Guerra Bermejo, narrados en “Cuando Raúl entró en el Moncada por segunda vez”, de la periodista María de las Nieves Galá, testimonio publicado por el diario *Trabajadores* y reeditado en su página web.

Compatriotas de toda Cuba, al fin hemos llegado a Santiago de Cuba (p. 487)

Fue consultado y fichado el discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro durante la noche del 1ro. de Enero de 1959, en Santiago de Cuba, publicado por el Equipo de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado. Habría que señalar que para la segunda edición cubana de *Todo el tiempo de los cedros*, la autora leyó y fichó todos los discursos pronunciados por el Comandante en Jefe en el período que abarca esta nueva edición, y que por supuesto, hayan sido grabados y transcritos, es decir, más de ciento cincuenta discursos del líder de la Revolución Cubana.

Conversaron largamente y prepararon el borrador de la Carta de México...(p. 492).

Para conocer más sobre el histórico encuentro de Fidel y José Antonio Echeverría, en México, pueden leerse: la entrevista al profesor Jorge Juan Lozano, asesor de la Oficina del Programa Martiano del Consejo de Estado, publicada por el periodista Luis Hernández Serrano, en *Juventud Rebelde*, el 10 de marzo de 2006, con el título: "Revelación histórica: fecha exacta de la Carta de México", así como el artículo "A cincuenta años de la Carta de México", que apareció en las páginas del diario *Granma*, el 28 de agosto de 2006, escrito por Faure Chomón, Comandante del Ejército Rebelde.

Pienso que pronto podré verte... (p. 493)

La carta y el telegrama escritos desde la Sierra Maestra por el Comandante Fidel Castro a su hijo Fidel Ángel Castro Díaz Balart, forman parte de los documentos que conserva la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado. Fondo 01. Fidel Castro Ruz. Activa. Números de registro: 1073 y 1156, respectivamente.

A esas horas se trasladó casi al otro extremo de la ciudad, al Castillo de Farnés (p. 500)

Según los recuerdos del Comandante en Jefe, la noche del 8 al 9 de enero de 1959, tras el acto en Columbia, él visitó acompañado por unos pocos hombres de su escolta, el restaurante El Castillo de Farnés, ubicado en la calle Monserrate esquina a Obrapia, y luego se hospedó en el hotel *El Gallito*, que se encontraba justo al lado del restaurante. Allí pasó la primera noche en la capital, tras el triunfo revolucionario.

Ese sitio pervive con su encanto hasta nuestros días. Nos reciben sus trabajadores y el gerente Mario Misquial, con quienes conversamos largo rato una mañana de este enero del 2009.

Un suelto promocional recuenta la historia de este rincón de la Habana Vieja.

El inmueble existía en el siglo XIX pero con la función de bodega y tienda de comestibles y víveres. Con posterioridad fue adquirido por Francisco Puig, quien lo convirtió en una fonda y le puso por nombre El Castillo de Farnés, en honor a una fortaleza de Cataluña, su región natal. En la esquina de la fachada poseía un mascarón de proa con el cuerno de la abundancia, actualmente conservado y utilizado como emblema del sitio.

En nuestros días, el Restaurante Castillo de Farnés se asemeja a una taberna española, especializada en la comida de este país. El plato de la casa es el lacón con papas, muy típico de la región. Los visitantes acompañan sus comidas con variedad de vinos españoles y de otros países. El bar aún hoy es muy popular y céntrico.

Sobre esta visita de Fidel, fue reveladora la entrevista grabada a José Alberto León Lima, (Leoncito), escolta del Comandante durante la Caravana de la Victoria y los primeros meses tras el triunfo, protagonista de aquella jornada memorable. El testimonio forma parte de los fondos de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Revuelo de alas de cristofué, turpiales y azulejos... (p. 502)

Lo escrito sobre la visita del Comandante Fidel Castro Ruz a Caracas, el 23 de enero de 1959, recrea todo lo leído sobre ese acontecimiento de multitudes incontenidas y encuentros poéticos. Fue de extraordinaria utilidad, la consulta de la Revista *Bohemia*, con trabajos de los periodistas Lisandro Otero y Luis Báez; de los discursos pronunciados por el líder revolucionario cubano durante esos días; los despachos noticiosos del diario *Revolución*, y la lectura de libros como *Pablo Neruda en Cuba y Cuba en Pablo Neruda*, del Premio Nacional de Literatura Ángel Augier, en volumen de Ediciones Unión, 2005, Colección Sur, auspiciado por “el Proyecto Cultural Sur, el Festival Internacional de Poesía de la Habana y la Embajada de Chile en Cuba”, y realizado en homenaje al gran poeta chileno Pablo Neruda, en el centenario de su nacimiento; *Canción de gesta* de Ediciones Unión, también auspiciado por el Proyecto Cultural Sur, el IX Festival Internacional de Poesía de La Habana y la Fundación Pablo Neruda de Chile, y *Pablo Neruda, En el corazón de un poeta*, Selección de poesías Esteban Llorach Ramos e Ilustraciones de Flora Fong, Biblioteca Familiar, 2003. Además se inspira en las estampas e imágenes que guarda la autora en su memoria, tras un viaje a Chile, en el año 2005, durante el cual visitó las casas de Neruda de Isla Negra, y *La Chascona*, en Santiago de Chile.

“Poco después, se presentó la oportunidad que le brindaron al Comandante Fidel, Américo Cruz Fernández, y su esposa Teresa Lamadrid Díaz, que eran propietarios de una casa en Cojímar.” (p.539)

Para conocer la identidad de ese matrimonio, agradezco la información brindada por Esperanza Echenique Torres, viuda de Román, escolta que laboró en Cojímar

hasta su muerte. Ella recordó los nombres de Américo Cruz Fernández y Teresa Lamadrid Díaz.

También fue de mucho valor, el apoyo de José R. Cabañas, director de la Dirección de gestión documental del MINREX, quien propició la búsqueda en el Archivo Central, donde pudimos acceder al expediente laboral de Américo Cruz y conocer la ejemplar trayectoria de este hombre y de su esposa.

Se encargaron de indagar en la profusa papelería, las especialistas Denia Bada González y Alicia Céspedes Carrillo, a quienes abrazo agradecida.

Gracias a su empeño, nos fue posible ofrecer a partir del expediente, un perfil de ambos:

Américo Cruz Fernández. Nació en 1906. Doctor en Derecho. Ingresó al servicio exterior en 1931 y desempeña puestos de Secretario de Tercera, Segunda y Consejero en las embajadas de México, Japón, Bélgica, Roma, Tegucigalpa, Honduras, Chile, Portugal y Madrid. Fue colaborador del Movimiento 26 de Julio y al triunfo de la Revolución pone la experiencia adquirida en el campo de la diplomacia al Servicio del Gobierno Revolucionario, es nombrado Director de Ciudadanía y Emigración y posteriormente Embajador en Argentina, Canadá y Suiza. Se le reconoció con las distinciones 10 y 15 años de Servicio y con la Orden Enrique Hart Dávalos. Su esposa, Teresa Lamadrid Díaz, natural de la Habana Cuba, lo acompañó en las ya mencionadas misiones, manteniendo ambos, absoluta fidelidad a la Revolución y a Fidel.

Fidel era invitado como protagonista de acontecimientos históricos (p. 544)

Según la Cronología del Comandante Fidel Castro de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, y todos los artículos y reportajes publicados por *Revolución y Bohemia* sobre el largo viaje emprendido por el Comandante que abarcó primero los Estados Unidos y Canadá, y luego, Brasil, Argentina, y Uruguay, con escalas de ida y regreso en Trinidad y Tobago; en especial se recuerda además, el recuento publicado en *Cubadebate*, 2004, por Luis Báez y titulado *A 45 años de la visita del Jefe de la Revolución Cubana a Estados Unidos. Hay que salvar la esperanza, I y II*. Los discursos de Fidel marcan un itinerario del recorrido y de los puntos esenciales abordados en cada una de las visitas. Reveladora fue la lectura de las páginas en que evoca el trayecto Conchita Fernández, en *La Secretaria de la República*, un volumen que recoge el testimonio de la luchadora ortodoxa, escrito por Pedro Prada y publicado por la colección Historia, de la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001. Fueron consultadas además numerosas páginas web biográficas sobre las personalidades con que Fidel contactó en su periplo por los Estados Unidos y Sudamérica, acerca de las ciudades visitadas, figuras históricas, programas de gobierno y contexto político internacional. Obligada la relectura de las crónicas “Escenas Norteamericanas”, en *José Martí, obra y vida*. Poesía. Ministerio de Cultura, España, Ediciones Siruela, pp. 63-134.

Desde su habitación en el hotel The Shamrock Hilton, Fidel escribió al Cuate (p. 563)

De acuerdo con el libro *Memorias del dueño del yate Granma*. Por Antonio del Conde, “el Cuate” 1955-1959, editado en México, 2004.

in Havana (p. 581)

“Luces, cámara, acción...corten...” así iniciaba el periódico *Revolución*, en primera plana, el 13 de mayo de 1959, su reporte de la visita de Fidel la noche anterior al set de filmación de la película *Our man in Havana*, ubicado en la Plaza de la Catedral, en la parte antigua de la ciudad. El diario desplegaba a su vez una fotografía donde la actriz Maureen O’Hara, protagonista del filme, escuchaba atentamente al líder revolucionario. Sobre el guionista del filme, el escritor Graham Greene, su obra y su relación con Cuba y con Fidel, son de indiscutible interés “El marxista herético”, perfil del revolucionario, escrito por el novelista inglés en 1966 y publicado por la web *La Haine- Proyecto de desobediencia informativa*, en el que asevera:

Hay algo del foro ateniense en Cuba; la isla es lo suficientemente pequeña para que la gente sea consultada, informada, para que se pueda confiar en ella: puede ver a sus líderes día con día en las calles de sus pueblos y ciudades. Esas cuatro horas de discursos de Fidel no están hechas de evasiones y trucos retóricos y grandes palabras abstractas; están llenas de información, a ras de piso, llenas de detalles: de ellas aprendemos lo peor, más que de un enemigo, porque él confía en su pueblo (...),

Sirvió de referencia el artículo dado a conocer en la página de la Fundación Guayasamín dedicada al homenaje por el Aniversario 80 del Comandante, el 1ro. de diciembre de 2006, y titulado “Fidel Castro, el escuchador”, escrito por el investigador cubano Luis Toledo Sande.

La revista digital *La Jiribilla* le rindió homenaje al escritor inglés con una reseña titulada “Graham Greene: Un centenario que no es ajeno a Cuba”, por Leonardo Depestre Catony, La Habana, octubre de 2004, que a su vez se remite a las crónicas de Lisandro Otero, “Graham Greene y Cuba”, *Granma* del 7 de septiembre de 1985, p. 4 y que recoge el testimonio: “en una fresca terraza junto al río Almendares, vi por primera vez a un tranquilo caballero inglés de ojos azules, cabello canoso y ralo, prominentes, incisivos”; y de Nydia Sarabia, “*El equivocado Graham Greene*”, *Revolución* del 6 de marzo de 1959, p.2 G, en que recuerda que, encargada por el movimiento revolucionario clandestino, de recibir al escritor en La Habana, y conducirlo después a Santiago de Cuba,...

“No hablaba ni una sola palabra en español. Yo me preguntaba cómo podría entender nuestras cosas, nuestra Revolución... Me pidió que lo llevara a Oriente, pues quería subir a la Sierra Maestra para entrevistar a Fidel y escribir de paso dos novelas: una con ambiente de Santiago y otra de La Habana (...) No podía subir a la Sierra, pues tendría que prepararse durante una semana. Greene no pudo, pues el tiempo le era poco y tenía que estar en Londres en pocos días”.

Conchita nunca olvidaría aquel gesto de ternura y angustia de Fidel con su hijo (p. 583)

Sobre el accidente automovilístico en que resultó herido Fidel Castro Díaz Balart, la intervención quirúrgica y lo vivido por el Comandante en Jefe en aquel momento difícil, puede leerse en la primera página del periódico *Revolución*, del 13 de mayo de 1959. También se

recogen testimonios o versiones del hecho en *La secretaria de la República*, Pedro Prada, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 233; y en *Fidel Castro, la historia me absolverá*, Claudia Furiati, D. R. 2006, Random House Mondadori, Impreso en México, p. 371.

Perdurará todo el cedro, sus raíces, su tronco, ramas y hojas; su olor, su sombra y su voz. Perdurará todo el tiempo de los cedros (p. 593)

«A mi padre le gustaba plantar cedros», dijo Fidel aquel día de regreso a Birán, el 15 de agosto de 1996. Lo dijo como un susurro, como quien conversa consigo mismo y disfruta recordar un detalle íntimo de alguien tan querido y especial como su padre, don Ángel María Bautista Castro Argiz. Las palabras de Fidel, del cedro, y su resonancia poética inspiran y recorren el alma de estas páginas.

Índice

Exploraciones	9
La vida en las palabras	
y en el aire del tiempo	13
Ángel	17
Lina	55
Escenario	72
Memoria	94
Santiago	117
La Salle	138
Jesuitas	167
Belén	205
Tempestad	229
Máuser	272
Amanecida	286
Despedida	307
Hombres	328
Tiempo	361
Ausencia	376
Regreso	408
Horno	448
Caraqueño	502
Premier	524
Verdad	541
Volver	576
Tierra	585
Fotografías	595
Iluminaciones	707